

Por el autor de Te DARÉ la TIERRA

CHUFO LLORÉNS



CATALINA

la fugitiva de San Benito

*La asombrosa huida de una
joven marcada por la Inquisición*

se

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Esta es la historia de Catalina Rojo de Hinojosa, cuya existencia se sustenta en los hechos principales de otra vida, la de Catalina de Erauso, una trayectoria vital que supera en mucho a la más deslumbrante de las invenciones literarias. De la mano de la protagonista, el lector podrá introducirse en la vida cotidiana del Siglo de Oro a través de la epopeya de un amor desgarrado capaz de superar cualquier barrera social, e incluso desafiar a la muerte en el patíbulo. Apasionado de la historia, Chufo Lloréns nos ofrece las andanzas de una heroína inolvidable dentro del paisaje del Siglo de Oro en la corte de Felipe IV, conformando un cuadro de primer orden del Barroco español...

L≡LIBROS

Chufo Lloréns

Catalina

La fugitiva de San Benito

A mis raíces: mis padres y mi hermana Josefa, que desde donde están me han ayudado
siempre.

A mis tres hijos, Adela, Santiago y Víctor, que tanto quiero.

A Cristina, Nacho, Beatriz y Jacobo, que me escogieron como padre.

Y a Cris, mi mujer, que se echó a los hombros el peso de mi casa para que yo pudiera
realizar un sueño.

Nota del autor

Me he permitido dos licencias, que paso ahora a explicar a fin de no defraudar a los estudiosos del tema. Primero: he cambiado a mi conveniencia algunas fechas para que los hechos de mi historia cuadren mejor. Segundo: he intentado que mis personajes hablen, de alguna manera, el castellano de la época de un modo inteligible. He aplicado a la narración un barniz del tiempo en el que esos personajes vivieron, con el fin de dotarla de una mayor propiedad.

Un hidalgo

*Ufano de su talle y su persona,
con la altivez de un rey en el semblante,
aunque rotas quizá, viste, arrogante
sus calzas, su ropilla y su valona...
Cuida más que su hacienda su tizona,
sueña empresas que olvida en un instante
Reza con devoción, peca bastante
y en tugar de callarlo, lo pregona.
Intentó por su dama una quimera
y le mataron sin soltar la espada.
Sólo quiso al morir que se le hiciera,
si algo quedó en su bolsa malgastada,
una tumba de rey, donde dijera:
«Nació para mucho... y no fue nada.»*

Enrique López Alarcón

Prefacio y final

La reverenda madre Santiago de San Blas agonizaba. Todo el monasterio de San Benito parecía intuir el inminente desenlace, y tanto las personas como los animales y aun las cosas permanecían expectantes; un ruidoso silencio lo presidía todo, y los sonidos eran los justos y necesarios para cada circunstancia. Lo que era y representaba la reverenda madre lo demostraba la pequeña multitud de lugareños que, en cualquier medio de transporte, habían acudido a las puertas del convento a la espera de no se sabía, concretamente, qué cosa; caballos, acémilas, burros, carricoches, alguna que otra galera, todo servía para que hombres, mujeres, niños, campesinos, algún pequeño hidalgo, criados, escuderos, lacayos de casas solariegas, arrieros, allí hubieran coincidido sin ser avisados por nadie y traídos, únicamente, por las noticias que lleva el viento y que las gentes sencillas, agradecidas y de corazón limpio, perciben al punto. Los alrededores del lugar estaban atestados y ni tan siquiera los niños se atrevían a organizar sus ruidosos juegos. Las gentes esperaban. En circunstancia tan especial, la iglesia del convento permanecía abierta y veinticinco monjas de las treinta y tres que formaban la comunidad, más todas las novicias y postulantas y asimismo las dieciséis recogidas, rezaban sin cesar los quince misterios del santo rosario.

En la celda de la moribunda, el resto de la comunidad oraba a los pies de la cama en tanto la prefecta de novicias y el muy anciano padre Javier Arriaga, sacerdote jesuita, confesor de la monja y cura del monasterio, lo hacían atentos a la enferma, junto a un costado de la cabecera, mientras en el otro el doctor Ruy Pablos acercaba una astilla encendida que sostenía en su diestra, a la pupila del ojo derecho de la moribunda, cuyo párpado superior mantenía abierto con la yema del dedo pulgar de su otra mano, para ver si dilataba. Una aspiración más profunda que las demás, una parada, otra aspiración y la expiración total del aire de los pulmones, que al salir emitió un gorgoteo especial... La monja y el sacerdote se miraron y después dirigieron su mirada al físico.

—La reverenda madre ha dejado de sufrir —dijo éste La madre Santiago de San Blas había exhalado el último suspiro, y sin embargo había oído perfectamente la última frase del doctor Ruy Pablos. Su corazón había dejado de latir, pero el cerebro seguía emitiendo una leve corriente, suficiente para que su pensamiento aún no remitiera; tenía segundos, a lo mejor ni tan siquiera enteros, quizá fracciones, para revisar en un instante su vida y pedir por última vez perdón a Dios a través de su Santísima Madre, de la que fue siempre muy devota. Como en un caleidoscopio gigante, pasaron ante ella todas las situaciones y momentos en los que tuvo que tomar decisiones terribles que afectaron tanto a ella como a personas cuya trayectoria vital hizo que estuvieran próximas a ella. Pensó que obró bien y mal, pero que sin embargo el Señor, al que tanto deseaba

ver, sabría, en su misericordia infinita, hacer balance de sus actos; jamás creyó que nadie se condenara o salvara por una sola acción... Allá arriba sumarían y restarían y el saldo final sería lo importante. El carácter forjaba el destino de las personas y nadie nacía escogiendo el suyo. ¡Y a fe que a ella le había correspondido uno harto singular! Lejos, muy lejos, una campana tocó a difuntos; su curiosidad y su esperanza, por un igual, vencían una vez más a su angustia, segura como estaba que sus santos patronos Santiago y Blas la introducirían ante la presencia del Altísimo y de toda la corte celestial. El gran momento se aproximaba, su alma iba a encontrarse con el Gran Hacedor... y no sentía temor alguno. De nuevo en San Benito redoblaron las campanas. La reverenda madre ya no pudo escuchar el último tañido. La gran campana tocó a difuntos toda la noche...

El parto

Vuesa merced ha sido padre de otra niña.

Al dar la noticia, la poblada barba del doctor Gómez de León temblaba ligeramente; ante él, la figura imponente de don Martín de Rojo e Hinojosa se cernía negra y grave.

—¿Estáis seguro? —indagó el hidalgo.

—Cómo no voy a estarlo, comprenderá vucencia que esas cosas son evidentes.

Don Martín alzó la vista y su mirada abarcó todo el aposento intentando vencer la penumbra dominante. Dos grandes ambleos con sendos hachones encendidos y un gran candelabro de doce bujías eran los únicos puntos de luz de la estancia, ya que un pesado cortinón de terciopelo adamascado tapaba el único ventanal de policromados vidrios emplomados que podía haber aportado luz al conjunto; al fondo, en una cama con baldaquín, descansaba sudorosa y agitada doña Beatriz de Fontes, su esposa, que para acrecentar su desgracia le había dado, con ésta última, cuatro hembras y ningún varón que perpetuara su ilustre aunque apolillado linaje. A la derecha, de un gran caldero de cobre colocado sobre un arcón salía un humillo blanquecino que olía a cardamomo y eucalipto, y al que de cuando en vez se acercaba María Lujan, la partera, para meter en él trapos de hilo secos y sacar otros húmedos que, una vez escurridos, aplicaba a la frente de la parturienta.

Al otro lado del lecho una monja con hábito de San Benito, robusta y arremangada, atendía sobre una mesilla de cuero, de tijera, a la criatura que berreaba fuertemente quejándose ya del recibimiento que el mundo hostil le deparaba. Sobre la cabecera del lecho, un cuadro de la Virgen con el Niño Jesús en brazos. Cuando la neonata estuvo fajada, desengrasada y limpia, la monja la tomó en brazos y se dirigió confianzudamente a don Martín:

—Lo lamento, hermano, pero los designios del Señor son inescrutables... Al nacer todos tenemos marcado nuestro destino.

El hidalgo regresó al mundo desde sus compartimentos mentales y sus ojos se fijaron en la criatura, sin casi verla.

—Por lo menos, ¿está completa? —indagó.

—Y como veréis, hermano, tiene buenos pulmones. —La madre Teresa, priora del convento de San Benito, y don Martín de Rojo eran hermanos—. ¡Ah! Por cierto... observad. —La monja se aproximó a la luz del gran candelabro y desnudando a la criaturita le mostró algo.

Don Martín, acercándose, posó la vista donde le indicaba la monja; bajo la tetilla izquierda de la niña se podía ver una señal que parecía un pequeño ojo que lloraba tres lágrimas escarlata.

—La marca de origen de la familia —susurró la priora.

—Pero no en el lugar habitual. ¿Qué habré hecho yo para merecer tanta desgracia? —apostilló el hidalgo.

—Si me permite vucencia. —La voz del doctor resonó a su espalda; giróse don Martín lentamente sin decir palabra y alzó, interrogantes, sus pobladas cejas—: La señora os reclama a su lado.

El doctor abrió la marcha hacia el lecho, seguido del confundido padre, en tanto que la monja, luego de volver a vestir a la niña y entregársela a la comadrona, hacía lo propio por el otro costado.

La parturienta, muy debilitada y con grandes ojeras, aguardaba a que se aproximaran; cuando don Martín llegó a su lado, le tomó la mano y acercándosela a los labios la besó; luego, como excusándose, añadió:

—¡Perdonadme, señor, soy un monstruo! No sé engendrar varones.

Quedose mudo el hidalgo en tanto que al otro lado del tálamo resonaba la voz de la priora:

—Ahora descansad. El Señor escribe con renglones torcidos...

—Dice bien la reverenda madre —terció el doctor Gómez de León al ver la agitada respiración de doña Beatriz—. Ahora debéis reponer fuerzas, ya que os espera una dura tarea.

—A todos sin duda —remarcó el hidalgo desasiéndose de la mano de su esposa y saliendo del aposento seguido de su hermana, en tanto que el doctor se quedaba indicando a la comadrona las pócimas que debía suministrar a doña Beatriz y los cuidados que requería la criatura que, al parecer y ante la potencia de su llanto, no serían otros que cuidar de que estuviera limpia y debidamente alimentada.

Los Rojo

La familia Rojo era oriunda de León y tenía tanta alcurnia como pocos dineros. Cuatrocientos años antes, un antepasado de don Martín había comandado la caballería en la gloriosa jornada de las Navas de Tolosa, y uno de sus tatarabuelos fue lugarteniente de Portocarrero en los días azarosos de la conquista de México; sin embargo, reveses de fortuna y lances desgraciados habían mermado notablemente sus arcas, y los tiempos eran malos. Un gran incendio devastó el palacete familiar, y la casona actual, aunque sólidamente construida y debidamente blasonada, no estaba a la altura de la anterior. Las rentas eran escasas, los renteros pagaban tarde, mal o nunca y la carcoma endémica no era, precisamente, actual y se arrastraba ya de tiempos lejanos.

Don Bernardo, su progenitor, que era hijo de Carrión de los Caballeros, había enviudado de su primera esposa doña Catalina sin tener descendencia. Y siendo todavía joven y necesitando su hacienda y su persona de una esposa capaz, que hiciera todo lo que a él no le gustaba realizar, que excepto cazar y holgar con todas las mozas de sus pedanías era casi todo, desposó en segundas nupcias a doña Teresa de Hinojosa, de familia acomodada, aunque de la baja nobleza, la cual aportó a la boda una dote que alivió su escaso peculio. Doña Teresa fue una buena esposa y le dio a don Bernardo dos hijos: Martín, el primogénito, cuyo nacimiento llenó a don Bernardo de alegría, y luego a los seis años una niña, a la que recibió sin muestras excesivas de contento. Nació ésta el día de san Camilo, y con ese nombre la bautizaron. Ambos niños crecieron y compartieron juegos, secretos y travesuras, y al ser ella menor que el muchacho, lo hizo su ídolo sin que esto fuera obstáculo para que, casi siempre, impusiera ella su personalidad y su fuerte carácter sobre el de su hermano. Un día, en mala hora, don Bernardo cayó del caballo a la vuelta de una de sus correrías por los moceríos de los alrededores, golpeándose en la nuca con tan mala fortuna que quedó lisiado de por vida y amarrado a un sillón. Su carácter, de por sí adusto, se fue agriando lentamente y se tornó imposible. Doña Teresa no tuvo otro remedio que tomar en sus manos la responsabilidad total de la hacienda. Cinco años, todavía, alargó su vida el hidalgo; en el sillón junto a la ventana que daba al bosque de abedules pasaba las horas con la mirada perdida en la lejanía. El joven doctor Gómez de León lo visitaba con frecuencia e intentaba entretenerlo con sus chanzas y con las noticias que llegaban de la Corte. Era inútil, don Bernardo no se interesaba por nada; cayó en una profunda melancolía, y una mañana cuando doña Teresa se disponía a levantarlo para, con ayuda de un criado, llevarlo a su sillón, encontrase que el hombre tenía paralizada toda la parte derecha del cuerpo y casi no alentaba. Llamaron de urgencia al físico, que acudió presto, pero ya no hubo nada que hacer... únicamente suministrarle el santo viático.

Martín tenía ya once años y Camila cinco; su intuición de niños detectó que algo desacostumbrado estaba sucediendo en la casa, y como nadie parecía tener tiempo de ocuparse de ellos se colaron en la oscura estancia y se escondieron entre el armario y el postigo de la ventana, que casi los ocultaba totalmente. Desde allí presenciaron sucesos extraordinarios: primero fue el médico vestido con una larga hopalanda negra y al cuello la cadena de plata que sujetaba el medallón que acreditaba sus conocimientos, acompañado de un ayudante que portaba su maletín que, sacando de un frasco de vidrio unos viejos repugnantes, los colocaba en las orejas de don Bernardo hasta que al poco se hincharon como pequeños globos; luego fue su confesor, al que doña Teresa había avisado, el que untando su dedo pulgar en el aceite de un pequeño frasco iba haciendo cruces en la frente, los ojos y la boca del moribundo para después, con un hisopo, rociar de agua bendita todo su cuerpo en tanto rezaba unos misereres y el monaguillo hacía sonar una lúgubre campanilla. Todo fue inútil. Los niños no lo pudieron ver, porque al fin una aya se los llevó, pero al cabo de tres horas don Bernardo, el gran fornicador de aquellos pagos, entregó su espíritu al Sumo Hacedor con la esperanza de que, por las misas encomendadas en su testamento, su paso por el purgatorio fuera breve, ya que nunca mostró interés por conocer aquellos parajes puesto que jamás pudo asegurarle clérigo alguno que en aquel tórrido lugar hubiere mozas o caballos, que en verdad fueron las dos únicas cosas que le interesaron en vida.

—Martín, si jamás soporté veros derrotado cuando éramos niños, menos aun ahora.

—No sigáis, Camila. —En la intimidad se dirigía a ella por su nombre de pila y no por el de religión—. No necesito vuestra compasión, lo que requiero son soluciones. Vos conocéis mejor que nadie mi situación... un hidalgo sin poder dar una buena dote a sus hijas no tiene posibilidad alguna de casarlas, y en los tiempos que corren y con los vientos que soplan, una mujer soltera no tiene camino en este reino.

Quedose la monja meditabunda.

—Permitidme pensar.

—Tomaos el tiempo necesario. Ni Dios todopoderoso puede hacer que lo ya acaecido no haya sucedido.

—No blasfeméis, hermano, que Él nos da la posibilidad de influir, con nuestros actos, en el destino. En esto consiste el libre albedrío.

—Si os place así, bien está, pero las cosas son como son. Hace ya muchos años que ruego a Dios me bendiga con un varón y hoy tengo ya, con la recién nacida, cuatro hembras.

La monja cavilaba...

—Eso de momento, aparte de vos y de vuestra esposa, lo sabemos tres personas: el doctor Gómez de León, la comadrona y yo... ¿No es así? —apuntó la monja.

—Y eso qué importa —replicó don Martín dubitativo.

—Sí importa.

El hidalgo quedó expectante. Sor Teresa prosiguió:

—María Lujan ya ha cumplido con su cometido. Sed generoso con ella... es una mujer a la que el brillo del dinero atonta, y todo el mundo conoce este defecto. Vive muy apartada del pueblo y su marido os debe muchas rentas.

—No entiendo adónde queréis ir a parar.

—Es muy sencillo. Como no tenéis ninguna certeza de que en el futuro vuestra esposa engendre un hijo varón, tal vez sea necesario que aprovechemos la coyuntura de este parto.

—Hermana, por el recuerdo de nuestro señor padre que no os comprendo.

La monja miró alrededor y saliendo de la estancia indicó con un gesto imperioso al hidalgo que la siguiera. Fuera estuvieron sobre quince minutos.

—¿Habéis comprendido?

—No demasiado.

—Pues ahora regresemos que hay mucho que hacer. —Y diciendo esto, sor Teresa se dirigió de nuevo a la habitación de la parturienta con un frufú de refajos y el seco tintineo de las cuentas del gran rosario de madera de cerezo que le colgaba del cordón del hábito.

La penumbra seguía dominando la estancia. Todo estaba recogido; doña Beatriz descansaba en un duermevela inquieto al fondo de la habitación y el doctor Gómez de León departía en un rincón de la misma con la partera, dándole las últimas instrucciones, en tanto ordenaba su maletín.

—¡María! —La voz de sor Teresa resonó autoritaria—. Ahora nosotros partiremos a una encomienda y vos quedaréis al cuidado de la criatura. Hasta que el doctor regrese nadie tiene que entrar en este aposento, ¿habéis comprendido?

—Como mande su maternidad —respondió la comadrona.

—Luego un cochero os llevará a vuestra casa. —Y dirigiéndose al doctor—: ¿Si vuestra merced es tan amable? —Esperó un instante a que el doctor Gómez de León se aproximara—. Don Martín y yo misma quisiéramos dialogar un momento con vuesa merced... El asunto es delicado y confiamos plenamente en vuestra discreción.

El doctor estaba expectante.

—Soy todo oídos, priora.

—Veréis, mi buen doctor, me comentó don Martín el diálogo que mantuvisteis con él al respecto del parto de mi querida cuñada.

—No os comprendo, sor Teresa.

—Dejadme que os explique. Si no estoy mal informada, y corregidme si es así, sostuvisteis que os preocupaba el último embarazo de doña Beatriz... que, por cierto, os sorprendió. ¿Estoy en lo cierto?

—Bueno... en cierta manera... vuestra cuñada tiene ya cuarenta y dos años y, dado su asma y la debilidad de sus pulmones, no está precisamente en la mejor edad para tener una criatura, y no andaba muy errado. El parto ha sido muy duro y...

La monja le interrumpió:

—Y otra preñez sería impensable.

—Bueno... digamos inconveniente, aunque posible. Ved vos misma cómo santa Isabel...

—Mi cuñada no es prima hermana de María Santísima, y el Señor, en los tiempos que corren, hace pocos milagros.

Don Martín asistía al diálogo entre el doctor y la monja ansioso y expectante.

—De lo que decís deduzco que lo prudente fuere que mi señor hermano no intentara tener más descendencia, por el bien de la frágil salud de su querida esposa... claro está.

El médico dudaba; no alcanzaba a comprender adónde iban a parar los circunloquios de la monja.

—Sí... tal vez... mejor sería.

—Entonces, doctor, vayamos al grano.

El convento

San Benito distaba doce leguas de Quintanar del Castillo, y el camino hasta el convento no era una calzada romana precisamente; hasta el límite del arroyo era transitable, pero el último tramo se convertía en una trocha, que después de llover era un fangal. El carricoche avanzaba traqueteando penosamente, con fango hasta el cubo de las ruedas y las ballestas gimiendo como galeotes al compás del látigo del cómitre; en la portezuela, el escudo heráldico de los Rojo lucía algo desvaído por las intemperies y el tiempo. El cochero, desde el pescante, animaba con sus gritos y silbos al tiro, un alazán y un tordo de media edad que habían conocido mejores tiempos. Detrás, en el lugar del lacayo no iba nadie; no estaban los años para dispendios y las rentas no daban para sobrantes.

Dentro, y en el asiento acolchado de raído terciopelo granate al que algún botón faltaba, y en el sentido de la marcha, iban don Martín y la priora; frente a ellos el doctor Gómez de León escuchaba atento y asombrado.

—Pues veréis, mi buen doctor, el Señor posibilita que los humanos modifiquemos el destino con nuestros actos, ya que de no ser así estaríamos predestinados ¿Y vos no creeréis en la predestinación?

—Habladme claro, señora, y no andéis dando vueltas al molino, porque soy muy lerdo para acertijos y, a estas horas, poco dado a adivinanzas.

—Atended. Mi querido hermano tiene ya tres hijas, y no sólo necesita un heredero varón, sino que una cuarta niña representaría una carga inútil e imposible para su hacienda... amén de que nada aportaría para la continuidad de su apellido.

—Y ¿qué se puede hacer? La neonata es una hembra y eso no tiene vuelta de hoja.

—Ahí es donde interviene la mano del hombre para forzar el destino; y el Señor nos ha colocado a nosotros en esa tesitura precisamente para pasar página.

—Volvéis de nuevo a los juegos de palabras.

—Dejadme continuar. Mi cuñada no volverá a concebir... este parto ha sido su última oportunidad... Vos sabéis que en San Benito recogemos a pobres desgraciadas que vienen a dar a luz, deshonradas por algún galán y expulsadas de sus casas por sus padres para impedir que el oprobio caiga sobre sus familias.

—¿Y bien?

—Hace una semana, una muchacha murió de parto después de traer al mundo una criatura que por sus facciones y su piel se puede colegir que el progenitor era de noble cuna. Enterramos a la madre, lógicamente fuera de sagrado pues, no habiendo querido confesar, evidentemente murió en

pecado, y dimos el niño para su crianza a una de las recogidas, que a su vez estaba amamantando a su propio hijo antes de darlo en adopción.

El doctor atendía y don Martín, arrebuñado al fondo del asiento, escuchaba por segunda vez las explicaciones de la priora.

—¿Vais comprendiendo?

—Algo de luz voy viendo —respondió el médico.

—Bien, como os he dicho antes, nosotros tres y vuestra comadrona somos las únicas personas que conocemos el nacimiento de esta noche.

—Olvidáis a la madre.

—No, doctor, una mujer que recién ha parido... medio entontecida por las pócimas que le habéis suministrado y ahora profundamente dormida... bien puede haber tenido un mal sueño y, además, sentirse sumamente agradecida al Altísimo, que finalmente le ha concedido el tan ansiado varón. ¿Vais captando?

El doctor Gómez de León asintió lentamente con la cabeza.

—Concluamos. Mi sobrina vendrá al convento bajo mi tutela y allí la criaremos; leche de madre no ha de faltarle, quizá es lo único que nos sobra... y a la edad adecuada entrará en religión, que siendo la cuarta hija de un hidalgo ése y no otro era el destino que la aguardaba. Y en cambio, de esta forma y ante la imposibilidad de que mi cuñada vuelva a engendrar, mi querido hermano podrá tener un varón que alegre sus años y perpetúe su linaje.

El doctor meditó unos segundos.

—Hace muchos años que sirvo a vuestra familia. Podéis contar con mi silencio... Comprendo.

—Eso lo dábamos por descontado. El silencio que me debéis garantizar es el de María Lujan.

—Ella es de mi absoluta confianza, amén de que si pudierais ser algo generosos... anda muy necesitada.

—No os preocupéis por ello. —La voz de don Martín resonó desde el fondo del carricoche.

La monja interrumpió:

—La generosidad es una cualidad que agrada a Dios. Os pedimos, únicamente, que la partera no haga demasiados comentarios sobre los acontecimientos vividos esta noche... Aunque en el fondo no sabrá nada.

—Decidme cómo —inquirió don Martín.

—Es muy sencillo. El niño irá con vos y con el doctor a vuestra casa, vos esperaréis en vuestro despacho con la criatura y el doctor despedirá a María Lujan, que en el coche del convento regresará a su pueblo conducida por Blas, nuestro jardinero, el cual como sabéis, a Dios gracias, es sordomudo... y además lo hará bien remunerada; cuando haya partido y sólo entonces, el doctor, en vuestro coche, me traerá a la niña, y luego el cochero acompañará al buen doctor a su casa. En vuestra mansión, querido hermano, no van a haber más partos; la comadrona no tendrá por tanto que regresar jamás. Cuando ella haya partido, colocaréis al niño en la cuna de vuestra hija a fin de que cuando vuestra esposa despierte lo vea allí. Entonces... confío plenamente en vuestras dotes de histrión que tanto me agradaban cuando éramos niños, amén de que la criada que pongáis esta noche para velar el sueño de la madre y de la criatura no tendrá que hacer pantomima alguna, porque ella siempre habrá visto un niño. ¿Lo tienen claro sus mercedes?

Ambos asintieron.

—En ese caso —prosiguió la monja—, seamos prácticos. En llegando al convento me dejaréis

en la puerta principal, luego daréis la vuelta al muro que rodea el monasterio y recogeréis al niño al que nadie verá, puesto que os lo entregaré por la puerta que da a la parte posterior del huerto, y regresaréis a casa acompañando a mi señor hermano. El coche del convento seguirá a vuestro coche conducido por Blas, el jardinero. Yo me quedaré... hora es ya de que me recoja... presidiré los rezos de las hermanas. Vos, entre ir y volver emplearéis no menos de tres horas. Os estaré esperando despierta; dejaréis el coche junto al muro exterior y descenderéis embozado en vuestra capa y con la niña en los brazos. Diréis a la hermana tornera, a vuestra llegada, que me avise. No es la primera vez que nos entregan a una criatura en medio de la noche para que le busquemos adopción; para todas las hermanas, el niño habrá muerto de madrugada... Esas cosas ocurren... nuestro cementerio tendrá otra pequeña tumba. El crío no abulta más que un perrillo, que es lo que habrá en la caja, y yo me ocuparé de que reciba cristiana sepultura. Todo estará hecho para maitines. —La monja dio con los nudillos en el redondo cristal que separaba la cabina de los pasajeros de la banqueta del postillón y le indicó, con la mano, que se detuviera y que acudiera a la portezuela. Éste así lo hizo—. Cuando lleguéis al monasterio me dejaréis en la puerta, luego rodearéis el muro y os detendréis en una entrada disimulada que os indicará vuestro amo. Allí esperaréis hasta que se os ordene.

Todo se hizo como indicó la priora. Los tres, cual si fueran conspiradores, entraron en el convento y, al poco, volvieron a salir dos de ellos embozados y con un pequeño bulto en los brazos.

La noche y los acontecimientos fueron transcurriendo....

Al cabo de un largo tiempo, el doctor Gómez de León regresaba al monasterio y descendía del coche de don Martín de Rojo, tirado en esta ocasión por dos mulas de refresco, ante la cancela principal del convento de San Benito; el auriga sostenía la portezuela y cuando intentó ayudarlo, ya que el doctor tenía ocupadas sus manos, fue detenido por la voz ronca y muy cansada del cirujano:

—Puedo solo. Aguardadme al fondo del camino.

Embozado en su capa y con paso cansino, se dirigió a la puerta del torno. Sonó la campana y esperó. Al poco rato, una voz cantarina respondió desde dentro.

—Ave María Purísima ¿Quién va a estas horas?

—Sin pecado concebida. Un caballero, hermana. ¿Podéis avisar a la priora?

—Dadme a mí el encargo que yo se lo transmitiré.

—No puedo hermana, el asunto es grave y de alcurnia es la persona que me lo encomienda. — Aquí cambió la voz y se tornó autoritaria—: ¡Avisad a la priora os digo!

—Lo hago bajo la responsabilidad de vuesa merced.

—No se hable más.

El doctor Gómez de León oyó a través de la gruesa y claveteada puerta de roble cómo los pasos se alejaban... al rato, el ruido ocasionado al ser retirados los pestillos y cerrojos y finalmente, tras la breve visión de la priora que lo observaba por el ventanuco del centro, el sordo roce del pasador que recorría la gran llave de hierro.

—Alabado sea el Señor. ¿Quién sois y qué os trae a estas horas a esta santa casa?

—Él sea alabado. No importa quién sea yo, os diré únicamente que mi condición es noble y un juramento me impide daros más explicaciones. Me encomiendan que os deje aquí a esta criatura.

La tornera escuchaba.

—Solamente os diré que es de buena cuna, pero no conviene que se críe con su familia. Aquí tenéis el donativo de un año e iréis recibiendo, a través de persona de confianza, los subsiguientes emolumentos. Tratad a la niña como algo muy especial; no creáis que es una expósita común o una inclusera para entregar en adopción. —Y diciendo esto, el doctor entregó a la priora del convento de San Benito un pequeño bulto acompañado de una escarcela de cuero.

Al día siguiente, todas las monjas de la abadía tenían conocimiento de los sucesos acaecidos aquella noche.

Un año después

Dos grandes braseros llenos de huesecillos de aceituna calentaban el salón de los Rojo en aquel enero frío y ventoso. Doña Beatriz, en un gran bastidor de madera, estaba terminando el bordado de la capa debida a san Martín, cumpliendo la promesa que había hecho al santo, si éste le concedía la merced de darle un varón. El pequeño gateaba por la alfombra mudéjar, ajeno a las cuitas que ocasionó a sus padres al venir al mundo; la madre le seguía considerando si no un milagro, sí un gran prodigio. Recordaba el despertar al día siguiente, todavía sumida en la somnolencia que le produjeran las pócimas que el doctor Gómez de León le había suministrado; sentada en un escabel a los pies de su cama, a su doncella Leonor. Y recordaba asimismo que cuando le ordenó que le acercara a su hija, la doncella la miró extrañada y la corrigió.

—Querréis decir a vuestro hijo. —Ella la miró confusa y Leonor insistió—: Ayer noche alumbrasteis un varón.

Recordaba haber preguntado por su esposo y ya no podía recordar nada más, hasta que, horas más tarde y ya mucho más despejada, don Martín a su lado la confortaba y le agradecía que hubiera traído al mundo al tan deseado vástago. Su recuerdo lo evocaba contento, pero no exultante, y cuando ella le insinuó que creía haber tenido una niña:

—Son cosas del parto y de las pócimas que os dieron para dormir. Estabais tan obsesionada y tan preocupada, que lo comprendo —contestó.

Ahora mirando al pequeño Álvaro quería encontrarle algún parecido, mas no lo conseguía. Sin embargo su suegra, doña Teresa de Hinojosa, había pontificado:

—Es igual que mi difunto esposo don Bernardo, que en gloria esté.

Y a partir de aquel día todos los familiares decidieron que el niño era el vivo retrato de su fallecido abuelo don Bernardo de Rojo.

Leonor

Leonor era una buena muchacha. Había entrado al servicio de los Rojo a la temprana edad de doce años al quedar huérfana y a requerimiento de su tía, que ejercía en la casa de cocinera hacía ya mucho tiempo.

No era agraciada, pero algo en su porte atraía la atención de las gentes. Su lugar, desde el primer día, fue la cocina, pero éste su natural encanto hizo que a los quince años doña Beatriz la reclamara para ocupar plaza junto a ella de segunda camarera. En principio, sus obligaciones fueron atender los deseos de su ama y cuidar que todo lo que desordenaban las niñas en sus juegos, ella lo fuera después colocando en su sitio.

Elvira, Violante y Sancha eran tres diablillos de siete, cinco y cuatro años respectivamente, y Leonor disfrutaba como otra criatura más participando en sus juegos y en sus travesuras infantiles. Cuando Elvira, la mayor, empezó a tomar lecciones de un preceptor, doña Beatriz se interesó por su nivel de educación y, siendo lista como era, rogó a don Martín que su doncella compartiera las clases de la niña. Pero siendo la edad de las dos muy despareja, y el preceptor hombre ocupado, al tener que dedicar más tiempo a la enseñanza pidió un aumento de sus emolumentos, a lo que don Martín se negó pues sus finanzas no le permitían dispendio semejante; entonces el ama rogó a su marido que dedicara parte de su tiempo, que por otra parte le sobraba, a culturizar a la muchacha.

Al principio el hidalgo se hizo el remolón, pero ante la insistencia de su esposa y al quedar ésta de nuevo embarazada, no se atrevió a disgustarla y accedió a sus deseos. Las clases las daban en el despacho del primer piso cuando don Martín podía o, más bien, cuando le venía en gana.

—Tenéis más suerte que un monaguillo cuando el cura olvida cerrar la alacena —le espetó su tía la cocinera al saber la nueva.

Leonor pensó que tenía razón, ya que su afán de aprender era mucho y sus oportunidades pocas. Y así fue cómo la muchacha, pasando los días, esperaba ansiosa cada tarde que el hidalgo tuviera a bien dedicarle unas migajas de su, para ella, valioso tiempo.

El gabinete de don Martín se hallaba en el primer piso, e impresionó profundamente a Leonor la primera vez que entró en él no a limpiar el polvo, sino a aprender las letras y los números. Estaba el hidalgo apoltronado en el sillón detrás de la mesa de despacho de torneadas patas, cuando ella, tímidamente, llamó a su puerta.

—Pase.

La voz sonó profunda y atemorizadora, y la doncella empujó el batiente y penetró en la estancia a la vez que la suya, insegura, musitaba:

—Soy yo, don Martín... Leonor...

—Adelante. No os quedéis ahí pasmada. No os podré enseñar las letras si no os acercáis.

La chica se aproximó tímida e irresoluta sin saber qué hacer ni qué decir.

—Tomad asiento. No tenéis nociones de lectura, ni sumar ni restar... imagino.

—Nada sé, señor. Doña Beatriz me ha dicho que vos me ibais a...

—No tengo otro remedio. De no complacerla, mi hijo, sostiene, nacería con un antojo... ya sabéis, esas manchas rojas que muestra la piel de una criatura cuando su madre ha tenido un deseo que no ha sido complacido. Pero, acercaos. Si no, no vamos a avanzar nada.

La muchacha se aproximó, quedando de pie frente a la gran mesa.

—Tomad aquel escabel e instalaos aquí a mi lado. Será mejor que pueda corregir vuestros errores; así no tendré que levantarme cada vez.

Leonor obedeció y, transportando el asiento al costado del hidalgo, se sentó junto a él.

Y de esta manera empezó todo.

Los días se sucedían e irían ya por el tercer mes de clase. Leonor llegó a la conclusión que don Martín no era el ogro que muchos imaginaban; era amable con ella y tenía un cierto sentido del humor. Demostraba, además, una paciencia infinita ante sus torpes intentos de aprender las letras; incluso a veces se permitía unas bromas que, hasta hacía muy poco, hubiera considerado incapaz de hacer.

Una tarde, la casa estaba vacía. Doña Beatriz y las niñas habían partido hacia San Benito a visitar a la madre Teresa, priora del cenobio y hermana de don Martín. La campanilla que la avisaba sonó en la cocina...

—Ve y pregunta, ya que tienes clase, si don Martín quiere merendar en el comedor o en su cámara —le dijo su tía, que a veces la tuteaba y otras le hablaba de vos.

Leonor subió al estudio y encontró al hidalgo con un talante diferente; al entrar le transmitió la pregunta de la cocinera.

—Decid a vuestra tía que hoy no tomaré nada hasta la cena, y que no me pasen ningún mensaje. Nada hay que me incomode más que las interrupciones cuando me pongo a hacer alguna tarea. Avanzamos poco; hora es ya de que sepáis leer. Bajad a dar mi recado, luego tomad vuestro cartapacio y acudid... a ver si hoy, que tenemos toda la tarde y no hay ruidos en la casa, podemos darle un empujón a vuestros conocimientos.

Leonor cumplió con el mandado y regresó preparada a aprovechar aquella circunstancia favorable que le deparaba la providencia, ya que al no estar en casa su ama ni las niñas, nadie la iba a distraer de sus estudios.

La atmósfera estaba cargada. La chimenea recién cargada de leña esparcía su calor por toda la estancia y antes de sentarse el hidalgo le ordenó que corriera los espesos cortinajes y encendiera los dos candelabros de seis brazos que, junto con un candil de aceite que se ubicaba sobre la mesa, suministraban luz al despacho.

Todo el temor reverencial que sentía por la negra figura del hidalgo se había transformado, por obra y gracia de aquellos íntimos ratos de estudio, en un afecto filial que su huérfano corazón anhelaba.

Todo transcurría igual que los demás días. Se sentó a su lado y comenzaron a repasar lo aprendido la última tarde; cuando se equivocaba, la mano del hidalgo, grande y tibia, le oprimía el hombro para que ella repitiera la frase corrigiendo el yerro. El ambiente estaba caldeado y las cabezas de ambos se hallaban a una mínima distancia. Súbitamente Leonor sintió cómo la mano se

deslizaba por su espalda y le acariciaba la cintura. El rostro de don Martín estaba arrebolado por el calor y unas pequeñas gotas de sudor perlaban su frente; la muchacha estaba tensa sin saber qué hacer y no se atrevía a moverse. La mano fue subiendo. Ahora le deshacía los lazos que cerraban la amplia blusa a su espalda... Ella seguía leyendo... Al cabo de un momento había retirado la ordinaria sarga de la bata que la cubría y la mano palpaba sus jóvenes pechos. Leonor estaba confusa y quieta. Después ya todo sucedió rápidamente. Se encontró desnuda, recostada sobre una piel de oso delante de la chimenea y el hidalgo tendido sobre ella respirando afanosamente... Luego la penetró. Al contrario de lo que ella creía, no sangró nada ni fue traumático, y no fue tampoco doloroso ni violento. Luego, como si nada hubiera pasado, se vistieron y la clase continuó. Hubo entre los dos un pacto de silencio. Únicamente al cabo de dos horas y cuando ya se iba a retirar, él le dijo:

—Perdonadme, pero no toco a mi esposa hace cuatro meses y me quedan por lo menos otros seis.

Leonor nada dijo. Se compuso la ropa y salió de la estancia.

Después, ya por la noche y en la soledad de su dormitorio, analizó lo sucedido; tenía un auténtico afecto a don Martín, y su instinto le avisaba de que nada tenía que decir de todo aquello a nadie si no quería perder la ventajosa condición de que gozaba en la casa. Aquello no había sido tan terrible como las mujeres de la cocina vaticinaban sobre «la primera vez». Cuando ya le vencía el sueño, ante sus ojos apareció aquella rara mancha de color púrpura que brillaba a la luz de las llamas del hogar sobre la sudorosa piel de la espalda del hidalgo, a la altura del hombro diestro, y que parecía talmente un pequeño ojo del que brotaran tres lágrimas.

El hecho se repitió un par de veces más a lo largo de aquellos meses y el hidalgo, cada vez que sucedió, al finalizar le pedía perdón. Luego nació Álvaro y ya no se volvió a repetir nunca más, pese a que las lecciones de lectura y escritura continuaron.

Leonor jamás habló de ello a nadie.

Nueve años después

—¡Catalina! ¿Qué está usted haciendo? —la voz de la hermana Hildefonsa retumbaba al fondo de la cocina mientras su figura imponente avanzaba hacia ella cuchillo en mano como si se dispusiera a cercenar el cuello de un pavo.

Catalina, sin pensarlo dos veces, tomó del gran frutero que había en la alacena un hermoso y verde limón y luego, como alma que lleva el diablo, huyó hacia el fondo del huerto, confiada como siempre en que sus ágiles piernas la pondrían a salvo del peligro inminente que se cernía sobre ella. Sor Hildefonsa se asomó a la puerta de la cocina mirando hacia uno y otro lado, para ver si descubriría hacia dónde había huido la ladronzuela. Pero todo estaba en paz y en orden; su voluminosa presencia giró lentamente ciento ochenta grados y se dirigió de nuevo al interior de sus dominios rezongando imprecaciones, costumbre en ella más frecuente que la de recitar jaculatorias. Sor Hildefonsa reinaba en los calderos, por cierto con mano de hierro, y de entre todas las hermanas a la única que soportaba levantara la voz en la cocina era a la priora. Las tres recogidas y las dos monjas que le ayudaban habían detenido sus actividades, expectantes, ante el incidente.

—Vamos, ¿qué os sucede? ¿Os ha dado un pasmo? —Eso dijo dirigiéndose a las zagalas, y volviéndose a las monjas—: El Señor pedirá cuentas a vuestras maternidades por el mal uso que dan al tiempo. Recuerden que también entre los pucheros se le sirve... y hoy es día de mucho trabajo.

Todo andaba revuelto en San Benito, ya que en aquella misma fecha todos los años acudían a la reunión anual de protectores todos los que lo eran del convento, presididos por el doctor Carrasco, obispo de Astorga, quien además ostentaba el cargo de secretario provincial del Santo Oficio. Las hermanas trabajaban como hormigas diligentes, y desde el refectorio al coro todo relucía. Se habían remendado las sayas de las recogidas, preparado la sala del Consejo, arreglado los patios y jardines; la capilla lucía como nunca. Se cuidaba con esmero hasta el último detalle, ya que tras la santa misa y la bendición pasarían, antes de la reunión, al refectorio, donde libarían un «frugal» refrigerio: sopa castellana de albóndigas, empanada de pavipollo, ragú de jabalí y trucha asturiana; el postre iba a ser fruta confitada, mazapán de Soria y yemas de San Benito, éstas últimas especialidad del convento, y todo ello generosamente regado por caldos del Duero y un licor de manzana que confortaba el espíritu.

Don Martín de Rojo, mecido por el traqueteo de su viejo coche iba camino del monasterio; a su cerebro regresaba la evocación de los sucesos vividos, iba ya para diez años, y lo acontecido durante ese tiempo. En un principio doña Beatriz dudó, aunque finalmente admitió, no sin

dificultad, que había dado a luz un varón, y pese a su reticencia a asumirlo, no sabía bien por qué, la realidad de los hechos consumados se había impuesto y el pequeño Álvaro estaba ahí sin duda alguna, amén de que el testimonio del doctor Gómez de León no dejaba lugar a dudas, pues la vez que ella le insinuó que creía haber parido una niña le explicó que eso ocurría frecuentemente con las madres que se obsesionaban en demasía, por diversos motivos, en traer al mundo un heredero.

Quedose conformada y se dedicó a cuidar del niño en tanto don Martín vigilaba atentamente su crecimiento y en él cifraba muchas esperanzas de futuro, ya que el presente pintaba muy magro. Don Martín no había dejado de acudir ningún año a la cita anual de San Benito ni, aunque modestamente, dejado de asistir a la manutención de Catalina, que así se llamaba la niña. Su hermana, la priora, velaba por ella y cuidaba de que el arbolito creciera derecho, ya que indudablemente, a la edad oportuna, entraría en religión en la orden de la cual él era protector.

Otras cuitas ocupaban su mente aquella mañana. Sus asuntos iban de mal en peor; las rentas de sus tierras habían menguado hasta el punto de que no sólo no podía mantener su casa solariega, sino que su condición de hidalgo estaba gravemente amenazada por las deudas que le acuciaban. Lo único positivo de aquel tiempo había sido que su hija mayor Elvira había casado con un caballero rural y vivía en un pueblecito cerca de Sevilla; su yerno era ambicioso y listo, y estaba seguro de que medraría en la Corte, donde, en un futuro próximo, se iban a instalar. Por esta parte, cierto estaba de que únicamente iba a recibir satisfacciones; de cualquier manera tenía una boca menos que alimentar. Sus otras dos hijas y Álvaro estaban en casa y recibían la educación cristiana que convenía a su sexo y condición, y los criados y servidores habíanse reducido al mínimo, pero años de malas cosechas, una climatología adversa, la epidemia de los corderos que asoló la provincia y los fuertes impuestos del rey le habían obligado a pedir créditos a los genoveses que, tras dos prórrogas, no iba a poder devolver.

Su salvación estaba en manos del doctor Carrasco, y la solución de todos los problemas se basaba en conseguir ser nombrado familiar^[1] del Santo Oficio. En ese instante sus cuitas quedarían atemperadas y los cuatro años pignorados de sus rentas serían asumidos por sus acreedores, que amén de no poder enajenarle las tierras estarían obligados a explotarlas, con el riesgo que eso implicaba, pues en el ínterin tenían la obligación de asistir a la manutención de su casa y de su hacienda, corriendo con absolutamente todos los gastos que generara, hasta los dispendios más mínimos, y también con sus aficiones. Por otra parte, creía cumplir con todas las premisas exigidas por la santa Inquisición para el nombramiento de sus familiares. Era cristiano viejo de ocho generaciones, que eran las que contaban; lo «otro» fue anterior. Por otra parte el blasón de su escudo pregonaba la nobleza de su estirpe, que aunque venida a menos era de rancio abolengo. En esas cuitas andaba cuando oyó las voces del postillón deteniendo las caballerías y el traqueteo de los aros de hierro de las ruedas repicando en el empedrado del atrio de la entrada del convento de San Benito. Levantó la cortinilla de cuero encerado de la ventana y ante él apareció la mole inmensa del viejo monasterio; el número de carricoches allí aparcados junto a sus cocheros y lacayos le indicó que la mayoría de los protectores habían llegado antes que él. Su coche se detuvo, y apenas lo hizo el hidalgo descendió sin esperar a que su cochero le desdoblara la estribera y le abriera la portezuela; la cerró él mismo indicándole a su auriga que se colocara al fondo, lo más alejado posible del lujoso carruaje del Santo Oficio que sin duda había transportado al doctor Carrasco, porque no desmereciera el suyo, ya que al lado del otro se iba a ver ajado y deslucido, vetusto, y en estado sumamente precario.

El gallo rojo

¡Os he dicho que es muy fácil, Blas! ¡Agarrad vos el gallo que yo le pondré el limón!

—No podremos, Catalina, el maldito es muy fuerte y malo de sujetar.

—¡Pardiez!, que sois un cobarde. ¡A fe mía! Yo lo haré. Los dos niños hablaban en el fondo del huerto bajo del convento de San Benito. Estaba situado éste en una pequeña meseta que rompía la monotonía del paisaje. La iglesia románica con la espadaña de su campanario fue aglutinando a su alrededor las construcciones que luego, con el tiempo, formarían el conjunto. El muro lateral de la misma hacía de medianera con una de las naves del monasterio, y una puerta lateral permitía a las monjas acceder al templo sin salir al exterior. Los feligreses de las gañanías y de los pueblos circundantes, entraban en San Benito directamente por la entrada posterior, cuya puerta, por cierto, estaba siempre cerrada con cerrojo de llave y pasador, y solamente la sacristana, mediante la oportuna orden de la priora, la abría para la misa del domingo o bien para fiestas señaladas y puntuales. La paralela a la iglesia y tres naves más circunvalaban un hermoso claustro interior con un estanque en medio. El peristilo, de pequeñas columnas jónicas cuyos capiteles estaban adornados con hojas de acanto, permitía a las monjas rodear el patio en invierno aunque lloviera y hacer sus peripatéticos rezos en verano aunque el calor apretara. De la nave opuesta a la de la iglesia salían, paralelas, tres construcciones donde se alojaban, por este orden, el refectorio y la cocina en la primera, en la del medio la biblioteca, el locutorio, las celdas de las monjas y las de las novicias, y en la tercera el dormitorio corrido de las recogidas con la sala común para sus tareas. Entre estas tres prolongaciones y rodeando el conjunto estaba el jardín, y cuando ya terminaba la pequeña meseta descendía en una terraza circular al huerto bajo, regado por un riachuelo que suministraba agua al convento y que pasaba al exterior bajo el alto muro, para perderse en la lejanía, a través de un rastrillo de viejos barrotes de hierro mohosos y llenos de yerbajos que se clavaban en su lecho. Ésta, junto con otras dos salidas cerradas por dos grandes portones, eran las únicas aberturas al exterior desde el pequeño y recluso mundo del monasterio; las hojas de ambos eran de grueso roble con los herrajes de hierro negro y tenían a los costados diversas construcciones. Al lado de la principal vivía la hermana que se ocupaba de la portería y del torno, y estaba cuidada y engrasada puesto que era la salida natural de la abadía. Las construcciones de la parte posterior servían para guardar los aperos de la labranza, las dos galeras de viaje de las monjas y algún carro de carga para acudir a los mercados vecinos y poder así vender los productos que las religiosas fabricaban. En las cuadras y establos habitaban las caballerías y el ganado que proveía de lana, leche y carne al convento; ese portón estaba mucho más deteriorado, pues sólo se utilizaba para menesteres puntuales.

Blasillo, el hijo único del cochero-jardinero de las monjas, era el compañero de juegos de Catalina. Ambos rondaban los diez años. Los niños de las mujeres recogidas eran entregados en adopción a familias que los solicitasen y, en caso de que la madre se negara a ello, apenas recuperada del parto era despedida del convento. Eso hacía que Catalina y Blas no tuvieran otros compañeros de juegos.

Desde el primer día, y gracias a los buenos oficios de la priora, la niña fue el juguete maravilloso de aquellas buenas mujeres, que volcaban en ella sus frustradas vocaciones de madre. Catalina era de cuerpo gentil, espigada, mejor se diría larguirucha para su edad, morena de cabello; sus ojos eran garzos y profundos y cuando se encorajinaban a Blasillo le daban miedo. En los juegos llevaba la voz cantante, pero no existía problema alguno ya que siempre optaban por juegos de chicos: guerras, asaltos, emboscadas, la peonza y la pinola, eso cuando no estaban preparando un aquelarre como aquella tarde.

Al lado de las cuadras y establos tenían las monjas un gran gallinero que suministraba aves y huevos al convento, y a continuación, y adosados al muro, dos gallineros más pequeños. En el primero paseaba su majestuosa estampa un inmenso gallo negro: era un animal magnífico; una gran cresta roja que temblaba inquieta y se movía a los bruscos impulsos de su cuello adornaba su pequeña cabeza, dos ojos vivísimos y vigilantes como dos carbones de antracita estaban incrustados a ambos lados de su perfil, las plumas tenían reflejos metálicos, el pecho era poderoso, el cuerpo proporcionado y musculoso y las patas rojas; el tridente de sus garras estaba terminado en la parte posterior por dos espolones que constituían un arma terrible. Era un gallo de pelea mexicano, regalo de un adelantado de Castilla al convento de San Benito, del que era muy devoto; más allá y completamente apartado, las monjas tenían a un gallo rojo muy joven y también de hermosa estampa que estaba destinado a sustituir al viejo y actual amo del gallinero y reinar entre las gallinas a su debido tiempo. El gallo miraba a los niños con desconfianza.

—Y vos, ¿de dónde sacáis que poniendo zumo de limón en el agujero del gallo se pone furioso?

—Yo lo sé. Lo oí cuando trajeron al negro. Se lo dijo el criado del marqués al mozo de cuadra.

—¿Qué es lo que le dijo?

—Que allá en Nueva España los hacen pelear, y ésa es una de las argucias que emplean para que los gallos se pongan rabiosos... ¡Y no tardéis más que para luego es tarde! Además, como comprenderéis, no me la he jugado esta mañana cuando he afanado el limón de la alacena para que por vuestra falta de ánimo no llevemos nuestro plan hasta el final. —Dicho esto Catalina abrió la puerta del gallinero del rojo y, tras introducirse en él, la cerró a su espalda.

El gallo, inquieto, se refugió en el ángulo más alejado del mismo emitiendo un sordo cloqueo. La niña se abalanzó sobre él, pero el ave dando un corto vuelo y aumentando el volumen de su cacareo cambió de rincón. La escena se repitió varias veces; las otras aves rebullían inquietas y Blasillo sonreía divertido.

—No vais a poder, Catalina.

—¿Que no? Vais a ver. ¡Dadme vuestro jubón!

—¿Que os dé, decís? Dejadlo ya y vámonos.

—Sois un mentecato, no tenéis valor. ¡Dadme el jubón os digo!



«Sois un mentecato, no tenéis valor. ¡Dadme el jubón os digo!»

Blasillo, resignadamente, se quitó la prenda y abriendo una cuarta la puerta se lo entregó; Catalina lo tomó en sus manos y lo abrió entre ellas acercándose lentamente al animal.

—¡Ya sois mío, maldito!

Y diciendo esto le echó el juboncillo al ave, que al perder de vista a la niña se quedó un segundo inmóvil. ¡Fue su perdición! Cuando quiso revolverse, Catalina ya le había sujetado las patas y lo mostraba triunfante a Blasillo.

—¡Qué decís! ¿Lo he conseguido o no? ¡Pardiez que sois un inútil! Y favor os hago de no llamaros otra cosa. —Catalina había salido ya del gallinero y, colocando al gallo en la postura conveniente, la cabeza debajo de su antebrazo y la parte menos noble del animal hacia su amigo, al punto le conminó—: Mientras yo le abro las plumas, cortad el limón por la mitad. —Y al ver que Blas parecía paralizado, añadió—: Venga. ¡Voto a bríos! ¿O lo tendré que hacer yo todo?

Blasillo puso el limón sobre una piedra plana y sacando su pequeña navaja lo cortó en dos mitades. Catalina lo observaba.

—Venid acá y proceded en cuanto yo os lo diga. ¡Ahora!

La niña sujetó fuertemente al gallo y el zagal le echó el zumo del limón en la abertura que habían dejado las separadas plumas al descubierto.

—¡Rápido, abrid un poco la puerta del negro!

Blasillo, como hipnotizado, así lo hizo. Catalina, con un rápido movimiento lanzó al gallo rojo en el gallinero del mexicano y cerró rápidamente. El negro midió al intruso y el terreno. Al rojo le hizo efecto el ácido y se revolvió furioso. Ambos animales empezaron una rara ceremonia: los cuellos a ras del suelo y las cabezas juntas moviéndose arriba y abajo sincronizadas, como si ambas estuvieran sujetas por un corto bramante. De repente el negro se abalanzó sobre el intruso, en un vuelo breve, con los espolones adelantados a la altura del pecho; el rojo se fue al suelo y, aunque herido, se levantó rápido. Entonces comenzó una lucha sorda, con un revuelo de picos, plumas y espolones que danzaban a un ritmo mortal. Catalina y Blasillo asistían mudos y asombrados a aquel cortejo de muerte. En pocos minutos los genes del negro se fueron imponiendo; el gallo estaba haciendo lo que sus ancestros habían hecho toda la vida: luchar para subsistir. El rojo trastabillaba y huía más rojo de sangre que de pluma, ciego y medio cojo. El negro se dispuso a rematar su obra; se impulsó con sus poderosas alas y en un majestuoso y curvo vuelo en el aire cayó encima del espinazo de su enemigo, que ya no se defendía... El final fue rápido; los espolones clavados y el fuerte pico buscando la cabeza de su contrincante. En un instante lo remató en el suelo, y cuando ya no se movía, y a una hora extemporánea, lanzó un quiquiriquí rotundo y triunfal ante el revuelo de todo el gallinero y el asombro de los niños, que no reaccionaban.

En la cocina, sor Hildefonsa se dispuso a bajar a los gallineros para ver lo que allí estaba sucediendo, ya que el canto triunfal del negro había llegado nítido y rotundo a sus dominios a una hora que no correspondía.

Una monja le había introducido en el despacho de la priora, y don Martín esperaba ansioso la entrada de su hermana; la acompañante le advirtió que ésta se demoraría un poco, ya que en día tan señalado tenía un sinfín de tareas que realizar.

—¿Deseáis alguna cosa?

—Muchas gracias, vuesa merced ha sido muy amable. No, no necesito nada, podéis retiraros.

Silenciosa como un suspiro, la religiosa cerró tras de sí la puerta de madera de cedro y desapareció. Don Martín dejó su capa de viaje al desgaire sobre uno de los dos sillones de cuero de Ubrique tachonados de grandes clavos de latón dorado que estaban frente a la mesa de la priora, y paseó su mirada por la estancia. Era ésta cuadrada y espaciosa. Dos estrechas ventanas orientadas al este permitían la entrada de la luz diurna; entre las dos, en el paño de pared que las separaba, un cuadro, reproducción sin duda de *La disputa de Jesús entre los Doctores*, del Veronés. Tras el sillón del escritorio, dos imágenes, una talla de madera de san Benito y una Virgen policromada que podía ser de un discípulo de la escuela de Berruguete; en el paño de pared frente al despacho, una pequeña librería con pocos pero seleccionados volúmenes, todos relacionados con vidas de santos, reglas de la orden, libros de rezos, encíclicas y pragmáticas de los santos Padres. El suelo de grandes losas rojizas estaba cubierto por una alfombra tapiz de la Real Casa, con imágenes de los siete pecados capitales según cartones de Rafael Sanzio de Urbino, regalo sin duda de un protector del convento; y, finalmente, en el paño de pared donde se encontraba la puerta, una larga mesa arrimadero de roble, cubierta de lado a lado por un estrecho tapiz de terciopelo rojo engalonado por dos tiras de pasamanería doradas y flecos del mismo color; en medio, una pequeña vitrina relicario de pórfido y cristal, y en su interior alojado un mínimo cuadrado de tela, reliquia sin duda de algún santo. El ruido inconfundible de los pasos y el sonar de las cuentas del rosario avisaron a don Martín de la llegada de la priora. Abrióse la puerta y la figura de sor Teresa apareció en el dintel. Sonrió a su hermano. Se aproximó y alargó la cruz de su rosario para que el hidalgo la besara, hecho lo cual se dirigió al sillón de detrás del escritorio y, sentándose, indicó al hidalgo con el gesto que hiciera lo propio. Apenas cómodamente aposentados y distendido el clima del primer momento, el ambiente se hizo familiar y confiado.

—¿Cómo estáis, querido? Estaba deseando veros.

—Ya veis, Camila. —No se acostumbraba a llamarla en privado de otra manera—. Continuamos malviviendo e intentando resolver lo cotidiano, que ya es mucho.

—No tentéis a Dios, Martín. Sé que tenéis cuitas que os apremian, pero el noventa por ciento de los cristianos de estos pagos se cambiarían por vos.

—Lo sé, hermana, pero mis asuntos son los que corresponden a mi alcurnia y condición. Los siervos y gañanes de mis pedanías viven más felices; sus problemas consisten en comer y holgar, y eso, mal que bien, ya lo hacen.

—Sois injusto, Martín. Lo hacen o no lo hacen, y si os parece que un plato de patatas y nabos todos los días constituye la felicidad, creo que os equivocáis.

—Sus necesidades, miréis como lo miréis, son muy otras que las mías. Yo vivo en el perenne agobio de mis deudas. Tengo ya pignoradas las rentas de cuatro años y, o consigo que el doctor Carrasco me haga admitir como familiar del Santo Oficio o realmente no sé adónde voy a ir a parar.

—El Señor proveerá —dijo la priora, y cambiando el tercio—: ¿Cómo están doña Beatriz y vuestros hijos?

—Ella está bien, ya la conocéis. Sus limosnas, su sopa de los pobres^[2] y atender a los hijos que quedan en casa, éstas son sus tareas.

—Os quedan, si no me falla la memoria, Violante, Sancha y nuestro Álvaro, puesto que Elvira casó en Sevilla. —La priora recalcó lo de «nuestro»—. Por cierto, ¿hay noticia de que os hagan próximamente abuelo?

—Todavía no, pero imagino que todo se andará... Y debo decir, en honor a la verdad, que tengo un yerno magnífico y que ha sido una suerte casar a Elvira.

—Ved cómo os quejáis en demasía.

—Realmente debo decir que me he alegrado mucho por ella, ya que era impensable que a la hija sin dote de un hidalgo de campo como yo le cupiera este honor, pero poco cambian las cosas en cuanto a mi economía doméstica.

—¿Y Violante, Sancha y Álvaro?

—Hacen lo que corresponde a sus edades, eso sí, con modestia. Comparten el mismo tutor; me preocupa el muchacho... nada que tenga que ver con las armas le place... solo quiere andar entre libros, creo que doña Beatriz lo ha mimado en demasía, no tiene ninguna afición por las cosas que apasionan a un muchacho de su edad... los caballos... la sala de esgrima... todo el día lo quiere pasar con los clásicos, y dice el tutor que está muy adelantado para su tiempo.

—No todos los hombres han de hacer la guerra. Enviadlo a Salamanca cuando llegue la edad. Hay muchas oportunidades para un hombre de letras. Hora es ya de que no sean los clérigos los amos de todas «las disciplinas».

—Y ¿con qué lo envío a Salamanca, hermana?

—Las aves del cielo tienen nidos y las raposas tienen madrigueras. El Señor cuida hasta del último de sus pajarillos.

—Cómo no haga el milagro el doctor Carrasco, mal veo la salida. Pero, decidme, ¿qué hace Catalina?

—De ella quería hablaros.

—Os escucho, soy todo oídos.

—Me habéis dicho que Álvaro tiene un carácter tranquilo. Pues Catalina... ¡Válgame el cielo!

Don Martín se revolvió inquieto. La monja tomó la pluma de ganso que reposaba en el tintero de su escritorio y jugueteó con ella.

—Contadme, Camila, ¡vive Dios!

—Pues... tiene el carácter de nuestro difunto padre, que en gloria esté. Los animales, el río, el cazar alimañas, la pinola, los juegos con rodela y espadas de madera... en fin, todo aquello que complacería a un ganapán de su edad. En cambio, los rezos y los latines, apenas los soporta. Todavía no es importante porque es una criatura, pero cuando entre de postulanta vamos a tener muchos problemas. ¿Sabéis que a vuestra llegada os he hecho esperar? Pues bien, me ha llamado la hermana cocinera con gran premura; he creído que pasaba algo en los fogones al respecto del refrigerio que se os servirá después de la misa, y al llegar me ha contado la última hazaña de la criatura.

Sor Teresa explicó a su hermano con pelos y señales la aventura de los gallos. El hidalgo la escuchó con semblante adusto pero íntimamente regocijado.

—Lástima no fuera un muchacho. El tiempo mitigará estos afanes. En vuestras manos la confié y deberá, en su día, entrar en religión. Antes de marcharme quiero que me la mostréis. Al fin y a la postre, nada hay de raro en ello. Soy uno de los protectores del convento, además de su tutor.

—No hay inconveniente. Por cierto, hermano, ¿recordáis que de pequeño erais zurdo?

—Lo recuerdo muy bien, y grandes disgustos y esfuerzos me costó el ser diestro. Ya sabéis que la siniestra es la mano de Satanás —ambos hermanos se santiguaron—, y mi padre me arrancó esa mala costumbre a palos. ¿Por qué lo decís?

—Porque Catalina maneja indistintamente ambas manos y con ambas es igualmente hábil, y pienso que manejar también la diestra se convierte mayormente en ventaja en vez de inconveniente.

—La zurda trae malas inclinaciones y, al fin, disgustos. Quitadle, quitadle ese hábito... Tras él está el Maligno. —Se santiguaron de nuevo—. Y ahora, Camila, vayamos a reunimos con los demás. Es hora ya de rezos, y por cierto veo entre los protectores mucho más interés por el refrigerio que, sin duda, nos ofreceréis que por la espiritualidad de nuestros cometidos. Fruto de la época y de los vientos que corren, supongo.

—Lo malo se contagia antes que lo bueno y las costumbres que nos llegan de la Corte no son precisamente edificantes.

Los Cárdenas

Don Suero de Atares esperaba, respetuosamente en pie, a que don Benito de Cárdenas, marqués de Torres Claras, levantara la cabeza del escrito que ocupaba su atención.

Don Suero, ascendido al oficio de maestro de armas, había sido el fiel escudero del marqués en las jornadas de Flandes, cuando a las órdenes de Alejandro de Farnesio del Tercio Viejo de Nápoles había asombrado al mundo en Malinas y Maestrich. Don Benito de Cárdenas dejó el pergamino sobre el escritorio, tomó la pluma, la mojó en el tintero y puso al pie su firme trazo. Después extrajo de una cajita un polvillo blanco y lo esparció sobre su firma; cuando estuvo seca la tinta, dobló tres veces el papiro, acercó a la llama de una vela una barrita de lacre rojo y, cuando estuvo reblandecido, depositó una gota en el dobléz del papiro aplicando el sello de su anillo al mismo, garantizando de esta manera que nadie pudiera leer el escrito sin antes rasgar el lacre.

—¿Qué trae por aquí a vuesa merced, que tan escaso se prodiga?

Toda la soltura y confianza que don Suero mostraba en campo abierto, se tornaba torpeza bajo el techo artesonado de los aposentos del marqués de Torres Claras.

—Bueno, pues veréis, el caso es... no sé cómo explicar a vucencia... —se atascó de súbito.

Don Benito lo animó.

—¿Qué os ocurre, viejo amigo? Si os hubierais mostrado tan remiso en Malinas, yo ya no me encontraría entre los vivos.

El marqués aludía a la ocasión en la que, siendo alférez abanderado, fue alcanzado por un tiro de arcabuz y estando en el suelo mal herido y con la pierna rota se le vinieron encima dos herejes con aviesas intenciones; cuando creía que había llegado su última hora, compareció su fiel escudero que, tirando de toledana, cargó contra los dos luteranos, interponiendo su cuerpo entre él y el enemigo. Al primero lo despachó con un metisaca en el gañote y al otro lo envió a reunirse con Caronte tras un breve encuentro, de una certera estocada que le atravesó el emballenado peto a la altura del corazón. Luego, bajo un fuego de mil pares de diablos y cuando el tambor principal tocaba retirada presurosa^[3], todavía tuvo redaños para recogerlo a él y al estandarte, subir el talud y reintegrarse a la posición.

—Decidme, don Suero, que os conozco bien. ¿Cuáles son vuestras cuitas?

—Veréis, vucencia sabe que entiendo perfectamente que don Diego ha de recibir la educación que corresponde a su linaje y condición, y sé que el latín, las matemáticas y demás materias son muy importantes. Pero creo que fray Anselmo se excede en el tiempo que dedica a ello, porque cada día cercena más el que a mí corresponde, y si sus enseñanzas son importantes

las mías son vitales, ya que el manejo de la espada, la rodela, la daga, el arcabuz y el caballo son para el soldado como el pan que come, y don Diego será, antes que nada, un soldado; amén de que, cuando vaya a Madrid, las calles son la guerra y los malandrines, valentones y falsos mendigos que matan por un Jesús las invaden, y creo que mejor se defenderá desabrigando el sobaco^[4] prestamente que recitando latinajos. ¡Ea, ya lo he dicho!

Don Suero había acabado su discurso de un tirón y aguardaba nervioso. El marqués, que sonreía para sus adentros, demoró unos instantes su respuesta.

—Entiendo lo que decís, don Suero. No os preocupéis, yo hablaré con fray Anselmo para que cada cual tenga el tiempo que le corresponde. Y sé y me consta que a mi hijo le complacen mucho más vuestras lecciones que las que le imparte su tutor. Por cierto, ¿cómo van las clases?

A don Suero se le iluminaban los ojos cuando hablaba de su pupilo.

—Es esforzado y valiente, monta a caballo ya mejor que yo mismo y tengo que refrenar sus ímpetus con la espada, porque quiere ir demasiado deprisa. Tira con muchachos tres y cuatro años mayores que él y los pone en serios aprietos.

El marqués escuchaba complacido. Diego era todo lo que le quedaba en el mundo, después de que aquellas malditas fiebres se llevaran a su queridísima esposa cuando el niño aún no había cumplido los seis años.

—Bien, don Suero, os voy a dar la ocasión de recuperar el tiempo que, decís, se os debe.

El escudero escuchaba atentamente.

—Vais a llevar un mensaje a la priora de San Benito. Ya sabéis que, pese a la distancia, soy protector mayor del mismo. Mi señor padre, que el Señor tenga en su gloria, ya lo era, y es por ello que me bautizaron con su nombre. Os acompañará don Diego. Va a ser su primera salida importante, y tenéis a caballo tres jornadas a la ida y tres al regreso, más una de estancia como mínimo, para recuperar el tiempo perdido. Dormiréis en mesón o posada si la hay, y si no en campo abierto; no quiero que lo hagáis en casas de deudos o amigos, a fin de que el muchacho sepa de las incomodidades y privaciones de los caminos. Lo que vais a llevar es una orden de pago de mil ducados. Ya sabéis que la Iglesia es insaciable... y a mí me es imposible asistir a la reunión, y ¡a fe que me gustaría!

Esto último lo dijo el señor de Cárdenas sonriendo, pero no tanto como don Suero, cuya felicidad se colmaba al rescatar durante siete días a su pupilo de las garras de fray Anselmo, que no era precisamente santo de sus devociones.

—No paséis cuidado alguno ni por vuestro mensaje ni por vuestro hijo. Va en ello mi vida.

—Lo sé, amigo mío, a nadie más que a vos confiaría la seguridad de Diego en su primera salida al mundo. Id, don Suero. Partiréis a la amanecida.

El escudero, con una respetuosa inclinación de cabeza y un airoso gesto de su emplumado chambergo, salió de la estancia.

El Consejo de San Benito

Oída la misa, a don Martín le quedaban dos cosas por hacer: intentar hablar con el siempre difícil doctor Carrasco, y ver a Catalina, cosa que hacía, por lo menos, una vez al año. Lo primero lo prefería demorar hasta después del refrigerio, ya que, conociendo la afición a la buena mesa del secretario provincial del Santo Oficio, cuya figura oronda avalaba dicho afán, creía más oportuno exponerle sus cuitas una vez el prelado hubiera satisfecho sus apremiantes apetitos tras la opípara libación que, sin duda, ofrecerían las monjas, y ante una copa del mejor orujo del convento que se llamaba, cómo no, licor de San Benito. Decidido lo cual, requirió a su hermana con el fin de que trajera la niña a su presencia en la biblioteca del monasterio.

En tanto aguardaba, repasó su atuendo brevemente e imaginó que a los ojos de una criatura de diez años resultaría imponente. La peluca negra recortada a la altura del cogote, mostacho y perilla perfilados, jubón, calzas, medias y zapatos de hebilla, asimismo negros; lo único blanco era su golilla encañonada que le ceñía el cuello, dando la sensación de que su cabeza estaba separada del resto del cuerpo. Sentose cómodamente en el sillón cabecero de la larga mesa y esperó la entrada de la niña. Hízolo Catalina acompañada de la priora. Vestía una bata de sarga azul hasta media pantorrilla, medias blancas y zuecos, y un rebelde mechón de su oscuro cabello se le escapaba en la frente por debajo del casquete de la cofia que le cubría la cabeza. Llegóse hasta donde él estaba e hizo una airosa reverencia; su semblante no reflejaba temor alguno, en todo caso en sus ojos se podía adivinar un destello de recelo o desconfianza.

—Sepa perdonar vuesa merced su aspecto, pero estaba trabajando en el huerto y, para no perder la costumbre, castigada. Ya os he contado esta mañana para justificar mi demora la aventura de los gallos.

Sor Teresa había abierto el fuego.

—¿Qué hay que hacer con vos? Vengo al convento una vez al año, soy vuestro tutor y no hay ocasión, desde que tenéis uso de razón, en que no me cuenten alguna fechoría vuestra.

La niña sostuvo su mirada en silencio y don Martín se rebulló nervioso en el sillón. La actitud de la criatura le incomodaba y conseguía desazonarlo.

—¿Habéis recibido ya a nuestro Señor?

—La está preparando nuestro capellán para el acontecimiento —terció la monja, y añadió—: Pero tampoco tengo buenas referencias sobre su actitud.

—¿Qué tenéis que decir, Catalina, a todo esto?

La niña no respondía, pero tampoco agachaba la cabeza.

—Bien está, acabemos el tema. Tomaréis el Cuerpo de nuestro Señor y entraréis de postulanta.

—¡Yo no quiero ser monja! —La niña había hablado alto y claro.

El hidalgo se retrepó en el sillón, mesándose la perilla.

—Y ¿qué queréis ser? Si se puede saber.

—¡Soldado!

La priora iba a intervenir. Don Martín, con un gesto de su mano, la detuvo.

—¿Y qué sabéis vos de la vida de la milicia?

—Antón, uno de los mozos del establo, estuvo en Flandes y nos lo ha contado a mí y a Blas.

—¿Quién es ese que llena la cabeza de esta criatura de historias guerreras y quién es ese Blas? —preguntó el hidalgo dirigiéndose a la reverenda madre.

—El primero, señor, entró el año pasado para ayudar al jardinero. Ya recordaréis, al sordomudo. Se llama Antón Cifuentes y nos lo recomendó su excelencia don Benito de Cárdenas, marqués de Torres Claras. Su padre fue primer protector del convento y él lo es ahora. Creo que estuvo con él en Flandes y volvió, por su buena conducta, con muchas cartas de recomendación y también con muchas pagas adeudadas; vagaba por Madrid sin tener donde caerse muerto hasta que dio con el marqués, que nos lo envió. Y he de decir, a fe mía, que es un buen trabajador, aunque, como todo soldado, un poco fantasioso y dado a contar batallas. Si caso he de hacer de sus historias, en Lepanto se venció al turco porque él estuvo allí. Y en cuanto a Blasillo... es el hijo del jardinero, tiene los mismos años que Catalina y vos ya lo conocéis. Hace ya mucho tiempo que está con nosotras.

Don Martín quedó un momento pensativo.

—Bien, priora, reprendedlo. Decidle que se dedique a sus tareas y que no encalabrine la mente de los niños con historias de guerras. En cuanto a vos... —Se encaró con Catalina—. ¡Haréis la comunión y entraréis de postulanta, y no se hable más!

Don Martín extendió su mano derecha a fin de que la niña se la besara, y tal acción no fue un puro formulismo. Era el amor que su corazón sentía por aquella criatura con la que creía estar en deuda. La priora presionó con su mano derecha el hombro de la chiquilla a fin de que ésta realizara la acción esperada. Sin embargo, Catalina con una breve inclinación de cabeza dio media vuelta, saliendo a continuación de la biblioteca.

—Ved que es imposible. Su corazón es oro molido, a mí me ha robado el mío, pero su carácter es talmente el de su abuelo. Recordad cómo era nuestro padre.

—Lo sé y lo comprendo. Pero, por su bien, domeñadla. No será feliz si no la moldeáis para la vida que deberá llevar en el convento, y bien que lamento que tanto carácter y tanta osadía se pierdan en lances tan contemplativos como los que dentro de estos muros acontecen. En fin, hermana, lo hecho hace diez años, hecho está. No cabe ni conviene vuelta de hoja. Por tanto, proceded según mis órdenes.

—Si me permitís, os ruego reconsideréis el mandato. Aún es temprano para tan seria decisión. Dejadla crecer como un pajarillo, que es lo que es. Tiempo habrá para todo, dentro de tres o cuatro años tal vez. Os ruego que tal decisión la sometáis a mi criterio. Yo la conozco mejor que nadie y sabré apreciar cuándo la fruta esté madura para entrar en religión. Tened confianza en mí.

—Sea como decís. Pero dejad a salvo mi autoridad. Decidle que hemos hablado, que de momento hará la comunión y que espero un cambio total y absoluto de actitud. De no ser así... la próxima vez que vuelva al convento si me volvéis a contar sus historias de libros de caballerías, no tendré piedad. ¿Lo habéis entendido?

—Perfectamente, Martín, y os agradezco el voto de confianza.
Tras decir esto último, el hidalgo y la priora abandonaron la biblioteca.

El doctor Carrasco estaba de buen humor. El refrigerio había sido excelente y el día, hasta el momento, había transcurrido placentero. Al cabo de media hora se reuniría el Consejo y el secretario haría la farragosa lectura anual con los capítulos de gastos y necesidades de las monjas que a él tanto le aburrían, y, como cada año, aprovecharía la coyuntura para descabezar una siesta, costumbre inveterada que no perdonaba ni en las grandes solemnidades. El sillón de su lado en aquel momento estaba desocupado, y súbitamente apareció en él la persona que menos deseaba ver y cuya sola presencia le producía, año tras año, un insoportable dolor de estómago y una caterva de insoportables recuerdos. Don Martín, ajeno a tal circunstancia, sentóse a su lado e inquirió:

—¿Me permitís sentarme a vuestro lado, reverencia?

—Ya lo habéis hecho —respondió el prelado adustamente.

—Si os incomoda...

El doctor Carrasco entendió que el origen de sus inquinas debía permanecer oculto y cambió el tono de su discurso.

—En modo alguno, don Martín, decidme... ¿cómo van los asuntos de vuesa merced? —El prelado, marcándolo bien, le retiró el «vuecencia».

El hidalgo hizo como si no se diera cuenta y prosiguió:

—Como los tiempos que corremos, excelencia, parvos y difíciles.

—El pesimismo no es bueno para el espíritu. Aún somos la nación más poderosa de la tierra y el bastión irreductible de la Santa Madre Iglesia.

—Soy consciente de ello, ilustrísima, pero la misma extensión de nuestros dominios obliga a que gran cantidad de brazos sean necesarios para defender nuestras fronteras tanto en el Nuevo Mundo como en Flandes o Italia. Ello, sumado a la expulsión de los moriscos que ordenó nuestro buen rey Felipe III, ha hecho que nuestro agro esté descuidado e improductivo, y a los pocos hombres que quedan para ello les deslumbra la vida en las ciudades. Todos emigran a Madrid, Valladolid o Sevilla en busca de una fortuna rápida y engañosa, y los hidalgos como yo necesitamos brazos para el campo.

—Todo lo que argumenta vuesa merced es cierto, pero antes de cuidar de lo material debemos cuidar de lo espiritual, y nuestra nación está asediada por las más perniciosas influencias que se han dado en la historia. Por el norte, esos diablos de luteranos y calvinistas, que el Señor confunda, y por el sur todavía laten novecientos años de guerra santa y sangre que costó expulsar de esta tierra de María Santísima a esos herejes del islam para permitir que esos falsos conversos corrompan ahora las almas de lo cristianos auténticos que nos han sido encomendadas. ¡No voy a tolerar que nadie en mi presencia sostenga que la expulsión de los moriscos no fuera, en el tiempo, una sabia medida! ¡Y menos a alguien como vos, que por el cargo que ocupa como protector de esta santa casa tiene la obligación de ser sumamente escrupuloso! Por mucho menos de lo que decís se han incoado causas en el Santo Oficio. Y ahora, si no os incomoda, os ruego que me excuséis...

Don Martín captó el mensaje rápidamente y se maldijo por su ligereza. ¿Cómo podía haber

cometido semejante desliz, cuando era de todos conocido que el doctor Carrasco, en lo tocante a la ortodoxia del culto, a la pureza de la fe y a la obediencia estricta a la Iglesia de Roma era insobornable?

—Perdone su reverencia. No me he explicado bien. Me refería únicamente a que son necesarios hombres jóvenes para las labores del campo y...

—¡Pero no a cualquier precio! Y desgraciadamente no son todos como el jardinero de esta santa casa, que tengo entendido es sordomudo. Las gentes hablan y las malas ideas crecen como la cizaña entre el trigo y son el fuego que prende en la hojarasca; nuestro señor, el buen rey Felipe III, hizo santamente extirpando esta buba purulenta.

—Estoy totalmente de acuerdo con vuestra reverencia y pido humildemente perdón por no haberme sabido explicar.

El doctor Carrasco, sin dignarse a responderle, se volvió hacia el comensal de su otro costado en una demostración de desprecio absoluto. Don Martín comprendió claramente que se había torcido su oportunidad, que no era momento de súplicas ni de peticiones y que debía iniciar una prudente retirada a fin de que al secretario se le olvidara el desliz. Cuando ya se levantaba de su asiento, el obispo se revolvió como un áspid hacia él y le espetó:

—¡Cuidad vuestra lengua y ved a quien os dirigís! No es prudente expresaros como lo habéis hecho, y dad gracias a Dios de que he sido yo vuestro interlocutor y no otro porque, debéis creerme, mi conciencia me va a recriminar este mal paso y no sé si seré capaz de acallarla. Y ahora pasemos al Consejo.

Dicho lo cual, el doctor Carrasco hizo el gesto de levantarse dando por terminada la conversación. Don Martín se despidió al instante en tanto el joven clérigo que atendía al obispo acudía solícito. Éste, dirigiéndose a él al tiempo que secaba su sudorosa calva con un gran pañuelo, le espetó:

—Recordadme mañana, fray Valentín, que recabe información exhaustiva de este don Martín de Rojo. Me ha parecido un cristiano demasiado tibio y despegado para desempeñar las responsabilidades inherentes al cargo que desempeña cerca de San Benito.

—Descuide su paternidad, que así se hará.

El secretario del Santo Oficio era absolutamente implacable en lo tocante a la fe y a las desviaciones de la ortodoxia, máxime si en ello mezclaba su inquina personal.

El viaje

Diego de Cárdenas era feliz. Por vez primera, a sus doce años, salía de la casa paterna para, durante seis días y sus correspondientes noches, correr los caminos hasta el convento de San Benito en comisión de servicio y regresar, acompañado claro es, por su amado ayo y mentor, don Suero de Atares. Teniendo en cuenta las calamidades y peligros que acechaban a los viajeros en los tiempos que corrían, y contando con que alguna noche tendrían que dormir al raso, su mente volandera evocaba encuentros con malandrines y bandidos, sin olvidar animales salvajes, lances, estocadas y tiros. Ni que decir tiene que de todo ello salía indemne, heroico y triunfante. En aquellos momentos se sentía, talmente, cual si fuera un correo del rey. Aunque exagerándolo en demasía, su imaginación no iba desencaminada, pues en los caminos secundarios y las trochas donde las postas del correo real no transitaban eran comunes los asaltos de los maleantes que expoliaban a los viajeros solitarios y desafiaban a la autoridad de la Santa Hermandad^[5], que era en el tiempo el único obstáculo que se oponía a sus fechorías, a temer fuera de las ciudades.

Don Suero, que conocía perfectamente la cantidad y dimensión de los posibles peligros, iba en cabeza, vigilante pero tranquilo. Habían partido de Benavente antes de la salida del sol. Montaba el tutor un bayo de gran alzada, vestía jubón y calzas forradas, botas de piel vuelta, tahalí en bandolera que soportaba en su costado izquierdo y a la altura de la cintura su larga toledana, al lado derecho una pistola de rueda que nunca abandonaba y a la espalda, oculta por su ferreruelo^[6], su amada vizcayna^[7]; en el zurrón llevaba asimismo el recado^[8] para la pólvora, la mecha y los plomos. Atada al fuste de su silla, una cuerda de cáñamo con la que arrastraba el ronزال del mulo de carga, y para que no se desflecara estaba rematada en el extremo por un cordoncillo de cuero. El animal portaba dos alforjas de esparto llenas de todo lo necesario para el camino, por si alguna noche debían dormir a la intemperie, y cerraba la marcha el pequeño Diego montado en *Lucero*, su corcel favorito. Era éste un hermoso animal de capa negra, alta cerviz y porte noble, que debía su nombre a la mancha blanca que adornaba su frente. La vestimenta de Diego era de campo, mucho más refinada que la de su ayo, pero adecuada al camino; lucía el muchacho un tabardo de piel vuelta forrado de castor, los calzones bombachos eran acuchillados, sus botas altas de suave gamuza y en su chambergo lucía una pluma roja. Sin embargo él no llevaba pistola al cinto, aunque sí espada y una pequeña daga.

El día era claro y el tiempo frío. Don Suero podía recorrer aquellos caminos como quien inspecciona un viejo bolsillo. Sus ojos gavilanes recogían la información que la naturaleza le suministraba y su experta mente la procesaba al instante; desde el tiempo que iba a hacer al día siguiente hasta cuántos caballos habían pasado antes que ellos, nada escapaba a su aguda

percepción. Su plan de viaje era cabalgar un promedio de siete u ocho horas diarias, según las dificultades del camino, y si sus cálculos no fallaban y el tiempo se mantenía, presumía que podían estar en San Benito al mediodía de la tercera jornada. La ruta a seguir partía de Benavente y pasado Astorga se desviaba en Santa María del Páramo siguiendo el cauce del Órbigo. Aquella primera noche pretendía pernoctar en el Mesón del Ciego, que estaba en la encrucijada de Villaquejida. Llevaban un buen paso teniendo en cuenta el peso que transportaba el mulo, a cuyo tranco se acoplaban las otras dos cabalgaduras. Diego, con un suave golpe de talones en los ijares de *Lucero*, obligó al animal a ponerse a la altura del bayo de don Suero.

—Ayo, quiero deciros que no existe en el mundo hombre más feliz que yo. Os agradezco infinitamente todo lo que hacéis por mí y quiero aprovechar este viaje para aprender todo lo que tengáis a bien enseñarme sobre la naturaleza y los caminos.

—La gratitud es cualidad de los bien nacidos y vos, sin duda, lo sois, amén de buen discípulo, ya que todo lo aprendéis rápida y fácilmente. Pero no sería honesto por mi parte atribuirme el mérito de estas jornadas, ya que fue idea de vuestro padre y señor mío él ponernos en el camino. Yo solamente he tenido que vencer la resistencia que ha ofrecido fray Anselmo. Ya sabéis cómo es...

—Es pesado como piedra de molino, eso es lo que es, y se dedica a embrollar mi vida yéndole con pláticas a mi señor padre. Está empeinado en que lo más importante del mundo son el latín y la filosofía, y yo no quiero ser un clérigo.

—Todo es importante, don Diego —observó el escudero.

—¿Cuántas veces debo deciros que cuando estemos los dos solos apeéis el tratamiento y me llaméis Diego a secas? Además, aún no soy bachiller, y no pienso ir a Salamanca.

—Bien sea como queráis, Diego, pero aunque ahora no lo penséis así, todo es importante. Amén de que si queréis ser artillero o contador^[9] os son imprescindibles las matemáticas, y si os pluguiere hacer puentes o máquinas de guerra o levantar parapetos o desviar un río... todavía más.

—¿Se puede desviar el agua?

—En Flandes más de una vez lo hicimos, y el de ingeniero es un hermoso oficio y ¡a fe mía! bien remunerado.

—¡Yo quiero ser infante! —dijo el muchacho con convicción.

—No os lo recomiendo: poca paga y muchas liendres. Se cobra tarde, mal o nunca.

—¿Y los capitanes?

—No, éstos ya viven mejor. Pero ¿no decíais que queríais aprender cosas?

—Eso he dicho.

—Pues ved —señaló el escudero una huella—. Delante de nosotros van tres muleros y una de las mulas ha perdido una herradura.

Amén de que hace poco que han pasado por aquí, pues observad que la boñiga es tierna, la coja va sin carga y han colocado su peso sobre una de las otras dos. Ved que las tres marcas son de diferente profundidad, y por la amplitud de la zancada podemos deducir que los tres animales son aproximadamente de pareja envergadura.

Diego estaba asombrado.

—¿Cuánto sabéis! ¿Quién os ha enseñado tantas cosas?

—La vida, Diego... la vida.

Se detuvieron al mediodía al lado de un riachuelo, acercaron las cabalgaduras a la corriente

para que abrevaran y luego las ataron a la rama baja de un chopo. Tras sacar de la alforja la munición de boca que llevaban, se dispusieron a yantar aprovechando para ello el tocón de un árbol que les servía a la vez de mesa y asiento: cecina de cabrón, pan, huevos cocidos y una fruta.

—Tengo más hambre.

—Queda mucho camino y no es conveniente para cabalgar que el estómago esté lleno; aún nos restan tres horas de camino. Ahora recoged todo y tirad al río el corazón de la fruta, las cáscaras de los huevos y las mondaduras; a nadie le interesa cuándo y si hemos estado aquí.

Una vez que Diego hubo cumplido el mandado, partieron. Cabalgaron más de tres horas y antes de llegar a la encrucijada pasaron por un bosquecillo de hayas. El muchacho no lo supo, pero don Suero se apercibió que tres pares de ojos, escondidos en la maleza, los observaban. Al poco llegaron al Mesón del Ciego y el escudero descabalgó.

—No os mováis de aquí y vigilad a los animales, voy a ver si tenemos sitio para dormir y algo para cenar.

Don Suero desapareció en el interior del viejo edificio y al poco salió con la sonrisa en el rostro.

—Esta noche tendréis que soportar mis ronquidos. Únicamente queda un cuarto para dos de limpio^[10] y tendremos que compartir la cama.

—No importa, ayo, estoy tan cansado que dormiría si fuera preciso en un lecho de ortigas.

—Pues vamos allá. Dejaremos los caballos en las cuadras. Es sitio seguro, conozco bien al Ciego y me consta que dos de sus hijos duermen siempre con los animales.

En las posadas, cuando no había sitio, se ofrecía esta modalidad. Únicamente se exigía que el compañero no tuviera «enfermedad infecciosa ni tampoco liendres u otros parásitos».

Diego desmontó y cogiendo al corcel por la brida siguió a don Suero, que llevaba al bayo y al mulo. Encontraron sitio en un rincón apartado. Don Suero sacó cuatro maravedís de la escarcela, se los puso en la mano al mozo de cuadra y, señalando a las cabalgaduras, dijo:

—He hablado con vuestro padre. Han caminado toda la jornada, han hecho más de nueve leguas y mañana deberán hacer otras tantas; cepilladlos bien, dadles buen forraje, agua y ponedles paja nueva. Si así lo hacéis, mañana tendréis otras cuatro monedas.

El mozo inclinó la cabeza para dar a entender que había captado el mensaje y tomando a los tres animales por la brida se los llevó hacia el interior de la cuadra, no sin esperar a que don Suero retirara la alforja del lomo del mulo y cargándosela al hombro saliera de la cuadra seguido por el muchacho.

En aquel mismo instante llegaban los tres muleros con dos de las acémilas cargadas y la tercera cojeando detrás. Cuando ya estaban a medio camino entre las cuadras y el mesón, apareció de nuevo el mozo en la puerta.

—¡Eh, señor!

Don Suero se volvió.

—No me ha dicho vuesa merced a qué hora desea que estén preparadas las caballerías para la partida.

—Partiremos al alba. Tenedlas preparadas para las cuatro y media.

Dicho lo cual, ambos reemprendieron la marcha hacia la posada.

—¿No habíais dicho que no había sitio? ¿Dónde dormirán éstos? —Al decir esto, Diego con un gesto indicó a los acemileros.

—En las cuadras con los animales.

Y sin más, don Suero aligeró el paso hasta el punto de que a Diego le costó ponerse a su altura. Entraron a continuación en el mesón. Tras el pequeño vestíbulo se abría un arco que daba a la estancia central, donde en unos bancos corridos que se hallaban arrimados a unas mesas de pino se ubicaba todo el personal. Una neblina aceitosa lo invadía todo. Al fondo, de la puerta de la cocina salía, junto con el humo, un olor a fritanga de cordero; al otro lado, una escalera de madera sin desbistar subía al primer piso. El Ciego, como si viera y tanteando en derredor suyo con un palo, se aproximó a don Suero.

—¿Prefiere vuesa merced cenar ahora o mejor subir a dejar sus bultos y a refrescaros?

—Primero lo segundo —respondió el escudero.

—Seguidme.

Marcharon en pos del hombre que, ciego y todo, se arreglaba mejor que ellos en aquella penumbra y por aquella desvencijada escalera. Cuando coronaron la ascensión, los ojos asombrados de Diego vieron, arrumbados contra la pared, doce o catorce catres con una colchoneta encima que algún día debió de haber sido blanca. El Ciego continuó adelante y llegando al final se detuvo ante dos puertas; luego, rebuscando una llave que de una gran anilla pendía en su cintura, la introdujo en la cerradura y abrió la de la izquierda. Después se adentró en la estancia con paso firme y seguro cual si pudiera ver, se aproximó a un ventanuco y apartó el cortinón de gruesa y vasta tela a fin de que la luz penetrara en la habitación. Cuando tal ocurrió, los ojos de Diego escrutaron una pequeña pieza amueblada humildemente con una cama algo más ancha que las del exterior, una jofaina soportada por unas patas de madera de pino y una jarra de cinc llena de agua hacia el fondo, en uno de los rincones, un anaquel y en el otro un ambleo con un gastado cirio al que aún le restaban unas horas de vida, y finalmente, bajo la cama, una desportillada bacina que había conocido mejores tiempos.

—Aquí estaréis mismamente como en palacio. —El viejo truhán sabía quién era don Suero y asimismo que siempre pagaba generosamente y con buenos dineros—. Os espera abajo una olla podrida y, si lo preferís, guiso de liebre adobada.

—Tomaremos el guiso —replicó el escudero tras consultar a Diego con la mirada.

El Ciego se retiró haciendo una esperpéntica reverencia, no sin antes entregar a don Suero la gruesa llave. Cuando quedaron solos, ambos se desembarazaron de sus cosas y se remojaron en la jofaina; luego el ayo rebuscó en la alforja y extrajo de ella una pequeña bolsa, cerrada su embocadura por dos cordoncillos de cuero, y se la colocó bajo el jubón. Después se dispusieron a bajar al comedor. Su mesa estaba en un rincón, el ambiente era ruidoso y festivo, el personal comía, jugaba a la baraja o se enfrascaba en discusiones que, más de una vez, terminaban tirando de navajas; al fondo, alguien rasgueaba una guitarra. En aquel instante y cuando una moza ponía ante ellos sendas escudillas con un humeante guiso, se abrió la cancela y entraron los muleros.

Las recogidas

El número de las recogidas de San Benito variaba, pero nunca sobrepasaba las quince o veinte. Venían al convento a dar a luz por propia iniciativa o presionadas por la familia, a la que no convenía que el acaecimiento se produjera en la misma casa y la gestación en el entorno donde habitaban. Si el nacido era acogido posteriormente por la familia de la zagala inventando cualquier historia, a ella era entregado; en caso contrario, las monjas se ocupaban de buscarle acomodo. Siempre se encontraban familias interesadas a quienes entregar las criaturas, y la mejor opción de éstas, con el tiempo, era la de acabar sirviendo de criados, pajes lacayos o doncellas en casa de gentes pudientes.

Durante su estancia, las recogidas debían pagar su manutención ayudando en las tareas que las monjas les encomendaran, que no eran precisamente las más gratas. Aparte de los ratos en los que el capellán del convento las sermoneaba en la capilla intentando que sus almas no ardieran en el fuego del infierno, sus jóvenes cuerpos se quemaban o se helaban, según fuera la estación, en los quehaceres más duros del huerto o de las cocinas, amén de ser miradas con reparo por las monjas cuanto más grávidas se tornaban sus formas y más abultados sus vientres, ya que era más evidente su pecado. Una vez paridos, y separadas del fruto del placer inicuo, una de las formas habituales de solucionar su vida era hacerlas entrar en alguna buena casa en calidad de amas de cría con el fin de amamantar al hijo de otro, ya fuere porque su madre no tuviere leche o no le conviniera el hacerlo. Ni que decir tiene que una parte del dinero que recibían revertía en las monjas en calidad de pago por la obtención del puesto que, por cierto, era considerado y estaba muy bien remunerado. Las novicias vivían completamente apartadas de estas mujeres cuyo mal ejemplo de vida era pernicioso y evidentemente nocivo.

Catalina era un tema aparte. En primer lugar, ella no había nacido como todas las demás criaturas dentro de los muros del cenobio y, en segundo, se decía que la habían traído una noche hacía ya nueve años. Se rumoreaba, asimismo, que provenía de una noble familia cuya casa solariega se hallaba próxima a León, que alguien misterioso pagaba su manutención y que su llegada había roto las normas de la Regla de San Benito. Ése y no otro fue el motivo del trato diferenciadísimo que le dieron las monjas.

—Ya lo habéis oído, Catalina, se acabaron los juegos y la permisividad con la que se os ha tratado hasta el día de hoy. Ya no sois una niña y, aparte de que vuestro tutor, don Martín de Rojo, ha dado una orden, yo no estoy dispuesta a permitir que vuelva a suceder un hecho como el de ayer. ¡Lo de los gallos es imperdonable, además de cruel! ¿Me queréis decir quién os mete estas peregrinas ideas en la cabeza? ¿Es Blasillo?

Catalina, que hasta aquel instante no había abierto la boca, levantó sus ojos hasta el rostro de la superiora y replicó firme y rotunda:

—Blasillo no tiene la culpa de nada, reverenda madre. La idea ha sido mía, pero yo jamás pensé que el negro matara al colorado.

—¡Vos no pensasteis... Vos no creísteis... Vos no imaginasteis! ¡Se acabaron los juegos y las consideraciones! Os prepararéis para recibir por primera vez al Señor, y hasta nueva orden permaneceréis recluida en vuestra celda, de la que no saldréis hasta que yo lo diga. La hermana Úrsula os llevara la comida todos los días y asistirá a vuestras necesidades, y ahora podéis retiraros.

—¡Pero no castigéis a Blasillo! Él no...

—¡Callaos ahora mismo! ¿O pretendéis decirme lo que debo hacer? ¡Retiraos os digo!

Catalina hizo una leve reverencia y se retiró. Algo dentro de ella le decía que en su vida se había cerrado una puerta y estaba a punto de abrirse otra.

El doctor Carrasco

El palacio residencia del doctor Carrasco estaba ubicado en el centro de la ciudad de Astorga, en la plaza que el vulgo había bautizado como «la del Santo Oficio», aunque éste no era su real nombre. Era éste, quizás, el único lugar del reino donde el excelentísimo señor secretario provincial de la Inquisición se sentía plenamente a gusto. Ya fuera por no romper sus hábitos, ya por su inmenso volumen, la cuestión era que le incomodaba profundamente tener que viajar y dormir en cama que no fuera la propia. La única cosa que quizá le molestaba del lugar era el clima invernal. El frío era su enemigo y sus sirvientes tenían la orden de combatirlo en todas las dependencias por donde él transitaba. De esta forma, grandes leños ardían perennemente en las chimeneas de su dormitorio, de su despacho y del comedor, y todas las paredes y suelos estaban cubiertos de grandes tapices y gruesas alfombras.

El doctor Carrasco había tenido una jornada agotadora; a primera hora había despachado con el alguacil mayor, luego había recibido al corregidor de Astorga y finalmente atendió las recomendaciones que le solicitó el canciller de León. Cuando ya le dejaron libre las visitas que tenía concertadas para la jornada, se dispuso a contestar la correspondencia que tenía atrasada desde su último viaje a San Benito, con el cardenal primado de Toledo, y finalmente puso al día los informes mensuales que le reclamaba con insistencia el inquisidor general, y que él enviaba por duplicado al nuncio de su Santidad, ya que, conocidas las desavenencias de éste con el Santo Oficio, cuidaba muy mucho de tener un «cirio encendido a Dios y otro al diablo» por si los vientos soplaran de diferente lugar. Nunca estaba de más ser precavido. Tenía ya ganas de retirarse a sus aposentos, cuando la voz de su coadjutor interrumpió sus vericuetos mentales.

—Perdón, paternidad, si no disponéis nada más...

—Nada... gracias, podéis retiraros fray Valentín.

—Quedad con Dios, reverencia.

—Que Él os acompañe.

El secretario dejó una carpetilla en una escribanía adjunta a la gran mesa del doctor Carrasco y se dispuso a salir. Cuando ya iba a hacerlo, se dirigió de nuevo al prelado tras un ligero carraspeo a fin de reclamar de nuevo su atención:

—Paternidad, anteayer me dijisteis que os recordara al respecto de recabar información acerca de cierto hidalgo.

—Cierto, fray Valentín, vos como siempre tan meticoloso. No sé que haría sin vuesa merced. Mañana enviad un correo urgente a don Sebastián Fleitas de Andrade, mi familiar predilecto, con la orden de que se ponga inmediatamente en camino y venga a vernos. Debe investigar la limpieza

de sangre de Don Martín de Rojo, ya sabéis, el caballero que al finalizar el ágape se colocó a mi lado en el refectorio de las monjas y me importunó.

—Lo recuerdo perfectamente. ¿Me podéis indicar dónde mora?

—Ciertamente. Su casa solariega está en las afueras de Quintanar del Castillo.

Fray Valentín tomó buena nota de todo ello.

—¿Nada más, excelencia?

—Nada más, podéis retiraros.

Segunda jornada

Diego se despertó sobresaltado. Al principio, todavía amodorrado por el sueño, no supo dónde se hallaba, luego, ya más consciente, extendió su brazo izquierdo para tantear a su ayo, pero don Suero no estaba allí. Entonces se incorporó en la cama con los cinco sentidos alerta; el concierto de ronquidos, suspiros profundos y ese crujir de humanidad yacente que siempre se percibe donde se hacinan muchas personas llegó a sus oídos a través de la puerta. Su mirada recorrió la estancia. Las ropas de don Suero y sus armas tampoco estaban en el cuartucho, y no sabía la hora que era. Miró bajo el catre. La bacinilla se encontraba allí; su ayo, o había salido a desocupar el vientre, o tal vez hubiera bajado a la cuadra para ver si algo ocurría a las cabalgaduras. Decidió esperar y tumbóse de nuevo, pero el sueño ya no volvió. Estaba dolorido del día anterior. Era la primera vez que cabalgaba tantas leguas seguidas, y recordaba que cuando se dispuso la víspera a acostarse estaba tan excitado por todo lo acaecido durante la jornada que le dijo a su ayo que no iba a poder conciliar el sueño en toda la noche. Don Suero en aquel momento estaba colgando el tahalí con su espada y la vizcayna en el poste del cabezal de la cama, y colocando a mano presta el cachorrillo^[11] en un escabel que hacía de mesilla. Sin embargo, ya no recordaba haberle oído cuando se tumbó en el catre. En estos vericuetos andaba su mente cuando la puerta se abrió chirriando y entró el escudero, que al verlo despierto lo miró sonriente.

—¿Qué tal habéis descansado?

Diego respondió preguntando:

—¿Adónde habéis ido con tanto sigilo que no os he oído salir?

—Son ya las cuatro y media... pero dormíais tan a gusto que me ha dado fatiga despertaros. He bajado a las cuadras a prepararlo todo. Ya está hecho. Solamente tenéis que lavaros y vestiros; el Ciego nos dará algo caliente y podremos partir. Nos espera una larga jornada.

Diego hizo el gesto de levantarse, pero un millón de agudos pinchazos, no precisamente en la parte más noble de su cuerpo, le hicieron desistir momentáneamente de su empeño en tanto de sus labios se escapaba un lastimero quejido.

—Estoy baldado, don Suero, y tengo agujetas hasta en el pelo.

—¿Y vos sois un soldado? ¡No me hagáis reír!

—Es que este maldito catre es como las piedras, y los chinches me han sitiado como a una fortaleza.

—¿No queríais saber cómo era la vida en campaña? ¿No le dijisteis a vuestro señor padre que os alegrabais de que no os diera recomendaciones ni cartas para que nos alojaran en las mansiones de deudos y amigos, y que preferíais seguir la suerte de un veterano? Pues eso es nada;

si el señor marqués de Torres Claras, vuestro padre, y yo hubiéramos tenido todo esto —el escudero señaló en derredor con la mano— en alguna de las noches del crudo invierno flamenco nos hubiera parecido que nos alojábamos en el mismísimo palacio del duque de Lerma. ¡Venga, moveos que hay mucho viaje por delante y se hace tarde!

Tras decir esto, el escudero recogió sus enseres y salió luego de recomendarle que no se demorase. Diego se levantó sin rechistar, se fue hasta la jofaina y, tomando la jarra de cinc, la llenó de agua, hizo unas rápidas y sonoras abluciones y tras secarse con una rústica tela sacó de debajo del catre la bacinilla y alivió su vejiga; luego se vistió, tomó sus armas y tras dar una última mirada al aposento apagó el pábilo del hachón de cera, que en el rincón lucía, de un fuerte soplado y salió. En cuatro saltos bajó la corta escalera y llegó a la estancia inferior; allí le esperaba ya su mentor. Los hombres que no habían conseguido yacija dormitaban acodados en las mesas; la peste a sudor, mugre y humanidad era notoria. Mientras el Ciego les indicaba que en la mesa donde la noche anterior habían cenado les esperaban dos cuencos con gachas humeantes y dos trozos de pan recién horneado, don Suero extrajo su escarcela de debajo del jubón y entregó al hombre unas monedas. Este, tras palparlas, hizo un servil escorzo, que quiso ser una reverencia, y se retiró. Tomaron prestos el condumio y cuando hubieron terminado y tras despedirse del Ciego, que les deseo una placentera jornada y un buen viaje, salieron ambos camino de las cuadras. No habían alcanzado el portón cuando el relincho festivo de *Lucero* alegró la mañana de Diego, ya de por sí feliz, al que acompañó un resoplido grave y corto del bayo en tanto el mulo balanceaba sus orejas adelante y atrás intuyendo la dura jornada que se le venía encima. Don Suero distinguió a un lado al animal que el día anterior había llegado cojeando.

—Cuando he bajado antes estaban los tres —dijo dirigiéndose al mozo de cuadra.

El muchacho, que había recibido los cuatro maravedís prometidos, respondió amablemente:

—Me han dejado para herrar al mulo que había perdido la herradura y han alquilado uno nuestro. Al regreso vendrán a cambiarlo. —Y añadió ante la mirada desconfiada del escudero—: Si no vuelven, peor para ellos. Este —señaló a la acémila— es mejor animal.

—¿Han preguntado algo al respecto de nosotros? —afirmó más que preguntó don Suero.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—No lo sé. Lo barrunto, cosas de viejos... —respondió el ayo con un soniquete filosófico.

—Pues sí... ya que lo decís... Ayer cuando pregunté a vuesa merced a qué hora debía tener preparadas las cabalgaduras y vos me ordenasteis que a las cuatro y media, ellos lo oyeron. Luego indagaron si os conocía bien y si podía informarles si vuestras mercedes tendrían a bien hacer el viaje, o parte de él, en compañía, pues ellos iban a partir a la misma hora y los caminos hasta Santa María del Páramo son peligrosos.

—¿Y qué os hace pensar que vamos hacia allá y no a Castrorubios u otro lugar?

—Eso es lo que les he respondido, y por eso han partido sin esperaros.

Don Suero quedóse unos instantes pensativo y cambió el tercio.

—Dadle una algarroba al muchacho.

Diego, que no entendía el porqué de tantas preguntas y repreguntas, intervino:

—¿Qué queréis que haga con una algarroba?

—Masticadla y tragadla, dentro de poco ya no tendréis agujetas.

El mozo acudió con el pedido y se lo entregó a don Diego. Éste, siguiendo el consejo de su ayo, comenzó a masticar.

—No me gusta, prefiero que me duelan las posaderas.

—Hacedme caso y proseguid. Luego me lo agradeceréis.

El muchacho continuó mascando, pero le dio a su caballo el último trozo.

—Él también tiene agujetas —argumentó.

—Sea como gustéis, pero montad, es hora ya de partir.

El chico puso su pie izquierdo en el estribo y, sujetándose al arzón, de un ágil bote se encaramó sobre su corcel. Don Suero, tras colocarle la alforja y atar al mulo por el cabestro a la parte posterior de su silla, hizo lo propio, y tras saludar con un gesto al mozo de cuadra partieron.

El día alboreaba. El horizonte se iba tiñendo poco a poco de rosa púrpura y la yerba brillaba como una alcatifa argéntea perlada de rocío. Los rápidos vuelos de los vencejos alegraban la mañana y el trino peculiar de los estorninos impedía oír otros sonidos; súbitamente, de una pequeña laguna se levantó una bandada de gansos migratorios que, tras un largo giro, tomaron rumbo sur y luego de estirar sus largos cuellos, fueron tomando velocidad, desapareciendo en la lejanía. Diego rozó con los talones los ijares del corcel y éste, respondiendo prestamente al incentivo, se colocó al costado del bayo.

—Jamás creí que fuera tan hermosa la amanecida.

Don Suero, que estaba en lo suyo, no respondió.

—¿Adónde van los gansos?

—Todas las aves migratorias hacen cada año el mismo camino. Van hacia el clima que les es conveniente; allí se aparean, tienen sus polluelos y regresan... Y así año tras año.

—¿Y cómo saben el camino?

—Su instinto, Diego, su instinto, e imagino que la información que, de un modo misterioso, se transmite de padres a hijos.

—¿Por qué le habéis preguntado al mozo tantas cosas antes de partir?

—Cuando alguien se interese por vos y quiera saber adónde vais y a qué hora partís, es bueno que procuréis saber vos más cosas acerca de él.

—No os comprendo.

—Ya tendréis tiempo de saberlo. Pero no olvidéis que en la guerra y en la vida siempre triunfa el que está mejor informado, porque cuantas más cosas sepáis del otro menos os sorprenderán sus reacciones. ¿Me entendéis?

—Algo...

—Mirad, Diego, cuando vos y yo nos batimos en la sala de armas del palacio, reaccionáis intuyendo el siguiente ataque. Si lo acertáis, desviáis mi acero; si no lo intuís, consigo un tocado. Todo consiste en adivinar el próximo movimiento del contrario para sacar ventaja. ¿Lo entendéis ahora?

—Sí, ayo, ahora lo comprendo.

—Si un día, dentro de muchos años por estas fechas, andáis por estos parajes y veis gansos en la laguna, y con vuestra ballesta o con un mosquete queréis abatir alguno, recordaréis que cuando levanten el vuelo irán hacia el sur. Esta ventaja tendréis porque hoy lo habéis aprendido y sabéis más de ellos que ellos de vos. Otra cosa, Diego, ¿cuántas orejas tenéis?

—Dos.

—¿Y boca?

—Una.

—De lo cual se infiere que debéis escuchar dos veces y hablar una. Si así lo hacéis, sabréis el doble de cosas del otro que el otro de vos. ¿Me habéis comprendido?

—Si las clases de fray Anselmo fueran así, aprendería mucho más deprisa.

Don Suero sonrió para sus adentros.

El día se había levantado del todo y la naturaleza mostraba en aquellos pagos todo su esplendor; un águila conejera daba lentos círculos oteando el suelo. Don Suero recabó la atención de Diego.

—Ahora atacará —dijo.

En aquel mismo instante la rapaz plegó las alas y descendió en picado hacia la tierra; un talud les impidió momentáneamente la visión y luego súbitamente la recobraron. El águila ascendía majestuosa y sus garras sujetaban a un conejo, que daba las últimas convulsiones en el aire.

—Ved, Diego, lo que es la sorpresa: el gazapo no esperaba el ataque y no ha tenido tiempo de meterse a resguardo en su madriguera. Vos debéis hacer lo mismo. Procurad, siempre, escoger la opción menos esperada por vuestro enemigo; la sorpresa es siempre media victoria.

El muchacho seguía asombrado de las lecciones de su maestro y comenzaba a intuir el motivo que había movido a su padre para enviarlo a aquel viaje.

—¿Cómo van las agujetas?

—Mucho mejor, ya no las siento.

—Y cuanto más montéis menos las acusaréis.

La jornada transcurrió feliz para Diego, que era todo ojos y oídos y más bien bebía que escuchaba a aquel inagotable pozo de sabiduría práctica que era su ayo.

—¿Hasta dónde llegaremos hoy?

—Veremos. Comeremos algo sin desmontar, prefiero pasar el Órbigo de día. Luego de Santa María del Páramo hay una fuente... decidiremos sobre la marcha.

—¿Y por qué tanta prisa? Me gusta tanto que me expliquéis cosas que quisiera que este viaje durara siempre.

—Si os lo explico todo de un tirón, sabréis tanto como yo y ya no tendremos nada de qué hablar.

Sobre las dos del mediodía llegaron al río. Venía crecido. Por vez primera, Diego vio dudar a su ayo.

—¿Qué pasa, don Suero?

—¡Por Belcebú! Juraría que el puentecillo estaba aquí.

El viejo soldado descabalgó y fue examinando lentamente la ribera del río.

—Bien he dicho «estaba». Ha habido una crecida hace un par de días, ved vos mismo hasta dónde se salió de madre el río. —Señaló con una rama que había cogido del suelo la marca de limo que el Órbigo, en su crecida, había dejado.

—Y ahora ¿cómo pasamos?

Don Suero sonreía. En su mano derecha apareció la vizcayna y con ella limpió los brotes de la rama, afilándola después por uno de los extremos hasta hacerle una punta, luego sacó de debajo del jubón la faltriquera y se la sujetó en el cuello, después aseguró con una lazada la alforja sobre el mulo, dejándola mucho más corta y mejor sujeta. Comprobado el remiendo, montó al bayo y tomó el ronzal del cabestro del mulo en la mano izquierda y el palo largo en la diestra, cual si fuera un rejón. Luego oteó ambos lados del río.

—Ahora, Diego, seguidme por mi derecha y no os despeguéis de mí. Mi bayo es muy fuerte y os frenará la corriente. Venga, hijo, ¡vamos allá y no tengáis miedo!

—¡Con vos voy al infierno si hace falta!

Don Suero dejó la rienda suelta sobre el cuello del noble animal, y con una presión de sus rodillas metió al poderoso caballo en la corriente. El mulo lo siguió al notar el fuerte tirón de la mano del escudero que, a la vez, con el improvisado cayado tentaba el fondo del río. Diego siguió tras él en el lugar indicado, obedeciendo puntualmente las órdenes de su ayo. La corriente, a medida que avanzaban hacia el centro arreciaba más y más, pero todo iba transcurriendo sin novedad. Parecía que el escudero había elegido un buen vado para atravesar. Ya estaban en medio del cauce cuando, súbitamente, el corcel del muchacho, que era mucho más pequeño, perdió pie y el agua lo arrastró unos metros hacia abajo; a punto estaba don Suero de soltar el mulo para acudir en su auxilio cuando se oyó entre el fragor de la corriente la voz de Diego:

—¡No lo soltéis, ayo, puedo solo!

El muchacho sintió que *Lucero* nadaba y lentamente progresaba venciendo la fuerza del líquido elemento; luego tocó tierra firme. El bayo llegó al margen opuesto y con un poderoso golpe de sus ancas apretó la grupa y salió del río arrastrando al mulo, en tanto que unos metros más abajo lo hacía Diego, exultante.

—Ayo, ¿qué tal he estado?

—Manejándoos en el agua como lo habéis hecho, ya podéis ir a Flandes —respondió don Suero dirigiendo a Diego una mirada entreverada de orgullo y ternura, poco habitual en sus pétreos ojos.

Tras el incidente, condujeron a sus caballos hasta un calvero del bosque y el escudero decidió acampar allí. Desmontaron y, después de retirar toda la carga de las cabalgaduras, las llevaron hasta la ribera con el fin de abrevar; luego las cepillaron, las dejaron pastar un rato y, finalmente, tras atarlas a una gruesa rama y trabillar al bayo, se dispusieron a preparar el campamento. Cuando la tarea fue concluida, el ayo instruyó al muchacho en el arte de la pesca de truchas. Todo eran porqués: ¿Por qué cuando se va el sol las truchas pican más? ¿Por qué comen a esta hora? ¿Por qué es mejor echar el engaño en un remanso donde haya poca profundidad? La alegría del chico fue inmensa cuando, al rato, pescó una gran trucha asalmonada. Al caer la tarde, don Suero preparó una hoguera con maleza y alguna rama y, tras haber limpiado el pescado con su daga, lo ensartó en un espetón y lo asó sobre una piedra.

—Jamás he probado bocado más exquisito —dijo el muchacho en tanto se metía entre pecho y espalda un trago de vino de la bota de cuero vuelto del escudero.

—Os parece tan bueno porque es fruto de vuestro esfuerzo.

Después de comer hasta hartarse y reponer fuerzas, don Suero le enseñó cómo prepararse el petate, y tras pisotear las brasas de la hoguera y dejarla en rescoldos se dispusieron a dormir uno al lado del otro.

La luna había salido; era apenas una tajada de blanco melón en la oscura noche. Un leve relincho despertó a Diego. Miró a su lado y distinguió la figura de su ayo arrebujada bajo su manta y con la cabeza tapada, imaginó que para resguardarse del relente del río, con su chambergo. Súbitamente aparecieron tres sombras. La primera se fue hacia los caballos y, coincidiendo con el relincho del bayo, la segunda dio un salto felino, se lanzó hacia don Suero y le hundió su daga varias veces a la altura del corazón; la tercera se abalanzó hacia él. Diego no

sintió miedo y requirió su pequeña espada rápidamente, dispuesto a vengar a su ayo y a vender cara su vida. En aquel instante un fognazo tremendo resonó en el bosque y su luz iluminó el calvero; una bala de plomo destrozó la jeta del malandrín más próximo y permitió al muchacho hacerse cargo de la escena. Contra el viento, apareció la figura de don Suero en paños menores, y a Diego le pareció el ángel del exterminio. Los dos sorprendidos jaques^[12], haciendo caso omiso de él, fueron hacia el ayo. Diego se sintió ofendido.

—¡No os preocupéis, hijo, que en menos de un Jesús deajo a estos bellacos a buenas noches!^[13]

—¡Dejadme ayudaros, maestro!

Y diciendo tal, le entró Diego al más cercano de aquellos desmirlados^[14] por el costado diestro. Éste, sin perder la cara a don Suero, no tenía mas remedio que atender el requerimiento del muchacho, que le atacaba con su espada, cual aguijón de abejorro furioso.

—¡Encomendaos al diablo! ¡Vive Dios que se han acabado vuestras horas! —rugió Don Suero.

El segundo malandrín hacía ya frente al escudero, pero el acero del muchacho, que no era broma, le incordiaba, al punto que tuvo que enfrentarse a él directamente. Diego retrocedía parando todos los viajes que le enviaba el otro, que a su vez quería terminar pronto para ayudar a su compadre^[15].

—¡Éste no es vuestro día de suerte, villanos! ¡Voto a bríos! Diego, aguantad, que el mío ya se quiere ir a reunir con Caronte^[16]...

Y diciendo esto, don Suero se tiró a fondo, pasando a su oponente de lado a lado, agujereándole el jubón a la altura del corazón.

En ese instante Diego, retrocediendo, trastabilló con el palo que había afilado don Suero para vadear el río y cayó de espaldas, perdiendo en el lance su espada. Al punto se creyó muerto, se acordó de su padre y pensó: «Se acabó», pero súbitamente su mano apoyada en la tierra percibió un intenso calor y al instante supo lo que era... un leño de la hoguera hecho brasa ardiente. No lo pensó dos veces: lo asió fuertemente con su diestra mano y lo lanzó presto a la cara del bergante. No hacía falta. En ese mismo instante el mango de la vizcayna de don Suero asomaba por el pecho del villano, que tras dar dos o tres giros sobre sí mismo caía muerto sobre la hoguera, la cual chisporroteó furiosa cuando el borbotón de sangre que le brotaba del corazón alcanzó las brasas.

El castigo

La puerta se cerró tras Catalina con dos vueltas de llave. La niña supo en aquel instante que, con la puerta, se cerraba el tiempo de su niñez. Su mente no recordaba nada allende los muros de San Benito, pero sus curiosidades eran muchas y sus incontenibles deseos de saber cosas, infinitos. Los pasos de la hermana Úrsula se alejaban, sordos, por el corredor, y Catalina tomó conciencia de su encierro. En el último instante, la priora había aceptado, no sin un fondo de dolor en sus ojos, el consejo de sor Gabriela, su némesis, y ése fue que la encerraran en la celda de castigo instalada en el sótano del convento y en cuya puerta funcionaba un pequeño torno. De forma que para atender las necesidades de la persona allí encerrada, no era necesario que ésta viera a nadie, pues para introducir la comida o sacar la bacina o dar cualquier mensaje, el pequeño artilugio era suficiente.

—¿No dice su maternidad que ya es mayor? Pues trátela su maternidad como tal. Y si va a entrar en el postulante, unos días de meditación, ayuno y recogimiento sentarán muy bien no sólo a su cuerpo, sino también a su espíritu. Veréis como se apaga su fuego y se remansa su ánimo.

La priora se avino al razonamiento de la prefecta de novicias y dio su venia para el cambio, y de esta manera Catalina se vio conducida al susodicho encierro, en lugar de al pequeño dormitorio que había sido su mundo desde el principio del tiempo que su memoria alcanzaba a recordar. Su espíritu práctico la empujó a hacerse cargo de su nueva situación, y lo primero fue inspeccionar físicamente la húmeda estancia. Estaba ésta ubicada bajo tierra, en un semisótano cuya única abertura al mundo era un tragaluz que se abría en lo alto de la pared de poniente junto al techo y a ras de las baldosas del suelo exterior; amén de pequeña, se hallaba protegida por una reja de hierro que hacía imposible pensar siquiera en una remota escapatoria. El mobiliario lo componían una yacija adosada a la pared opuesta, un escabel junto a una mesa de madera de pino y, sobre ella, un candil de mecha con su correspondiente capuchón de cobre pulido colgando de una cadeneta para poder apagar el pábilo encendido, un reclinatorio en el ángulo y, bajo su apoyabrazos, un ejemplar de la *Imitación de Cristo* del alemán Tomás de Kempis; frente a él, un crucifijo de negra madera y, finalmente y tras la puerta, una silla de necesidad con su recipiente de barro; a su lado, en un trípode, una palangana con agua para lavarse someramente.

Catalina se tumbó en el catre y las tiras de cuero crujieron al soportar su leve peso. Ignoraba el tiempo que iba a estar allí; lo que sí intuía era que aunque la comida, la palangana y la bacina podían trajinarse a través del torno, alguien tendría que entrar a encender la mecha del candil, pues aunque lo buscó, no encontró por lado alguno ni yesca ni pedernal. De todos modos, su espíritu firme no flaqueó y pensó que estaba en manos de Dios o del destino, que lo mismo daba.

Era primavera, el día alargaba y su pensamiento, como una pequeña alondra, volaba hacia el espacio sin que reja alguna pudiera impedirlo. ¿Quién era y qué hacía allí? Si hubiera sido la hija de alguna recogida, ya no estaría en el convento. Blasillo, que era su amigo y confidente, le había explicado que en el monasterio apenas nacía una criatura, al poco se la llevaban. La priora se había ocupado de ella infinidad de veces con una especial predilección... las monjas no tenían hijos. ¿Quiénes eran sus padres? Y si había nacido allí, ¿por qué no la habían entregado a alguna familia como hacían con los demás? ¿Qué había tras los muros que rodeaban el huerto? ¿Cómo era el mundo donde vivía aquel señor de negro que una vez al año la visitaba y que tan severo le parecía? ¿Por qué no le permitían salir jamás de allí, cuando Blasillo, que tenía su edad, lo hacía frecuentemente acompañando al jardinero en infinidad de ocasiones? ¡Blasillo! Su mente hizo una digresión y cambió el rumbo de su discurso. Era su único amigo y no estaba dispuesta a que, al ingresar en el noviciado, le impidieran verlo. Lo único maravilloso de los años hasta donde ella alcanzaba a recordar, era su amistad. Él era también la única fuente de noticias del mundo exterior que tanto le atraía; todas las referencias y los caminos pasaban por Blasillo. Si ella imaginaba pueblos, molinos y gentes, era a través de las explicaciones que le daba Blasillo. A cambio, habían llegado a un pacto: ella le trasladaría las lecciones que le daba fray Gerundio puntualmente. De esta manera, día a día, y a la misma vez ambos, habían aprendido a leer; su compenetración era total, y mil claves y códigos hacían que sus secretos fueran ininteligibles para los mayores.

La tarde fue cayendo y allí no acudía nadie ni se oía ruido alguno. La campana de San Benito dio nueve golpes y Catalina, que ya había pergeñado un plan, se dispuso a ponerlo en práctica. Una de las contraseñas que habían establecido para alguna correría nocturna era la imitación del canto del búho; tal era su conocimiento y perfección que, aunque hubiera otros búhos ululando en la oscuridad, ambos niños distinguían perfectamente el cante del otro. Catalina se puso en pie y se acercó al tragaluz, después colocó su mano derecha de perfil y, con los dedos juntos frente a su boca, lanzó todo lo fuerte que pudo tres silbos largos y dos cortos que atravesaron la noche. Esperó unos instantes con el oído atento... Nada. Llegaban hasta ella únicamente los ruidos de la noche. Repitió varias veces, espaciando su llamada, y cuando al cabo de media hora ya desesperaba, súbitamente llegó hasta ella, imaginó que desde el fondo del huerto, la respuesta de Blasillo clara y nítida... Un silbo largo y dos cortos. Lo demás fue más fácil. Con su señal intermitente fue trayendo a Blasillo, poco a poco, hasta su reducto. Una luna cuasi llena esparcía su plateada luz por el exterior del convento, inundando de claridad la celda. Pero de repente ésta se oscureció; se había interpuesto en el ventanuco, entre ella y la luna, la inconfundible silueta del cabezón de Blasillo, que ocupaba casi por completo el tragaluz.

—¡Blasillo, Blasillo, soy yo. Estoy aquí!

—¡Por vida de! ¿Qué estáis haciendo ahí abajo?

—No os ocupéis de eso ahora. Ya habrá tiempo de hablar de ello.

—¿Estáis encerrada entonces?

—A vos ¿qué os parece?

—Ha sido por lo de los gallos. Ahora vendrán a por mí. ¡El Señor me valga!

—No os preocupéis. He dicho que toda la culpa ha sido mía, que vos no habéis tenido nada que ver.

Ante esta aclaración, el zagal pareció remansarse.

—¿Qué puedo hacer por vos, Catalina?

—¡Chist! ¡Callaos! He oído un ruido.

El ruido que había reclamado la atención de la muchacha era el que producía el roce del viejo torno al girar sobre sí mismo. A la luz de la luna, que volvió a invadir el cubículo al retirarse la cabezota de Blasillo del tragaluz, Catalina vio que lo que le entregaban para cenar eran un mendrugo de pan y una frasca de agua; cuando afinando el oído dedujo que los pasos se alejaban, llamó de nuevo a su amigo.

—¡Blasillo! ¿Estáis ahí?

De nuevo la sombra precedió a su dueño.

—Aquí estoy, Catalina.

—Atendedme, Blas. Procuradme algo para comer. No quiero probar nada de lo que me traigan, y estoy muerta de hambre.

—Vuelvo al punto, Catalina. ¡No desmayéis!

Se fue la sombra y pasó un tiempo. Al cabo de un rato, Catalina comenzó a plantearse que, a lo peor, algo le había sucedido a su amigo; en esto andaba cavilando cuando vio descender ante sus incrédulos ojos, sujeta a un bramante, una bolsa de tela.

—Catalina, ¿estáis ahí?

—Me he ido a dar un paseo si os parece. ¡Claro que estoy aquí!

Blasillo no hizo caso de la pulla.

—En la bolsa tenéis comida. Os he traído lo que he podido pillar, y cada día afanaré lo que pueda para vos e intentaré traéroslo cuando anochezca. Recordad que antes haré la contraseña del búho. Si no me contestáis, no acudiré. ¿Me habéis comprendido?

—No soy lerda, Blas. Atendedme vos ahora. Si es de día, haced la perdiz, no vaya a ser que alguno se escame al oír de día el canto de un búho. Y ya podéis tirar de la bolsa.

—Me marchó, Catalina, hay mucha luz esta noche. Hasta mañana y no os comáis todo. Guardad algo para mañana, no vaya a ser que no pueda venir y tengáis que ayunar de verdad.

—Adiós, Blas, mi buen amigo, nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí. Id con Dios.

Y tras escuchar la última frase, Catalina vio que la bolsa, como por arte de birlibirloque, se encaramaba muro arriba hasta desaparecer, al igual que la sombra.

El plan que había concebido era muy simple: quería que las monjas entendieran que hacía huelga de hambre, no probando el pan o lo que fuera que le enviaran a través del torno y bebiendo solamente de la frasca de agua.

Sentóse en el catre y revisó el paquete que Blasillo le había descolgado por el tragaluz. Dentro había una pata de pollo, un trozo de torta de harina rellena de carne de cerdo tomatada, una manzana roja y dos higos. Comió con avidez y, tras envolver los restos en el trozo de papel en el que habían venido y ocultarlos bajo el reclinatorio, se acostó en la yacija tal como estaba. Cuando la campana de San Benito daba las once, Catalina dormía el sueño profundo de los niños.

Sigue el viaje

—¿Cómo supisteis que eran cuatreros? —Diego no paraba de hacer preguntas.

—Porque la mula que dejaron en el mesón tenía las orejas cortadas, pero no a la misma vez.

—¿Qué queréis decir? No os comprendo.

—Pertenece al rey. A todas las caballerías que se entregan para su servicio se les corta una oreja, pero cuando los desertores o los malandrines que al oficio de la cuatrería se dedican se hacen con una de ellas, entonces le cortan la otra y de esta manera, si la Santa Hermandad los sorprende por los caminos se justifican diciendo que los animales son suyos. Pero, claro está, al no haberse hecho los cortes a un tiempo, las cicatrices no son parejas hasta que han transcurrido muchos meses, y durante ese tiempo arriesgan sus vidas. ¿Me habéis comprendido?

—¿Y cómo supisteis que nos intentarían asaltar?

—Primeramente, uno de ellos estaba desnarigado^[17]. Lo vi cuando llegaron al mesón. Esto me dio el cañuto^[18] y me hizo sospechar; a nadie cortan las narices si no es por husmear en lo ajeno y meterlas donde no debe.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que ha sido condenado a perderlas porque le pillaron afanando lo ajeno, amén de que su traza era tan innoble que más que cuatreros parecían gruñidores, que así se llama a los que se dedican a hurtar gorrinos. Y, en segundo lugar, el perdigón no llama a la perdiz al caer el sol. Las leyes de la naturaleza son inmutables; únicamente los hombres obran contra natura. Entonces fue cuando, al oír el engaño, trabé al bayo, que cuando presiente algún peligro y no puede correr relincha bajo y grave. Él me avisó; coloqué mis ropas bajo el capote y tape el zurrón, que suplantaba a mi cabeza, con el chambergo, y luego me escondí a sotavento para que mi olor no me delatara. El resto ya lo sabéis.

Diego no salía de su asombro.

—¡Jamás llegaré a saber tantas cosas como vos!

—¡Y muchas más Diego! Amén de que para esto os ha enviado vuestro señor padre a este viaje.

—Y ahora ¿qué hará con ellos la Santa Hermandad?

—Pues, veréis...

Al llegar a Horcajuelos, don Suero había buscado al responsable de la Santa y, tras presentarse y decir quiénes eran y de dónde venían, le había explicado lo sucedido en el calvero

del bosque la noche anterior.

De inmediato se formó un grupo de hombres armados que habían salido a la descubierta a fin de averiguar si los villanos iban solos o tenían compadres, e intentar encontrar las caballerías por si pertenecían al rey y hacerse cargo de los cuerpos de los malandrines, no fuera que alguno tuviera la peste, pues algún brote de aquel mal había en el reino y la orden era de quemarlos y luego enterrarlos en fosas profundas, lejos de las pedanías.

—Pero dejad que os pregunte cómo va vuestra mano.

—Me molesta, ayo. Peor para ella; nada ni nadie me va a impedir continuar el viaje.

—Ayer os portasteis como un soldado y, aunque no esperaba menos de vos, sabed que no todos los hombres son tan enteros de ánimo para trincar una brasa encendida y lanzarla al rostro de un bergante a mano desnuda.

—Cuando creí que os habían herido, las furias del Averno se apoderaron de mi alma, y hubiera sido capaz de abatir a una legión de demonios.

—Eso os honra, Diego, pero si el dolor a pesar de la cura os aumenta, decídmelo, porque os lo haría mirar por algún barbero, que un cirujano no creo que lo encontremos por estos pagos.

—Vuestro remedio me ha aliviado sobremanera. No creo que sea necesario.

Don Suero había metido en la corriente del río la mano chamuscada del muchacho y, luego de ponerle un unguento oleaginoso que extrajo de un botecillo de vidrio que llevaba dentro del zurrón, se la había vendado con una banda de lienzo arrancada del faldón de una camisa limpia de su muda de recambio.

De esta manera, entre pláticas y consejos, fue transcurriendo la mañana, y cuando en algún campanario sonaban las dos del mediodía apareció en lontananza la majestuosa silueta de San Benito. Don Suero detuvo su cabalgadura y Diego hizo lo propio para deleitarse unos instantes con la magnificencia del paisaje. Luego dieron espuela y hacia allí encaminaron sus pasos.

En aquel instante, al muchacho ya no le dolía la mano ni se daba cuenta de las agujetas, y el cansancio del viaje había desaparecido como por ensalmo.

Encerrada

El día había amanecido caluroso. Catalina durmió de un tirón toda la noche, con el sueño reparador de los infantes, pero en cuanto abrió los ojos su cabeza empezó a bullir como marmita de cobre puesta al fuego. En el asunto de los gallos se había excedido, y era consciente de que la culpable de aquella fechoría y de casi todas siempre era ella. Blasillo era unas veces su comparsa y otras su público. Únicamente cuando para algún menester era necesaria la fuerza bruta, entonces y sólo entonces entraba en liza el chaval, que pese a tener sus mismos años, ya fuere por naturaleza o porque desde muy pequeño hubiere estado realizando las pesadas tareas del campo ayudando a su sordomudo padre, el caso era que había desarrollado, para su edad, una formidable musculatura que podía corresponder sin desdoro a un muchacho cuatro o cinco años mayor que él.

Catalina se sentó en el catre y analizó su situación. Desde luego, no estaba en absoluto asustada, y el futuro no le causaba temor. Estaba convencida que la priora, que tan rigurosa se mostraba con la comunidad y sin embargo tan benigna era con ella, no iba a permitir que estuviera encerrada mucho tiempo. Lo único que en verdad atribulaba a su joven espíritu era la, por lo visto, inaplazable decisión de la hora de entrar en el noviciado en calidad de postulanta; y no es que ella desconociera su inevitable destino, sino que hasta aquel momento lo había percibido como algo muy lejano y brumoso. Catalina había observado infinidad de veces a las novicias del convento, ya fuera en la capilla, en los rezos de la tarde, en el refectorio, en los jardines o en el huerto, pero aun sabiendo que ése era su final, no se alcanzaba a ver vestida como ellas y viviendo como ellas. Sin embargo, su rechazo no sería tan abierto si al frente de las futuras monjas no estuviera el ser que más había aborrecido a lo largo de sus pocos años: la prefecta de novicias, sor Gabriela de la Cruz.

Un ruido y una voz la sacaron de sus elucubraciones. El torno estaba girando y la voz correspondía a la madre Úrsula.

—¡Catalina! Recoged lo que os he colocado en el torno y colocad en él la frasca, el plato y la bacinilla sucia.

La niña, que la noche anterior había usado la bacina, la retiró de la silla de necesidad y esperó a que el artilugio completara el giro. Ante ella apareció una escudilla de humeante sopa, una jarra grande de agua con pico de pato y un trozo de pan, a la vez que una bacina limpia y una muda de ropa igual que la que llevaba puesta. Tomó únicamente la jarra de agua y la bacina limpia, y colocó la sucia así como el trozo de pan seco del día anterior en la pequeña plataforma giratoria; cuando lo hubo hecho, dio dos secos golpes con los nudillos en la madera. La monja hizo dar medio giro al artefacto y al instante se oyó la voz de la chica:

—¡No voy a comer ni a cambiarme de ropa hasta que me saquéis de aquí! Ya lo habéis oído.

—¡Válgame la caridad! ¡Estáis loca!

—¡Decídselo a la priora, y si os incomoda en exceso no me traigáis ni agua!

Catalina oyó alejarse presurosos los pasos de la monja en tanto su voz se iba perdiendo en la lejanía mientras invocaba a San Benito para que alumbrara a la pobre criatura que allá dentro estaba encerrada. Cuando ya nada oyó, su cabeza se puso a discurrir de nuevo. En teoría, si no comía su cuerpo no debía crear residuos, por lo tanto en la bacinilla habría orines; de lo contrario, toda su estrategia se vendría abajo. Esto le creaba un nuevo problema... y otro a Blasillo.

Amadís de Gaula

Don Suero y Diego habían llegado al convento. La hermana tornera los observó a través del ventanuco de la portería y tras anunciar sus nombres y de parte de quien venían, la monja desapareció para informar a la priora. Se hallaba ésta en su despacho y dentro se oían voces desabridas; la hermana portera aplicó su oreja a la puerta y distinguió la de la madre Teresa mezclada con las de la prefecta de novicias y la de la madre Úrsula.

—Se niega a comer y a cambiarse de ropa. Tal como os lo digo; el pan, ni lo ha tocado.

—El ayuno nunca viene mal. Mortifica el cuerpo y purifica el espíritu. Dejad, dejad que pasen unos días y ya veréis si come. —La madre Gabriela era quien así se expresaba.

—¿Cuántos días pretendéis que la tenga enclaustrada? No es más que una niña, y los cuerpos en edad de crecer tienen grandes quebrantos si no se los alimenta. Solamente tenéis que daros una vuelta por las pedanías de lo alrededores del convento para observar lo que el hambre y la miseria hacen en la naturaleza de los niños. —Ahora era la voz de la priora la que había intervenido.

—Catalina tiene buen corazón, lo que ocurre...

—¿Lo que ocurre, madre Úrsula, es que su caridad hará el favor de callarse! —intervino de nuevo sor Gabriela y prosiguió—: Con el debido respeto, maternidad, creo que vuesa merced siempre ha sido con ella si no blanda, sí condescendiente en demasía. Si queréis hacerme caso, un poco de ayuno moderará sus ímpetus y amansará su natural rebelde... amén de que si va a entrar de postulanta, bueno será que se acostumbre al ayuno.

La reverenda madre se dirigió de nuevo a la madre Úrsula:

—Volved a insistir de nuevo esta noche. Tentadla con alimentos más apetecibles, y tenedme informada de lo que ocurra.

—Creo que os equivocáis. Yo de vos...

—¿Su maternidad me va a dictar lo que debo hacer? ¿Quizá se erige en juez de mis actos o tal vez haya adelantado su hora de ser la priora de San Benito?

—De ninguna manera, reverenda...

—Pues entonces, no se hable más. Estamos desaprovechando nuestro tiempo. Vayan a sus quehaceres y déjenme sola sus maternidades.

Al intuir la portera que ambas iban a salir del despacho y viendo como estaba el ambiente, llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Pase! —La voz de la madre Teresa resonó airada.

La hermana tornera se hizo a un lado para permitir la salida a las otras dos monjas, y cuando

lo hubieron hecho se introdujo en la estancia.

—Maternidad, están en la puerta del convento el hijo de don Benito de Cárdenas y su ayo, don Suero de Atares. Vienen de parte del señor marqués de Torres Claras en comisión de servicio, y traen recado para vuestra reverencia. Piden alojamiento para ellos por una noche, y cuadra y pienso para sus caballerías.

—Haced que los acompañen a las habitaciones que tenemos destinadas a alojar a los protectores del convento cuando alguno de ellos tiene a bien pernoctar aquí. Que Blasillo les haga de paje y les atienda en todo lo que demanden, y que el mozo de cuadra se haga cargo de las cabalgaduras. Decidles también que cuando hayan comido y descansado con sumo gusto los recibiré en mi despacho.

Blasillo andaba inquieto por Catalina. Hiciere lo que hiciere, su magín daba vueltas a la situación una y otra vez, y no veía la hora de poderse acercar al tragaluz de la celda. Que su amiga estuviera allí encerrada le desazonaba y le creaba un estado de angustia insoportable; se daba cuenta de que la niña constituía el centro de su existencia y que sin su presencia no sabía qué hacer en sus ratos de asueto. El tiempo parecía transcurrir más deprisa si ocupaba las horas en alguna actividad. Después de comer, aprovechando el hermoso día y la siesta de su padre, decidió salir al monte a buscar miel silvestre para Catalina, pues sabía que le gustaba en demasía y le constaba que era alimento de mucho provecho. Fuese a la cuadra y colocando sobre su pollino una manta vieja, cinchóle para que se sujetara y, tras colocarle el cabestro y el bocado con las riendas de cuerda para poderlo gobernar, de un ágil brinco se encaramó en la grupa y con un seco golpe de talones en su algodonosa panza se puso en marcha hacia la cuesta del huerto bajo, que desembocaba en la puerta principal del convento.

La hermana tornera, que controlaba las salidas, no le hizo el menor caso, ocupada como estaba en atender a dos caballeros que por su porte se podía deducir que acababan de realizar un viaje de muchas leguas; el polvo de sus ropas, los ollares dilatados de sus cabalgaduras y la espuma en los belfos de las mismas así lo atestiguaban. El grupo lo componían los susodichos caballeros y tres animales, dos de monta y uno de carga. Blasillo se fijó en los caballos más que en las personas. El que más llamó su atención fue el corcel que montaba el joven; era éste un animal de negra capa con una única mancha blanca en la frente, cabeza pequeña, cuerpo proporcionado y muy recogido de grupa, las manos ágiles y los remos largos, e intuyó Blasillo que debía de ser veloz como el viento. El otro, el que montaba el viejo caballero, era un bayo enorme de poderoso pecho y carácter tranquilo que en aquel momento con su mano diestra arañaba ligeramente las grandes piedras que enlosaban el zaguán de la entrada.

Luego paró su atención en los dos caballeros. El afortunado jinete del corcel negro no tendría más de diez o doce años; vestía un jubón de color cobrizo con cuello de valona y calzones acuchillados, botas vueltas de ante y una esclavina o capotillo corto colgada de un hombro, que le confería un aire suelto y desenfadado. El viejo, que en aquel momento conversaba con la tornera, iba totalmente vestido de negro; su jubón lo cubría un coselete de cuero vuelto y sus calzones y sus altas botas de serraje eran del mismo color; lo único blanco de su indumentaria era la golilla que se ajustaba a su cuello. Lo que más llamó la atención de Blasillo fueron los guantes descabezados del caballero, por donde asomaban las yemas de los dedos; imaginó que eran para percibir más

suavemente la brida de la cabalgadura o notar mejor la empuñadura de la filosa^[19], cuya punta sobresalía una cuarta bajo su negra capa. Al pasar, Blasillo cruzó su mirada con el joven caballero, que le sonrió; al zagal le sorprendió un momento el hecho, ya que la gente de alcurnia no acostumbraba a parar su atención sobre tan mínimo personaje como él se consideraba, pero al momento se recobró, compuso el gesto, atiesó la espalda y dio espuela al rucio, que salió trotando alegremente. Blasillo hizo tomar al pollino una estrecha vereda, que al poco rato se fue convirtiendo en un sendero tan angosto que las ramas bajas y los arbustos le daban en las piernas, llenándoselas de arañazos, y lo condujo a un bosquecillo de abedules. Desmontó del asno, ató el ronzal a un tronco y después sacó del zurrón que llevaba en bandolera los avíos que se había agenciado para aquel menester: unos guantes viejos con manopla, una ropilla con mangas que le entraba por la cabeza y le llegaba por debajo de la cintura, un ceñidor de cuerda para ajustársela, dos polainas que le cubrían sus gruesas pantorrillas y finalmente un saco pequeño con dos agujeros a la altura de los ojos que le permitían ver; colocó todo ordenadamente sobre una piedra y procedió, despacio, a vestirse. Una vez de tal guisa protegido, de forma que ni un centímetro de su piel quedara al descubierto, se dirigió a su escondite. Era éste el tocón de un viejo castaño al que mucho tiempo antes había abatido un rayo y que, por circunstancias que escapaban a sus conocimientos, estaba hueco por dentro. Allí, en aquel escondite, estaba su panal. Lo había descubierto el año anterior y había procedido con una herramienta a hacer en él un agujero por el que introducir su enguantada mano a fin de extraer, de vez en cuando, su dorado y dulce tesoro; cumplida su tarea, cubría con una corteza de abedul, a la que había dado la forma adecuada, el avispero y ¡hasta la próxima! Las abejas zumbaban laboriosas a su alrededor yendo y viniendo, atareadas en sus continuos y dulces afanes. Él, que ya conocía los riesgos del oficio, se movía cautamente y sin brusquedades. Llegado al tocón, retiró, con tiento infinito la tapa de corteza de abedul y procedió a hurtar la miel silvestre allí almacenada con una pequeña espátula asimismo de fabricación casera. Su mente voló hacia su amiga y pensó que, si bien estaba despojando a las abejas del fruto de sus desvelos, ellas también se lo habían hurtado a las florecillas del campo y que, al fin y a la postre, «quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón». Su pillería tenía un buen fin, idea sin duda no compartida por las abejas que zumbaban por todos lados como auténticos basiliscos, intuyendo el expolio. Cuando ya tuvo casi lleno el tarro de vidrio que había extraído del zurrón, con un trocito de panal y cera incluidos, se alejó, despacioso siempre, de los soliviantados insectos, llegóse hasta el pollino y, tras desvestirse, guardar sus herramientas y montar de nuevo en el asno, desanduvo el camino andado y se dirigió hacia el convento, alegre y feliz de haber podido hacer algo por Catalina. No bien hubo llegado a la puerta, la tornera lo interpeló:

—¿Dónde os habíais metido, ganapán?

—Haciendo una comanda para mi señor padre. Además, por aquí he pasado hace no más de una hora, cuando vuestra maternidad estaba de plática con dos caballeros. Creí que me habíais visto, porque ni mi rucio ni yo somos precisamente de cristal.

—Lo que sois es un deslenguado y ya me ocuparé luego de vos. Adcentaos, si es que podéis, y presentaos a la madre Gabriela. Ella tiene órdenes para vos.

—Su caridad me puede adelantar de qué se trata.

—Vais a estar al servicio de los caballeros que habéis visto, en tanto sean huéspedes del convento. Y ahora, id ligero, hace ya un buen rato que se os busca.

Blasillo, impertérrito, azuzó al borrico y se fue camino abajo hacia la cuadra a fin de dejarlo aposentado en su pesebre. Luego se dirigió a la chabola que era su vivienda para esconder allí sus tan arduamente trabajados tesoros y ponerse otra ropa igual de vieja pero limpia, asearse un poco y acudir al requerimiento de la prefecta de novicias, a la que había que tratar en un son diferente del que empleaba con la tornera ya que su carácter no era el de esta última, cuya amarga cáscara exterior se convertía al tratarla en miel más dulce que la que había hurtado a las abejas del bosque para Catalina.

Diego descansaba en la alcoba que le había sido asignada, a la espera de que la persona que debía atenderle hiciera acto de presencia portando su equipaje. Era ésta una estancia espaciosa, con un doble ventanal gótico cuyos dos marcos estaban separados por una columnita rematada por un capitel jónico que soportaba la conjunción de los dos arcos, y desde el cual el muchacho divisaba la parte posterior de los aledaños del monasterio, incluida una gran área del huerto, del riachuelo que lo atravesaba y, al fondo, hasta unas construcciones que por su forma intuyó eran cuadras, establos y refugio para la servidumbre. El aposento estaba confortablemente ambientado con sobriedad monástica, pero al lado del cuartucho del mesón de la penúltima noche pensó que era, talmente, el dormitorio del duque de Alba. Un gran lecho con dosel, un arcón de cuero repujado para guardar la ropa, un bargueño, dos sillones frailunos de roble macizo con brazos de madera de cerezo terminados en garras de león, esto en cuanto al mobiliario se refería. Las paredes eran cálidas pues no estaban desnudas; un gran tapiz cubría la principal y presidía la otra un cuadro de san Benito orante. Separada por un cortinón de damasco y en un pequeño cuarto adyacente, una bañera de cinc, una palangana muy grande encastrada en una base de cuatro patas curvas unidas por una plataforma que soportaba un jarro para su servicio y un sillón excusado. Imaginó que la alcoba de su ayo sería semejante a la suya, pero más grande pues abarcaba la esquina del edificio evidentemente destinado por las monjas al alojamiento de huéspedes importantes que algo tuvieran que ver con la Orden, con su sostén o mantenimiento, aunque desde luego totalmente separado de los aposentos que ocupaban las monjas novicias y postulantas y también, claro está, de los dormitorios de las recogidas. Un leve golpe en la puerta le anunció la esperada visita.

—¡Adelante, pase!

—Con el permiso de vucencia.

Se abrió la puerta y apareció el zagalón que anteriormente había visto en el patio del monasterio montado en un pollino, de menos edad que él pero mucho más robusto, llevando al hombro su bolsa de viaje y quedándose, al verle, en el quicio de la entrada.

—¡Pasad! No os quedéis ahí... Y apead el tratamiento, no me hagáis viejo antes de hora con el «vucencia».

—Como mandéis.

—Pero ¡pasad! Dejad sobre el lecho la bolsa que os va a impedir crecer.

Blasillo hizo lo mandado y luego más desembarazado añadió:

—He dejado la alforja en la habitación del caballero que ha llegado con vos, que dice que os diga que él va a esperar que la priora tenga a bien recibirle y que me ponga a vuestra orden para lo que hayáis menester.

A Diego le agradó al punto el talante y la presencia del zagal.

—¿Cómo os llamáis?

—Blas, señor, pero me llaman Blasillo para no confundirme con mi señor padre, que se llama igualmente y que es el cochero y jardinero de las monjas.

—Está bien, Blasillo. Primeramente me gustaría darme un baño, y luego comer alguna cosa.

—La comida ya la ha dispuesto sor Gabriela para cuando queráis, y el baño os lo preparo de inmediato.

Blasillo conocía perfectamente los aposentos, ya que siempre que se alojaba algún huésped, invariablemente él hacía las veces de paje. Se introdujo en la pieza adjunta y al instante salió con el gran jarro en las manos.

—Voy por agua caliente y vuelvo como el rayo.

—No os apuréis por el encargo, que tras tres jornadas de camino no me vendrá de media hora.

—¡Seré como el viento, sire!

El zagal abrió la puerta y partió raudo como una centella, no sin cerrarla tras de sí. Diego se quedó unos segundos pensativo. Jamás iba a olvidar aquel maravilloso viaje en el que tantas nuevas experiencias había vivido, y pensó qué méritos había contraído y qué buena estrella alumbro su nacimiento para ser quien era y no el avisgado muchacho que le estaba sirviendo. Apenas había colocado sobre el lecho la ropa que se iba a poner y ordenado en el arcón la restante, cuando ya el zagal estaba de vuelta. Traía en una mano el jarro con agua humeante y en la otra una gran toalla blanca esponjosa y tupida; se aproximó a la bañera de cinc y escanció el humeante líquido en su interior, luego fuese al perchero y colgó la toalla.

—Si la encontráis demasiado caliente, voy a por fría.

Diego se había desnudado y había metido el pie.

—No, está bien así. Llevaos la ropa sucia para que la laven y regresad.

—¿No deseáis que os restriegue la espalda?

—Bueno, hacedme la merced.

Blasillo se tomó el asunto al pie de la letra y, quizá con un exceso de amor propio, tomó una raíz de cardencha que servía para el menester y, tras mojarla en el agua y frotarla en el jabón que fabricaban las monjas, comenzó la tarea con tal celo que Diego se resintió.

—¡Pardiez! ¿Qué entendéis vos por restregar? A eso lo llamo yo despellejar. Dejadme a mí, ya me las arreglaré yo solo.

—No vais a poder con esa mano. ¿Estáis herido?

—No tiene importancia. Id a llevar la ropa sucia. Luego os contaré el lance de mi mano mientras almuerzo y vos me daréis noticias de San Benito, del que mi abuelo fue protector, mi señor padre lo es y yo lo seré sin duda, cuando sea tiempo y si Dios quiere, dentro de muchos años.

—Perdone vucencia. No era mi intención restregarle tan fuerte, pero me sobra buen deseo y me falta práctica, ya que acostumbro a hacerlo a las caballerías y tal vez se me ha ido la mano.

—Sin duda mi corcel habrá quedado servido con vuestro trabajo, pero prefiero que vayáis al mandado de la ropa que, repito, yo me arreglo solo.

Volvió a partir el zagal pensando en lo afortunado que era por haber tenido aquella tarde la ocasión de tratar a persona de tal alcurnia y condición, amén de, por más fortuna, su aproximada edad. Ello le permitía conversar con él, cosa que jamás le había acontecido con clérigo alguno o caballero de los que acostumbraban a visitar San Benito. Todo lo cual hizo que se esmerara en el encargo para regresar al punto.

—¿Y decís que os atacaron de noche y que vos os desembarazasteis de uno de aquellos malandrines tirándole a la faz un tizón encendido?

—Sí, así fue, y ésa es la razón de que tenga la mano chamuscada, como habéis podido observar en el baño.

Estaban ambos en un pequeño comedor destinado a los protectores y Diego daba buena cuenta de un surtido de viandas que habían salido de las retortas y de los calderos de sor Hildefonsa: asado de vaca, una empanada de trucha, perdices estofadas con manzana, frutas confitadas, postre blanco y las consabidas yemas de San Benito.

Blasillo estaba obnubilado, intuía a través de las historias que Diego le relataba que el mundo era mucho más grande que el chato entorno que él conocía. ¡Qué lástima que Catalina no estuviera allí para oírlo con él! Tras escuchar completo el relato del viaje de Diego, Blasillo se creyó en la obligación de explicar algo para que el otro viera que a él también le ocurrían cosas.

—Pues aunque os parezca imposible, lo que os voy a relatar es cierto como que estoy aquí platicando con vos.

—Decidme, os escucho.

—En el convento hay una doncella prisionera y, si no fuera por mí, habría muerto de hambre.

—No os creo. Esto es un convento, no un castillo con mazmorras.

—¡Os lo juro por la cruz de san Andrés!

Diego lo miraba incrédulo.

—Esta noche he de llevarle alimentos. Si no me creéis, podéis acompañarme.

—No se hable más, ¿a qué hora vendréis a recogerme?

—Cuando el sol se ponga, haré el canto del búho bajo vuestra ventana; oiréis al punto cómo me responden. Entonces saltad, hay poca altura; luego podréis subir de nuevo fácilmente. Vendréis conmigo y os podréis cerciorar de que no os miento.

—Si es tal como decís, ¡por Dios vivo que la libraré de su encierro! Llevaré conmigo mi filosa y mi vizcayna, ¡y hay del villano que salga a mi encuentro! Puede darse por muerto.

Diego, inflamado por el espíritu de los libros de caballería a los que tan aficionado era, se sentía ya como Amadís de Gaula. Se levantó de la mesa y, dirigiéndose a Blasillo en tono solemne, declaró:

—Voy a velar mis armas, y a prepararme para el lance. Os espero a la anochecida. ¡Dios se apiade de vuestra alma si no venís a buscarme! —Y tras esto decir, se alejó a grandes zancadas.

Blasillo sintió de repente que se había excedido, pero pensó que la suerte estaba echada y que ya no cabría retroceder. Entonces su espíritu práctico se impuso. Recogió lo mejor de las viandas que Diego no había consumido y las guardó como mejor pudo en los profundos bolsillos de su jubón, con el fin de llevárselas a Catalina. A continuación retiró el servicio de la mesa y se dirigió a las cocinas para dejar los platos; luego se llegó a las cuadras para ver de nuevo al corcel negro y hacer tiempo antes de que el sol llegara al final de su diurna carrera y se pusiera tras las montañas, desparramando sobre el monasterio una luz rojiza y mortecina que iba cediendo terreno a la noche, la cual lentamente ganaba la partida.

El primer encuentro

Catalina desesperaba. El día de encierro había transcurrido lento y espeso cual aceite de oliva salido de la primera prensa. Únicamente habían interrumpido su monotonía los dos intentos de la madre Úrsula, uno al mediodía y el otro por la tarde, de introducir en su celda a través del torno alimentos, en honor a la verdad cada vez más tentadores, a fin de que interrumpiera su falsa huelga de hambre. La tentación no fue tal, ya que la verdad era que no tenía apetito alguno y se pudo dar la satisfacción de devolverlos, intocados, por el mismo conducto. Se había racionado prudentemente las provisiones que el día anterior le había proporcionado Blasillo, pero al no tener mejor cosa que hacer comía todo el día, y en aquel instante su joven estómago reclamaba con insistencia que le dieran algo, aunque a esas horas ya no había de qué. Esta situación la incomodaba y la tenía inquieta. La tarde declinaba y la luz fue dando paso a las sombras. Catalina tomó la piedra de fósforo y la yesca que le habían suministrado y, tras prender esta última frotando la primera contra la pared, la aproximó a la mecha del candil y consiguió encenderlo; cuidó la pequeña llama con el cuenco de la mano y cuando, ya crecida, levantó el candil en alto, un círculo de luz tembloroso y amarillento fue ganando la estancia. Todo era desmoralizadamente igual, y cuando ya el desánimo ganaba su espíritu la llamada del canto del búho llegó hasta ella lejana y, sin embargo, nítida. Llegó Catalina hasta el tragaluz, colocó su mano izquierda de perfil junto a sus labios con los dedos apretados y, soplando, emitió su respuesta que atravesó la noche.

Blasillo, unos minutos antes había alcanzado el pie del cuadrado torreón donde se ubicaba la ventana correspondiente al cuarto de Diego, y nada más hacerlo lanzó su contraseña. El joven aprendiz de caballero andante esperaba inquieto el reclamo y al oírlo se colocó a caballo en el alféizar. Tras lanzarle a Blasillo el tahalí de su espada y su vizcayna, ató una cuerda que llevaba en su equipaje a la base de la columna que dividía la ventana para tener donde agarrarse al regreso y la lanzó al vacío. Después, aprovechando una hendidura en la piedra y el saliente del desagüe de una pequeña gárgola, mediante un par de ágiles movimientos se plantó de un salto al costado del otro; apenas aterrizado, le indicó con el índice colocado sobre los labios que no hiciera ruido alguno que pudiera delatarlos.

—Mi ayo está con la mosca tras la oreja. Le he dicho que no me encontraba bien, que me dolía la mano, que no estaba en condiciones de manejar los cubiertos con destreza para cenar con la priora y que no tenía apetito. Sé que le ha preocupado y contrariado mi decisión, pero nuestra diligencia no admitía dilación alguna. Estáis de acuerdo, ¿no es verdad?

—Claro es, señor.

En aquel instante la respuesta de Catalina sonaba por segunda vez en la noche.

—¿Habéis oído?

—¡Como hay Dios! Dadme mi espada y mi daga, que para luego es tarde.

Como dos sombras partieron ambos. Blasillo abría la marcha indicando el camino y Diego, pegado a su huella, lo seguía intentando perforar la oscuridad a uno y a otro lado; parecían, talmente, dos conspiradores que temieran una emboscada. Injertados más que pegados a la pared, doblaron la esquina donde se hallaba la celda de Catalina, y al hacerlo el cierzo de la noche les golpeó el rostro. Al final del muro, a ras de suelo se divisaba un tenue resplandor que salía del tragaluz de la celda de la muchacha; Blasillo se volvió hacia el otro.

—Esperad que os haga una señal desde la luz y, cuando la veáis, acercaos sigilosamente.

Diego asintió con una breve inclinación de cabeza, se incrustó en la yedra del muro embozado en su capa y se dispuso a esperar.

El zagal se adelantó y en llegando al tragaluz se puso a cuatro patas. Catalina estaba sentada en el catre, con la vista fija en el rectángulo; apenas apareció la cabezota de su amigo, los ojos le brillaron sonrientes.

—Ya sabía yo que vos no me ibais a fallar.

—Cómo estáis, amiga mía. No he podido venir hasta ahora, he estado todo el día ocupado. Han ocurrido un sinfín de cosas.

—Contádmelo todo, Blasillo, en tanto me bajáis la comida, porque ésta alimentará mi cuerpo mas vuestras noticias lo harán con mi espíritu, que no sé yo qué cosa será más importante.

Blasillo se descolgó el morral del hombro, lo introdujo entre los barrotes de la reja y lo descendió lentamente, sujeto a la cuerda, como la noche anterior. Catalina tomó en sus manos el pequeño zurrón y lo llevó hasta su yacija con el fin de abrirlo. Blasillo esperaba.

—Pero... ¿qué es lo que ven mis ojos? ¿Qué clase de banquete es éste?

—Han llegado al monasterio dos grandes señores, el hijo del marqués de Torres Claras, protector de San Benito, y su ayo. La madre Gabriela me ha puesto a su servicio y yo he hurtado para vos los restos de su comida.

—¡Válgame la Virgen! Y ¿la miel? ¿De dónde la habéis sacado?

—Eso es regalo mío. He ido al bosque a cogerla para vos, y casi las abejas hacen de mí un acerico.

—Sois el mejor de los amigos. Pero en tanto ceno, contádmelo todo. No os olvidéis una tilde ni una coma, que mañana se me hará más corto el día si puedo distraer mi cabeza recordando hasta el más mínimo detalle.

Blasillo relató absolutamente todo lo acaecido a lo largo de la jornada, enfatizando el relato con sus fantasías, que no eran pocas, y adobándolo con los deseos de asombrar a su amiga.

—Y ha dicho que desea conoceros y quiere ayudaros.

—Pero eso es imposible, Blas. —Cuando se ponía trascendente, le retiraba el diminutivo—. Yo estoy aquí encerrada y, según decís, él se va mañana.

—Pero yo soy Merlín el Mago, Catalina. ¡Ved! —Y al decir esto, el zagal, hizo un gesto con la mano.

Al momento, ante los asombrados ojos de la chiquilla, apareció el muchacho más apuesto que imaginarse hubiera podido en sus más disparatados sueños. El único nexo comparativo era el rostro del arcángel san Miguel que ella de reojo admiraba siempre en la capilla; al verlo casi le da un pasmó, le cae de las manos el tarro de miel y arma un estropicio.

El gesto del hidalgo

De modo y manera, reverenda madre, que quiero dejar clara constancia de que no toleraré tamaña iniquidad. Tal es tener encerrada en tan deplorables condiciones a una criatura de una edad, que no se me alcanza a comprender cuál puede ser la gravedad de su delito para merecer tamaño castigo, y no dudéis que a la vuelta de este viaje daré puntual cuenta de todo ello a mi señor padre, ya que para ello me ha enviado, por si tiene a bien retirar la protección que otorga al convento o, lo que sería más grave, mover sus influencias a fin de que este desafuero no quede impune. ¡Creo que me he explicado con claridad!

Diego, plantado frente a la reverenda madre, había soltado su diatriba ante el pasmo de ella, el asombro de su ayo, que lo contemplaba incrédulo, y la mirada torva de la maestra de novicias. La priora, tras una meditada pausa, se rehizo y sin perder la compostura se dispuso a responder al muchacho. No estaba dispuesta a hacer ante sor Gabriela dejación de su autoridad, y mucho menos perder la protección y ayuda de personaje tan notorio y generoso como era el excelentísimo señor marqués de Torres Claras, así es que se dispuso a hablar.

—Mí querido joven, con el debido respeto debo deciros que no hay nada excepcional en el hecho de que una futura postulante empiece a acomodarse a la vida que deberá llevar en un futuro no lejano, y que no es otra que la de todas las novicias en su primer año de entrar en religión. Por una razón que no os incumbe y que no saldrá de mi boca, ya que es un secreto a mí confiado, debéis saber que esta criatura está en el convento desde el día en que nació, cuando por su edad debería entrar ahora en San Benito. Ha sido la protegida de todas las hermanas, y sus mimos y contemplaciones han hecho que su comportamiento nos haya conducido a un callejón sin salida, y el resultado ha sido éste que tan duramente me recrimináis. No hay nada oculto en todo ello, sino la aplicación estricta de nuestra Regla. Como podéis comprender, existen en el monasterio un sinfín de lugares reservados, inaccesibles para cualquier visita si es que hubiere algo que ocultar. Entonces... debo deciros que os ocupéis de vuestros asuntos, y dejadme a mí que lo haga de mis monjas.

—Ruego a vuestra maternidad que nos sepa excusar. —Don Suero intervenía para salir con dignidad de aquel mal paso.

—¡Os ruego, señor, que os reportéis! No necesito fiadores, ni tengo por qué pedir excusas. — Diego se mantenía firme.

Sor Gabriela intervino, acida:

—Perdonadme, señor, pero creo que no tenéis edad ni conocimientos para...

—¡Sor Gabriela! Ni don Diego necesita valedores, ni yo intermediarios. —Ahora la priora se

dirigía a don Suero—: Ayer mantuvimos vos y yo a la hora de la cena una larga y profunda conversación, que os rogué transmitierais a su excelencia el señor marqués de Torres Claras. En ella os informé exhaustivamente de la situación del convento y de sus necesidades más perentorias, pero vamos a procurar ser todavía más concretos y puntuales y, ya que don Diego desea exponer a su señor padre un hecho episódico del que apenas conoce una mínima parte, yo os ruego tengáis a bien entregarle en mano la misiva que os voy a confiar y en donde tendrá cumplida explicación de este lamentable incidente.

—¡Ponedle, si os parece, que la niña lleva dos jornadas sin probar bocado! —Diego no cejaba.

La priora palideció.

—Si no come es porque ella se niega a hacerlo, no porque no se la atiende como a todas las demás novicias y postulantas de este convento. Y, con el debido respeto, don Diego, creo que vuestro comentario está de más y ya hemos hablado todo lo que convenía hablar.

Dicho esto la superiora se puso en pie, dando por concluida la entrevista. Diego giró sobre sus talones y salió de la estancia sin más; don Suero hizo una torpe reverencia como queriendo excusar el incidente y salió tras él cerrando la puerta.

—Sentaos, sor Gabriela. Creo que vos y yo tenemos una charla pendiente.

Hízolo la prefecta de novicias en el sillón frente a la priora y ésta prosiguió al instante.

—¿Cómo, cuándo y de qué manera ha llegado don Diego a saber tantas cosas de ese lamentable suceso que desde el principio me ha incomodado?

—Creo que está claro, reverenda madre. No ha tenido otro contacto dentro del monasterio aparte de Blasillo. Él es sin duda el causante de vuestras tribulaciones.

—Aseguraos de que así ha sido y obrad en consecuencia. No quiero volver a oír hablar de este enojoso y humillante asunto. En cuanto a Catalina, reintegradla inmediatamente a su celda y mañana, sin dilación, que fray Gerundio la comience a instruir para que reciba a Jesús por vez primera.

Don Suero apenas podía seguir las zancadas de Diego por el pasillo que conducía a sus aposentos. Finalmente llegó a su altura y lo retuvo por el brazo.

—¡Teneos un momento, pardiez, y escuchadme!

Diego se paró y encaró a su ayo.

—Sois un irresponsable. Jamás creí que me hicierais pasar bochorno semejante. ¿Por qué no me explicasteis a mí toda esta historia antes de que me enterara de ella en el despacho de sor Teresa?

—¿Sabéis por qué? Os lo voy a decir. Porque hubierais intentado disuadirme a fin de que no dijera nada, y lo que me contaron y vieron estos ojos anoche es tan injusto y desproporcionado que no estaba dispuesto a transigirlo.

—Vos no entendéis de monjas ni de frailes. Ellos son muy suyos; tienen sus reglas y éstas son terriblemente estrictas. Existen órdenes que con un zurriago hacen que sus componentes se fustiguen en penitencia por sus pecados. Vos y yo no lo entendemos, pero es así. —Don Suero cambió la clave de su discurso. La pasión que profesaba a su pupilo hacía que se sintiera mal al reprenderlo, ya que a la vez se sentía orgulloso del temple y del espíritu de justicia que adornaba el alma del muchacho—. Lo que ocurre es que leéis continuamente libros de caballería y tenéis demasiados Lancelot du Lac e Ivanhoe^[20] metidos en la cabeza.

—Conque son calenturas mías, ¿no es así? ¡Seguidme!

Diose la vuelta Diego y, a grandes zancadas, se dirigió por el camino más corto y a la luz del día hasta el tragaluz de la celda de Catalina, seguido a pocos pasos por don Suero. Se detuvo allí y le conminó:

—¡Agachaos y convenceos por vos mismo!

Hízolo así el preceptor y miró por el ventanuco.

—¿Qué es lo que he de ver?

Diego se acuclilló a su vez. Ante sus asombrados ojos apareció la pequeña celda pulida y aseada, pero totalmente vacía. Nadie había en ella condenada al ostracismo.

—Os juro que no entiendo nada.

—Y menos yo, Diego. Yo menos.

El portugués

Sebastián Fleitas de Andrade, familiar del Santo Oficio y caballero de Alcántara, era un personaje que podía haberse integrado perfectamente en un lienzo del Greco.

Más que flaco, nervudo como un sarmiento, la cabeza afechinada, una frente enorme debido a que el cabello le nacía muy atrás; bajo unas cejas pobladas se asomaban unos ojos glaucos, pequeños e inquisidores, duros como el pedernal; en medio del rostro, una inmensa nariz semejante al pico de una ave de presa, la boca cerrada era como una línea y desde su comisura izquierda y hasta la oreja del mismo lado le cruzaba un costurón a través de la mejilla, fruto de una reyerta con un desuella caras^[21] al que hacía ya muchos años aquella ofensa le había costado un jardincillo de malvas^[22] sobre el vientre; todo el conjunto adornado por dos grandes patillas, un mostacho curvo y una perilla triangular que le daban un aspecto torvo y siniestro. La piel era blanquísima, y las manos ahuesadas y de largos dedos; su delgadez corporal en modo alguno insinuaba debilidad, muy al contrario tenía un algo de felino y sombrío a lo que sin duda contribuían sus negros ropajes.

Don Sebastián Fleitas de Andrade conocía bien su trabajo, que le proporcionaba no solo un buen pasar, sino también frecuentemente pingües beneficios; el único inconveniente era su discontinuidad. De cualquier manera, cuando el Santo Oficio le ponía sobre la pista y tras la huella de algún desgraciado, éste podía ya despedirse de sus deudos y amigos. Lo seguía, lo perseguía, hurgaba en su vida y en la de sus antepasados como una rata de biblioteca, y acababa sabiendo más del mismo que el propio interesado; era como el facochero^[23], que al ser herido busca incansable el rastro del cazador hasta dar con él para matarlo. Tenaz e implacable, el tiempo no contaba para él; daban igual un mes que tres años y asimismo cualquier país del mundo conocido, estuviera en paz o en guerra, era indiferente. El largo brazo de la Inquisición tenía en él un mastín eficaz e implacable.

Aquella mañana recibía en su casa de Braganza a un correo. Su criado le comunicó la urgencia, pues el mensajero había llegado a revienta caballo y desde Astorga; Don Sebastián sabía que de esta ciudad únicamente recibía misivas de su excelencia reverendísima el doctor Bartolomé Carrasco, secretario provincial del Santo Oficio y dilecto protector suyo.

En aquel instante, don Sebastián estaba sentado en un servidor^[24] de barro en forma de cono truncado y su pereza intestinal le aconsejaba no interrumpir jamás aquel prosaico quehacer, fuere quien fuere el recién llegado. Tras ordenar que un paje esparciera por la estancia unas gotas de agua de rosas, y ceñirse firmemente la manta de Béjar que cubría su cuerpo de cintura para abajo, se dispuso a recibir al mensajero. Era éste un hombre de tez cetrina, mediana edad, fuerte

complexión y rostro vulgar, que frisaría los cuarenta años; lo único que destacaba del conjunto eran sus combadas piernas, que delataban las horas de su vida que se había pasado a lomos de un caballo. Quedose el hombre, una vez conducido a su presencia, a prudente distancia y con el chapeo rodando entre las manos.

—Bienvenido, Marcelo. —El portugués conocía al correo de otros viajes—. ¿Traéis, según me comunican, un mensaje para mí?

—Sí, excelencia, urgente y personal.

—Lo primero es notorio. —Iba cubierto el hombre de polvo hasta las cejas—. Y lo segundo lo he intuido cuando mi criado me ha comunicado que os negabais a entregárselo a él.

—Vuesa merced sabrá excusarme, sólo cumplo órdenes.

—Bien, abreviemos. La misiva, viniendo de Astorga, no puede proceder más que de su excelencia reverendísima el doctor Carrasco.

—Así es, señor.

—Entonces, si tenéis a bien entregármela...

El hombre extrajo de su faltriquera un sobre amarillento y lacrado y adelantándose unos pasos se lo entregó a don Sebastián. Éste lo tomó a la par que con la otra mano tiraba de la borla que remataba el extremo de un cordón trenzado de color violeta que asomaba bajo un tapiz ubicado a su espalda, el cual representaba una cacería. En la lejanía sonó el tintín de una campanilla y al punto apareció un paje.

—Dad descanso y comida a este hombre. —Y dirigiéndose al mensajero añadió—: Descansad, que cuando lo hayáis hecho volveréis a partir con mi respuesta.

Tras una breve inclinación de cabeza salió el hombre detrás del criado y don Sebastián, cuando quedó solo, tomó de una mesa lateral un abrecartas de plata de labrada empuñadura y después de soltar su vientre un sonoro esparcimiento rasgó el lacre del sobre. Luego, como aquel que celebra un rito, desplegó parsimoniosamente los dobleces del papel y se dispuso a leer la carta.

Decía así:

Astorga, a 9 de mayo, Anno Dómine 1609

De Su Excelencia Reverendísima Don Bartolomé Carrasco A Don Sebastián Fleitas de Andrade.

Dilecto amigo en el Señor:

El motivo que me mueve a escribiros no es otro, como supondréis, que la urgente necesidad que me obliga a requerir de nuevo vuestros servicios. Si tal fuera una cuestión personal, cabría la espera, pero tratándose del servicio de la Santa Madre Iglesia no podemos obrar si no es con absoluta diligencia y premura.

A fin de que no os haga perder el tiempo, paso a explicaros el meollo del asunto para que comencéis a trabajar en él de inmediato, sin tener que venir a ésta para que os ponga al corriente de los hechos.

Como sabéis, soy protector eclesiástico del convento de San Benito, cuya junta de protectores preside el excelentísimo señor don Benito de Cárdenas, marqués de Torres

Claras.

El primer día de este mes de mayo de nuestra Señora, como es costumbre, tuvimos la reunión del capítulo de la orden con el fin de que las monjas dieran cuenta de las necesidades del convento y justificaran sus dispendios, y así poder proveer y prevenir los gastos anuales.

Cumplidas todas las premisas de ese día, pasamos al refectorio para gozar del refrigerio que, año tras año, nos ofrecen las buenas madres.

Al finalizar el mismo vino a sentarse a mi lado don Martín de Rojo e Hinojosa, hidalgo de la pequeña nobleza y originario de Quintanar del Castillo, y cuya hermana es la actual priora del convento.

Conozco a esta familia hace muchos años y jamás tuve en demasiado alto concepto su religiosidad ni la ortodoxia de su fe.

Mis sospechas se confirmaron cuando, al finalizar las libaciones, osó entablar conmigo una conversación que bordeó peligrosamente temas de fundamental importancia, que ya han sido debidamente sancionados por la autoridad correspondiente y que no conviene que nadie sin la preparación adecuada se atreva a tratar con ligereza, ya que de caer sus palabras en oídos menos preparados que los míos podían acarrear grave daño moral a la persona.

Mi intuición me hace pensar que, tal vez, la salud de su hacienda sea precaria y ande buscando cargo u oficio que alivie su penuria, ya que se lamentó sobremanera de sus cuitas económicas y opinó negativamente sobre la expulsión de los moriscos que, en defensa de la fe y con tan buen criterio, llevó a cabo el anterior monarca, Su Majestad Felipe III.

Pienso que persona de tal catadura moral, que antepone sus propios intereses a los de la Santa Madre Iglesia, no solamente no debe tener posición alguna que implique responsabilidad, sino que debiere ser desposeída de su condición actual de protector de San Benito, cargo que sin duda ha obtenido por ser quien es su señora hermana.

Por lo tanto, os urjo para que investiguéis profundamente en su origen y en su entorno. Quiero saber qué pretende, cuáles son las sorpresas que podría desvelar una investigación al nivel de las que se deben llevar a cabo por parte de quien corresponda cuando se pretende entrar en una orden de caballería o aspirar a cualquier cargo remunerado o prebenda pública. Quiero conocer, antes que nadie, cualquier cosa o circunstancia que pueda hallarse en los orígenes de esta familia. No quisiera que se me tachara de tibio o de descuidado pastor de almas, si algo se supiera que fuera desdoro, pues siendo como soy el obispo de esta provincia y además responsable religioso de la comunidad de San Benito, sería imperdonable que algo punible me pasara inadvertido.

Por lo tanto, os pondréis inmediatamente en disposición de obedecer mis órdenes y os emplazo para que me visitéis en Astorga cuando vuestros pasos os acerquen a mi sede.

Os adjunto un pagaré para que lo hagáis efectivo en el obispado que mejor os cuadre y de esta manera podáis disponer de liquidez que cubra cualquier perentoria necesidad.

De sobra conocéis mi magnanimidad con aquellos de mis familiares que saben

servirme con celo y diligencia.

Sin otro particular, con mi expresa bendición y dándoos a besar mi pastoral anillo, reciba vuesa merced la expresión de mi más paternal saludo.

*Firmado y rubricado
Bartolomé Carrasco
Obispo de Astorga y secretario
provincial del Santo Oficio*

El portugués, en tanto plegaba la misiva sonreía satisfecho. El doctor Carrasco era su más espléndido protector y el trabajo que le encomendaba le llenaba de satisfacción. El perseguir a los tibios, a los recalcitrantes, a los falsos conversos y a los judíos constituía para él su motivo de vivir, máxime cuando ello le reportaba los réditos que, tratándose del doctor Carrasco, daba por descontados.

Terminó su estancia en el servidor y, tras componerse, hizo sonar la campanilla para que su ayuda de cámara comparciera a fin de llevarse el artilugio y con el perfumador rociara de nuevo el ambiente con agua de rosas.

—Decid a Marcelo que antes de echarse a descansar se presente ante mí...

—Si a vucencia le parece, lo llamo ahora. Ha comido y estaba departiendo en las cocinas con los otros criados.

—Hacedlo.

Al cabo de un breve tiempo se presentaba Marcelo Lacalle, correo del Santo Oficio y posta real ante don Sebastián Fleitas.

—¿Me habéis mandado llamar?

—Así es. Las nuevas de las que habéis sido portador trastocan mis planes y me obligan a cambiar mis prioridades. Y... temo que las vuestras también.

—Mis prioridades son las vuestras, excelencia.

—Bien, entonces descansaréis en mi casa. Cuando lo hayáis hecho, partiréis de regreso por otros caminos. Pasaréis por Ponferrada y por Bembibre antes de dirigiros a vuestro lugar de origen, y dejaréis dos misivas más que justificarán mi cambio de planes.

—Se hará como ordenéis.

—Entonces, tras recuperar vuestras fuerzas, partid y tened cuidado ahí fuera.

Y tras tomar la bolsa que le alargaba el portugués, Marcelo, el mensajero de combadas piernas, haciendo una torpe reverencia salió de la estancia.

La menstruación

Catalina había menstruado por vez primera. En pie, ante la priora, escuchaba impasible un discurso que a ella se le antojaba absurdo. Tenía trece años, pero su natural inteligencia y sobre todo su inmensa curiosidad hacían que estuviera de vuelta de muchas cosas que otras postulantas de su edad y condición ignoraban. Blasillo, su querido compañero de aventuras, había sido apartado de su vida, violentamente y sin explicación alguna, hacía ya cuatro años; muchas lágrimas le costó el desafuero e infinidad de veces añoró su ausencia, pero su espíritu joven e inquieto se supo sobreponer y otras situaciones emergentes ocuparon su quehacer cotidiano. Su lugar, no en su corazón pero sí en su cercanía, lo ocupó Casilda, recogida de unos treinta años que llegó a San Benito a los diecisiete para dar a luz, y cuando lo hubo hecho entregó el hijo a unas buenas gentes de su pueblo, al que la honra de su familia le impedía regresar. Éstas nada dijeron, pero carecían de medios de sustento, de modo que para que se ocuparan del crío tenía que enviarles dineros todos los años, para lo cual la madre Teresa le buscó una familia noble con un recién nacido por amamantar, tarea que no hacía su propia madre, ya fuere porque no tenía leche en los senos o porque no le conviniera, cosa por otra parte muy frecuente en aquellos tiempos. La cuestión fue que Casilda empleó en aquel menester cuatro años, y cuando ya destetó a la criatura, que por cierto el último año ya mamaba de pie, regresó al convento; allí, a cambio de su trabajo tenía cama y comida de balde, y de esta manera todo lo que le enviaba la familia a quien sirvió — por cierto, que las amas de cría eran siempre muy bien atendidas— lo mandaba a su pueblo para el cuidado de su propio hijo.

Casilda fue su maestra en cuantas cosas de la vida le consultó y, teniendo un estatus distinto a las demás recogidas, compartía las labores de la cocina y del cuidado de los animales con Catalina, a la que habían asignado esta última labor desde la marcha de Blasillo porque ella se lo había suplicado a la priora, pues como todas las futuras postulantas repartía su tiempo entre la oración y el trabajo.

—Por lo tanto, sabed que el estigma de la impureza os ha visitado por vez primera y que a partir de hoy lo sufriréis, para vuestra vergüenza, todos los meses. Cuando tal cosa suceda, la penitencia por vuestra culpa y para prevenir las tentaciones que os acecharán será el ayuno y por la noche, al iros a acostar y durante todos los días que en vuestro cuerpo florezca la flor del Maligno, os flagelareis la espalda con una disciplina cuyo manejo os enseñará la prefecta de novicias, y no os acercaréis al altar a recibir al Señor hasta que pasen estos días y volváis a estar limpia de cuerpo. Entonces y sólo entonces, os confesaréis con el padre Rivadeneira, que como sabéis ha sido designado confesor del convento tras el óbito de fray Gerundio, al que tanto

queríais, para que a la vez él limpie vuestro espíritu. ¿Me habéis entendido, Catalina?

—Sí, reverendísima madre, os he atendido pero no os comprendo.

—¡Os he dicho un millar de veces que la virtud de la obediencia no necesita entender! Id a vuestras labores y dejadme hacer las mías.

—Como mande vuestra maternidad.

Y tras hacer una rápida genuflexión, fue saliendo Catalina del despacho, de espaldas a la puerta sin perder la vista a la priora. Cuando ya se encontró en el corredor se dirigió a las cocinas, pues al mediodía ayudaba a Casilda en los menesteres que ordenaba sor Hildefonsa.

Mientras transitaba los largos pasillos del convento su mente andaba en cavilaciones sobre lo que le había dicho la reverenda madre, a quien quería y a la que no podía dejar de agradecer el trato que desde siempre le dispensaba y que ella notaba diferente al que prodigaba a las demás. ¿Qué culpa tenía ella de lo que le acontecía, aparte de un retortijón de vientre y aquella sangre pegada a sus muslos que no controlaba? ¿Qué responsabilidad le correspondía para que tuviera que flagelarse y hacer penitencia? ¿Por qué tenía que contarle al cura nuevo, al que conocía apenas hacía unos escasos meses, aquello que tanta vergüenza le daba y que solamente sabía Casilda? ¿Cómo añoraba al viejo fray Gerundio! Cómo lloró su muerte y cuan en deuda se sentía con él por el inmenso regalo que le hizo del conocimiento de las letras y de los fundamentos de la aritmética y que le permitió, a su vez, ilustrar a Blasillo... Si no hubiera fallecido, no le habría importado contarle sus tribulaciones y, sin duda, lo hubiera hecho de motu propio, sin necesidad de que se lo hubiera ordenado la priora. Pero al padre Rivadeneira... eso era harina de otro costal. Algo sinuoso había en él que no le gustaba, su instinto le avisaba de algo; le auguraba un peligro inconcreto, pero latente. Nada de él le gustaba; no soportaba su olor a ajo y a humanidad y, menos aún, la respiración agitada que salía a través de la rejilla del confesionario cuando, por turno y en días señalados, no tenía otro remedio que acudir a su cita. Su cerebro daba vueltas, una y otra vez, al tema; lo que a ella le ocurría, aunque no con la misma frecuencia, ¿no le ocurría asimismo a las vacas, a las yeguas y a las perras? ¿Qué culpa tenían ellas? Además Casilda se lo había explicado de una forma muy distinta. El inconveniente fue que el percance le ocurrió la noche anterior durante el sueño, y al levantarse para los laudes y abrir su celda la sorprendió la prefecta intentando remediar el percance y no pudo ocultarlo, de modo que cuando la madre Teresa la mandó llamar, ella ya imaginaba para qué era.

Llegó a la cocina y buscó a Casilda con la mirada. Estaba al fondo, pelando una montaña inmensa de patatas, y como no le ordenaron otra cosa se dispuso a ayudarla a fin de poderle contar todo lo que le había sucedido; se puso sobre el hábito un delantal y tomando su cuchillo preferido se sentó al lado de Casilda en un taburete bajo.

—No habéis bajado esta mañana al establo a ordeñar. Estaba inquieta por vos —le dijo Casilda no bien se hubo acomodado.

—No... ya lo sé. Debo explicaros muchas cosas.

Hablaban ambas en el rincón sin levantar sus cabezas de la tarea e intentando no mover los labios.

—Pues contadme.

—Esta noche me ha sucedido...

—¿Qué es lo que os ha sucedido?

—Lo que me explicasteis que pronto me sucedería.

A Casilda se le cayó el cuchillo al suelo, con el correspondiente ruido. Miraron ambas en derredor pero nadie pareció darse cuenta, disimulado el hecho por el común trajín de la cocina y el ruido de los calderos.

—¿De verdad?

—Sí, claro, de verdad.

—¡Que alegría tengo, Catalina! ¡Antes era amiga de una niña y hoy lo soy de una mujer!

—A tanto no llego, pero por lo que ha dicho la reverenda madre, parece ser que tengo yo la culpa de algo inconfesable.

—No hagáis caso. Todas las mujeres pasamos por lo mismo. También las monjas. Si así no fuera, no nacería nadie; ellas... bueno... vos... ellas... las monjas no necesitan esa sangre, pero ése es el alimento del niño cuando una mujer espera un hijo. Por eso durante los nueve meses del embarazo esa sangre no viene, y cuando una mujer se seca ya no puede parir más. ¿Me vais comprendiendo?

—Algo... no demasiado.

—Catalina, ya os lo expliqué cuando nació el ternero. Las especies necesitan de los machos y de las hembras para reproducirse. Los humores de ambos se mezclan y al cabo de un tiempo, que varía según sea una especie u otra, nace un niño, un ternero o un chivo, ¿me comprendéis ahora?

—Sí, eso ya lo entiendo, pero... la Santísima Virgen no conocía varón y sin embargo...

—Es la única y a mí tampoco se me alcanza entenderlo, y el fruto de su vientre fue Jesús, seguid el Ave María, y talmente fue un milagro, por eso es única.

—¿Es hermoso conocer varón?

Casilda la miró con ternura.

—Si lo amáis, es lo más hermoso del mundo. Yo entiendo que tantos padecimientos no tienen sentido en este valle de lágrimas si no fuera por algo así.

—Pero ¿cómo es?

—No sé cómo explicároslo. Se para el tiempo... es un instante mágico en el que el Creador se sirve del hombre para crear otro hombre y hacerle de esta manera partícipe de su obra.

—Pero ¿qué se siente?

—Cómo os lo explicaría, ¡pobre de mí! Es... es como si os estallara un arco iris en el vientre, como si una catarata de gozo os inundara el alma. No se puede explicar.

Catalina estaba obnubilada. Casilda prosiguió su discurso.

—Por eso las monjas no tienen hijos, porque se casan con Jesús y dedican la vida a su servicio.

—¡Yo no quiero ser monja, Casilda, sólo quiero ser una mujer! A mí nadie me preguntó nada sobre si quería entrar en religión. Únicamente conozco los muros de este convento y lo que vos y Blasillo, del que tanto hemos hablado, me habéis contado de lo que hay allá afuera.

—¡Catalina! —sonó la voz de la hermana Hildefonsa al fondo de la cocina—. Id a preparar los platos y poned el pan en la mesa del refectorio.

Catalina se quitó el delantal y dejando el cuchillo se dispuso a obedecer. Durante el día le fue imposible apartar de su cabeza todo el caudal de información que había recibido; su mente bullía con mil ideas encontradas que pugnaban por abrirse camino a través de la maraña de sus dudas y mil preguntas se agolpaban en sus labios para consultar a Casilda en cuanto le fuera posible.

En esos trajines transcurrió la jornada y, tras los últimos rezos, las postulantas, que todavía no

habían realizado los primeros votos, y las novicias se retiraron a sus celdas. Catalina oía cómo las fallebas se iban cerrando y cuando el oído le dijo que tocaba su turno, ya que su celda estaba al fondo al lado del planchador, apareció en el quicio de la puerta la sombra de la madre Gabriela llevando en su mano diestra un corto rebenque del que salían siete tiras de piel de toro.

—Colocaos de espaldas, Catalina, y bajaos el hábito hasta la cintura. Me ha ordenado la priora que os enseñe como debéis manejarlo. —Al decir tal, mostró el pequeño látigo en su mano en tanto que una peculiar sonrisa afloraba en sus finos labios—. ¿Me habéis comprendido, no es verdad?

La chiquilla obedeció aterrorizada, ofreciendo su blanquísima espalda a la maestra de novicias. Ésta se aproximó y, alzando el zurriago que tenía en la diestra y apretando fuertemente su corta empuñadura, se dispuso a descargar el primer golpe sobre el desnudo torso de la adolescente.

—Ofreced al Señor esta penitencia y pedidle perdón por vuestra impureza. A cada golpe y a mis invocaciones, responderéis «*ora pronobis*», y no olvidéis que el Maestro fue flagelado por todos nosotros sin culpa alguna... *Christie eleison*.

La monja comenzó el rezo; la disciplina ascendía y descendía con precisión y temple, castigando la piel sin rasgarla, ambas habilidades fruto de la práctica. Catalina aguantaba el intenso dolor respondiendo mecánicamente las letanías en tanto que las tiras de cuero del vergajo le causaban un dolor inaguantable, pero ni un gemido salió de su boca; sin embargo, mayor que su aflicción y daño era la sensación de rebelión e injusticia que la embargaba. Bloqueó su mente, en un proceso de autodefensa para mejor sobrellevar el castigo, y la dejó vagar libre por los vericuetos de su charla con Casilda. Y casi sin darse cuenta, su pensamiento evocó la imagen de aquel hermoso doncel que en la infausta jornada de encierro por el mal paso de los gallos había aparecido como un arcángel del cielo en el tragaluz de su celda.

Diego de Cárdenas

Diego de Cárdenas había cumplido dieciséis años. Era alto, esbelto, fuerte y tan ágil de cuerpo como audaz de espíritu; mucho más proclive al ejercicio físico, ya fuere en campo abierto o en la sala de armas, que a la ardua tarea intelectual. Las horas que pasaba con su ayo, don Suero de Atares, le transcurrían volando en tanto que las dedicadas a su tutor, fray Anselmo, le resultaban lentas y tediosas; únicamente el deseo de complacer a su padre, al que amaba por encima de todo y admiraba profundamente, le empujaba a aprovechar las lecciones de su maestro, intentando desbrozar los intrincados misterios de las matemáticas a la vez que se sumergía en los vericuetos del latín de los clásicos y de la filosofía.

Aquella mañana estaba el joven en pie frente a su progenitor en el salón principal de la casa palacio que poseía el marqués en Benavente y que era, asimismo, la cuna y hogar de quince generaciones de Cárdenas, cuyos más ilustres proceres, obispos, capitanes, secretarios de consejo y adelantados de Castilla, en nobles actitudes, observaban desde la adusta seriedad de sus marcos y en las diversas posturas que sus cargos y rango les propiciaran a lo largo de sus vidas, a don Diego, el cual intentaba mantener el gesto y la actitud gallarda ante el fruncido entrecejo de tanto antepasado ilustre. Don Benito, jubón de terciopelo con cuello de golilla alechugada, calzones ajustados, medias negras y borcegués de hebilla de plata, desde el sillón instalado en la cabecera de la gran mesa escuchaba con fingida seriedad las explicaciones que le daba su hijo intentando sustentar sus argumentos.

—Con el debido respeto, padre mío, creo que estoy perdiendo un tiempo precioso y, si bien entiendo que muchas de las disciplinas que me imparte fray Anselmo son importantes, hay otras cosas que a un soldado le son mucho más útiles y a las que no les dedico atención suficiente, dado que yo no quiero ser bachiller ni clérigo.

Don Benito de Cárdenas, tras un meditado silencio, respondió:

—Prestad mucha atención a lo que voy a deciros, Diego: seáis soldado, clérigo, corregidor o lo que fuere, que muchas cosas fueron los antepasados que antes que vos dieron lustre al noble apellido de los Cárdenas, lo que sin duda seréis a su debido tiempo es marqués de Torres Claras, y eso os obliga y mucho. Y también, a su debido tiempo, iréis a la Corte y estaréis, sin duda, cerca del gran cristiano que es nuestro rey Felipe IV. Allí tendréis que mostrar vuestro ingenio y vuestros conocimientos, y os daréis cuenta de que en los salones del alcázar no se pelea... y en los torneos y en las justas de palacio no se utiliza espada ni rodela, sino que el dardo es la palabra y el mosquete es menor arma que un soneto. Por lo tanto, no sólo no dejaréis las lecciones de fray Anselmo, sino que a su debido tiempo contrataré a un maestro de danza que completará vuestra

formación y, aunque no lo creáis, el tiempo os enseñará que una pavana o un rugiero^[25] gentilmente bailado con una dama de alcurnia puede ser infinitamente más provechoso que una lección de esgrima y, desde luego, y eso lo comprobaréis en su momento, mucho más agradable.

—Pero entonces, señor, ¿cuándo iré a la Corte?

—Aún no es tiempo, Diego, yo os diré cuándo. Y conste que no me guía el egoísmo de teneros junto a mí, siendo como sois mi único hijo y siendo como soy un viudo recalitrante, sino el máximo provecho para el futuro de vuestra vida, que es en esta circunstancia lo único que me ocupa.

—¡Pero, padre! Con el debido respeto, tengo ya dieciséis años y Alejandro Magno, a mi edad...

—Alejandro Magno a vuestra edad no hacía otra cosa que obedecer a Filipo de Macedonia, que era su padre y que lo recluyó varios años junto a Hefestión, Perdicas Cratero y compañía dando clase todos los días con Aristóteles, al que creo mucho más denso y exigente que fray Anselmo, y eso precisamente es lo que vais a hacer vos: obedecerme sin rechistar. Y no admito ni un punto de réplica, ya que en lo tocante a vuestro beneficio soy intratable y en nada voy a transigir. Id pues sin dilación a vuestra clase de humanidades, que hora es ya de que dejemos este discurso que doy por concluido.

Tras esto decir, don Benito de Cárdenas se caló sus anteojos e hizo como si centrara su atención en el documento que tomó de la mesa, aunque en verdad lo que hacía era observar por el rabillo del ojo la actitud y el talante de Diego ante su negativa de complacerlo.

La feria de Carrizo

La feria de Carrizo de la Ribera era famosa en toda la comarca. Se celebraba, año tras año, el diecinueve de agosto por san Magín, y a ella acudían no sólo todos aquellos que tenían algo que vender, comprar o mercar en la provincia, sino también aquellos a los que las aglomeraciones de gentes y las multitudes festivas convenían a sus negocios, charlatanes, sacamuelas, titiriteros, vendedores de pócimas o ungüentos milagrosos, falsos lisiados, mendigos y toda la barahúnda de picaros malandrines y amigos de lo ajeno que componían la variopinta fauna de a pie en aquella España de Felipe IV. A la feria también acudían mozas solteras algo entradas en años, a las que la edad de merecer se les estaba pasando, y viudas de mejor o peor ver, ya que el santo tenía fama de casamentero.

Los tenderetes se instalaban en la calle Mayor, uno junto al otro, bajo los soportales de las casas, dejando únicamente el paso libre cuando el dueño de un mesón, de un figón o de un garito donde se vendía vino o se jugaba a las cartas ponía el grito en el cielo quejándose de que se impedía al personal el acceso a su establecimiento; a veces se llegaba a buen acuerdo y otras terminaban a golpes, con algún que otro moretón y la mercancía del comerciante desparramada por los suelos, circunstancia que invariablemente era aprovechada por los aliviadores de lo ajeno, sirleros^[26] y cortadores de bolsas^[27]. Éstos aprovechaban el tiberio para pescar a río revuelto, hurtando si podían las mercancías desperdigadas y si no los bolsillos de los que se afanaban en recogerlas, sin que ello fuera obstáculo para que entre ellos también intentaran perjudicarse de tal manera que la cosa terminaba con la presencia de los corchetes con el alguacil al frente, que restablecían el orden a golpes de chuzo o llevándose a los más revoltosos.

Por la mañana y tras la celebración de la misa mayor, se sacaba en andas la imagen del santo y se bajaba hasta el río a fin de que propiciara las cosechas y protegiera a los cultivos de las heladas; luego se soltaban los toros, que iban desde su encierro hasta el corral preparado al uso y que estaba ubicado al lado de la plaza Mayor, donde por la tarde dos caballeros los lidiarían y les darían muerte. El trayecto era el divertimento de los mozos, que corrían con ellos en tanto desde los balcones y tras las vallas que guardaban la carrera de los cornúpetas un público bullanguero y festivo lanzaba a su paso toda suerte de hortalizas y productos deteriorados, tomates, frutas, huevos, y que al rato hacían la calle intransitable por resbaladiza y la convertían en un barrizal; había carreras, empellones y alguna que otra cornada, pero todo se daba por bueno para honra y prez del santo patrón.

Un rico hacendado de la región corría con los gastos del festejo, y era honrado por sus conciudadanos portando en la procesión el pendón de san Magín. En tiempos anteriores tal honor

recaía invariablemente en un noble, pero en la actualidad, dada la escasez de peculio de mucho hidalgo y al pujante poderío de los grandes comerciantes en aquella primera mitad del siglo XVII, habían cambiado mucho las cosas y el rey, pese a las quejas de mucho noble, había repartido títulos a gentes plebeyas que blasonaban sus escudos con doblones en vez de con hechos de armas. Era famosa la respuesta que recibió uno de ellos por parte del valido del monarca, que le dijo: «Pagad vuestra vanidad si queréis sostenerla y dejad que florezca la ajena, por cierto bien merecida, que todos somos hijos del mismo Dios. Y no olvidéis que al rey le son mucho más útiles los escudos que pueden ir a sus arcas para el mantenimiento de la honra de España que los apolillados de ciertos nobles que solamente lucen en sus blasones heráldicos, con sus armas.»

Alonso Láinez había obtenido del rey una baronía. Comerció en cueros y paños y había tenido la visión de hacerlo con Cataluña, cuando al finiquitar la tregua de los doce años intuyó que el comercio con Flandes se iba a desmoronar. Era deudor de don Benito de Cárdenas, marqués de Torres Claras, que fue su valedor ante el conde duque de Olivares, cuando él demandó la obtención de un título que después recaería en su hijo y posteriormente en su nieto, cuando lo hubiere, y a partir de la tercera generación nadie osaría discutir su plebeyo origen ni su humilde procedencia. Aquel año había recaído sobre sus hombros el honor de portar en la procesión el pendón de san Magín y, por ende, era él el pagano de los festejos. Los toros procedían de Salamanca y el invitado que junto con su hijo iba a lancearlos era el unigénito de su valedor, el marqués de Torres Claras.

Diego y don Suero, acompañados por cuatro criados y un paje, componían el grupo que habiendo salido de Benavente tres días antes pretendía llegar a Carrizo la tarde anterior al festejo con la finalidad de echar el ojo a los toros que habrían de lancear, pernoctar en la casa de su anfitrión y deudor de su padre, conocer al hijo de éste, que iba a ser su compañero de lidia, y pasear a la postre por la afamada feria de Carrizo de la Ribera. El camino pasaba por Astorga, que distaba unas ocho leguas de Benavente, donde se habían detenido con el fin de hacer noche para rendir visita de cortesía a su excelencia reverendísima don Bartolomé Carrasco, secretario provincial del Santo Oficio y presidente honorario de todos los consejos de protectores de los conventos benedictinos. El grupo se acomodó en la mejor posada de Astorga; los criados y las caballerías, que eran nueve, en las cuadras, y don Diego, don Suero y el paje a su servicio en las mejores habitaciones que podía ofrecer la posada. Ésta, estando junto al palacio episcopal y siendo muy frecuentada por clérigos distinguidos, gozaba de unas comodidades y un lujo poco frecuentes en los establecimientos que dedicaban su quehacer al alojamiento de viajeros transeúntes y peregrinos. La caravana no pasaba, precisamente, inadvertida; la cantidad y calidad de los animales, el lujo de sus arreos y el porte de los jinetes hizo que, a la media hora de su llegada, el doctor Carrasco tuviera cumplido conocimiento de quiénes y cuántos eran los viajeros que habían arribado a Astorga. Diego y don Suero montaban sus cabalgaduras de siempre, los criados y el paje tres buenos y resistentes animales para el camino, y el equipaje iba cargado a lomos de dos poderosas mulas de buen tranco y carácter tranquilo, pero lo que realmente llamaba la atención eran cuatro finas jacas árabes nerviosas y de preciosa estampa preparadas especialmente para la lidia de toros y que, sujetas por el bocado al arnés de los caballos de los servidores, braceaban y piafaban orgullosas, sabedoras de la admiración que despertaban en gentes poco acostumbradas a ver cabalgaduras de tan soberbia estampa.

Luego de que todo estuviera en orden y los caballos descansando, porque de Astorga a Carrizo

mediaban por lo menos otras cuatro leguas, Diego y su ayo se dirigieron a pie a la residencia del secretario provincial. Allí, tras presentarse, decir quiénes eran y de parte de quién venían, fueron introducidos en una amplia y lujosa cámara en la que ya se encontraba una visita a la espera de ser recibida, tal como ellos, por el secretario general.

Diego no recordaba en la evocación de su joven vida persona alguna que a primera vista le causara, sin saber por qué, tal desazón. Era alto, seco como un huso, la cabeza muy alejada del cuerpo debido a su largo cuello, la tez extremadamente blanca, una nariz desmesurada y prominente que recordaba el pico de un ave de presa y el pelo, al nacer muy atrás, hacía que su frente abombada limitada por unas cejas muy espesas se cerniera como una cornisa sobre sus glaucos ojos; rematando el conjunto, una cicatriz pálida que le cruzaba la mejilla izquierda desde la oreja hasta la comisura de la boca, y que apenas disimulaba la larga patilla y el espeso bigote, hacía imborrable el recuerdo del individuo.

Un ujier se asomó a la puerta de la cámara y con un seco golpe de la contera de su vara contra el maderamen del suelo nombró al otro visitante.

—¡Don Sebastián Fleitas de Andrade!

El individuo al oír su nombre se levantó, tomó del brazo del sillón su capa y requiriendo un cartapacio que había dejado en la mesa y tras hacer una leve inclinación de cabeza, siguió al eclesiástico.

—Como para encontrarlo en noche cerrada en medio de un callejón... —comentó Diego.

—Realmente su aspecto no es en verdad muy tranquilizador... ni invita, particularmente, a confiarle la hacienda. Aunque su rango debe de ser importante. Observad que lo han hecho pasar antes que a nosotros —observó don Suero.

Las tres mujeres

María Lujan acompañaba a su marido a la feria de Carrizo. Éste, rentero de don Martín de Rojo, conducía una carreta tirada por un viejo mulo en la que transportaba todos los productos que pensaba mercar: dos sacos de nabos, dos de cebollas, uno de manzanas verdes, dos cochinos engordados con bellota y su máspreciado tesoro, un saquito de trufas que obtenía de una zona del bosque por él conocida y que, año tras año, rastreaba pacientemente acompañado de un cerdo con bozal y trailla; el animal, hociendo y hollando el mantillo, iba desenterrando las carnosas y perfumadas setas que luego, en el mercado de la feria, alcanzaban un precio exorbitante. María tenía una familia muy querida en Carrizo, ya que había asistido a los cuatro partos de la mujer y de ellos habían sobrevivido dos varones y una hembra. Vivían en una esquina de la calle Mayor con la del Bachiller Fernando de Rojas, y varios días antes de la feria reservaban, mediante el conocido pago al alguacil, el tramo correspondiente a la fachada para que ella y su marido pudieran colocar el tenderete el día anterior a la fiesta.

Leonor, la doncella de doña Beatriz de Fontes, acudía a Carrizo desde Quintanar del Castillo; se apretujaba, contenta y esperanzada, al fondo de la galera junto a doce pasajeros más, que llevaban el mismo destino.

Iba feliz a cumplir la promesa hecha a san Magín, del que era muy devota, ya que a punto de cumplir los treinta años y tras muchas novenas y rezos había conseguido un marido que, aunque algo tarde, era mejor que nunca.

Era éste un viudo, que frisaría la cuarentena, con un hijo pequeño, vecino de Carrizo, al que su oficio tenía siempre en los caminos pues hacía la posta oficial por la zona de León a Benavente o a Astorga, cuando no era requerido para viajes de índole reservada o correos privados.

Lo conoció a través de Casilda, el ama de cría de Álvaro, que tras cuatro años de vivir en Quintanar en casa de los Rojo había regresado a San Benito, pero a la que de vez en cuando veía ya fuere porque acompañara a doña Beatriz, su ama, a visitar a su prima la priora, o bien porque Casilda, con el benedicite^[28] de la misma se desplazara a Quintanar a fin de ver a Álvaro, el niño que amamantó. El caso fue que una de tantas veces salieron ambas a dar un paseo y a comprar unas randas y unos encajes por encargo de doña Beatriz, cuando Marcelo, que así se llamaba el viudo, reconoció a Casilda y la llamó. Se adelantó la mujer y tras charlar un rato le dijo que tenía que marcharse pues estaba con una amiga y no se podía entretener; el otro indagó y así se conocieron. Luego regresó el hombre varias veces a visitarla y Leonor, con la aquiescencia de su

ama, se vio con él; después el párroco de Carrizo envió referencias de él al confesor de doña Beatriz, avaladas con el sello del Santo Oficio, que surtieron un excelente efecto, al punto de que rápidamente se redactó el acuerdo prematrimonial en el que se decía que, a más tardar, el enlace se llevaría a efecto antes de la Natividad del Señor de aquel mismo año.

Iba Leonor metida en sus cosas en tanto la galera crujía y traqueteaba a causa de los agujeros y piedras del camino. Había esperado ilusionada aquel día. Iba a cumplir con el santo y a conocer, por fin, al hijo de Marcelo. La feria era famosa en todo el entorno y se encontraría con Casilda, que a instancias de doña Beatriz había ampliado el permiso de la priora para acudir; se alojaría en casa de una familia que le había proporcionado el párroco de Carrizo y que le cobraría por los tres días un real de vellón de una habitación que por las fiestas bien hubiera podido sacar el doble. Y por primera, y quizás última vez en su vida, vería correr los toros, divertimento principal de la corte de Madrid y que las gentes de los burgos pequeños conocían únicamente de oídas.

En esto andaba su cabeza cuando quedóse adormecida en un ligero duermevela como el resto de los viajeros, excepto dos niños que comentaban asombrados todo lo que veían sus ojos, y a su mente llegaron viejos recuerdos de aquel lejano día de su vida en el que perdió su doncella. ¿Debía o no hablar de ello a Marcelo? Decidió guardarlo siempre para ella; temía demasiado perderlo y únicamente ella sabía cómo sucedió todo. Don Martín, a través de todos aquellos años, jamás había vuelto a intentar nada con ella y lo sucedido fue un hecho aislado por el que el hidalgo había dado cumplidas muestras de arrepentimiento. Leonor no sentía rencor alguno hacia él y cierta estaba de que nadie lo entendería.

El restallido del látigo del cochero que arreaba a las mulas la trajo de nuevo al mundo real y al cabo de poco tiempo, entre la algarabía del personal y los silbos y gritos del postillón, se detuvo la galera en el figón principal de Carrizo donde tenía su parada habitual. Fueron todos descendiendo, teniendo buen cuidado de sus pertenencias. Leonor se encontró en medio de la calle, con su cesto y su hatillo y sabiendo que Marcelo no la iba a esperar pues no llegaba hasta la noche de León.

Una muchedumbre iba y venía a sus quehaceres entre gritos de los carreteros que pretendían abrir camino para sus carros y empujones de los zagales que intentaban ganarse unas monedas ayudando a quien lo necesitara a llevar sus bultos y paquetes. Leonor, del bolsillo de su saya, extrajo una nota donde tenía escrita la dirección de su alojamiento y, aunque lo tenía fijo en la mente, lo quiso releer. Decía así: «Familia de Matías Álvarez; calle Mayor, esquina a la del Bachiller Fernando de Rojas.»

El día amaneció muy temprano para María Lujan y para todos aquellos que no habían ido precisamente a Carrizo con el fin de deleitarse en la feria. Cuando la multitud festiva de posibles compradores invadiera las calles, todos los que habían acudido a vender o a mercar debían tener expuesta su mercancía; los tenderetes se iban levantando, uno junto a otro, y por un quítame allí un palmo se podía armar un Dios es Cristo^[29] en menos tiempo que el que se tarda en decirlo. Los corchetes y el alguacil no daban abasto intentando poner orden entre aquella barahúnda beligerante y únicamente la amenaza de llevarse conjuntamente a ambos litigantes y a sus mercancías conseguía que hubiera paz entre ellos y que los espacios se fueran respetando.

Cualquier cosa que pudiera hacer falta a una familia se encontraba en la feria: chapines,

escarpines, borceguíes, zuecos, botas para los pies, paños de Béjar, pellizas de Valladolid y armas de Toledo, sayas, camisolas, cofias, alamares, cintillos, facas albaceteñas y aperos de labranza de León.

Los productos del campo y los animales tenían sus lugares respectivos; ése era el principal motivo por el que María Lujan acompañaba a su hombre, ya que al haber engordado dos cochinos para venderlos, éstos no podían estar con los nabos, las cebollas y las trufas en el tenderete que en la confluencia de la calle Mayor con la del Bachiller Fernando de Rojas había levantado María bajo los soportales, junto a la pared de la casa de sus amigos. Tres tablones de madera de pino, armados sobre dos caballetes y cubiertos con una tela que en tiempos fue roja y a través del uso había devenido en carmesí le hacían de mostrador, y sobre él dispuso sus productos intentando que aparecieran lo más tentadores posible.

Los compradores más madrugadores iban invadiendo poco a poco las calles, y una riada humana se desplazaba lentamente frente a los puestos cual lava de volcán, e imposible parecía que los que se detuvieran a comprar no fueran engullidos por el remolino de la corriente de todos los demás.

María no quitaba el ojo de su mercancía porque entre las buenas gentes se movían los cicateros cortadores de bolsa y santiguadores de bolsillo^[30], hermanos todos de la misma cofradía que, en estas circunstancias, hacían su agosto; ya su marido la había advertido de que en el caso de que algún corredor^[31] le hurtara algo no dejara el puesto, ya que al trabajar en reata el socio no esperaba otra cosa que, al perseguir a su pareja, le dejaran el campo libre. En aquel instante la riada humana pareció detenerse justo en su esquina porque el pregonero, tras el preceptivo toque de corneta, se iba a dirigir a la multitud; su voz poderosa resonó en los soportales de la calle y se hizo perfectamente audible.

—De orden del señor corregidor y con la aquiescencia del consejo de la villa se hace saber: que los horarios y los acontecimientos que en honor de su santo patrón, san Magín, se desarrollarán en el día de hoy en ésta, su villa de Carrizo de la Ribera, serán los siguientes:

A las nueve horas, misa mayor y solemne *Te Deum* en la iglesia de San Magín.

A las diez y media, procesión del santo. A las doce, encierro de los toros regalados por el excelentísimo señor don Alonso Láinez, pendonista mayor de este año, y que irán desde el apartadero, y por la calle de la Beata María Espina, hasta los corrales ubicados tras la plaza Mayor. A las dos y en la susodicha plaza serán lanceados y muertos por los caballeros don Juan Láinez y don Diego de Cárdenas, invitado de honor de las fiestas, ejerciendo de padrinos de lidia don Suero de Atares y don Marcos Infante. A las cuatro, en el tablado preparado al efecto en la Explanada del Obispo y tras el permiso correspondiente expedido por la Junta de Festejos, la Compañía de Ignacio Pinedo, al frente de la cual figura la reputada cómica Francisca Baltasara, representará el auto sacramental de don Pedro Calderón de la Barca, *La hidalga del valle*, que en el mes de marzo de este mismo año y ante su graciosa majestad, nuestro rey Felipe IV, cuya vida guarde Dios muchos años, se representó en el Corral del Príncipe de Madrid. A continuación y en la anochecida y en la misma explanada habrá fuegos de artificio.

Y para que así conste y por deseo expreso del señor corregidor, lo hago saber en Carrizo de la Ribera a dieciocho de agosto, fiestas de san Magín del presente año.

Un bramido que exteriorizaba el alborozo de la multitud atronó el espacio; en aquel instante alguien rozó levemente el hombro de María Lujan y ésta se volvió sin dejar de controlar por el

rabillo del ojo su mercancía.

—¡Leonor! ¡Qué alegría de veros... y qué encuentro tan afortunado e impensado!

Las dos mujeres, que se conocían hacía años, se besaron, y gratamente sorprendidas comenzaron a preguntar al unísono por los motivos que habían traído a la otra a la feria.

—He venido, principalmente, a conocer al hijo de mi futuro esposo.

—¡Qué me decís! ¿Os vais a casar?

Leonor explicó a María Lujan los pormenores de su relación con Marcelo, la viudedad de éste y los detalles de cómo y cuándo había sucedido todo.

—Y ¿quién es esa Casilda que tan bien os hizo de mediadora?

—Fue el ama que crió a Álvaro, el hijo de don Martín de Rojo y de mi señora, doña Beatriz de Fontes.

—No me estaréis insinuando que doña Beatriz volvió a concebir...

—No, no. Es el hijo que el doctor Gómez de León y vos ayudasteis a traer al mundo va ya para trece años.

María quedóse unos instantes pensativa.

—Si la memoria de la evocación del suceso no me es infiel, doña Beatriz parió una niña.

—No, María, habéis traído tantos niños al mundo que vuestra memoria se confunde. Tuvo un hijo y Casilda fue su ama. Si lo dudáis, ella estará hoy aquí para cerciorarlo.

La Lujan calló un momento, pero a continuación insistió.

—No, en parto menos importante me podría confundir, pero en el caso que nos ocupa todavía recuerdo que doña Beatriz le dijo a su esposo: «Perdonadme, no sé engendrar varones.»

—Lo siento, María, os flaquea la memoria. Yo crié al niño y, menos amamantarlo, lo hice todo. Ahora está en Salamanca estudiando para bachiller.

María no cejaba.

—Leonor, no me equivoco. Recuerdo perfectamente aquella noche... incluso recuerdo que la criatura tenía bajo la tetilla una mancha escarlata en forma de ojo lagrimeante.

La que quedó en esta ocasión en suspenso fue Leonor.

—¿Qué os pasa? ¿Quizá recordáis algo?

—No, nada. La criatura fue un niño, de esto no tengo duda.

—¿Y entonces?

—¡Entonces nada, María! Sois, más que obstinada, terca. ¡Dejadlo ya!

La corrida

La plaza Mayor estaba atestada de público. Una valla de troncos delimitaba su perímetro, y tras ella y en unas gradas de madera se agolpaban los afortunados; detrás de éstos la multitud se apelotonaba a pie firme a fin de no perderse el acontecimiento. En las barandillas de los balcones que daban a la plaza, las familias pudientes habían colocado mantones y tapices para dejar en buen lugar su honra. Dos baldaquines sujetos a la pared por la parte posterior y por la anterior a dos picas inclinadas, que hacían que la adamascada tela se extendiera en forma de toldillo, cubrían los dos balcones principales de la plaza. Éstos se ofrecían, uno frente al otro, todavía vacíos, esperando que los principales acudieran al festejo: verde el de los Laínez y negro el del Santo Oficio. Una muchedumbre inquieta, variopinta y festiva ocupaba cada rincón útil del perímetro, los más para divertirse y los menos para hacer su agosto. Súbitamente un trompetazo detuvo la tarde y en un lateral se abrió el palenque para dar paso a un grupo de seis carrozas, que arrastradas por tiros de cuatro caballos, a cual más enjaezado y lucido, fueron dando la vuelta a la plaza para deleite de los presentes y lucimiento de las cofradías y estamentos que representaban; luego de vitoreadas fuéronse retirando, quedando únicamente en plaza la de la familia Laínez, que se detuvo justamente frente al balcón engalanado con el palio verde y de la que descendió don Alonso Laínez, mantenedor de las fiestas, seguido de su esposa, el corregidor de la villa y los caballeros y damas invitados. Todos ellos, tras pasar la empalizada abierta al efecto, y asimismo la masa humana contenida por las picas cruzadas de los alabarderos, ocuparon el palco y después de saludar con la mano al público sentáronse a la espera de que el aposento cubierto por el dosel negro reservado al Santo Oficio fuera ocupado por las autoridades eclesiásticas y los clérigos acompañantes que aquel, para él, tan señalado día le iban a honrar con su presencia.

Todo lo veía Diego de Cárdenas a través del ajustado postigo de una ventana del primer piso de una de las casas que daban a la plaza, y que su anfitrión le había asignado para vestirse y poder estar tranquilo y concentrado los momentos que precedían a la lidia de los toros. Para él, ésa era la hora más angustiada del día, aunque de siempre don Suero intentaba relajarlo. Desde niño, a Diego le apasionó correr los toros, y en campos de Salamanca y en dehesas de amigos de su padre hizo su aprendizaje año tras año. Montaba como un centauro y su máxima aspiración era, llegado el día, poder lidiar un astado en la Corte y ante la mirada del Gran Cristiano; para ello no perdía ocasión de lidiar, ya que era consciente de que el comportamiento de un toro distaba mucho de ser parejo en el campo o en el perímetro de cualquier plaza. Don Suero, de quien todo había aprendido y siempre estaba con él, en la corrida ejercía de padrino o, lo que es lo mismo, de ángel de la guarda, y en aquellos instantes ocupaba su tiempo vigilando a los criados que

preparaban las jacas que iban a utilizar aquella tarde, las cuales, sin menoscabo de la verdad, podía decirse que toreaban solas. El otro caballero lidiador iba a ser el hijo del mantenedor de las fiestas de san Magín, muchacho algo mayor que él, al cual había conocido la noche anterior y que le había parecido un gentil caballero. En aquel instante llamó su atención el movimiento que se adivinaba en el palco negro; iban entrando en él y colocándose clérigos de diferentes categorías, que él intuía viendo los lugares que iban ocupando, sentados los menos y de pie y tras los sillones los más. Diego extrañó que el lugar de la derecha al lado del principal quedara vacío, como esperando a algún invitado distinguido.

Al tiempo que el carro de los areneros, seguido del de los aguadores, entraba en la plaza a fin de acondicionar lo mejor posible el albero provisional del recinto, unos nudillos golpearon la puerta de la habitación, y a la vez que ésta se abría apareció don Suero.

—¿Qué, cómo andáis de ánimo? ¿Estáis preparado?

—Deseando estar ahí abajo y empezar la lidia. Estos momentos son los que menos me gustan. ¿Habéis visto los toros?

—No os tenéis que preocupar. Los dos vuestros son buenos y además don Juan Laínez ha tenido la gentileza de daros preferencia y vos lidiaréis el primero y el tercero.

—¿Y el segundo y el cuarto? —indagó Diego, preocupándose por el lote que tenía que lidiar su compañero.

—Todos son parejos. Como comprenderéis, el señor de Laínez no iba a permitir que a su hijo le tocaran dos animales complicados sabiendo que vos ibais a escoger en primer lugar.

—¿Y las jacas?

—Ya están prestas. Montaréis a *Garduña* en el primer toro y en el segundo a *Barbariza*. He dejado en reserva a *Sigilosa*, pero a lo mejor os altero el orden según vaya la lidia. Y no hablemos más que se hace tarde.

Diego vestía un jubón color burdeos sin mangas sobre una camisola blanca, pantalón ceñido hasta la pantorrilla y botas reforzadas con unas polainas de recio cuero superpuestas que le guardaban las piernas desde la rodilla hasta el pie. Don Suero, de negro, como acostumbraba, la única licencia que se permitía en estas ocasiones era un amplio cuello de Valona que le era mucho más cómodo y que le daba mas libertad de movimientos; ambos calzaban espuelas cortas con ruedecilla de estrella.

Tomaron los chambergos, verde con pluma roja el de Diego, adornado con un cintillo de piedras refulgentes, y negro con plumas grises de milano el de don Suero.

Salieron de la estancia y por una escalerilla interior descendieron al patio de caballos; los cinco animales con el hierro de Cárdenas estaban a un lado y los de Laínez al otro, todos ellos con los respectivos mozos que los atendían y adornaban. El vocerío que llegaba de la plaza era atronador y ya se habían retirado de ella los aguadores y los areneros. Laínez y su padrino se aproximaron a Diego y a don Suero para saludarlos y desearles mucha suerte, en tanto que los peones, capotillo en mano, se preparaban para salir a la plaza precedidos por los dos alguaciles. Diego se acercó a *Garduña* y la jaca le saludó con un nervioso relincho, como intuyendo que la hora de correr los toros había llegado. Era ésta una alazana árabe con la crin rubia y las manos blancas, a la que habían trenzado la larga cola con cinta verde y adornado el arzón de la silla con los colores gris y azul propios de los Cárdenas. Don Suero montaba un castrado negro de soberbia estampa, que lucía parejo con su indumentaria y cuyo único adorno era la divisa de la casa. Las

cabalgaduras de los Láinez eran, asimismo, muy lucidas, aunque ninguna alcanzara la fina estampa de la jaca que montaba Diego. Cabalgados los jinetes, sonaron las trompetas y los añafles, abrióse la compuerta y ante el entusiasmo de la muchedumbre allí congregada apareció la cuadrilla. Hiciéronse a un lado los de a pie y en tanto los alguacillos, sombrero en mano, se dirigían al palco de los Láinez a demandar la simbólica llave y los padrinos saludaban a la balconada del Santo Oficio, los jóvenes caballeros circunvalaban el perímetro de la plaza obligando a sus cabalgaduras a hacer corcovas, saltos sin moverse del sitio y frenazos súbitos a palmos de la empalizada ante el rugido fervoroso de todo el público. Cuando los dos alguaciles se hubieron retirado, ambos muchachos, uno desde cada lado, acudieron a la presidencia y arrodillaron sus caballos para, chambergo en mano, saludar al corregidor de la villa, al mantenedor de la fiesta, a sus amigos e invitados. Sonó un nuevo clarinazo y se fueron retirando los Láinez, quedándose dos de a pie, don Suero y frente a la puerta del chiquero Diego, rejón en ristre y montado en su jaca, que con la mano derecha parecía ordenar al encargado del toril que abriera la compuerta.

Se hizo un silencio expectante, ése que solamente se oye cuando un gran número de personas percibe a la misma vez que algo importante se avecina. El mozo de toriles abrió el portón y a los pocos segundos apareció el toro. Era éste un animal magnífico, berrendo en negro zaino y abrochado de cuerna; cuando el pueblo distinguió la divisa, reconoció un hermano de otro toro que años atrás había dado mucho juego en la misma plaza^[32] y con el que se divirtieron sobremanera cuando, después de la lidia, el presidente autorizó que, en tanto los encargados desjarretaban al animal cortándole con las hoces los tendones de las patas, el pueblo entero podía descender al albero a tirarle, unos, infinidad de dardos mientras otros lo inmovilizaban sujetándolo por el rabo^[33]. Entonces estalló el griterío.

Casilda

Casilda Peribáñez había regresado al convento hacía unas horas, tras el largo permiso otorgado por la priora. A su vuelta, se había detenido en Quintanar del Castillo para saludar a doña Beatriz de Fontes y recabar noticias de Álvaro, al que no había visto desde su ingreso en la Universidad de Salamanca, al tiempo que acompañaba a Leonor hasta la casa de sus señores.

El regreso en la galera se les hizo a ambas mucho más llevadero, pues tenían mil cosas que comentar sobre lo acaecido en aquellos tres intensos días. Uno de los temas que salió a colación al hilo de su charla fue la cerrazón y el empeño puesto por María Lujan, a la que Casilda había conocido aquella tarde, al insistir en que el fruto que dio a luz doña Beatriz de Fontes, iba ya por los trece años, fue una niña en vez del varón que ella amamantó. El hecho fue relatado a doña Beatriz, y hasta tal punto se afectó la mujer que le dio un vahído que la tuvo traspuesta unos minutos y hubo que suministrarle una tisana de yerbas a fin de que recobrara el color y la compostura. Testigo del suceso fue Leonor, que nada comentó al respecto. En llegando, Casilda se presentó a la priora para agradecerle, una vez más, el trato deferente que con ella había tenido; sor Teresa, que la quería bien, la hizo sentarse en su despacho para que le diera noticias del mundo exterior.

—Vos sabéis que os tengo en gran estima, sois buena y trabajadora y no puedo olvidar que, al fin y a la postre, alimentasteis cuatro años al hijo de mi hermano.

Entonces Casilda, si saber bien por qué, le relató todo lo referente a la comadrona y al empecinamiento de ésta al respecto del sexo de la criatura. En aquel momento la priora cambió de actitud.

—Cuando hablasteis con María Lujan, ¿quién estaba presente?

—Leonor, Marcelo, su futuro marido, y yo misma, madre.

—Y cuando comentasteis el hecho con mi cuñada, amén de vos y de Leonor, ¿había alguien más?

—No, reverenda madre, nadie más, pero... no comprendo el desasosiego de doña Beatriz. — E iba a añadir: «Ni el vuestro», pero su intuición le dijo que era mejor no revolver el cieno.

—No hagáis caso. Mi cuñada desde aquel parto ha quedado algo confusa y a veces su mente tiene obsesiones. Vos, mejor que nadie, sabéis que el fruto de su vientre fue un varón. Si no tenéis vos la certeza, es que la certeza no existe, y la certeza, según los filósofos, es la adhesión a la verdad sin temor a equivocarse. ¿No es así?

—Tiene razón su reverencia. En los años que estuve en su casa, algunas veces se quedaba pensativa, sin proseguir sus labores, como si su cabeza estuviera en otra parte, pero lo de ayer no

lo había observado jamás y el pasmo que le sobrevino no fue normal.

—¿Es que le sobrevino un desmayo?

—Así fue. Duró varios minutos, pero es que no he terminado mi relato.

—¡Pues acabad! —añadió la priora con acritud.

Al terminar Casilda, los ojillos de la monja brillaban incisivos.

—Casilda, el Señor nos prefiere silenciosas y recogidas. Todo esto es muy triste y a nadie interesan los desvaríos de mi pobre cuñada, que mucho han hecho sufrir a mi querido hermano. Procurad que esto quede entre vos y yo, y os agradeceré que cualquier cosa que se refiera a este triste asunto la comentéis únicamente conmigo. Al fin y a la postre son cuestiones que sólo atañen a mi familia, y sobre vuestra conciencia cargará el Señor cualquier indiscreción que sea madre de la mendacidad o el falso testimonio que hayan podido partir de vuestra ligereza. Tenedlo en cuenta. Y ahora podéis retiraros.

Casilda salió del despacho de la reverenda madre mucho más confusa de lo que lo estaba al entrar. Sin embargo, decidió apartar aquel controvertido asunto de su mente e ir al encuentro de Catalina.

Desde que entró en el postulante a fin de prepararse para sus votos, la vida de la muchacha había cambiado radicalmente. Su niñez había quedado aparcada e incluso el recuerdo de Blasillo, en según que ocasiones, se hacía turbio e impreciso. No estaba hecha para la vida de religión, pero no veía otro camino. Se dejaba llevar como las hojas en la corriente del riachuelo que cruzaba el huerto y que ella veía transcurrir bajo el rastrillo metálico cuando, acompañada por las otras postulantes, bajaba a trabajar en las labores del campo. Pero aquellas aguas traspasaban el muro que delimitaba los lindes del convento e iba a alguna parte; en cambio, su vida permanecía estancada como el agua de la balsa y era monótona y sin horizontes y, como la charca, tenía sus sapos. Su mente se negaba a aceptar a un Dios justiciero que castigaba a las criaturas que había creado y las condenaba al fuego eterno por un pecado que, por grave que hubiera sido, estaba delimitado en el tiempo. Su mundo interior era de colores, y no triste y lóbrego como preconizaba sor Gabriela, la maestra de novicias. Catalina seguía la rutina de las demás de un modo mecánico e indolente; no era perezosa y en modo alguno le asustaba el trabajo, pero creía que era una pérdida de tiempo levantarse cuatro veces cada noche para cantar salmos que a nadie aprovechaban. Decididamente no estaba hecha para la vida contemplativa, y de entre todos los libros que le habían hecho leer el único que había conseguido apasionarla fue el de las *Fundaciones* de Santa Teresa de Jesús. Con las demás muchachas no se llevaba mal; mejor naturalmente con unas que con otras, ya que dentro del convento también existían jerarquías y ella no pertenecía a una familia noble, pero tampoco era una recogida. Era algo intermedio e inclasificable, que navegaba entre dos aguas y por lo cual estaba sola. De manera que su gran amiga, desde el día que perdió a Blasillo, fue Casilda. Casilda era su paño de lágrimas y era también su única conexión con la vida exterior. El mundo que llegaba hasta ella a través de las explicaciones de la recogida era el mundo que ella quería vivir y conocer, y entre los muros del monasterio se encontraba tan oprimida que a veces creía que le faltaba el aire.

Dos puntos y aparte había en el convento o, por mejor decirlo, dos polos opuestos: la madre Teresa, la priora, y el sacerdote del convento, el padre Rivadeneira. A la primera, pese a que era rígida con ella, la quería mucho, ya que consideraba que siempre obraba con justicia y jamás la castigaba sin motivo, e intuía algo, un no sé qué, que flotaba entre ambas; en cuanto al confesor...

era uno de sus sapos. Ella recordaba con gran afecto a fray Gerundio, al que tanto debía y cuya muerte le afectó profundamente; sin embargo, por más que se esforzaba, algo dentro de su corazón le obligaba a repeler al actual confesor de las monjas de un modo frontal y absoluto. Todo en él le producía rechazo. No le agradaba su aspecto ni cómo indagaba en las confesiones, ni su olor, ni la insistencia de su mirada; sin embargo era consciente de que el hombre intentaba ser amable con ella y cariñoso con todas las novicias y postulantas en general, a las que llamaba «mis cedros del Líbano» y «mis rosiclers de Alejandría». Predicaba desde el pulpito que debían ser naturales y tutearse, como lo hacían sin duda los santos en el cielo, y que aun lo que parecía malo según el criterio de los hombres era bueno si se hacía en nombre de Dios. Algunas novicias estaban tan influenciadas por él que no veían nada que no fuera a través de sus ojos, y las muy predilectas andaban con conciliábulos y risitas entre ellas y sus secretos no los comentaban con nadie.

El reloj de la torre sonó cuatro veces y Catalina se dirigió al emparrado que había tras los lavaderos, pues tenía media hora de tiempo libre y se había citado con Casilda. La mujer apareció puntual. Ella y Catalina habían llegado a ser grandes amigas, con esa amistad que se anuda en circunstancias difíciles y exclusivas. Al igual que lo hiciera con Blasillo, Catalina había establecido unas claves para sus secretas citas; las postulantas, las novicias y las recogidas tenían horarios y espacios totalmente delimitados y jamás coincidentes, excepción hecha de la capilla, pero el peculiar estatus de que gozaba Casilda y la sutil protección que aureolaba la figura de Catalina por parte de la priora posibilitaban sus fugaces e irregulares encuentros. Catalina, al ver a su amiga, saltó desde el borde de la balsa que servía de lavadero y fue hacia ella con el vuelo de su hábito azul recogido y las alas de la blanca paloma de su toca flameando al viento; Casilda, a su vez, tras mirar fugazmente hacia atrás se apresuró hacia ella, y al alcanzarse las dos mujeres se dieron las manos y giraron riendo como chiquillas.

—¡Por Dios! ¡Qué ganas tenía de que llegara este momento!

—¡Yo también, Catalina, yo también!

Ambas amigas se dirigieron a un punto que tenían muy estudiado, bajo la parra y tras la ropa tendida de las monjas, que las ocultaba de curiosas miradas.

—¡No comparéis, Casilda, no comparéis! Vos habéis estado en el mundo y, entre tantas cosas, habréis tenido poco tiempo para dedicarlo a mi persona.

—No lo creáis, querida niña. —A veces Casilda, debido a la diferencia de edad, empleaba con Catalina un tono maternal—. El corazón no sabe de distancias ni de situaciones, y vos sabéis que os llevo siempre en mi corazón.

Ambas mujeres se habían sentado sobre sendas piedras planas que se utilizaban para golpear la ropa con las palas de madera.

—Contádmelo todo, absolutamente todo, incluido aquello que no consideréis importante, desde el momento que dejasteis el convento hasta vuestro regreso.

—Si no os lo abrevio, no acabaremos ni en tres días.

—Bueno, da igual, ya buscaremos otros ratos, pero no os dejéis en el tintero nada importante. Tened en cuenta que para mí todo es nuevo.

Casilda comenzó su relato, que a ratos tenía que ser prolijo y detallado pues según qué cosas eran tan difíciles de explicar a la muchacha como lo es describir un color a un ciego de nacimiento. Catalina vibraba con el viaje, con las gentes y con los sucesos, pero cuando el relato llegó al episodio de la feria de Carrizo, el pregón y los toros, los ojos de la niña se salían de sus

órbitas.

—Sí, Catalina, sí, mucho más grandes que las vacas que aquí tenemos y mucho más fieros. Pero no os lo puedo explicar por más que lo intente; tal es su colorido, su emoción y su riesgo.

—¿Y decís que el caballero desde el caballo le va clavando arponcillos y rejonos?

—Sí, así es, pero corriendo un gran riesgo, y ha de ser muy esforzado y valiente. Fijaos que nosotras tres y Marcelo estábamos muy atrás, sentados en la última grada, y desde allí se veía un animal inmenso. Ni imaginarme quiero cómo debe de ser desde cerca.

—¿Y entonces?

—Entonces tuve que cerrar los ojos. Todo fue muy rápido. En el palco negro, el del Santo Oficio, hubo un revuelo; fue a ocupar un sillón que permanecía libre un caballero tenebroso. Luego, cuando ya hubo pasado todo, lo miré más despacio: era blanco de piel como una momia y su tez contrastaba con el negro de sus vestiduras, tenía una gran frente que cobijaba a una descomunal nariz y una cicatriz inmensa le cruzaba el rostro. El caballero que estaba lidiando se hallaba en aquel instante junto al palco de la Inquisición y el barullo le distrajo un momento. Entonces la fiera se arrancó, la jaca hizo un quiebro instintivo y se alzó de manos, dando con el jinete en el suelo. La multitud lanzó un ¡ay! Y, cuando ya parecía inevitable que los cuernos del animal lo prendieran, como por ensalmo apareció el caballero que hacía de padrino; éste metió su caballo entre el toro y el muchacho, salvándole de un mal paso terrible. La bestia encelada corneó al caballo y tiró al caballero, cuya pierna derecha quedó presa bajo el peso del animal, que ya no podía levantarse a causa de la herida que le había infligido el toro; tan grande era que por el costurón le salían todas las tripas. Entonces pensamos que iba a suceder lo peor. La gente chillaba y muchas mujeres se tapaban la cara con el manto para no ver, de modo que sólo asomaban un ojo; jamás vi juntas a tantas cantoneras^[34]. En aquel momento, el joven caballero se levantó y tomando el capotillo de uno de los de a pie se fue hacia la bestia y, tras evitar con un quiebro la embestida, lo embebió en el trapo y lo alejó del caballero derribado; mientras unos alabarderos con las picas en ristre formando un semicírculo, cual si fuera un erizo gigante, lo protegían, otros cuantos intentaban alzar el cuerpo del equino lo suficiente, a fin de que el hombre pudiera retirar su maltrecha pierna de debajo de la cabalgadura.

—¿Y entonces? —Catalina ni parpadeaba.

—Entonces, cuando ya pudo ver que su protegido estaba a pie firme frente al toro, comenzó a gritar como un poseído de Satanás: «¡No, Diego, no. Montad de nuevo!» Ya había entrado en la plaza don Juan Laínez y se aproximaba cuando don Diego de Cárdenas alzó su mano deteniéndolo y, sin dar tiempo a nadie, se volcó con su espada sobre el morrillo del toro que, por milagro de Dios, dobló al instante, cayendo él sobre el animal en tanto la plaza estallaba en...

—¿Diego de Cárdenas habéis dicho?

—Sí, eso he dicho. ¿Sabéis quién es, por ventura?

Catalina, sin responder, formuló otra pregunta:

—¿Sabéis si su padre es protector de San Benito?

—Lo ignoro, Catalina, lo que sí sé es que es marqués de Torres Claras y tiene su residencia en Benavente, porque luego al atardecer fuimos a la explanada a ver a unos cómicos y la gente no hablaba de otra cosa.

—¿Es él! —exclamó la muchacha con énfasis.

—¿Quién es él? Catalina, por la Virgen, no me andéis con enigmas que mis luces son muy

cortas.

—¿Recordáis que os he contado mil veces la aventura de los gallos?

—¡Cómo no voy a recordarlo!

—Pues él fue mi caballero. Él se enfrentó a la madre Teresa e hizo que me sacaran de mi encierro. Su recuerdo es la más hermosa visión que recuerdan mis ojos de todos los años que llevo aquí dentro.

—Me sorprendéis, Catalina, pienso que realmente no habéis nacido para el claustro.

Cirujanos

Don Suero de Atares yacía reclinado en una otomana; dos grandes cuadrantes le mantenían semincorporado y su pierna derecha, enfundada en una gruesa media, permanecía rígida, presa entre dos tablones expresamente ahuecados y ahormados para el caso y sujetos firmemente entre sí por varias tiras de cuero. Frente a él don Benito de Cárdenas atendía las explicaciones del doctor Solís, cirujano del Tercio del Mar Océano, que había acudido presto a la urgente llamada del marqués de Torres Claras.

—Debéis tener paciencia, don Suero, y agradecer a la providencia divina la concatenación de casualidades que ha hecho posible el milagro.

—El milagro han sido vuestras manos y vuestros conocimientos —replicó don Benito de Cárdenas.

—Pero, decidme —inquirió el escudero—. ¿Hasta cuándo debo permanecer de esta guisa?

—Os habéis vuelto muy quisquilloso e impaciente, amigo mío. No tenéis mejor cosa que hacer que permanecer recostado y descansando de tantas fatigas. —El que así habló fue el marqués.

—No hay mejor medicina, para que la naturaleza obre, que el reposo y cuidar de que la herida no se infecte, que ésa ha de ser mi obligación con la ayuda de Dios —acotó Solís.

Los sucesos de la anterior semana se habían desarrollado vertiginosamente. Diego, en cuanto pasó todo fue consciente del peligro que habían corrido ambos; cada uno debía la vida al otro. Si cuando su jaca lo derribó, don Suero no mete el caballo, a riesgo de sacrificarlo, entre él y el cornúpeto, él sin duda hubiera sido corneado gravemente. Asimismo, si al caer don Suero, él no se lleva al animal con el engaño del capotillo y el toro se llega a encelar con el caballero derribado, apresada como estaba su pierna derecha bajo el peso del cuerpo del equino y absolutamente inmovilizado, aquél podía haber sido su final y entonces todo hubiera terminado. Cuando los hombres pudieron retirar, con gran esfuerzo, la destripada cabalgadura de encima de don Suero, no hacía falta ser cirujano para darse cuenta de que tenía la pierna completamente destrozada. El físico de los Laínez acudió presto, rasgó la bota y observó que el hueso salía de la carne; restañó la sangre con un torniquete, cubrió con telas de araña la terrible herida y envolvió la pierna con un paño de lino. Diego envió a uno de sus criados montado en su mejor caballo a Benavente, contando que en La Bañeza podría cambiar la posta, a fin de prevenir a su padre y hacerle saber lo acontecido. El Señor de Laínez le prestó una galera, en la que don Suero pudo ir recostado en uno de los bancos, atendido por el paje. Así, de esta manera Diego, tras agradecer todas las atenciones, pudo partir sin demora, llevando un tronco de tiros largos de seis mulas a las que hizo avanzar velozmente, látigo en mano, evitando en lo posible los baches y agujeros del camino,

acompañado por dos hombres a caballo y dejando tras de sí a otros dos que se ocuparían de regresar, más despaciosamente, con el resto de las caballerías. Pese a todo, llegando a Alija del Infantado el paje le comunicó que la frente de don Suero ardía como brasa del infierno.

Apenas la mala nueva llegó a Benavente, don Benito de Cárdenas actuó con rapidez y eficacia. En Valladolid vivía retirado un gran cirujano que estaba al servicio de un hidalgo, amigo del marqués de Torres Claras, el doctor Solís, de cuyas habilidades sabía bien pues había estado en el Tercio del Mar Océano a sus directas órdenes cuando él era capitán de una de sus compañías, en los días de Flandes antes de la tregua de los doce años. El hombre, además de ser diestro, había tenido ocasión de practicar su oficio con asiduidad, ya que si en algún lado se prodigaban roturas, fiebres, heridas, infecciones, parásitos y miembros seccionados, ese lugar era la guerra, y aquélla fue larga y terrible. En su busca envió el de Cárdenas a sus dos mejores jinetes, que por Villalpando y Medina de Río Seco acortaron el camino. El físico se puso de inmediato en camino, y a la vez que Diego conduciendo el carricoche llegaba con don Suero a Benavente, lo hacían los de Valladolid en sentido inverso.

Aquélla fue una larga noche. Don Suero deliraba y decía frases inconexas. En la parte inferior de la galería del palacio prepararon la sala de intervención. El doctor Solís se puso al frente de las operaciones. Lo primero que ordenó fue inundar de luz la estancia; al punto trajeron de la cerería del palacio diez inmensos hachones de cera, que encuadraron la mesa de madera sin bordes en la que instalaron con sumo cuidado a don Suero. Luego ordenó que pusieran a hervir un inmenso caldero de agua y que le trajeran jofainas y vendas de hilo de trama y urdimbre muy tupida; después mandó que nadie traspasara el círculo de luz, únicamente su barbero ayudante, que con él había acudido desde Valladolid. El marqués de Torres Claras y su hijo, cuyo cansancio era manifiesto, observaban desde el límite autorizado todas las maniobras del cirujano y del barbero.

El físico comenzó retirando los apósitos de la pierna herida del escudero, la bañó completamente con agua hervida y fue tirando los trapos ensangrentados a una jofaina que sostenía el barbero; cuando se vio que el pálido hueso, atravesando la carne tumefacta, asomaba por la herida abierta, don Benito de Cárdenas torció el gesto; demasiadas miserias había visto en Flandes para ignorar que una herida de tal cariz era muy grave y que el peligro de la terrible gangrena estaba latente. El cirujano obraba con rapidez y seguridad. En tanto sacaba de un gran cesto de mimbre un extraño artilugio, ordenó al barbero que, levantando un poco la cabeza del herido, fuera derramando con un pequeño embudo y sobre un colador invertido y envuelto en un fino trapo de hilo que cubría los entreabiertos labios del escudero, una solución de láudano, dormidera y vino caliente. Cuando ese menester estuvo hecho, se dispuso a maniobrar con el aparato. Consistía éste en dos recias tablas de madera de roble en forma de «L»; la más corta se desplazaba arriba y abajo mediante un vástago encajado sobre una ranura que presentaba la mayor, de tal manera que colocando el invento en la pierna del sujeto y ajustándolo mediante correas apretadas, quedaba el pie apoyado en la tabla menor y la pierna en la mayor e inmovilizada firmemente; en el talón de la tabla corta se encontraba un recio tornillo con una manija de tal forma colocado que, al girarlo, obligaba a la tabla pequeña a deslizarse hacia abajo, forzando al pie a seguirla y haciendo que la pierna se alargara por la fuerza de la tracción.

Cuando lo tuvo todo preparado, indicó a don Benito que dos robustos criados se colocaran junto al escudero y le sujetaran el tronco y la pierna sana. En cuanto la orden fue cumplida, comenzó a girar el tornillo lenta e inexorablemente. Don Suero salió de su amodorramiento y

lanzó un grito tremebundo que hizo vibrar los cristales emplomados de la galería; entonces el galeno ordenó al barbero que le introdujera en la boca un estrecho cilindro de goma a fin de que el ayo lo mordiera fuertemente. Don Suero gemía e intentaba inútilmente moverse, pero era imposible. Entonces, como por encantamiento, el hueso salido fue entrando en la carne hasta desaparecer, conseguido lo cual el doctor Solís limpió la herida con el agua hervida en el caldero de cobre y después la embadurnó con un unguento para, a continuación y tras vendarla con trapos de lino, entablillarla con el fin de restar a la pierna toda movilidad. Don Suero, empapado de sudor, parecía estar desmayado. Terminado el trabajo, el físico se volvió hacia donde estaban padre e hijo:

—Hasta aquí he hecho lo que estaba en mi mano. A partir de este momento sólo queda rezar.

En aquel instante don Benito, imperturbable, volvióse a fray Anselmo, el tutor de Diego, que se encontraba unos pasos por detrás de ambos y ordenó con recia voz:

—Fray Anselmo, id a la capilla y traed todas vuestras reliquias. Espero que os valgan. De no ser así, buscad otras.

Las jornadas fueron pasando, al principio lentas y espesas, como aceite de candil. A lo primero la fiebre no cedía y el escudero deliraba diciendo frases inconexas, pero que algo tenían que ver con el percance sufrido y a veces con sucesos acontecidos en tiempos anteriores al nacimiento de Diego. Éste no se separaba de su ayo ni de día ni de noche, el cirujano cambiaba los apósitos regularmente y fray Anselmo había colocado en la cabecera del enfermo un relicario que contenía un dedo incorrupto de san Policarpo. Al cabo de una larga semana la infección fue cediendo junto con la fiebre. Un demacrado y macilento don Suero fue saliendo de la postración. Día tras día Diego, por orden del galeno, le suministró primeramente caldos, y luego sopas bien condimentadas con zanahoria, puerro, apio, nabo, cebolla, hueso de tuétano, gallina y yemas de huevo. Tras muchos esfuerzos, la naturaleza fuerte del escudero respondió a los muchos cuidados y la crisis fue vencida. En cuanto se fueron las fiebres llegaron las impaciencias.

—¡Voto a bríos! ¿Cuándo me quitarán estos andamios y podré poner el pie en el suelo? Parezco una torre de asedio a medio construir.

Cuando el doctor iba a responder, lo hizo don Benito en el instante que su hijo entraba en la estancia.

—¿Qué urgencias tenéis y adónde queréis ir? Resignaos, amigo mío, no os reclaman en lugar alguno salvo en el infierno y, por lo visto, no tenéis intención de acudir a esa cita. Por lo menos en esta ocasión, vuestro amigo Belcebú, al que con tanta frecuencia nombráis, va a tener que esperaros.

Diego intervino:

—¡A fe mía que sois impaciente! Día y noche creyendo que ibais a perder la pierna, y ahora resulta que queréis salir corriendo.

—No tengáis cuidado, que no os vais a librar de mí tan fácilmente —respondió el ayo enderezándose en los almohadones.

—La mejor medicina es la naturaleza —intervino el galeno—. Y el refranero es sabio: «La pata quebrada al lecho y el brazo roto al pecho.» Si no ocurre nada, y no tiene por qué, yo ya huelgo, amén de que mis otras obligaciones me reclaman en Valladolid. Ya he dejado las instrucciones para el cuidado de vuestra pierna y en un plazo de treinta o cuarenta días, Dios mediante, quiero que me devolváis la visita que os he hecho.

—Nada me proporcionará más placer. Sabed que he contraído con vucencia una deuda de por vida, y a fe mía que soy hombre que siempre responde de sus deudas.

—Mi deber es curaros, y nada puede complacer más a un médico que rescatar a un enfermo de las garras de la parca, aunque sea momentáneamente, ya que al final siempre vence ella.

—En esta ocasión habéis logrado demorar ese final. Y ahora, si no hay más que decir, tened, mi buen doctor, la amabilidad de acompañarme a fin de que mi mayordomo arregle con vos lo que sea menester, ya que de alguna forma he de compensaros por los días que os hemos apartado de vuestras cotidianas tareas. —Don Benito había hablado.

—Sea como queráis. —Y dirigiéndose a don Suero, añadió—: Vos, lo dicho: paciencia y barajar.

Tras esto último, el señor marqués de Torres Claras y el doctor Solís abandonaron la estancia seguidos de fray Anselmo, que desde un rincón había presenciado discretamente la escena y se aprestaba a cumplir la orden dada por el marqués.

—¡Fray Anselmo! —rugió el escudero.

Los tres hombres se volvieron con curiosidad.

—¡Si no queréis que lo eche en el caldo, para mejor condimentarlo, mejor será que os llevéis ese dedo a vuestra capilla!

En tanto el fraile recogía la reliquia de san Policarpo, don Benito apostilló sonriente:

—Ahora empiezo a creer que estáis curado.

Cuando los tres se hubieron retirado, Diego alcanzó un escabel que estaba junto a un bargueño y, colocándolo a los pies y a un costado de la cama de don Suero, se sentó y se dispuso a platicar con él, pues hasta aquel mismo día el cirujano no había autorizado a persona alguna de palacio a que hablara con el enfermo más de diez minutos con el fin de evitarle fatigas, y menos aún de los sucesos acaecidos en la infausta jornada de Carrizo de la Ribera.

—Decidme realmente, don Suero, ¿cómo os encontráis? Mi deseo es entreteneros y aliviaros; de no ser así y si mi charla os ha de agobiar, mejor hago mutis por el foro.

—No, hijo, no. Quedaos, nada me complace más que hablar con vos y poner un poco de orden en mi azotea, que tengo los muebles revueltos y mal ubicados. Los sucesos de aquel día se me embrollan y los recuerdos me vienen a ráfagas, como el cierzo. Hay momentos que se me escapan y me quedo en blanco. Decidme, Diego, de principio a fin, ¿cómo fue el percance?

—¿De verdad que no os voy a cansar?

—Os juro que si me noto agobiado, os rogaré que dejéis el final para mejor ocasión.

—Pues vamos a ello.

Don Suero se arrellanó en los cojines, expectante, en tanto Diego comenzaba el relato de la triste jornada.

—... íbamos ya por el segundo toro. Era éste un animal grande; haría sus buenas arrobos, berrendo en negro, bragado y con tal cantidad de leña en la testa que daba susto mirarlo. El de Láinez había apretado mucho en el anterior y yo deseaba dejar en buen lugar los colores del escudo de la casa de Torres Claras. Todo marchaba razonablemente bien. De repente ocurrió algo que no me perdono.

—¿Qué fue ello, Diego? —El escudero indagaba cual si se tratara de un suceso totalmente ajeno a él.

—¿Vos recordáis a aquel personaje con que topamos en la antesala del secretario provincial

del Santo Oficio y que nos puso mal el cuerpo?

Don Suero frunció el entrecejo como quien fuerza la memoria y luego habló:

—¿El de la cara cortada?

—Ése.

—Sí, recuerdo que comentasteis que no os gustaría encontrároslo una noche sin luna en la boca de un callejón.

—Exactamente. Pues bien, súbitamente apareció en el quicio de la puerta que daba acceso al palco del Santo Tribunal y fue a ocupar el sillón vacío de la primera fila.

—¿Y?

—Eso es lo que no me perdono. Olvidando el consejo que siempre me habéis dado de «que al toro no hay que perderle la cara ni cuando lo arrastran las mulas», la verdad es que el individuo tiene un aspecto tan siniestro que me desconcerté. Entonces se arrancó el morlaco, mi jaca hizo el pino y yo di con mis huesos en el suelo, y de no ser por vos creo que ya no estaría en este mundo.

Lenta y detalladamente, Diego fue desgranando ante su ayo el relato de los aciagos sucesos y peripecias acaecidos aquel día. En tanto éste bebía más que escuchaba las palabras de su pupilo. Finalmente, tras un denso silencio preguntó:

—¿Y qué fue de *Primoroso*?

—Nada se pudo hacer. Murió allí mismo —respondió Diego.

—A él más que a mí le debéis el estar con vida. —Dos lágrimas peregrinas descendieron por los marcados surcos del rostro de granito del veterano soldado.

—No os duela, ayo, murió en la batalla, como a él le hubiera gustado si le hubiere sido dado escoger. Y si el buen caballo tuviera que haber elegido entre vuestra vida y la suya, seguro que hubiera optado por salvar la vuestra.

—Lo sé, Diego, pero yo crié a ese animal desde que era un potrillo y siento no haber sido más diestro para haberle evitado ese mal paso. Bien, lo importante es que vos no recibisteis daño, y ésa y no otra es la obligación de un buen padrino. Y ahora sí que os agradecería que apagarais el pábilo del candil y me dejarais solo, ya que siento que la cabeza me va a explotar con todo lo que habéis metido dentro de ella. Voy a intentar reposar un poco.

—Lo lamento, ayo, tal vez me he excedido en el tiempo.

—No, Diego, necesitaba saber todo lo ocurrido. Por lo visto nos salvamos la vida mutuamente, pero el cambio no es parejo. La vuestra es joven y lo tiene todo por vivir, e intuyo que estará llena de lances gloriosos; en cambio la mía es «un río llegando a la mar», como dice Manrique. Ya lo vi todo, ya lo hice todo. Cuando el de arriba tenga a bien llamarme, le tendré que mostrar una alforja repleta de entuertos y lances desafortunados que proporcionaron a muchos prójimos dolor y pesar. No valía la pena que os jugarais la vuestra a cambio de la mía.

—¡No quiero oíros decir mendacidades semejantes! Sois el ser más generoso que he conocido a lo largo de mi vida.

—Vos que me queréis bien apagad el candil y dejadme con mi conciencia, que ella y yo tenemos un diálogo pendiente.

Diego se levantó del escabel, tomó el palitroque con la capucha de metal y tras aplicarla a la llama del candil y dejar la estancia en penumbra, salió del cuarto.

Pesquisas y sospechas

¿Y decís que el individuo tiene una inmensa nariz, la piel muy blanca y una despejadísima frente, amén de una gran cicatriz que le cruza el rostro?

—Así es, señor, y no era la primera vez que me visitaba.

—Y ¿cómo es que nada me dijisteis de su anterior visita?

—Estabais en León y no os vi en muchos días. A vuestro regreso ni me acordé, amén de no darle más importancia. Además estuvo amable y al hacerme preguntas se dirigía a mí con un hablar dulce, parecido al galaico. Cuando me sermoneaba y me rogaba que hiciera memoria, me llamaba «rapaza» o «filliña».

El viejo doctor se mesó cariacontecido la barba. Llevaba dos días sin visitar a sus pacientes ni recibir visitas en su domicilio a causa de un rebelde catarro que lo tenía postrado en su viejo sillón; lucía una ajada hopalanda de un tono morado muy raída en los codos, pero de buen paño de Béjar y de mucho abrigo, y en el dedo anular de su mano izquierda llevaba una solitaria esmeralda montada en oro que señalaba su profesión. Frente a él estaba en pie y por cierto muy angustiada María Lujan, su fiel partera de tantos años, que había venido a verlo para darle puntual cuenta de los dos alumbramientos a los que había asistido ella sola la última semana. La mujer vestía blusa y saya negras y una mantellina gris echada sobre los hombros; abrigaban sus piernas medias de lana y calzaban sus pies unos borceguíes de hombre muy usados, pero apropiados para caminar por malas veredas.

—Tened calma, no os atolondréis ni perdáis la serenidad. Nada habéis hecho que sea punible más que estar a mi servicio, y esto no es delito. Y, por cierto, ¿se dio a conocer el recién llegado? —indagó el cirujano.

—Esa segunda vez sí, aunque no hacía falta. Ya sabe vuesa merced que algunas personas hieden, y ésta olía a Santo Oficio por los descosidos. Hízome preguntas como quien está autorizado a hacerlas e incluso se atrevió a nombrar al Tribunal en tono amenazador.

—María, procurad recordar esas preguntas y decídmelas, a ver si entre los dos deducimos a dónde quiere ir a parar el personaje. Como sabéis, estas gentes andan siempre con rodeos y nunca afinan el tiro; más bien disparan al aire y esperan a que alguna posta atine a un somormujo y lo abata. Más aún, tiran a la bandada y les es indiferente que caiga uno u otro.

—Eso es lo que más me aterra, no sea que buscando alguna cosa me encuentren algo a mí y pague yo culpas ajenas.

El doctor Gómez de León comprendió las angustias de la pobre mujer e intentó tranquilizarla.

—No tengáis aprensiones ni toméis el paraguas cuando no hay nubes de tormenta. Yo soy el

garante de vuestra conducta a lo largo de toda la vida. Tengo amigos poderosos y no os dejaría sola en ningún trance o circunstancia por los que alguien entendiera que hubierais incurrido en responsabilidad al seguir mis órdenes. Pero insisto, ¿qué os preguntó?

—Bien, pues me preguntó por mi trabajo, quiso saber cuántos años hacía que os ayudaba. Le respondí que mi madre me enseñó el oficio y que estaba con vos, al principio, supliéndola en las ocasiones que ella no podía asistirlos y que a su muerte heredé su lugar. Luego quiso saber cuántos partos habíamos atendido en los aldeaños de Quintanar del Castillo, y al verme dudar me amenazó veladamente y me dijo que a las personas que no colaboraban con la justicia convenía hacerlas comparecer ante el Santo Tribunal y que, de continuar en la misma cerrazón, un par de vueltas de mancuera en el potro era remedio infalible para refrescar los recuerdos.

—¿Y entonces?

—La verdad, señor, me asusté. Perdóneme vucencia, pero yo soy una pobre mujer que no quiere tener tratos con la Santa Inquisición.

María Lujan se retorció las manos realmente atribulada.

—Proseguid.

—Entonces fui hasta el cajón de una cómoda en el que guardo una libretilla donde mediante signos, ya sabéis que no sé leer ni escribir, dibujo las cosas que me han llamado la atención de las parturientas a las que he asistido, pues guardo amistad con las de mi condición y cuando voy por las pedanías, villorrios, aldeas o pueblos donde habitan me gusta visitarlas y preguntar por las criaturas a las que ayudé a venir a este mundo.

—¿Y bien?

—Pues veréis, señor, esas marcas me recuerdan las circunstancias de cada parto, y la mala fortuna hizo que una de ellas fuera una señal en forma de ojo del que manaban tres lagrimillas.

—¿Y qué quería decir la tal marca y cuál fue ese suceso tan importante?

—¿Recuerda vuesa merced aquel parto en Quintanar del Castillo, hará ya unos trece o catorce años, en la casa de don Martín de Rojo e Hinojosa, del que nació una niña con una mancha bajo el pecho?

—Vagamente. Algo parece rondar por mi cabeza, pero no recuerdo el sexo del nacido ni la mancha a la que os referís. —El doctor se rebulló inquieto e intentó disimular.

—Pues atended bien —prosiguió la partera—. En la feria de Carrizo de la Ribera me encontré a Leonor, la criada de doña Beatriz de Fontes, esposa de don Martín, y al preguntarle por la criatura me mantuvo que era un varón y no una hembra lo que nació aquella noche. Porfiamos, pero lo que más me desorientó fue que conocí allí mismo a Casilda, que fue el ama que amamantó a la criatura y también afirmó que era un varón. Al llegar a mi casa consulté mi libreta, y la señal me confirmó que estaba en lo cierto; amén de que los hechos de aquella jornada fueron para mí inolvidables por muchos motivos, entre otros, que la de los Rojo era la primera mansión que yo veía en mi vida, que lo demás habían sido casuchas y hasta chamizos, a lo más una casa de pueblo. Todos estos detalles me ayudan a recordar perfectamente aquella fecha, y me extraña que vos no lo recordéis.

El Doctor Gómez de León había palidecido...

—Entended que, si para vos son muchos, para mí son multitud los infantes que he traído al mundo a lo largo y ancho de tantos años. Vuestra madre, que en paz descansa, empezó a ayudarme cuando apenas había cumplido los dieciséis años, y desde palacios a casuchas he asistido a

cientos de parturientas y mis recuerdos ya flaquean. Pero, decid, ¿os comentó algo al respecto de esa señal que pusisteis ahí para vuestro uso particular?

—Sí, se fijó en ella largo rato y posteriormente indagó su significado.

—¿Y le dijisteis algo de este enredo?

—¡Os juro por mi vida que nada salió de mi boca! Mi intuición me dijo que con esas gentes conviene callar pues los dedos se les hacen huéspedes y de todo sospechan, y sacan punta de cosas e incidentes que nada tienen de particular más que un malentendido de mujeres. Así que le dije solamente que era una señal mía para recordar que fue mi primer parto en casa de alguien importante, por si algún día podía necesitar algún favor o recomendación, y que coloqué en la libretilla aquel ojo porque la palabra recordatorio se hallaba en los dos apellidos del hidalgo, Rojo e Hinojosa, y los tres puntos querían decir que la señora anteriormente había parido a tres hijas, pero yo no estuve en esos partos.

—Sois una mujer ingeniosa y prudente. «El miedo guarda la viña.» Dicen los chinos que «somos amos de nuestros silencios y esclavos de nuestras palabras». Gracias por vuestra confianza, podéis retiraros. Si os envía recado algún enfermo tened a bien avisarme, pues ya puedo reemprender mi actividad y el lunes sin falta debo estar con vos en León. Así es que recogedme a las ocho, que a la media hora partiremos.

—Esta bien, doctor, pero... no quiero partir sin descargar mi conciencia del todo.

—¿Qué es lo que os atormenta ahora?

—El hombre se llevó el cuadernillo. Dijo que había que revisarlo.

—¿Y vos lo entregasteis sin saber con qué derecho entraba en vuestra casa? No os comprendo, María.

—Me asusté mucho. Él nombró al Santo Oficio. Vuecencia debe comprender...

—Está bien, María, id con Dios.

—Con Él quedad... y excusadme si he obrado con ligereza.

—No os preocupéis. Está bien así. No le deis más vueltas, pero si os vuelven a visitar, hacédmelo saber.

Aliados e influencias

Don Martín de Rojo e Hinojosa se revolvía inquieto en el asiento del coche que le conducía al palacete de don Eduardo de Albuquerque, marqués del Basto y conde de Pernambuco. Su hacienda iba de mal en peor y su situación había llegado a extremos realmente angustiosos, pero siendo ello muy grave no era, precisamente, lo principal que ocupaba su pensamiento aquella tarde fría y lluviosa del otoño madrileño. Los tiempos eran cambiantes y convenía andar con pies de plomo y obrar con gran tino si no se quería acabar como don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias y conde de Oliva, que al caer su protector en desgracia había seguido su suerte y, si bien el duque de Lerma había hurtado su cuello al verdugo al coger el capelo cardenalicio, no pudo él hacer otro tanto, y la semana anterior le habían rebanado su barbado gañote en la plaza Mayor ante todo el pueblo de Madrid. Eso sí, no hubo lonja, corrillo, estrado o mentidero de la Corte que no se hiciera lenguas de su valor ante la muerte y de su hidalguía ante el verdugo, al que había ordenado, retirándose con la mano la barba de treinta y dos meses, le entrara la daga por delante ya que el cogote era para los villanos^[35].

Don Martín era consciente de que todo aquel que se arrimara a los poderosos que lo habían sido en la corte de Felipe III corría el riesgo de tener grandes problemas en la de Felipe IV, y que los enemigos adquiridos cuando estaban en la cumbre del poder se cobraban cumplida venganza de sus agravios cuando se perdía el favor real. Y así fue que don Rodrigo había tenido que inclinar su cerviz ante las falacias y calumnias de la madre Mariana de San José y, sobre todo, del que fuera confesor de Felipe III, el padre Aliaga. Don Martín debía ser muy cuidadoso, no fuera que el mal tiempo se convirtiera en borrasca.

El carruaje se detuvo en la puerta del palacete del de Albuquerque, situado en el Prado de Atocha, entre las calles de la Verónica y la del Gobernador, y el lacayo desdobló el estribo de la escalerilla y abrió la portezuela del simón^[36] a fin y efecto de que el hidalgo se pudiera apear. Don Martín así lo hizo y tras rebuscar en su escarcela entregó al hombre cuatro maravedís, que era el precio acordado, y lo despidió, ya que siendo éste un coche de alquiler no le daba precisamente lustre a su apellido acudir a la cita sin medios propios; esperó un instante a que se alejara el vehículo y cuando tuvo la certeza de que nadie de la casa podía averiguar en qué o cómo había llegado, se dispuso a subir la escalera central y golpear el portón con la aldaba que anunciaría su presencia. En tanto esperaba, su mente elucubraba a qué punto habrían llegado las cosas en la Corte que importaba mucho más el continente que el contenido, y se podía no ser pero era imperdonable no aparentar. Tan metido estaba en sus pensamientos que ni cuenta se dio que se abría el portalón y aparecía un criado de impecable librea con los colores de Albuquerque.

—Buenas tardes, caballero, ¿qué deseáis?

—Tengo una cita con su excelencia el señor duque.

El criado se hizo a un lado y mientras se hacía cargo de la capa y el chambergo del hidalgo preguntó.

—¿A quién tengo el honor de anunciar?

—Decid que don Martín de Rojo e Hinojosa ha llegado.

—Si vuesa merced tiene la bondad de seguirme.

El hombre abrió la marcha y don Martín fue tras él. La mansión delataba la riqueza y el rango de su dueño; todo el mobiliario era de maderas nobles, la mayoría de las cuales procedían de allende los mares. El duque era asimismo conde de Pernambuco y las malas lenguas de la Corte murmuraban que el título se debía a un mal paso del rey, que así pago una deuda de honor contraída con el de Alburquerque y que por medio andaba el buen nombre de la duquesa doña Leonor. Los tapices y cuadros que ornamentaban las paredes no hubieran desmerecido en los aposentos del privado del rey. A través de una galería llegaron a una estancia que, por sus dimensiones y decoración, intuyó don Martín sería el gabinete privado del duque. Una gran chimenea de piedra en la que ardían grandes troncos caldeaba el ambiente, y sobre ella y en un plafón tapizado de damasco con los colores del marquesado del Basto y del condado de Pernambuco sabiamente combinados yacían dos alabardas cruzadas y un pendón desflecado y chamuscado del Tercio Viejo de Nápoles; enfrente del hogar, una gran mesa de caoba de Cuba con marquetería de palo de rosa y tras ella, haciendo juego, el sillón principal con el asiento y respaldo de cuero cordobés; frente a la misma, dos sillones menores y más bajos destinados a las visitas, y a su diestra unos anaqueles con no menos de cincuenta o sesenta volúmenes; sobre la mesa, los trebejos de la escritura y un Cristo crucificado sobre un terciopelo rojo orlado con un galón dorado.

A su espalda sonaron unos pasos. El de Rojo compuso el gesto, se estiró el jubón, alisó las calzas y se tentó la golilla a fin de que el duque lo hallara con el empaque y la figura que cuadraba a un gentilhombre. Don Eduardo entró en la habitación y llegó hasta él, solícito y campechano.

—Don Martín, viejo amigo, ¿qué os trae por este Madrid maldito cuando tan bien se vive por vuestros lares? —Y al decir esto, lo honró descalzándose el guante de la mano diestra y estrechando la suya, gesto que no pasó, por lo inusual, inadvertido al hidalgo.

—¿Cómo se encuentra vuestra excelencia?

—Bien, bien, querido amigo, pero tomad asiento. Así podré yo hacer lo mismo, que mi pierna me rabia algunos días y me recuerda nuestras jornadas de Nápoles.

Mientras ambos se sentaban, recordó don Martín el arcabuzazo que recibió el duque cerca de Mantua siendo él su encomendado^[37].

—¿Os molesta mucho la herida? —preguntó en tanto se acomodaba a la vez que lo hacía el de Alburquerque.

—Depende del tiempo. Lo tengo observado: cuando va a llover se encalabrina más y algunos días me trae a la miseria.

—Y ¿qué os recomiendan los doctores?

—Ya sabe vuestra merced que mejor es tenerlos lejos. Los días que la molestia es mucha, doña Leonor me hace preparar un brebaje de cilantro y otras yerbas que no sé bien si me alivia el dolor o me hace dormir. En fin, perjudicarme no me perjudica y ella es feliz. Estuve al principio,

por consejo del cirujano, durmiendo con una amatista y un topacio debajo del colchón, pero no noté mejoría alguna y cejé en el empeño.

—Perdóneme, excelencia, ¿cómo está doña Leonor?

—Bien, excelentemente. Ya sabéis que es dama de boca^[38] de la reina, y nos vemos poco porque sus quehaceres le atan mucho a palacio a horas que no coinciden con las mías.

Don Martín intuyó que al duque no le gustaba hablar del tema.

—Pero, decidme, ¿cómo está vuestra familia?

—Bueno, veréis, vamos pasando. La vida en provincias no es fácil; aún quedan en casa dos hijas, ya que la mayor, como sabéis, casó en Sevilla, y mi único varón estudia por vez primera este año latines en Salamanca.

—¿Y las cosas de vuestra hacienda?

—Duras, extremadamente duras, señor. Las rentas son escasas y los mejores terrenos de labrantía que aún poseo fueron designados por el Consejo de la mesta^[39] cañada real^[40], y luego de pasar por ellos todas las churras y las merinas^[41] de Castilla, camino de Madrid, la tierra queda yerma como un erial. Pero no vengo a hablaros de las estrecheces de mi economía que, con ser muchos los agobios, voy adelante con ellas.

—Pues ¿qué cuitas os atosigan que yo pueda reparar o al menos intentarlo?

Don Martín se retrepó en su sillón y comenzó vacilante:

—Ved, excelencia, hace ya tiempo vine dándome cuenta que alguien se interesaba en demasía por mi persona... más os diré... no solamente por mi persona, sino también por mi familia, por mis parientes, próximos o lejanos, y hasta por mis deudos y amigos.

—Y ¿qué os hace suponer tal cosa?

Don Martín vaciló.

—Habladme claro, viejo amigo, que para eso habéis acudido a mí.

—Veréis, señor, lo que os voy a confiar es secreto y a nadie he ido con mis cuitas ni he hecho confidencias. Y no sólo porque el tema es espinoso, sino también porque podría perjudicar a gente buena que se ha comprometido conmigo.

—Confíad en mí, don Martín. Juro por mi honra que lo que tengáis a bien decirme, morirá conmigo.

—Veréis, excelencia. Hace ya tiempo se presentó en Quintanar del Castillo cierto caballero indagando, insistentemente, sobre la familia Rojo; preguntando por nuestras costumbres, sobre nuestra asistencia a los Santos Oficios, con quién me relacionaba, qué libros guardaba en mi casa y, perdóneme vucencia, porque no me es fácil el decirlo, si cuando iba a León y pernoctaba lejos de mi casa me acercaba a las manflas^[42] o tenía ayuntamiento carnal con alguna tusona^[43] de postín, o recibía favores de alguna quilotra^[44] fija.

«Siendo como es que soy un cristiano practicante y respeto absolutamente a mi querida esposa, amén de sentir un auténtico terror a infectarme del mal francés^[45], ya que tuve ocasión de ver de cerca la muerte de un buen amigo y soldado de Su Majestad, y os aseguro que si las gentes supieran el final que aguarda a los infelices que contraen la enfermedad otro cuidado se tendría de acercarse a las damas de medio manto^[46].

—Querido amigo, me asombra lo que me contáis.

Don Martín prosiguió:

—No acaban aquí mis desventuras. También ha llegado a mis oídos que ha investigado a la familia de mi esposa y que ha husmeado como un lebel en las raíces de nuestros antepasados, que ha visitado parroquias y ha hurgado en libros de inscripciones y bautizos. En fin, todos aquellos arcanos que pueden aportar una luz sobre la limpieza de mi linaje y estirpe han sido violados.

El duque había cambiado, imperceptiblemente, el registro de su distendido coloquio con el hidalgo y su actitud era sumamente grave y conspicua.

—Y ¿cómo sabéis todas esas cosas?

—Veréis, señor, varias y diversas son las fuentes de donde manan tan malas nuevas. Tengo comerciantes amigos que me deben favores, renteros a los que he condonado deudas, y mi médico personal y amigo de mi familia de toda la vida, el doctor Gómez de León, que es el que principalmente me ha puesto sobre aviso para que me ponga a buen resguardo. Y eso es lo que intento hacer.

—¿A resguardo de quién, don Martín?

—Miedo me da pensarlo, pero hoy día todas esas cosas únicamente pueden ser hechas por dos autoridades: la del rey y la del Santo Oficio. La primera es impensable; vos, mejor que nadie, sabéis con qué lealtad serví a la Corona y cuántos años arriesgué mi vida bajo los pendones de Castilla, amén de que los corregidores y alguaciles son mucho menos sinuosos y mucho más directos en su obrar.

—Y la segunda, ¿qué puede querer de vos la Inquisición?

El ambiente estaba caldeado y los dos hombres, sin pretenderlo, habían bajado el volumen de sus voces, acercando a la vez sus cabezas.

—La segunda... No se me alcanza, en verdad, a saber lo que pueda querer de mí el Santo Oficio.

Soy cristiano viejo, protector del convento de San Benito e hijo fiel de la Santa Madre Iglesia. Ocho generaciones de bautizados garantizan la limpieza de mi sangre.

—¿Habéis tenido, tal vez, tratos con banqueros judíos?

—No, excelencia, mis deudas son con los genoveses.

—¿Tal vez alguien os prestó una biblia luterana?

—¡Jamás, excelencia, jamás!

—¿Tal vez no fuisteis cuidadoso en vuestras charlas y tocasteis un tema indebido con persona inapropiada u opinasteis ligeramente sobre Calvino o Melanchton?

Quedose el hidalgo con el entrecejo fruncido y meditó unos instantes.

—Una vez, excelencia... una única vez, en la reunión anual de los protectores de San Benito, hace ya de esto varios años, tuve unas palabras con el doctor Carrasco acerca del perjuicio que había causado a la agricultura la expulsión de los moriscos en tiempos de nuestro difunto rey Felipe III, que en gloria esté, y él saltó sobre mí como un áspid.

El duque de Albuquerque se mesó la perilla con su cuidada mano y habló gravemente:

—Creedme, don Martín, por ahí sopla el mal viento. Si fuera con el rey vuestro problema, yo podría echaros un cuarto a espaldas. Tengo buena mano en la Corte y más todavía con el privado don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares, pero una intervención mía respecto a la Santa Inquisición no sólo no os favorecería, sino que podría agravar vuestro problema.

—Si vucencia no puede ayudarme, presiento que soy hombre acabado.

Un silencio hosco y espeso se abatió sobre los dos hombres. Únicamente se oía el crepitar de

los leños en la chimenea cuando el duque habló de nuevo:

—Voy a hacer algo por vos una vez, una sola vez, y con ello quedará saldada la deuda que contraje con vos en Nápoles. Deseo que os sea útil mi recomendación y que os pongáis a resguardo de tan incómodo viento de modo que la vejación y la calumnia, hijas predilectas del rencor y de la envidia, no tengan donde morder. Voy a entregaros una misiva para don Jerónimo Villanueva, pronotario de Aragón, que en estos momentos goza de la estima y el favor de fray Antonio de Sotomayor, confesor del rey, porque de su peculio particular ha regalado a la orden de las Benedictinas de la Encarnación el convento de San Plácido, del que es protector y al que acuden con asiduidad tanto su cristiana Majestad como el conde duque, aunque ambos por motivos bien distintos, por cierto... Es *vox populi* que estuvo a punto de desposar a la priora, doña Ana de la Cerda, cuando ella estaba en el mundo, y que al sentir ésta la llamada de Cristo se comprometió a pagar no sólo como os he dicho la construcción del convento, sino también el mantenimiento de la comunidad, con la única condición de que su palacio estuviera pared con pared con el edificio de las monjas y que él pudiera oír la santa misa cada día con ellas. Os cuento esta historia para que comprendáis el motivo de tan altruista gesto y entendáis la predilección con que le distingue el confesor del rey. Para él es la carta en la que me limitaré a recomendaros, diciendo que sois hidalgo de cuna, que os conozco bien y que me complacería poderos devolver cierto favor. Querido amigo, vuestras cuitas, por cierto, hieden a cuervo^[47]; creo que si alguien puede hacer algo por vos, ése es don Jerónimo Villanueva.

—No sé como podré pagaros.

—Nada me debéis. Ni yo a vos tampoco. ¿Queda claro esto último? Esperad un instante.

Y diciendo esto, el duque se puso en pie y salió de la estancia. Antes de que la clepsidra, que se hallaba en un anaquel, hubiera dado medio giro, apareció un paje y entregó a don Martín un sobre lacrado con las armas y el escudo del duque. El hidalgo lo tomó y, acompañado por el paje, tras recoger su capa y su chambergo salió a la calle. Era noche cerrada, y a aquella hora no era fácil encontrar coche o silla de manos; pensó que no le vendría mal caminar un poco y, metido en sus pensamientos, dirigió sus pasos subiendo por la calle de las Huertas hacia la de las Carotas, junto a la plazuela del Ángel, donde se encontraba su posada.

Sor Gabriela y Rivadeneira

Sor Gabriela de la Cruz era retorcida, extremadamente envidiosa y terrenal, tenía treinta y cuatro años y una ambición ilimitada. La llegada del padre Rivadeneira supuso para ella una ayuda inestimable y un aliado impensado, amén de un justificador de sus pocos escrúpulos de conciencia. El clérigo, venido de Madrid, simpatizaba con los alumbrados de Llerena, secta que había adquirido últimamente cierta notoriedad entre algunas congregaciones religiosas, y como sus principios le convenían se dejó seducir por ellos. La orden era su milicia y sor Gabriela no deseaba otra cosa que ir subiendo peldaños en el escalafón a fin de acceder a lo mas alto, y el fraile le era útil.

El padre Rivadeneira era un ser complejo y atormentado. Desde su primera juventud luchaba contra la carne y sus penitencias eran terribles. Ya en el seminario iba desde el vicio solitario a la confesión, un día sí y otro también. Lo intentó todo: el ayuno, la flagelación y hasta los cilicios, pero cuanto más se atormentaba más le exigía su libido y desde todas partes le acosaba el maligno. Cuando iba de paseo por el campo con los demás seminaristas, hasta en los nudos de los árboles veía senos de muchacha, y desde luego en cualquier lienzo en el que apareciera una mujer su mirada invariablemente se dirigía a sus partes pudendas. De vez en cuando tomaba pinceles y pinturas y dedicaba sus ocios a emular a los grandes maestros, para lo cual estaba muy dotado, y siempre terminaba pintando lo mismo: una mujer yaciendo desnuda. Al terminar ya sus estudios, tuvo plaza de adjunto en la parroquia de San Ginés y allí se dio cuenta de muchas cosas; cuando confesaba sus cuitas al párroco, éste no les daba la menor importancia, y llegó a la conclusión de que no era tan singular lo que a él le acaecía. Se acercaba frecuentemente a la rejilla de su confesionario una atacacandiles^[48], que así se conocía a las daifas cuya principal clientela eran los clérigos; María era su nombre y tanto la consoló que una noche y al sigilo fue a visitarla al campo de pinos^[49] donde ella descolgaba la cama^[50] y que estaba ubicado en la calle del Olivar en su conjunción con Lava Pies. El goce fue tan intenso que ya no pudo domeñar su instinto y la tomó como devota^[51] porque no la quería compartir con nadie, ya fuere por un instinto de propiedad carnal desmesurado e impropio, pues la había conocido ejerciendo el oficio de hurgamandera^[52], ya porque tenía pavor a contagiarse del mal francés^[53], pues en sus visitas a los hospitales había tenido ocasión de ver muertes terribles de desgraciados llenos de bubas purulentas adquiridas al frecuentar, sin ningún reparo, a gorronas de puchero y cinta^[54], viejas pellejas^[55] famélicas llenas de afeites que prostituían su cuerpo en las calles a cambio de un cuenco de comida y que no estaban sujetas a inspección sanitaria alguna del alguacil de turno

encargado de las mancebías, amén de que si se descuidaban les daban perro muerto^[56] y tras el servicio se iban de vacío. Todo esto lo alternaba el fraile con penitencias y ayunos para acallar la voz de su conciencia. Entonces, a través de un colega al que había confiado sus cuitas y sus escrúpulos supo de una reunión que no tenía periodicidad y que se celebraba cada uno o dos meses en la trastienda de un figón ubicado en la calle de La Pasión esquina con la plaza de la Cebada, y al que acudían los avisados mediante el correo de boca a oreja. Se acercó de tapadillo, embozado y enchambergado, pues no quería mostrar su tonsurada coronilla, y antes de entrar quedóse un rato en la puerta observando quiénes acudían mientras intentaba averiguar la calidad de los conspiradores. Fueron llegando éstos a pares o en grupos de tres, embozados en sus capas y cuidando sus disimulos. Cuando ya se tranquilizó su espíritu, entró en el lugar; las gentes ocupaban los bancos y en alguna que otra mesa se daba al naipe. Allí detúvose el fraile simulando que le interesaba la partida, pero lo que en verdad le importaba era observar a los parroquianos que se iban hacia el fondo y desaparecían tras un cortinón de sarga. Cuando ya tuvo la certeza de no errar, se dirigió a la puerta amagada. Allí, un criado que estaba al cargo de la misma le requirió el nombre de la persona que lo enviaba; el fraile dio el patronímico de su colega y el lacayo, tras consultar una lista, le hizo el paso franco indicándole, con el gesto, una escalerilla de madera que desde el fondo ascendía a un altillo. Julián Rivadeneira siguió las instrucciones del sirviente y ante él apareció una estancia que nada tenía que ver con el piso inferior; era amplia y la habían habilitado para el uso que era menester. Una serie de bancos se alineaban colocados unos tras otros; frente a ellos se alzaba una tarima en la que se podía ver una mesa cubierta con un damasco rojo y tras ella el sillón monacal del conferenciante, tal era el mobiliario. Las gentes que ocupaban los bancos eran diversas y variopintas, más hombres que mujeres y más clérigos que paisanos, algún hidalgo, pequeña nobleza, damas acompañadas por dueñas y alguna que otra tapada. El fraile ocupó uno de los bancos del fondo y aguardó impaciente y tenso. Al rato y ante la aparición del conferenciante, fuéronse acallando las voces de los presentes. Era éste un hombre de cuerpo enjuto y cabeza poderosa que frisaría la cincuentena, vestía ropa de clérigo en viaje y tenía el andar nervioso y brusco del conspirador; tomó asiento y al levantar los ojos Julián Rivadeneira notó que dominaba a la concurrencia. Los llamó «hermanos queridos» y los tuteó, cosa totalmente inusual en tales ocasiones, y al momento comenzó a desgranar unas teorías que el fraile, más que escucharlas, bebió cual peregrino perdido en el desierto.

—Queridos míos —dijo—, me llena de gozo el ver que cada vez sois más los que acudís a mi cita. Sed discretos y mirad bien a quienes habláis de la nueva Iglesia, porque el enemigo acecha y muchos son los interesados en que nada cambie y todo permanezca igual. En Europa ya somos miles y las corrientes que vienen de fuera traen savia joven y nuevas ideas que pueden aportar mucha luz a nuestros corazones y, al igual que Lutero, Calvino y Melancton reinterpretaron la Biblia y hallaron nuevos caminos. Nosotros, los iluminados de Llerena, sin apartarnos de la Santa Madre Iglesia queremos formar, dentro de ella, un núcleo compacto que reinterprete, de la misma manera, muchas enseñanzas de nuestro Señor y pasajes de la Sagrada Biblia que creemos mal traducidos y peor interpretados.

Y pregunto yo, ¿si el Génesis, Números y Deuteronomio son importantes, por qué un canto de amor tan hermoso como *El Cantar de los Cantares* de Salomón no tiene igual consideración y tratamiento?

¿No tuvieron los Patriarcas muchas esposas? ¿No dijo Dios, sin limitación: "Creced y

multiplicaos"? ¿Acaso un hombre, cuando tiene a su mujer con el vientre ocupado, ha de desobedecer el divino mandato? El perdón de los pecados que nos ha sido dado por la crucifixión del Señor es tan amplio y total que ha servido para limpiar de culpa la humanidad presente pasada y futura; no va a poder más el pecado de los hombres que la Sangre de Cristo. Por tanto, yo os digo que lo malo, si se hace en el nombre del Señor, es bueno... y que los iniciados nos hemos de hablar de tú, sin solemnidad alguna, ya que es así como se hablan en el paraíso los bienaventurados, los ángeles y los santos.

Otra cosa os quiero decir... ¿Creéis que Dios puede desear que el hombre hecho a su imagen y semejanza se reproduzca mediante el pecado? Si el Señor hubiera querido que el hombre no conociera más que a una mujer, hubiera hecho que solamente con ésta fuera fértil. ¿No yació nuestra madre Eva con sus hijos y éstos con sus hermanas? ¿Acaso los castigó el Señor haciéndolos estériles? ¡No y mil veces no! Y todavía quiero deciros más: ¿cuáles son los mejores ante el Altísimo? Yo os lo diré: aquellos que le dedican su vida y su trabajo. Y ¿creéis, por ventura, que el Señor quiere que los mejores mueran sin fertilizar la tierra? ¡No y mil veces no! ¡Aún más! Los niños que nazcan de la unión de clérigos y monjas, éstos serán los profetas de la Nueva Ley. Y yo os conmino a comulgar cada día varias veces. ¿Qué mal puede haber en comer más Dios?

El predicador, con la voz tonante, el gesto crispado y el sudor resbalándole por el rostro, tenía hipnotizado a su auditorio. Luego, lentamente, se fue calmando y tras recomendar otra vez discreción y prudencia a los presentes se retiró.

El padre Rivadeneira había oído todo lo que durante tantos años había ansiado oír, y ni que decir tiene que, con muchas precauciones, volvió a las reuniones siempre que supo que iban a celebrarse. Aquella nueva teología liberó su espíritu y esponjó su atormentada alma, y su caballo de batalla, el sexto mandamiento, dejó de existir; únicamente intentó ganar adeptos entre gentes de su absoluta confianza, ya que los oídos y los ojos de la Inquisición estaban por todas partes y su brazo era largo y poderoso.

Cuando llegó a San Benito tenía cuarenta y cinco años y el convento le pareció un maravilloso huerto que entregaban a sus cuidados y cuyos frutos crecerían a su antojo; máxime, al estar la priora enferma y hallándose la nave del convento en manos de la prefecta de novicias, a la que veía mucho más proclive a su planes. Tres direcciones tenían sus tareas: las monjas, las novicias y postulantas y aquellas de las recogidas que tras parir decidían quedarse en el convento, ya fuere porque no tenían a dónde ir o bien porque les compensara mejor quedarse como fámulas al servicio de la comunidad. Entre estas últimas lanzó sus redes. Toda la ventaja estaba de su parte: eran pobres y su incultura, salvo excepciones, era absoluta. Las trató afectuosamente, las sermoneó con dulzura y cuando tuvo escogida su pieza la acosó con pequeños favores y regalos y la promesa formal de que iba a indagar, a través de las monjas, el paradero de su hijo y la condición de la familia que lo había acogido, con la intención de que ella pudiera enviarle algún presente o tal vez, en alguna ocasión, verlo de lejos en la iglesia o en alguna salida que él le intentaría facilitar y, de cualquier manera, recabar noticias suyas de vez en cuando. Luego alegó ante la monja encargada que habiendo observado el correturnos que hacían las muchachas cuando limpiaban sus aposentos, la más diligente y limpia era Fuencisla, que así se llamaba la chica, y fácilmente consiguió que a ella le asignaran tal menester. Lo demás fue coser y cantar, entre el ascendiente que tenía sobre ella, la deuda de gratitud que la joven creía haber contraído, sus

diecinueve exigentes años y, todo hay que decirlo, la circunstancia de que el fraile se había convertido en un incansable y experto semental. Sus encuentros se hicieron cada vez mas frecuentes y explosivos, y finalmente sucedió lo inevitable: Fuencisla quedóse preñada.

—¿Estáis segura de lo que me decís?

La escena se desarrollaba en el despacho del fraile. La muchacha, frente a él, limpiábase las manos con el mandil.

—Como no voy a estarlo, padre —respondía la muchacha, azorada—. Tengo la certeza absoluta.

—Y ¿cuánto tiempo hace que no os han visitado las calendas púrpuras?

—Éste ha sido el tercer mes.

Quedose el fraile pensativo y al cabo habló de nuevo:

—Solamente tenemos dos opciones.

—Su paternidad me dirá.

—La primera... marchar del convento.

—No tengo a dónde ir.

—Ése es vuestro problema.

—Y ¿la segunda? —preguntó la muchacha con un hilo de voz.

—Habrá que buscarle un padre a la criatura que nacerá sietemesina. Un padre, claro es, que os habrá violado en contra de vuestra voluntad; de esta manera las monjas os permitirán seguir en el convento y yo podré continuar ayudándoos. Tendréis a vuestro hijo y asimismo me ocuparé de que vaya a parar a una buena familia. Por lo que a mi ataño, no olvidéis de que también es hijo mío. ¿Qué me decís?

—Pero, padre, y vos ¿cómo podréis explicar que sabéis todo esto?

—¿No soy, acaso, vuestro confesor? ¿No os he dicho, una y mil veces, que lo malo si se hace en nombre de Dios es bueno? Yo haré que mis palabras caigan en los oídos adecuados.

—Pero, padre, la persona a la que acuséis de mi violación lo negará, dirá que es mentira y lo pregonará a los cuatro vientos.

—¿Tan lerdo me creéis? La persona a la que yo acuse ni negará ni hablará jamás.

—¿Cómo lo podéis aseverar con tanta rotundidad?

—Es sordomudo, ¿me habéis comprendido?

Cuarenta y ocho horas después, cuatro alguaciles de la Santa Hermandad se llevaban amanillado del convento a Blas, el jardinero, que había servido fielmente a San Benito a lo largo de casi veinticinco años.

Quedose encantado el fraile de la solución que había hallado a su problema; le hacía cierta gracia haber engendrado un hijo según las directrices de los alumbrados y amplió las miras de sus ambiciones. Pensó que sería hermoso intentar volver a procrear con mujer de superior rango y prosapia del de una simple recogida, y sus libidinosos ojos se posaron en una bellísima y joven aspirante que le tenía el corazón robado y el discernimiento obnubilado: Catalina.

Pensamientos

Catalina, a sus catorce años y sin haber todavía alcanzado su plenitud, era ya una hermosa mujer. Ni el tosco tejido del hábito de San Benito, ni las tocas que le recogían el cabello, conseguían ocultar su belleza; la frente despejada, los ojos profundos y risueños, el óvalo del rostro perfecto, la nariz recta y proporcionada, los labios carnosos y el mentón adornado por un hoyuelo hacían elucubrar la mente del fraile y erotizaban sus sueños.

La muchacha ignoraba que era bella. En el convento no existían espejos y únicamente el azogado reflejo de las aguas del estanque le había devuelto de vez en cuando la imagen temblorosa de su rostro.

Habiendo nacido en San Benito, conocía todos sus recovecos; todos menos el pasadizo secreto que, partiendo de la sacristía, llegaba hasta los aposentos de las novicias y el campanario de la iglesia, cuya escalera de acceso estaba cerrada con una gruesa puerta invariablemente cerrada con llave. Todas las tardes, en su rato de asueto, se iba a un punto que limitaba el jardín con el huerto y que por su altura permitía divisar el mundo que se abría tras el muro circundante de San Benito; desde allí, la niña dejaba que su mente golondrina volara mucho más alto y mucho más lejos y se preguntaba qué habría más allá del hayedo, a dónde iría a parar la cinta de plata del arroyo que atravesando el huerto se perdía en la lejanía para desembocar en el afluente que a su vez lo hacía en el Órbigo. La masa del monasterio la oprimía y estaba cierta de que ella no acabaría sus días allí dentro y que, por tanto, su cuerpo no reposaría en el cementerio de las monjas. Todo su ser reclamaba libertad y ansiaba conocer nuevos horizontes, nuevas gentes y nuevas circunstancias. ¿Cómo era posible que cualquier animalillo del campo fuera libre sin tener discernimiento para gozar de su libertad y ella, que tanto la ansiaba, no pudiera disfrutarla? Había aprendido a leer y a escribir gracias a las lecciones de fray Gerundio, al que tanto lloró y al que jamás podría agradecer el inmenso beneficio que le legó al enseñarle todo lo que sabía. Contra la opinión de sor Gabriela, la priora, que siempre alababa lo despierto de su intelecto, la había destinado, cuando acababa sus tareas en las cocinas, a la biblioteca de la comunidad y a la contaduría de las monjas, donde por cierto y a escondidas de la prefecta de novicias manejaba la pluma de ganso indistintamente con ambas manos. El mundo que llegó a conocer fue el que le enseñaron los libros, sobre todo los que pudo hurtar y posteriormente devolver a la biblioteca, y todos sus conocimientos se capitalizaban a través de lo que en ellos aprendió. No había visto el mar, pero sabía que existía... y los galeones... y los grandes peces que poblaban las aguas... y el nuevo mundo que descubrió el Gran Almirante de Castilla en tiempos de la reina Católica. Y su mente volaba y envidiaba a los ánades de cuello verde que en vuelo raudo y en formación cerrada

atravesaban el cielo del convento en direcciones opuestas, según los meses. ¿Adónde iban y por qué volvían? ¿Por qué cada año en las mismas fechas regresaban las cigüeñas para anidar en la espadaña del campanario de San Benito, desde donde, sin ella saberlo, los fríos ojos del padre Rivadeneira la acechaban todas las tardes, al igual que los del ave de rapiña acechan a su presa?

Planes indignos

Seamos claros, sor Gabriela, vos deseáis ardientemente ser priora de San Benito y yo, a cambio, únicamente deseo llevar por el nuevo camino a una de las postulantas que tenéis a vuestro cargo.

—No voy a preguntar a vuesa merced por su nombre, pues no soy lerda y no me pasan inadvertidas vuestras intenciones, pero si aceptara que mi ambición fuera dirigir esta comunidad, ¿cómo podríais vos ayudarme en el empeño?

Estaban platicando ambos, dando vueltas al estanque bajo los soportales del claustro.

—Vayamos por partes. En primer lugar, sabéis que una de las prerrogativas de San Benito es que, a la muerte de una priora, las monjas elijan reunidas en capítulo a su sucesora mediante el sufragio de los dos tercios. ¿Es así? Corregidme si me equivoco.

—Estáis en lo cierto. Así es... ¿y?

—Bien. Una vez elegida, se debe notificar a los protectores la decisión de la mayoría, y éstos envían al general de la orden el acuerdo ratificado por ellos para que él a su vez lo trasmita al obispo y éste dé *el placet*.

—¿Qué sugerís?

—En primer lugar, vos ostentáis un lugar preeminente en la comunidad y no sería obstáculo, ocupándoos un poco del asunto, el obtener los dos tercios.

—Creo que olvidáis un impedimento mucho mayor.

—¿Cuál es?

—La madre Teresa, la priora, a pesar de sus achaques se niega a recibir al médico.

—Eso veréis como cambia. ¿No me habéis dicho que últimamente mancha la cama? Esta nueva prueba que el Señor le envía es demasiado molesta para que siga en su empecinamiento. Necesitamos que el doctor Gómez de León la visite y le recete una fórmula. Luego será sencillo añadir o cambiar lo que convenga, y ahí entra mi colaboración para que a la vez me prestéis la vuestra en el empeño del que os he hablado.

—Decidme, os escucho con verdadero interés.

El padre Rivadeneira miró alrededor, no fuera que hubiese algún oído indiscreto, y prosiguió:

—En tiempos, antes de tomar las órdenes, ejercí de mozo de botica y aprendí el oficio en una farmacia de Segovia.

La maestra de novicias, con la toca inclinada hacia el fraile, escuchaba atentamente.

—Su maternidad sabrá que existen ciertas pócimas prodigiosas que tienen diversos efectos según sea la frecuencia de su administración y las cantidades que se prodiguen al enfermo. Una de

ellas se elabora a partir de la raíz de la nuez vómica o el haba de san Ignacio; su nombre latino es *stricnos* y convenientemente dosificada tiene efectos curativos.

—¿Adónde queréis ir a parar?

—Tened paciencia, sor Gabriela. Pero si una noche, por error, claro es, en la receta que el doctor haya indicado se cambiara o añadiera un producto ex profeso, entonces...

—¿Entonces?

—Entonces la muerte sería rápida y certera. Todo el mundo pensaría que el Señor ha querido llevársela prematuramente para acortar su agonía y premiar sus grandes méritos.

Sor Gabriela dudaba pensativa y el fraile prosiguió:

—Entonces vos seréis la nueva priora de San Benito, y a mí me facilitaréis, cumpliendo nuestro pacto, el acceso a Catalina... a fin de llevarla a la verdadera interpretación de las Sagradas Escrituras.

—Una decisión así no se puede tomar a la ligera. Dejadme unos días.

La monja caviló un tiempo y al cabo de dos semanas se reunieron de nuevo.

—De acuerdo, pero la tendréis cuando mi nombramiento haya llegado y sea firme.

—Será una dulce espera... «madre priora».

De nuevo Astorga

Don Sebastián Fleitas hacía antesala, de nuevo, en el palacio del secretario provincial del Santo Oficio. Había llegado a Astorga a revientacaballos hacía, escasamente, media hora, y en cuanto despachara el asunto que le traía ocupado con el doctor Carrasco tenía intención de proseguir camino hacia Madrid, a recoger un encargo que tenía hecho hacía ya varios meses y en el que había puesto gran interés. Ni tiempo había tenido para cambiarse de ropa; vestía jubón de gamuza respunteado de cuero sobre una camisola blanca de lanilla, calzones de tafetán aterciopelados embutidos en unas botas de baqueta de Flandes hechas de badana de jineta y cubiertas, hasta la mitad, por unas polainas de lona recia al uso de los correos que cubrían las postas, al hombro colgaba su ferreruelo de paño de Londres, que se levantaba obligado por la punta de su espada que pendía del tahalí por el costado izquierdo, y a la izquierda del mismo lucía la Cruz de Alcántara. Esta vestimenta, apropiada para correr los caminos, resultaba en extremo calurosa en el interior del palacio episcopal, cuya temperatura era siempre elevada debido a los famosos fríos que, invariablemente, aterían al doctor Carrasco. En el mismo instante que fray Valentín entraba en la antecámara para anunciarle que el señor obispo lo recibiría de inmediato, el portugués, con un pañuelo de batista, se enjugaba el copioso sudor que perlaba su inmensa frente. Descolgó su capa del hombro tras deshacer el broche que la sujetaba, y tomándola en el brazo se dispuso a seguir al coadjutor, que marchando delante de él le abría el camino hacia los aposentos del prelado. Recibióle éste de pie junto a la mesa de su despacho, inmenso, orondo embutido en una loba^[57] morada abotonada desde el cuello hasta los pies y cubierta su cabeza con un bonete acolchado de terciopelo del mismo color; para espanto del portugués, cuatro inmensos troncos de haya ardían en la chimenea. Don Sebastián, llegado que hubo a la altura del prelado hizo el gesto de genuflexar su rodilla derecha, pero el obispo no lo permitió, alzándolo afectuosamente por el brazo.

—Venís de hacer demasiadas leguas a caballo, amigo mío, dejadme que os dispense del protocolo. —Y diciendo esto lo tomó afectuosamente por el hombro y lo condujo hacia el tresillo que estaba bajo el ventanal y que era el punto de la habitación mas alejado de la chimenea, y añadió—: No llueve siempre a gusto de todos, no creáis que me olvido de vuestros calores. Haré este sacrificio por vos y espero que el Señor me lo tenga en cuenta, ya sabéis que soy una flor de estufa.

Acomodáronse los dos hombres. El doctor Carrasco se arrellanó en el sofá y el de Fleitas lo hizo al borde de uno de los dos sillones que componían el tresillo.

—Decidme pues, amigo mío, ¿cómo van vuestras pesquisas?

—Progresan lentamente, reverencia, pero vamos avanzando. Ya sabéis que son cosas muy delicadas que requieren mucha paciencia y mucho tino y, claro está, mucho tiempo.

—Comprendo, en materias tan sutiles se debe andar con pies de plomo. Pero, decidme, ¿hemos progresado algo?

—Yo diría que sí. Pero como sabéis... en estas cuestiones, cosas que parecen distantes y desaparejas, súbitamente se juntan y se hace la luz. Tenemos por todos lados ojos y oídos que nos van enviando materiales que, debidamente seleccionados y comprobados, hemos de encajar en un inmenso rompecabezas que solamente al terminarse nos dará la exacta perspectiva del cuadro que intuimos.

—¿Y adónde nos llevan, hasta ahora, las piezas que habéis colocado?

—Veréis, excelencia, en esto juegan conjuntamente el azar, los conocimientos y la intuición.

—Dejaos de circunloquios, don Sebastián, que lo único irrecuperable en este mundo es el tiempo, y el de entrambos es importante y escaso.

—Bien, vamos a ello. En primer lugar me dediqué a seguir los pasos de don Martín de Rojo y para hacerle mover ficha en el tablero acosé a deudos amigos y clientes. Ya sabéis... si queréis que salte el conejo, debéis poner al hurón en la madriguera. Indagué sobre su hacienda y su familia y supe que su situación no es, precisamente, boyante. Su casa solariega necesita de un urgente apuntalamiento; en ella viven su esposa y dos de sus hijas, otra hija casó y vive en Sevilla y al hijo varón lo tiene en la Universidad de Salamanca, no sin grandes esfuerzos, y todo eso sumado a que sus tierras están afectadas por el paso de los ganados hacia la capital y no puede sembrar ni recolectar hace que las deudas le abrumen. Presioné lo suficiente en derredor suyo para que se inquietara y partiera hacia Madrid en busca de apoyo; me interesaba la cantidad y la calidad de los padrinos que lo pudieran avalar en la Corte; siempre es bueno conocer la fuerza de los adversarios a quien puedes llegar a enfrentarte. De cualquier manera y antes de partir, yo ya sabía que la primera persona a quién visitaría, puesto que fue su protector en Nápoles, iba a ser su excelencia el duque de Albuquerque y marqués del Basto, de manera que tuve tiempo para preparar mis peones.

—¿Y cómo preparasteis el tablero, don Sebastián?

—Bien, pues veréis, poderoso caballero es don Dinero y una fina bolsa de seda con cincuenta reales de plata hizo que el secretario del duque cantara más fino y alto que niño de coro.

—¿Y qué canto fue ése?

—Mis manejos dieron resultado y tal como supuse pidió auxilio al duque, que por lo visto tenía contraída una deuda con él desde los tiempos del Tercio Viejo. Éste, al intuir que detrás de todo andaba el Santo Oficio, no quiso inmiscuirse, pero devolviendo el favor lo remitió, con carta de recomendación, a su excelencia don Jerónimo Villanueva, que como bien sabéis es dilecto amigo de Su Majestad. De nuevo tuve que abrir la bolsa para que tintineara el oro y me consta que, al estar el pronotario de Aragón asaz ocupado entre sus tareas y las que el rey le encomienda, le ha hecho saber que en cuanto pueda le dará audiencia, pero va para largo. De cualquier forma, yo sabré el cuándo y el dónde, y también lo que en ella se diga.

—Habéis trabajado diligentemente, caro amigo.

—Pero esperad, excelencia, aún hay más. Ya os he dicho que el azar tiene mucho que ver con mi trabajo.

—Proseguid, os escucho.

—Veréis, investigando el entorno de don Martín di en parar en la partera que asistió al último parto de su esposa y a la que he hecho un par de visitas. En la primera, entre halagos y lisonjas la fui tirando de la lengua; entonces la mujer habló y dijo que el hidalgo tenía cuatro hijas. Algo me olió mal ya que mis informes no coincidían con su aseveración, pues lo cierto es que tiene tres hembras y un varón. Pero entendí que no era momento para tirar de la cuerda y me fui sin más.

—No acierto a comprender...

—Tened un poco de paciencia, ya os he dicho que el azar desempeña un importante papel en los negocios de los hombres.

—Decid mejor la divina providencia.

—Así sea, excelencia. El caso es que tal como os relaté en mi última visita, fui enviado a la feria de Carrizo de la Ribera a fin de comprobar si la compañía de cómicos que allí iba a actuar representaría el auto sacramental anunciado con la debida propiedad y respeto. Al ser familiar del Santo Oficio, fui invitado a asistir a la corrida de toros que se iba a celebrar en honor de san Magín y en la que actuaba de caballero invitado don Diego de Cárdenas, que por cierto demostró gran valor y pericia al salvar la vida de su padrino, el cual, habiendo sido derribado por el toro, de no ser por la decidida intervención de su pupilo a estas horas podría estar dando cuentas a san Pedro; a ambos reconocí por haberlos visto en vuestra sede dos días antes, en ocasión de mi última visita.

—No comprendo adónde queréis ir a parar.

—Ya llego a ello, excelencia. Desde el palco de la Santa Inquisición divisaba perfectamente toda la plaza, cuando súbitamente, en el punto más alejado, pude ver a Marcelo, el correo que me enviasteis a Braganza, junto a la doncella de doña Beatriz, ambos acompañados por la comadrona de los Rojo e Hinojosa y una mujer a la que yo no conocía, que resultó ser el ama que crió al hijo de don Martín y que es una recogida de San Benito.

—En que quedamos, don Sebastián, hijo o hija...

—Ya termino. Antes de que finalizara el festejo, me escabullí entre la gente y me coloqué, embozado en mi capa, ya que María Lujan o vuestro correo me habrían reconocido sin duda, en la puerta por la que obligadamente tenían que salir, me acerqué a ellos con disimulo y mezclado entre la multitud los fui siguiendo hasta la explanada donde se iba a celebrar el auto sacramental. Las tres mujeres se pasaron la tarde porfiando y sin ponerse de acuerdo: el ama y la camarera que fue un niño lo que aquella noche trajo al mundo doña Beatriz y la partera que, con certeza, fue una niña, y que además la recordaba perfectamente por una mancha escarlata que la criatura tenía bajo la tetilla derecha.

—Eso es común en los recién nacidos.

—Pero la forma, excelencia...

—No os comprendo.

—Mirad... hace ya años, cuando estaba asignado a los archivos del Santo Oficio en Portugal, llegó a mis manos la curiosa historia de un relapso^[58] que pertenecía a una familia de banqueros judíos portugueses, los Lacri-Madei, que el rey Juan III hizo quemar en la hoguera en Lisboa por haber recaído en su herejía. Como observaréis, juntando la primera parte del apellido con la primera sílaba de la segunda parte formaréis la palabra «lacrima» que, como no ignoráis, en latín significa «lágrima». El hecho despertó mi curiosidad y me dediqué a buscar datos sobre la historia. Entonces, por una coyuntura favorable tuve en mis manos un tomo que me mostró un fraile

que fue miniador^[59] habilísimo, y que acostumbraba coleccionar los mejores trabajos que le interesaran de miniadores antecesores suyos; en esta ocasión se trataba de un códice muy curioso en cuyo lomo se veía claramente un número 1, y del que el monje al que encargaron el original, por orden de su superior según constaba en la primera página, hizo una copia donde se podían ver todas las manchas que se atribuyen al maligno, manchas que figuraban en la piel de algunos de los condenados por herejía, a fin de reconocerlas posteriormente en descendientes de los mismos, sobre todo en caso de que tuvieran relación carnal fuera del matrimonio con cristianos viejos y ésta tenía consecuencias. Allí constaban dibujadas y coloreadas, por tanto hechas con toda precisión y detalle. Y en la letra «L» y al lado de la historia del referido judío pude ver la marca: era exactamente un ojo llorando tres pequeñas lágrimas carmesíes.

—Sigo sin comprender adónde queréis ir a parar. —El obispo se rebulló inquieto.

—Excelencia, según sostuvo la comadrona que atendió a doña Beatriz de Fontes, la niña que nació aquella noche tenía bajo la tetilla izquierda una mancha que era, talmente, un pequeño ojo del que caían tres lágrimas escarlatas. Demasiada coincidencia parece.

—¿Y entonces?

—Entonces y a los pocos días volví a visitar a la comadrona y, apretando hábilmente sus tuercas, la llevé a mi huerto y le requisé la libreta en la que durante años llevó la relación de sus parturientas. Al lado de la señal correspondiente al parto de doña Beatriz de Fontes figuraba el dibujo muy primitivo pero suficientemente explícito. Aunque la mujer sostuvo que era una señal para recordar la primera vez que asistía a un parto en casa tan importante y que al no saber escribir lo había marcado con un ojo, pues en los apellidos del padre figuran las letras «o», «j», «o», ved... Rojo e Hinojosa, y que las tres lágrimas querían indicar que ya tenía tres hijas, yo recordaba perfectamente lo que aseveró en la feria de Carrizo ante las otras dos mujeres. Lo que no me pareció prudente sin haber dado oficialidad a mi visita fue urgirla, no fuera que se asustara en demasía, y pensé que ya tendría ocasión de apretarla si conviniera. Pero, observad...

Y tras esto decir, el portugués extrajo del bolsillo de su jubón una pequeña libreta cosida con un bramante y, abriéndola en un punto determinado, mostró al obispo el bosquejo primitivo pero muy claro de un ojo lagrimeante.

El prelado palideció.

—¿Os encontráis indispuerto, excelencia?

—No, tal vez el frío... ya sabéis que el frío me afecta en demasía. Si sois tan amable, hacedme la merced de tirar del cordón de la campanilla.

Al punto así lo hizo el de Fleitas y al instante apareció fray Valentín.

—¿Desea algo su excelencia?

—Así es, coadjutor. Hacedme el favor de traerme una copa de vino caliente, ya sabéis, del que acostumbro... ¿Vos deseáis tomar alguna cosa? Excusadme por no habérselo ofrecido antes.

—No, excelencia, mil gracias.

Se retiró fray Valentín y retornó al rato con una pequeña salvilla de plata donde portaba una copa de cristal tallado de Bohemia en cuyas facetas refulgía, irisada, la luz que despedía la gran chimenea, y que contenía un líquido de color rojo sangre; el coadjutor dejó en la mesilla auxiliar la bandeja y tras demandar la venia al prelado desapareció. El obispo bebió del licor y se rehizo al punto, dejó con parsimonia la copa en la vasera y, tras entregarle de nuevo el cuadernillo al familiar, habló otra vez:

—Esa historia me interesa, don Sebastián. Es posible, y no me extrañaría, que hubiere en esa familia una mancha impura. Vais a progresar en vuestras averiguaciones. Por cierto, convendrá que visitéis a ese médico. Quizás os aclare las cosas mejor que su comadrona. Pienso que, tal vez, debisteis de comenzar por él; y si se niega a colaborar, me lo traeréis aquí y yo os aseguro que hará el canario^[60].

—Perdonad, excelencia, pero mi larga experiencia me dice que es más fácil desatar las lenguas de los humildes, ya que su incultura y desconocimiento de las leyes los hace más asequibles y temerosos y, por serlo, temen a los que ellos intuyen importantes.

—Y ¿conocéis al susodicho médico?

—Efectivamente, reverencia, es el doctor Gómez de León.

—¡Pues visitadlo y dejad a un lado cualquier otro trabajo que os encomiende el Tribunal! Decid que estáis a mis directas órdenes y dedicaos en cuerpo y alma a este menester. Si hay un vestigio de sangre judía en las venas de esa familia, quiero que ese tumor sea extirpado. Debéis informarme si esa señal indigna está marcada asimismo en los otros descendientes y quiero saber de una vez por todas, el sexo de esa criatura, ya que de ser verdad lo que sostiene la comadrona deberemos buscar a otra persona diferente de la que cursa estudios en Salamanca, y veo algo extraño en todo ello.

Tras este discurso, el doctor Carrasco se levantó con dificultad del sofá y se dirigió a la gran mesa; de un cajón extrajo una bolsa que contenía treinta ducados, regresó junto al tresillo y se la entregó al portugués.

—Gastad lo necesario. No regateéis medios. Si todo llega a buen fin, seréis generosamente recompensado.

El portugués se había puesto en pie y tomando la escarcela se la colocó en la cintura.

—No dudéis, reverencia, de que seréis servido con celo y diligencia. Nada me complace más que ofrecer mis servicios a quien tan generosamente sabe apreciarlos. Si no tenéis a bien mandar algo más...

—Nada más, amigo mío. Bueno, tal vez sí. Me gustaría echar una ojeada a ese códice que decís guarda ese miniador amigo vuestro.

—Temo que no va a ser posible. Era mi deseo traéroslo en este viaje e intenté contactar con él en Lisboa para pedírselo en préstamo y en caso necesario requisárselo, pero ocurrió algo extraordinario.

—Decidme, ¿qué fue ello?

—Veréis, estuve en su casa en Lisboa, en la calle Luis de Camoens...

—¡No me importa donde vive vuestro amigo, únicamente quiero saber qué ha sido de ese maldito código!

El portugués se dio cuenta de que el humor del prelado se estaba torciendo...

—Pues veréis, excelencia, al código no sólo le falta la susodicha página, sino que en el índice no existe referencia alguna a la letra «L». Parecía haber sido arrancado; es como si jamás hubiera existido.

—Al final conseguiréis que crea en los milagros. ¿No será que fuisteis excesivamente cicatero con vuestro amigo?

—Sabe Dios que si en algún asunto me vanaglorio de ser excesivamente espléndido es en vuestro servicio.

—Bien, entonces id con Dios y buena caza.

—Con él quedad.

El obispo tiró de nuevo de la borla que accionaba la campanilla y cuando fray Valentín apareció le ordenó que acompañara hasta la salida al señor Fleitas de Andrade. Luego, al quedarse solo, se llegó al escritorio y extrajo del cajón derecho un espejito, se desabrochó la parte superior de su sotana violeta y aproximándose a una cornucopia que estaba colgada en la pared y en el centro de una mesa lateral se colocó ante ella de tal forma que, entre los dos azogados cristales, pudo examinarse la espalda. Allí divisó con claridad meridiana a la altura de su hombro una mancha con la forma perfecta de un ojo del que escapaban tres lágrimas escarlatas.

El portugués partió a caballo hacia la Corte a despachar un asunto personal y luego de cumplido y sin demora se dedicaría en cuerpo y alma a los negocios del obispo.

Raíces de odio (Muchos años antes)

Las siluetas eran confusas, aun a corta distancia, y desde el camino que constituía el paso obligado de carruajes y personas resultaba prácticamente imposible discernir nada. Las seis de la mañana era hora muy temprana para viajeros y por aquella zona no había cultivos ni, por tanto, campesinos o renteros que se dirigieran a sus labrantíos a trabajar la tierra.

El pequeño cementerio estaba ubicado en una vaguada entre Quintanar del Castillo y Río Seco de Tapia, y la evaporación de las aguas del Órbigo hacía que el relente y la escarcha, a aquellas tempranas horas, se convirtieran en una niebla baja que incluso impedía que un hombre consiguiera ver las punteras de sus zapatos y no se retiraba hasta muy entrada la mañana, cuando ya el astro rey, alzado en el horizonte, calentaba lo suficiente.

De haberse acercado alguien al muro que rodeaba el camposanto y la vieja ermita, hubiera podido presenciar una singular escena. Atadas a la cancela de hierro que daba paso al interior del sacro recinto se hallaban dos cabalgaduras: la una, de buen porte, un bayo de negra crin que, debidamente enjaezado, portaba en la cruz dos carteras de cuero propias de largos viajes y en el anca derecha el hierro propio de las caballerías pertenecientes al Santo Oficio; el otro animal era un rucio innoble, desgarrado y casposo, lleno de mataduras, con el cabestro de cuerda de esparto y dos alforjas de grueso saco que hacían las veces de silla y de las que sobresalían sendos mangos de un pico y de un azadón, que en aquellos momentos no eran necesarios a las figuras que se dibujaban borrosas entre la espesa bruma.

Una de ellas estaba en pie y vigilante. Era un hombre de buen aspecto, alto y recio, que vestía un colete sin mangas cerrado hasta el cuello, de piel de venado bien curtida y debidamente forrado y armado con ballenas que le servían a la vez de peto y de espaldar, caso de un ataque perpetrado con espada o daga; bajo él, un jubón de ropilla adamascado, de manga abullonada, unos greguescos altos y holgados hasta las rodillas y sujetos a ellas mediante cintas, medias abrigadas y botas altas de serraje; del tahalí pendía una espada cuya punta asomaba bajo su capote de viaje. Su rostro era prácticamente invisible, cubierto como estaba por el ala de un emplumado chapeo, que lo hurtaba a cualquier mirada curiosa; toda su vestimenta, así como sus aditamentos, eran de color negro. El otro individuo era chaparro y patizambo, pero terriblemente ancho de espaldas, con hombros y brazos poderosos; vestía como un campesino y había dejado sobre una tumba lateral su tabardo forrado de lana de oveja para poder, así, mejor trabajar. Su cara, aplastada y sin relieve, se hallaba perlada por gruesas gotas de sudor debido al esfuerzo que estaba realizando; al deslizarse desde su frente hasta su barbilla, alguna se alojaba, como canica en juego de niños, en los hoyos profundos que la viruela había dejado en su rostro. Su

indumentaria la componían camisa de lana, chaleco y pantalón de pana marrón, medias de estameña y polainas que abrigaban sus pantorrillas, talmente dos mazas de las que muestran los naipes en el palo de bastos; calzaba borceguíes de cuero.

El alto dirigía las operaciones:

—Ahora, ¡empujad!

Había colocado el hombre bajo la losa que cubría una tumba reciente un largo rodillo de madera, tras apartar unas flores que lucían marchitas sobre ella y hacer palanca con el mango de una herramienta; después y siguiendo las instrucciones del caballero, apuntaló sus pies en el borde de un túmulo vecino y accionando sus flexionadas piernas cual dos poderosos flejes presionó con sus callosas manos la piedra apoyada en el rodillo; ésta, lentamente, se fue deslizando sobre él y dejó al descubierto los ladrillos de barro cocido juntados con argamasa que apenas llevaban unas semanas colocados. Entonces el hombre se llegó hasta el jumento y de su alforja sacó un mazo de madera, un capacho de esparto y una escarpia de hierro, lo juntó todo y regresó junto a la sepultura; al punto comenzó a golpear con el mazo la cabeza del escoplo que clavó entre los entresijos de los ladrillos. El caballero alzó la mirada vigilante para ver si el eco de los golpes que rebotaba en la tapia del cementerio atraía la atención de algún caminante madrugador. Al ver la actitud del otro, el que picaba detuvo el martilleo.

—Proseguid. No os detengáis si no os lo ordeno.

El tac-tac-tac continuó y los tejos se fueron amontonando en el fondo del capacho a la vez que se agrandaba el agujero y aparecía la forma de un ataúd de caoba oscura ornado con un crucifijo de ébano únicamente manchado por el polvo que sobre él había caído a resultas de la operación de retirar los ladrillos. Cuando el hueco quedó libre, el hombre, pasándose el antebrazo derecho por la frente, miró al caballero reclamando instrucciones.

—¡Descerrajadlo!

—... Perdone vucencia, pero esto no estaba en el trato.

—¡Haced lo que os digo!

El hombre escupió en la palma de sus manos, las refregó una contra otra en un gesto automático y rezongó:

—No me gusta trajinar con muertos. Esto os costará cincuenta reales más.

—Os daré cien, pero vais a obedecerme en todo sin rechistar.

—Como mandéis.

—¡Pues proceded, maldita sea!

El hombre tomó el mazo y la escarpia y de un seco golpe descabezó la cerradura. El caballero se acercó a la fosa y con su enguantada mano alzó la tapa del ataúd. Un olor nauseabundo atacó el olfato de ambos cuando apareció un cuerpo inhumado con el hábito de los terciarios de San Francisco; el rostro barbado y palidísimo estaba orlado por la capucha marrón de la orden.

—¡Ayudadme, hemos de darle la vuelta!

—Excusadme, señor, pero tocar a un muerto es cosa de mal augurio. Os repito que...

—Hemos hecho un trato. ¡Los muertos no os harán nada, mejor haréis guardándoos de los vivos! ¡Pardiez que sois timorato! ¡Venga, ayudadme!

Ambos hombres trajinaron hasta que consiguieron dar la vuelta al cadáver. Entonces el caballero metió su mano bajo la capa y apareció en ella una daga afilada; raudo y expedito rasgó el hábito del muerto, dejando su espalda al descubierto. A la vacilante luz de la madrugada, se

agachó para mejor ver: a la altura del hombro diestro se distinguía, nítida, en la cerúlea piel, una mancha escarlata de forma peculiar. El negro personaje se quedó concentrado en ella, absorto y atentísimo. Los ojos del gañán miraban curiosos y atrevidos.

—¿Era eso lo que tanto os importaba?

—¡No os pago por hacer preguntas!

El hombre se creció:

—Me vais a pagar cien reales por el trabajo y cien más por callar todo lo que he visto, que intuyo os importa en demasía.

—Sea como decís. Pero primeramente ayudadme.

El caballero dejó la daga en la tierra y luego ambos dieron media vuelta al cadáver, cerrando acto seguido la tapa de la caja; después los dos se incorporaron. En los porcinos ojillos del campesino brillaba la codicia. Entonces el de negro llevó su diestra a la cintura y al punto apareció en su mano la espada. En la mirada del otro la avaricia dejó paso al terror, y en un Jesús la filosa partió el corazón del hombre de una estocada rápida y certera; éste, girando sobre sí mismo, cayó sobre la abierta tumba dando un traspie mientras intentaba contener con sus manos el chorro de sangre que le manaba del pecho.

—Me habéis ahorrado esfuerzo, ¡vive Dios!

El caballero limpió la punta de su tizona en la ropa de pana del labriego y luego de envainar, empujándolo con la suela de su bota, lo terminó de colocar dentro de la sepultura. Después se desembarazó del ferreruelo y del tahalí a fin de poder obrar con mayor comodidad y sin impedimentos, y con mucho esfuerzo obligó a la lápida a deslizarse sobre el rodillo hasta que logró encajarla de nuevo en su primitivo lugar. Hecho lo cual, tomó los aperos de trabajo y los colocó en las alforjas del jumento; finalmente recogió su capa, su espada y la daga que yacía en el suelo y, atando la rienda del borrico en al arzón de su cabalgadura y tras sacudirse el polvo de sus negros ropajes, montó en ella y se alejó en tanto la niebla se alzaba despacio a la vez que unos tímidos rayos de sol entraban de puntillas por el este.

El regreso de Josué

Josué Yed-Amircal había regresado a Lisboa. Entendía que el peligro acechaba a los de su pueblo por todas *partes*, pero el *shefa*^[61] estaba en su interior. Sus antepasados habían tenido que huir, dejando sus casas y todas sus pertenencias en un plazo de treinta días, y pagar cánones inauditos por el mero hecho de pasar por un territorio o pernoctar en un mal refugio. Ellos, que habían sido la ayuda de los reyes cristianos, sus banqueros, sus consejeros y los factótum de la gran empresa que representó la Reconquista, ellos, que fueron la honra y prez de la pluricultural Toledo, habían sido mal pagados, traicionados y vilipendiados. Las familias se desperdigaron; unas se quedaron en España como *anusim*^[62] y otras a través de mil vicisitudes y peripecias llegaron a Estambul, estableciéndose allí junto con los *ashkena-zim*^[63] y el resto de los que llegaban de Sefarad, para dedicarse a lo que mejor sabían hacer, que era trabajar y crear riqueza para el país que los había acogido.

Había escuchado mil veces en boca de su padre la historia de su bisabuelo. En los días anteriores a la Diáspora, las discusiones fueron el terreno abonado donde se debatían todas las dudas de aquel pueblo, por otra parte tan proclive a ellas, condenado a errar por el mundo por los siglos de los siglos y a no echar raíces en lugar alguno. Una de las familias que había optado por la partida hizo un alto en el camino tras muchas horas de viaje, y entonces oyó el llanto de un niño en la parte trasera de su carro. Fueron retirando la carga que allí se amontonaba y, ante sus asombrados ojos, apareció una cesta de mimbre con un niño alojado en ella que exhalaba un fuerte olor a vino dulce. Lo sacaron de su escondrijo y, en tanto las mujeres lo lavaban y alimentaban, los hombres comenzaron a debatir el significado del hallazgo; la conclusión fue que una familia de las que habían decidido permanecer en el país y aceptar la ley que les obligaba a convertirse al cristianismo había convenido, por si las cosas no resultaban como ellos imaginaban, que uno de sus vástagos, y con él la semilla de su estirpe, abandonara la península Ibérica en una de las caravanas que se organizaban para huir, antes de que el plazo de salida terminara. De esta manera ocultaron a la criatura en una de las galeras de los que emigraban, no sin antes darle una buena cantidad de mosto con azúcar a fin de que el pequeño durmiera durante un largo trecho y su llanto no delatara su presencia hasta que estuvieran demasiado lejos y fuera demasiado tarde para que a nadie se le pasara por las mientes regresar con objeto de averiguar a quién pertenecía la criatura. Lo curioso fue que entre sus ropas encontraron una llave que supusieron podía ser la de la casa de sus antepasados, y quisieron que el niño la conservara para que al crecer supiera que en algún lugar de Lisboa estaban sus raíces; pero más curioso aún fue que grabada en ella se podía leer una inscripción:

Y pese a que todas las familias del barrio se conocían entre sí, este apellido no correspondía a ninguna de ellas. Las gentes que se hicieron cargo del recién nacido lo adoptaron como hijo, pero lo inscribieron en el gran libro con las letras que figuraban en la llave como si éste fuera su auténtico apellido. De esta manera, cuando su bisabuelo creció y fundó una familia, y luego su abuelo y su padre hicieron lo propio, para toda la comunidad judía de Estambul ellos eran y fueron siempre los Yed-Amircal.

Su padre conservó la antigua fe y las costumbres que le enseñó su abuelo, el cual a su vez las aprendió de su bisabuelo y éste de la familia que lo acogió. Él, desde muy pequeño, recordaba que en la fiesta del Yom Kippur^[64] se ponía en la presidencia durante el tiempo que duraba su celebración la llave de la casa de Lisboa, heredada de padres a hijos a través de las generaciones, y que era para ellos el paradigma de la belleza y de la felicidad de lo que intuían fue su pasado, en la creencia absoluta de que algún día regresarían a ella y recobrarían su historia.

Josué había nacido en Estambul, pero su corazón pertenecía a Portugal. Los relatos de su abuelo junto a la lumbre le hacían vivir la Diáspora^[65] como si él en persona hubiera dirigido la huida de los suyos a través de las tierras de Europa como nuevo Moisés... Y una noche, recordaba que era la fiesta de Januccá^[66] de hacía ya muchos años, decidió que un día regresaría al solar de sus antepasados.

Los Yed-Amircal, desde que se habían afincado en aquella ciudad se dedicaban a la compra y venta de manuscritos antiguos tal como el bisabuelo había aprendido de la familia que lo adoptó, enseñanza que luego transmitió a su hijo, que hizo lo mismo, y así sucesivamente, hasta llegar a ellos dos. De esta manera Josué y su hermano Elías se convirtieron, cuando llegó su tiempo, en dos auténticos expertos en la restauración y el cuidado de los manuscritos, así como en el arte de descifrar signos y frases cabalísticas.

Una mañana llegó a su tienda, situada junto a la mezquita de Solimán, un comerciante con el que hicieron tratos y trabaron conocimiento. Se dedicaba el hombre a recorrer los monasterios de Europa y Oriente comprando libros y pergaminos desechados por los monjes por defectuosos, ya fuese porque les faltase alguna hoja o porque un fragmento principal se hubiere extraviado o tuviese alguna raspadura; en aquella ocasión les ofrecía un viejo volumen trabajado en papiro egipcio y dedicado a los autos de fe celebrados en la península Ibérica desde 1500, y cuyo título rezaba así: *Manchas del diablo y otras huellas que éste deja en el cuerpo de sus fieles para distinguirlos en éste y en el otro mundo*. En el índice figuraba una relación de apellidos, uno de los cuales llamó poderosamente la atención de Josué; sin embargo, la página de las señales que a dicho apellido correspondía había sido arrancada. En el lomo del volumen aparecía un número 2, como si fuera la segunda parte o copia y tuviera que haber una primera u original. Todo lo que le reportara noticias del pasado acerca de aquel tema, interesaba sobremanera al joven. De modo que tras consultar con su hermano, la sospecha que había germinado en su cabeza, debida a la práctica de ambos en resolver jeroglíficos y signos cabalísticos, a raíz del apellido que allí figuraba, le hizo tomar su decisión y, sin él saberlo, actuó de catalizador y fue el desencadenante del paso que iba a dar, hasta aquel instante demorado.

Aquella misma noche habló con su padre. Se reunió el consejo de la familia presidido por la venerable figura del abuelo y, tras intentar disuadirle aduciendo los peligros que le acarrearía el viaje, amén de los que allí encontrara por el mero hecho de pertenecer a una raza maldita, y ante su cerrazón, se pusieron todos a la tarea de ayudarlo. Lo primero fue proveerlo de documentación falsa que acreditara su condición y origen, cosa relativamente fácil para una familia dedicada a la restauración de antiguos libros, papiros y pergaminos de toda clase. En sus papeles figuraría como copista y bibliófilo versado en latín, portugués, arameo y castellano, y viajante de comercio. Su nuevo nombre fue Mateo Cuaresma y la fecha de su nacimiento la correspondiente a los años que tenía, que eran treinta y dos. Cuando ya todos los preparativos estuvieron terminados, la última noche su padre compareció en su alcoba.

—Tomad, hijo mío —le dijo—. Con mi bendición os entrego la llave de la casa de nuestros antepasados. Me gustaría saber con certeza quiénes somos y de dónde venimos antes de que el Señor me llame a la casa grande. Si el *zedek*^[67] existe, sé que me concederá lo que le pido.

Y de esta manera, Josué Yed-Amirca, alias Mateo Cuaresma, fue al encuentro de su destino.

El viaje duró tres largos meses. Partió de Estambul en un barco mixto de carga y pasaje cuyo capitán, un viejo marino chipriota que debía ciertos favores a su padre, lo acogió a bordo por un módico precio a condición de que se acoplara a su rumbo y se aviniera a hacer cuantas paradas fueran necesarias a fin de que el barco siguiera la ruta que le marcaba su conveniencia, sin perjuicio ni impedimento alguno por su parte. La travesía por el mar de Mármara fue buena, el tiempo acompañó hasta que el barco asomó el mascarón de su proa al Egeo. Allí Josué supo lo que era un temporal. El paso de las Eubes lo hizo en el sollado sin poder levantarse de su coy, tal era el estado de su estómago, y cuando ya creía que el mar no podía aumentar su rudeza, el paso por el cabo Matapán le demostró cuan equivocado estaba. En un momento dado, no soportando el balanceo en el interior de la embarcación ni la fetidez de sus propios vómitos, subió a la cubierta; todos los hombres trabajaban bajo presión y el bajel, con una pequeña vela a proa y el resto del trapo recogido, subía y bajaba verdaderas montañas de agua. Parecía un milagro que coronara la siguiente cresta, y cuando tras un instante de duda iniciaba el descenso, adquiría una velocidad tal que encogía el espíritu y parecía mismamente que se precipitara a las puertas del Sitra-Ahra^[68]; y a la inversa, cuando llegando al final de un seno tocaba fondo y quería reaccionar crujiendo como un leño mojado en el fuego, entonces la siguiente ola se le echaba encima inundando la cubierta de espuma y barriéndola de proa a popa. Josué se agarró como pudo a una bita y asomando la cabeza sobre la amura de estribor se dispuso a enviar al fondo del mar los restos de comida que pudieran quedar en su estómago; se equivocó de lado y lo hizo por barlovento, y todo su vómito volvió sobre sí mismo acabando de descomponer su apariencia. Poco tiempo tuvo para ocuparse de sí. La violencia del temporal hizo que una eslinga^[69] de la carga se soltara y, al fallar la estiba^[70], un fardo de unas cien libras o más barrió la cubierta llevándose por delante a un marinero de Rodas que quedó aplastado contra el espejo^[71] de popa. Entrando en el Jónico pareció calmarse la ira de Poseidón y, como si la embarcación saliera de una batalla naval, tras seis días más de navegación llegaron a Siracusa y allí se quedaron casi dos semanas reparando los desperfectos, calafateando el barco y esperando que los vientos fueran propicios.

Josué dedicó aquella parada forzosa a recabar información de los territorios que iba a visitar. Acudía muchas noches a los establecimientos de comidas del puerto y allí procuraba pegar la

hebra con marineros o personas que por su aspecto parecieran estar de tránsito; así se enteró de que la guerra que España mantenía en Flandes y en el Palatinado continuaba y que en Portugal se respiraban aires de independencia. En cuanto al tema que le interesaba, parecía que la represión hacia su pueblo en ambos países continuaba aunque, tal vez, algo había remitido. Pensó que quizás, al necesitar dinero el primer ministro del rey de España, don Gaspar de Guzmán y Pimentel, duque de Sanlúcar la Mayor y conde de Olivares, había distendido su política antisemita para poder acudir a los banqueros de su pueblo que junto con los genoveses eran, como siempre, los amos de los caudales.

Una noche, apenas había subido a bordo cuando el capitán lo hizo llamar para comunicarle que aprovecharían la subida de la marea del plenilunio para zarpar rumbo a Túnez. La noche lucía tan hermosa y la mar estaba tan en calma que decidió no dormir para ver la partida del bajel. Aproximadamente a las tres de la madrugada el capitán dio la orden y el contramaestre inició la maniobra. ¿Cómo podía ser el mar tan diverso? Recordaba la llegada, con la embarcación hecha unos zorros y las aguas revueltas y espumosas hasta casi la arribada a puerto, y ahora la balsa de su casa estaba por las tardes y cuando jugaban en ella los chiquillos más movida que aquella plana superficie azul donde el rielar de la luna marcaba una senda plateada a cualquier parte. Cuando al mediodía de la jornada siguiente doblaron la punta del cabo Passero, el capitán trazó el rumbo de la segunda etapa de su viaje. Como todo lo que desconocía le interesaba, se dirigió a la bitácora para ver cómo el marino era capaz de encontrar su camino sobre el mar. Tenía el hombre en sus manos una carta desplegada en la que fácilmente se adivinaba la punta de la bota que era la península Itálica, todo el norte de África desde Túnez hasta las columnas de Hércules y la parte sur de Iberia, un cartabón de cuyo centro salía una guita que recorría el borde numerado y frente a él y flotando en un cuenco de aceite una aguja imantada que siempre marcaba el mismo punto. Con estos artilugios, el capitán le mostró lo sencillo que era encontrar el sitio exacto de la costa adónde quería que el barco se dirigiera; Josué pensó que el progreso era imparable y que los hombres estaban destinados a dominar el mundo, y su pueblo había sido escogido para servir de guía a los hombres. De ahí que la envidia se hubiera cebado en él. Cuando se encontraron frente a las costas africanas navegaron en cabotaje^[72] y tocaron los puertos de Bizerta, Argel y Oran, donde descargaron unos productos y cargaron otros, sin olvidar jamás agua y comida; llegando a Ceuta atravesaron el estrecho para cruzar a través de las columnas de Hércules y llegar a Gades, ya en el litoral español. Después, tras otros dos días de navegación doblaron el cabo San Vicente, donde encontraron de nuevo el mar muy crecido, para luego subir hasta su destino final bordeando las costas de Portugal. Al cabo de dos paradas más y catorce días de navegación remontaron el estuario del Tajo y llegaron a Lisboa.

El sueño de Josué Yed-Amirca, alias Mateo Cuaresma, empezaba a cumplirse.

Lisboa

Josué tenía decidido todo lo que iba a hacer en llegando a su destino. Durante su largo viaje tuvo tiempo sobrado para meditar sus planes. Tras despedirse del capitán y agradecerle sus desvelos, bajó a tierra por la pasarela que habían tendido desde el barco hasta el puerto y se dispuso a poner en marcha sus proyectos. Lo primero fue alquilar una silla de manos e indicar a sus portadores que le condujeran al barrio de la Alfama, pues había llegado a la conclusión tras largas charlas con su padre de que era allí donde había comenzado la aventura de su familia. Arrojó sus alforjas dentro de ella y se acomodó en su interior; el balanceo de su nuevo transporte le fue quitando el mareo que le había sobrevenido al poner los pies en tierra firme tras tantos días de navegación. Tres hombres se ocupaban de su acarreo; dos de ellos cargaban con su peso y el tercero caminaba a su lado, y supuso que iría relevando a los otros para que al turnarse el esfuerzo fuera menor.

Josué aprovechó la coyuntura para recabar información. De esta manera supo que en las casas del antiguo barrio judío vivía en la actualidad una mayoría de familias acomodadas y, sin duda, se daba la mayor concentración de librerías de la ciudad. Demandó luego al hombre la dirección de una buena posada para instalarse durante algunos días antes de hallar un acomodo que le conviniera. Éste, tras consultar al que iba tirando en la parte delantera de las parihuelas, le recomendó un figón de cierta calidad que por lo visto regentaba un cuñado suyo. Allí se detuvo la comitiva y, tras pagar el recorrido y dar una generosa propina, fue presentado entusiásticamente a la mujer del dueño, con la que acordó un precio; finiquitado el trato, pudo tomar posesión de un cuarto en el segundo piso que daba a la calle de las Ánimas del Purgatorio y, desde luego, todas las gestiones las hizo ya con su nuevo nombre, Mateo Cuaresma. El aposento era muy sencillo, pero estaba limpio y olía a desinfectante; Josué, tras tantos días de dormir en una hamaca, oler a brea, a galleta rancia y a pescado en salmuera, tuvo la sensación de haber regresado al hogar paterno. La estancia, que al principio pensó sería provisional, se fue alargando a su conveniencia, pues estando allí no tenía que preocuparse de comidas ni de otras cosas que le distrajeran del objetivo que se había trazado, amén de que el propietario, que era gente buena y sencilla, al comprometer su estada por un tiempo largo le arregló el precio, teniendo en cuenta que él pagaba siempre por adelantado y con buena moneda. Su primera ocupación fue recorrer las empinadas calles del barrio y visitar a todos los librerías a quienes su trabajo pudiera interesar; y lo hizo al amparo de sus nuevos documentos y mostrándose como especialista en los conocimientos que ellos acreditaban.

Al atardecer del cuarto día entró en un pequeño taller cuyo olor le recordó el de su despacho

de Estambul, al que llegó por indicación del patrón de su posada. Se encontraba detrás del mostrador un hombre de mediana edad, canoso y con las puntas de los dedos manchadas de tinta, cuya inteligente mirada se asomaba tras los gruesos cristales de unos anteojos. Mateo se presentó y, tras explicarle de parte de quién venía, mostrarle sus credenciales y ponerle al corriente de sus habilidades, le dijo que buscaba trabajo y que si sabía de alguien que pudiera precisar de sus servicios le haría mil mercedes. El otro, que por lo visto tenía tratos con su posadero, le dijo que le diera unos días de plazo y que ya le avisaría en caso de tener algo.

Los días pasaron y cuando ya Mateo estaba a punto de usar una carta de recomendación que le había dado el patriarca de la familia adoptiva de su abuelo para alguien de Lisboa que tenía negocios con él, recibió la llamada del librero.

Acudió Mateo a la cita y al punto agradeció al hombre su interés. El otro le respondió diciendo que el favor era mutuo, ya que le había proporcionado la ocasión de quedar bien con un excelente cliente que precisaba los servicios de alguien tan especializado como él, cosa harto difícil de hallar en aquella ciudad; y al esto decir le tendió un billete en el que, escrita con una historiada letra gótica, se podía leer la siguiente dirección: Rúa das Andas, número 21. Mateo preguntó al librero cuándo y a qué hora debía acudir a la entrevista y el hombre le respondió que podía hacerlo durante todo el día siguiente, que su cliente no iba a moverse de su casa.

Vistiendo su mejor traje, cuidando de ponerse un jubón cuyas hombreras estuvieran forradas de guata para así mejor realzar su enteca figura y calzando sus mejores borceguíes con el fin de causar una buena impresión, Mateo se dirigió a la dirección que le había proporcionado el librero. El número 21 de la citada calle correspondía a una mansión reciamente construida, en la que el paso del tiempo no había dejado huella; saltaba a la vista que sus ocupantes tenían la capacidad económica suficiente y el buen gusto necesarios para que tal cosa no ocurriera. Tiró de una cadenilla y en algún lado debió de sonar una campana que sus oídos no percibieron, pero sí los de un mastín que compareció ladrando, enseñando sus afilados colmillos y arañando con sus poderosas patas la base maciza de la verja tras la que él esperaba. Al cabo de un rato apareció una criada que llamando al perro por su nombre y tranquilizándolo, lo sujetó por el collar y se lo llevó para atarlo a una argolla que estaba junto a una caseta de madera que, supuso Mateo, sería su refugio. Tras abrir la cancela, dejar el paso franco y preguntarle su nombre y condición, lo acompañó al interior de la casa y luego de hacerlo esperar en el recibidor y anunciarlo lo hizo pasar a una agradable estancia donde se encontraba un caballero de mediana edad; el hombre se hallaba tras una mesa y al verlo se levantó presto de su asiento y se llegó hasta él en una tesitura afable y cortés. Luego de tomar asiento y presentarse, le dijo que su gran afición eran los libros antiguos y que su librería era una de las más notables y completas de Portugal. Y siendo así que ya le desbordaba, quería hacer un archivo por temas y por años con el propósito de ordenarla y saber hacia dónde debía dirigir su afición de coleccionista, pues tenía un solo hijo cuya profesión era la de marino y aquellos temas no le importaban en absoluto; casi nunca estaba en Lisboa y en esos momentos estaba embarcado en la expedición de Bartolomé Díaz, rumbo a las colonias portuguesas de ultramar. Él había dado voces con el fin de encontrar una persona apta para aquel trabajo y su librero le había indicado que, casualmente, creía haberla encontrado.

Luego de esta prolija explicación recabó datos e informes de Mateo, ya que quería saber a quién metía en casa, pues largas temporadas las pasaba en su casa de Coimbra, ya que dicha capital tenía una vida intelectual mucho más fecunda que Lisboa, y su colección poseía un gran

valor. A Mateo le gustó desde el primer momento el hombre, y al punto extrajo de su bolsa sus credenciales y se las entregó; el otro, tras calarse sus anteojos se aproximó a la ventana y leyó atentamente. Después de pedirle los datos de dónde vivía, le comunicó que si le convenía el trabajo estaba contratado y que sus condiciones eran una libra y media a la semana, seis días de trabajo y la comida del mediodía, ya que al caer un poco alejada la vivienda de Mateo se le hacía una pérdida de tiempo muy grande desplazarse dos veces cada día. Mateo se congratuló de su buena suerte y aceptó las condiciones de inmediato; algo en su interior le dijo que estaba en la vía buena. Demandó al hombre, cuyo nombre era Manuel Castelobranco y Antunes, cuándo debía comenzar y éste le respondió que, si le convenía, podía hacerlo al día siguiente. Cuando le acompañó a la puerta de la entrada le hizo un comentario sobre el acento de su portugués y Mateo le respondió que había aprendido aquel idioma lejos de su patria. No hubo más preguntas al respecto.

Mateo dio gracias a *Elohim*^[73] por su buena fortuna. Había encontrado un trabajo que lo introducía en el mundo que le interesaba para sus averiguaciones. El hombre le había parecido una excelente persona e iba a ganar unos dineros que le permitirían vivir dignamente sin nada pedir a los suyos.

Comenzó su tarea a la mañana siguiente y hasta que hubo pasado un tiempo no fue totalmente consciente de su buena estrella. Don Manuel era un auténtico enamorado de los libros, y era un gozo poder acceder a aquella biblioteca. El ambiente de la casa era agradable, la comida excelente y hasta el mastín parecía haberle cobrado afecto. Pasaron los meses y su patrón cada vez prolongaba más sus ausencias; él quedaba en la casa como dueño y señor y la criadita que le recibió el primer día, pese a que su aspecto siempre fue desmedrado, su estatura escasa y su delgadez extrema, lo cuidaba con un esmero y un mimo tras los que adivinaba que la chica escondía otros planes.

Un año largo había transcurrido ya desde sus inicios en aquel menester, cuando una mañana don Manuel le propuso que, si le convenía, podía dejar su posada y trasladarse a vivir a su mansión. El cuarto de su hijo estaba vacío y éste iba a permanecer fuera de Portugal varios años. Mateo se ahorraría unos buenos dineros, trabajaría más descansado y él, en sus ausencias, dejaría la mansión mejor guardada. A Mateo le pareció de perlas la propuesta y a los dos días, luego de despedirse de los dueños de su posada agradeciéndoles cuantas cosas habían hecho por él, hizo su traslado en un carronato que alquiló asombrándose de lo que en un año habían ido creciendo sus pertenencias. Un paquete llevó en sus manos con los dos efectos que no abandonaba jamás: el código cuyo descubrimiento le hizo emprender su viaje y la llave de la casa de sus antepasados. Dos sucesos importantes decidieron su destino y ambos acontecieron en un breve espacio de tiempo. Una noche de invierno, recordaba que hacía mucho frío, su cámara estaba totalmente oscura pues el fuego de la chimenea se había apagado y en el duermevela le pareció oír que alguien abría la puerta de la habitación; ni tiempo tuvo de despertar cuando sintió que un cuerpo joven y tibio se deslizaba entre las sábanas de su lecho. Mateo había cumplido los treinta y cinco años y hacía dos que no yacía con mujer; sintió el tirón de la carne y cayó en la tentación. Cuando todo terminó, de igual forma como había comenzado, la muchacha se levantó y tomando su camisa salió de la estancia. A la mañana siguiente ella sonreía feliz y Mateo no sabía adónde dirigir su mirada. Aquella situación se fue repitiendo noche a noche siempre que don Manuel no estuviera en la ciudad. Por las noches eran amantes y durante el día Isabel, que así se llamaba la muchacha, y

él se trataban con la distancia y el respeto que correspondía a su condición. Esta circunstancia ensombrecía el carácter de Mateo y le tenía tenso e intranquilo. Por una parte comprendía que aquello no estaba bien, pero por otra... su carne era débil y su soledad mucha. La otra cuestión que cambió su vida fue una coyuntura increíble que le puso en la vía de la solución de todas aquellas cosas por las que había emprendido su viaje. La librería de don Manuel estaba totalmente ordenada y puesta al día. Mateo le había organizado un completo archivo por materias y por fechas, e incluso el hombre le pedía consejo cuando le ofrecían o él pretendía comprar un nuevo ejemplar. Una mañana lo abordó cuando estaba subido a la escalerilla donde se encaramaba para alcanzar el último anaquel, ya que su menguada estatura le impedía acceder a él sin recurrir a dicha ayuda. Don Manuel le confió que un clérigo buen amigo suyo, especialista en volúmenes que versasen sobre temas de la Iglesia o de órdenes religiosas y que frecuentemente le proponía cambios sobre libros cuyos temas interesaban a uno y no al otro, le había pedido a raíz de los comentarios laudatorios que sobre su persona había emitido en cantidad de ocasiones que le prestase un tiempo a Mateo para poner un poco de orden en su archivo y realizar una labor pareja a la que había llevado a cabo, con tan buen resultado, en casa de don Manuel; éste no tenía inconveniente alguno en hacerle el favor siempre y cuando Mateo no pusiera alguna objeción. A él le pareció de perlas, porque de esta forma se alejaría unos días de su tentación y además entraría de lleno en el tema que tanto le atraía e interesaba. De manera que un par de días después de la charla mantenida, cogió parte de sus cosas y se trasladó a la casa del clérigo.

Vivía éste en una esquina de la calle de Luis de Camoens, en un antiguo barrio que en tiempos fue la segunda judería de la capital. La casa no estaba, como la de don Manuel, bien conservada, y únicamente la solidez de su construcción había impedido que el paso del tiempo hiciera mella en su estructura. El clérigo era un tipo adusto y poco comunicativo que le hizo preguntas de un capcioso que jamás le había hecho su patrón; Mateo se escabulló hábilmente, pues ya tenía muy bien aprendida su lección, y al cabo de un par o tres de días, ante la calidad de su trabajo, el desconfiado fraile se rindió y le dio los poderes necesarios para manejar sus libros aunque él, cosa que pasaba frecuentemente, se hallara ausente. El desorden de la biblioteca era total. Mejor dicho, aquello no era una biblioteca; aquello era un cúmulo de libros metidos en cajones de madera sin ningún orden ni concierto. La labor de Mateo iba a ser ímproba y se vio obligado a decirle a don Manuel que su trabajo se iba a alargar mucho más tiempo del previsto. Su nuevo cuarto estaba bajo el tejado y no tenía, ni con mucho, las comodidades de la otra casa. Pero no le importó. Su labor le apasionaba y allí podía estudiar a fondo muchos de los temas que tanto le interesaban al respecto de los sucesos acaecidos allá por el 1506.

Una tarde tuvo la certeza de que *Ein-Sof*^[74] estaba con él. En el fondo de una de las cajas más deterioradas y sin sospecharlo siquiera, encontró un volumen lleno de polvo que por su tacto y forma le resultó conocido. Se sentó a hojearlo y casi le da un pasmo. Tenía en sus manos, y con el número 1 en el lomo, el volumen gemelo del que él guardaba en su cuarto; miró instintivamente a ambos lados, pese a que sabía que nadie a aquella hora estaba en la casa, y rápidamente lo escondió entre su camisa y el jubón. La mañana se le hizo eterna, pues con la excusa de que aquella tarde don Manuel marchaba a Coimbra deseaba decirle al clérigo cuando llegara que tras el almuerzo se demoraría y que volvería a la hora de la cena. Así lo hizo, y luego de obtener su permiso partió como un villano con su tesoro escondido entre los pliegues de su capa. Arribó a su destino e Isabel le abrió la cancela con un mudo reproche en el fondo de sus ojos. Sin embargo, él

no tenía tiempo, en aquel momento, para otra cosa que no fuera subir a su habitación y revisar su hallazgo.

Cerró la puerta atrancándola con el pasador y, arrimándose a la ventana, se dispuso a investigar. Colocó ambos volúmenes uno al lado del otro en una mesilla, y los cotejó cuidadosamente; el segundo volumen no era la continuación, sino la copia exacta del primero. Entonces comenzó a buscar en el primer tomo la página que faltaba en el que había llegado a sus manos en Estambul. ¡Allí estaban dibujadas y perfectamente coloreadas las manchas encontradas en la piel de algunos de aquellos desgraciados, y que según el tribunal del Santo Oficio eran marcas del maligno! Y al costado de cada una de ellas aparecían el nombre y los apellidos de los condenados a la hoguera. A Mateo se le detuvieron los pulsos. Ante sus asombrados ojos se hallaba la señal que su abuelo y su hermano tenían en la espalda y, aunque el nombre no coincidiera, era evidente que ¡había encontrado los orígenes de su familia! No tenía mucho tiempo y se puso a trabajar. Con una fina cuchilla que extrajo de un estuche en el que guardaba las herramientas de su oficio, cortó a ras de margen la hoja correspondiente a las manchas y luego hizo lo mismo con las del índice que a ellas se referían; después tomó su códice, el que tenía en el lomo el número 2, y abriendo cuidadosamente el forro exterior de piel alojó con mucho tino entre la tapa dura del volumen y la cubierta de cuero repujado las hojas que había guillotinado del códice hallado en la casa del clérigo. Cuando terminó su trabajo, tras encolarlo y coserlo, nadie habría imaginado que aquel libro hubiera sido manipulado anteriormente; después lo ocultó bajo la mesa camilla y colocó sobre él un gran brasero de hierro fundido a fin de que el engrudo se asentase y su trabajo quedara irreprochable.

Cuando todo estuvo terminado se fue al puerto. Los barcos que partían de Lisboa o no le convenían, porque su ruta era otra, o no había sitio en el pasaje hasta al cabo de veintidós días. Entonces tomó su decisión. Se dirigió al mercado de ganado y animales de carga y monta, que estaba en la plaza del Duque de Moura, y se hizo con un castrado que le pareció tranquilo y resistente, lo pertrechó de los arreos necesarios para un largo viaje y mediante el oportuno pago le buscó cuadra y acomodo para aquella noche; después encaminó sus pasos al mercadillo de ropa vieja que se hallaba en la plaza de Lourenco Marqués, tras la parada de diligencias, y allí se hizo con una vestimenta de peregrino y un viejo hábito del Carmelo con sus correspondientes aditamentos. Con todo ello regresó a casa de don Manuel y, viendo que en aquel momento Isabel salía por la puerta del jardín, esperó a que la muchacha doblara la esquina. Entonces introdujo la llave en la cerradura y cruzando el jardincillo ante la mirada indolente del mastín, que hizo caso omiso de él al haberlo reconocido, entró en la casa, subió a su habitación y tras comprobar que allí seguía su hallazgo ocultó los bultos con sus compras en el fondo del armario; luego tomó el códice cuyas páginas había hurtado y se dirigió a la casa del clérigo.

Tocó la campanilla y al punto abrió la puerta el criado. Mateo lo saludó y el hombre, sabiendo que trabajaba para su amo, sin nada preguntar y casi sin contestar el saludo lo dejó pasar. Dirigióse presto a la biblioteca y tras encender un candil y un candelabro sacó de su bolsa el códice. Lo colocó en un estante detrás de otros muchos volúmenes, se instaló en el escritorio del fraile y luego de afilar con una navaja la punta de un cálamo, mojarlo en el tintero y acercarse el candil, se puso a trabajar a fin de que el hombre a su regreso lo encontrara atareado. Pasaron cinco cuartos de hora y a las ocho en punto el ruido de la llave en la cerradura anunció la vuelta del eclesiástico. Mateo había desarrollado una buena labor durante el tiempo que llevaba

trabajando para el hombre y cuando le dijo que había recibido graves noticias de su familia y que su deber de hijo le obligaba a regresar a su casa, éste respondió que lamentaba enormemente el perderlo ya que nunca nadie había cuidado sus libros como él lo había hecho, y que estaría eternamente agradecido a don Manuel por la deferencia que con él había tenido al prestarle a tan buen bibliotecario, pero que de cualquier manera su actitud como hijo y cristiano le honraba. Siendo como era el hombre harto tacaño, Mateo cobró su trabajo mejor que bien y tras decirle que si volvía estaría dispuesto, caso de que a don Manuel no le interesase, a tomarlo a su servicio, Mateo recogió sus bártulos y regresó a la casa de Castelobranco.

Un cúmulo de sentimientos encontrados pugnaban dentro de su corazón: por un lado no decir nada a nadie y de madrugada abandonar la casa como un ladrón, y por otro despedirse de la muchacha y decirle que si su vida fuera de otra manera tal vez las cosas habrían sido diferentes, pero que lo sucedido entre los dos no había sido por su parte un mero desahogo. Finalmente optó por lo segundo y tras dejar un mensaje para don Manuel y despedirse de la muchacha, se dirigió a su habitación con el fin de preparar sus pertenencias para un largo viaje. Lo último que hizo antes de acostarse fue examinar cómo había quedado la reencuadración de su tesoro. Y viendo que el pegamento ya se había secado y antes de guardarlo en el fondo de su zurrón, lo abrió por la página primera y con una pluma de ave escribió una frase para que si por los avatares del destino algo le ocurría, el alma caritativa que lo hallara pudiera hacer llegar a su destino aquel volumen que tanto representaba para los suyos.

Se desnudó y tras apagar el candil se dispuso a acostarse. Apenas el pábilo del velón había dejado de humear, cuando la puerta se abrió y entró Isabel. Toda su vida recordaría aquella última noche.

A las cinco de la madrugada y cuando los carros de los aguadores todavía no circulaban por las calles, el judío Josué Yed-Amircal partía a lomos de su caballo rumbo norte, hacia Iberia, a cumplir la cita que tenía con su destino, cautelando la posibilidad de que alguien, sospechando su condición semita y su procedencia, lo persiguiera suponiendo que lo natural era que se dirigiera al sur a buscar cualquier barco que lo condujera a Estambul.

El incunable

Marcelo Lacalle andaba en los caminos. Aquél había sido, sin duda, uno de sus más largos trayectos. Había salido de León, iba ya para nueve días, y se había recorrido los senderos, atajos, trochas y calzadas de dos provincias de los territorios de su cristiana Majestad. Deseando estaba llegar a su casa de Carrizo, pues ansiaba regresar junto a su hijo de tres años. La fortuna le había sonreído al depararle la posibilidad de rehacer su vida al conocer a través de una amiga de su niñez, Casilda Peribáñez, a una muchacha buena, diligente y honrada, dispuesta a casarse con él y sacarlo de su viudedad, amén de ejercer de madre para Marcelino, y que hasta el día de la fecha había sido la doncella de doña Beatriz de Fontes, esposa de don Martín de Rojo, hidalgo cuya casa solariega estaba ubicada en el término de Quintanar del Castillo. Leonor era su nombre.

El día era cerrado y unas nubes amenazadoras preñadas de agua que presagiaban tormenta se iban desplazando de este a oeste en el marco de un cielo gris y plomizo que auguraba una jornada cargada de sinsabores y problemas. Su última posta la había realizado en la Puebla de Sanabria, que se hallaba en la ruta que debía recorrer a su regreso, entre Braganza, adónde había acudido como tantas otras veces llevando una misiva del palacio episcopal de Astorga a la casa de don Sebastián Fleitas, y Ponferrada, última parada antes de emprender el camino de retorno hacia su casa. Allí había cambiado su agotado cuartago por un jamelgo de raza indefinida, pero que sin embargo le estaba resultando un cómodo y dócil animal.

Había ya sobrepasado Peñalva de Santiago y, siendo buen conocedor de aquellos andurriales, decidió tomar un atajo que le acercara más rápidamente a su destino aun a riesgo de que al apartarse de la calzada principal se pudiera topar con alguna cofradía de villanos de los que se dedicaban a asaltar a los peregrinos que desde cualquier lugar se dirigieran o regresaran de ganar las indulgencias rezando en la tumba a los pies del apóstol.

Marcelo no era alto, pero era un hombre recio. Tenía los hombros poderosos, aunque las piernas eran combadas y cortas de tanto cabalgar, y no tenía nada de timorato ni de cobarde. No sería ésta la primera vez, a lo largo de sus viajes, que se topara con un grupo de maleantes a los que conseguía poner pies en polvorosa a garrotazos.

La vereda era estrecha y las ramas de los árboles le golpeaban el rostro. Los lindes de la floresta eran imprecisos e incluso a tramos, al estar borrados, le dificultaban seguir el camino. Había empezado a llover y unas gotas grandes y frías comenzaban a mojarle la cara; súbitamente y al tiempo que su cuartago balanceaba las orejas adelante y atrás, le pareció percibir desde el fondo de la espesura unos lamentos tristes e intermitentes, como si alguien ya no pudiera casi ni pedir auxilio y emitiera inconscientemente aquellos lastimeros gemidos. Detuvo el hombre su

cabalgadura y escuchó unos instantes. Los lamentos se oían a su derecha. Puso pie en tierra y tomando al caballo por la brida, pues no quería arriesgarse a que al dejarlo atado tras de sí se lo afanaran, se internó en el bosque, no sin antes desenfundar su fierro y poner en estado de alerta sus cinco sentidos. A medida que avanzaba el volumen de los lamentos aumentaba, señal de que iba en la dirección debida, y la frecuencia de los mismos disminuía, signo inequívoco de que la conciencia, o mejor la vida, del que los emitía se iba apagando. Finalmente arribó a un calvero del bosque y allí estaba el hombre: era un fraile pequeño, cetrino y magro de carnes, que yacía en medio del fango con la cabeza descalabrada, la evidencia era un plastrón de sangre coagulada que empapaba sus cabellos y un hilillo que le salía del oído derecho; todo el exterior estaba revuelto. Marcelo inspeccionó los alrededores, pero los que habían cometido el desaguisado, una vez cumplido su objetivo que no era otro que el robo, habían desaparecido del lugar de los hechos. Entonces ató su montura a un tronco y, tras coger del arzón de su silla una calabaza hueca en la que llevaba vino rebajado con agua, se acercó al hombre y, arrodillándose a su lado, con mucho tiento le levantó la cabeza con una mano mientras con la otra le acercaba la embocadura de su primitiva frasca a los resecos labios; todo ello sin dejar de tener su estoque a mano por si acaso. El fraile, como niño de pecho que instintivamente agarra el pezón de la teta, comenzó a tragar sin recuperar la conciencia. Luego Marcelo depositó con tiento la cabeza del joven en el suelo y tras acercarse al caballo extrajo de la alforja un trozo de lienzo y, empapándolo en el vino de la calabaza, se lo pasó al herido por la lastimada frente. Poco a poco, muy lentamente, el descalabrado volvió en sí y miró a Marcelo con temor y desconfianza. Pero su mente regresó a la penumbra. Entonces el correo, en tanto seguía pacientemente aliviando la herida del hombre con las friegas de vino observó que el tundido era un carmelita y que junto a él había un sinnúmero de pisadas de diferentes tamaños, prueba irrefutable de que había sido atacado por varios hombres. También vio desparramados sobre las holladuras aquellos enseres y objetos que no les debían haber parecido de utilidad; todo yacía en el fango, alrededor del frailecillo. El hombre se despertó de nuevo y con un hilo de voz indagó:

—¿Quién sois y dónde estoy?

—No temáis. Soy un correo de la posta real y estáis en un camino secundario que puede ir y venir de muchos sitios. Pero os diré que principalmente os conduciría a Santiago u os regresaría de Ponferrada.

—Ya voy recordando... —El hombre respiraba con dificultad—. He sido atacado y desvalijado por varios hombres; me han molido a palos e imagino que me han robado.

—Por lo que intuyo, así ha debido ser. No sé lo que llevabais en vuestra alforja, pero lo que aquí han dejado no parece tener demasiada utilidad para las gentes que acostumbran llevar a cabo estos desaguisados.



«Era un fraile pequeño, cetrino y magro de carnes, que yacía en medio del fango con la cabeza descalabrada.»

—¡Mis libros! ¿Están mis libros?

Marcelo miró alrededor, extrañado de que en aquel trance el hombrecillo solamente pensara en sus libros.

—Parece que por aquí andan algunos.

—¡Acercádmelos por caridad!

El correo recostó suavemente la cabeza del carmelita en su propio zurrón y se levantó para recoger cinco volúmenes que andaban desperdigados por el barro.

—Aquí tenéis vuestros libros. ¡A fe mía que algunos hombres de Dios sois extravagantes! Casi os matan y os preocupáis de si vuestros libros, que poco valen, han desaparecido u os los han dejado. —Y al esto decir, Marcelo puso ante los ojos del fraile los volúmenes que con tanto interés reclamaba.

El fraile alzó la cabeza del zurrón e hizo un esfuerzo para intentar mirarlos; luego del breve examen pareció descansar tranquilo.

La lluvia arreciaba y la noche se iba a echar encima. Marcelo debía tomar una decisión pues, amén del peligro que representaba quedarse en la floresta, el aspecto del hombre era francamente malo y necesitaba de cuidados urgentes. El correo se inclinó sobre él.

—¿Sabéis qué vamos a hacer?

El fraile ni se movió.

—A pocas leguas de aquí y apenas desviándome de mi ruta hay un convento de vuestra orden cerca de Palacios de Sanabria, allí os conduciré y allí os podrán auxiliar.

Estas palabras obraron de revulsivo. El herido abrió los ojos y con una mano se agarró al jubón de Marcelo en tanto que sus exangües labios se movían intentando balbucear unas palabras. Marcelo aproximó su oído a la boca del otro.

—¡No me llevéis allí, por lo que más queráis! ¡No me llevéis!

—¿Qué os ocurre? ¿No son cofrades vuestros?

—¡Ahí no me llevéis!

Marcelo, que hacía su vida cerca de hombres de la Iglesia, no ignoraba las rencillas que había entre ortodoxos y reformados, pero no hasta el extremo de negar ayuda a uno de sus hermanos, y pensó que tal vez la negativa del fraile se debía a que no quería acudir a un convento de su orden pero de la otra facción.

—Lamento vuestras diferencias, pero no hay otra... Tengo que seguir camino y no puedo cargar con vos. —Y no añadió: «Además os veo muy mal.»

Recogió los restos de las pertenencias del fraile y los colocó en su raída bolsa, que sujetó al arzón del caballo. Después cargó con el liviano peso del tundido clérigo y lo colocó al través delante de la silla de su cabalgadura; finalmente, luego de dar un vistazo sobre aquel campo de agramante, enfundó su espada y montando a su vez en el jaco se dirigió al camino para, orientándose por la estrella del Pastor que había ya salido, encaminar sus pasos hacia el monasterio del Carmelo.

El hombrecillo se balanceaba al compás del paso del cuartago y Marcelo tenía la sensación de llevar un fardo; la noche se fue cerrando al tiempo que la lluvia amainaba. Al cabo de una hora larga de cabalgar llegaron al convento. Una luz brillaba en la puerta y era la única referencia de que dentro habitaba gente. Marcelo había tenido tiempo durante el trayecto de madurar un plan; su

bondad natural le había impelido a prestar ayuda a aquel desgraciado, pero lo que no iba a hacer era demorar su vuelta a casa a causa de las engorrosas preguntas a las que lo someterían en caso de que intentara dejar al hombre entre los suyos dando la más somera explicación. Dejó el caballo con su carga a una distancia prudencial de la puerta y se adelantó a inspeccionar el terreno; apenas descabalgó, el jaco aliviado se rebulló inquieto. El fraile abrió los ojos y se dio cuenta de dónde estaba. Entonces con un esfuerzo supremo introdujo su diestra en el bolsón de sus cosas e intentó, al tacto, buscar de entre los libros el tomo más pequeño; cuando lo encontró, lo extrajo y lo dejó caer al fondo de la alforja de su salvador, y se volvió a desmayar. Marcelo regresó junto al caballo, cargó sobre su recia espalda el liviano peso del hombrecillo y lo condujo hasta la entrada del convento para depositarlo con mimo en el primer escalón, dejando apoyada su cabeza en la bolsa de sus pertenencias. Luego tiró firmemente tres veces del bramante que movía el badajo de la campanilla de la entrada, y a continuación corrió hacia su caballo y, tomándolo de la brida, se ocultó en el primer recodo del camino y esperó. Al poco, un hermano salió de la portería. A lo primero no vio el bulto de los escalones, paseó su mirada a uno y otro lado y al nada ver se dispuso a reingresar en el edificio. Entonces fue cuando reparó en la forma que casi estaba a sus pies; se agachó sobre ella y, tras darse cuenta de que era un ser humano que estaba en malas condiciones, salió espiritado hacia el interior para volver a comparecer al poco, esta vez acompañado de tres frailes más que recogieron al herido con cuidado. En tanto éstos desaparecían en el interior, miraban recelosos a uno y otro lado por ver si daban con el alma caritativa que les había dejado aquel regalo.

Cuando Marcelo tuvo la certeza de que el hombre quedaba a resguardo y bien atendido, montó de nuevo en su rocín y se alejó, adentrándose en la noche que, tras su buena acción, le pareció mucho más estrellada.

Llevaron los frailes al herido a la enfermería y mientras los demás se reunían para el rezo de las completas, dos de los hermanos se dedicaron a limpiar las heridas del moribundo y a comprobar su estado. Lo colocaron sobre una mesa y procedieron a desnudarlo. De repente ambos se miraron y, sin nada decir, el más alto se dirigió a la capilla y se acercó al reclinatorio del prior.

—Padre.

Las completas se detuvieron y toda la comunidad se volvió ante lo insólito de aquella interrupción.

—¿Tan importante es lo que me tenéis que comunicar como para detener los rezos?

—El hombre que nos han dejado a la puerta del convento no es un descalzo.

—¿Ah no? ¿Qué es entonces?

—Es un judío, paternidad...

—¿Cómo lo sabéis?

—Su prepucio, paternidad. Está circuncidado.

—¿Qué me estáis diciendo? ¡Enviad de inmediato aviso al Santo Oficio!

—No hace falta, prior, se está muriendo.

El áspid

Sebastián Fleitas había recalado en la capital. En esta ocasión, una misión que solamente a él concernía era la que le había conducido a Madrid. Se dirigió al edificio del Santo Tribunal por si algún recado del doctor Carrasco, que era la única persona que conocía su paradero, le aguardara. Al no haberlo, encaminó sus pasos al número 8 de la calle de las Beatas, no sin pasar primeramente por las gradas de San Felipe, que siendo el mentidero de Madrid le ofrecería sin duda la ocasión de pulsar el humor de las gentes y enterarse de refilón de los dimes y diretes de aquella corte que vivía para los festejos, los toros y el teatro. Mucho tiempo hacía que las cosas iban de mal en peor, y para que el pueblo llano olvidara sus cuitas y dejara aparcada la terrible sangría de Flandes don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares, dedicaba sus empeños en complacer al monarca preparándole monterías en la Casa de Campo y comedias en el Corral del Príncipe o en el de la Cruz en las que tuviera papel preponderante la Calderona^[75], ya fueran éstas del gran Lope, de Gracián, Góngora, Cervantes o, como en esta ocasión, del conde de Villamediana, que iba a estrenar en el nuevo teatro ubicado en el Buen Retiro su obra dedicada a la reina, *La gloria de Niquea*.

Había pasado mucha agua bajo los puentes desde el día en que, tras oír el laudatorio sermón del padre Jerónimo Florencia referido a la celeridad con que en la actualidad se despachaban los asuntos en los concejos de Castilla a diferencia de tiempos pasados en los que regía el país el duque de Lerma, el rey, cuando estaban retirando el servicio de mesa tras su comida, vio entrar a don Gaspar, que se dirigía humildemente a un rincón, y entonces pronunció la mágica y deseada frase: «Conde de Olivares, cubríos», haciéndolo en aquel instante Grande de España. Pero desde ese día habían transcurrido ya muchas lunas y el talante de los españoles había cambiado. Los corros se iban formando y los contertulios se agrupaban según los temas que allí se trataran: unos hablaban del último estreno, otros de la aventura de una conocida dama y los más de la guerra. Entre todos se fue paseando el portugués, aguzando el oído y parando atención cuando su instinto perdiguero le decía que allí podría haber noticia que a él interesara. Hizo tiempo en estos menesteres y tras consultar con su nuevo reloj, regalo de su ilustre protector, el obispo Carrasco, dirigió sus pasos a la calle del Naranjo a fin de llegar con tiempo suficiente a su cita, pues odiaba hacerlo con retraso. El número 8 correspondía a la estrecha fachada de una casa de dos pisos vistos y el tercero retrancado hacia el interior, como casi todas las casas de aquel barrio, así construidas con la finalidad de pagar menos alcabalas a la arcas del municipio; subió por la angosta escalera y llegando al tercer piso el inquilino, antes de que él llegara, abrió la puerta.

—Vuestros pasos son inconfundibles, excelencia, y el maderamen de la escalera os ha

delatado.

—No he intentado ocultarme de vos. Cuando visito a mis amigos o deudos, no tengo por qué ser receloso. Mis cuidados los guardo para mis enemigos.

—Ésta es vuestra casa y yo vuestro más seguro servidor. —Al esto decir, el individuo cedió el paso al portugués con una media reverencia torpe y servil que quiso ser elegante y resultó, en verdad, penosa debido a la limitación que la invalidez proporcionaba al personaje.

Ambos hombres pasaron al interior y el cojo, que tal era la condición del anfitrión, cerró la puerta y fue en pos de su ilustre visitante.

—¿Queréis beber algo?

—No ciertamente. Tengo prisa y gran interés en que me mostréis vuestra obra de arte.

—Ha sido un prolijo trabajo, que ha requerido toda mi pericia y esfuerzo.

—No intentéis hacer méritos conmigo, maese Pérez, cerramos el precio y si no recuerdo mal percibisteis un jugoso adelanto a cuenta de los materiales.

—No me quejo ni pretendo sacar ventaja de ello. Meramente me limito a reseñar un hecho, pues como inventor amo mi trabajo y cada obra que sale de mis manos es como un hijo querido que parte de mi lado.

—Pues veamos lo fuerte y hermoso que ha nacido este último.

Partió el cojo hacia el interior de la vivienda arrastrando su pata de madera por el entarimado y el portugués se quedó en la estancia a la espera de conocer el resultado de su encargo.

Conocía a maese Pérez desde hacía muchos años, de cuando éste, a causa de la herida de la pierna, había dejado su plaza de armero especialista en la sección de forja del Tercio Alejandro de Farnesio y se había venido a Madrid con mil cartas de recomendación que de poco le sirvieron. Y dado que su cojera le impedía ganarse la vida como lo hacían la mayoría de los pobres parias que volvían de la guerra, que era alquilando su espada al mejor postor, se había aplicado al menester que mejor conocía, que era su oficio, entregado ahora a encargos muy especiales y a clientes que pudieran pagarlos.

La habitación estaba llena de cachivaches y prácticamente no había un triste escabel donde sentarse, pero ya la cadencia de la pisada anunció a Fleitas que maese Pérez regresaba con su peculiar petición. Hizo éste una entrada triunfal, llevando en sus brazos, cual si transportara un tierno infante, un objeto largo y cubierto con un raído trapo rojo que depositó con amoroso y tierno cuidado sobre una mesa tras vaciarla de trastos con su antebrazo izquierdo; luego, solemnemente, cual saltimbanqui que entretiene a un público pueblerino y dominguero, tomó la punta del lienzo con su diestra y tiró de él... Únicamente faltó, para que la escena resultara perfecta, el redoble de un timbal o el toque de un clarín. Ante los ojos de don Sebastián apareció una larga espada en su funda y envuelta, hasta los gavilanes de su empuñadura, por otro trapo negro que en aquel mismo instante ya retiraba maese Pérez; cuando el arma estuvo descubierta la tomó con tiento el portugués, sopesándola y observándola con deleite.

—¿Qué os parece?

—Así al punto, excelente. Mas mostradme lo que la hace diferente de las demás.

—Permitidme... —Y al instante el cojo la tomó en sus manos con amoroso cuidado y se la colocó en el cinto al modo de un espadachín—. Perdonad este desorden, ya que casi no tenemos espacio... pero intentad colocaros a la distancia normal en la que se baten dos hombres.

El de Fleitas así lo hizo.

—Y ahora, señor, a una voz mía desenvainad vuestro acero. —El familiar era un diestro esgrimidor y retirándose la capa para que no le embargara a la hora de desnudar su tizona, se preparó esperando la voz del otro.

—¡Ahora!

El portugués hizo el gesto y su fierro trazó el normal recorrido para desenfundar, tirando con su diestra hacia atrás de la empuñadura. Aún no había conseguido que la punta abandonara la vaina, cuando ya el acero del cojo estaba en la nuez de su garganta.

—¡Asombroso, maese Pérez! ¡Asombroso! Mostradme cómo funciona vuestro invento.

—Acercaos a la luz y mirad. Vucencia me encargó que os inventara una espada que, por supuesto no en los duelos de caballeros, pero sí en las pendencias que un hombre de bien en los tiempos que corren se puede encontrar en las calles, cobrara ventaja al desenfundarla. ¿Es así?

—Así es.

—Pues bien, he cortado la vaina de la espada en sentido longitudinal y he unido ambas partes con una bisagra especial y finísima hecha ex profeso, que como veis queda disimulada y que me ha dado muchos quebraderos de cabeza a la hora de colocarla. Entonces, y mediante un resorte que se activa con el pulgar y que se halla oculto en la base de los gavilanes, la funda se abre al ejercer una ligerísima presión sobre él, cual si fuera la vaina de una judía verde, y mientras vuestro enemigo está intentando desnudar su fierro al modo convencional, el vuestro, que ha salido de su vaina lateralmente y sin el menor recorrido, ya está en la garganta de vuestro adversario, tal como habéis visto que ha hecho este pobre y desentrenado tullido ante un espadachín tan preparado y diestro como vos. Luego, juntando ambas partes con una sola mano el muelle se contrae. Escucharéis un clic y podréis envainar; nadie diría que la vaina no es la de una espada al uso.

—¡Maravilloso, maese Pérez! ¡Auténticamente maravilloso! ¿Me permitís?

El portugués tomó la funda del estoque de la mano del cojo y lo abrió y cerró sucesivas veces sin que el mecanismo presentara problema alguno.

—¿Y puede fallar?

—Difícilmente. Es un artilugio muy simple, aunque debe ser cuidado diligentemente. Pero si tenéis la precaución de aceitarlo de vez en cuando, sobre todo si se ha mojado, y antes de colocar la espada en el tahalí lo hacéis funcionar unas cuantas veces, podéis estar seguro de que dejaréis a más de un archimandrita^[76] a buenas noches^[77] antes de que desabrigue el sobaco, y en el improbable caso de que fallara siempre podréis desnudar el acero al modo convencional.

—Habéis hecho un magnífico trabajo, maese Pérez, voy a daros una recompensa además de lo acordado...

—No, don Sebastián, mi trabajo está muy bien pagado y, pese a que el dinero me es muy necesario, voy a rogaros que si podéis me hagáis una merced.

—Lo que sea... si está en mi mano.

—Me está matando esta escalera; si mediante vuestras influencias me pudierais proporcionar una covacha que estuviera a pie de calle y, caso de ser posible, cerca de la plaza del Cordón, ya que a su mismo lado, en la calle del Almendro, vive mi única hermana, para que pudiera vivir y trabajar en ella, me haríais el hombre más feliz del mundo.

—Contad con ello. Antes de lo que imagináis os habré trasladado y a donde os envíe no os han de molestar las escaleras.

—No viviré lo suficiente para agradeceróslo.

—En la primera parte de vuestra frase os doy la razón...

Rápido como una sierpe, el portugués desenvainó su trucado estoque clavándolo en el pecho de maese Pérez a la altura del corazón. Cayó éste rodando sobre sí mismo y, en tanto su pata de palo golpeaba la mesa, una expresión de sorpresa inundaba su rostro.

—Lo siento, amigo mío, no puedo arriesgarme a que vendáis mi encargo a otra persona ni que expliquéis a nadie nada de lo que aquí ha ocurrido.

Luego limpió la punta de su ensangrentado acero en la ropa del hombre y lo envainó; después, tomando sus espadas, el portugués salió de la casa. En Madrid había anochecido.

Semillas de rencor

Se colocó la loba de nuevo y tras abotonarse la sotana recompuso el gesto. El doctor Carrasco volvió a dejar el pequeño espejo de plata bruñida en el cajón de su escritorio y acercándose al tapiz que representaba el descendimiento de la cruz, de Pedro Pablo Rubens, tiró de la borla que estaba junto a él y que accionaba la campanilla y esperó. Al punto unos tímidos golpes en la puerta anunciaron la presencia del coadjutor.

—Pase.

Abrióse ésta y apareció la tonsurada cabeza de fray Valentín.

—¿Qué desea su reverencia?

—He de trabajar en asunto que requiere de mi más completa atención. Deseo que anuléis todas las visitas de hoy hasta nueva orden y que nada turbe mi concentración, de no ser un correo del secretario general o algún recado de la Corte. ¿Me habéis comprendido?

—Desde luego, paternidad.

—Pues proceded.

En tanto el clérigo cerraba la puerta, el obispo se acercó al bargueño de caoba regalo del nuncio de su Santidad y, abriendo el cajón superior, extrajo una caja de cedro perfumado y de ella un veguero. Lo olió y tras hacerlo crujir entre sus dedos se aproximó a la chimenea, tomó una brasa con las tenacillas y la acercó a la punta de la breva; dio tres fuertes chupadas y tras mirar el brillo de la lumbre en la punta del cigarro para cerciorarse de que había quedado bien encendido, expulsó el humo y se dirigió al sillón de orejas que estaba ubicado frente al ventanal. Acomodado, caliente y en silencio, como a él le gustaba, dejó vagar su pensamiento.

La noticia última que le había transmitido don Sebastián Fleitas, a la par que de inquietudes lo había transportado en el tiempo y afloraban a su mente enterrados recuerdos que elevaban la temperatura de su odio hacia los Rojo al rojo vivo.

Su madre, a la que recordaba con la necesidad y con la fijación que siente un chico de doce años, que ésa era la edad que él tenía cuando la perdió, debió de ser, por lo que supo luego, una alegre muchacha hasta que aquel dramático suceso le robó la juventud. Vivían ella y su abuelo viudo en una choza cerca de la pedanía de Sueros, de donde era el muchacho que la cortejaba, y tenía por ese tiempo dieciséis años; el abuelo era rentero de don Bernardo de Rojo, que por aquel entonces había desposado a doña Teresa de Hinojosa. Antes, después y nunca le fueron bien las cosas al hidalgo, ya que dedicaba su tiempo a menesteres poco productivos como cazar venados o fornicar con todas las mozas de sus dominios que caían en sus manos y, aunque periclitada en el tiempo la costumbre, seguía exigiendo a sus deudos el derecho de pernada de sus hijas, viniere o

no a cuento el hacerlo.

La mente del obispo volaba y las volutas del humo de su cigarro iban cargando el ambiente al tiempo que el odio cargaba más y más su memoria. Todo aquello lo dedujo él posteriormente por los datos que fue poco a poco almacenando su intelecto escuchando retazos de conversaciones, cuando iba al lugar a cumplir algún encargo, a través de las habladurías a las que tan dadas son las comadres en los pueblos y que debían tener su origen en alguna confidencia que debió de hacer su madre a alguna mujer o su abuelo al cura del pueblo. Pero no quería adelantar su pensamiento y procedió con orden. Por lo que dedujo, una tarde que su abuelo estaba en el monte se presentó el hidalgo en el campito que cultivaban. Su madre estaba recogiendo la ropa y preguntóle dónde estaba el abuelo, ya que quería cobrar las rentas; la muchacha respondió que estaba en el monte haciendo carbón y que no regresaría hasta la cena. Entonces el hidalgo descabalgó y, diciendo que solamente iba a tomar lo que era suyo, la arrastró hasta el pequeño pajar, le rasgó las sayas y la violó. Luego de lo hecho y diciendo que regresaría para cobrar sus deudas en maravedís o en especies, volvió a montar en su cabalgadura y riéndose marchóse, dejando a la muchacha rota y deshonrada. Cuando el abuelo bajó del monte supo entre lágrimas e hipos lo acontecido; era ya un hombre viejo, debía muchas rentas y nada podía hacer. Don Bernardo de Rojo era el amo de su hacienda y de sus vidas.

Al poco más de un mes la muchacha cayó en que estaba preñada y así se lo dijo al abuelo; éste, cuidando su honra y para que nadie en Sueros tuviera conocimiento del escarnio, se armó de valor y fuese a ver a don Bernardo a fin de suplicar su ayuda. Lo único que consiguió fue que la chiquilla ingresara de recogida en San Benito. En terminando el tiempo de la gestación, acontecieron dos hechos: nació él y murió el abuelo, del inmenso pesar, ya que su nieta era todo lo que le quedaba en el mundo. Su madre, dado sus pocos años, no sabía qué hacer ni a quién recurrir; lo que sí supo al punto fue que no quería deshacerse de su hijo dándolo en adopción, y por lo tanto se vio obligada a abandonar el convento y a marchar a los predios que tan bien conocía. A la vuelta se encontró que la choza y el campo estaban arrendados a unos nuevos renteros que no le permitieron ni entrar a descansar aquella noche pese a que iba con un niño que tenía apenas seis días; pero eso sí, tuvieron buen cuidado de comunicarle a su amo que una muchacha de unas concretas peculiaridades físicas había regresado con la pretensión de habitar en la casucha. Entonces ella recurrió al hombre que había querido desposarla. Fuese a su encuentro en Sueros; él se apiadó de ambos, pero no tenía otro lugar donde alojarla que una cochiguera que por circunstancias estaba vacía y que distaba cinco leguas del pueblo.

Allí, en aquella escondida zahúrda creció él. Pero los encontraron... Y en este punto comenzaban sus recuerdos personales, cuando teniendo cuatro o cinco años de vez en cuando comparecía un hombre montado en un gran caballo que, tras mandarlo fuera de la chabola se metía dentro con su madre; y él, sin atreverse a entrar, desde debajo del ventanuco o desde detrás de la puerta la oía gemir y llorar. Luego el hombre, con el jubón desabrochado y el traje descompuesto, salía de la casa y montando el garañón partía al galope como un centauro, dejando tras de sí el miedo y la desolación. El único problema es que, pese a que lo intentó miles de veces, jamás consiguió ponerle facciones a aquel rostro. Un buen día, tendría él cinco años cuando ya su madre había perdido la lozanía de los días de juventud a causa de la dureza de la vida que llevaba, el hombre se debió de ir a comer a otro pesebre y ya no regresó. Entonces ella se tuvo que dedicar a denigrantes trabajos, ya que una mujer sola que no podía emplearse de criada, pues debía

encargarse de su hijo, tenía en la sociedad de aquellos tiempos muy poco camino honrado que recorrer. Cuando la mujer ya no pudo más se alquiló de piltrofera^[78], pues por lo mismo no podía quedarse fija en un mesón de ofensas^[79], y recorría los campos teniendo ayuntamiento carnal con renteros, esquiladores de ovejas, buhoneros, carboneros y con cualquiera que dispusiera de un rincón o un escondrijo en chiquero, corral, establo o cuadra para yacer con ella. Y así, de esta manera, se contagió del mal francés que al cabo de pocos años la llevaría a la tumba.

A las puertas de la muerte y antes de enviarlo a buscar al cura le dijo que cuando el óbito sucediera, hiciera lo que ella en su última voluntad le ordenaba, pues si bien deseaba con todo su corazón dejarlo protegido en un mundo donde los pobres no tenían ningún derecho, no quería en forma alguna que se enfrentara a alguien muy poderoso que le podría acarrear su desgracia y hacerle mucho daño; por lo tanto, que cumpliera exactamente sus instrucciones y no pretendiera saber más cosas que las que ella había querido, durante toda su vida, que supiera. A él sólo le cupo darle sepultura bajo una vieja encina, grabar con su navaja una pequeña cruz en la corteza de un abedul, y ni nombre ni fecha pudo poner, pues no sabía escribir.

El doctor Carrasco se levantó para alimentar la gran chimenea añadiendo un par de troncos, luego aventó las brasas con el soplillo y cuando ya prendió el fuego trasladó el sillón a su vera y prosiguió su recorrido mental. Recordaba que, cumpliendo el mandato de su madre, tomó sus cuatro pertenencias y se dirigió a Quintanar del Castillo, que distaba de la silvestre tumba unas doce leguas; durmió al raso y se alimentó de la caridad de las buenas gentes, y poco a poco se fue informando de lo que le interesaba. Una mañana se apostó junto al muro de la casa solariega de los Rojo y esperó paciente pegado al portalón del jardín. Al fondo tendían ropa, riendo y bromeando, dos jóvenes criadas y en un gran cesto colocaban la que iban recogiendo. Él esperó. La mañana fue transcurriendo hasta que, finalmente, se abrió la cancela y apareció al fondo del caminal el hidalgo a caballo; hacía mucho calor, él calzaba unos zuecos y vestía únicamente una calzas de pana sujetas al hombro por un tirante en bandolera; recordaba que cuando se cruzó ante el caballo le temblaban las piernas. El caballero detuvo al corcel y le conminó a hacerse a un lado; él restó, obstinadamente, inmóvil en medio del paso. Finalmente le preguntó quién era y qué quería; entonces, cumpliendo la promesa hecha a su pobre madre agonizante y sin decir palabra, mostró al hombre con su dedo índice la señal que desde que nació tenía en la espalda. El hidalgo se inclinó sobre el arzón de su montura para mejor ver; primeramente se puso serio, luego sonrió y entonces, descabalgando, lo acompañó dentro de la casa y lo condujo a las dependencias de la servidumbre, donde le dieron de comer y vestir y allí se quedó unas semanas.

Nadie le decía gran cosa y tampoco se le prodigaba una atención excesiva. De esta manera se fue enterando de muchas noticias, pues no hay lonja ni mentidero más fecundo que las cocinas y estancias de los criados si alguien quiere escuchar y es lo suficientemente listo para pasar inadvertido, y él tenía una mente despiertísima y el don camaleónico de mimetizarse entre las ollas y los calderos. Así que se enteró de la vida y milagros de aquel libertino y de cuantas hazañas a él se atribuían: que don Bernardo de Rojo era déspota con sus renteros y despiadado con los inferiores, y que lo que más ansiaba era que su esposa, que por cierto tenía todas las cualidades que a él le faltaban, le diera un primogénito. Entonces en su entraña nació un odio profundo hacia aquel hombre y todo lo que representaba. Algo interior dentro de su corazón le

decía que era la causa de su desgraciada vida y de la muerte atormentada de su pobre madre; el único aserto que tenía era la certeza de que su mancha carmesí tenía algo que ver en todo ello. Luego el tiempo se le echó encima y los acontecimientos se precipitaron.

Un mes había transcurrido cuando vino a hacerse cargo de él un dominico que se lo llevó al seminario de la orden y que fue, a lo largo de los años, la única persona a la que realmente debió algo en toda su vida. El padre Atanasio Adama se dio cuenta rápidamente de su agudísima inteligencia y de su prodigiosa capacidad para acumular datos. Cuando lo anotaron en el libro de registro, lo hicieron con unos nombres que nada tenían que ver con el de Rojo pero sí con los que el hidalgo ordenó que le asignaran. Fueron los de un deudo al que don Bernardo, a cambio de su adopción legal, condonó una antigua deuda y de esta manera le prestó sus apellidos.

Creció y se aplicó en el noviciado de tal forma que rápidamente despuntó entre sus iguales. Su portentosa memoria asombraba a propios y extraños hasta el punto de que en los capítulos de la orden recitaba fácilmente pasajes enteros del Génesis sin saltarse un solo nombre, y así fue que al hacer sus votos lo asignaron al archivo general del Santo Oficio. Su tarea consistía en copiar todos aquellos procedimientos que, de alguna forma, habían dejado suficientes rastros para poder seguir en ellos apellidos y características de gentes posteriores con el fin de tenerlos vigilados por el tribunal de la Santa Inquisición, hasta ocho generaciones y por la mera culpa de que uno de sus ancestros fue condenado a la hoguera. Cayó en sus manos, en esta búsqueda, un códice cuyo epígrafe era: «Manchas del diablo y otras huellas que éste deja en el cuerpo de sus fieles para distinguirlos en éste y en el otro mundo», trazado con sumo cuidado y esmero por un iluminador de libros santos que tenía un don especial para aquella delicada tarea. Al lado de cada mancha perfectamente dibujada y coloreada rezaban los nombres del poseedor de la misma, la explicación de su proceso, dónde y cuándo había sido condenado a la hoguera y el porqué: «Relapso»^[80], «Falso converso»^[81] o «*In absentia*»^[82] o «Brujería».

Una mañana su corazón casi se detuvo... En el margen izquierdo del pergamino, perfectamente dibujada y coloreada estaba, ante sus asombrados ojos, la misma mancha que tenía él de nacimiento en la parte posterior de su hombro, y junto a ella un escrito que relatava el proceso del judío relapso quemado por ello en Lisboa hacía más de doscientos años, en tiempos del rey Juan III. Miró a ambos lados y tras asegurarse de que estaba solo, arrancó la hoja del viejo códice con mucho tiento y la guardó entre sus notas; a partir de aquel día la llevó consigo en su caja fuerte como el más arcano de sus secretos, no sin observar que en algún lugar debía de existir otra copia, pues un gran número 2 de color negro destacaba fuertemente en el lomo del volumen. El nombre del judío condenado era Jacob Lacri-Madei Gonsalves.

Su poderosa mente trabajaba como fuelle de herrero y siguió recordando... Tendría veinticuatro años, y era ya coadjutor del obispado, cuando tuvo noticias de que don Bernardo de Rojo había entregado al diablo su alma pecadora. Él necesitaba tener la certeza de que aquella inmensa desgracia le había sobrevenido por parte de los Rojo. Si no, ¿qué sentido tenía que su pobre madre, a punto de morir, le enviara a encontrarse con aquel maldito y a mostrarle el estigma de su espalda? Pero necesitaba la evidencia. Recordaba... Pidió un *placet* a su superior y partió de viaje. Vistióse con ropas seculares y llevó a cabo algunas indagaciones y pesquisas que le descubrieron primeramente el lugar donde habían enterrado a su presunto y odiado progenitor, y posteriormente que tenía dos medio hermanos, caso de que la primera premisa se confirmara. Contrató entonces los servicios de un villano de las cercanías y llegóse al camposanto; allí abrió

la tumba y dando la vuelta al cadáver pudo comprobar que, en el mismo exacto lugar que él, lucía el difunto la misma marca. Luego las cosas se complicaron. No tuvo más remedio que enviar al otro mundo a aquel malandrín que tras oficiar de sepulturero había pretendido chantajearlo. Y ahora, al cabo de los años, aquel perro de presa portugués al que había colocado sobre la pista de su medio hermano don Martín de Rojo, a fin de vengar en él lo que no pudo vengar en el padre de ambos, removiendo y buscando había encontrado en algún lugar la copia del códice que él en su día no pudo hallar, volviendo a aparecer el dibujo de la mancha maldita y el nombre del condenado. Aunque posteriormente, como en su caso, alguien había hurtado la comprometida hoja que, sin duda, estaba en algún lugar. De cualquier manera, Fleitas la había visto.

Su lucha interior era terrible. Por una parte los deseos de venganza que abrigaba en su corazón contra aquella familia eran imperecederos, pero por otra no le interesaba que alguien hurgara en el pasado de aquellos malditos, no fuera que el Santo Oficio se metiera por medio al escrutar su limpieza de sangre, puesto que al pretender el de Rojo, a fin de escapar de sus deudas y penurias, ser nombrado familiar de la Santa Inquisición, alguien del tribunal que sin duda designarían al hacer el prolijo expediente podría toparse con aquel estigma y buscar su origen por si hubiere algo de turbio en el pasado... y por un casual, asociarlo con él. Cosas más extraordinarias y peregrinas había visto a lo largo de su dilatada vida persiguiendo judíos conversos.

Él y solamente él era el que tenía que vengar a su madre y acabar con el peligro que podía representar aquella familia, sobre todo aquellos de sus miembros que estuvieran marcados con la mácula. Su existencia estaba además llena de claroscuros, y sobre todo era consciente de que su juventud no había sido particularmente ejemplar. Varias gentes habían podido ver su mácula. Recordaba una mula del diablo^[83] con la que se regodeó varios años mientras estuvo en la parroquia de San Ginés, y que siempre le embromaba preguntándole «de qué ganadería era su hierro», refiriéndose a la huella de la espalda; todos los ayudados de cámara que tuvo a lo largo de su vida; luego estaban los tres físicos que le atendieron cuando se acercó a ellos a fin de indagar si era posible borrar aquel estigma, y dos le respondieron que no era bueno encontrar aquellas manchas ya que algunas de ellas devenían al cabo de un tiempo en un mal que agredía al cuerpo y desencadenaba la caquexia, mientras que el tercero sostuvo que aquellas miserias, si se intentaba extirparlas, volvían a salir mayores, más coloreadas y en el mismo lugar. En fin, una cantidad de personas que en un momento dado podían denunciar su lacra por miedo o por venganza. Todo aquello le desazonaba y le iba a obligar a mover sus fichas con mucho tiento para lograr su empeño, llevar a cabo su desquite y no salir trasquilado de aquel lance. Nada ni nadie se iba a interponer en su camino hacia el capelo cardenalicio.

La visita médica

El doctor Gómez de León esperaba que se abriera la cortinilla de la celosía del locutorio de las monjas del convento de San Benito. Había acudido solícito al requerimiento de su amigo, Martín de Rojo, al que habían dado aviso de que su hermana, la priora, estaba de nuevo enferma. Unos pasos sonaron lejanos y se fueron aproximando pausadamente; la cortinilla se descorrió y tras el enjaretado apareció la figura de sor Gabriela de la Cruz, con el velo recogido y la cara descubierta.

—Dios os guarde, doctor.

—Él lo haga con vuestra maternidad —respondió éste poniéndose en pie.

—Os he requerido por mediación de don Martín de Rojo porque la salud de la priora, su hermana, está muy quebrantada y cada día la veo con menos ánimos.

—La madre tiene los años que corresponden más a los trabajos que ha llevado a cabo que a su verdadera edad. La última vez que la visité, si no recuerdo mal, ya le receté un reconstituyente a partir de miel de abeja y extracto de yerbas salvajes y una dieta de lentejas y espinacas para subirle el hierro. Pero me temo que no hace mucho caso a mis dictados.

—Ahora sí lo hará. Me ocuparé personalmente de que así sea. Sus males ahora son otros; su naturaleza le falla durante el sueño y por las noches moja la cama.

—Tendré que verla. Pero mal remedio tiene lo que me contáis.

—Entonces, si os parece, pasad a visitarla. Ahora os recogerá la tornera y os conducirá a su celda, yo os esperaré allí.

Tras estas palabras, sor Gabriela se levantó y cerrando la cortinilla del locutorio se alejó a fin de aguardar al médico en la celda de la priora. El galeno esperó unos minutos y sor Úrsula apareció para conducirlo.

—Si vuesa merced tiene a bien seguirme.

El viejo doctor se puso en pie y tomando su maletín partió con la monja que lo precedió, naves y pasillos atravesando, hasta la celda de la priora. El ascético aposento exhalaba un fuerte olor a amoníaco, que detectó al instante el experimentado olfato del galeno. Aquello tenía mal pronóstico, y más tratándose de una monja. Gómez de León dejó su maletín sobre la mesilla y se acercó diligente junto al lecho de la enferma. Ésta, con un rictus dolorido, estaba recostada sobre dos almohadones; el médico aproximó un escabel junto a la cabecera y le habló solícito, intentando mostrar un talante optimista.

—Qué ocurre, priora, a su maternidad le gusta por lo que se ve asustarnos.

—Nada más lejos de mi intención. Si supierais cuanto me incomoda molestar a los demás...

—Veamos, pues, qué males os aquejan.

—Diría como Hesiodo, «los trabajos y los días», eso es lo principal. Pero de eso no me quejo. Lo que realmente me acongoja, amigo mío, es ese descontrol de mis fluidos, cuya consecuencia recae en mis hermanas, y ese cansancio que me invade; todo se junta y me impide realizar las tareas que a mi cargo competen.

—Pero, por lo que me explica sor Gabriela, lo primero no os ocurre de día.

—Una priora tiene muchas obligaciones nocturnas, entre otras, dirigir los rezos de la comunidad. Mi fracaso viene cuando el sueño me vence, entre una y otra plegaria; entonces mi conciencia no rige y mi voluntad no controla mi cuerpo.

—Y, aparte de eso, ¿con el régimen que os receté vuestro tono vital ha mejorado?

—Días hay de todos los colores, pero por lo común sólo el Señor sabe el esfuerzo que debo realizar para cumplir tareas que antes no sólo no me costaba el hacerlas, sino que incluso me complacía en ellas.

—Permítame su maternidad. —Diciendo esto, el buen doctor acercó su mano al rostro de la madre Teresa y con la yema del dedo pulgar le bajó el párpado inferior de ambos ojos, observando atentamente.

—La sangre no tiñe demasiado vuestro interior; algo habrá que hacer para enriquecerla. Veamos, ¿cuántas veces, durante la noche, os ocurre el incidente?

—Tres, quizá cuatro, depende.

El doctor se frotó la barbilla, un gesto en él habitual, y levantándose se aproximó al escritorio de la priora.

—¿Me permitís usar vuestros útiles?

—Disponed.

Sentóse el galeno y tomando la pluma de ganso que allí había, la limpió concienzudamente con una gamuza a ello destinada; luego, en tanto afilaba la punta con una pequeña navaja de mango de marfil comentó en alta voz:

—Reverenda madre, con el debido respeto y en mi opinión tenéis, en primer lugar, una hipocondría histérica, y en segundo una incontinencia nocturna amén de unos ahogos, producto tal vez de las humedades que la evaporación del agua del río que pasa por el monasterio proporcionan; o tal vez vuestro organismo retiene el agua en demasía, ayudado todo ello porque vuestro cansado corazón os dice que es hora ya de que le descanséis de sus muchos trabajos. Vayamos por partes y hablemos de lo primero. Durante el día, la primera os ocasiona esa pereza de la que me habláis y genera esas pocas ganas de hacer cosas, siendo como es que vuestra reverencia siempre fue muy activa; mas durante la noche, estando relajada y poco vigilante afecta vuestros controles, y eso hace que tengáis episodios nocturnos molestos y engorrosos. Bien, veamos lo que podemos hacer.

El galeno mojó la punta de la pluma en un tintero de vidrio y comenzó a escribir en una blanca cuartilla bajo la atenta mirada de sor Gabriela de la Cruz en tanto seguía perorando en voz baja, cual si hablara consigo mismo.

—Vamos a incluir en el electuario, en primer lugar, tártaro emético, que nos ayudará a solventar el problema nocturno que tanto os incomoda, luego añadiremos polvo de cantárida, que coadyuvará a subir vuestro ánimo, y añadiremos una pizca de mercurial, que os ayudará en vuestros ahogos y actuará como acicate para vuestro cansado corazón; finalmente, para que sea de

buen tomar le agregaremos pulpa de tamarindo y un cuartillo de agua. De esta mezcla, que será como un jarabe, tomaréis una cucharada sopera por la mañana y otra antes de dormir todas las noches.

El doctor, tras esparcir sobre el escrito unos polvos blancos para secar la tinta, se había puesto en pie y entregaba el pergamino a sor Gabriela, que calándose sus anteojos lo leía con mucha atención.

—De cualquier manera, y si lo creéis necesario, en ocasiones señaladas podéis doblar la dosis. Vamos a ver si poco a poco salís de este mal paso. Todo lo que os receto lo encontraréis en la rebotica de Santa María del Páramo y, de no ser así, sin duda en Astorga. Hacedme caso y sed buena enferma, que ésta y no otra es actualmente vuestra primera obligación.

—Decid que sí, doctor, que tantos años mandando han hecho de ella una muy mala obediente. —La que así intervino fue la prefecta.

—Mi querido amigo, voy a ser dócil como una novicia. No deseo otra cosa que recuperarme para mejor servir a mis hermanas. Si me ayudáis a superar este mal trago, os tendré presente en mis oraciones todos los días de mi vida.

—Bien, pues si nada más se os ofrece, tengo otras obligaciones que atender...

—Id, id con Dios y perdonadme por el tiempo que os he robado.

—Ese y no otro es mi trabajo, y ya sabéis que siempre profesé un dilecto y profundo aprecio por vuestra familia, a la que tantos años hace conozco y atiendo con mis pobres luces.

—Si veis a mi querido hermano, decidle que todo anda bien y que no se preocupe por mí. Ya sabéis lo de la mala yerba...

—Descuidad, priora, que no lo agobiaré con malas nuevas que no hay por qué dar, si me hacéis caso en lo mandado.

El galeno, tomando su capa de viaje del brazo del sillón y su maletín del escritorio, se dispuso a partir acompañado de la prefecta de novicias.

Cuando ya andaban corredor adelante, sor Gabriela interrogó:

—¿Cómo la veis realmente, doctor?

—Lo de las noches tiene mal arreglo, pero de esto no se muere nadie; lo que me preocupa en grado sumo son sobre todo esos ahogos, y esa melancolía que la invade y que hemos de ver si conseguimos que salga de ella o va a más. Si esto último es lo que acontece, entonces tenemos mal pronóstico.

Llegaron al patio de la portería. Allí estaba el caballo del físico.

—¿Pero no habéis venido en coche? —interpeló sor Gabriela.

—El día acompañaba y a caballo, como están los caminos, gano mucho tiempo pues a veces atajo a campo traviesa; además el recado que me envió don Martín de Rojo no era precisamente tranquilizador y parecióme que no admitía dilación.

—Pero a vuestra edad... debéis olvidaros para siempre de cabalgar.

—No me hagáis sentir antes de hora un anciano decrepito más de lo que yo me siento, que todo llegará. Además, *Corregidor* conoce el camino mejor que yo; a veces hasta he descabezado un sueñecillo y el animal no se ha desviado ni un ápice del camino. —Y tomando las riendas con una mano y sujetándose al arzón de la silla con la otra, el médico colocó su pie izquierdo en el estribo e impulsándose con el diestro montó sobre el bridón—. No dudéis en llamarme si tenéis que hacerlo.

—No quisiera si no es muy necesario. Tened buen viaje y que el Señor os acompañe.

—Quedad con Él.

Y dando espuela, el doctor Gómez de León atravesó la cancela.

La pócima

La madre Teresa, priora de San Benito, yacía postrada en el lecho del dolor. Lo que más le contrariaba de aquella circunstancia era que no iba a poder presidir las liturgias de aquella noche, vísperas de la octava de San Benito, ni las de la Semana Santa, que para ella eran los momentos cumbre del año. Por una parte todo lo referente al santo patrón de su comunidad era para ella de capital importancia, y por la otra se notaba mucho más unida a Cristo en la muerte y en la resurrección que en la natividad.

La trayectoria vital de la priora había hecho de ella una mujer poliédrica y, pese a que era benedictina, sintió siempre una profunda admiración por Teresa de Cepeda y Ahumada, la gran reformadora del Carmelo, quien supo capear cuantos temporales surgieron a su paso y que con sus fundaciones de descalzos logró insuflar a su orden nuevos vientos que la habían aupado a la cumbre de las religiosas de todo el país. Ella, como su admirada Teresa de Jesús, de la que tomó el nombre en religión, tenía muchos frentes abiertos y es por eso que según a qué o con quién debía enfrentarse se veía obligada a mostrar una faceta u otra de su carácter. Ser priora de San Benito era hartamente complicado. Cuando profesó, a instancias de su padre, pensó que ser monja consistía en obedecer a sus superiores y rezar para el bien de la humanidad. A medida que fueron creciendo sus responsabilidades dentro de la orden se dio cuenta de que al Señor se le podía servir desde frentes muy diversos, y al llegar a priora entendió que para que sus monjas pudieran vivir una vida acorde con el hábito que habían escogido, ella tenía que emplear su tiempo en mil tareas mundanas que iban desde encontrar protectores, y por tanto dineros para la subsistencia de su comunidad, pasando por intentar mantener la disciplina en un convento habitado por muy distintas gentes, hasta enfrentarse con algún poderoso que aspiraba a influir en la orden o ambicionaba alguna de las tierras del monasterio que, en tiempos, había sido uno de los más ricos e importantes de la provincia aunque en la actualidad pasaba por una muy grave crisis económica. Amén de que una república habitada en un noventa y cinco por ciento por mujeres generaba difíciles convivencias: recogidas, siempre apartadas del resto, postulantes, novicias, monjas místicas o mundanas, era la población sobre la que ella debía imponer su autoridad.

De tal manera eran las cosas que poco quedaba de aquella jovencita que tomó los hábitos creyendo que las únicas obligaciones de las monjas consistían en obedecer y rezar. La vida había hecho de ella una mujer de grandes contrastes: un corazón bondadoso subyacía en todos sus actos, pero estaba al servicio de un espíritu sumamente práctico y resolutivo. Aquella enfermedad que el Señor le había enviado la tenía postrada y, muy en contra de su voluntad, la había obligado a ir cediendo cuotas importantes de autoridad y a colocar parte del peso de la responsabilidad de

dirigir el convento sobre los hombros de la prefecta de novicias, sin cuya inestimable ayuda no alcanzaba a comprender cómo hubiera podido enfrentar aquella delicada situación. Sor Gabriela cuidaba de ella con un celo y una dedicación encomiables, no permitía que nadie más la atendiera y únicamente Casilda, la interna que había amamantado al hijo de su hermano y había quedado en el convento como fámula, y a instancias suyas Catalina, su oculta y querida sobrina, entraban en la celda para realizar las tareas más humildes y los servicios más elementales.

Catalina... Siempre que la veía recordaba las infinitas veces que tuvo que acallar las voces que atormentaban su conciencia y que le recordaban aquella lejana noche, iba ya para catorce años, en la que tomó la drástica decisión de intercambiar a aquellas dos criaturas. Pero su mente práctica le decía que había hecho lo correcto; en primer lugar su querido hermano había conseguido el ansiado varón que debía perpetuar su estirpe aun a costa de tener que mentir al Archivo General de la Nobleza; y el niño iba a vivir una vida infinitamente mejor que la que le hubiera correspondido, siendo como era un expósito. En cuanto a la niña... De cualquier forma hubiera entrado en religión y mejor de esta manera, ya que al crecer a su lado pudo cuidar de ella con esmero sin olvidar jamás que era de su sangre y perdonándole cosas que jamás hubiera perdonado otra priora; contando que, desde muy pequeña, la niña mostró un carácter terco y difícil como el de su abuelo y ella estaba segura de que su mano y no otra, con mayores o menores altibajos, era la única capaz de conducir a buen puerto aquel indomable temperamento, que no había nacido, ciertamente, para la vida contemplativa.

Sus ahogos durante la noche, cuando la echaban en su yacija, eran inaguantables y su cansado corazón se resentía del esfuerzo; únicamente cejaban cuando la incorporaban sobre varios almohadones y sor Gabriela le suministraba la pócima que el físico le había recetado y cuyo efecto duraba unas horas. Luego volvía el ahogo y, aunque a instancias suyas la prefecta de novicias había reducido el espacio de tiempo entre las tomas, el efecto era cada vez menos duradero y ella reclamaba antes la dosis de calmante.

—No puede ser. Su maternidad debe ser paciente. El buen doctor ha dicho que no se puede abusar de la poción. —La que así hablaba era sor Gabriela.

—El buen doctor no se ahoga durante la noche ni el corazón se le desacompaña como percherón agotado, y este sufrimiento angustioso me impide cumplir con mis obligaciones y aliviaros a vos de las que estáis soportando... Amén de esta incontinencia que me humilla y que también me asalta durante la noche.

—Vuestra obligación primera es curaros; lo demás todo vendrá sobreañadido, pero si os empeñáis... mi voto de obediencia me obliga.

—Dadme... dadme ahora mi medicina y olvidaos de los médicos, que al fin y a la postre solamente saben un poco más que nosotras.

—Como mande su maternidad.

Sor Gabriela se dirigió hacia el canterano y escogiendo una pequeña llave del manajo que llevaba en el cordón del hábito abrió la alacena que sobre él estaba. De ella extrajo un vaso, dos frascos y una caja de fina madera, que al abrirla mostró un polvillo con reflejos metálicos y verdes. Vertió de ambas ampollas una cantidad de líquido en el vaso y luego con una pequeña espátula dobló la dosis de polvo que correspondía; cuando todo estuvo mezclado, tomó el vaso y se aproximó a la cama de la enferma. La priora tendió sus manos ansiosas, tomó la copa y bebió el contenido de dos grandes sorbos; luego se recostó en el catre.

—Dios os bendiga. Toda esta caridad que hacéis con mi persona os la recompensarán en el reino...

—¿Qué tal estáis ahora, reverenda madre?

—Me dais la vida —respondió la priora cerrando los ojos.

—Ahora descansad.

Y tras cerrar las cortinas del ventanal, la prefecta de novicias salió de la estancia sigilosamente, mostrando en sus labios una enigmática sonrisa, y se dirigió a la sacristía de la iglesia. Allí estaba fray Julián Rivadeneira preparando el sermón que daría aquella tarde.

El sermón

Con el gesto desgarrado y la voz tonante el padre Rivadeneira, desde el pulpito de la iglesia del convento de San Benito, dirigía su sermón a la comunidad allí reunida. Las imágenes de los santos y el gran crucifijo central cubiertos con telas moradas solemnizaban el luto de la Semana Santa; el ambiente olía a incienso y a flores marchitas. Las recogidas ocupaban los primeros bancos, a continuación se ubicaban las postulantas, luego las novicias y finalmente en tres gradas alzadas y en sillones de maderas nobles, tallados todos reproduciendo diferentes escenas bíblicas, treinta y dos de las treinta y tres monjas que componían la comunidad. Faltaba la priora; presidía sor Gabriela. El pulpito era hexagonal y en los paneles que daban a los fieles lucían cuatro bajorrelieves con los signos de identidad de los cuatro evangelistas: el león, el águila, el libro y el buey. El fraile con el hábito marrón de la orden, la calva sudorosa y el gesto crispado, tenía subyugado a aquel heterogéneo grupo de mujeres.

—... ¡Y eso es lo que espera a todos aquellos que no han depositado su fe en el Señor, a todos los que no supieron obrar por amor, a los egoístas que pecaron por el placer en sí, y no por el amor que todo lo enaltece, y los nueve círculos de los infiernos caerán sobre ellos y cuando hayan acabado todos los tiempos y no quede en el cielo estrella alguna con luz y todo sea negra oscuridad... todavía no habrá empezado la eternidad para los malditos! En cambio, aquellos que sigan la senda de los alumbrados y cumplan el gran mandamiento de: «Amaos los unos a los otros» apasionadamente y sin límites, éstos vivirán eternamente... Y hemos de amarnos como somos, con todo nuestro ser, que no es únicamente espíritu sino también carne mortal, porque aquí en la tierra es donde vivimos y no somos ángeles, y así quiso Dios que fuésemos... Y cada uno de nuestros cuerpos es Templo del Espíritu y el Señor quiere que amemos cada uno de estos templos donde Él habita; y hemos de amar la obra de Dios con todas nuestras fuerzas, apasionadamente, porque así está escrito.

Pero no os preocupéis, elevad vuestros corazones hacia mí y no temáis, mis dulces corderas, porque yo sabré cuidar del rebaño que me ha sido encomendado. Yo sabré ser el jardinero que cuida sus rosas de Alejandría y preserva el perfume de sus cedros del Líbano, porque os amo a todas y a cada una de vosotras. Venid a mí en vuestras soledades y en vuestras tribulaciones y dudas, porque mi puerta estará abierta día y noche para vosotras, ya que el maligno busca el momento débil para atacar y conmigo seréis mucho más fuertes que estando solas. Venid a mí, hijas queridas, en cualquier instante que yo, vuestro padre, vuestro hermano, vuestro esposo, os esperaré siempre...

Y de esta manera, con un discurso lleno de vaguedades, temores y términos favorables a sus

libidinosas intenciones, el padre Rivadeneira terminó su sermón, sembrando de dudas, falsas esperanzas y sentimientos equívocos, las almas de aquellas, casi todas, incautas mujeres.

Al terminar, el fraile descendió los ocho escalones del pulpito haciendo crujir el maderamen con sus casi doce arrobas de peso, y secándose el sudor con un inmenso pañuelo se dirigió por detrás del altar mayor a la sacristía.

La prefecta, en funciones de priora, tomó el mando. De debajo del reposabrazos de su reclinatorio extrajo una carraca de madera y la hizo sonar. Entonces la madre Úrsula y dos monjas más se dirigieron a una capilla lateral y tomando un crucifijo convenientemente cubierto con una tela de tafetán morado orlado de pasamanería negra lo portaron, en silencio, al centro de la barandilla de hierro forjado que se abría en dos partes para permitir que dos escalones ascendieran hasta la altura en la que se encontraba el altar mayor. Allí recostaron al Cristo. Entonces la madre Gabriela se puso en marcha seguida de toda la comunidad y del resto de mujeres que habitaban el monasterio; una de las monjas levantó el trapo que cubría el extremo del vástago mayor de la cruz y lo alzó del suelo, mostrando una calavera de marfil con dos tibias cruzadas. Sor Gabriela se inclinó al llegar a su altura y depositó un ósculo sobre ella; después la monja del otro costado, con un pañuelo de seda asimismo negro, limpió los restos de saliva que pudiere haber. Tras la prefecta fue pasando toda la comunidad, hasta que lo hizo la última de las muchachas. Al finalizar los postreros rezos, y siempre a golpe de carraca, las mujeres abandonaron la capilla para dirigirse cada una a sus tareas.

Sor Gabriela, cuando todas hubieron salido, se dirigió de nuevo a la sacristía. El padre Rivadeneira, sentado en un imponente sillón de cuero repujado descansaba del trance en el que le había dejado sumido su apocalíptico sermón. Al ver entrar a la monja se puso en pie.

—¿Qué os ha parecido mi prédica, maternidad?

—Como orador sagrado ya os he dicho que sois efectista y culterano, digno émulo de fray Gerundio de Campazas. Pero el texto, padre... creo que lo acomodáis en demasía a vuestros intereses.

—Decid mejor a nuestros intereses, ya que los míos y los vuestros se complementan. Y no olvidéis que yo ya he cumplido la parte de mi trato y meramente me dedico a preparar el camino para que vos podáis cumplir el vuestro.

—De todas formas creo que dais una muy peculiar versión del amor de Dios.

—Creo firmemente en lo que predico. Mi vida fue un tormento de contradicciones y penitencias hasta que, como Saulo, encontré la luz en las palabras de aquel santo varón que en la Corte me condujo hasta la luz de los alumbrados.

—Bien, trataré de entenderos... ya que a mí me guía la luz de la ambición de hacer de San Benito el primer y más preclaro convento de todas las Españas y me apena verlo vivir, o mejor morir, en esta carestía, suplicando siempre ayuda a los protectores y vegetando, más que viviendo, en la miseria, habiendo sido lo que fue y creyendo que lo puede volver a ser bajo la mano firme y segura de una monja joven que lo conduzca por la senda que jamás debió abandonar. Pero eso no ocurrirá en tanto la priora no se haga a un lado.

—Y ¿cómo va el asunto?

—De eso venía a hablaros antes de vuestro sermón, pero no ha habido tiempo.

—Pues decid. Y si os parece ajustemos la puerta y sentémonos calmos, que las paredes oyen.

La monja se sentó en uno de los sillones de la colegiata que estaba en la sacristía a la espera

de que el carpintero del convento reparara uno de los brazos que se había descolado. El fraile, tras cerrar la puerta, lo hizo en el que poco antes había ocupado.

—Soy todo oídos, maternidad.

La madre cruzó los brazos sobre su pecho y metióse las manos dentro de las mangas de su hábito.

—Veréis, mi buen padre, los pasos que anunciasteis se han ido cumpliendo: la madre Teresa está débil, la pócima alivia sus dolores y ella la solicita cada vez con más frecuencia. Pero el tránsito es lento y la demora se me hace insuportable. ¿No podría vuesa merced proporcionarme el remedio del que me habló en cierta ocasión para que, digamos, todo ocurra más deprisa?

El fraile meditaba.

—También mi espera es insufrible y, sin embargo, dulce. El envite es importante, pero el premio final vale la pena. Sed paciente y gozaréis más el momento cuando éste llegue. ¿Cómo tenéis al capítulo?

—Por ahí no habrá problema. Tendré los dos tercios fácilmente. Pero insisto, padre, ¿cómo puedo acelerar el proceso?

—Vos sois la que marca las dosis, pero si no tenéis paciencia para esperar que los mercuriales hagan su efecto y la frecuencia de los dolores los convierta en insufribles, os proporcionaré aquello de lo que os hablé y que, suministrado oportunamente, abreviará su tránsito.

—Y ¿cómo es eso?

—Prepararéis un vaso con su medicina y le añadiréis lo que yo os entregue; el sabor y el aspecto será el de todos los días, pero el efecto será inmediato. Aunque mejor sería que tuvierais paciencia. Todo parecería, digamos, más natural.

—¡Dádmelo ahora, padre!

—Eso es imposible. Debo acudir a León o a Astorga. Esas cosas no se encuentran a mano en cualquier pueblo. Además, esto último no entraba en nuestro trato.

—Yo os haré un adelanto.

El fraile recelaba.

—Y ¿qué adelanto es ése?

—El día que acordemos, a la hora que os convenga, enviaré a Catalina a limpiar la porquería que han dejado las cigüeñas en lo alto del campanario. Allí estará sola; vos veréis cómo efectuáis vuestros avances.

El párpado derecho del fraile temblaba ligeramente, cosa que le ocurría en las ocasiones en las que algo le enervaba.

—¿Y si se niega a subir? Supongamos que sospecha algo o que tiene vértigo.

—Ella no desobedecerá. Yo sé lo que me hago. Anteayer la oyó la madre Úrsula decir en las cocinas a esa simple de Casilda que lo que más desearía en este mundo sería ver el paisaje que rodea al monasterio desde la altura de la espadaña de la torre. No lo dudéis, ella acudirá.

—¡Si conseguís que suba al campanario, en una semana tendréis lo que tanto anheláis!

—Eso espero... Y no quisiera tener motivos para desconfiar de vos.

—Vos cumplid conmigo que yo lo haré con vos. —Dicho lo cual, la prefecta se levantó del sillón y salió de la sacristía acompañada por el vuelo garboso de su hábito.

El viaje misterioso

El padre Rivadeneira regresaba de Ponferrada. Su excursión, realizada con la aquiescencia de la prefecta de novicias, duró cuatro días; había considerado inoportuno que, siendo conocido en las boticas de herbolarios de León y Astorga, se presentara allí con un encargo que por lo insólito sin duda llamaría la atención y cualquier iniciado en el tema recordaría posteriormente.

Había salido de San Benito un lunes de madrugada y lo hizo por la puerta del fondo del huerto montando un tordo grande y robusto que quizá fuera el mejor caballo de las cuadras del convento; no le importaba en demasía que lo vieran partir, pero prefería que su atuendo no llamara la atención pues no vestía ropaje de clérigo, sino que lo hacía con la indumentaria propia de un comerciante pudiente que saliera de sus lugares en busca de negocios con el atuendo apropiado para el camino. A la ida hizo noche en Astorga y aprovechó la ocasión para visitar un campo de pinos^[84] que regentaba una cimitarra^[85] antigua amiga que, conociendo sus vicios ocultos, le proporcionó una trucha^[86] que no habría cumplido los quince años pero estaba ya muy versada en el antiguo oficio; pasó la noche con ella y tras decir a la celestina que había quedado bien servido y que en otra ocasión la repetiría, se puso de nuevo en camino para, pasando por Bembibre, arribar entrada la tarde a Ponferrada. En llegando se preocupó de hallar alojamiento para él y para su cabalgadura, y tras quitarse el polvo del camino y comer alguna cosa se dirigió a un establecimiento que en cierta ocasión le aconsejaron y que se hallaba a la salida de la población en dirección a Villarranea del Bierzo.

Lo atendían dos hermanos, uno de ellos casado, cuya mujer y dos de sus hijos hacían la labor de campo, la más ingrata, consistente en buscar y recoger las yerbas con propiedades medicinales que, debidamente maceradas, mezcladas y conservadas, servían para preparar los remedios y las recetas que las boticas, los físicos y, en menor medida, los barberos les solicitaban. Llegó a la puerta Rivadeneira renegando del barrizal en que se había convertido el camino a causa de las lluvias y sufriendo por sus botas nuevas de ante más que por otra cosa; llamó a la cancela haciendo sonar la campanilla dispuesta para tal uso, esperó un momento y cuando se disponía a repetir la llamada unos breves pasos le indicaron que alguien se acercaba para atenderlo. La mirilla se abrió y los ojos de una mujer lo escudriñaron de arriba abajo:

—¿Quién llama a esta casa?

—¿Es ésta la herboristería de los hermanos Yébenes? —preguntó a su vez Rivadeneira.

La mujer, al observar el aspecto pudiente del recién llegado cambió de tesitura:

—¿Qué desea vuesa merced?

—Ver a uno de los dos hermanos que la regentan. ¿Es eso posible?

—Esperad un instante, voy a ver.

Se cerró la mirilla al punto y los pasos se alejaron. El fraile esperó junto a la cancela sin moverse, a fin de no embarrarse innecesariamente, y de nuevo los pasos regresaron, esta vez acompañados de otros de mayor espesor y fuste. Se produjo un ruido de cerrojos y pasadores y el portón de cuarterones se abrió, apareciendo en el hueco la mujer que anteriormente se había asomado al ventanillo, ahora acompañada de un hombre alto y bien parecido que lo miraba con ojos escrutadores.

—¿Preguntabais por mí, señor?

—¿Sois vos uno de los hermanos Yébenes?

—Para serviros. Fermín Yébenes.

—¿Puedo pasar?

—Desde luego, señor. —Al decir esto, el hombre se hizo a un lado y apartó a la mujer. En cuanto entró en el almacén, una mezcla de mil aromas de distintas yerbas atacaron su pituitaria. El fraile paseó su mirada por el entorno: la nave era espaciosa y limpia, los sacos, cajas, vasijas, arcas, envases y toda clase de recipientes especiales para guardar y conservar cuanto recogían y trataban, se amontonaban ordenadamente en unos largos anaqueles arrumbados a las paredes que mostraban la cantidad y versatilidad del negocio de los hermanos. No recordaba el fraile botica ni farmacia mejor dotada, ni que remotamente se le pudiera comparar.

—Muy bien me habían hablado de vuestro negocio, pero jamás creí que en localidad menos importante que León o mismamente Astorga se pudiera encontrar algo semejante.

—El negocio lo fundaron nuestros abuelos, y los buenos buscadores de los tesoros que guarda la madre naturaleza deben hallarlos donde los hay, no donde el burgo sea más importante y numerosos sus moradores, pues cuanto más ciudad y más hombres yendo y viniendo, menos plantas y menos arbustos crecen; solamente los jaramagos viven entre las ruinas.

—Tenéis razón. Justa observación es ésta. ¿Podéis dedicarme un poco de vuestro tiempo?

—Desde luego. —Y dirigiéndose a la mujer—: Seguid con lo vuestro, Magdalena, yo atenderé al caballero. —Esperó un instante a que ella se alejara y prosiguió—: Si sois tan amable de seguirme.

El hombre lo condujo a una estancia amueblada como despacho, sin ningún lujo pero ordenado y aseado como todo lo visto anteriormente; se sentó tras una mesa de pino e indicó al fraile que lo hiciera frente a él. Cuando ya se hubieron instalado, el herbolario indagó:

—Me gustaría saber con quién trato y a qué debo el honor de esta visita.

—Justo es lo que decís y perdonadme por no haberme presentado antes. Mi nombre es Isidoro Barba y mi profesión es la de alimañero. Tengo a mi cargo la guarda de tres fincas del conde de Zarzalejos y un problema que creo que vos podéis ayudarme a solventar.

—Pues vos me diréis.

—Veréis... el caso es que hace ya tres meses un lobo viene destrozando el ganado de su excelencia y son ya una cincuentena de ovejas las que he perdido. He probado trampas y cepos, pero ha sido inútil; es astuto como raposa y fuerte como un toro, y solamente me queda intentar envenenarlo. ¿Me vais entendiendo?

—Creo que he captado vuestra idea... y ¿en qué veneno habéis pensado?

—Se me ocurre que si mezclo en bolas de carne polvo machacado de nuez vómica o haba de san Ignacio en cantidad suficiente, tal vez pueda acabar con él.

El hombre lo miraba socarronamente.

—Veo que entendéis de venenos; una pequeña cantidad de *stricnos* puede acabar con cualquier alimaña... de cuatro... o de dos patas... lo que creáis conveniente.

El fraile, sin más comentario, extrajo del fondo de su zurrón una bolsa y tras tirar del cordoncillo abocó sobre la mesa un montón de monedas de plata suficiente para comprar un carro de cualquier producto de mercado.

—Me alegra que me hayáis comprendido. ¿Tendré que esperar mucho rato? El tiempo para mí es muy importante y me queda por hacer un largo camino...

—Con los argumentos que mostráis —dijo el hombre señalando la generosa cantidad de monedas que brillaban sobre la mesa—, me pongo a ello al instante.

Entonces el herbolario, sin dilación, tras recoger la faltriquera y ponérsela al cinto, salió de la estancia y regresó al poco. Traía consigo un alambique que colocó sobre un hornillo de aceite al que, con una astilla encendida, prendió fuego; a su costado y bajo su boquilla colocó una redoma, y después en el primer recipiente puso unos polvos que extrajo de dos saquitos. Tras unos instantes y al calentarse, la mezcla comenzó a hervir y al licuarse unas gotas fueron destilando lentamente cayendo en la retorta.

—¿Lo deseáis líquido o sólido?

—Tal vez mejor líquido.

—Claro, al lobo le placera más, comprendo —respondió Yébenes en tono socarrón.

—Me placen las gentes con sentido común. Haced vuestro trabajo y habréis ganado un buen cliente para toda la vida.

—Mi trabajo es vender mis productos. No me compete a mí el seguir los pasos de lo que con ellos se haga; bastante tengo con lo mío. Si quedáis contento, mejor para todos.

—Particularmente mejor para vos. Lo grave fuera que, por cualquier circunstancia, no quedara yo satisfecho. —Los ojos del fraile habían adquirido un brillo acerado y una torva expresión que no pasó inadvertida al herbolario.

El campanario

Nada podía haber complacido más a Catalina que la orden que había recibido aquella tarde después del refrigerio. A lo largo de los catorce años de su vida jamás había conseguido subir los trescientos dieciséis peldaños que conducían a lo alto del campanario de San Benito. A la puerta siempre cerrada de la iglesia, se sumaban las de la sacristía y la de la de la escalera que ascendía hacia la espadaña desde la base de la torre.

—Las cigüeñas ya han emigrado —le dijo la madre Gabriela—. Subid al campanario y limpiadlo de guano y excrementos, que están salpicadas hasta las campanas.

Catalina dirigióse rápidamente a las cocinas a fin de proveerse de los enseres oportunos para llevar a buen fin el trabajo encomendado: un cubo de cinc, un escobón, una rasqueta, trapos viejos y los polvos que sor Hildefonsa usaba para desincrustar los restos de comida que quedaban adheridos en el fondo de pucheros, cazuelas y marmitas. Tuvo que hacer tres viajes; dejó el cubo para el último ya que era necesario transportarlo lleno de agua. La puerta de la iglesia estaba abierta y también la de la sacristía; no así la que cerraba el acceso a la escalera de la torre. Dejó los trebejos junto a la pared y regresó a la cocina a por el cubo y a decirle a la prefecta que la tercera puerta estaba cerrada...

—Esa llave la guarda el padre. Id a su celda y pedídsela. Decidle sobre todo que es de mi parte, que yo os envío, pues de otro modo no os la entregaría.

Catalina transportó el balde lleno de agua hasta la sacristía, dejando tras ella pequeños charcos producidos por su cimbreado caminar, y luego de dejarlo al lado de los otros utensilios se dirigió, atravesando la nave paralela a la iglesia, a la habitación del fraile. Sus pasos resonaban en el amplio corredor y los apresuró, ya que aquella nave no le agradaba. Al fondo estaba la puerta de la celda del padre Rivadeneira; llegando a ella, Catalina la golpeó firmemente con los nudillos.

—¿Quién va? —interrogó la voz del fraile desde el interior.

—Soy Catalina, paternidad, me envía sor Gabriela.

Hubo una pausa.

—Pasad, hija mía querida, pasad.

Catalina abatió el picaporte y empujó la hoja de roble de la puerta, que cedió al punto. El fraile estaba sentado frente a su escritorio, con los anteojos cabalgando sobre su bulbosa nariz mientras repasaba unos escritos.

—¿Qué se os ofrece, palomita mía?

A Catalina le desagradaban profundamente los nombres que el padre daba a las novicias y las

postulantas.

—Sor Gabriela me manda para...

En un instante explicó la muchacha la encomienda que le habían asignado y la dificultad en que se encontraba.

—Las llaves de la iglesia y de la sacristía también las tiene la prefecta. La del campanario únicamente la tengo yo; y si en alguna ocasión deseáis subir a meditar o simplemente a estar más cerca de Dios, pedídmela que yo os la prestaré. No olvidéis, querida niña, que vos sois una de mis ovejas predilectas.

—Pues si sois tan amable y me hacéis la merced... —Al esto decir, Catalina extendió su mano izquierda hacia el fraile.

Éste dejó los anteojos sobre la mesa y se dirigió a una alacena que estaba al lado de la librería, de la que tomó un manojo de llaves. Tras examinarlo, extrajo de él una pequeña.

—Tomad, hija mía, no la extraviéis y luego no olvidéis devolvérmela.

—Gracias, paternidad.

—Las que el Señor, en su bondad, os dio y adornan vuestra alma... y su envoltura carnal, por qué no decirlo... ¿O es que la belleza del ciborio que aloja la Sagrada Forma no debe ser comentada?

Catalina estaba confusa. Aquel hombre la ponía nerviosa aunque solo dijera palabras amables.

—¿No deseáis confesaros antes de iros?

—No, padre, no he pecado y no tengo tiempo ahora.

—Siempre pecamos, hija, y lo que más le gusta a Dios es que los hombres se reencuentren siempre con El a través de los que, humildemente, lo representamos.

—Lo sé, padre, pero debo hacer el mandado de sor Gabriela.

—Id, hija mía, id en paz. —Y diciendo esto, el padre le entregó la llave y dejó la diestra extendida para que la muchacha se la besara.

Catalina dobló la rodilla y acercó sus labios al dorso sudoroso de la mano del fraile, haciendo el gesto. Éste, al desgaire, la alzó un poco más y rozó fuertemente sus labios. Catalina se puso en pie e instintivamente se pasó los dedos por la boca como si quisiera borrar algo; el fraile obró como quien no se da cuenta.

—Id con Dios y proceded con prudencia. Hay mucha altura allá arriba.

—Quedad con El —respondió Catalina, confusa.

Luego, con la llave fuertemente apretada en su mano salió de la estancia al tiempo que emitía un profundo y aliviado suspiro.

Trescientos dieciséis escalones tenía la empinada escalera. Catalina se las compuso de modo que un solo viaje bastara para acarrear de una vez todos los trebejos. Colocóse los trapos y el paquete de polvo en los profundos bolsillos de su saya, la pequeña rasqueta a modo de espadín, sujeta en el cordón de su ceñidor, el escobón al hombro cual si fuera un mosquete, y finalmente tomó el cubo por el asa e inició el dificultoso ascenso. Fue éste arduo y embarazoso; el escobón rozaba las paredes debido a la estrechez del hueco de la escalera y el asa del pesado cubo se le clavaba en la mano. A la mitad hizo un descanso con el fin de recobrar alientos y, dejando el cubo en la huella de un peldaño, sacó de su bolsillo unos trapos; tras doblarlos varias veces, los colocó entre el asa de hierro y su mano, que ya mostraba unas enrojecidas marcas debidas al peso. Luego esperó unos minutos y prosiguió. Su corazón latía furioso, en parte debido al esfuerzo y en parte

por los nervios ante la proximidad de la visión que desde el campanario iban a tener sus ojos.

La luz fue clareando, señal inequívoca de que la escalera llegaba a su fin. Cuando coronó la ascensión y su cabeza asomó por la balaustrada de la abertura de la torre, su ánimo quedó sobrecogido y enmudeció su aliento; ni a respirar se atrevía, tal era la solemnidad del momento. El escobón se le cayó del hombro y casi se le derrama el agua del cubo que tanto esfuerzo le había costado subir y que, de la emoción, tuvo que dejar precipitadamente en el suelo. Luego, muy despacio, como en sueños, se fue sacando la rasqueta de la cintura y los trapos y el paquete de los polvos del bolsillo interior de su saya. Después apoyó las manos en el alféizar de una de las aberturas y desparramó su ansiosa mirada por el horizonte sin dar crédito a lo que veían sus ojos: la campiña era un mosaico de colores, el río una cinta verde y plata que se perdía en la lejanía, el trigo una inmensa superficie amarilla moteada por los puntos rojos de las amapolas que se juntaba en el horizonte con la línea azul del cielo. Catalina fue dando la vuelta completa a la torre y desde cada uno de los cuatro ángulos divisó una perspectiva diferente. A un par de leguas se veía una pedanía y más al fondo un pueblo grande, que adivinó sería Santa María del Páramo, del que tantas veces le había hablado Blasillo. Bajó la vista a sus pies y, cual si fuera un pajarillo, vio el convento: los tejados de las naves de los dormitorios, el cuadrado del claustro que enmarcaba el estanque del patio, los lavaderos y su escondite del tendedero, que desde aquel punto no era tal, las cuadras, la portería.

Desde allí todo era insignificante y diferente. Súbitamente su alma golondrina ansió volar lejos, muy lejos, hasta donde iban los patos de cuello verde que año tras año pasaban en formación hacia el sur. El alma de la muchacha se esponjó y al respirar creyó que en los pulmones le cabía más aire del acostumbrado. En aquel instante tomó una decisión. No sabía cómo, pero aquella no iba a ser la última vez que subiera al campanario, para lo cual puso en marcha su cerebro con el fin de encontrar la excusa.

En primer lugar se colocó de espaldas al abismo y agarrándose con la mano izquierda, su mano más hábil, al borde de la gran campana, se echó hacia atrás, tendiendo su cuerpo hacia el vacío con el fin de ver la espadaña; arriba, al lado de la aguja de la veleta y bajo el gallo de hierro, vio el nido al que cada año regresaban las cigüeñas. Eso era intocable, en cambio su trabajo iba a estar en las tejas de la vertiente que hacia ella se inclinaba; estaban perdidas de guano, plumas adheridas y excrementos. Con cuidado, se bajó del alféizar e hizo la misma operación para calibrar la porquería de las tejas de las otras tres vertientes. Curiosamente las dos que ofrecían su cara al viento del norte parecían mucho más limpias, supuso que debido al efecto de la erosión.

Catalina se puso manos a la obra. En primer lugar se arremangó las sayas y las sujetó al cordón de su cíngulo a fin de moverse con mayor libertad; luego puso el cubo, la rasqueta, los trapos y los polvos en el alféizar de la abertura en forma de pequeño arco del mirador para tenerlos a su alcance y, tomando el escobón con una mano mientras se sujetaba al badajo de la campana con la otra, se encaramó ágilmente en la piedra del borde sin ningún vértigo y más bien disfrutando del riesgo que tal acción entrañaba. A continuación mojó el gran cepillo del escobón en el agua del cubo y sobre él desparramó el polvo blanco para después ponerse a fregotear con denuedo. El trabajo era arduo, el agua sucia bajaba por la pendiente de la cúpula de la torre cayendo sobre ella. No le importaba. Jamás había gozado de una sensación de libertad como la que estaba experimentando en aquel momento. Era... casi la felicidad.

Súbitamente notó que unas manos grandes la sujetaban por debajo de la cintura y le oprimían las nalgas, atrayéndola hacia el interior. Como pudo metió la cabeza bajo el alero sin soltar el escobón. Frente a ella, enrojecido por el esfuerzo de los trescientos dieciséis peldaños, sudoroso y jadeante estaba el rostro del fraile, con un brillo intenso en sus libidinosos ojos. Mientras la manoseaba, abrazándola y tirando de ella hacia el interior, decía con voz ronca y respiración entrecortada:

—Por la Virgen, Catalina, ¡qué imprudencia! ¿Acaso pretendíais volar? Si no os sujeto a tiempo, os podíais haber matado.



«Por la Virgen, Catalina, ¡qué imprudencia! ¿Acaso pretendáis volar? Si no os sujeto a tiempo, os podáis haber matado.»

Discusiones teológicas

La reverenda madre está equivocada. —El que de esta manera hablaba en la biblioteca del convento de San Benito era el padre Rivadeneira, y su interlocutora era sor Gabriela—. Comprenderéis que yo no he escrito estos textos. Me limito únicamente a interpretarlos con el mismo derecho que cualquier otro religioso o clérigo y siguiendo directrices de apologistas igual o mejor preparados que los que sostienen lo contrario.

¿No veis acaso cómo discuten los jesuitas con los franciscanos? ¿O nosotros mismos con los del Carmelo? ¿E incluso estos últimos entre ellos? No ignora vuestra maternidad que el mismísimo nuncio de su santidad ha tenido que poner orden varias veces entre los calzados y los descalzos. Además, decidme, ¿qué otra interpretación cabe a la frase agustiniana de: "Ama y haz lo que quieras"? ¿O es que alguien va a enmendar la plana a una de las luminarias más preclaras que ha alumbrado a la santa madre Iglesia? El siglo XIII está ya muy lejano y, que yo sepa, en éste no ha nacido en Roccaseca otro Tomás de Aquino... Y nuestro sumo pontífice cuando condena a Jansenio, que únicamente se limita a ampliar a san Agustín, no lo hace ex cátedra y, humildemente, creo que se equivoca.

—Su paternidad es muy osado.

—Únicamente descubro mi alma ante vos, ya que vos me habéis descubierto la vuestra. Dicen los clásicos: «Confía tu secreto a quien antes te haya confiado el suyo», ¡y a fe mía que el vuestro es mucho más importante! El mío nace y muere en mí, en cambio el vuestro... Por cierto, ¿habéis tomado ya vuestra decisión? Porque os recomendé que fuera hoy.

—Tomada está. Esta noche pasaré mi Rubicón. Pero, decidme paternidad, ¿qué os hace suponer que los acontecimientos se desarrollarán como habéis previsto?

—Tened calma y escuchad. Vos le habéis suministrado cada noche antes de dormir el jarabe, ¿es así?

—Así es.

—Bien... la cantárida le quita la hipocondría, el tártaro emético la ayuda en su incontinencia y el mercurial, que fue una suerte que el viejo galeno lo incluyera en su fórmula, le sube el tono vital, refuerza su cansado corazón y la hace adicta; finalmente, la pulpa de tamarindo mezclada con todo ello hace que la solución sea bebible, pues sus componentes no tienen precisamente un grato sabor.

—¿Por qué decís que fue una suerte?

—El mercurial, si toma una dosis excesiva, ayudará a matarla.

—Y ¿qué os hace suponer que hoy puede tomarla?

—¡A fe mía que sois impaciente! La reverenda madre ha notado que cuando le dais su dosis de electuario disminuye su melancolía, aguanta su incontinencia hasta las tercias y su trabajado corazón le responde mejor. Hoy, en vuestra última visita, le haréis ver que estáis agobiada por los muchos trabajos que recaen sobre vuestras espaldas en día tan señalado para el monasterio, y añadiréis que no vais a poder hacer vuestra ronda nocturna ya que debéis presidir en su nombre las vísperas especiales de la octava de san Benito. Es por este motivo que le dejaréis a mano la siguiente toma para que se la dé la persona encargada de velarla. Conozco la naturaleza humana, mucho me he de equivocar, si la priora no os quiere sorprender con su presencia en la iglesia y ordena a la veladora que le administre, adelantada, la toma que le hayáis preparado, y en la que verteréis sin que nadie lo observe unas gotas de esta botella. —Al decir esto y como por arte de magia, apareció en la mano de Rivadeneira un pequeño frasco de vidrio esmerilado de color verde, y cerrado con lacre.

La monja, como hipnotizada, alargó su mano temblorosa y tomando el frasquito cual si fuera una joya observó con deleite el oscuro líquido que se apreciaba al trasluz en su interior, y preguntó:

—Y ¿entonces?

—Entonces... bastante haremos si llegamos a tiempo de impartirle la extremaunción.

—Debemos cuidar ese particular. No quisiera que partiera para el reino sin ella.

—Poned a alguien que vele su vigilia y decidle que atienda cualquier demanda suya. Sabed que si así lo hacéis, ésa será la mano que le facilite el tránsito.

Sor Gabriela, con el entrecejo fruncido, meditaba profundamente.

—¿Y si los sucesos no acontecen como suponéis?

—Cuando se da a la baraja, únicamente se puede intuir el lance. No existe la certeza. Pero el buen jugador atina la mayoría de las veces y nosotros, maternidad, no somos buenos jugadores... somos fulleros^[87] que jugamos con el naipe^[88] marcado y procuramos hacer la ceja^[89] a poco que los demás estén distraídos.

—Bien me parece, padre, pero no quisiera que mi conciencia cargara con la culpa de la perdición de su alma. Pondré a su cuidado alguien muy especial que vele su descanso y nos avise al menor síntoma a fin de que la comunión y vuestros santos óleos lleguen a tiempo.

—Veis como vos y yo somos iguales. Recordad a san Agustín: «Ama y haz lo que quieras.» Vos amáis al convento y queréis conducirlo por el camino que lleva a lo más alto, para lo cual únicamente os estorba la priora, pero la amáis y deseáis que esta noche su alma entre en el paraíso y alcance el descanso eterno en compañía de los santos, los ángeles, los tronos y las potestades. Luego, también vuestra maternidad es una alumbrada. —Aquí el fraile hizo una pausa—. ¿Y vuestra parte del trato? Porque yo ya habré cumplido la mía con largueza.

—Deberéis tener un punto más de paciencia, ya sabéis que es virtud que agrada al Señor. Si todo transcurre como habéis profetizado, la misma noche del día en que llegue *el placet* del obispado luego que mis hermanas en el capítulo de la orden me otorguen su confianza, esa noche, no antes, después de las completas tendréis vuestra llave. Ya sabéis que el pasadizo secreto discurre desde la sacristía hasta el pasillo de las postulantas. Lo demás ya dependerá de vos. Al terminar cerraréis con llave. Si gritara, no os preocupéis. La priora, que en contra de mi opinión siempre la protegió, le otorgó la merced de ubicarla en la primera celda, al lado del huerto; entre ella y la inmediata está el almacén de la ropa blanca y hay dos recias puertas por medio. Ya

sabéis, cuando ha habido alguna postulanta enferma y habéis bajado a confesarla o a darle la comunión habréis observado la distribución. Cuando todo haya terminado, ambos habremos cumplido nuestro acuerdo.

—Siempre estaré en deuda con vuestra reverencia.

—Cuando sea priora y vos hayáis logrado vuestro turbio propósito, entonces nada me deberéis ni yo tampoco a vos. Por lo tanto, jamás se volverá a hablar de este vidrioso asunto. Y ahora, si no tenéis nada más que decir, creo que nuestras respectivas obligaciones nos reclaman.

Y sin nada añadir, ambos personajes abandonaron la biblioteca.

Apenas lo hubieron hecho, bajo la escalera de madera que ascendía al altillo de los libros apareció el rostro demudado de Fuencisla, que en su séptimo mes de embarazo, con un trapo de polvo en una mano y el plumero en la otra, había podido oír confusamente y sin pretenderlo, allí escondida y sin atreverse a salir, el sucio negocio que la prefecta de novicias había cerrado con el fraile que era el padre del hijo que ella llevaba en sus entrañas.

Íntimas confidencias

Os juro, Casilda, que todavía no me he repuesto. Por las noches tengo pesadillas y únicamente a vos puedo contar mis cuitas.

Las dos estaban en su escondite de siempre, tras los lavaderos, protegidas de miradas curiosas por la ropa tendida en las cuerdas del secadero. Catalina había relatado a su amiga todo lo acontecido en el campanario desde que fue a buscar la llave de la sacristía hasta que tras desasirse como pudo de las manos del fraile, bajó como una posesa, trastabillando y casi cayéndose, los trescientos dieciséis peldaños de la escalera de la torre.

—De ese mal fraile, nada me extraña; aunque no entiendo por qué tiene que forzar voluntades cuando tan entregadas tiene otras para cometer todo género de liviandades y desafueros.

—No os comprendo, Casilda, ¿qué queréis decir?

—Vós sois aún muy niña, Catalina, pero la vida me hizo echar muy pronto las muelas y me doy cuenta enseguida de cuando alguien quiere comer carne en Cuaresma sin tener indulgencia.

—Sigo sin comprender...

Casilda hizo un gesto de impaciencia.

—Vamos a ver. En el convento conviven tres grupos distintos de mujeres... ¿es así?

—Así es.

—Pues bien, ¿quién está aquí por su voluntad y con vocación verdadera de servir a Dios?

Catalina no respondió.

—Yo os lo diré. De las recogidas, nadie; son todas mujeres jóvenes a las que aquí condujo la necesidad de un refugio momentáneo para aliviar un mal paso, o el deseo de su familia de alejarlas para mejor guardar su honra. Si algo no os cuadra, decídmelo.

Catalina asintió con la cabeza y la otra prosiguió:

—Luego están las novicias y las postulantas; a casi ninguna le preguntaron si quería entrar en la orden. Dos de cada diez lo hicieron por su deseo pero las otras ocho representaban una carga demasiado pesada para sus familias, y la dote de una monja es mucho menos gravosa que la de una casada; eso en el supuesto de que encontraran un hombre, mercancía muy escasa hoy día en las Españas de nuestro buen rey Felipe IV, ya que entre la sangría de Flandes y la de las Américas el solar de Castilla parece un campo en barbecho. Y finalmente están las monjas, y en ellas no entro porque son casi todas viejas.

—¿Y bien?

—¿Aún no atináis?

Negó Catalina con la cabeza.

—Pues es bien sencillo: un gallo de unos cuarenta años con los espolones crecidos entra en el gallinero; unas gallinas le temen porque son menos que nada; otras entienden que si lo tienen de su parte pueden vivir mejor y sacar alguna ventaja. En cuanto a las novicias sin vocación... a nadie amarga un pastelillo, sobre todo si hay mucho hambre y todavía no se ha catado bocado. ¿Me vais comprendiendo ahora?

—Lo que decís me asquea.

—Pues por suerte para él, hay pocas como vos. ¿Acaso no oís risitas contenidas en el confesionario los viernes ni os dais cuenta de los codazos cómplices en el paseo cuando cruza el camino acompañando a sor Gabriela?

—Ahora que me lo decís... Pero pensé que eran imaginaciones mías.

—Mejor haréis cuidando y velando, y os aconsejo que estéis vigilante... que el diablo entra por las cerraduras y hay que ser muy lerda o muy inocente para no darse cuenta de cómo os mira, hasta cuando hace el sermón desde el pulpito.

—No me asustéis, que ya lo estoy y bastante. Y eso hace que considere cada vez más seriamente mi plan.

—¿Todavía andáis con eso en la cabeza?

—No he dejado de pensar en ello, y más todavía desde que vi el mundo desde la torre del campanario.

—Estáis como un cencerro. ¿Y adónde ibais a ir?

—Da igual, Casilda, yo no quiero que mi nombre y una fecha adornen una cruz de madera en el cementerio que hay detrás de la iglesia.

—Pero vuestro plan es una locura.

—No lo creáis. Lo he meditado un montón de veces y vos me prometisteis vuestra ayuda.

—Y la tendréis, Catalina, con dolor de mi corazón, porque sé cuánto ansiáis salir de aquí, y bien sabe Dios que si lo lográis perderé a la única amiga que tengo dentro de estos muros. Pero no hablemos de esto ahora que me entristece y aún no es tiempo, y regresemos ya no sea que suene la campana y nos extrañen; que cada vez son más difíciles estos encuentros. Por cierto, ¿qué hicisteis con la llave de la torre?

—Se la entregué a sor Gabriela sin nada decir de lo sucedido; no me hubiera creído y me hubiera buscado un problema.

—Comprendo.

Y tras ponerse en pie y sacudirse las briznas de yerba de sus sayas, ambas amigas se reintegraron a sus tareas por caminos separados.

Las vísperas

Era la víspera de San Benito. Las monjas preparaban la iglesia para los rezos nocturnos a los que, en tan señalada fecha, además de la comunidad asistían todos los habitantes del cenobio y los de las cercanías que a él, de una forma u otra, debían su sustento. Los primeros bancos los ocuparían las recogidas, luego y mediando dos hileras vacías se colocarían las postulantes, a continuación las novicias y tras ellas dos monjas vigilantas; luego se apretarían a pie firme jardineros, mozos de establo, carreteros, campesinos aparceros y a continuación los habitantes de las pedanías circundantes, hombres y mujeres, y finalmente sobre tres gradas elevadas las monjas de la comunidad, presididas en el primer sillón de la tercera hilera por sor Gabriela, la prefecta de novicias.

Sor Úrsula llevaba a cabo los adornos florales del altar en tanto sor Hildefonsa de San José preparaba en la sacristía la dorada casulla, el manípulo, el alba, los vasos sagrados, las vinajeras y, con sumo cuidado, la preciosísima custodia del convento en oro macizo y pedrería, de cuyo centro y rodeando el cristal de roca que guardaba el cuerpo de Cristo partían una miríada de rayos dorados que la hacían parecer un sol refulgente, regalo de don Benito de Cárdenas. La prefecta de novicias entraba en aquel momento en la sacristía.

—Atendedme, sor Hildefonsa.

La monja dejó en suspenso sus tareas y se dispuso a escuchar a la prefecta.

—Dejad ahora lo que estáis haciendo e id a buscar a Catalina. La reverenda madre ha solicitado su presencia para esta noche y debo darle las instrucciones que ha impartido el doctor para su mejor atención y cuidado.

—Ahora mismo, maternidad.

Partió la hermana e involuntariamente sor Gabriela fijó su mirada en el panel de la pared que ocultaba el pasadizo secreto que iba desde allí a la galería de las postulantes. Pasaron unos minutos y unos ligeros golpes anunciaron la presencia de la muchacha en la puerta de la sacristía.

—¡Adelante!

Se abrió la hoja y apareció el rostro de la joven enmarcado por una cofia.

—¿Me habéis mandado llamar, reverenda madre?

—Sí, Catalina, pasad y escuchadme con atención.

—Soy toda oídos, maternidad.

—Esta noche es la octava de la solemnidad más importante del año en el convento de San Benito y su punto culminante es la adoración nocturna de las vísperas. Vos vais a velar a la reverenda madre, porque ella así lo ha ordenado; su máximo deseo, caso de encontrarse con

fuerzas, es presidir las completas como lo ha hecho todos los años, y a ello hemos de dedicar todos nuestros afanes. Media hora antes del comienzo del acto pasaré a visitarla, ya que luego me será imposible, y os dejaré preparada su medicina para que vos se la suministréis a la hora que os indicaré; luego, si ella se encuentra animosa y desea acudir al oficio, la ayudaréis a vestir y le daréis vuestro brazo para que se apoye en él. Debéis complacerla en todo. Tened en cuenta que ésta puede ser para ella una noche muy especial.

—Descuide su maternidad, que así se hará.

—Pues id, hija mía, que en vuestras manos queda todo.

Salió la muchacha por la puerta de la sacristía que daba al pasillo y lo hizo sor Gabriela por la que daba al presbiterio; una vez dentro de la iglesia se adelantó y dando tres fuertes palmadas recabó la atención de los presentes.

—Esfuércense todas en sus trabajos, ya que estas vísperas las vamos a ofrecer por las intenciones y la recuperación de nuestra priora. Quiero que ésta sea una noche inolvidable para el convento.

Dicho lo cual, dio dos palmadas más y monjas, novicias y recogidas regresaron a sus quehaceres con redoblados esfuerzos.

La incómoda visita

Los años no pasaban en balde y cada jornada, sobre todo si era lluviosa, castigaba más los reumáticos huesos del doctor Gómez de León y hacía que sus achaques fueran más dolorosos y frecuentes. El día había amanecido metido en agua y así se había mantenido, triste y encapotado, y él notaba que su espíritu, de natural animoso y dispuesto, andaba parejo con el día. A pesar de los largos años que llevaba ejerciendo su profesión, no se acostumbraba a ver acercarse la muerte con indiferencia; y más por instinto adquirido que por conocimientos, sabía cuando la descarnada sitiaba a alguien y en qué exacto momento ya no había nada que hacer.

Aquella había sido una jornada aciaga; había comenzado al alba. Llamaron a su puerta a las cinco y media, sobre el canto del gallo, y cuando Laurencia, la vieja ama de llaves, lo vino a avisar, él ya estaba en pie. Su avezado oído discernía perfectamente por los retazos de conversación que le llegaban del vestíbulo de su casa cuando algo era urgente o admitía demora. El mensajero era un muchacho de Río Seco de Tapia y había llegado reventando al jamelgo. Su padre había recibido la cox de un mulo en la base de la espalda. Apenas el gañán terminó de explicarse, el viejo doctor acabó de vestirse; la luz que iba entrando por la ventana anunciaba un mal día. Del armario tomó un zamarrón muy viejo que él untaba siempre con grasa de caballo a fin de que escupiera el agua y se lo puso sobre el jubón mientras descendía la corta escalera.

Laurencia le esperaba en el zaguán con un tazón humeante en una mano y en la otra su viejo maletín de médico. El muchacho aguardaba impertérrito bajo el aguacero hasta tal punto empañado, desde el pelo hasta los borceguíes, que a sus pies se iba formando un gran charco de agua. Se dispusieron a partir al punto. Amarraron el cabestro del caballejo a la parte posterior de su destartado coche y tras ordenar que dieran un capote al zagal, lo hizo subir al pescante para que indicara el camino al auriga; luego abrió la portezuela y se instaló en su interior, cuidando de bajar las cortinillas de lona embreada a fin de que el aguacero no calara dentro. Así había comenzado su jornada. Ahora regresaba a casa, muy entrada la tarde, agotado del trabajo, de la lluvia y del viaje, pero más que nada agobiado por la sensación de fracaso que le había ido embargando a lo largo de aquella aciaga jornada, ya que evidentemente los hados de la fortuna no le habían sido propicios.

En cuanto examinó al padre del muchacho advirtió que la cox del mulo le había partido los huesos finales del rosario de la espalda, que son los que mantienen de pie al hombre. Tras pincharle en la planta de los pies con un fino estilete, pudo advertir que nada sentía; el campesino yacía en la cama acosado por fuertes dolores, su mujer vestida con una negra saya remendada por mil sitios y cubiertos los hombros con una toquilla negra de lana observaba, angustiada, sus

manipulaciones. Poco se pudo hacer. Lo fajó con una recia tela y le recetó una pócima para que le aliviara los padecimientos, y aun a sabiendas de que todo era inútil, les dijo a ambos que al cabo de unos días pasaría de nuevo a verlo. Se negó a cobrar la visita, pero cuando regresó al coche advirtió que en el suelo y bajo su asiento le habían colocado un cestillo de huevos; los humildes eran infinitamente más desprendidos que los ricos.

Luego fuese al parto de una primeriza, en cuya casucha ya le esperaba su partera. Fue largo y extenuante: la muchacha era muy joven y tenía estrecha la pelvis. Había roto aguas la noche anterior, la criatura apareció de nalgas y hubo que maniobrar para, finalmente, tirar de ella; nació enclenque y desmedrada, y tras cortarle el cordón le costó mucho romper el llanto; cuando la envolvieron en trapos tras enfajarla, presentaba un color violáceo de mal presagio, que hizo que el viejo galeno le augurara corta vida. Dejó a madre e hija al cargo de María Lujan.

Finalmente acudió a una pedanía de tres casas que le pillaba a mano en el camino de regreso a la suya. Al llegar, nada más apearse del coche pudo ver la acanea del cura del pueblo que le había precedido. Nada se podía hacer ya que no fuera asistir al viático. Lo lamentó, era un buen hombre y un buen cristiano y, pese a que el final estaba cantado, no imaginó que el desenlace se produjera tan rápidamente.

Regresaba con el ánimo muy bajo. Pensó que en tales días era mejor quedarse en el lecho. En llegando a su casa divisó a través de la fina cortina de lluvia y sujeto a un poste a tal fin destinado un gran caballo negro, lustroso a causa del agua y bien enjaezado, y fijándose más creyó ver en su anca derecha el hierro del Santo Oficio.

Apenas su cochero terminaba la ritual frase: «¡Sevilla a babor, caballo!», para indicarle al animal el giro que debía realizar a fin de dejarlo en la misma cancela, abrió la portezuela del coche y tirando de su viejo maletín de médico se precipitó hacia el exterior y, casi al mismo tiempo, su mano obliga al aldabón a golpear la placa de hierro de la puerta con un rítmico repique que Laurencia conocía desde siempre. El viejo doctor esperó nervioso bajo el pequeño porche en tanto la lluvia monótona e incansable hacía que las dos gárgolas de cabeza de quimera que asomaban bajo la balaustrada, y recogían el agua embalsada en el suelo de la miranda, vomitaran por sus bocas de piedra sendos chorros que, bajando por la yedra, habían formado dos charcos profundos en la tierra del jardín al pie de las columnas que soportaban el emparrado. Abrióse finalmente la puerta y apareció la vieja criada con un candil de aceite en la mano y un rictus de preocupación en el rostro que no pasó inadvertido al cirujano.

—¿Qué ocurre, Laurencia? ¿De quién es este caballo?

La mujer, en tanto que con la mano libre tomaba el capote mojado del cirujano, replicó:

—Hace ya dos horas que le espera un caballero. Le dije que no sabía cuándo iba a regresar, pero respondió que no le importaba y que aguardaría. Está en su despacho.

El médico descargó su bolsa junto al perchero, colgó en él su bonete milanés y tras alisarse sus blancos cabellos se dirigió a la sala donde acostumbraba recibir a sus pacientes, no sin antes advertir a su vieja criada que recogiera el cestillo de huevos que estaba en el suelo del carricoche. Al abrir la puerta, el individuo, que en aquel momento revisaba los volúmenes de la librería y tenía uno en la mano, giró el largo cuello de tal forma que la luz del candelabro más próximo le iluminó el semblante. Al punto supo el doctor que el personaje era el mismo que le había descrito María Lujan: el porte, la abombada frente y, sobre todo, la pálida cicatriz lo delataban.

—Perdone vuesa merced mi tardanza, pero no me constaba que en la tarde de hoy tuviera en mi casa un paciente.

—Pues no dudéis que lo soy, y mucho. Mi paciencia no conoce limitaciones. —El desconocido extrajo del bolsillo de su negro jubón un reloj y tras consultarlo continuó—: Os he aguardado dos horas y, caso necesario, os hubiera aguardado otras dos.

El doctor cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia el intruso.

—Mejor hubiera sido acordar una cita. Vos no hubierais perdido vuestro tiempo y a mí me hubiera cuadrado mejor otra circunstancia, ya que hoy llego derrengado de haber estado todo el día en los caminos.

—En cuanto a mi tiempo, no os preocupéis por él. El tiempo total de un hombre constituye su vida, y la mía está al servicio del Santo Oficio y para él no existen las horas.

El galeno captó el mensaje.

—Tal vez me he expresado mal. Yo lo decía para mejor atenderos. Pero, siéntese vucencia y acomodémonos. ¿Deseáis beber alguna cosa?

El portugués captó rápidamente el cambio de tratamiento. El médico había pasado del «vos» al «vucencia».

—Si sois tan amable... un jerez me vendría bien.

—Lo que gustéis.

El doctor Gómez de León se acercó a una rinconera y del estante del medio tomó dos copas estrechas y una frasca de cristal tallado que contenía un líquido ambarino; después se dirigió a la mesa que estaba entre dos sillones de tijera, en uno de los cuales ya se había sentado el incómodo huésped, y lo depositó todo con cuidado. Llenó las copas y ofreció una al siniestro personaje, sentándose a continuación frente a él. Entonces súbitamente se sintió molesto.

—Y bien, excelencia, si tenéis a bien decirme quién sois os lo agradeceré. Tengo la costumbre de querer conocer a quien recibo en mi casa y con quién comparto mi vino.

—Es justo que así sea —respondió el otro en tanto contrastaba la calidad y transparencia del licor levantando su copa a la altura de la luz del candelabro—. Mi nombre es don Sebastián Fleitas de Andrade y mi condición, por lo que a vos compete, es la de familiar del Santo Oficio. Si deseáis que os muestre mis credenciales... —Y, al decir esto, echó mano de una cartera que había dejado apoyada en la pata de su sillón.

—No es necesario. —Se hizo un espeso silencio—. Vucencia dirá qué es lo que le ha traído a estos apartados lugares.

El de Fleitas tomó un sorbo de su copa y respondió a la pregunta del médico con otra pregunta:

—Excelente licor, doctor, ¿no es de estos pagos?

—No, en verdad es de Jerez. Me lo envían desde Sevilla, cada año, gentes agradecidas.

—Sois un hombre afortunado, moneda poco corriente en estos tiempos de ingraticudes y traiciones.

El viejo doctor se revolvió inquieto en su asiento.

—Pero, en fin... no creo que vuestra paciente espera sea para comentar las calidades de un jerez.

—No, ciertamente. Pero es bueno establecer entre las personas un vínculo cálido antes de tratar temas delicados.

Las manos del médico denotaban su nerviosismo; el otro pareció no darse cuenta y prosiguió impertérrito:

—Tenéis una excelente biblioteca. No es común tener tantos y tan variados volúmenes: Averroes, Avicena, Maimónides, Borgognoni.

—En su gran mayoría son libros de consulta.

—Pero alguno tiene implicaciones peligrosas. Ved si no estos *Proverbios morales* de Sem Tob. —El portugués hojeó las páginas de un pequeño tomo y leyó:

*"Por nacer en espino la rosa
Yo non siento que pierda.
Ni el buen vino
Por nacer en sarmiento."*

—No me diréis que esta estrofa no es un canto a la negación de los orígenes del hombre. Da a entender que no importa de dónde proceda cada uno; iguala a un hereje con un buen cristiano.

—Según como se quiera mirar. Daos cuenta de que Su Majestad ha dado títulos de nobleza a comerciantes distinguidos y artesanos prósperos igualándolos a los grandes del reino, queriendo indicar con ello que el origen humilde de un hombre no es causa de exclusión de mayores honores.

—Me gustáis, ¡a fe mía! Doctor, sois un buen polemista. —Súbitamente la cara del portugués cambió—. Decidme ahora cómo vais a defender este proverbio:

"Non vale el azor menos Por que en vil nido siga Ni los consejos buenos Porque judío los diga."

El viejo doctor tenía el rostro descompuesto.

—Sem Tob dedicó sus proverbios al rey Pedro I. No creo, por tanto, que haya nada malo en ellos... Amén de que, os repito, son libros de consulta necesarios para acrecentar mis conocimientos. Tened en cuenta que los mejores médicos no están ahora en estos reinos.

—¿Qué insinuáis con este «ahora»?

Gómez de León comprendió que se estaba metiendo en un terreno pantanoso.

—Quiero decir que cuando en Toledo convivían tres culturas, lo lógico era que cada uno ejerciera su profesión entre los suyos.

—Venís a mí. Por lo tanto, los infieles deben estar con los infieles y los judíos... no, los judíos no deben estar en ningún lugar; son un pueblo maldito y deben ser apátridas por haber crucificado al Señor. Jerusalén fue derruida dos veces y ellos condenados a errar por el mundo en eterna diáspora.

—Mis libros fueron heredados de mis antepasados. Todos ellos se dedicaron a la medicina y los volúmenes que aquí veis son de cuando los médicos de la corte de Alfonso IV, de Enrique III de Castilla y de Juan II de Aragón fueron Yosef Ferruciel, Meyr Alguades y Abiatar ben Crescas, galenos reputadísimos y famosos en su época.

—¡Eso era antes, cuando la basura de la herejía protestante no había puesto en peligro la salud del pueblo llano ni contaminado sus ideas; ese deleznable personaje que fue Martín Lutero! Pero a

Dios gracias las cosas han cambiado. —Aquí cambió la tesitura de su discurso—. Reconozco que sois un hábil conversador y que esgrimís con rara habilidad la dialéctica, pero esta argumentación poco os serviría ante un tribunal. ¿Acaso ignoráis la pragmática de nuestro rey que dice que todos aquellos libros que son indignos y que estén en el índice deben ser expurgados por el fuego y, caso de encontrarse en poder de algún cristiano, deberá éste responder de ello?

El médico calló.

—Bien, dejemos esto. —Y al tal decir dejó el librito sobre la mesa—. Vayamos al asunto que me ha traído, porque realmente no he venido hoy a revisar vuestra biblioteca. —El portugués descontrajo el rictus de su cara en algo que quiso ser una media sonrisa y su tono cambió hasta el punto de que al galeno le pareció que quería ser amable y que la nube de tormenta había pasado—. Si mis noticias son fidedignas, vos sois médico hace muchos años de la familia de don Martín de Rojo e Hinojosa.

El médico se puso en guardia.

—Así es, no tengo por qué ocultarlo. Ya lo era de su difunto padre, don Bernardo, que en gloria sea.

—Y bien, doctor, ¿cuántos hijos tuvo don Bernardo?

—Casó dos veces; de la primera esposa no tuvo descendencia y sí de la segunda, que le dio dos vástagos, don Martín y Camila, la cual entró en religión y hoy es la priora del convento de San Benito con el nombre de Teresa de la Encarnación.

—¿Y a su vez don Martín que descendencia tuvo?

—Permitidme que haga memoria, que a mis años ya no es buena; frecuentemente me acuerdo de lo más lejano y, sin embargo, de lo más próximo tengo lagunas. Sí, veréis, tres hijas y un varón. Elvira, la mayor, casó y vive en Sevilla; ella es la que cada año me proporciona el jerez que estáis bebiendo. Luego nacieron Violante y Sancha, que siguen solteras que yo sepa, y finalmente nació el heredero de su casa; Álvaro es su nombre y estudia en Salamanca.

—¿Estáis seguro de no confundiros?

—Ciertamente.

—Yo tenía entendido que había tenido cuatro hijas.

Al llevarse el médico la copa a los labios, a fin de darse un respiro para pensar, el licor que en ella había temblaba ligeramente.

—Estáis mal informado, yo asistí a los partos.

—¿Vos y quién más?

—Mi partera se llama María Lujan. Ella os podrá ratificar...

—Dejadlo así de momento. ¿Vos podríais sostener bajo juramento lo que me decís?

—¿Es esto un interrogatorio?

—¡Nooo por Dios!, mi visita es amistosa e informal. ¿Caso de no ser así, suponéis que hubiera acudido yo a vuestra casa? Hubierais sido llamado vos a declarar ante el Santo Tribunal. Pero dejemos esto. Una última pregunta, ¿me podéis informar si alguna señal, algún signo especial caracteriza a esta familia?

—Mi memoria es ya muy flaca y no da para tanto; vucencia comprenderá que a lo largo de tantos años y habiendo examinado a tantas gentes...

El de Fleitas se puso en pie, dejando el resto del jerez sobre la mesa.

—Meditad, doctor, meditad, no vaya a ser que alguien, ¡no yo claro está!, tenga que ayudaros a

refrescar vuestros recuerdos.

El doctor Gómez de León se puso a su vez en pie, descompuesto, a fin de acompañar al inesperado visitante hasta la salida.

—Imagino que no tendréis inconveniente en que me lleve el pequeño volumen de Sem Tob. Podría caer en manos menos amigas que las mías y crearos muchos problemas. Quedad con Dios, doctor, volveré en mejor ocasión. Descansad y recuperaos.

Entonces, ajustándose la capa el tenebroso personaje, sin esperar respuesta, se dirigió a la salida. Había dejado de llover; montó ágilmente en su caballo y tras hacer un amplio saludo con el chambergo partió al galope, dejando al doctor Gómez de León en el quicio de la puerta con el candil alzado en su diestra y una sensación de hielo en las venas.

El fatal desenlace

Sor Teresa de la Encarnación yacía en su lecho muy debilitada; ofrecía a Dios sus sufrimientos y sus miserias a fin de purgar lo que de malo hubiera podido hacer a lo largo de su vida. Sufría con paciencia aquel ahogo que la obligaba a dormir incorporada y que ella atribuía a la humedad que el río trasmitía al monasterio, pero a lo que no se resignaba era a aquella incontinencia urinaria que la mortificaba durante la vigilia y que le impedía dirigir los rezos nocturnos de la comunidad. Su ánimo decaía día a día y se encontraba sumamente abatida y sin fuerzas. El remedio que le había recetado el doctor Gómez de León le había ayudado en grado sumo, pero su efecto cada vez era más breve y la frecuencia de su necesidad era más urgente. Levantarse del lecho para arrodillarse en el reclinatorio le suponía un calvario y algo en su fuero interno le decía que aquella iba a ser la última octava de San Benito que iba a poder celebrar. No tenía miedo a la muerte pero... ¡quedaba tanto por hacer! Pedía al Señor humildad para soportarlo, porque despertarse en la noche empapada en sus propios orines y tener que llamar a sus hermanas para que la cambiaran, pues ella no podía hacerlo, se convertía en el sacrificio más grande que hubiera podido ofrecer a Dios a lo largo de toda su vida religiosa. Ni cilicios ni disciplinas ni ayunos se le podían comparar; el maldito orgullo que había heredado de don Bernardo de Rojo, su progenitor, hacía que aunque lo intentara con todo su corazón no se resignara a pedir de continuo aquella humillante asistencia.

Su pensamiento en aquellas cruciales horas vagaba de un sitio a otro y pasaban por su mente momentos, circunstancias y lugares de su vida sin orden ni concierto. Se veía muy pequeña, jugando con su adorado hermano Martín a representar comedias y entremeses que él mismo creaba y dirigía, en la casa solariega de Quintanar del Castillo. Súbitamente y con una intensa claridad aparecía en su imaginación la luctuosa jornada de la muerte de su padre y asimismo regresaban una y otra vez las imágenes de la noche del nacimiento de Catalina, y en aquel instante supremo en el que cada ser humano se enfrenta a sí mismo seguía creyendo que había hecho lo correcto. Amaba intensamente a aquella criatura que, si bien había colmado el instinto maternal que toda mujer lleva dentro de sí, también le había ocasionado una ingente cantidad de preocupaciones. Desde el primer momento se había sentido absolutamente responsable de su vida. Tenía, en mujer, las cualidades que tanto había ansiado su querido hermano para su heredero: nobleza de espíritu, independencia, fidelidad a sus convicciones hasta la tozudez, lealtad, gentileza y un amor al riesgo y la aventura totalmente desmedidos. Se había ganado una problemática monja y se había perdido un capitán de los Tercios de Flandes que hubiera dado muchos días de gloria a los reinos de su Cristiana Majestad. Dentro de la comunidad, y con el paso del tiempo, podría llegar a ser una

excelente priora y, por qué no, tal vez una superiora provincial. Lo que más lamentaba en aquellos momentos, y en lo más profundo de su corazón, era que tras tantos trabajos y vicisitudes tenía la certeza de que no iba a estar en su toma de velo^[90].

Unos discretos golpes sonaron en la puerta.

—Pase... —Ni ella conocía ya su propia voz.

—Con su permiso, reverenda madre.

Abrióse la puerta empujada por el pie de Catalina e hizo ésta su aparición, llevando en sus manos una bandeja cargada con varios recipientes.

—Maternidad, os traigo vuestra cena.

—Es inútil, Catalina, no puedo tomar nada.

—Perdone su reverencia... Sor Gabriela me ha encomendado muy encarecidamente que os esforcéis, particularmente hoy, para ver si os sentís con fuerzas de levantaros y presidir las completas.

—Dadme únicamente la medicina que tanto me ayuda, que aunque os empeñéis no voy a tener ánimo para probar bocado.

Catalina había depositado la bandeja en la mesilla en tanto incorporaba a la enferma con un brazo y con la otra mano ahuecaba los cojines.

—Os traigo un caldo de gallina que tiene todo el condimento del mundo. Debéis hacer un esfuerzo...

—No insistáis, hija mía, dejad que guarde mis pocas fuerzas para el electuario, que eso sí me hace bien y mi estómago se encalabrina si le obligo a otra cosa.

—Pero, madre, ha dicho sor Gabriela...

—¡Catalina! La priora todavía soy yo.

—Como mandéis.

—Así está mejor —susurró apenas sor Teresa.

En estos afanes andaban ambas cuando se abrió la puerta de la celda y apareció la prefecta de novicias sonriente y vital...

—¿Cómo se encuentra su reverencia? Quiero imaginar que, en fecha tan señalada, dispuesta a hacer un esfuerzo para compartir jornada tan gozosa con sus hermanas.

Catalina, dejándose llevar por su natural impulso, se adelantó a la respuesta de la reverenda madre.

—Se niega a tomar nada de lo que, con tanto amor, ha preparado sor Hildefonsa para ella en la cocina.

—¿Es esto verdad, reverencia?

La madre Teresa abrió sus ojos con esfuerzo y se justificó:

—Nada me podría agrandar más que estar esta noche con mis hermanas, pero temo que me falten las fuerzas, sobre todo si las empleo en hacer cosas que me repudien. Creedme, madre, que mi cuerpo sólo desea tomar la medicina que durante un rato alivia mis flaquezas, y todo lo que entre en mi estómago no hace otra cosa que empeorar mi estado, que de por sí ya es crítico.

Tras este largo párrafo, la priora cerró los ojos y se quedó sin ánimos. La prefecta se dirigió en voz baja a Catalina, en una tesitura anormalmente amable:

—Tal vez tenga razón su reverencia y nosotras, en nuestra buena fe para ayudarla, la estamos perjudicando.

—Yo haré lo que me mandéis, y si la reverenda madre cura de su dolencia os prometo formalmente que intentaré cambiar mi actitud. Yo... la quiero mucho. —Al decir esto último, la muchacha tenía los ojos arrasados de lágrimas.

—Me alegra infinito vuestro cambio de disposición. Os diré lo que vamos a hacer. Mientras yo preparo la medicina, vos le arreglaréis un poco las frazadas de su cama, sin molestarla en exceso; os dejaré todo preparado y una media hora antes de las completas le suministraréis la pócima a fin de que le haga el efecto oportuno en el tiempo propicio, entonces acudiréis a la iglesia a requerir la ayuda de sor Hildefonsa y de sor Úrsula, ambas son muy fuertes y dispuestas, de tal manera que pueda la reverenda madre, sujeta por los brazos, subir la escalera. A ver si entre todas conseguimos que hoy sea su gran noche.

—Lo que digáis, madre.

—Pues a ello, Catalina.

Volvióse la monja hacia la alacena y la muchacha se dispuso, con el mejor de los ánimos, a cumplir lo mandado por la prefecta. Ésta comprobó atentamente, por el rabillo del ojo, si la observaba Catalina, pero la criatura estaba absorta en su trabajo. Cuando tuvo la certeza de que tal cosa no ocurría, maniobró con rapidez. Lo primero que hizo fue extraer del hondo bolsillo de su hábito el pequeño frasco que le había proporcionado el fraile y al que ya había desprovisto del lacre, retiró el tapón esmerilado y vertió su contenido en el vaso que había colocado sobre la mesa, a continuación escanció en él el tártaro emético, el mercurial y la pulpa de tamarindo machacada; después, de una pequeña jarra, añadió un generoso chorro de agua y lo mezcló con una espátula de madera y finalmente el especiero regresó a las profundidades de su bolsillo. Catalina había ya terminado sus trajines y la monja la llamó.

—Mirad, hija mía, aquí os dejo la poción preparada. No os adelantéis al suministrarle la toma aunque os la pida la madre, pues de lo que se trata es de que le haga el efecto justamente para las completas y así pueda acudir a la iglesia, que ése es su gran deseo. Dejadla descansar y si para algo me necesitarais, no dudéis en llamarme.

—Todo se hará como habéis ordenado.

—Entonces, Catalina, parto a mis quehaceres. No sabéis cuántas cosas dependen de vos esta noche y cuánto confío en vuestra capacidad. ¡Ah!, recordad: antes de dársela debéis remover todo con la espátula, que nada quede al fondo.

—Descuidad, madre.

Tras estas palabras partió la monja. Catalina al quedarse sola pensó que, al estar todo preparado, lo más conveniente sería que la reverenda descansara tranquila, que era al parecer lo que estaba haciendo en aquellos momentos, de modo que se acuclilló hecha un ovillo en el suelo, a los pies de su cama, y apoyando la espalda en la pared y sujetándose las rodillas con los brazos enlazados se dispuso a velar su letargo. Pero al poco la venció el cansancio y sin casi darse cuenta se quedó amodorrada en un intranquilo duermevela, rendida por las tareas de todo el día. No supo cuánto tiempo duró su agitado sueño, pero la campana de San Benito la sobresaltó y se puso ágilmente en pie para cumplir su cometido. Fuese a la mesa y tomando la espátula removió el líquido, pues el medicamento se había depositado en el fondo del vaso; luego dejó la cucharilla en el plato y se aproximó al lecho, tocando con la mano libre el hombro de la priora. Ésta pareció salir del sopor y abrió los ojos, y al ver a la muchacha sonrió.

—Reverenda, debéis hacer un esfuerzo. Es la hora de tomar vuestra medicación.

—Sí, hija. ¿Cuánto falta para las completas?

—Más de tres cuartos, madre. Entre arreglaros un poco e ir yo a buscar a sor Hildefonsa y a la madre Úrsula, se nos irá el tiempo.

—¿Por qué tenéis que molestar a sus reverencias?

—Lo ha ordenado la prefecta.

—Dejad, dejad a la prefecta. Yo, con vuestra ayuda, voy a poder; así será mayor la sorpresa cuando comparezcamos ambas en la iglesia.

—Sea como gustéis. Yo también pienso que podemos arreglarnos solas; pero ahora lo primero es que os toméis la medicina.

Catalina ayudó a incorporarse a la priora pasándole su brazo por la espalda en tanto que con la otra mano le acercaba el vaso a los labios. Ésta bebió lentamente, con un trabajo evidente; cuando terminó, la muchacha la volvió a recostar para poder dejar el vaso sobre la mesa y a continuación, y con grandes esfuerzos por parte de ambas, procedió a vestirla. La tarea resultó agotadora y por un momento Catalina pensó que no saldrían adelante en su empeño, pero la voluntad de la reverenda madre se impuso y al fin consiguió tenerse en pie, apoyando su mano izquierda en el hombro de la muchacha y asiendo fuertemente su bastón con la derecha.

—Vamos, hija.

—Adelante, reverenda.

De esta manera se dirigieron poco a poco hacia el pasillo que daba a la escalera y que conducía a la nave donde se ubicaba la iglesia. La monja respiraba fatigosamente.

—No tengáis prisa, madre, que tenemos tiempo de sobra.

La priora no contestó para evitar la pérdida de energía que ello representaba. Con un trabajo sobrehumano llegaron al primer rellano. Su pecho subía y bajaba como un viejo fuelle...

—Dejadme reponer un instante, hija mía, que este viejo carricoche está desballestado. —Y al decir esto la reverenda madre buscó el apoyo del ángulo de la escalera.

—Tal vez he hecho mal al no recabar ayuda —dijo la niña, inquieta al observar la agitada respiración de la monja.

Súbitamente a sor Teresa se le doblaron las rodillas y se fue escurriendo despacio hasta quedar en el suelo con la espalda apoyada en la pared en tanto que Catalina, lívida, la intentaba sujetar.

—¡Madre, por Dios, madre! ¿Qué os pasa? ¡No me hagáis esto, por favor, madre!

El cuerpo de la religiosa se había vencido hacia un lado sin que la chica pudiera impedirlo, y por la comisura de los labios le asomaba un reguero de baba blanquecina. Catalina dudó un instante entre quedarse o ir en busca de auxilio. En tanto decidía, notó que la monja tiraba de ella por la manga de su blusa e intentaba decirle algo:

—Catalina, esto se acaba...

—¡No me asustéis, madre! ¡No me asustéis!

—Aproxímaos, hija, se me van las fuerzas...

—¡Madre, por la Virgen Santísima, no me dejéis! ¿Qué va a ser de mí? ¡Madre mía!

—¡Mi crucifijo... Catalina... mi crucifijo!

Catalina se abalanzó y rebuscando entre la arrugada saya de la monja encontró la cruz de madera de olivo que pendía del cordón de su cíngulo, y se la puso entre las manos. La monja se la llevó a los labios y la besó, modulando un «Jesús mío». Catalina hizo por levantarse, pero la

reverenda tiró de ella.

—Venid aquí... hija querida. No me dejéis en este trance.

Catalina casi no la oía y acercó su oreja a los labios de la moribunda.

—Me voy... es la hora... El Señor y su Santísima Madre quieren que esté con ellos en la octava del santo.

—Madre... ¡Por Dios...! No desfallezcáis. ¡Tenéis que presidir las completas!

—Voy a hacerlo esta noche en el cielo, si el Señor así lo dispone... junto a san Benito.

—¡Madre! —La muchacha casi gritaba.

—Sed una buena monja, Catalina, éste es el deseo de vuestro padre. —La voz era ya un hilo.

—¡Deliráis, reverenda, deliráis! ¡Yo no tengo padre!

Abrió los ojos la madre Teresa y miró a la muchacha con un inmenso amor.

—¡Sí, Catalina... sí!

—¿Quién es mi padre? —La voz de la chica se rompía, quebrada por la angustia.

—Vuestro padre es...

No hubo más. Allí acabó todo. Súbitamente unas terribles convulsiones sacudieron el cuerpo de la monja. Catalina, tras dejarla recostada en la pared, salió espiritada escaleras arriba en tanto la campana mayor de San Benito tocaba a completas.

A partir de aquel instante los acontecimientos se precipitaron. Catalina, apenas intuyó que la priora ya no alentaba se precipitó, atravesando naves y patios, hacia la puerta lateral de la iglesia del convento. Los cantos de la comunidad de monjas, enriquecidos por las voces de las postulantes, novicias, recogidas, fieles de las pedanías y pueblos próximos, sonaban aquella noche de un modo singular e iban aumentando de volumen a medida que Catalina se aproximaba al acceso lateral del templo. Por él entró y tomando agua bendita de la pila con un gesto rápido y rutinario, se santiguó y avanzó después hacia el pasillo central por el brazo corto del crucero; tras una rápida genuflexión frente al altar mayor, donde en aquel momento oficiaba revestido para la solemnidad del día el padre Rivadeneira, se dirigió, percibiendo que todas las miradas de los presentes se clavaban en su persona, al sillón de la priora, que estaba situado en la grada más elevada y junto al pasillo central. Lo ocupaba aquella noche la prefecta de novicias, la reverenda madre Gabriela de la Cruz; ésta, viendo llegar a la muchacha con el rostro desencajado, intuyó que lo que tenía que suceder había sucedido ya. Dejó su libro de cantos e inclinó su toca hacia Catalina.

—¡Madre... la priora... creo que no alienta!

—¿Qué me estáis diciendo?

—¡Corred, reverenda, corred, o ya no será tiempo!

Sor Gabriela se incorporó y, tomando una campanilla del guardaobjetos del respaldo del banco anterior, la hizo sonar con fuerza. El tiempo se detuvo y todos los rostros convergieron hacia ella, expectantes.

—Hermanas, recen, recen mucho por la reverenda madre. —Luego, dirigiéndose a sor Úrsula, que estaba a su diestra, y en voz muy baja—: Maternidad, la priora se muere. Dirigid los rezos en mi ausencia.

A continuación, descendiendo del entarimado de su banco se dirigió a grandes zancadas al presbiterio, seguida, casi sin poder alcanzarla, por Catalina. El padre Rivadeneira, que había detenido la ceremonia, esperaba de pie su llegada en medio del altar; la prefecta, tras hacer una

genuflexión en el escalón del comulgatorio se llegó hasta él.

—Padre, parece ser que la reverenda madre ha sufrido un ataque. Tomad los santos óleos y la Sagrada Forma y acudamos como la luz. No quisiera ser responsable de que su presencia ante el Altísimo no fuera la que corresponde a una priora de San Benito.

Rivadeneira no hizo comentario alguno, se precipitó hacia la sacristía y al entrar ya se iba quitando la casulla; se puso sobre el alba la capa pluvial y el manipulo en el antebrazo y tomando los santos óleos y una cajita de oro que contenía cuatro hostias consagradas entregó los aceites sacros a sor Gabriela y una campanilla tritonal a Catalina, junto con una palmatoria encendida.

—Precededme hasta la celda haciendo sonar suavemente la campana. Luego vos, maternidad...

—La reverenda madre no está en su celda. Se encuentra en el rellano de la escalera que baja desde la nave del locutorio.

El cura y la monja se miraron.

—Ya me contaréis después qué hace allí y por qué no habéis cumplido mis órdenes. Ahora vamos de prisa a donde sea. ¡Abrid paso! ¡Rápido!

Partieron los tres, el convento atravesando, hasta el punto donde había caído la superiora. Catalina abría la marcha iluminando el camino; a la luz temblorosa de la candela itinerante, sombras amenazadoras se cernían para luego disiparse y aparecer otras. De esta forma llegaron al rellano donde la guadaña de la parca había segado la vida de la priora. Ésta se hallaba tal como la había dejado la muchacha antes de emprender su alocado peregrinaje: yacía recostada contra el ángulo de la pared, con los ojos abiertos y el crucifijo apretado en su mano descansando sobre el pecho.

Sor Gabriela se agachó sobre ella y tras dejar en el suelo los sagrados óleos la zarandeo firmemente por los hombros:

—¡Reverenda, reverenda... contestadme!

El padre Rivadeneira la hizo a un lado. Del bolsillo de su sotana sacó la patena y la frotó contra el codo de su brazo izquierdo; luego la colocó frente a la boca y la nariz de la madre Teresa y en esta posición la mantuvo unos instantes en tanto decía, volviéndose a Catalina:

—¡Dejad el candil aquí e id por más luz!

La muchacha obedeció, regresando al punto con un velón de múltiples pantallas que aumentó considerablemente la intensidad del resplandor que alumbraba la escena.

Entonces el padre aproximó la patena a la fuente de luz; no se veía el menor rastro de aliento.

—Todo ha terminado. El Señor la habrá acogido en su seno. Dadme los santos óleos, que la voy a ungir.

—Le vais a administrar el santo viático... —Y dirigiéndose a Catalina—: No quiero responder ante Dios de la ineptitud de esta irresponsable.

—Sor Gabriela, la reverenda madre ha entregado su alma a Dios.

—Vos no sois médico. No podéis saber con certeza si la priora ha fallecido.

—Es evidente.

—Para mí no lo es tanto.

La mano de Catalina temblaba de tal manera que la luz del velón hacía que las sombras chinescas de los perfiles de ambos personajes crecieran y decrecieran en la pared del fondo.

—Traed el candelero aquí y parad de temblar, ¡inútil!

La voz de la prefecta restalló como un látigo. Catalina se acercó. La monja había dejado los santos óleos en el alféizar interior de la ventana del rellano e inclinándose sobre el cuerpo de la priora le sujetaba la frente con la mano derecha en tanto que con la izquierda le bajaba la mandíbula inferior.

—¿Veis? El *rigor mortis* aún no ha aparecido; le quedan unos segundos. ¡Dadle la comunión!

El padre Rivadeneira estaba impresionado. Abrió la cajita de oro y tomando una forma se aproximó a la monja.

—¡Dadle dos! ¿No decís siempre que es mejor comulgar más veces para recibir más Dios? ¡Pues sed consecuente! De esta manera tendrá alimento para el viaje.

El cura, sin hacer comentario alguno, a la asombrada luz del velón que sostenía Catalina colocó en la abierta boca de la priora, dos sagradas formas.

Luego la prefecta se volvió hacia Catalina:

—¡Dadme vuestro ceñidor!

La muchacha, terriblemente asustada, dejó el velón en el suelo y tras desanudarse el cordón se lo entregó a la monja. Esta, tomando el cíngulo, procedió imperturbable a sujetar la mandíbula inferior de la priora de forma que la boca quedara firmemente cerrada.

—¡Ahora, los óleos!

El cura, sin rechistar, al tiempo que rezaba las oraciones correspondientes fue ungiendo con los sagrados aceites la frente, los ojos, la boca, el pecho, las manos y los pies de la difunta. Cuando todo terminó, la prefecta ordenó con voz silbante:

—Vos, paternidad, que sois más fuerte, cogereis a la priora por los sobacos y vos Catalina por las piernas. Dadme el velón, que yo os alumbraré el camino. Hemos de depositarla en su celda para antes de que terminen las completas. Dejaremos en el alféizar los óleos y el candil; luego regresareis a buscarlo.

La fúnebre procesión se puso en marcha. Abría el paso sor Gabriela con el velón alzado sobre su cabeza, luego iba Catalina llevando a la difunta cogida por los tobillos y cerraba el fraile revestido con los ornamentos, que sujetaba a la priora por las axilas. De esta manera, muy lentamente y realizando un par de paradas a fin de que el cura se repusiera, ya que resoplaba como la fragua de Vulcano, fueron atravesando el desierto monasterio; en fecha tan señalada todo el personal estaba recogido en la iglesia. De esta manera llegaron a la vacía celda.

Cuando la reverenda madre ya estuvo depositada en su lecho, la prefecta se revolvió como un basilisco hacia Catalina:

—¡Sois una auténtica nulidad y no se puede confiar en vos! ¡Si no procedo con diligencia, por vuestra culpa la reverenda madre hubiera podido morir sin comunión! Rogad a Dios para que mis hermanas no me elijan para ocupar el cargo de priora de San Benito... Si tal sucede se os habrá terminado la ridícula indulgencia de que habéis gozado tantos años. Y ahora, explicadme paso a paso todo lo acaecido y por qué no habéis obedecido mis órdenes.

Catalina explicó punto por punto lo ocurrido aquella noche. Cuando terminó, la monja se volvió hacia el fraile, que presenciaba atónito la escena:

—¿Habéis oído a esta insensata? —Luego se dirigió hacia Catalina—: ¿No os dije acaso que recabarais la ayuda de sor Úrsula y de sor Hildefonsa? ¿Necesito explicaros que, tras tomar la pócima, la reverenda no podía hacer esfuerzo alguno ya que de lo contrario le podía sobrevenir un colapso, como así ha sido? ¿He de explicar a una zafia como vos que los humores líquidos que

están en el cuerpo, a causa del esfuerzo bajan al corazón y lo detienen, y que por eso debían llevarla a la iglesia dos monjas fuertes y robustas a fin de que ella no padeciera la menor fatiga?

Catalina estaba en un rincón cubriéndose el rostro con las manos y llorando en silencio, abrumada por la tragedia que su descuido e impericia habían ocasionado y sintiéndose el ser más ruin y desgraciado del universo.

Ahora la prefecta se dirigía de nuevo al fraile:

—Vos sois testigo ante Dios y lo seréis ante los hombres si conviene, de que esta necia ha podido ser la causante de la muerte de la priora.

Y vos, Catalina, recogeréis los óleos que habéis dejado en la escalera y luego de dejarlos en la sacristía marcharéis a vuestra celda. Mañana os presentaréis en mi despacho después de la misa y hablaremos largo y tendido. ¿Me habéis comprendido? ¡Asesina!

Catalina se tapó la boca con el dorso de la mano, horrorizada por lo que acababa de oír, dio media vuelta y tragándose el llanto salió corriendo de la estancia, trastabillando por el pasillo.

Cuando hubo desaparecido, el padre Rivadeneira se dirigió a la prefecta de novicias:

—Habéis rebasado mi capacidad de asombro. Si vuestras hermanas os eligen, haréis una magnífica priora.

Sor Gabriela, con un rictus sonriente en sus labios, se volvió hacia el cuerpo yacente de la madre Teresa:

—Descansad mucho en paz, priora, y agradecedme que os haya abreviado el tramo terrenal de este valle de lágrimas a fin de que estéis hoy, octava de san Benito, en las debidas condiciones ante el Señor, en el paraíso.

Y tras tomar el velón y dejar la estancia en penumbra iluminada únicamente por la pequeña palmatoria que lucía junto al Sagrado Corazón, partieron ambos conspiradores hacia la iglesia del convento.

Algo de luz

Don Martín de Rojo tenía la costumbre de ingerir a media mañana una taza de caldo del mismo que se serviría en la mesa a la hora del almuerzo, pero sin los tropezos de carne, gallina y verdura que luego sazonarían la sopa. Normalmente se lo servían en su despacho, pero aquella mañana decidió bajar a la cocina sin saber a ciencia cierta el porqué. Allí corroboró lo que ya sabía: su hija Sancha trajinaba siempre entre los peroles, ayudando a la más que endeble economía de la casa, en cambio su otra hija, Violante, no se acercaba a aquellos pagos ni engañada. Se inclinó el hidalgo sobre el gran puchero que colgaba de un gancho sobre el fogón mantenido con fuego de leña debajo de la campana de la chimenea y tomando en su diestra un cacillo lo introdujo en él para extraer un sazonado líquido espeso, humeante y amarillento que, con sumo cuidado a fin de no escaldarse, escanció en el cuenco que tenía en la otra mano; colgó después el cazo en el correspondiente hierro y en tanto soplaba para enfriarlo se dirigió al ventanal.

Mientras su vista recorría el descuidado jardín de su casa, su mente penduleaba entre su flaca economía y el día que se avecinaba, inapelable, de la ceremonia de la toma de velo de Catalina, en el que, acompañada de otras aspirantes, habría de hacer sus primeros votos y cambiaría su toca blanca por la azul de las postulantes. Él, no en calidad de padre, circunstancia que únicamente conocía su hermana, la priora de la comunidad, pero sí de protector del convento y tutor de la muchacha y de tres novicias más, asistiría al acto con el corazón encogido por una turbamulta de emociones y sentimientos contradictorios. Las dudas le asediaban. Ignoraba si aquella decisión, tomada una ya lejana y nebulosa noche de hacía catorce años, había sido totalmente acertada y si su hija iba a ser soportablemente infeliz dedicando su vida a la oración, el ayuno y el sacrificio. Pero... ¿quién era totalmente feliz en este valle de lágrimas? La felicidad era un pájaro exótico y huidizo al que invariablemente perseguía el ser humano; a veces lo alcanzaba y le echaba la red, pero al poco se volvía a escapar, y así una y otra vez. A este intento dedicaba el hombre todos sus esfuerzos y capacidades.

Lo que tranquilizaba su conciencia era la certeza de que jamás eludió sus obligaciones para con ella; que, dentro de su modestia y de sus estrecheces, sus pagos fueron los justos y puntuales y que si alguna vez se retrasó, debido a algún imponderable, posteriormente intentó compensar con creces aquel percance. Con Catalina se había producido en su corazón un extraño proceso. Si bien sabía que el roce hace el cariño, y él únicamente veía a la muchacha una vez al año, la notaba muy próxima y muy querida, ya fuere porque su hermana lo tuviera muy al corriente de sus andanzas, o bien porque las mismas denotaban una decisión y un carácter que para su «hijo» Álvaro hubiera

querido. El caso era que le preocupaba en exceso su futuro dentro de la comunidad, ya que la priora, su único agarradero y sostén, no iba a durar eternamente.

La toma de velo le obsesionaba porque representaba un cuantioso dispendio que servía para cubrir la dote de la postulante y que él quería asumir. En realidad tal obligación recaía sobre la familia, y en el caso de que ésta no pudiera atenderla la novicia ejercería de fámula y realizaría en el convento las más humildes e indignas tareas, y él no deseaba que su hija tuviera que cargar con tales menesteres. El hecho de ser tutor no implicaba obligación económica alguna, ya que cada protector ejercía la tutoría de un número variable de postulantes y novicias, pero su apoyo y asistencia era de orden moral y nada relacionaba a las unas con los otros.

Sin embargo, su conciencia le exigía cumplir aquel deber que sabía ineludible. De no haber intercambiado a las dos criaturas con el fin de tener un heredero de su sangre, el problema no existiría, ya que el hecho de que Catalina hubiera sido una hija natural, de las que el reino estaba saturado, no habría representado escándalo ni vituperio alguno; los conventos y las órdenes religiosas estaban atestados de hijos naturales con apellidos ilustres propios, u otros prestados por padrinos y no por ello de menor prosapia aunque sus verdaderos orígenes fueran de sobra conocidos por el pueblo llano, que no ignoraba que el mismo monarca, su serenísima y cristiana Majestad, Felipe IV, era el auténtico progenitor de don Juan José de Austria, el hijo, se decía, habido con la insigne comedianta María Calderón, más conocida como la Calderona. Aunque gentes allegadas a la Corte retorcían más aún si cabe el argumento diciendo que sabían de buena tinta que cuando el rey envió a su amigo el marqués de la Torre a decirle a su quilotra que el monarca la requería de amores y que él no tenía mas remedio que cederla, ésta ya estaba en el segundo mes de su embarazo, y se cuenta que le respondió: «Pues si os veis obligado a traspasar la tienda, bueno será que, como buen comerciante, lo hagáis con todos los enseres y la mercancía dentro.»

El problema de don Martín residía en que al haber inscrito a Álvaro como primogénito y bajo juramento en el Archivo General de la Nobleza, había avalado su primogenitura y si por un casual dicho lance fuera descubierto, el oprobio y el deshonor caerían sobre su familia.

El conducto para cualquier trámite era siempre a través de su fiel y viejo amigo, el doctor Gómez de León, quien desde el primer momento había ejercido de correo y trataba todo lo referente a Catalina directamente con su hermana, la priora.

Tres fanegas de trigo, diez celemines de aceite, dos carneros, treinta varas de damasco de Flandes y otras tantas de paño de Béjar no eran, precisamente, cantidades y productos desdeñables para su esquilhada economía. Y ésta era la dote estipulada que correspondía a la toma de velo de una postulante de San Benito.

Treinta y tres eran las monjas que moraban en el convento, una por cada año de la vida del Señor, y según la regla no podían exceder este número; de forma que a medida que se produjeran fallecimientos, las vacantes serían ocupadas por las novicias del último año y las plazas que éstas dejaran libres corresponderían, a su vez, a las postulantes más antiguas que hubieran cumplido los catorce años. Éste era el caso de Catalina.

En estas cavilaciones andaba cuando doña Beatriz, su esposa, lo buscó en la cocina para entregarle dos cartas que acababa de traer la posta real: la primera llevaba, precisamente, el sello de San Benito y la segunda el lacre con el escudo de la casa de don Jerónimo de Villanueva. Esta última la había guardado, ansiosamente, durante los postreros meses.

—Os he buscado porque sé de la desazón que os proporcionaba la espera de esta misiva — dijo doña Beatriz al entregársela.

—Gracias, señora. Quiera Dios que estas noticias puedan aliviar las cuitas que abruma a esta casa.

Don Martín dejó en el alféizar de la ventana la taza de caldo que tenía en la mano y a la vez tomó las cartas que le entregaba su esposa. Ésta fuese hacia un cajón y extrayendo de él un pequeño cuchillo se lo entregó a fin de que pudiera rasgar los sellos, retirándose después unos pasos; aunque su curiosidad fuera mucha, el respeto a las costumbres, su buena crianza y el protocolo la obligaban a ello.

El hidalgo rasgó el lacre correspondiente al escudo del de Villanueva y, desplegando el apergaminado papiro, leyó:

Dada en Madrid, a 9 de mayo de 1615

*De Don Jerónimo Villanueva, Pronotario de Aragón A Don Martín de Rojo e Hinojosa,
Señor de Quintanar del Castillo*

Mi dilecto y respetado amigo:

Nada me hubiera producido mayor satisfacción que poder haber atendido vuestra solicitud con mayor diligencia, máxime cuando vuestro valedor es don Eduardo de Alburquerque, marqués del Basto, al que me une una grande y antigua amistad. Pero las obligaciones inherentes a mi cargo, unidas a la urgencia que se deriva de la atención que debo prestar a los negocios que me encomienda su Graciosa Majestad, me han impedido, hasta el día de hoy, dar plazo fijo a la entrevista que solicitasteis y que prometí atender y que, supongo, esperáis con verdaderas ansias. Sabed que si está en mi mano el proporcionaros alguna ayuda que sirva para poner un poco de orden en vuestra hacienda en estos tiempos tan desapacibles que nos ha tocado vivir, no dudéis que la tendréis; y si con ello puedo colaborar a que salgáis con bien de vuestros actuales aprietos, me daré por contento. Nada me place más que poder acceder a las demandas de mis amigos, y el señor duque de Alburquerque lo es, y al serlo vos de él también lo sois mío.

El día que os ha sido asignado para la entrevista es el diecinueve del presente mes de mayo de nuestra Señora. La hora, las cinco de la tarde y el lugar mi palacio, que como sabéis y para que os orientéis fácilmente está ubicado junto al convento de San Plácido, del que soy, por real privilegio, protector principal.

A la espera de vuestra visita y con el deseo de haberos alentado en vuestra necesidad, recibid mi cordial saludo.

*Firmado y rubricado
Jerónimo Villanueva
Pronotario de Aragón*

Don Martín exhaló un hondo suspiro y a la mirada interrogante de su esposa respondió

únicamente:

—Buenas nuevas. Partiré para la Corte el dieciséis.

Luego tomó el cuchillo y rasgó el sello de la otra carta. Aproximóse algo más a la ventana y leyó:

San Benito, a 14 de mayo de 1615, Anno Domine

*De Sor Gabriela de la Cruz
A Don Martín de Rojo e Hinojosa, Señor de Quintanar del Castillo*

Señor:

La estimación que hago de vuestra persona y el amor que profesabais a la priora, vuestra hermana, hace que mi corazón se acongoje al daros la triste nueva de que el Señor; en su infinita providencia, tuvo a bien liberarla de los trabajos y penas de este mundo, llamándola al Reino la noche del tres de este mes de mayo de nuestra Señora.

Como no ignoráis, nuestra regla es muy estricta al respecto y no admite la asistencia al acto del entierro a persona alguna que no lo sea de su familia en religión. Éste se llevó a cabo al día siguiente, y al descanso de su alma se han encomendado cien misas a las que, como priora que ha sido, tiene derecho, siguiendo puntualmente la letra de la regla.

Asimismo se ha celebrado el capítulo de las hermanas, y sus maternidades han tenido a bien elegir a esta humilde esposa de Cristo como nueva priora. Lo cual será comunicado a los protectores del convento, entre los cuales os encontráis, el próximo día diecinueve a las doce horas. Esta circunstancia ha hecho que se aplace sine die la toma de velo de las postulantas, para lo cual seréis de nuevo convocado.

Y rogando a nuestro Señor a través de la intervención de san Benito, nuestro fundador, por vuestra excelencia y la salud y prosperidad de vuestra familia, reciba el afectuoso saludo en Cristo de S. s. afma. sierva.

*Sor Gabriela de la Cruz
Priora de San Benito*

Don Martín palideció y se apoyó en el alféizar de la ventana.

—¿Qué os sucede, esposo mío? Os habéis quedado lívido. —Doña Beatriz se acercó inquieta. Hubo una pausa.

—Mi hermana Camila...

—¿Qué le sucede a la priora?

—Ha fallecido.

—¡Válgame la caridad! ¿Cuándo? ¿Cómo ha sido?

—El cómo no lo sé. Murió la noche del tres al cuatro y, siguiendo la letra de la regla, ya la han inhumado. Me convocan para *el placet* de la nueva priora, el diecinueve de este mes. Pero no podré asistir. Ese mismo día tengo la cita, tan esperada y tan importante para nosotros, con el pronotario de Aragón, don Jerónimo Villanueva.

Doña Beatriz apoyó su mano solícita en el antebrazo de su esposo.

—No penéis. Ya no podemos hacer nada por ella, únicamente rezar. Los difuntos no tienen urgencias... en cambio los vivos no tienen espera y vuestro asunto no admite dilación.

—Lo sé. Pero para mí ha sido una irreparable pérdida, amén de inesperada. —Y no añadió: «Además de una grandiosa complicación.»

—Sé del gran amor que le profesabais. Yo asimismo la admiraba y la quería mucho. Era una gran mujer y una gran priora, y muchas veces nos ayudó con su sabio consejo y también empleando a sus amistades e influencias. La tendré presente en mis oraciones. Por cierto, ¿quién va a ser la nueva priora?

—Sor Gabriela de la Cruz.

Doña Beatriz quedó un momento pensativa.

—¿Qué os preocupa, señora?

—Una voz interior me dice que nos traerá complicaciones.

Ahora fue don Martín el que quedó ensimismado. Al fallecer la priora, que era la única que estaba en su secreto, la entrega de la dote de Catalina adquiriría unos matices y unas connotaciones realmente complejas.

Cruciales decisiones

Una concatenación de circunstancias se había amontonado en el corazón de Catalina para que ésta, finalmente, tomará su gran decisión.

En primer lugar las ansias irrefrenables de libertad que la carcomían y su irreprimible deseo de conocer mundo, consecuencias ambas de su absoluta falta de vocación para la vida religiosa. Después, la repentina muerte de la priora a la que tanto amó y que con el último aliento de vida, sin llegarle a decir quién, le confesó que su padre existía en algún lugar. Luego, el injusto peso de la culpa que sor Gabriela cargó sobre sus jóvenes hombros achacando a su irresponsabilidad la muerte de la reverenda madre, siendo así que ella no había hecho otra cosa que obedecer todo lo que le había mandado. Además estaba el nombramiento de la prefecta de novicias para el cargo supremo de la orden dentro del monasterio, al que solamente faltaba la confirmación del placet del obispo y, en llegando éste, intuía la muchacha que su existencia dentro de las paredes del cenobio se iba a volver hartó complicada si no imposible. Como colofón estaba la actitud repulsiva del padre Rivadeneira, cuyo acoso se hacía insufrible y cuyo cerco se estrechaba día a día.

Catalina no tenía un pelo de tonta y a sus catorce años sus ojos y oídos percibían situaciones y momentos que no comprendía y que, sin embargo, eran evidentes. Muchas recogidas y no pocas novicias, por razones que escapaban a sus entendederas, no eran insensibles a las aproximaciones y arrumacos del mal fraile, y ya fuere en el confesionario, la sacristía o los aposentos de él mismo, ella intuía que sucedían cosas.

En su cabeza, hacía ya tiempo había germinado un plan, y únicamente le faltaba decidir el día y la hora. Para llevarlo a cabo requería de algunos elementos materiales, de los que lenta y pacientemente se había ido proveyendo. En primer lugar, ropas de muchacho; las consiguió combinando su destreza con la aguja y la ayuda inestimable de Casilda. En su celda, ocultas bajo la colchoneta del catre, se ocultaban sus tesoros: una ropilla, un jubón, unos calzones, dos pares de medias y unos borceguíes, a los que sumaba su pequeña caja de costura. A última hora Casilda le proporcionaría comida para el viaje, algo de dinero y, lo más importante, unos juncos huecos de los que crecían en los márgenes del riachuelo que atravesaba el huerto.

El desencadenante fue su amiga, que la buscó en las cocinas por la mañana con el rostro descompuesto y le dijo que la esperaría en el lavadero después del refrigerio y en la media hora que tenían libre. Catalina llegó cinco minutos antes y se ocultó, como acostumbraba, tras la ropa que colgaba en las cuerdas del tendedero. A lo lejos, en el huerto junto al cementerio de las monjas, divisó a sor Gabriela en recoleta charla con el fraile; más allá, tras la verja del

cementerio, sor Leocadia del Santo Espíritu, recién nombrada prefecta de novicias, y sor Úrsula arreglaban los narcisos y las siemprevivas a los pies de la reciente tumba de la madre Teresa.

Su mente divagaba e iba desde el austero entierro hasta la escena de su injusta humillación.

Las veintiocho monjas que en aquel momento constituían la comunidad, presididas por el padre Rivadeneira, turnándose en grupos de seis transportaron la modesta caja de pino al camposanto; la precedían doce novicias y dieciséis recogidas. Antón Cifuentes, que había sustituido a Blas, el sordomudo, ejercía de jefe de operaciones; estaba junto a tres de los labriegos que servían a las monjas, que con sendas palas y los correspondientes azadones habían hecho ya el hoyo que alojaría el ataúd amontonando la tierra fresca junto al foso. Dejaron el féretro en el suelo, junto al agujero. El fraile, tomando el hisopo que le ofrecía una de las hermanas e introduciéndolo en un cubo de plata procedió a rociar con agua bendita el cajón de la difunta; luego entonó el *De Profundis*, a cuyas interpelaciones respondió la comunidad. Después los cuatro hombres pasaron unas maromas bajo el ataúd y tensando los extremos lo alzaron para encajarlo en el hueco y dejarlo descender lentamente; cuando reposó en el fondo sobre dos listoncillos de madera, dos de ellos soltaron los extremos de las cuerdas que sostenían, en tanto que los otros dos, tirando de ellas, obligaban a que se deslizaran bajo la caja y salieran por el otro lado. Luego y en tanto la comunidad continuaba con sus rezos fueron echando paladas de greda sobre la caja; al principio sonaron huecas, para irse macizando a medida que caía más y más tierra, y el ataúd quedó completamente cubierto. Hecho esto, Antón Cifuentes clavó una cruz de madera provisional en la cabecera de la tumba.

Sor Gabriela, entonces, se colocó al lado de la cruz y poniéndose frente a la Comunidad glosó el panegírico de virtudes de la difunta priora.

—Hermanas —dijo—, la reverenda madre Teresa se ha ido al Reino y unos sentimientos encontrados nos invaden. Los ojos terrenales lloran su ausencia, pero nuestras almas se alegran porque ella, al fin, ha concluido su peregrinar por este mundo. Fue una gran mujer, una gran monja, una gran priora y para mí, personalmente, una gran madre; todo lo aprendí de ella y cuantas enseñanzas me transmitió las guardé en el fondo de mi corazón para, a mi vez, podérselas transmitir a vuestras mercedes. Las últimas palabras que salieron de su boca y de las que puede dar fe el padre Rivadeneira, fueron: «Sor Gabriela, acabad lo que yo inicié.» Yo así lo haré, si sus maternidades tienen a bien confiarme el timón de nuestra casa... Ella quería, la triste noche de la octava de san Benito, presidir las completas y aprovechar la que ella intuía última ocasión para, personalmente, decirles lo que yo les transmito ahora. No pudo ser. —Aquí se dirigió a Catalina —: La irresponsabilidad, la ligereza y la inconsciencia de una de nuestras hermanas a la que ella tanto distinguió, hizo que fueran inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para alargar su vida. Sus maternidades conocen perfectamente lo que dice el Señor en el Evangelio al respecto de las doncellas que se duermen y no tienen su candil encendido para aguardar al Esposo: llamarán a la puerta del reino, pero la puerta permanecerá cerrada.

Catalina sintió, convergiendo sobre ella, todas las miradas y sus grandes ojos garzos se llenaron de lágrimas. Hizo un esfuerzo sobrehumano para no salir corriendo, bajó la cabeza y pensó que la madre Teresa, desde donde se encontrara, estaría viendo la inmensidad de la calumnia que caía sobre ella, la humillación que estaba padeciendo y las mentiras que se habían

dicho sobre sus últimos momentos. La muchacha a la que las injusticias sublevaban se mordió los labios y ofreció aquel sufrimiento por el alma de la priora.

Casilda en aquel instante llegaba a la carrera, demudada, y la muchacha salió a su encuentro.

—¿Qué ocurre, querida amiga, que tan alterada venís?

La mujer no tenía aliento para explicarse.

—Venid junto a mí. Sosegaos.

—No hay tiempo, Catalina, no hay tiempo. ¡Tenéis que escapar!

Catalina se sorprendió.

—Soy yo la que os lo digo desde siempre y vos la que intentáis disuadirme. ¿Qué nuevas han acaecido para que tan de repente hayáis cambiado vuestro criterio?

Ambas amigas se sentaron en la piedra.

—Veréis, Catalina. Fuencisla, la muchacha por cuya preñez pagó el padre de Blasillo, me buscó esta mañana y entre hipos y lágrimas me dijo que su conciencia la atormentaba y que iba a condenar su alma inmortal, que el jardinero no fue culpable de nada, que había caído en el pecado arrastrada por el fraile del convento y que éste, y no otro, era el padre de la criatura que llevaba en su entraña.

Catalina miraba sin comprender.

—¡Cuánta miseria y horror y qué desafuero se ha cometido con el jardinero! Pero... pero ¿qué me va a mí? Yo nada puedo hacer.

—Esperad y atended. Ella quiere remediar su mala conciencia y piensa que si hace una buena obra de igual peso de la mala que hizo, la balanza se equilibrará. Dice que todo esto lo ha pensado su cabeza, pues como es obvio no puede acudir al confesionario, huelga decir el porqué.

—Pero... no os entiendo, Casilda. ¿Qué tengo que ver yo con...?

—Tened un poco más de paciencia, que ya voy concluyendo. La otra mañana estaba Fuencisla limpiando bajo la escalera de madera que sube al altillo en la sala capitular, cuando entraron sor Gabriela y el padre Rivadeneira. Ella quedóse acurrucada y escondida del puro pánico que le inspira el fraile, y allí pudo oír algo terrible a lo que sus oídos casi se negaban a dar crédito.

—¡Decidme! ¡Me tenéis sobre ascuas!

—Ya llego... ya llego.

Entonces Casilda relató a su amiga el terrible pacto que habían cerrado ambos personajes: la vida de la priora a cambio de la virginidad de Catalina.

—¿Y cómo no dijo nada hasta ahora esa desgraciada? —La ira de Catalina le brillaba en los ojos y un cúmulo de sensaciones invadió el alma de la muchacha: miedo, rabia e impotencia. Ahora comprendía muchas cosas que anteriormente escapaban a su intelecto.

—Debéis comprender... Ella no oyó, porque no se dijo, el nombre de la persona a la que iban a encomendar la vela de la priora, ni pudo suponer quién era la cordera que el lobo deseaba. Sumad todo ello al miedo y a los celos que podía sentir por alguien a la que ella hacía responsable de que el cura la dejara de proteger. Luego, cuando todo ha sido evidente ya que os han achacado la muerte de la madre Teresa, entonces ha reaccionado.

En cuanto llegue *el placet* del obispo, la misma noche después de tercias le entregará la llave a fin de que pueda entrar en vuestra celda. Una vez cumplido su propósito y cometida su tropelía,

os cerrará y se llevará la llave para devolvérsela.

—Pero ¿cómo llegará a mi puerta? No me diréis que todas las madres son indignas y que todas están al cabo del asunto. Vos no ignoráis que para llegar a los dormitorios de las postulantas es imposible evitar el de las monjas y el de las novicias.

—No, Catalina. Fuencisla también lo oyó: desde la sacristía al dormitorio de las postulantas hay un pasadizo secreto.

—¡Dios tenga piedad de mí!

—Tenéis que iros. Hoy mejor que mañana. Ahora soy yo quien os urge a tomar la decisión.

—Está bien, Casilda, escuchadme...

Ahora era Casilda la que era toda oídos.

—Tengo ya guardado todo lo que necesito: la ropa y los borceguíes que me proporcionasteis, únicamente me hará falta algo de dinero para poder subsistir los primeros días.

—Ya os dije que yo os lo proporcionaría. Tengo algunos ahorros...

—Gracias, amiga mía. De no ser así, hubiera reventado el limosnero de las ánimas; el Señor me habría perdonado.

—Ahora decidme, Catalina, ¿cómo saldréis de vuestra celda?

—Todo está previsto. Vos sabéis que ya hace mucho que el plan bulle en mi cabeza. Una de las noches que la priora ordenó que la velara, aproveché su sueño y hurté, de donde las guardaba, que es la bolsa de cuero que hay en el primer cajón de la cómoda, una llave duplicada que abre la puerta de todas las celdas del último pasillo y que nadie iba a echar en falta, ignorando si la iba a necesitar y cuándo. Mirad. —Y desabrochando el botón de su hábito a la altura del estómago, mostró a su amiga el cordel sujeto a su cuello del que pendía una llave. Lo que no pasó inadvertido a Casilda fue la extraña mancha que tenía la muchacha bajo la banda de tela que aplastaba sus pechos, y sin quererlo su cabeza se fue a la feria de Carrizo, cuando María Lujan describió una marca semejante a la que estaban viendo sus ojos en aquellos momentos. Sin embargo, en aquel instante no le pareció oportuno comentar nada—. La noche en que me vaya —prosiguió Catalina— os la dejaré bajo la piedra donde ahora nos sentamos. Vos podréis dejarla en su sitio sin prisa alguna, cualquier día que limpiéis la celda de la priora, y caso de que no pudierais... la tiráis al río. Ya dará igual.

—Y ¿cómo saldréis del convento? Los portones están cerrados a cal y canto y vigilados.

—Veréis. El carro del heno sale de madrugada todos los días. Vos bajaréis al río y cortaréis dos o tres juncos huecos de los que crecen en la ribera; con ellos me enseñó Blasillo a respirar bajo el agua. Luego de las completas bajaré a las cuadras, me meteré entre el heno del carro que esté cargado y me cubriré con él, atravesaré la yerba con los juncos y, poniéndomelos en la boca, respiraré a través del forraje; cuando el carro se detenga en cualquier parte, me escabulliré. Luego todo quedará en manos de la divina providencia.

Casilda se quedó pensativa.

—El Señor guíe vuestros pasos. Peor que en el convento no os irá en parte alguna. —Hizo una pausa—. Tengo un hermano mulero en Valladolid; no sé adónde os conducirán vuestros zapatos, pero si caéis por allí, os daré un billete por si puede ayudaros...

—Nunca os agradeceré bastante todo lo que habéis hecho por mí. En toda mi vida solamente he amado a tres personas y ya he perdido a dos de ellas: La priora ha muerto y Blasillo se fue, va ya para cinco años, y nunca jamás supe de él; solamente me quedáis vos... y también os voy a

perder.

—Nunca se puede decir. Los caminos del Señor son muy extraños... y él escribe recto, con renglones torcidos. Si alguna vez tenéis ocasión, escribidme a casa de los Rojo; hacedlo sin firma ni nombre en el remite. Allí crié al hijo de don Martín y de doña Beatriz, y aunque mi amiga Leonor, la doncella de la señora a quien yo visitaba siempre, se ha casado con un correo de posta y ya no reside en la casa, todo el mundo me quiere y me guardarán vuestra carta. Ellos viven en Quintanar del Castillo y todo el mundo conoce su casa solariega.

—No dudéis que intentaré enviaros noticias mías, pero intuyo que ya nunca más os volveré a ver.

Ambas mujeres se habían puesto en pie y ambas aguantaban las lágrimas como podían.

—No os derrumbéis, Casilda, que no lo soportaré.

—Catalina, os quiero tanto como al hijo que me quitaron y más que al que crié.

—Y yo más que a los padres que no tuve. Vos sois actualmente toda mi familia.

—Avisadme cuando estéis a punto para la partida.

—¡Os amaré siempre, Casilda!

La huida

La noche amaneció adornada por la luna grande y redonda, que al desparramar por todo el convento su luz blanca y lechosa desdibujaba el perfil de las cosas. Catalina, forzada por los acontecimientos, tenía tomada su decisión; las noticias corrían como reguero de pólvora y todos los moradores del vetusto monasterio sabían que el *placet* del obispo había llegado por la mañana.

Casilda se lo había comunicado en las cocinas con harto disimulo a la vez que, con mucho tiento, le pasaba una pequeña faltriquera de ajado terciopelo verde que contenía todos sus ahorros.

La mala nueva dejó a la muchacha desconcertada; una cosa era planificar su huida y otra muy distinta llevarla a cabo. Todo lo tenía ya preparado y, sin embargo, llegado el momento, pensaba que su intento era delirante e imposible. De cualquier modo la suerte estaba echada y la moneda lanzada al aire caía indefectiblemente. Las postulantas, junto con las monjas y las novicias que ya habían tomado el velo, asistían al rezo de las completas; luego las primeras se retiraban en tanto que las demás continuaban hasta las tercias. Esa hora escasa era el tiempo de que disponía para llevar a cabo su intento. Sor Leocadia del Santo Espíritu, que ya ejercía provisionalmente el cargo de prefecta de novicias, cerró con llave la celda de Catalina y se alejó, con paso lento y mesurado, camino de la capilla. La muchacha esperó a que el rumor de los pasos y el roce del rosario de la monja se perdiera en el fondo del pasillo y se dispuso a actuar. En primer lugar levantó la colchoneta del catre y extrajo de debajo de ella todos los tesoros que tanto tiempo y esfuerzo le había costado reunir: un jubón, unos borceguíes, una ropilla blanca interior, unos calzones de pana, dos pares de medias, una escarcela de cuero envejecido por el uso, donde había guardado la faltriquera de terciopelo con el dinero y su caja de labor; todo se lo había ido proporcionando Casilda poco a poco y su habilidad con la aguja había hecho el resto. Lo fue ordenando todo sobre el lecho y después se quitó la toca de la cabeza y se despojó del hábito y la enagua; a continuación tomó las tijeras del costurero con su mano zurda y sujetando las guedejas de su negra melena con la diestra las fue cortando hasta que el suelo, a sus pies, quedó totalmente cubierto de mechones de pelo; después, sin quitarse la banda de tela que aplastaba sus jóvenes pechos, se fue vistiendo.

Cuando todo hubo concluido, recogió el cabello cortado y lo escondió bajo la colchoneta junto con su hábito, y de detrás de una cómoda en la que hasta aquel instante había guardado todas sus pertenencias sacó una pequeña alforja, que se colocó en bandolera; en ella ya guardaba alguno de sus tesoros indispensables para llevar a cabo sus planes y allí colocó el resto de sus pertenencias.

Luego, tras dar una larga mirada a aquel aposento que hasta el instante había constituido todo su universo, se dirigió a la puerta dejando tras de sí, colgadas de unos ganchos de la pared, las disciplinas y el cilicio que tanto habían atormentado su adolescencia y que jamás, por otra parte, había comprendido. Buscó la llave y la introdujo en la cerradura, y mientras con el hombro derecho presionaba la puerta la fue girando lentamente hasta que el pasador, obligado por el muelle, se descorrió; el eco del ruido resonó en el pasillo del planchador y a Catalina le pareció un trueno en medio de la tormenta. Esperó atenta. Nada ocurrió y ya más animosa cerró tras de sí, y dio vuelta a la llave. Con paso breve y rápido atravesó el planchador y enfiló el corredor de las monjas. Al abrir la cancela, llegaron hasta ella nítidas y diáfanas las voces femeninas que, dirigidas por la madre Esperanza, chantre de la comunidad, y mezcladas en canon con la del padre Rivadeneira, le aseveraban que ya habían pasado veinte minutos y que su tiempo se iba a acabar en un suspiro. El candil de aceite que alumbraba el Sagrado Corazón de la pared iluminó su camino. Llegado que hubo al portón que daba al patio, lo abrió, y la luz del astro de la noche le permitió divisar claramente el jardín. Rauda como un ratoncillo del campo, atravesó la zona iluminada y se introdujo en el túnel de boj que descendía hasta el huerto; instintivamente miró hacia atrás y su corazón casi se detuvo. Una sombra la seguía, pero lo hacía ligera y sin excesivo disimulo. Era Casilda; en dos zancadas la mujer llegó a su altura.

—¿Que hacéis aquí? ¿Estáis loca?

—¿Pensabais, acaso, que no iba a veros antes de vuestra partida?

—No he querido deciros nada para no comprometeros.

—¿Imaginabais, tal vez, que tras las vicisitudes que hemos pasado juntas iba a permitir que os fuerais sin despediros?

—¿Cómo habéis sabido que lo iba a intentar esta noche?

—Porque os conozco bien y la despedida del lavadero me ha indicado que para vos era la definitiva.

—¡Temo por vos, Casilda! A mí me podrá ocurrir algo allá afuera, pero vos quedáis aquí adentro.

—Da igual, querida amiga, será lo que Dios quiera. ¡Tomad!

—¿Qué me dais?

Catalina tomó el billete que le tendía su amiga y lo guardó en el bolsillo.

—Ahí tenéis la dirección de mi primo de Valladolid. Debo deciros que vuestro aspecto es tan asombrosamente diferente que al principio me ha costado reconocerlos. Parecéis, talmente, un muchacho. Pero no perdamos tiempo, que ya queda poco. No os molestéis en negaros, os voy a acompañar hasta que estéis metida en vuestro escondrijo.

Partieron las dos amigas en silencio y con tiento. En llegando al final del túnel de follaje, se detuvieron mirando atentamente a izquierda y derecha para cerciorarse de que nadie seguía sus pasos. Todo parecía en calma; lo único que interrumpía la placidez de la noche era el cric cric de los grillos y el croar de los sapos en la charca del establo. Las furtivas llegaron a las cuadras. Al fondo, en la oscuridad, estaba el carro grande del convento cargado hasta los topes, aquella noche, de alfalfa. Ambas mujeres se aproximaron.

—Ahora sí que ha llegado la hora del adiós, Casilda.

A Catalina le relucían los ojos a causa de las lágrimas.

—Si lloráis, o me voy con vos u os quedáis.

Catalina dejó la alforja en el suelo y ambas mujeres se dieron un abrazo violento y desesperado.

—Vamos, ya os he demorado bastante.

Casilda tomó de un hierro del muro una horca de madera que se utilizaba para remover la paja y, clavándola en la alfalfa amontonada en el carro, la fue descargando a fin de hacer un hueco lo suficientemente grande para que cupiera una persona. Catalina había extraído de la alforja los dos juncos huecos que Casilda había cortado del margen del río.

A continuación se acostó en el lecho de yerba y colocando las cañas, la una horizontal y la otra vertical, indicó a su amiga con un gesto que procediera. La mujer, tras enviarle un beso con la punta de los dedos comenzó a echar brazadas de yerba sobre la muchacha. Obraba con sumo cuidado a fin de dejar libres los dos pequeños orificios del extremo de los juncos. Cuando todo fue hecho, colocó el dorso de ambas manos sobre ambos y, acercándose al lateral del carro, dijo a la muchacha:

—¡Soplad! Soplad primeramente por el de arriba y luego por el del costado.

Un aire suave y tibio salió por los dos agujeros, demostración fehaciente de que el invento funcionaba y de que la muchacha podía respirar sin impedimento alguno.

—Si estáis bien, ya nada queda por hacer. ¡Adiós, querida mía! Rezaré mucho por vos. ¡No me olvidéis!

Catalina, tumbada como estaba entre la alfalfa, sintió sobre su boca el salado sabor de las lágrimas.

El intento fallido

Los cantos de las completas habíanse terminado; la comunidad y las novicias se habían retirado a sus celdas. El padre Rivadeneira, despojado de sus vestimentas de ceremonial, permanecía en la sacristía gozando el momento que se avecinaba, tan largamente acariciado. Ya todo era silencio y oscuridad. Extrajo de un cajón del bargueño una llave y se la metió en el bolsillo de su sotana; después, tomando un candelabro de tres brazos, se dirigió a la pared del fondo. Allí buscó con la diestra un pequeño resorte oculto en una moldura; al presionarlo, un panel estrecho, del ancho de una persona, empezó a girar sobre sí mismo. Entonces el fraile se introdujo en la negra oquedad. Luego, con el candelabro sobre su cabeza, fue avanzando con precaución. La luz vencía a la oscuridad; las paredes del secreto pasadizo rezumaban una humedad antigua y pegajosa, y la calva del clérigo brillaba a causa del sudor y la lujuria. Finalmente llegó al otro extremo. A tientas, su nerviosa mano palpó el tabique; el resorte de éste se resistía a causa del desuso, pero súbitamente se oyó un clic y la pared cedió. Avanzó hasta desembocar en el corredor de las postulantas y encaminó sus pasos hacia el cuarto de la ropa blanca; allá al fondo estaba la puerta de la celda de Catalina.

Llegóse hasta ella, respiró hondo y aplicó su oreja a la madera: nada se oía. Su metafísico sueño de tantas noches de insomnio y vigilia se iba a cumplir. De su hondo bolsillo extrajo la llave y la introdujo en la cerradura para, suavemente, hacerla girar; empujó la puerta y ésta cedió. El candil de la celda, que permanecía encendido, iluminó la escena: ¡Nada ni nadie! El catre estaba vacío y allí no había rincón alguno donde pudiera ocultarse una persona, aunque fuera tan ágil y esbelta como Catalina. Primero el desconcierto, y luego una ira al rojo vivo se fue apoderando de él. Se acercó al modesto jergón y levantó el cobertor de un violento tirón. ¡Nada! Su mente se puso a trabajar como galeote en boga de combate, luego no se contuvo y ya no le importó el ruido que pudiera hacer. Fuese hacia la puerta y tras cerrarla dio vuelta a la llave; después, a grandes zancadas desanduvo el camino andado a través del pasadizo, llegó a la sacristía y tras cerrar el panel tuvo que contener su agitada respiración y tomar aliento. Con mil pensamientos, a cuál más lúgubre, se dirigió a su celda. La reverenda priora de San Benito iba a saber quién era Julián Rivadeneira y Antúnez.

A las cinco y media de la madrugada uno de los carros del convento, cargado de alfalfa, se detenía en la salida del monasterio. La hermana tornera se dirigió al portón con paso cansino y, con gran esfuerzo, retiró el gran travesaño de roble que aseguraba el cierre del mismo; luego procedió a empujar las gruesas hojas para dejar el paso franco. Antón Cifuentes, con un largo silbo y el chasquido del látigo, arreó al tiro y fue saliendo.

—No hagas demasiado daño ahí afuera —comentó la monja jocosamente al paso del carro.

—Descuide su maternidad, que no voy a contagiar a los de afuera de los males que acaecen aquí adentro.

Y a paso lento, el cargado carronato se alejó en la noche.

Salamanca

Hervía la ciudad. Una masa bullanguera y festiva inundaba sus calles y plazas, impregnándolo todo de ese aroma festivo y juvenil que respiran todas las urbes que, al tener universidad, acogen en su seno una variopinta, abigarrada y caleidoscópica multitud de jóvenes; si bien no todos se iban a esforzar en empaparse de las disciplinas que allí se impartían, sí en cambio iban a invadir los figones, mancebías y garitos donde se daba al naípe hasta bien entradas las madrugadas. Salamanca, feroz y norte, junto con Alcalá de Henares, de todo el saber de la época del Rey Poeta, reventaba por los costurones; tal era la cantidad de gentes que pretendían sentar plaza en ella, ya fuere para estudiar, holgar o conocer a hijos de familias de prosapia y alcurnia, cuya amistad les fuera de provecho en el futuro y en la Corte.

Álvaro de Rojo y de Fontes era un veterano. El permiso que arrancara a su padre, con la inestimable complicidad de su adorada madre, el año anterior para graduarse en la Universidad de Salamanca, lo había colmado de felicidad. Arribó a ella acompañado únicamente de Matías, viejo criado de su casa que en mejores tiempos había ejercido de escudero, y lo hicieron a lomos de dos acémilas de escaso porte y menor prestancia; podían considerarse indigentes al lado de estudiantes que llegaban de Madrid con séquitos de cuarenta y más personas entre preceptores, ayos, escuderos, criados y lacayos, circunstancia que no le importó en modo alguno ya que jamás la envidia turbó su ánimo. Y precisamente por ello y sin buscarlo, hizo amistad desde el primer momento con Cristóbal López Dóriga, hijo del marqués del mismo título y con el que congenió desde el primer día.

Tanto fue así que al segundo año y gracias a la munificencia de su amigo decidieron buscar alojamiento juntos, y lo hallaron en una posada de la calle de Elio Antonio de Nebrija, donde casualmente quedaban dos habitaciones cuya reserva se había anulado a última hora. Contaban éstas de escritorios salmanquinos, sillones de brazos, camas de nogal con baldaquino y colgaduras de lana, tapices de Alcaraz y Cuenca y velones de cuatro mecheros. Las dos estancias confluían en una tercera, lo suficientemente amplia para alojar a los criados de ambos, y al fondo del pasillo se encontraba el cuarto de aseo con el servidor, que por la noche y a la hora autorizada por el alguacil se vaciaba por la ventana a la calle al grito de «¡Agua va!».

El precio convino a su amigo y allí descargaron sus pertenencias. La fortuna o el destino hicieron que los dos se matricularan desde el primer año en las mismas disciplinas, de modo que todo el día andaban en lo mismo; y se hicieron, de esta manera, amigos inseparables. Por la mañana acudían a las aulas donde se impartían la aritmética y el latín, y por la tarde tenían filosofía, griego y letras. A la salida, y pese que a Álvaro no le placía en absoluto, ya fuere por

complacer a su padre o por seguir la suerte de su amigo, acudían, ambos acompañados de los criados, a la sala de armas, donde se ejercitaban en la esgrima o jugaban a la pelota. Alguna noche salían y encaminaban sus pasos al figón del Toro, donde los estudiantes se reunían a tocar la guitarra y cantar, y los que no lo eran tanto a darle al naípe y a organizar partidas de rentoy^[91]; en éstas él no intervenía porque no tenía con qué, no así Cristóbal, que viniendo de la Corte era muy aficionado a ellas, aunque sabía del peligro que esos lances acarreaban, puesto que a poco que te descuidaras el macareno^[92] hacía la ceja al socio y entrambos vaciaban los bolsillos del blanco^[93], que jamás se daba cuenta de cuando le hacían la flor^[94], le ahuecaban la teja^[95] o le hacían el raspadillo^[96]; así los incautos perdían los dineros que les enviaban sus familias, y al final de mes pasaban miserias y penurias que, de haber sido prudentes, jamás hubieran padecido. Pero eso a Cristóbal parecía no importarle, ya que siempre andaba sobrado de dineros.

Una noche que ocupaban la mesa de costumbre, se llegó hasta ellos el mesonero portando en la mano dos vasos y una frasca de vino tinto.

—Aquel caballero —dijo señalando a una mesa del rincón— invita a vuestras mercedes a un vaso de mi mejor caldo.

Los jóvenes, ante el anuncio, dirigieron la vista hacia el lugar indicado y pudieron observar a un hidalgo, de negro porte y negros ropajes, que con una torcida sonrisa, obligada sin duda por el costurón que en la mejilla lucía, fruto de algún lance infortunado con algún desuellacaros^[97], levantaba su copa hacia ellos, como invitándolos a beber.

Aliados irreconciliables

El padre Rivadeneira, con la cara congestionada y el gesto convulso, discutía con sor Gabriela en el despacho de ésta, que era el que correspondía a la priora.

—¡Os advierto que no consentiré ni ese tono ni el tratamiento que me dais! ¡No olvidéis que soy la priora de San Benito!

—¡La que parece olvidar a quién debe todo ello es vuestra maternidad! Si yo, como vos, no hubiera cumplido mi pacto, en este instante seríais únicamente perfecta de novicias.

—¡Si queréis creerme, hacedlo, y si no, obrad como mejor os cuadre! Si a alguien ha sorprendido este suceso, ha sido a mí; ni comprendo cómo pudo salir de su celda ni entiendo cómo escapó del convento. He empezado a creer que el Diablo anda tras ello. Sor Leocadia me asegura que todas las celdas quedaron cerradas, y no tengo por qué dudar de ello ya que las personas, cuando ascienden a un nuevo cargo, acostumbran a ser muy diligentes, amén de que vos mismo constatasteis que su puerta estaba cerrada con llave. Luego está el cómo pudo salir del monasterio; nadie vio nada y ninguna puerta fue violentada, cosa por otra parte imposible para una muchacha de su edad y ninguna experiencia en esos menesteres. Pero, para que veáis mi buena disposición, os voy permitir leer la misiva que he redactado para el doctor Carrasco, que como sabéis preside la junta de protectores de san Benito.

Diciendo esto, tomó de encima del escritorio una carta y se la entregó al fraile. Calóse éste sus anteojos y tras fulminar a la monja con la mirada se dispuso a leer. La misiva decía así:

San Benito, 16 de mayo, 1615

A Su Excelencia Reverendísima Don Bartolomé Carrasco, Secretario Provincial del Santo Oficio, Protector Eclesiástico del convento de San Benito De su sierva Gabriela de la Cruz

Excelencia Reverendísima:

El motivo de molestar vuestra atención es un suceso acaecido en el monasterio que me obliga, dada su importancia, a ponerlo en vuestro conocimiento, ya que de no hacerlo creo que incurriría en grave responsabilidad.

Como sabéis, dentro de pocas fechas íbamos a celebrar la toma de velo de las postulantas, que de no ser por el luctuoso suceso de la muerte de sor Teresa, a la que el Señor haya acogido en su seno, ya se hubiera realizado. Una de las muchachas a la que se iba a distinguir con tal honor era Catalina Gómez, cuya vivencia personal la

diferenciaba de las demás ya que desde su nacimiento moró en el convento y cuyos gastos y mantenimiento eran pagados por un misterioso y desconocido benefactor, cuyo nombre se llevó a la tumba la fenecida priora.

El caso es que hace tres noches y de forma inexplicable, la muchacha desapareció del convento. Mucho me ha hecho reflexionar lo sucedido, y en mi mente se han ido apareciendo situaciones y acontecimientos que, sumados al cabo del tiempo, han tomado forma y me han obligado a llegar a conclusiones. Paso a detallároslos, si mi memoria lo permite, en orden cronológico.

Primero: Siendo muy niña, ocasionó un lamentable incidente por el que tuvo que ser recluida varios días. Se supone que, mediante magia o brujería, introdujo en el cuerpo de un gallo a un ser demoníaco que, en brutal pelea, se hizo matar por otro de su misma especie, siendo como fue que hasta aquel día se reveló un ave dócil y fácil de manejar en el gallinero.

Segundo: La primera vez que tuvo la mancha indigna ordenó la priora que yo misma le aplicara las disciplinas, a fin y efecto de que ella aprendiera a usarlas. Como si una fuerza interior la sostuviera, no salió de sus labios ni una sola queja.

Tercero: Desde muy niña y pese a mis esfuerzos, siempre tuvo tendencia a manejar la zurda, que como sabéis es la mano del maligno.

Cuarto: En cierta ocasión, de no ser por la oportuna intervención del padre Rivadeneira, hubiera intentado huir del convento, volando desde el campanario.

Quinto: Finalmente, la noche que inexplicablemente huyó a través de puertas y cerrojos, dejó como rastro maldito en su celda, su espesa cabellera negra, que en mi modesta opinión forma parte del pacto que debió de realizar con Satanás y que tal le debió de exigir, como sello y garantía del mismo.

Como veréis, son muchos y extraordinarios los sucesos que confluyen en este caso, como para que haya creído necesario daros cuenta de ello y para que vos, desde vuestra alta responsabilidad, toméis las medidas que creáis oportunas.

Sin otro particular, y poniéndose siempre a la obediencia de vuestra paternidad despide esta misiva, besando humildemente vuestro pastoral anillo.

*Vuestra humilde sierva,
Gabriela de la Cruz Priora de San Benito*

Quitóse lentamente el fraile los anteojos y, sin soltar la carta, habló a la monja:

—Bien... Vamos a dar un voto de confianza a vuestras explicaciones, pero no me compete a mí solventar vuestras cuitas. Llegamos a un trato y yo cumplí mi parte. Fuisteis vos la que determinó que tuviera que esperar *el placet* antes de que vos cumplierais con la vuestra. Os voy a poner un ejemplo que se da mucho en el comercio: imaginad por un momento que yo soy vuestro proveedor de paño para hacer capas y que os entrego, puntual y cumplidamente, la mercancía. Vos os comprometéis conmigo a pagarme en fecha fija y, cuando ésta llega, me argumentáis que no podéis cumplir porque no han cumplido con vos. Entonces, decidme, ¿cómo pago, a mi vez, a los que fabrican el paño para mí? Entended que no es asunto de mi incumbencia, yo no hago capas, solamente os he vendido el paño y quiero cobrar.

—Y ¿qué solución veis?

—El problema es vuestro, no mío.

—¿Cabe que dirijáis vuestros torpes deseos a otra persona? —inquirió en tono insidioso sor Gabriela.

—No, no cabe, y «mis torpes deseos» bien que os han servido. Vuestra maternidad conoce perfectamente cuál es mi fijación. Si habéis perdido la escarcela con vuestros dineros, buscadla. Mi pago debe ser el pactado y no otro.

—No tengo medios para buscarla. Yo soy priora de San Benito, no alguacil o corregidor.

—Pues entonces aplicaos la regla de vuestra orden y, si no tenéis medios, suplidlos con celo y diligencia. Os doy un mes y, creedme, no os conviene estar en deuda conmigo. Soy hombre que siempre cobro lo que se me debe.

—¿Es una amenaza?

—En modo alguno, priora, me limito a enunciaros un hecho.

Y, sin más decir, fray Julián Rivadeneira y Antúnez salió de la estancia a grandes zancadas.

La libertad

Catalina yacía inmóvil en su escondrijo, temiendo que en cualquier instante Antón Cifuentes se diera cuenta de que su carromato llevaba un pasajero. Era consciente de que el día iba saliendo, porque una tibia claridad se abría paso con dificultad a través de la apretada yerba; por mejor camuflarse, intentaba que su respirar fuera suave y uniforme. El invento de los juncos había funcionado perfectamente y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no quedarse dormida, ya que el cansancio físico y moral, aunado al lento traqueteo del carro, invitaba a la modorra, y lo último que ella deseaba en aquellos momentos era dormirse.

No tenía idea de cuánto tiempo llevaba allí dentro cuando por las voces del carretero y la disminución del ritmo de la marcha intuyó que se avecinaba una parada; todos sus mecanismos de alerta se activaron. El carro se detuvo, y un suave balanceo lo agitó, signo infalible de que el arriero se movía sobre la plataforma del mismo. La muchacha esperó hasta que el carricoche quedó totalmente quieto; entonces respiró hondo y con mucha precaución fue moviendo las piernas para apartar la alfalfa que la cubría. Súbitamente la luz la cegó y supo que debía moverse de forma ligera y cautelosa; se ayudó con los brazos, tomó su alforja y tironeó de ella. En unos instantes se encontró de pie en el camino; rápidamente arregló la apretada yerba con las manos a fin de disimular la huella que su cuerpo había dejado en la misma. De un rápido escorzo saltó al margen derecho del camino y se ocultó.

El corazón le batía como un timbal y le parecía que cualquiera lo podía oír a cinco leguas a la redonda. Sus ojos se habían acostumbrado ya a la claridad, e introducida en el bosque se dispuso a observar atentamente el entorno. Algo más adelante de donde se había detenido el carro divisó una vieja casa de cuya chimenea salía un humo negro y denso; al lado de la misma, un cobertizo que por su forma debía de ser una cuadra. Tres hombres salían en aquel instante por la puerta, en medio de una gran algarabía de risas y palabras, tirando de sendas acémilas, que por su actitud no debían de estar muy conformes en reemprender el camino; cuando ya se alejaron, se movió con tiento para ganar campo de visión. Desde su nuevo escondrijo divisó un cartel con grandes letras en donde se leía:

MESÓN DEL CRUCE.

Catalina de momento ya había visto lo que deseaba ver. Se escondería en la maleza y descansaría un rato a la espera de que Antón Cifuentes se largara con el carro, luego entraría a

informarse del lugar en donde se hallaba y cuál era la población cercana más importante, y allí dirigiría sus pasos.

Todo alrededor suyo permanecía tranquilo; los ruidos de la floresta le eran comunes y su espíritu se remansó. En aquel instante cobró conciencia de que era libre como uno de los ánades que solían emigrar atravesando, raudos, los cielos de San Benito, y un gozo inenarrable embargó su espíritu. Catalina se adentró en la espesura y buscó un lugar abrigado; tras una breve inspección, halló una hendidura entre dos grandes rocas que la ponían a resguardo de miradas curiosas, y que estaba además tapizada por una mullida alfombra verde. Allí descargó su petate y lo colocó a modo de almohada; luego tumbóse sobre la yerba y apoyó la cabeza en él. No habían pasado ni tres minutos cuando ya su joven cuerpo, agotado por los sucesos de las últimas horas, se entregó a los solícitos brazos de Morfeo. No supo cuánto durmió, pero al despertar el sol llevaba muy avanzada su carrera. Se incorporó rápidamente sacudiéndose las yerbas que se habían adherido a sus ropas, tomó su alforja y se acercó al camino para ver si el carro había reanudado su andadura.

Nada había a la vista; el humo seguía saliendo por la chimenea de la venta y no se observaba actividad alguna en las proximidades. Catalina, de un salto, salió de la espesura y se dirigió a la casucha. En la puerta colgaba de un herrumbroso clavo un listado con las viandas cocinadas que se podían degustar en el interior. En aquel momento se dio cuenta de que un gusanillo rabioso roía su estómago, y sin embargo prefirió conservar sus escasas provisiones para ocasión más apurada. No lo pensó dos veces: atravesó la cancela y se encontró en una estancia prácticamente vacía; dos hombres dormitaban acodados en una mesa mientras, al fondo, una anciana de cara bondadosa aventaba el fuego de la chimenea. El talante de la mujer la animó a dirigirse a ella.

—¡Ave María! —dijo la muchacha siguiendo la inveterada costumbre del convento.

La anciana alzó su mirada hacia la extraña criatura que desde el dintel de la puerta de esta manera la saludaba.

—Pasad, muchacho, no os quedéis ahí. ¿Qué deseáis?

—Tengo dineros, quisiera comer algo.

—¿Os he preguntado yo, quizás, si podíais pagar?

—No, pero he pensado que tal vez, al ver mi juventud, desconfiarais.

La vieja se aproximó a Catalina secándose con un trapo las sarmentosas manos.

—¿Qué edad tenéis joven?

—Dieciséis años —mintió la chica.

—De cualquier manera, no es bueno que os adelantéis anunciando que tenéis monedas. Eso a ninguna persona de bien interesa, y es malo que deis tan gratuita información a oídos poco convenientes. Muy magro me parecéis; para la edad que decís, no sois gran cosa y bien haréis alimentándoos. Si os conviene, puedo daros sobras de lo que guisé esta mañana: algo de olla podrida y cecina de cabrón con pan de centeno.

—Cualquier cosa que me deis me cuadra.

—Pues sentaos donde mejor os plazca, que voy a por las viandas.

Diciendo esto, y en tanto Catalina se acomodaba en una mesa de al lado de la pared, la mujer se había llegado al fogón e introduciendo un cucharón en la humeante olla que allá había, escanciaba en un plato hondo dos colmadas raciones de una mezcla de carne, nabos y patatas; luego, con un cuchillo, cortó una buena ración de la anunciada cecina y una hogaza de pan de

centeno. Entonces, colocando toda la provisión frente a la muchacha, sentóse en una banqueta frente a ella.

—¿Que os trae por estos andurriales?

—Quiero llegar a la Corte y buscar una buena casa donde colocarme de paje.

—Peliagudo asunto es éste.

Catalina hablaba con la boca llena.

—De donde yo vengo, no hay camino para la gente joven.

—Pues adónde os dirigís si no tenéis padrinos mal porvenir os espera. Los tiempos son malos, y mucha es la necesidad. Por lo que aquí se ve, se está quedando vacía Castilla y en cambio Madrid revienta por las costuras. Y... ¿cómo pensáis ir hasta la Corte?

—Caminando, como he llegado hasta aquí.

—Estáis mal de la cabeza. ¿Sabéis lo que decís?

—La verdad es que hacía el camino en una galera con diez personas más, pero me dormí en una venta y se fueron sin mí; entonces no tuve otro remedio que seguir a pie. Si os digo la verdad, no sé dónde estoy en este momento.

Catalina había terminado la olla y tras untar el pan en la salsa estaba dando buena cuenta de la cecina.

—Entre Santa María del Páramo y La Bañeza andáis.

—Y ¿cuál es la primera población importante que hallaré en mi camino?

—Tenéis que bajar a Benavente y de allí partir hacia Valladolid. Pero os quedan por delante muchas leguas de camino.

—En Valladolid tengo gente amiga. ¿Sabéis si por aquí pasa algún carruaje que coja viajeros?

—Catalina tenía muy presentes todas las historias que le había contado Casilda sobre el mundo exterior, particularmente las jornadas de la feria de Carrizo de la Ribera.

—Hoy es vuestro día de suerte. Aquéllos —dijo la mujer señalando un rincón donde roncaban dos hombres— son unos arrieros que siempre se detienen aquí; estarán en Benavente en un par de días. Son gentes de fiar. Si queréis, cuando despierten les puedo preguntar si os quieren llevar.

—Nunca os podré pagar la merced que me hacéis.

—Decía mi difunta madre, que el Señor tenga en su santa gloria, que cuando hacemos una buena acción ésta nos regresa por otro camino como una pelota que rebotara en una pared.

—¿Creéis que tardarán mucho en partir?

—Creo que antes de una hora estarán en el camino, harán noche en Villaquejida y al otro día tienen que estar en Benavente. Ése es vuestro momentáneo destino; podéis seguir su suerte.

—Decidme, pues, qué os debo.

—Dejadlo para cuando la fortuna os sonría en la Corte. Permitidme completar mi buena obra.

—Al menos, decidme entonces cuál es vuestro nombre.

—Dejadlo, está bien así.

Al cabo de una hora Catalina, tumbada esta vez sobre una montaña de sacos, se dirigía a Benavente, con parada a medio camino, aupada sobre un gran carro que arrastraba un tiro de cuatro mulas. Los arrieros, a instancias de la anciana a la que por lo visto algún favor debían, no tuvieron inconveniente en llevarla. Catalina pensó que, por el momento, le gustaban más las gentes de fuera que las que había dejado dentro del monasterio; a excepción de Casilda, claro estaba.

Buscando alianzas

Don Martín de Rojo e Hinojosa se había desplazado de nuevo a la Corte. El viaje fue lento y engorroso, y había durado varias jornadas: Astorga, Benavente, Tordesillas, Segovia y Madrid.

Hízolo el hidalgo a caballo; en coche hubiera demorado demasiado tiempo, a riesgo de perder la cita tan trabajosamente lograda con don Jerónimo Villanueva. Se puso en camino con los planes muy ajustados a fin y efecto de cubrir las leguas prefijadas para cada jornada y encontrar posada conocida en cada estación y, lo que era más importante, cabalgaduras de repuesto en caso de que la suya propia, a pesar de los cuidados y descansos que tuviere, coincidentes con los propios, por causas imprevisibles no pudiera seguir camino. Su experiencia le decía que un tendón inflamado, un enfriamiento o una mera torcedura eran motivos suficientes para no proseguir y verse obligado a hacer un alto en el camino. Su intención era hacer no más de ocho leguas diarias, distancia apropiada para su caballo y para él mismo. Una vez cumplido el negocio que a Madrid le traía, de regreso era su intención desviarse hasta San Benito, ya que al no haber podido atender la convocatoria de sor Gabriela para asistir junto con los demás protectores del convento a la proclamación de ésta como priora, por coincidir la fecha con la tan deseada y esperada cita del pronotario de Aragón, no había podido asimismo aprovechar la ocasión para rezar ante la tumba de su querida hermana y de esta forma despedirse de ella, obligación que creía ineludible puesto que él era la única familia que a la difunta priora le quedaba en vida.

Un hecho singular volvía una y otra vez a su mente. Fue en Villaquejida. Tras su parada en Astorga iba atento al camino y vigilante porque le había parecido que *Rumoroso* había cambiado el tranco; era éste un noble animal de nueve años que le había rendido grandes servicios, poderoso y noble, de carácter tranquilo y no muy rápido, pero sin embargo incansable. Lo hacía pasar de un sostenido y suave galope a un trote lento y de vez en cuando a un paso contenido a fin de que recobrará fuelle. Súbitamente, sin que él se lo ordenara, el caballo se retuvo; era algo que jamás hacía sin motivo. Detuvo al noble bruto y, tras dejarlo descansar unos minutos, lo espoleó suavemente a fin de observar su comportamiento; el bridón apoyaba con tiento la diestra mano. Faltaba menos de media legua para arribar a Villaquejida y se dispuso a proseguir, muy despacio para no forzar al animal; allí observaría cuidadosamente el remo que parecía dañado y, de no saberlo ver, haría llamar a un chamán. Si éste le decía que con alguna cura y algún cuidado al día siguiente y con el nocturno descanso podía continuar, así lo haría; en caso contrario dejaría el animal en la cuadra de la posta y cambiaría de cabalgadura, bien a su pesar, recogéndolo a su regreso, y en caso de no hacerlo por el mismo camino lo enviaría a recoger por algún criado de su casa.

En estas cavilaciones andaba su cabeza cuando sin darse casi cuenta se topó de bruces con el aviso de la posada. En grandes letras negras sobre fondo rojo se podía leer:

MESÓN DE LA MEDIA LUNA.

Recordaba... Puso pie en tierra y tomando al caballo de la brida lo condujo hasta las cuadras a fin y efecto de examinarlo con atención y requerir del mozo que allí hubiere, caso de ser necesario, la correspondiente ayuda. En la puerta, sobre un poyo de piedra estaba sentado un zagal de unos quince años que daba buena cuenta de una humilde manduca; vestía pobremente, juboncillo y calzones muy raídos, medias de estameña y borceguíes de áspero cuero vuelto, y su cabello parecía cortado por un esquilador de ovejas. Cuando él se fue aproximando, el mocito alzó la vista; en aquel instante tuvo la certeza de que había visto aquella mirada anteriormente. No acabó ahí su asombro, porque a su vez supo, por la expresión del mozalbete, que asimismo él era reconocido. Cuando llegó a su altura a fin de indagar si había sitio en la cuadra para su caballo y, en caso necesario, si era posible encontrar por los alrededores persona avezada en las dolencias de los equinos, el chico, con la boca llena de comida, se trabucó y balbuceando torpemente le respondió que él no era de aquellos pagos, y tomando su raído saco se alejó apresuradamente. Todo aquello iba dándole vueltas por el molondro, ya aposentado en Madrid.

Llegado el día anterior para asegurar su cita, se alojó en la Posada del Alabardero, establecimiento que ya conocía de otras ocasiones y que le convenía por su precio y su buen trato. Se hallaba éste situado en la calle de los Tintoreros, entre el Juego de Pelota y la calle de las Fuentes. *Rumoroso* arribó sin novedad a la Corte, ya que en Villaquejida descubrió su mal, que no fue otro que una minúscula piedrecilla alojada entre el casco y la herradura de la mano diestra. Le buscó acomodo, pues deseaba que el noble animal fuera cuidadosamente tratado tras el largo viaje y a la espera de las leguas que aún le restaban para hallarse de nuevo en su cuadra; hecho todo lo cual, decidió premiarse a fin de distenderse para afrontar con temple y serenidad la comprometida entrevista del día siguiente. Fuese a la pastelería de Botín, que estaba en la esquina de Herradores con San Ginés, y premióse con una cumplida cena en la que no faltaron las especialidades de la casa: ternera en salsa, hojaldres de crema y balas de azúcar. Acercóse después, a fin de matar el tiempo pues sabía que aquella noche le iba a ser dificultoso conciliar el sueño, a una casa de conversación que se hallaba en la calle de los Convalecientes de San Bernardo; allí, escuchando la filosófica disputa sobre la rivalidad existente entre los corrales de la Cruz y del Príncipe mató su tiempo, para retirarse finalmente a una prudente hora, ya que a partir de la puesta de sol las calles se llenaban de malandrines valentones y soldados de Flandes que, para remediar su ruina, alquilaban su fierro al mejor postor, y uno podía encontrarse en medio de una reyerta por menos de un válgame Dios y eso era lo que menos convenía a don Martín aquella noche. Llegó finalmente a su alojamiento y tras desvestirse y rezar sus devociones se quitó la peluca y se colocó la bigotera con el fin de estar impecable al día siguiente, hecho lo cual se introdujo en el mullido lecho y cerrando los ojos intentó conciliar el sueño; éste se resistía, y dio vueltas y más vueltas sin conseguirlo. Su mente evocaba, una y otra vez, el rostro del zagal de Villaquejida.

La nueva priora

Coches, caballos, mulos, cocheros y lacayos se agolpaban a las puertas del convento de San Benito. La animación era inusual, ya que salvo don Martín de Rojo todos los protectores sin excepción habían acudido a la convocatoria de sor Gabriela de la Cruz, nueva priora del monasterio.

Los criados comían, unos de pie y otros sentados en los estribos de los carruajes, en piedras o en algún que otro tocón de árbol derribado que por allí hubiere, las provisiones que las monjas habían servido para ellos; charlaban en pequeños grupos, contándose unos a otros las aventuras y peripecias del camino. Los amos habían pasado al interior para cumplir el cometido que allí les había traído, que no era otro que sancionar la decisión tomada por las monjas en capítulo secreto y ratificada, posteriormente, por *el placet* del obispo.

Por la mañana se había leído en la sala capitular el orden de las votaciones, que a la tercera vuelta otorgaron el cargo a sor Gabriela al rebasar, las a ella favorables, los dos tercios del total; posteriormente, el doctor Carrasco ofició una misa solemne ayudado por los dos camareros mayores y por el sacerdote del convento, el reverendo Julián Rivadeneira. Luego de un generoso refrigerio en el que, como siempre, salieron a relucir las habilidades culinarias de sor Hildefonsa, la mayoría de los asistentes fuéronse retirando en tanto que el excelentísimo señor secretario del Santo Oficio, acompañado de la nueva priora de San Benito, se dirigía al despacho de ésta. No bien hubieron entrado en él, sor Gabriela cerró la puerta tras de sí y se aproximó a su sillón, aguardando de pie a que el doctor Carrasco dejara de inspeccionar la estancia y ocupara uno de los otros dos sillones que había frente a su mesa. El secretario general parecía no tener prisa; finalmente dejó su capa morada sobre el brazo del que no iba a ocupar y se aposentó en el otro. La priora, al punto, hizo lo mismo.

—No parece que hayáis hecho muchos cambios —comenzó diciendo el prelado.

—No por el momento. He tenido otros asuntos más urgentes y delicados a los que dedicar mi tiempo. El adecuar el despacho puede esperar.

—Y bien, me gustaría que vuestra maternidad me ampliara algo más las nuevas que me transmitisteis en la misma carta en la que me convocabais para la reunión de hoy.

—¿Os referís a la huida de la postulante?

—A ella me refiero; no únicamente por el suceso en sí, sino por cuanto pudiera tener que ver con temas que están bajo mi jurisdicción referentes a la ortodoxia de la fe, ya que si no entendí mal intuís e incluso sugerís que el maligno puede andar tras todo ello.

—Ésta es mi modesta opinión. Son demasiadas coincidencias las que se han dado a lo largo

de los años.

—Proceded con orden y seguid el discurso de mis preguntas.

—Soy toda oídos, paternidad, e intentaré, con toda humildad y respeto, seros útil.

—Está bien, comencemos. ¿Quién era esa postulanta?

—Veréis, excelencia, la muchacha era un caso peculiar. En el monasterio conviven siempre treinta y tres monjas, los años de Cristo. Luego están las recogidas, que vienen a dar a luz y después entregan el fruto de su pecado a familias que lo solicitan; posteriormente, si su comportamiento es digno y tienen leche, claro está, las recomendamos para que ejerzan de amas de cría, oficio como sabéis muy bien remunerado; cuando ya han terminado su misión y si así lo desean, pueden reintegrarse al convento en calidad de fámulas. Bien, y finalmente están las postulantas, que tras dos años de formación ingresan al cumplir los catorce para tomar el velo de novicias.

—Me estáis informando de lo que conozco perfectamente. Os ruego que vayáis al asunto que nos interesa.

—Perdonad la digresión, pero viene al hilo de lo que os voy a contar.

—Id al grano.

—Hace catorce años, una noche trajeron al convento a una criatura que tendría unas pocas horas de vida. Sor Teresa desde el primer día la protegió de modo especial. La niña fue el juguete de las hermanas y se crió entre la comunidad; siempre supimos que, pasando el tiempo, tomaría los hábitos. Yo llegué al monasterio cuando la criatura tendría unos cinco o seis años, y pronto me di cuenta de que su carácter era cualquier cosa menos manso... más bien diría imposible. Sin embargo me fue muy difícil enderezarla ya que la protección de la priora era total, y vuestra excelencia sabe que mi persona era únicamente la prefecta de novicias.

—Proseguid. Pero no me habléis del pasado; centraos en lo relativo a su fuga y a esa opinión vuestra tan peculiar al respecto del maligno, que es lo que a mí atañe. Cuando hayáis concluido, yo os preguntaré puntualmente lo que recabe mi interés.

La monja se explayó y, con pelos y señales, comentó al secretario todos los puntos de la carta que al parecer le interesaban.

—Y, decidme, ¿quién fue la persona que trajo a la niña al convento?

—Tengo entendido que fue un caballero embozado que no dio su nombre y al que recibió la priora.

—Y ¿a quién entregó la criatura?

—La tornera era la hermana Úrsula. Ella fue la que avisó a la priora.

—Me gustaría hablar con la tornera.

—Poco sacaréis de limpio. No está en sus completos cabales; tiene ochenta y seis años y su cabeza va y viene como huso de rueca.

El doctor Carrasco se quitó el solideo y se rascó la coronilla con gesto meditabundo.

—Me habéis dado explicaciones de todos los puntos de vuestra carta: los gallos, su predisposición para usar la zurda, su intento de volar desde el campanario... Sin embargo, hay zonas turbias que quiero me aclaréis. ¿A qué atribuíis esa resistencia al dolor y hasta qué punto la culpáis de la muerte de la priora?

—Lo primero, paternidad, lo recuerdo como si hubiera sido ayer mismo. Por primera vez le había venido la sangre impura; a instancias mías, y ¡sabe Dios lo que me costó!, sor Teresa ordenó

que cuando se retirara a su celda le enseñara cómo se aplican las disciplinas. Obedeciéndola, me dispuse a ello y a fe que lo hice a conciencia, pues es conveniente que las postulantas prueben las disciplinas desde el primer día. Pues bien, aguantó el dolor como si una fuerza sobrenatural la ayudara.

Carrasco quedó un largo momento pensativo. Tan largo fue que la monja preguntó:

—¿Me he explicado bien?

—Perfectamente. Y, decidme, ¿por qué cargáis en su debe la muerte de la priora?

—Ella fue la última persona que la vio viva y ella, y solamente ella, fue la que le aumentó la dosis estipulada del electuario que acabó con su vida. Por último, ¿cómo creéis que una persona puede desaparecer, sin dejar rastro alguno, atravesando muros y puertas como si fuera un espíritu?

—Aquí la monja hizo una pausa. Luego, poniendo gran énfasis en lo que demandaba, prosiguió—: ¡Hay que hallarla y devolverla al convento a fin de que no perdamos su alma y no emponzoñe a los buenos cristianos! Habrá que llamar a un exorcista de fama y rezar, rezar mucho por ella. Caso de no conseguir nada, será signo infalible de brujería. Entonces el Santo Oficio sabrá lo que hacer al respecto.

El secretario, tras una nueva pausa indagó:

—Y, decidme, ¿a qué protector encargó la priora la tutela de la postulanta?

—Don Martín de Rojo era el encargado de tal menester, pero eso no presupone anomalía alguna; además de serlo de Catalina, lo es de tres o cuatro más.

—Tengo entendido que sus asuntos no marchan muy boyantes. Tal vez le haya favorecido esta circunstancia: al haber huido la postulanta se ha ahorrado la dote.

—Es voluntaria. Cualquiera aspirante puede pasar a postulanta sin cargo alguno para su tutor. Únicamente ocurrirá que sus tareas dentro de la comunidad serán algo más sencillas; de cualquier manera, alguien las tiene que hacer.

—Por cierto, hoy no ha venido. ¿Sabéis el motivo?

—Tenía en la Corte un negocio inaplazable que despachar.

—Precisamente hoy, día diecinueve... —Hizo aquí una nueva pausa—. ¿Conoce él la fuga de su pupila?

—Todavía no, reverencia. A la vuelta de su avío pasará por San Benito, según me dijo por correo, para orar en la tumba de la reverenda madre. Entonces pensaba comunicárselo.

—Cuando tal cosa ocurra, tenedme al corriente de su reacción.

—Se hará como decís.

—Así lo espero.

—Descuide su paternidad, que sin demora será informado de todo.

En aquel punto, levantándose el prelado dio por concluida la entrevista.

Encuentros comprometidos

A Catalina casi le da un pasmo. Había llegado a Villaquejida y los arrieros hicieronle oferta de llevarla al día siguiente hasta Benavente a cambio de que cuidara de los animales y por la noche durmiera con éstos en las cuadras. La muchacha se arreglaba bien con las cabalgaduras, ya que desde muy niña había ayudado a Blasillo en tales menesteres cuando su sordomudo padre requería sus servicios. Ni que decir tiene que aceptó el trato y en cuanto los hombres desengancharon el tiro, ella se hizo cargo de las acémilas y tras fregotearlas, llenar los pesebres, preparar la paja y darles de beber, se lavó lo justo en el abrevadero y se dispuso a comer de sus provisiones a fin de no quebrantar su escaso peculio e impedir que los alimentos se corrompieran.

Su primera sorpresa fue verse reflejada en el agua. Ante ella se hallaba un ser desconocido, en el que apenas identificaba una vagas facciones: la nariz recta, los labios bien dibujados y unos ojos negros y enormes que la observaban curiosos desde el transparente líquido... y un pelo... «¡Dios mío qué pelo!», pensó. No supo el porqué, pero en aquel instante le asaltó un pensamiento que la llenó de curiosidad: jamás había visto su cuerpo íntegramente; en el convento no había espejo alguno y sus oportunidades de verse en el riachuelo eran nulas. ¿Por qué se le habría ocurrido tal cosa? No tenía tiempo para tales digresiones, al menos por el momento. Terminó sus abluciones y se dispuso a cenar alguna cosa, aunque realmente después de tanto acontecimiento su apetito era nulo.

En la puerta de la cuadra había dos poyos de piedra para evitar que algún carro al entrar o salir castigara el marco de madera, la altura era la apropiada para sentarse y desde allí podía vigilar a los animales. Desempaquetó su condumio, se acomodó en la piedra y en tanto iba comiendo su mente no paraba de evocar los sucesos vividos y de analizar los datos que le suministraban sus nuevas experiencias. En primer lugar, llamó su atención el hecho de que ninguna situación ni circunstancia le pareciera nueva; ya fuera por las charlas que había sostenido con Blasillo o por las explicaciones del mundo exterior que le proporcionó Casilda, el caso era que todo lo acaecido en aquellas dos intensísimas jornadas, no sólo no la sorprendía, sino que le parecía como ya vivido anteriormente; las gentes, las costumbres, el viaje, los caminos, las formas de vestir, todo, en conjunto le era familiar. En ello estaba su pensamiento cuando a lo lejos divisó a un jinete que, por su porte, le pareció un hidalgo; montaba un noble bruto de gran alzada que al aproximarse, advirtió, cojeaba ligeramente; fuele observando y, cuando la cercanía le permitió distinguir sus rasgos, los pulsos se le aceleraron. Venía derecho hacia ella su tutor y protector del convento de San Benito, don Martín de Rojo e Hinojosa.

Cuando el hidalgo detuvo su cabalgadura y la interrogó sobre si le podía dar razón de algún

veterinario o chamán de animales, deseó fundirse y desvió la mirada hacia otro lugar. Luego, trabucándose, farfulló una torpe excusa diciendo que no pertenecía a aquellos pagos y, tomando su pequeña alforja, se alejó sin rumbo, simplemente por hurtarse de su presencia, aunque en verdad él no pareció reconocerla. Un sendero se abrió a su derecha y sin vacilar hacia él se dirigió, adentrándose en un bosquecillo de abedules con el único fin de ocultarse.

Pugnaban en ella dos sentimientos encontrados: el primero, no ser reconocida, y el segundo, no perder la oportunidad de llegar a Benavente en la amable, segura y económica compañía de los arrieros. Al cabo de pocos minutos la muchacha encontró un claro y allí se acomodó, poniendo su mente a laborar. Desde donde se hallaba, divisaba la cuadra; la lógica le decía que el caballero debía resolver el problema que representaba la cojera de su cabalgadura antes de ponerse de nuevo en camino. El sol estaba ya muy bajo y no era probable que diera con la persona requerida en un corto espacio de tiempo; caso de que así fuere, tanto si se solucionaba el asunto de la pata del animal como si cambiaba de cabalgadura, nadie se ponía en viaje de cara al anochecer, a causa de los peligros que acechaban a los viajeros. Lo lógico, pues, era que pernoctara en el mesón; su cabeza seguía dando vueltas al tema. Desde su escondrijo veía al hidalgo conversando con el mesonero. Luego éste llamó a un mozo, que recogió al caballo y se lo llevó hacia el interior de la cuadra al mismo tiempo que el hombre, con grandes y ampulosos gestos, precedía al caballero hasta la puerta del mesón y ambos desaparecían en su interior.

Catalina tomó su decisión. Entrada la noche, se resguardaría al calor de la cuadra; allí se enteraría por el mozo del estado del caballo, de si habían avisado al chamán y de cuándo éste iba a acudir. Por lógica, esto no ocurriría hasta el día siguiente. Ella sabía, porque así se lo habían advertido, que la intención de los arrieros era partir con las primeras luces del alba. Lo normal era que nadie todavía se hubiera ocupado de la cojera del cuartago, pues aquellas horas matutinas no eran horas de caballeros. De todos modos, desde el lugar recóndito que ella eligiera para dormir procuraría tener a la vista el gran caballo, ya que de él dependía lo que fuere a hacer su amo. Los planes salieron como había previsto, regresó a la cuadra y, encontrado su rincón, tras informarse de lo que le interesaba a través del mozo se arrebujó en una manta que tomó del carro y durmió con un ojo abierto.

Un inoportuno rayo de sol que entraba por el ventanillo y que le dio en los ojos la despertó. Un polvillo dorado flotaba en la cuadra dando a todas las cosas un tono mágico y fantasmagórico. El alazán permanecía tranquilo en el lugar donde lo habían colocado la noche anterior; y sus acémilas, que ya intuían su hora rebullían inquietas, agitando al resto de cabalgaduras de toda clase que allí se juntaban. Catalina se puso rápidamente en pie, fuese al abrevadero y unas cortas y enérgicas abluciones la acabaron de despejar; en un rincón de la cuadra aflojó el vientre y después extrajo de su alforja un trozo de pan seco y algo de cecina. En tanto lo roía, fuese ocupando de las mulas, de modo y manera que cuando se llegaron a ella los arrieros, estaban limpias, aviadas y listas para el enganche.

—Sois un buen mozo. Servís para estos menesteres. Si deseáis hacer el camino con nosotros al regreso de Benavente, contad con ello; hasta os podríais ganar algunos maravedís.

—Siempre estaré en deuda con vuestras mercedes, pero es mi intención llegar hasta Valladolid de paso para la Corte.

—Largo camino os queda por recorrer. De todos modos, si cambiaseis de idea nuestro trato queda en pie.

Tras este corto diálogo los hombres, ayudados por la chica, engancharon el tiro y se pusieron en camino. Llevarían andadas unas ocho leguas cuando la muchacha, desde su atalaya de sacos, oyó el galope de un caballo que se aproximaba. Estiró el cuello y miró hacia atrás. En aquel instante el alazán, crin al viento, azuzado por el hidalgo y sin el menor problema en su mano diestra, sobrepasaba al tiro de mulas que, a un cansino trote, arrastraban penosamente el carro.

Llegaron a Benavente al atardecer. La muchacha fuese a despedir de los hombres, no sin pena, ya que ésta era la última parada de su viaje, cuando el más robusto le hizo una propuesta que le convino; consistía ésta en volverse a ocupar, al igual que la noche anterior, de los animales a cambio de la cena y el pago de cuatro maravedís; cerraron el trato y al hacerlo el carretero le tendió una inmensa mano. Catalina intuyó lo que el otro esperaba de ella, y sin pensarlo colocó la suya en la del hombre: era ruda, grande y callosa, y al cerrarla la muchacha creyó por un momento que, en un descuido, había colocado su mano en la prensa de la uva que las monjas tenían en el convento o, mejor, en uno de los cepos que Blasillo acostumbraba a colocar para cazar alimañas.

Por la mañana, su dolorida extremidad decía adiós a aquellas buenas almas que tanto la habían ayudado y se encontró súbitamente sola en aquella, para ella, población inmensa, con cuatro maravedís en la mano, una pequeña talega en la que llevaba todos sus haberes y el mundo por delante. La verdad fue que no sintió miedo. La mañana era tibia y el astro rey calentaba lo justo; las gentes iban y venían, cada uno a su avío, pasaba una mula con dos tinajas en sus alforjas y un aguador tirando de ella, dos soldados charlaban en un zaguán y un fraile descalzo daba su rosario a besar a dos beatas. Súbitamente una punzada en su estómago le recordó que desde la mañana a primera hora no había probado bocado alguno; entonces se echó calle adelante para ver cómo remediaba su apetito. Sus pasos la llevaron a una plazuela en medio de la cual manaba un raquíptico chorro de una fuentecilla; se acercó y dejando su hatillo en tierra iba a beber cuando, bajo los soportales de la plaza, vio un puesto de puntapié^[98] junto al cual un hombrecillo despachaba unas obleas rellenas con un picadillo caliente de carne que sacaba de una olla de barro, y al lado, de una tinaja y con un cucharón, asimismo ofrecía un refresco de aloja hecho a base de hidromiel y limonada. Catalina se aproximó.

—¿Cuánto pedís por una ración de picadillo y un vaso de aloja?

—Un cuarto de lo primero y dos maravedís de la bebida —respondió el hombrecillo alzando la voz, porque a su reclamo habían acudido tres parroquianos.

—Pues si sois tan amable, servidme de ambos. —Y en tanto esto decía, Catalina extrajo de la alforja su escarcela y rebuscó en ella el importe de su encargo.

El hombrecillo preparó el mandado y lo depositó en un tablón de madera que, soportado por dos caballetes, hacía las veces de mostrador, para tomar a continuación las monedas que le ofrecía la muchacha.

—Quedad con Dios.

—Que Él os acompañe.

Y diciendo esto y tras tomar lo servido, Catalina se colocó la alforja en bandolera y salió calle adelante con la oblea rellena en una mano y la bebida en la otra. Al rato, un raro instinto la hizo volverse: a pocos pasos los tres hombres, que nada habían comprado al alojero, la seguían en silencio. La calle polvorienta estaba vacía. Súbitamente en dos zancadas se pusieron a su altura; el más bajo y peor encarado la conminó:

—¡Dadnos lo que tengáis si en algo apreciáis vuestra vida!

Los otros dos se acercaban amenazadores por ambos lados. La mente de Catalina trabajaba como un fuelle de herrero. No estaba dispuesta a entregar sus escasas pertenencias. Dejó caer los alimentos y de un ágil salto se intentó proteger en el zaguán de una casa sujetando sus tesoros contra su pecho con ambas manos.

—¡Primero tendréis que matarme!

—¡Si eso os place, sea como gustéis! ¡Voto al diablo!

Sin añadir palabra, los tres malandrines sacaron los garrotes que ocultaban bajo las capas y la emprendieron a palos con la muchacha. Catalina se desplomó en el suelo hecha un ovillo en tanto una lluvia de golpes caía sobre su cabeza, que empezaba a sangrar profusamente por una gran brecha que se abría en medio de su negro cabello, enrojeciéndolo. Se encomendó a la Virgen, creyendo que su último momento había llegado. En aquel instante dos jinetes embocaban la polvorienta calle; esto fue lo último que vieron sus ojos antes de perder el conocimiento.

Diego y don Suero, éste último con el guantelete de recio cuero todavía colocado en su puño y un halcón con la negra capucha sobre la cabeza posado sobre él, regresaban del campo de una sesión de cetrería en la que el escudero trataba de enseñar al joven pájaro a cazar torcazas. De repente, al internarse por una de las callejas de las afueras a fin de acortar el camino de regreso al palacete se toparon de bruces con la escena. Al punto ambos se dieron cuenta a la vez de lo que allí estaba sucediendo.

—¡Sus y a ellos don Suero, que son pocos y cobardes!

Diego había desenvainado y se precipitaba al galope sobre el grupo; don Suero, habiendo lanzado al suelo el encapuchado pájaro, al grito de «¡Santiago!» daba espuela a su garañón y el gran caballo entraba sobre el grupo como una fuerza de la naturaleza, al igual que lo haría una daga caliente en manteca de cerdo.

Al cabo de una hora Catalina despertó en el sofá moruno de una estancia noble, y lo primero que vieron sus ojos fue el rostro de un hermoso joven que a su vez la miraba con curiosidad y simpatía. «Me he muerto y estoy en el paraíso», pensó la muchacha. Y se volvió a desmayar.

La entrevista de Villanueva

Don Martín de Rojo dedicó la mañana a preparar la entrevista con el de Villanueva. Se levantó del lecho a hora prudente y se compuso despacio, intentando parecer un noble de la Corte y no un hidalgo de provincias. Vistió de negro, como tenía por costumbre, pero se permitió alguna licencia que diera un toque de elegancia y mundología a su severa indumentaria provinciana; se alivió con un cuello de golilla alechugada de Cambray y puños de puntillas blancos haciendo juego. Luego, sujetando los calzones de tafetán aterciopelado, se adornó con unas ligas de seda azul; las medias, según los dictados de la última moda, le engordaban las pantorrillas y se embutían en unos estrechos borceguíes con hebillas de plata que le achicaban el pie; en el chambergo se permitió la veleidad de una pluma morada, cosa inusual en él, y colgó al hombro mediante un broche un airoso y corto ferreruero festoneado de pasamanería portuguesa, que daba un aire de sobrio lujo a la prenda que cubría el tahalí del que pendía su espada. Cuando terminó de acicalarse, miróse al espejo del armario y quedó satisfecho de su aspecto.

La entrevista era por la tarde y el lugar, el palacete del pronotario de Aragón, que estaba junto al convento de San Plácido. Tenía pensado acudir a la cita en una litera, que esperaba alquilar en la plaza de Herradores y, caso de no encontrarla allí, la buscaría en la plazuela de las Descalzas Reales, ya que las que en estos puestos se hallaban, estaban controladas por los alcaldes de la Villa y Corte, tenían los precios ajustados y era, por tanto, más dificultoso que se dieran casos de picaresca. Al ser hora temprana y disponer de tiempo sobrado, se dispuso a leer los avisos y noticias que, sujetos en tableros clavados en las paredes de las casas, dedicaba el alguacil mayor de la Villa a los ciudadanos de Madrid, y pensó que para muchas cosas mejor era vivir alejado de la Corte. Sin prisa pero sin pausa dirigió sus pasos al Mesón de Cándido, que tenía bien ganada fama de bueno y sin embargo no era excesivamente oneroso, ya que los precios que regían en la capital nada tenían que ver con los comunes de las provincias. Se acomodó en una mesa y al punto acudió solícito un mozo para tomar nota de su comanda. Pidió una bebida de hipocrás muy cargada de canela y remarcó al muchacho que aún tardaría algo en almorzar, pero que sin embargo le trajera el listado pues encargaría ya su yantar. Hízolo el mozo y don Martín, guiándose más por los importes que figuraban al margen que por la exquisitez de las viandas, escogió huevos con sesos aderezados con pimienta molida y asadura de carnero a la segoviana; luego, de postre dulce pidió un sorbete helado que desde hacía un par de años era la moda de la Corte. Todo ello sumaba siete cuartos y tres maravedís, y se permitió la licencia de pedir un licor de manzana que sin duda le subiría el tono vital, lo cual falta le iba a hacer para afrontar con buen ánimo su delicada misión. Disfrutando estaba de su bebida y, en tanto el mesón se iba llenando de personal, dejó

correr su pensamiento.

Un dolor lacerante le acuciaba cuando recordaba el óbito de su querida hermana, la priora de San Benito. Desde siempre se sintió muy próximo a ella. Recordaba sus juegos infantiles y sus travesuras, y lamentaba terriblemente no haber podido estar junto a ella en su tránsito. Sabía por la información que le llegaba a través del doctor Gómez de León que estaba muy delicada, pero jamás sospechó que el trance final se hallara tan próximo. Amén de la tristeza que el hecho le provocara, estaba el espinoso tema de Catalina, que ya fuere por un vago sentido de responsabilidad o por las señas de su carácter que le había transmitido la monja, el caso era que sentía por su oculta hija una rara debilidad, sin menoscabo del amor que su corazón sintiera por Álvaro, al que había criado y querido desde la llegada a su casa aquella ya lejana noche de hacía casi quince años. Sin embargo, de haber podido intercambiar los caracteres de ambos jóvenes, lo hubiera hecho sin vacilar.

Su hijo estudiaba, con gran esfuerzo económico por su parte, letras y latines en Salamanca con excelente aprovechamiento y, sin embargo, no demostraba interés alguno por las disciplinas del cuerpo y los deportes que, para un muchacho, eran indispensables. En cambio Catalina, por las noticias que cada vez que acudía a San Benito le suministraba la priora, tenía sin duda un carácter validísimo para la milicia o para una vida de acción y, sin embargo, poco conveniente para el claustro, que es a lo que sin duda estaba destinada desde su más tierna infancia. El fallecimiento de la madre Teresa abría un gran interrogante a muchas cuestiones dado que era la única persona, junto con el viejo doctor y él mismo, que estaba en el secreto de los orígenes de la criatura. La fórmula de su mantenimiento y del cómo hacerlo en el futuro, amén de la dificultad de proveer los gastos de su toma de velo sin hacer partícipe de su secreto a la nueva priora, cosa que no creía en absoluto conveniente, constituía para él un arduo y, por el momento, irresoluble problema.

El mesón se iba llenando y él, por miedo a retrasarse luego, pidió su condumio. En tanto iba calmando las exigencias de su estómago se dedicó a observar a la parroquia que allí concurría: pequeños hidalgos, algún que otro clérigo, escribanos, comerciantes, una tapada con dueña y, finalmente, dos soldados de la guardia tudesca del rey que, estando libre, ocuparon la mesa ubicada a su diestra; su porte y uniforme los distinguía, rubicundos, altos, fuertes e imponentes, embutidos en sus ajedrezados uniformes rojos y amarillos, colores característicos de los Austria. Como no tenía cosa mejor que hacer, y sin casi darse cuenta, burla burlando se encontró prendido en la conversación que ambos mantenían. Por lo visto, su cristiana Majestad tenía la intención de acudir por la tarde a una reunión de trabajo a la mansión de su dilecto amigo y protegido, don Jerónimo Villanueva, grande del reino y pronotario de Aragón, acompañado de los excelentísimos señores don Luis de Haro y el duque de Medina de las Torres. Por un momento don Martín de Rojo, ante la coincidencia de tanto caballero importante, temió por su entrevista y por si acaso decidió partir lo antes posible y esperarse en las proximidades del palacio, no fuera a ser que, por uno u otro motivo, surgiera algún inconveniente y él perdiera la cita tan larga y ansiosamente esperada.

Llamó al mozo, pagó la cuenta y partió en busca de la litera de manos que le debía transportar al término de su viaje. La plaza de Herradores estaba a la vuelta de la esquina, y allí dirigió sus pasos. Tres literas esperaban pasajero, y don Martín se aproximó a la más aseada. Negra, con el techo de cordobán y cuatro pinas doradas en las esquinas de su tejadillo, el precio estaba visible en un cartelito adherido en el poste de la parada: cuatro reales por servicio, y cuatro asimismo

eran los lacayos que se turnaban para transportar al viajero y que le ayudaron a subir. Una vez colocado en su interior y dicha la dirección adónde deseaba dirigirse, comenzó el bamboleante viaje. En tres cuartos de hora llegó a su destino, media antes de la prefijada para su cita. Pagó el periplo y al descender de la litera observó un movimiento, que entendió inusual para la calle. Estaba ésta cortada al tráfico normal de carruajes, y un sinnúmero de mirones invadían todos los rincones de la misma cambiando de lugar frecuentemente y levantando, al hacerlo, una polvareda insoportable. Una ingente cantidad de lacayos, pajes, criados y guardias con los colores de su católica Majestad se movían raudos, atendiendo cada cual a su avío y cumpliendo con sus obligaciones y mandados; un capitán de la compañía de Cazadores de Montesa cuidaba de dar órdenes y de que ningún ciudadano se acercara en demasía a la carroza real, que con tiros largos de seis caballos, cuyos plumeros se agitaban inquietos, esperaba a que el monarca tuviera a bien disponer de ella. Don Martín, poco acostumbrado a aquel ajeteo cortesano, se sentía incómodo. Cruzó la calle y se aproximó al oficial de guardia explicando quién era y a lo que venía; éste le indicó que esperara allí y fue a consultar al capitán lo que convenía hacer con el hidalgo. Al poco tiempo estaba de regreso, comunicando al de Rojo que podía entrar en el palacete.

Con paso tardo lo hizo éste, subiendo lentamente la escalinata. Llegando al zaguán le cerraron el paso dos alabarderos con las picas cruzadas; más preguntas y explicaciones. Otro oficial le demandó gentilmente que tuviera a bien entregarle su espada, hecho lo cual un ujier lo introdujo, finalmente, en una camarilla donde, al cabo de un corto espacio de tiempo, un secretario, que compareció silencioso como fraile descalzo, le comunicó que el excelentísimo señor don Jerónimo de Villanueva lo recibiría en cuanto le fuera posible. El hidalgo se desembarazó de la capa y se dispuso a esperar pacientemente.

Tres cuartos de hora habían transcurrido cuando el ilustre personaje compareció ante don Martín: jubón de terciopelo de Flandes, golilla rizada, calzas valonas, medias de color violeta sujetas por ligas plateadas, la peluca negra y corta a la moda del rey, bigote y perilla perfilados, y en el dedo anular de la diestra un anillo con el escudo de su casa vaciado en el negro ónix para poder, con él, lacrar las cartas y documentos. Su aspecto imponía. El de Rojo se levantó presto en tanto el ilustre personaje se acercaba a él solícito.

—Debéis excusarme. Los problemas de este oficio son continuos e imprevisibles; no podéis imaginar lo que me incomoda el saber que alguien me espera.

—Su excelencia sabrá perdonar la inoportunidad de mi cita. Si os incomoda puedo regresar otro día, cuando lo ordenéis.

—¡En forma alguna! Soy yo el que debiera excusarse. Además... cómo puedo saber, ¡pobre de mí!, si mañana será mejor o peor jornada. El servicio de Su Majestad no comienza ni termina a hora fija, es cuando es y como es; no hay día ni noche. Es por eso que debo acomodar mis asuntos a los tiempos que me queden libres, y éstos no los conozco jamás con antelación. Amén de que, si no estoy mal informado, vuesa merced es forastero en la Corte.

—Ciertamente. Pero no es óbice, insisto. Si hoy no os conviene, puedo regresar cuando os sea más propicio el día.

—Bien está como está. Sentaos y despachemos, eso sí, lo más diligentemente posible. No os respondo de que acabemos de un tirón la encomienda; si me reclaman, como podéis comprender, no tengo elección. Los negocios del rey no admiten espera.

—Sea como fuere, contad con mi humilde persona como vuestro más fiel servidor. Ni que

decir tiene que me hago cargo de la dificultad de vuestra tarea.

Ambos hombres se sentaron en los sillones de caoba de Cuba del despacho del pronotario. El gentilhomme tuvo la delicadeza de ubicarse frente al hidalgo y no ocupar su sitio habitual, para que no les separara la gran mesa llena de legajos y carpetas.

—Bien, amigo mío, comenzad. Pero tened en cuenta que el señor duque de Albuquerque ha tenido a bien ponerme al corriente de vuestras tribulaciones y problemas; centraos por lo tanto en vuestras demandas, que yo haré cuanto pueda por satisfacerlas y complacer así a mi buen amigo.

—Está bien, excelencia, intentaré ser conciso y claro. Veréis, mis cuitas tienen dos vertientes.

El hidalgo explicó lo más brevemente que supo y pudo sus problemas económicos y la persecución que, a su entender sin causa, sufría por parte del Santo Oficio.

—¿Y el desencadenante de todo este triste embrollo decís que no es otro que la infortunada frase referida a la falta de brazos en el campo a causa de la expulsión de los moriscos que llevó a cabo el padre de nuestro rey y señor, Su Majestad el buen monarca Felipe III, que el Señor tenga en su gloria?

—Así es, excelencia, aunque parezca imposible que una causa tan mínima tenga tan vidriosas concomitancias.

—¿Y decís que han molestado a deudos y a amigos?

—Eso digo. Mi médico y amigo de toda la vida, el doctor Gómez de León, su partera, mis parientes de Valladolid; hasta mi hijo, que estudia en Salamanca, cree haber sido visitado.

—Pero ¿intuís lo que buscan o pretenden?

—Lo ignoro, excelencia, pero malo es que indaguen. Esas gentes encuentran donde no hay, y hasta que deciden que no hay caso pueden pasar mil penas y calamidades, y no es la menor el que te incomiñquen en una celda un par de años sin decir de qué te acusan ni explicar quién es tu denunciante.

—¿Y cuál es vuestra petición, amigo mío?

—En principio deseaba ser nombrado familiar de la Inquisición, por las innegables ventajas que el cargo reporta. Pero, dadas las circunstancias, sólo aspiro a que no incomoden ni a mí ni a los míos.

El de Villanueva quedó pensativo unos instantes, luego se levantó y sus pasos midieron el salón, arriba y abajo, varias veces.

—Por venir de parte de quien venís voy a hacer algo más. Vamos a ver si conseguimos apartar de vuestra huella a esos podencos y, además, os ayudamos a mejorar vuestra hacienda.

—¿Si tal hacéis, mi deuda de gratitud con vuestra merced durará eternamente!

—Tengo entendido que el señor duque de Albuquerque contrajo con vos, allá en Nápoles, una deuda de por vida. Pues bien, yo tengo el honor de saldarla en su nombre.

—¡Insisto, excelencia, jamás podré pagar!

—Nada me complace más que arrancar una víctima de las garras de esos cuervos.

—¡Excelencia, por Cristo, cuidad lo que decís!

—¡Aquí en mi casa y estando el rey! No tengáis cuidado. Nadie osará. Una fórmula hay que, amén de libraros de ellos, mejoraría vuestra economía.

—Y ¿cuál es esa fórmula?

—Conseguir para vos una orden de caballería: Calatrava, Alcántara, Montesa o Santo Sepulcro, eso es lo de menos. Lo de más es que, caso de conseguirlo, amén de garantizar vuestra

limpieza de sangre hasta ocho generaciones el ser caballero de una de ellas tiene pingües beneficios, ya sea por exenciones de cargas y gabelas, ya porque la alcábala que sus miembros liquidan a la Corona es muy inferior a la que deben pagar los otros súbditos de su cristiana Majestad. Lo primero aparta de vos las manos del Santo Oficio, y lo segundo sin duda alivia vuestra hacienda.

—¡Excelencia, si tal consiguierais, haríais de mí vuestro más rendido servidor y, aunque el Señor me concediera cien años más de vida, sería poco tiempo para dedicarlo a vuestro servicio!

—Veamos, no vaya a ser que luego tengamos tropiezos y sinsabores. Vos ¿no ignoráis que se os abrirá un período de pruebas y que se nombraran dos informantes^[99] para que se dirijan al consejo de las órdenes con los *obstat* que conocieren, caso de que en vuestro linaje hubiere un antepasado morisco o judío o, simplemente, un escribano?

—No lo ignoro, excelencia, mi sangre es limpia y no me asusta que me investiguen hasta ocho generaciones para tan buena causa.

—Entonces no se hable más y vamos a por ello... tened paciencia porque, y nunca mejor dicho, las cosas de palacio van despacio.

El de Villanueva levantándose se dirigió a la salida del gabinete, indicando de esta manera que daba por concluida la entrevista, seguido de don Martín, que tras recoger su capa apresuradamente le dio alcance en dos zancadas. En aquel instante y casi tropezando justamente con ellos un ujier abría la puerta.

—Excelencia, Su Majestad os reclama. Dice que si no regresáis dará por concluida la partida.

—Decidle que ya estoy llegando. —Y luego, volviéndose al hidalgo añadió socarronamente, como excusándose—: Ved, querido amigo, cuan complejo y vario es el servicio de su graciosa Majestad. Id con Dios. Pronto tendréis noticias mías.

—Repito, excelencia, mi gratitud será eterna.

—Si veis al duque de Albuquerque y marqués del Basto, decidle que he cancelado la deuda en su nombre.

—Así lo haré, excelencia.

Partió hacia el interior del palacio don Jerónimo Villanueva, y a la misma vez y tras recuperar su espada lo hizo hacia la escalinata exterior, henchido de esperanza, el hidalgo don Martín Rojo e Hinojosa creyendo que sus problemas principiaban a arreglarse y que aquel su horizonte, preñado de nubarrones, comenzaba a despejarse. Dirigió su mirada al cielo y exclamó:

—¡Gracias, Camila, hermana querida!, estéis donde estéis. Dentro de tres o cuatro días rezaré ante vuestra sepultura. —Y calándose el chambergo se dirigió a pie a su posada con el fin de tener tiempo, durante el trayecto, de meditar todo lo acaecido.

A la vez, un jinete por la puerta posterior del palacio partía a galope camino de Braganza, llevando en su alforja una carta a nombre de don Sebastián Fleitas de Andrade. Mientras, el ujier que había transmitido a Villanueva el recado del rey lo observaba desde una ventana.

Benavente

Catalina recuperó la conciencia llegando al palacio del marqués de Torres Claras. Al principio no supo adónde la habían conducido. La cabeza le dolía terriblemente y apenas podía abrir el ojo derecho; pero al cabo su juventud se fue imponiendo y las atenciones de un buen físico y el descanso hicieron el resto. Tuvo buen cuidado en recalcar que sus únicas lesiones eran las de la cabeza, y sólo de ellas se quejó al ser preguntada; temía que la examinaran a fondo y se descubriera su verdadero sexo. Amén de que tuvo que inventarse una somera historia de su vida y recordarla bien, no fuera que al ser preguntada se equivocara y explicara a distintas personas cosas diferentes. De cualquier manera el golpe le vino que ni pintado para justificar la falta de memoria de lo que no le convenía recordar.

Le habían asignado un modesto aposento en las golfas del palacio que a ella le pareció, acostumbrada como estaba a su celda de San Benito, talmente una regia morada, y en el pequeño armario de la minúscula estancia encontró al abrirlo al día siguiente, además de su modesto ajuar, ropas de su talla que aunque usadas le iban a hacer un gran servicio, y que por cierto a ella le parecieron soberbias: dos jubones, tres calzones, medias, borcegués, camisolas, un colete de ante, una gorra milanesa y un pequeño chambergo con una pluma de azor. El cuarto tenía un ventanillo del tamaño de una tronera que daba a poniente y por el que divisaba todo el entorno; además del armario, gozaba de un aguamanil con su correspondiente jarra, una mesa de pino, dos sillas y un perchero.

Catalina, recostada en su cama se dispuso a ordenar sus pensamientos y a repasar los sucesos acaecidos hasta aquel momento. Recordaba perfectamente su viaje, pero su cerebro se confundía al evocar el incidente de los malandrines. Tenía clara su fuga, el carro de alfalfa, su ardid para poder respirar, la buena mujer del mesón, los arrieros y el desafortunado episodio con don Martín de Rojo, que ella creía que, a Dios gracias, no la había reconocido; todos aparecían en su mente nítidos y diáfanos, pero en llegando a Benavente todo se confundía y sólo recordaba que estaba comiendo algo y fue atacada por dos o tres hombres, luego un sonido de cascos de caballos y finalmente un silencio y la nada. ¡Después el despertar! La visión del rostro, tantas veces evocado por su imaginación de niña desde el día que el azar o la providencia lo hicieron aparecer en el tragaluz de la caponera donde, muy a su pesar, la hizo recluir la madre Teresa como resultado de su aventura con Blasillo y la muerte del gallo negro. Por lo visto el golpe en la parte posterior de su cabeza fue terrible, hasta el punto de que anduvo varios días yendo de la conciencia al sueño; poco a poco el dolor y las alteraciones fueron remitiendo y los ratos de lucidez se impusieron a los de oscuridad. Entonces comenzaron las preguntas engorrosas, que ella maquilló como le

convino achacando las lagunas de su memoria a la paliza recibida y hurtando de esta manera lo que no le convenía aclarar. Se inventó un nombre, Alonso Díaz, pero sin embargo «no lograba saber quién era ni de dónde procedía, ni adónde se dirigía» cuando le sobrevino el percance. Pensó de nuevo que, en el fondo, la tunda le vino de perillas para así justificar su situación y sus orígenes.

Algo en ella había cambiado profundamente. Sin entender el porqué, su pensamiento iba una y otra vez a la imagen de Diego, el cual desde el primer momento se interesó por ella y a quien sin duda y a la vez que a don Suero debía su vida. Cada jornada el joven aparecía en su alcoba para interesarse por los progresos de su convalecencia y mantenía con ella amables charlas. El físico que se hizo cargo de su situación mantenía que, con el tiempo, iría recordando cada vez más cosas y que las brumas de su memoria se irían disipando, pero lo que más le convenía por el momento era que nadie la urgiera con preguntas y no esforzarse por recordar. Unos discretos golpes le anunciaron que la visita que esperaba con tanta impaciencia cada mañana había llegado. La hoja se abrió un palmo y la áurea cabeza de don Diego asomó al punto por el quicio de la puerta.

—¿Preferís descansar u os apetece un rato de compañía?

Sin saber por qué, la muchacha notó que el carmín teñía su rostro y temió que don Diego se diera cuenta.

—¡No, por Dios, pasad! Me encuentro ya muy recuperado. —A Catalina le costaba un gran esfuerzo emplear el masculino—. Me alegra sobremanera vuestra visita; aquí recluido se me hace la jornada muy larga.

Diego entró en la estancia y, cerrando tras de sí la puerta, se aproximó al catre de la muchacha arrastrando una silla. Sentóse a horcajadas con el respaldo hacia delante y los brazos colocados sobre él y comenzó a hablar.

—Si os molesto decídmelo, y cuando os canséis de mi charla hacédmelo saber.

—En modo alguno. Lo que más me place y me distrae es charlar con vos.

—Tened paciencia, he hablado con mi señor padre y, dado que no recordáis ni quién sois ni de dónde venís, si os pluguiere podríais cubrir plaza de paje en esta casa hasta que os repongáis y toméis conciencia de vuestros orígenes.

Catalina no daba crédito a su buena estrella; podía quedarse cerca del muchacho y le daban casa y manutención hasta que recordara. Y recordar, únicamente, dependía de ella. De todas formas le pareció cosa de buen tino poner alguna objeción.

—Habéis sido tan gentil conmigo que me siento abrumado. No sólo os deberé siempre la vida, sino que además me recogéis a vuestra caridad. No puedo aceptar, es demasiado; amén de que no sé si sabría desempeñar con acierto los trabajos que tuvierais a bien encomendarme.

—No os preocupéis por ello, Alonso, yo necesito un paje. El anterior, a causa de su edad fue ascendido por mi padre y ha ocupado plaza de lacayo. Vos podríais ocupar la suya... si os conviene, claro es; caso de no ser así, tendré que buscar a otro. Me parecéis listo y dispuesto, y lo que no sepáis hacer estoy cierto de que lo aprenderéis rápidamente.

—No sé ni qué deciros ni cómo expresar mi gratitud, sólo os diré que me siento abrumado por vuestras atenciones.

—¿Qué tal os manejáis con la espada y la vizcayna, Alonso?

Catalina no se acostumbraba a oírse llamar así.

—Creo que jamás aprendí a manejarlas, pero no me acuerdo. Tal vez cuando lo intente...

Tampoco sé si sabré montar a caballo.

—Bien, no adelantemos acontecimientos. Haced por curaros y luego andaremos el camino. — Y tras decir esto último, Diego se levantó de la silla para marcharse—. Reposad y recuperaos. No se hable más, vos tenéis casa y yo paje. Mañana regresaré para ver qué tal habéis pasado la noche. Que descanséis, Alonso.

Y saliendo de la estancia cerró tras de sí la puerta, dejando a Catalina sumida en un hermoso sueño.

Orando en la tumba

El regreso tuvo un color diferente. Don Martín de Rojo creyó por un momento que la rueda de la fortuna giraba a su favor y que, tras muchos años de penurias y calamidades, la hora de las vacas gordas había arribado. Salió de Madrid de madrugada, y partiendo de Puerta Cerrada se dirigió a la plazuela del Cordón para, a través de la calle de las Beatas Arrepentidas, desembocar en el puente de Segovia; y siendo como era todavía hora menguada^[100] anduvo con tiento, no fuera que desde alguna ventana, al grito de «¡Agua va!»^[101] le pusieran, a él y a su cabalgadura, de excrementos, orines y otras lindezas como bacina^[102] de clérigo. El tiempo era cálido y el día se anunciaba bueno; su buen caballo, que parecía intuir el regreso a casa, le obligaba a tascar el bocado so pena de salir al galope por las tortuosas y empinadas calles de la Corte y llevarse por medio a algún distraído viandante o algún amigo de Baco que a aquellas tardías horas aún anduviera por ellas. La voceada contraseña de la ronda y las luces de los faroles que la anunciaban, le dieron paz; cuatro corchetes mandados por un alguacil se acercaban, y el hecho era signo inequívoco de que el camino estaba franco de malandrines, valentones y gentes de germanía^[103]. Al cruzarse con ellos cambio el saludo y aprovechó el afortunado encuentro para indagar si estaba en el buen camino.

—Seguid por donde vais... más o menos una media legua. Cuando lleguéis al Mesón del Cuervo veréis una cruz que separa el camino de Móstoles del de Humera y que os indicará la dirección a seguir para Segovia. No tenéis pérdida, pero mejor haríais en hacer un alto y esperar a que saliera el sol.

—Os agradezco el consejo. Tal vez lo siga. Quedad con Dios.

—Que El os acompañe.

Y dando espuela, el hidalgo se metió en la madrugada.

El plan era subir hasta Segovia y de allí a Valladolid para después, atravesando la Tierra de Campos, llegar por Medina de Río Seco hasta Valencia de San Juan y luego por Villamañana hasta San Benito. El viaje lo haría en tres o cuatro jornadas, y no teniendo urgencia de llegar a parte alguna quería gozar del horizonte de paz que parecía abrirse ante él, amén de pensar, con despacio y sin urgencias en las cosas que le preocupaban y en la solución que a sus tribulaciones y angustias había dado don Jerónimo Villanueva.

Le apenaba en grado sumo que la reunión en San Benito para la presentación de la nueva priora y su tan esperada cita con el pronotario hubieran coincidido en el tiempo de tal forma que no le fuera posible acudir a la primera; por tanto, se hallaba en deuda con su querida hermana. Ahora más que nunca le debía una fervorosa oración, ya que gracias a ella, sin duda, había

logrado el inmenso beneficio que su cita con el de Villanueva le había reportado, y ¡a fe que se lo había de pagar en misas y novenas!

El día clareaba y su cuartago trotaba alegremente cuando en la lejanía divisó un elegante coche de viaje que al tomar una curva del itinerario le mostró el tiro de seis caballos lujosamente enjaezados que lo arrastraban. «Es alguien importante —pensó—; será una buena compañía para el camino», y dando una ligera espuela en los ijares de *Rumoroso* lo instaló en un galope corto, y en un santiamén le dio alcance. El viaje transcurrió sin novedad y a don Martín le costaba recordar en el tiempo unos días más tranquilos y placenteros que aquéllos. Su buen caballo parecía adivinar su estado de ánimo, y trotaba feliz por caminos y senderos intuyendo que regresaba a casa. En más de una ocasión tomó un atajo conocido, que le evitó varias leguas de trayecto, pero recordando el consejo que le dio la ronda al salir de la Corte no se arriesgó a viajar, en ocasión alguna, desde que el sol se ponía hasta el orto. Pernoctó en mejores y peores posadas, según era la importancia de la población visitada, pero en conjunto halló buen aposento para él y paja seca y buen pienso para su cabalgadura. Un solo percance tuvo llegando a Medina de Río Seco. Divisaba ya la urbe cuando sintió que la silla de montar se alejaba de la cruz del equino; descabalgó al punto y, revisando los arreos, observó que habiéndose rasgado el agujero de la cincha donde se alojaba el pasador de la hebilla éste se había unido al siguiente y hacía que todo el conjunto, al haberse aflojado, se desplazara hacia atrás. Lo remedió provisionalmente con un trozo de bramante, que para estos casos llevaba en la alforja, y en cuanto se adentró en la población se acercó a un buen guarnicionero, cuyas señas le dio un lugareño y que en poco tiempo y por unas pocas monedas le hizo un apaño.

A media mañana del quinto día divisó en lontananza la mole impresionante del monasterio. Retuvo con la brida a *Rumoroso* y desde la altura y la calma del altozano dejó vagar a su pensamiento: nada parecía haber cambiado en aquellos quince años y, sin embargo, todo era diferente. Se notaba en deuda con la priora; siempre la consideró más como una hermana que como una monja y siempre admiró en ella su justo criterio y la decisión, en aquel momento crucial, que a él le faltó y que le había dado un heredero. Catalina seguiría con su vida de religión y tal vez, un lejano día, tuviera el honor de ocupar dentro de la orden el cargo que con tanta dignidad y acierto había desempeñado Camila. Pero para el caso, si es que llegaba, faltaban muchas jornadas, y sin duda muchos trabajos y vicisitudes.

De momento él tenía que resolver un problema inminente: al fallecer la madre Teresa, se había roto el principal eslabón de la cadena de ayuda que había arbitrado para el sostén y puntual mantenimiento de la muchacha. La vía habitual seguiría siendo su excelente amigo, el doctor Gómez de León, pero dentro del convento las cosas ya no volverían a ser como antes y no le gustaba, en modo alguno, tener que confiar su secreto a la nueva priora; más aún ahora que los informantes que designara el pronotario, cumpliendo con su deber a fin de recabar información para su ingreso en la orden de caballería, pondrían su vida bajo un prisma de aumento y cualquier acción que denotara una falla moral o un acto menos digno podría frustrar su ingreso en la misma, perdiendo con ello la ingente cantidad de beneficios y ventajas que de ello se derivaba. En todos estos circunloquios andaba su mente cuando se dio cuenta que llevaba allí detenido más de una hora. No deseaba adelantar acontecimientos. Llegaría al convento y tras presentar sus respetos a la reverenda madre Gabriela de la Cruz, a la que no quería juzgar sin conocer más a fondo, y orar en la tumba de la madre Teresa, tomaría sus decisiones. Dio ligera espuela al noble animal y éste

en el acto comenzó a descender, al paso, la suave pendiente que conducía a la entrada del amurallado recinto.

Urgencias

El doctor Carrasco había ordenado a don Sebastián Fleitas de Andrade, por medio de una posta urgente, que se presentara en Astorga sin excusa ni demora al siguiente lunes, tras su última visita al convento de San Benito. Púsose en camino el portugués apenas recibió el aviso, entendiendo que el prelado tenía algo urgente que comunicarle, circunstancia que casualmente era oportuna ya que él asimismo tenía nuevas noticias que dar a su generoso protector. El viaje lo hizo esta vez vía Zamora, pues disponiendo de tiempo sobrado lo aprovecharía para entrevistarse con persona de su confianza que tenía destacada en Salamanca muy cerca de Álvaro de Rojo y de Fontes, con el que había trabado conocimiento unos meses antes en una corta estancia que aprovechó para, hábilmente, conseguir ser presentados.

Zamora le convenía, ya que no le desviaba excesivamente de su destino final en Astorga y a su hombre lo apartaba leve y brevemente de su trabajo, que no era otro que averiguar cuantas cosas pudiera del hijo de don Martín y también, por qué no, de su amigo y compañero de estudios López Dóriga, ya que la distancia desde Salamanca no era excesiva. Llegó a la ciudad a las doce, una hora antes de la cita convenida, y siendo ya tiempo de almorzar se dirigió al lugar de la entrevista para aprovechar la espera tomando un breve refrigerio en tanto el individuo galopaba las últimas leguas desde Salamanca. Conocíase el mesón como el de Bellido Dolfos^[104], significado nombre zamorano de uno de los personajes del siglo XI más controvertidos y que, sin embargo, más admiración despertaban en Sebastián Fleitas, pues éste consideraba que aquellos que sin ventajas de ilustres apellidos ni de padrinos importantes habían conseguido cambiar el destino de un reino, aunque fuere por un motivo mercenario, debían tener por lo menos el respeto de la Historia.

Estaba el comedor al fondo de un callejón sin salida, en el barrio de la antigua judería. El familiar descabalgó de su bronco careto a la puerta del establecimiento y sujetándolo de la brida lo acercó a un basto maderote horizontal que allí había, destinado a que los viajeros pudieran atar sus cabalgaduras tras darles de beber en el abrevadero que a su costado estaba; a tal fin, el portugués le retiró el ahogadero, no así el bocado ni la cabezada ya que el animal era sumamente nervioso y difícil de gobernar si no tenía colocados los pertinentes arreos. El bruto apagó su sed durante un largo minuto y cuando lo hubo hecho su amo lo amarró a la barra y, tras retirarle la alforja de viaje que llevaba sujeta al fuste de la silla y cargarla al hombro, atravesó la cancela de la puerta, chapeo en mano, en tanto se descalzaba los guantes de cabritilla que usaba siempre en los viajes largos.

El local estaba medio lleno de gentes sencillas que, por lo que entendió, debían de tener sus avíos en las cercanías, ya que raro era que nadie hubiera acudido al mismo a caballo, pues era

evidente que en el exterior no había más animal que el suyo. Buscó un sitio junto a la pared donde acomodarse con el fin de abarcar con la vista cuanto aconteciera alrededor suyo, sin dejar en su retaguardia a nadie que le pudiera causar complicación alguna, cosa por otra parte común en lugares como aquél. Colocó su alforja en un escabel próximo y tras desceñirse el talabarte^[105] y dejarlo a su vera, se sentó en la banqueta de la pared, con la espalda apoyada en ella y cuidando de que la empuñadura de su espada quedara cerca de su mano diestra. Poco duró la espera, que entretuvo bebiendo de la botella que en cuanto se sentó puso ante él un mozo del mesón; aún no había escudriñado con detalle al personal cuando a través del denso ambiente que el espeso humo de la chimenea proporcionaba adivinó, más que vio, al fondo, en el quicio de la puerta, la silueta de su adelantado salmantino que, chambergo en mano, oteaba el horizonte buscándole con la mirada. Hizo el de Fleitas un gesto con la mano y el hombre, al verlo, se acercó presto hasta su mesa, saludándolo obsequiosamente.

—Tomad asiento y relajaos. Llegáis antes de la hora convenida.

—Apenas recibí el aviso de vuesa merced me puse en camino y he venido a uña de caballo.

—Sois de una puntualidad poco común entre los naturales de este país.

—Prefiero pecar por antes que por después, máxime cuando quien me espera es persona tan importante y atareada como lo es vuesa merced.

El portugués aceptó la lisonja y, en tanto el hombre se acomodaba frente a él tras colgar en un perchero próximo sus ropas y trebejos de viaje, Sebastián Fleitas demandaba al mesonero viandas y vino para ambos.

—Veréis, vuesa merced dejó a mi intuición libertad absoluta para averiguar cuantas cosas pudiere que aclarasen las dudas e incógnitas que le suscita cierta persona. Pues bien, a eso he dedicado todos mis afanes y aquí traigo los frutos de mis días y noches de pesquisas y averiguaciones.

Dicho esto, el hombre extrajo de su escarcela un pergamino de lino y tras calarse unos anteojos se dispuso a leerlo. En ese mismo instante dejaba el mesonero las viandas encargadas frente a ambos hombres y se retiraba, al punto, con la frasca de vino que en la espera había consumido el portugués. Éste, mirando a ambos lados, observó:

—No tengáis tanta prisa, que tiempo habrá para todo. Reponed vuestras fuerzas y procurad no hablar de ciertas cosas cuando ronde cerca de la mesa algún oído indiscreto.

—Excusadme. Mi celeridad por serviros me ha hecho, quizá, precipitarme y ser poco precavido.

—Estáis excusado. Creo que este cordero es excelente. Dad buena cuenta de él y luego, en el postre, me pondréis al corriente de vuestras indagaciones.

El mensajero se quitó los anteojos y guardó de nuevo el pergamino; luego ambos hombres se dedicaron con fruición y en silencio a dar buena cuenta de la pitanza. Terminado el yantar y ya servido el dulce de leche que Fleitas había encargado como final del ágape, se dispuso éste, tras comprobar de nuevo que nadie rondaba en la proximidad de su rincón, a recabar la información que tanto le interesaba.

—Bien, mi fiel amigo, ahora es el momento apropiado. ¿Qué nuevas me podéis dar acerca de los encargos que os encomendé?

Repitió de nuevo el hombre la operación del pergamino y de los anteojos, y tras limpiarse la pringada boca con el antebrazo consultó sus anotaciones y se dispuso a hablar.

—Veréis, lo primero que hice fue enterarme de la dirección de la posada donde paraba nuestro personaje y de cuántos criados estaban a su servicio y en calidad de qué. Supe al punto que la economía del de López Dóriga era, sin duda, infinitamente más boyante que la de nuestro hombre, ya que como sabéis los criados de los poderosos son muy presumidos, fáciles al halago y celosos de los blasones de la casa que sirven y uno de ellos me confesó por el módico precio de una ronda de vino que su amo corría con tres cuartas partes de la manutención de ambos y que don Álvaro de Rojo, además de pagar una solamente, traía consigo a un único escudero que le servía para todo y en cambio su señor tenía a su beneficio no menos de ocho servidores entre ayo, lacayos, escuderos y pajes; y en cuanto a cabalgaduras, tenía en las cuadras de una alquería en las afueras de la ciudad, pues los estudiantes ya sabéis que no pueden tener sus caballos intramuros, ocho magníficos animales, en tanto que nuestro vigilado había acudido a Salamanca en dos modestas acémilas. De todo ello es fácil deducir que los negocios de la familia de los Rojo no son, precisamente, rentables y que su economía es muy precaria.

El portugués bebía más que escuchaba las palabras de su hombre y tras encargar otra ronda de un fuerte orujo que ya les habían servido anteriormente, le invitó a proseguir.

—Bien, luego dediqué mi tiempo a hacerme el contradizo en los figones y demás lugares que ellos tenían por costumbre frecuentar. Ya sea por el hábito de verme o sea porque me supe ganar su confianza, trabamos una, llamémosla, amistad que me permitió sentarme a su mesa o invitarlos a la mía y, dado que los estudiantes son proclives a dejarse obsequiar y a permitir que otros paguen las rondas, usando de la libertad que tan generosamente me otorgasteis fui, en verdad, rumboso con ellos; de la frecuencia de trato viene la confianza, y esta última mezclada con el vino suelta las lenguas, así que me fui enterando de lo que me convenía.

«Casilda se llama la mujer cuya leche mamó nuestro hombre, y actualmente es fámula en San Benito; frecuenta su casa con asiduidad y es muy querida de su familia. La criada de su madre casó con un correo de posta del Santo Oficio; su nombre es Leonor y Marcelo el de su marido, viven en Carrizo de la Ribera, aunque próximamente se instalarán en Toledo. Y finalmente y sin que quepa la menor duda María Lujan fue la comadrona de aquel parto y de todos los que lleva a cabo el doctor Gómez de León; está casada con un rentero de los Rojo. Por todo ello, no es lógica la discusión que escuchasteis en la feria de Carrizo, pues las tres mujeres han de estar evidentemente de acuerdo sobre el sexo de la criatura que parió doña Beatriz de Fontes hace ahora sobre quince años, en Quintanar del Castillo. Y ahora lo más importante: os puedo asegurar que el muchacho no tiene mancha alguna en su espalda. La tiene blanca e inmaculada como un querubín y, aunque no tenga importancia, debo deciros que no le dotó el cielo para el ejercicio físico ni para las armas.

—Y ¿cómo habéis averiguado todo esto?

—Ya os he dicho que conseguí introducirme en el grupo de sus íntimos, de modo y manera que me aceptaron sin inconveniente en sus idas al gimnasio para jugar a la pelota vasca o a la sala de armas para practicar la esgrima. Lo demás, ya lo podéis imaginar, nos cambiábamos de ropas en lugares comunes y al cabo del tiempo fue coser y cantar el poderlo observar cuando se desvestía para hacer el ejercicio que correspondiera, de modo que os ratifico que mancha tan peculiar no la he visto yo en parte alguna de su cuerpo.

—Habéis trabajado bien y diligentemente. Volveréis a Salamanca y seréis mis ojos y mis oídos, hasta el punto de que cualquier cosa que observareis y creyereis importante no dudéis en

hacérmela saber.

—Tenga por cierto vuesa merced que así lo haré.

—¿Cómo anda vuestra bolsa después de los gastos que habéis tenido?

—Todavía me arreglo. Vucencia se excedió en demasía la última vez.

—Tomad entonces, esto es para vos.

Y diciendo tal, el portugués extrajo de su alforja una bolsita de cordobán cuya embocadura estaba cerrada por un cordoncillo de cuero, y la alargó a su paniaguado esbirro. Este, con un ampuloso y servil gesto, la tomó y tentándola calculó rápidamente el valor de la gratificación, guardándola después en su cinturón.

—Vucencia es excesivamente generoso con mi humilde persona; no dudéis que todo mi empeño estará a su servicio.

—Siempre me servisteis fielmente... Espero que sigáis haciéndolo.

Alzóse el portugués, tras decir esto último, y dando por concluida la entrevista pagó al mesonero lo consumido y salió del figón acompañado de su espía salmantino, que por complacerle, hasta le sujetó el estribo de su cabalgadura.

Días felices

Catalina no recordaba, en sus jóvenes años, un período de tiempo tan hermoso como el que estaba viviendo aquellos días en la mansión del marqués de Torres Claras. La triquiñuela de la pérdida de memoria le vino pintiparada para justificar olvidos e ignorancias; así, cuando alguna pregunta la podía comprometer, la soslayaba diciendo que le era imposible recordar nada. Fue descubriendo poco a poco el encanto y la magnificencia del lugar donde se desarrollaba su nueva vida, y al acostarse por la noche era incapaz de encontrar algo, actividad o situación, que no la hubiera complacido. Se asombraba sin embargo de las pocas veces que volvía a su memoria el recuerdo de los quince años vividos en San Benito, de sus angustias y sus miedos, sobre todo tras la muerte de sor Teresa; sí recordaba en cambio con complacencia, los felices ratos pasados en compañía de Blasillo en su niñez y con Casilda en su adolescencia. ¡Jamás los olvidaría! Fueron su única familia y su sostén desde que tuvo uso de razón.

Tras cuatro días de permanecer recluida en su aposento, el físico de la casa de Cárdenas le recomendó hacer ejercicio al aire libre y tomar el sol.

En cuanto el marqués tuvo conocimiento de que ya podía moverse, la llamó a su presencia a fin de conocerla e intentar saber algo más de su historia, pues sólo tenía noticia de lo acaecido desde el momento en que su hijo y don Suero la habían salvado de la acometida de aquellos desalmados. Diego le notificó por la mañana que su señor padre la recibiría tras el almuerzo en el templete acristalado que presidía la sala de armas. Desde aquel instante todo fueron temores y aprensiones. La hora llegó indefectiblemente y Catalina se encontró atravesando el umbral de la regia estancia, caminando hacia el sillón donde estaba instalado el noble personaje; al entrar el sol por su espalda a través de los vidrios de la cristalera y estar el de Cárdenas ubicado en una tarima tapizada de recio terciopelo grana, quedaba realzada su prestancia de tal manera que hacía, si cabe, más majestuoso su porte. A su lado y vistiendo negros ropajes y a un paso por detrás del sillón se hallaba, de pie, serio y respetuoso, el ayo de Diego, don Suero de Atares, totalmente restablecido ya del grave percance habido en la feria de Carrizo y cuya única secuela era una leve cojera.

Don Benito sonrió bondadosamente y alargó su ensortijada mano para que Catalina la besara. Hízolo así la muchacha en tanto doblaba ante él su rodilla derecha en señal de respeto y vasallaje.

—Alzaos, Alonso. Creo que éste es vuestro nombre.

El marqués atribuyó al nerviosismo del momento el aturdimiento de Catalina, quien reconoció en él y al instante al insigne protector de San Benito al que tantas veces había espiado junto con Blasillo, desde cualquier escondrijo, para curiosear a su llegada al convento sus magníficos

coches y los no menos magníficos animales que de ellos tiraban. La muchacha se puso en pie y ni tan siquiera atinó a admitir que aquél era su patronímico.

—Bien, ya me han relatado vuestra aventura y lo cerca que estuvisteis de tener un grave percance. Me han dicho que recordáis muy pocas cosas, que no tenéis conciencia de quién sois ni de dónde procedéis. ¿Es eso cierto?

—Así es, excelencia. Sé que mi nombre es Alonso Díaz, pero ignoro lo que vine a hacer a Benavente, cuál es mi procedencia ni adónde iba ni de dónde venía; sólo sé que, de no ser por vuestro hijo y por don Suero, ahora no me contaría entre los vivos.

—Me informa nuestro buen galeno de que únicamente el reposo os ayudará a recuperar vuestra memoria, y que poco a poco, como un libro que va abriendo sus páginas, vuestra mente irá lentamente recordando nuevas cosas, pero que malo es urgirla y hay que dejar que ella se esponje y tome su tiempo.

—Eso me ha explicado don Diego.

—¿Y no os ha referido, caso de que os convengan, los planes que hemos trazado para vos durante el tiempo de vuestra convalecencia?

—Sí, excelencia, me los ha relatado y no puedo por menos que agradeceros sobremanera las atenciones y desvelos que por mi humilde persona habéis tenido y el honor que me hacéis al aceptarme entre la servidumbre de vuestra casa.

—Bien, pues no se hable más. Sentaréis plaza de paje al servicio de don Diego, recibiréis de don Suero lecciones de esgrima y equitación y de fray Anselmo los rudimentos del latín, la aritmética y la gramática. El médico opina que si alguna de estas disciplinas os fuera conocida de antes, vuestros progresos serán notables; ello nos dará la pauta de la instrucción que anteriormente recibisteis y tal vez nos ayude a rescatar vuestro pasado. Desde este instante formáis parte del cuerpo de mi casa.

—Gracias, excelencia, no os defraudaré.

—De eso estoy seguro. Vuestro porte os avala; por vuestras venas corre sangre noble. Cierto estoy que procedéis de elevada cuna, pues de no ser así no os hubiera ofrecido la posibilidad de quedaros a mi servicio sin saber quién sois, y ahora podéis retiraros.

Catalina, tras una torpe genuflexión, salió de la estancia creyendo que su corazón se iba a escapar de la cárcel de su pecho al igual que un pajarillo lo haría de su jaula.

Promesa cumplida

Los cascos de *Rumoroso* golpeaban al paso y rítmicamente las piedras del enlosado zaguán de San Benito. Llegado que hubo al muro, el hidalgo detuvo al noble bruto, descabalgó y tras sujetar al animal por la brida a una anilla de la pared le aflojó ligeramente la cincha para que estuviera más desahogado durante la espera, que adivinaba sería larga. Se llegó don Martín al torno de la gran puerta y en el trayecto se sacudió con el chambergo el acumulado polvo del camino que había cambiado a gris el negro de sus calzones. Dos secos golpes del badajo en el bronce de la campana anunciaron su presencia a la joven tornera, que en aquel instante humedecía con un paño mojado las baldosas del suelo de su portería y que, al no esperar a nadie a aquella hora, se sobresaltó y se puso en pie rápidamente.

—Ave María purísima, ¿quién llama a la puerta de esta santa casa?

—Don Martín de Rojo e Hinojosa, protector del convento por la gracia de Dios.

—Y ¿qué deseáis de las siervas del Señor que en él habitan?

—Descanso y refugio para mí y para mi caballo, y ser recibido por la nueva priora.

—Tened la bondad de esperar un momento que voy a demandar su permiso.

Don Martín, en tanto la monja iba a su avío, se acercó al banco de piedra que rodeaba el tronco de un viejo castaño de Indias cuyo tupido follaje proporcionaba umbrío descanso al viajero y se acomodó en él, a la espera de que la mirilla se abriera y la cabeza de la hermana asomara por ella a fin de indicarle lo que debía hacer. El aire olía a menta y el zumbido atareado de los insectos anunciaba la llegada de la primavera; todo invitaba a la calma e imaginó que la paz de su espíritu no era ajena a ello. El día era amable, la naturaleza estaba, para él, en la mejor de sus estaciones y el lugar era el paradigma del reposo del alma. ¡Cuántas veces envidió la vida que allá adentro llevaban aquellas buenas mujeres, ajenas a las complicaciones materiales del mundo que atormentaban al resto de los mortales! Todo había cambiado con la muerte de Camila, las cosas ya no volverían jamás a ser como antes y, en el supuesto de que la nueva priora fuera una excelente mujer, la confianza que él tenía con su hermana era imposible de traspasar a una nueva y apenas conocida persona, sobre todo en las difíciles circunstancias que se avecinaban.

La evidencia de lo que imaginaba se puso de manifiesto cuando la campanilla sonó y la cabeza de la tornera apareció para comunicarle que sor Gabriela de la Cruz lo recibiría en el locutorio. Alzóse el hidalgo, recogió su ferreruelo del banco y se lo colocó sobre los hombros; después se aproximó a su caballo y, tras retirarle la alforja, se dispuso a seguir a la monja, que ya había abierto una de las dos hojas del portalón de roble. Echó a andar don Martín pasillo adelante, no sin dejar de reparar en que por vez primera no sería recibido en el despacho de la priora y que

asimismo jamás había sido precedido por una monja que hacía sonar una campanilla a su paso. En breves instantes llegaron al locutorio y la hermana lo introdujo en él, diciéndole antes de retirarse que la priora comparecería al punto. Sentóse el de Rojo frente al enjaretado de madera que dividía el espacio destinado a las monjas del de los visitantes y esperó pacientemente que la cortina se descorriera. Pasaron los minutos; el tiempo transcurría espeso y denso como río de lava, hasta el punto de que el hidalgo comenzó a pasear nerviosamente, midiendo la estancia a grandes zancadas. Súbitamente tuvo la sensación de que era observado desde algún rincón por alguien y, sin saber por qué, dirigió su mirada a la pared del fondo de la habitación. Sor Gabriela de la Cruz cerró al punto la mirilla oculta en una moldura desde la que observaba al recién llegado y, tras arreglarse con mano hábil la toca, se dispuso a tirar del cordoncillo que obligaba a la cortina, que cerraba la visión del locutorio a través de la tupida celosía de madera, a descorrerse. En cuanto don Martín se dio cuenta de que tal ocurría, se sentó presto en el banco de las visitas a la espera de que la tupida cortinilla fuera descorrida y apareciera la difuminada figura de la monja.

—¿A qué debemos el honor de vuestra visita? —Inició la nueva priora el diálogo bruscamente y sin mediar saludo alguno.

—Bien hallada, reverenda madre —respondió el procer con un marcado deje convencional—. Creo que os comuniqué en mi carta que, tras mi viaje a la Corte, me llegaría a San Benito para conoceros y para orar ante la tumba de mi querida y santa hermana, que en la gloria del Señor descansa y que tan deferente trato me dispensaba cuando por cualquier circunstancia acudía a este santo y querido lugar. —El tono del hidalgo era seco y cortante, cual filo de daga toledana, y correspondía al empleado por su interlocutora.

Diose cuenta al punto sor Gabriela y replicó:

—Mi apreciado señor, no esperaba vuestra repentina visita. He dejado un montón de tareas por realizar y todo lo he hecho para no haceros volver otro día... Yo no soy vuestra parienta ni he dictado la regla de la orden; mi misión consiste únicamente en que ésta se cumpla, y os aseguro que a partir de ahora así va a ser.

—¡Soy protector de este convento y no voy a permitiros que, después de muerta, lancéis sibilinas acusaciones sobre los procedimientos que la difunta priora empleaba para regir esta santa casa... Y no estoy acostumbrado ni a que se me reciba en el locutorio ni a que una monja me preceda tocando una campanilla cual si yo fuera un extraño, cuando tantos años y esfuerzos han costado a mi familia el mantenimiento de este monasterio! —Su voz resonó poderosa en la bóveda del artesonado techo.

—Pues deberéis acostumbraros. —Como contraste, la voz de sor Gabriela era silbante y opaca como la de una sierpe—. La nueva priora únicamente recibirá en su despacho a su excelencia reverendísima, el doctor Carrasco, o a personajes de vuestra condición siempre que acudan por lo menos de dos en dos. Esto lo ha dictado siempre la regla de la orden, no lo ha inventado mi modesta persona. ¡Dios me libre de juzgar a la madre Teresa! Tristemente, al no tener yo sus luces me tengo que atener a la regla... Y ya sabréis perdonarme, pero pienso que en los últimos tiempos, vuestra hermana seguramente a causa de su enfermedad, había relajado notablemente el cumplimiento de las responsabilidades que el cargo de priora lleva aparejadas consigo.

El hidalgo entendió que aquél no era el camino adecuado y corrigió su discurso.

—Bien, me disgusta entrar con mal pie en vuestro conocimiento. Sea como decís. Sois la nueva priora y los tiempos cambian. Respetaré vuestra forma de actuar; no pretendo que hagáis conmigo una excepción. Dispensad mi respuesta, pero entended que me ha sorprendido el cambio de actitud hacia mi persona y no olvidéis que llevo cinco días de viaje, a lomos de un caballo. Espero que me permitáis orar ante la tumba de mi señora hermana y que tendréis a bien acogerme en las dependencias que el convento tiene para el uso y servicio de sus protectores.

A la monja también le convino destensar la cuerda.

—Todo lo que esté en mi mano y no se oponga a nuestra santa regla, no dudéis que será autorizado. Una vez al año podréis asistir, en la fecha oportunamente anunciada, a sus funerales conmemorativos y a la misa solemne que, como priora que fue de la orden, le debemos.

—Muy corto me parece *el pláacet* que me dais. Pero si así lo habéis decidido, no seré yo quien ponga objeciones. Entiendo que a partir de ahora las cosas van a ser diferentes y que queréis llevar el convento a vuestra manera.

—Su señoría no lo ha comprendido, o tal vez yo no he sabido explicarme: no pretendo hacer nada a mi manera, la regla no deja margen a la improvisación, todo esta escrito en ella y mi deber, como mujer de mediocres luces, es acatarla y hacerla cumplir.

—Es vuestro derecho y lo entiendo, pero los tiempos cambian y las leyes se deben adecuar a los hombres y a las circunstancias. Si vos decidís anclar al monasterio en el pasado, ésa, repito, es una decisión que respeto, pero no comparto.

—Lo que decís, con muy buen criterio, es aplicable al mundo y a los hombres, pero el monasterio es un galeón que navega sobre el mar proceloso de los tiempos firme e invariable; y cuando pasemos nosotros y las generaciones de los hombres se sucedan, este faro de luz y sabiduría permanecerá imperturbable a través de los avatares y las vicisitudes de los siglos. Y ¿sabéis por qué? Pues porque habrá habido una humilde priora que, como yo y cumpliendo con su obligación, se agarrará a la sabia regla de la orden, cual clavo ardiente.

—Bien, señora, dejémonos de lucubraciones filosóficas. Desearía como os he dicho, y si me autorizáis a ello, rezar unos momentos ante la tumba de mi señora hermana y luego descansar en los aposentos que nos son debidos a los protectores de la orden cuando, por circunstancias diversas, debemos pernoctar en el monasterio.

—Excúseme vucencia, pero hay algo más que debo explicaros.

—Decidme, soy todo oídos.

Sor Gabriela hizo una larga pausa y se recreó en su silencio. El hidalgo, sin saber por qué, se sintió incómodo.

—Pues, veréis. Han sucedido acontecimientos desde el fallecimiento de la priora que han turbado la paz de este lugar. —Esta vez se detuvo sor Gabriela y observó atentamente la reacción del hidalgo, tal como le había ordenado que hiciera el doctor Carrasco.

—Proseguid, no os detengáis.

—Bien. Vos erais tutor de una de las muchachas que iba a recibir el velo de postulanta.

—¿De cuál de ellas? Lo soy de varias.

—Cierto. Catalina es su nombre.

—¿Qué ocurre pues con Catalina?

—Pues lo que ocurre es que la muchacha no se encuentra tras los protectores muros de San Benito.

—¿Qué insinuáis?

—No insinúo... afirmo.

Don Martín, sin saber por qué, comenzó a transpirar copiosamente.

—Si tenéis a bien explicaros.

La nueva priora, no sin un malicioso retintín, le fue contando punto por punto toda la historia que días antes relatara al doctor Carrasco, y el hidalgo la escuchó como si todo el relato fuera una pesadilla.

—Me parece imposible lo que me contáis y no alcanzo a comprender cómo, siendo yo su tutor, no me explicó jamás la madre Teresa esa cantidad de cargos que le atribuíis y de los que, salvo lógicamente la pretensión terrible e increíble de que la muchacha fue la causante de su muerte, ella debía de tener amplio conocimiento.

—Os consta que la buena de la priora tenía una debilidad por Catalina que, según todos los indicios, pagó con su vida.

—Lo lamento, madre, pero no puedo dar crédito a la historia que me contáis. En primer lugar hay que encontrar a esa criatura, ya que no se me alcanza que su desaparición se deba a poder sobrenatural alguno, y en segundo lugar, si cabe la menor sospecha de que el óbito de mi querida hermana no se deba a causas naturales, entonces se debe dar parte al corregidor para que éste a su vez traslade el caso a la autoridad del tribunal correspondiente a fin de que se investiguen a fondo las circunstancias que concurran en tan triste y luctuoso suceso.

—No es ése el parecer del doctor Carrasco. Él opina que es la Iglesia la que debe interesarse en los negocios del monasterio, no la autoridad del rey, y me consta que ya ha puesto el hecho en las manos del Santo Oficio. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios...

—Bien, haced lo que creáis conveniente y yo a mi vez haré lo que en conciencia crea que debo hacer. —Y dando un hondo suspiro, don Martín creyó llegado el momento para, de una forma educada y diplomática, dar por terminada la entrevista—. Si vuesa merced me da su venia, mi viejo cuerpo lleva encima muchas leguas y desearía retirarme a descansar.

—Os comprendo y lamento que nuestro encuentro haya tenido un inicio tan tenso e inconveniente.

—No os preocupéis, mi actitud tampoco ha sido la más apropiada. Achacadlo al camino y a la sorpresa del recibimiento; amén de que el impacto de visitar San Benito y por primera vez no encontrar al frente de él a mi querida hermana me ha afectado en demasía. Si sois tan amable, me gustaría por cierto visitar su tumba antes de retirarme a descansar.

—Ahora mismo os enviaré a un lacayo; os acompañará al cementerio que está detrás de la iglesia y se hará cargo de vuestro equipaje. Y sed bienvenido, como siempre, a esta santa casa. La regla de la orden no excluye la hospitalidad a propios y extraños, y menos aún la debida a los protectores del convento.

Y tras decir esto último, la nueva priora se levantó de su escabel y el hidalgo hizo lo propio. Entonces sor Gabriela tiró del cordoncillo y en tanto la cortinilla se deslizaba suavemente por su guía, ocultó a los ojos de don Martín la imagen del rostro de la monja; al ponerse ésta en pie una retícula cuadrículada se proyectó sobre él, efecto de la luz del sol al atravesar con sus rayos la celosía de madera, mientras la monja se alejaba por el pasillo interno del locutorio seguida de un murmullo de rosarios, hábitos y refajos.

Apenas pasados unos minutos, se abrió la puerta y apareció Antón Cifuentes: oportunamente

avisado, acudía solícito para atender las demandas del hidalgo.

—Estoy a vuestra disposición, excelencia, para lo que tengáis a bien disponer.

—Os agradezco el tratamiento, pero no me corresponde. Nos conformaremos con el de señoría, que es el que se adecua a mi persona. ¿Quién sois?

—Antón Cifuentes, lacayo, jardinero, cochero y mozo para todos los usos. Sirvo para cualquier menester.

—Entonces, hacedme la merced de tomar mi alforja de viaje y conducirme a los aposentos que la orden tiene reservados para sus protectores. Luego esperaréis que me componga y me acompañaréis al pequeño cementerio que tiene la comunidad tras el ábside de la iglesia, donde está enterrada mi querida hermana, la antigua priora de este convento.

—Sea como ordenáis.

El hombre se adelantó hasta el banco donde el hidalgo había depositado sus pertenencias y, cargando la alforja al hombro, le indicó que hiciera el favor de seguirlo. Antón lo condujo a través de patios, claustros y pasillos hasta el torreón donde se ubicaban los aposentos destinados a los ilustres visitantes que en contadas ocasiones recibía la comunidad, y abriendo la puerta del que se hallaba situado en la esquina lo introdujo en él, mostrándole su interior. Era éste el más desahogado de los cuatro, ya que al estar emplazado en el ángulo suroeste del monasterio tenía dos ventanales que se asomaban a dos fachadas; era a su vez mucho más amplio y luminoso, y asimismo era el que cinco años antes había alojado a don Suero de Atares en el viaje que, acompañando a Diego, realizó a San Benito. Antón, tras colocar la bolsa en un sillón, mostró al hidalgo las dos estancias que componían el conjunto y demandó si necesitaba alguna cosa.

—Traedme una jofaina de agua para refrescarme y un poco de fruta, y tened luego la amabilidad de esperarme en el corredor.

Salió el lacayo a cumplir el mandato y don Martín se dedicó a inspeccionar la estancia. Se hallaba ésta soberbiamente amueblada dentro de la sobriedad que imperaba en el lugar y en la única pared que no tenía aberturas lucía un tapiz del Veronés hecho en honor de la Inmaculada Concepción, en donde se veía a una hermosa doncella que con su pie derecho aplastaba la cabeza de un horrible monstruo, según la alegoría del Apocalipsis de san Juan; era éste el motivo más importante de la estancia. En su centro, una cama bajo un adamsado baldaquino presidida por un gran crucifijo de madera forrado de panes de oro y trabajado por un diestro buril, y en el ángulo entre las ventanas una rinconera cuyos anaqueles estaban ocupados por pequeños volúmenes de temas religiosos; un bargueño y una cómoda, amén del sillón donde había depositado la alforja el hombre, un escabel al costado de la cama y una banqueta alargada a sus pies completaban el mobiliario de la estancia. Todos los muebles eran de nobles maderas y en su manufactura se podía apreciar la pericia de sus artesanos. Pasó luego el hidalgo al cuarto contiguo. En él se ubicaban los enseres propios para el cuidado y desahogo del cuerpo: una bañera de cinc, un servidor para aliviarse y una aguamanil de porcelana soportado por cuatro patas de madera torneada que simulaban las garras de un grifo mitológico y en cuyo estante inferior se alojaba una jarra de pico de pato.

En todo ello andaba don Martín cuando ya regresaba el lacayo portando lo encomendado, a lo que había sumado por cuenta propia una frasca del mejor vino del convento que, de no tomarlo el huésped en su totalidad, él se encargaría de que no tornaran a la cocina ni los posos. Dejó la bandeja de las frutas y el vino en la cómoda y depositó la jarra junto al aguamanil en el aposento

del aseo.

—Si no mandáis otra cosa más, me esperaré en el banco del corredor para acompañaros hasta el cementerio de las monjas.

—Sea como decís. No voy a demorarme nada.

Partió el gañán y, tras cerrar la puerta de la habitación, se dedicó a entretener su ocio mirando el paisaje que se ofrecía ante sus ojos desde una perspectiva que no era la común de todos los días.

Súbitamente sus sorprendidos ojos divisaron al padre Rivadeneira en animado coloquio con Fuencisla, una de las recogidas, a la que sujetaba por los hombros con un brazo en tanto con la otra mano le acariciaba el rostro. Al colocarse de cara al lugar desde donde observaba le pareció, pese a la distancia, que la chica estaba llorando.

No habían transcurrido cinco minutos cuando ya el hidalgo, acicalado, compuesto y habiendo repuesto fuerzas para el lance que se avecinaba, aparecía en la puerta de su habitación e indicaba al mozo que lo acompañara al pequeño camposanto de San Benito. Dejó éste su observatorio y se dispuso a cumplir el mandato. Partieron ambos. Precedía el lacayo al hidalgo y de esta guisa recorrieron el camino que separaba las habitaciones de los huéspedes del pequeño cementerio de las monjas. Una cancela de hierro forjado cerraba la tapia del sagrado recinto y en tanto el mozo procedía a abrirla con una gran llave que extrajo del bolsillo de su jubón, don Martín se entretuvo en observar el lugar. La pared del fondo estaba ocupada por cinco hileras de nichos de veinte compartimentos cada una con lápidas uniformemente iguales, donde reposaban las monjas fallecidas a lo largo del tiempo; su nombre de religión, además de la fecha de sus votos solemnes y el día de su óbito eran los únicos datos que se podían leer en los mármoles que cubrían sus tumbas. A la derecha, otra hilera de menor rango albergaba los cuerpos de las personas fallecidas dentro de San Benito y que habían estado a su servicio pero que no eran religiosas: mozos, recogidas, jardineros y un sinfín de antiguos servidores; en sus lápidas únicamente se leía un nombre y una fecha. A los pies de dichos nichos, varias pequeñas tumbas que por su tamaño y aspecto intuyó el hidalgo que eran sepulturas de infantes, circunstancia irrelevante ya que un alto porcentaje de los neonatos que allí abrían sus ojos no llegaban a cumplir el mes de vida; al otro lado, las sepulturas de los frailes, sacerdotes que lo fueron del convento y que habían fallecido en el desempeño de su cargo dentro de la orden. En el centro de las tres construcciones, dos hileras de tumbas: al fondo las de los protectores que en vida habían expresado su deseo de ser inhumados en San Benito, como así tenía él dispuesto en su testamento, y finalmente y en primer plano las sepulturas de las monjas que fueron prioras del cenobio, todas iguales. Una gran cruz de hierro forjado las presidía y la lápida era un plano inclinado, y allí en letras huecograbadas se podía leer su nombre en religión y tres fechas: la de la jornada que hicieron sus votos solemnes, la del día que fueron elevadas por sus iguales al cargo máximo y finalmente la fecha de su óbito.

Antón Cifuentes ya había conseguido abrir la verja y con un ademán invitaba al hidalgo a adentrarse en el recinto. Éste así lo hizo, chambergo en mano y el gesto respetuoso y contenido. Solamente se oía en aquel lugar el trino de los pájaros, el murmullo del viento entre los cipreses y el crujir de la grava bajo el paso y el peso de las botas de don Martín. Llegado que hubo al pie de la última sepultura, leyó mecánicamente el epitafio de la monja que aparecía grabado en una lápida provisional:

AQUÍ REPOSAN LOS RESTOS MORTALES DE LA MADRE
TERESA DE LA ENCARNACIÓN, PRIORA DE SAN BENITO

Y a continuación las tres consabidas fechas. Los recuerdos se agolparon en la cabeza de don Martín y en aquel instante cobró conciencia de que su querida hermana había fallecido y de que ya nunca más podría usar de su sabio consejo, de su justo criterio y de aquel su empuje sin igual. Una lágrima amarga asomó a sus ojos y pugnó hasta deslizarse por uno de los surcos de su curtido rostro de hombre acostumbrado a la intemperie y a la vida del campo. Antón Cifuentes, respetando la emoción del momento, se hizo a un lado y se camufló tras la sombra del muro; de cualquier manera, estaba el hidalgo tan absorto en su pensamiento que ni cuenta se dio de la acción del mozo. Pasaron los minutos. La voz de don Martín resonó honda y contenida:

—¡Juro por Jesucristo, querida hermana, que no os olvidaré jamás. Que no os han de faltar mis oraciones ni las misas que cada año haré celebrar en vuestra memoria y que no descansaré hasta aclarar las causas de vuestra muerte!

Dicho el parlamento se persignó y, dando media vuelta, se dirigió a la salida a grandes zancadas de tal guisa que el mozo tuvo que hacer grandes esfuerzos para seguirle.

Un año en Benavente

Un año había transcurrido y los días se sucedían en la vida de Catalina tan densos y tan plenos que cada noche al recogerse en su habitación se asombraba de que ya hubiera transcurrido otra jornada y las horas se le hubieran escurrido entre las manos ligeras y sutiles cual alas de mariposa. Su anterior vida se había ocultado en algún recoveco de su memoria y si quería recordarla tenía que hacer verdaderos esfuerzos de concentración. Cuando evocaba el convento y las vicisitudes que le habían acontecido dentro de él, le parecía que era otra persona la que había vivido aquellos lances y situaciones y que ella había sido una mera espectadora de los mismos. No perdonaba a sor Gabriela su malignidad para con ella ni sus calumnias, y éstas le parecían mucho más execrables que los torpes deseos del padre Rivadeneira, al que si bien no excusaba, sí entendía. Por las conversaciones que escuchaba de criados y escuderos, concluía que el padre era como casi todos los varones y, ya en los albores de su despertar a la vida, intuía que aquella actitud era propia de los hombres que acallan la voz de su conciencia y se dejan arrastrar por sus más bajos instintos, en esta ocasión agravado el hecho por la condición de religioso del individuo, que añadía al pecado la violación de su voto de castidad. Con todo y con ello le parecía mucho más vil la actuación de la prefecta de novicias, que con sus mentiras y calumnias le había demostrado que no era ajena a la muerte de la priora y la había vendido a la concupiscencia del mal clérigo. Le remordía la conciencia el hecho de no haber sido más avispada para evitar ser el instrumento indirecto del luctuoso suceso. ¡La habían usado y ella lo había permitido! No se lo perdonaría de por vida y algún día, tarde o temprano, sería ella la que dijera la última palabra. En su interior, un «no sé qué» le decía que entre ella y la difunta priora había habido un algo, un lazo que las unió en vida, y a su manera sabía que la monja la amó. Un último aliento le faltó a su voz en la agonía para que ella hubiera podido conocer quién era su progenitor. El secreto se fue con la priora a la tumba.

¡Blasillo, fiel Blasillo, inolvidable compañero de su infancia! ¿Adónde abría encaminado sus pasos? ¿Qué habría sido de él? Aparecía en la sábana blanca de su virgen memoria y a veces su recuerdo le hacía sangrar el alma. Y finalmente Casilda, amiga y protectora, paño de lágrimas y confidente sin igual. Jamás podría imaginar cuánto le habían servido sus lecciones teóricas sobre la vida y el mundo en el que ahora se desenvolvía. Segura estaba de que, tarde o temprano, la volvería a ver.

Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados; del mundo contemplativo del convento había pasado a una actividad continua que se ajustaba mucho más al talante de su espíritu y que le complacía infinitamente más.

A las siete de la mañana toda la servidumbre de la casa estaba en pie. Catalina se arreglaba en su pequeño cuarto, cuidando mucho de disimular su condición de mujer, y acudía a la capilla para asistir a la santa misa que daba comienzo tres cuartos de hora más tarde y que oficiaba fray Anselmo; asistían los señores del palacio y toda la servidumbre. Luego bajaba a las cocinas a desayunar con el resto de los criados, para después asistir a las clases que el preceptor de Diego impartía a todos los pajes del castillo. En ellas tuvo ocasión de recordar con gratitud y afecto las lecciones que en el convento había recibido de fray Gerundio y que hicieron que rápidamente destacara entre todos los demás muchachos en varias de las disciplinas, para íntimo gozo de fray Anselmo; éste, en repetidas ocasiones comentó con don Benito de Cárdenas lo dispuesto y listo que era el «muchacho». Después, y tras una hora de asueto, comenzaba lo que más la complacía de todo el día, que era acudir a la sala de armas donde don Suero completaba la formación de los pajes, adiestrándolos en el noble arte de la esgrima haciendo que manejaran, indistintamente, la espada, el florete, la daga y la rodela. Pronto Catalina adquirió tal destreza que, al séptimo mes, don Suero la asimiló a la clase de los mayores, y cuando tiraba con ella en ejercicio libre el experimentado escudero tenía que guardarse de la espada de Catalina al agredirlo ésta, en un rápido cambio de mano, con la zurda.

—Cultivad esa habilidad —le dijo una mañana—. Ese ataque inesperado para vuestro contrincante en alguna ocasión os puede salvar la vida. Parad en cuarta y cambiad de mano la espada; nadie espera que un golpe defensivo se torne en un ataque y por el lado opuesto, amén de que en ese instante podéis requerir la vizcayna con la mano contraria.

Tras el almuerzo del mediodía y el servicio de mesa de los señores, Catalina tenía otra media hora de asueto, que empleaba en charlar con los otros lacayos y pajes en la parcela de terreno que había detrás de las cocinas. Allí intimó con Lorenzo, joven de su misma edad e hijo de un deudo del marqués, que había acudido, a petición de su padre, a formarse en la casa de los Cárdenas.

La tarde era otro de sus tiempos preferidos: bajaban los muchachos a las cuadras y aprendían a tratar a los animales, desde limpiarlos y mantenerlos hasta montarlos. También en esto, gracias a las lecciones de Blasillo referentes a los cuidados de las bestias, Catalina destacó rápidamente, hasta el punto de que otra vez fue tema de conversación, a la hora de la cena, una noche en que don Suero comentó a don Benito de Cárdenas que el «mozalbeta», que por otra parte no progresaba en cuanto a recuperar su memoria, estaba claro que pertenecía a una noble casa, ya que era imposible que mostrara tantas habilidades sin haber recibido anteriormente lección alguna.

Luego del trabajo en las cuadras venía la instrucción y el manejo de las armas a caballo. Sacaban a los equinos al campo de ejercicios y allí montaban, desmontaban, cambiaban el paso, galopaban y se colgaban de la cincha al costado de la cabalgadura, hurtando el cuerpo de la vista del enemigo que pudiera observar desde el lado contrario. De todo ello lo que más complacía a la muchacha era el juego del estafermo. Consistía éste en acosar desde el corcel al galope y con una pica a la rodela de un muñeco que giraba sobre un eje mientras en un brazo sostenía un corto mango del que colgaba una cadena terminada en una bola de madera que en tiempo de guerra, ni qué decir tiene, se trocaba en una de hierro erizada de púas; al ser golpeado el pequeño escudo, el muñeco era obligado a girar sobre sí mismo, de tal forma que de no ser hábil el caballero, podía recibir en la cabeza o en la espalda un golpe que le hiciera ser más precavido en su ataque en la próxima ocasión.

De cualquier manera lo que más deseaba la muchacha era que Diego reparara en ella, lo cual

sucedía de tanto en tanto. Y cuando en cualquier fútil encuentro se interesaba por su salud, por el estado de su memoria o por sus adelantos, tanto del cuerpo como del espíritu, la felicidad la embargaba y por la noche no lograba conciliar el sueño.

Catalina, a sus quince años y pese a su disfraz, con el cabello bien cortado componía la imagen de un apuesto doncel y lamentaba profundamente no poder mostrarse como la muchacha que era a los ojos de Diego.

Un sinfín de acontecimientos habían acaecido desde su llegada a Benavente, y el más significativo había sido la toma de conciencia del hecho de ser mujer.

Una noche, cuando todos los habitantes del palacio descansaban, excepción hecha del cuerpo de guardia, Catalina abrió con sigilo la puerta de su alcoba, descendió al piso inferior y con un considerable esfuerzo descolgó el gran espejo moruno que lucía sobre un arcón, transportándolo después hasta su habitación. Con sumo cuidado lo colocó sobre su catre, apoyándolo contra la pared. Se despojó, a continuación, de sus vestiduras y se dispuso a observarse en él, cosa que jamás había hecho anteriormente. Lo que vieron sus ojos le cortó el aliento. Ante ella apareció una criatura desconocida: el cabello negro cortado a lo paje, un óvalo de rostro perfecto, dos ojos grandes avellanados bajo el arco de las cejas y una nariz recta y breve, después unos labios carnosos y un mentón en el que lucía un gracioso hoyuelo, todo ello sobre un airoso cuello. Hasta aquí, aunque de otra manera, le recordaba la imagen que le habían devuelto las tranquilas aguas del estanque de las monjas.

Sin embargo, lo que sus ojos vieron a continuación era para ella totalmente nuevo y apasionante. Sus hombros eran redondos, los brazos torneados, dos pechos altos e independientes pugnaban por erguirse adornados por dos pezones orgullosos. Después, bajo el seno derecho observó la mancha que ya casi había olvidado desde que fuera una niña; parecía talmente un diminuto ojo del que brotaban tres lágrimas escarlata, y hacía muchas fechas que no había vuelto a fijarse en él. Luego miró su vientre: era plano y hundido, y más abajo observó la mata breve, oscura y misteriosa de su monte de Venus. El conjunto era soportado por dos piernas largas y torneadas; sus pies... no alcanzaba a verlos en el espejo, pero ya los conocía. Luego la muchacha se dio la vuelta lentamente y alcanzó a ver su espalda, recta y firme, que descansaba sobre un trasero respingón y prieto.

En aquel instante Catalina decidió que su vida sería la de una mujer plena y rotunda, y sin saber por qué su mente evocó a Diego.

El muchacho se había convertido en el epicentro de su vida. Creía haberlo amado desde el día en que su rostro se asomó por el tragaluz de su celda de castigo. La ausencia, su amanecer a la vida, la defensa que de ella hizo ante la priora y que Blasillo le relató, su valiente intervención en la para ella afortunada jornada de los malandrines que la atacaron el día de la llegada a Benavente habían, si es que eso era posible, aumentado su sentimiento; un sentimiento que había nacido cuando era una niña, pero que fue creciendo dentro de ella a la vez que lo hacía su persona. En aquel momento, cuando cada noche al acostarse pensaba en él, sentía que su corazón iba a estallar y le iba a abrir el pecho.

Dentro de sus tareas, lo que más le apasionaba era que Diego o don Suero la llamaran para cualquier necesidad, fuera ésta la que fuera. Dos sucesos bloqueaban su memoria. El primero aconteció una mañana cuando Diego se presentó en la galería de la sala de armas para ver los progresos que hacían los pajes. En aquel instante, Catalina tiraba espada con Lorenzo, el

encomendado del deudo del marqués de Torres Claras. Estaban ya finalizando el asalto cuando la muchacha advirtió que en un rincón don Suero departía con Diego; ya habían acabado y ambos contendientes se ayudaban mutuamente a deshacer los lazos que sujetaban a la espalda los acolchados petos que les protegían, junto con las caretas, de cualquier lance desafortunado, y se disponían a dejar las armas en las panoplias cuando tras ella resonó la voz del escudero:

—¡Alonso! No os desvistáis, vais a tirar con don Diego un par de asaltos.

Catalina sintió cómo la sangre se le helaba en las venas y se oyó replicar:

—Pero, señor, vuesa merced sabe que...

—¿Acaso os flaquea el ánimo? Jamás pensé que fuerais pusilánime. De todos modos, si tenéis miedo se preparará Lorenzo.

A Catalina le regresó la sangre.

—De ninguna manera, únicamente es el respeto que debo a don Diego.

Ahora fue este último el que intervino:

—En el combate no hay señores ni pajes, Alonso. O ¿imagináis que cualquier hereje me va a tratar de excelencia cuando nos enfrentemos a ellos, que Dios haga que sea pronto, en el campo de batalla?

—No, señor, supongo que no.

—Pues andando que luego es tarde.

Ahora fue don Suero quien intervino:

—Alonso, con espada y vizcayna idos a preparar en tanto lo hace don Diego.

Ya iba a partir Catalina a pertrecharse de nuevo cuando a su espalda oyó la voz de Diego que, dirigiéndose a don Suero, murmuraba por lo bajo:

—No hace falta, ayo, tal como estoy... serán únicamente unos minutos.

—Mejor que os preparéis... nunca se sabe. Y un percance le puede suceder al más diestro.

—Pero si practica hace menos de un año. No seáis tan aprensivo.

—Por lo menos la careta, Diego. Yo he visto ya muchas cosas.

—Sea, pero únicamente por complaceros.

—Sea por lo que sea, pero hacedlo.

Diego se fue hacia el panel de armas y tomando una careta se la colocó bajo el brazo; luego probó varias espadas embotadas por la punta y, tras flexionarlas contra el entarimado, escogió la que le pareció más apropiada. Después de todos estos preparativos se fue a colocar en uno de los extremos de la larga alfombra que marcaba el campo en tanto don Suero se colocaba en el centro y Catalina en el otro extremo.

—Alonso, no tengáis reparo. Actuad como si vuestro contrincante fuera uno de los pajes con los que tiráis habitualmente. ¿Me habéis entendido?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Entonces, señores, ¡preparados!

Ambos contendientes se colocaron las respectivas caretas.

—¡En guardia!

Diego y Catalina chocaron sus aceros en el saludo obligado de los duelos.

—¡Combate!

A la voz del ayo, los dos se colocaron en posición: detrás el pie izquierdo, la punta del acero hacia el rival y el brazo posterior, levantado y doblado por el codo el de Catalina e

indolentemente puesto con el puño en la cintura el de Diego. Las puntas de las espadas se tanteaban.

Catalina inició un tímido ataque que Diego, con un hábil y ligero movimiento de muñeca, desbarató. Luego vino la contra del muchacho, que la obligó a retroceder dos pasos; Catalina fue cobrando confianza y su espíritu joven se tomó aquello como un juego. Tras parar un par de veces más el acoso del joven y fintarle a la altura y a la derecha de su rostro, esperó la parada de él y pasando por debajo su acero le buscó el tocado, que Diego solventó con maestría; sin embargo, aunque la careta impidió verlo su cara reflejaba una leve sorpresa en tanto que, con la espada en línea, retrocedía para recuperar la posición. Don Suero sonreía socarronamente. El tiempo fue transcurriendo y los contrincantes se iban acalorando, cuando el escudero marco un alto; ambos se detuvieron y tras el saludo de cortesía se retiraron la protección del rostro y se dirigieron a una mesilla en donde, de una frasca, don Suero escanció agua fresca con limón en dos vasos.

—Muy bien, Alonso, está muy bien. Habéis progresado mucho.

—Son las lecciones de don Suero.

—Decid que no, es él que se esfuerza y que indudablemente está dotado para las armas —respondió el ayo—. Ahora, si me permitís. —Y al decir esto tomó a Catalina del brazo y la llevó a un rincón mientras le decía algo al oído.

—Bien está, ¿me traicionáis? Jamás hubiera pensado algo así de vos. —La voz del joven marqués sonaba jocosa y divertida.

—Es por mejor adiestraros, siempre en vuestro beneficio —respondió el ayo en la misma tesitura.

Ambos contrincantes se hallaban de nuevo frente a frente y ya cruzaban sus aceros. El asalto iría ya mediado cuando, súbitamente, Catalina cambió en una fracción de segundo su espada de mano y adelantando su pierna izquierda la colocó ante la derecha, de tal forma que invirtió su guardia y atacó a Diego por el lado contrario hasta el punto de que éste, sorprendido, tuvo que retroceder precipitadamente e instintivamente echó mano de la vizcayna que, como por arte de magia, apareció en su mano izquierda. El ayo sonreía. Diego había retrocedido tres pasos con el fin de parar el ataque y había llegado al límite de la larga estora que delimitaba el campo. La muchacha había conseguido, a los ocho meses de instrucción, poner en apuros a un espadachín de la categoría del hijo de la casa de Cárdenas, que ya repuesto de la sorpresa contraatacaba con furia contenida, de tal guisa que don Suero con muy buen criterio detuvo el asalto.

—¡Suficiente por hoy! ¡Bajen las armas!

Ambos contrincantes se retiraron hasta su posición, se saludaron cruzando sus aceros y a continuación se retiraron las caretas.

Catalina sonreía plena de satisfacción y Diego, a su vez, lo hacía con un punto de sorpresa y admiración.

—¡Pardiez que me habéis sorprendido, Alonso! No pensé que hubierais hecho tantos progresos. De seguir así, os aseguro que vendréis conmigo a la Corte y seréis mi paje y escudero.

Aquella noche Catalina no pudo conciliar el sueño.

La otra circunstancia que aconteció, cambió realmente la vida de la muchacha e hizo que, en una mañana, se sintiera súbitamente mujer.

Había acudido a la llamada del camarero de Diego y éste le comunicó que iba a estar toda la jornada al servicio directo del joven, ya que el paje que desempeñaba tal cometido había caído

enfermo. Catalina se creyó la mujer más feliz del mundo y se dispuso a cumplir su labor con celo y diligencia. Estaba en la gran cocina esperando la llamada de la campanilla que correspondía a las habitaciones del joven marqués y ya tenía preparada la gran bandeja con las viandas que éste tenía por costumbre consumir, de tal manera que cuando ésta sonó pudo partir al punto sin dar tiempo al jefe de cocinas a que diera la orden. Llegado que hubo al pasillo donde se encontraban las estancias, dejó la gran bandeja sobre una mesa auxiliar y se alisó la ropa, llamando a continuación con los nudillos en los cuarterones de la recia puerta a la espera de la voz que autorizara su presencia. Ésta llegó pastosa y soñolienta. Catalina empujó el picaporte con el antebrazo y presionó la hoja con el hombro, introduciéndose en la oscura estancia en tanto cerraba con el tacón del pie derecho la gruesa hoja; momentáneamente, la densa oscuridad no le permitió divisar forma alguna, pero al cabo de un tiempo sus ojos se acostumbraron y comenzaron a distinguir el perfil de las cosas. Desde el fondo de la adosada cama surgió la voz velada de Diego.

—Abrid las cortinas, Pablo, es ya la hora de levantarme.

—No soy Pablo, señor, soy Alonso. Vuestro paje personal está acatarrado y me han encomendado a mí vuestro servicio.

—Está bien, pues comenzad. —La voz tenía un tono de sorpresa—. Como os he dicho, abrid los cortinajes.

Catalina se dirigió al fondo de la habitación tras dejar la bandeja en una mesa de tijera que sujetaban dos cinchas de cuero cruzadas; con un fuerte tirón apartó los cortinajes que impedían que la luz del astro rey penetrara en la estancia. Ésta atravesó los policromados vidrios y tiñó de diversos colores los muebles y paredes de la estancia. Al volverse, la muchacha vio que Diego se había incorporado y, ya sentado en la gran cama, con la punta de los pies buscaba sus babuchas árabes de cuero trenzado que le servían de zapatillas.

—Alonso, el agua del baño me gusta muy caliente, id a por ella y no os demoréis. Mi señor padre me ha citado para dentro de tres cuartos de hora.

La muchacha partió para regresar al poco rato con dos grandes jarras de estaño llenas de agua hasta los bordes. Cuando entró de nuevo en la estancia no vio por parte alguna a Diego y supuso que estaba en la habitación de al lado, que le hacía de vestidor, escogiendo la ropa que deseaba ponerse aquel día. Su voz llegó de nuevo hasta ella, pero esta vez clara y concisa.

—Escanciad el agua en la bañera y acercad la toalla y el aceite para los músculos que está en el anaquel del fondo.

Catalina así lo hizo y cuando se dio la vuelta para retirarse casi le da un pasmo. Ante ella, en toda su joven y espléndida desnudez, se hallaba el joven, hermoso como un san Sebastián y sin dar importancia alguna a la situación.

—No os retiréis, Alonso. Ayer hice un mal gesto en la sala de armas y me es doloroso llegar a mi espalda. Me tendréis que ayudar y darme un suave masaje.

A Catalina se le había retirado el color del rostro y fue consciente de que en un instante el muchacho se iba a dar cuenta de que la situación la había afectado sobremanera, como así fue.

—¿Qué os pasa, Alonso, es que no habéis visto en vuestra vida a un hombre desnudo?

—No, señor... digo... sí... claro está... en muchas ocasiones.

—Pues entonces, ¿qué ocurre que os habéis quedado sin color y medio alelado?

—Es que no tengo costumbre. No es mi trabajo habitual y temo no ser suficientemente hábil

para el cometido que queréis que desempeñe.

—No os preocupéis. Yo os indicaré cómo debéis manosear mi espalda. —Y sin darle más importancia, el joven se deslizó en la pequeña bañera, sentándose en su fondo de forma que sólo sobresalían del agua su torso y sus rodillas—. Colocaos detrás de mí; poneos un poco de aceite de la botella lila en la palma de las manos y haced un movimiento circular a la altura de mi omoplato izquierdo. Es ahí donde tengo anudado el tendón.

Catalina, con las manos temblorosas se dispuso a cumplir lo ordenado, alegrándose en lo más profundo de su corazón de que, al estar ubicada a la espalda del joven, estaba asimismo a salvo de su mirada. Tomó la botella indicada, vertió un poco del oleoso líquido en su palma derecha y tras fregotearla con su otra mano puso ambas sobre el torso de Diego; una descarga tal que si un rayo hubiera caído sobre ella la atravesó desde el pelo a la planta de los pies, hasta el punto de que estuvo cierta de que el muchacho advertiría sus temblores. Lentamente fue reaccionando, su mente se impuso a sus sentimientos y poco a poco fue moviendo sus manos en círculo sobre la zona dañada; la piel era tersa y suave y las aletas de su nariz se inflamaban ante el efluvio de nuevos olores que atacaban su pituitaria.

Su mente voló hasta Casilda y recordó una de tantas charlas mantenidas en el escondite del lavadero del convento el día que le dijo que cuando hiciera el acto del amor con el ser amado sentiría como si el arco iris le estallara en el vientre. Jamás podría ser. Era una elucubración de su mente. Ni siquiera tendría la oportunidad de mostrarse como la mujer que era y, caso de que tal milagro sucediera, ¿acaso un hombre como el joven marqués de Cárdenas se iba a fijar en una muchacha que ni siquiera conocía quién era su padre ni a qué familia pertenecía?

—Más hacia el centro, Alonso... y no tan deprisa. Tenéis que conseguir que el aceite penetre a través de los poros de mi piel, en la espalda.

La voz de Diego la despertó de su ensoñación y la hizo descender al mundo real, así que se dispuso a desempeñar su cometido de la mejor manera posible a fin de prolongar al máximo aquel momento mágico, ya que jamás volvería a sentir las sensaciones que esa mañana se habían despertado dentro de ella.

Ya de noche, en la intimidad de su aposento, fue recordando segundo a segundo su aventura y casi sin darse cuenta comenzó, cual si fuera un podenco, a olisquear las palmas de sus manos a fin de encontrar en ellas rastros de los aromas despedidos por la piel del joven mezclados aún con los restos del aceite con el que ella había amasado su torso. Cuando lo consiguió, un calor fue penetrando por todo su cuerpo y sin saber por qué una humedad invadió su entrepierna.

Nubarrones

El portugués llegó a Astorga a revienta caballo y tras un breve alto en la posada donde tenía por costumbre pernoctar con el fin de cambiar la ropa de viaje por otra más adecuada para la ocasión, quitarse el polvo del camino y tomar un ligero refrigerio, encaminó sus pasos hacia el palacio del secretario provincial del Santo Oficio, que distaba de su mesón no más de media legua.

Era éste un sólido edificio diseñado por el arquitecto italiano Andrea Nazario y terminado por su discípulo Arístides de Fulco; ocupaba todo el cuadro de calles que lo circunvalaban y su aspecto, como correspondía a sus funciones, era sólido, regio e imponente. Tenía una entrada por cada una de las fachadas, pero dos de las solidísimas puertas estaban invariablemente cerradas, usándose únicamente la principal como tal y la posterior como puerta de servicios y de entrada a las mazmorras del sótano. Sobre la primera se abría una gran balconada de piedra que se usaba en aquellas ocasiones en las que el prelado o alguna destacada personalidad eclesiástica o civil debía dirigirse al público que llenara la plaza que ante ella se abría, y a ambos lados de la misma se ubicaban sendos ventanales y tres más pequeños a la altura del segundo piso; en las otras tres fachadas eran seis los ventanales, pero no se abría en ellas balcón alguno. Rematando el palacio, en cada esquina se alzaba un torreón con troneras que servían como defensa del edificio en caso de cualquier incidente; estaban diseñados de tal forma que unos cuantos mosquetes y en tiempos anteriores unos arqueros podían fácilmente rechazar a cualquier turba que con intenciones aviesas se acercara al edificio, ya fuere para apoderarse de él o bien para liberar a los presos que en sus mazmorras subterráneas estuvieren alojados. Tomarlo, de no ser un verdadero ejército, hubiera resultado una vana tarea.

Hizo el trayecto a pie con el propósito de ordenar sus ideas y poder ofrecer al prelado un relato coherente y puntual de todas sus andanzas, ya que era consciente del escaso y valioso tiempo del obispo así como de su gusto por la concisión y la claridad. Llegado al palacio residencia, fue reconocido de inmediato en la puerta por el encargado de la misma. Éste al punto hizo llamar al chambelán de servicio de día, quien aun sabiendo que don Sebastián Fleitas de Andrade no constaba entre los visitantes convocados para aquella mañana, lo introdujo a través de pasillos y estancias en la antesala del despacho de su eminencia, pues era consciente del interés que mostraba éste ante la presencia del peculiar personaje.

—Monseñor está con su excelencia el señor corregidor de la ciudad. En cuanto salga, os dejaré entrar. Ya habréis observado que os he hecho pasar directamente para que no guardarais antesala en el salón de visitas.

—Sois muy gentil y os agradezco la deferencia.

—¿A vuecencia le apetecería beber alguna cosa para entretener el tiempo?

—No es necesario. Id a vuestras cosas; me consta que vuestro cargo tiene mil obligaciones.

—Entonces, si no disponéis nada más, con vuestro permiso me retiraré. En cuanto sea posible su excelencia reverendísima os recibirá.

—Id con Dios.

—Con Él quedad.

Tras este breve diálogo, el chambelán partió a sus quehaceres, dejando al familiar en medio del aposento con las piernas separadas y la mano izquierda apoyada en los gavilanes de su espada en tanto que la diestra buscaba la fibula de su capa para soltarla y dejar la prenda sobre un escabel; como de costumbre, las habitaciones del palacio estaban, para su gusto, excesivamente caldeadas. La espera fue breve y la aprovechó el portugués para repasar su exposición a fin de que ésta se ciñera a los gustos de su excelencia, pues de ello dependía en gran parte la generosidad del prelado y, por ende, lo abultado de la escarcela de doblones que como remuneración de sus servicios y previsión de futuros gastos sin duda le entregaría. Un tintineo de llaves precedió al secretario, que se personó para acompañarlo a la presencia del prelado. Recogió don Sebastián su ferreruero del escabel donde lo había dejado y a la indicación del coadjutor se dispuso a acompañarlo; avanzaron a través de un largo corredor jalonado cada diez pasos por la pintura de una figura de la iglesia hispana, ya fuera un santo, un cardenal, un apologeta o un prelado que hubiera precedido en el cargo al actual secretario, y llegaron al salón que era la antecámara del despacho del obispo.

—Si vuecencia tiene la amabilidad...

El secretario indicó con el gesto que esperara ante la puerta guardada por dos jóvenes clérigos que hacían las veces de vigilantes y ayudas de cámara, y que al aproximarse el hombre compusieron su figura y se aprestaron a ser requeridos. El camarlengo se introdujo en el despacho y salió al instante.

—Don Sebastián, si sois tan amable. —Y al esto decir le indicó con la mano que podía acceder al gran despacho.

Hízolo al punto el portugués y el secretario percibió claramente el grado de interés del prelado cuando éste, abandonando su sillón tras la gran mesa, acudió solícito a su encuentro, con ambas manos tendidas hacia el visitante. Don Sebastián dobló su rodilla para besar el pastoral anillo, pero el prelado tomándolo afectuosamente por el brazo lo obligó a levantarse.

—Alzaos, mi dilecto amigo. Pocas son las personas que en estos trabajosos días que vivimos me produzcan, con su mera presencia, más placer y tranquilidad.

—Gracias por la consideración que mostráis hacia este humilde servidor al llamarme dilecto amigo. Yo soy meramente un servidor de vuestra excelencia que intenta, únicamente, cumplir con sus obligaciones.

—Raras son en estos tiempos las personas que saben cumplir con sus deberes. Si abundaran más, este país no andaría a la deriva en lo político y en lo militar, y nuestra misión es que en lo tocante a la fe las cosas marchen por otros cauces, cosa a la que vos contribuís sin duda alguna.

—Vuestros innmerecidos elogios me abruman.

Tras esto decir, ambos personajes se dirigieron al tresillo que se encontraba situado bajo el vitral de policromados vidrios por el que entraba una matizada luz que se expandía por toda la

estancia proporcionando, junto con el resplandor que partía de los encendidos leños de la gran chimenea, un ambiente cálido y confidencial. El prelado se ubicó en el extremo del sofá y, tras arrebujarse en sus amplios ropajes, indicó al portugués que lo hiciera en el sillón del mismo lado. Obedeció al punto el familiar y esperó a que el doctor Carrasco tuviera a bien abrir el diálogo.

—Mi dilecto amigo, dos son las razones por las que os he enviado recado para que tuvierais a bien visitarme.

El portugués enarcó las cejas, adoptando una expresión interrogante.

—En primer lugar tener conocimiento de las novedades que pudieren darse en vuestras gestiones, y después daros cuenta de las noticias que hasta mí han llegado y que afectan y modifican sin duda los pasos que tendréis que dar en el futuro.

—Soy todo oídos, reverencia.

—Prefiero que seáis lengua primeramente y me deis cuenta de vuestras pesquisas.

El de Fleitas relató concisa y escuetamente, a gusto del prelado, todas las noticias que a través de sus delatores y por sus propias indagaciones había obtenido, comenzando por las referencias que hasta él habían llegado de la audiencia, tan trabajosamente conseguida, por el hidalgo con don Jerónimo Villanueva y llegando hasta su última entrevista en Zamora en el mesón de Bellido Dolfos con su informador.

—Entonces ¿afirmáis que el estudiante de Salamanca que según parece es hijo de don Martín de Rojo no tiene señal alguna en el cuerpo que pueda parecerse a un ojo del que manan tres lágrimas escarlata?

—Rotundamente, excelencia. La persona a la que encomendé este asunto es de mi absoluta confianza, talmente como si yo mismo hubiera hecho la gestión. Y... al hilo de lo que os he contado sugiero, excelencia, que seamos muy cuidadosos con los trámites que llevemos a cabo para impedir que nuestro personaje consiga entrar en alguna orden de caballería. El apoyo del pronotario de Aragón no es despreciable... ya conocéis que Su Majestad lo distingue con su aprecio y amistad pese a que ya os he comentado que ha hablado en varias ocasiones despectivamente del Santo Oficio.

—Lo tendremos en cuenta, don Sebastián, pero no dudéis que, finalmente, todo aquel que se enfrenta al Santo Oficio es derrotado; cabezas más altas e insignes han caído, ni siquiera una testa coronada está libre de nuestro poder. ¡No olvidéis, jamás, que nos asiste Dios! Además, querido amigo, os rogaría que no me dierais consejos; prefiero que me deis informes.

El portugués captó inmediatamente en la palabra y el tono del prelado el mensaje que le enviaba, y decidió cerrar la entrevista con el relato de su visita a la casa del doctor Gómez de León.

—Perdonadme la sugerencia. Solamente el afán de que nuestros desvelos lleguen a buen puerto, y el deseo de que tengáis cabal referencia de los enemigos a los que podéis enfrentaros, han guiado mi interés. Y ahora permitidme que os relate mi última gestión, que creo ha sido provechosa.

Llegado a este punto don Sebastián intentó paliar el mal gusto que su postrera intervención había dejado en su protector, aumentando y exagerando los puntos que a él favorecían de su entrevista con el médico.

—... Y cuando ya lo arrinconé, me confesó que aquellos libros habían estado siempre en su casa y que siempre habían pertenecido a su familia. Creo, por tanto, que su apresamiento debe ser

inmediato.

—¿Decís que le requisasteis el volumen de los *Proverbios morales* de Sem Tob?

—Así es, excelencia, ved.

El portugués extrajo de su zurrón el pequeño tomo y se lo entregó al prelado. Este lo examinó a fondo buscando todos aquellos proverbios que de alguna manera ensalzaban al pueblo judío.

—Habéis procedido diligentemente. Ese incauto nos ha puesto la excusa en bandeja. Mañana por la noche dormirá en una mazmorra y ya veréis cómo se refresca su memoria. Ahora atendedme sin perder una coma, ya que lo que os voy a relatar va a tener mucho que ver con vuestros futuros pasos.

Instintivamente el portugués acercó la cabeza a la de su interlocutor. El prelado fue desgranando, sin obviar detalle alguno, la entrevista que sostuvo con sor Gabriela sobre la muerte de la madre Teresa y la huida de San Benito de una postulanta que, al parecer, tenía todos los síntomas de un pacto con Satanás. Ratificó sus afirmaciones mostrándole la carta que había recibido de la nueva priora; ésta le encomendaba que su próxima visita fuera San Benito y que allí, sin dilación alguna, dirigiera sus pasos. Tampoco se olvidó de mencionar las tres mujeres que tan viva discusión sostuvieron en la feria de Carrizo de la Ribera.

Amoríos

Catalina vivía un sueño. El sentimiento que tan prolijamente le había intentado explicar Casilda en sus interminables charlas en el escondite de los lavaderos nada tenía que ver con el intenso gozo que invadía su joven corazón. Era un no vivir. Soñaba con Diego, admiraba su gentil apostura, envidiaba su habilidad con los caballos, su destreza con las armas, y su cabeza fraguaba mil fantasías acerca del día y la circunstancia en que él se diera cuenta de que ella era mujer y enamorada.

Otra coyuntura se había sumado a las muchas favorables que habían ocurrido en su vida desde el día que pisara el umbral del palacete de los Cárdenas. El marqués había contratado un maestro de baile con la finalidad de que Diego aprendiera el arte de Terpsícore, por lo visto imprescindible para desenvolverse en la Corte. Al principio el muchacho se sublevó, pero al comunicarle su señor padre que cuando dominara aquel aspecto de su formación ingresaría en la Casa de los Pajes que había fundado recientemente en Madrid don Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde duque de Olivares y valido del rey, para la formación y adiestramiento de los jóvenes de alta cuna que, corriendo el tiempo, accederían al servicio de Su Majestad, se dispuso a tomarse el aprendizaje cual si fuera una justa nueva o un arma de difícil manejo.

El encargado de tal menester fue un francés que compareció un día en Benavente recomendado, desde la Corte, por un antiguo amigo del marqués de Torres Claras.

Monsieur de Lagarteare, que así se llamaba el personaje, era un parisino melifluo, untuoso y afectado, que parecía extraído de una obra de Moliere y que vestía, a juicio de Catalina, de una forma extravagante y afeminada. Sobre una blusa con chorreras lucía una casaca de brillos argénteos de cuyas mangas sobresalían las puñetas de la camisa; sus muslos los cubrían unas calzas gris perla ajustadas y cerradas en las corvas, bajo las rodillas, por unos cintillos de diversos colores, y sus pantorrillas las protegía con unas medias blancas que, embutidas en unos pequeños chapines de charol con tacón y hebillas de plata, completaban el atuendo. En cuanto entraba en la sala de armas, que hacía las veces de salón de baile, tomaba de un rincón, cual si fuera un mariscal de campo y ante la sonrisa disimulada que afloraba a los labios a don Suero, un largo bastón con contera de metal y con él iba marcando en el maderamen del suelo el compás de la melodía que tres músicos venidos asimismo de la Corte desgranaban con sus instrumentos. El primero tocaba un clavicordio, una viola de gamba el segundo y el tercero pulsaba indistintamente una guitarra, un laúd o un arpa, según conviniera a la melodía que interpretaban. Catalina estaba extasiada. La música la transportaba al séptimo cielo y las evoluciones de Diego con monsieur de Lagarteare, que para este menester dejaba su báculo sobre la tarima de los músicos, le parecían

llenas de encanto, gracia y finura. Los rugieros, las pavanoas y las caponas, aunque estas últimas en contadas ocasiones y únicamente como concesión especial hacia las músicas del país, se sucedían ininterrumpidamente, y a Catalina se le iban los pies... Hasta aquella mañana. La sesión había comenzado hacía una buena media hora cuando monsieur de Lagarteare se desasíó de Diego y, parando la música, dijo:

—Diego, me es muy difissil coguegig los defectos sin podeg obsegvaglos. A veg, paje, venga aquí.

Catalina se volvió hacia atrás como si el maestro llamara a alguien que estuviera a su espalda.

—¡Le estoy llamando a vos, Alonso!

La muchacha fue consciente de que la sangre afluía a su rostro.

—Vos haga el papel de una dama de la cogte e intentagá seguig las indicaciones que yo le vaya dando. ¡Pego ¿me está usted escuchando...? O ¡pasa una caggueta!

Don Suero apenas conseguía reprimir su risa y Diego esperaba, un punto escamado, en el centro del salón. Catalina avanzó hasta llegar a su altura y allí restó inmóvil a la espera de instrucciones. El maestro se dirigió a los músicos:

—Vamos a totag un rugiero. Busquen la pagtituga de la sonata. El compás es tegnaguio. — Ahora se dirigía a ellos—: A vegg, Diego, enlazad a Alonso por la cintugga y vayan gigando al ggitmo que yo maggque en el suelo, con mi bastón, tal como ha pggacticado conmigo anteggiogmente. ¡Maestgos, cuando gusten!

A la muchacha no le llegaba la camisa al cuerpo y Diego la tranquilizó.

—Tomadlo como un ejercicio de armas. A mí tampoco me complace esta mojjiganga, pero la daré por bien empleada si con esta mascarada consigo ir a la Corte.

Los músicos atacaron el rugiero y, siguiendo el ritmo que marcaba el bastón del francés en el entarimado, Diego y Catalina empezaron a danzar al principio agarrotados y tensos, pero al cabo de unos compases y tras unos pasos vacilantes ganaron en apostura y donaire ante el aplauso del francés y el gesto curioso de don Suero, que no creía lo que veían sus ojos.

—¡Excelente, Alonso, excelente. Tenéis madegga de danzaggín! Vais a segg una ggan ayuda pagga mí, a fin de conseguig que don Diego domine este aggte.

Y así fue que Catalina se convirtió, por una pirueta del destino, en la pareja de baile de Diego y a la vez en una experta y excelente bailarina, por más casualidad, instruida en la parte femenina de la danza ante el asombro de don Suero y la alegría del francés, que creía haber encontrado en ella un mirlo blanco.

El apresamiento

Laurencia, la septuagenaria criada del doctor Gómez de León, se secaba las manos en su delantal, compungida y llorosa, en presencia de don Martín de Rojo. Éste, a su regreso de Madrid y tras pasar por el convento, había acudido a visitar a su viejo amigo con el fin de conocer su opinión sobre la extraña defunción de su querida hermana, la priora de San Benito. El hidalgo, cariacontecido y demudado, no daba crédito a las explicaciones que, entre hipos y sollozos, le daba la buena mujer.

—No conduce a nada ponerlos de esta manera. Secaos las lágrimas y explicadme, punto por punto y con todo detalle, lo sucedido.

—Si es que no sé por dónde empezar. ¡Qué desgracia tan grande, Virgen Santa! ¡Qué desgracia tan grande!

—Sosegaos, Laurencia, tened calma. De esta manera no ayudaréis, en modo alguno, al buen doctor.

La buena mujer se fue calmando lentamente y poco a poco cesaron sus gimoteos y sus palabras se fueron haciendo algo más inteligibles.

—Pues veréis, don Martín... hará ya una semana el buen doctor, como cada mañana, se disponía a salir a sus visitas y me encargó que dijera al mozo que le preparara el caballo. Como no ignoráis, las cuadras están detrás del patio, así que dejé la puerta abierta y cuando regresaba de mi cometido me encontré frente al templete de la entrada una galera cerrada que iba tirada por cuatro caballos; al lado del pescante y guardándola había dos corchetes y un alguacil. Me preguntaron quién era yo y, tras darme a conocer, me permitieron entrar en la casa. La puerta del despacho del doctor estaba ajustada y se escuchaban voces... Me llegué hasta ella y, ¡Dios me perdone!, hice lo que no había hecho jamás en toda mi vida... arrimé el oído y al punto reconocí la voz.

—¿Qué voz reconocisteis?

—La de la otra vez.

—¿Qué otra vez, Laurencia? ¡Por los clavos de Cristo!

—Veréis, señor. —Aquí la criada relató a don Martín la primera visita que el portugués había realizado hacía un mes al doctor Gómez de León, y en la que se había llevado el libro.

—¿Y decís que el personaje tenía una gran cicatriz que le cruzaba la mejilla?

—Era siniestro, señor... vestido de negro y pálido como la muerte.

—A ese individuo ya me lo han descrito algunas veces. Ceñíos al último día. ¿Qué es lo que oísteis tras la puerta?

—Discutían, señor. Algo decían de los libros del doctor y de no sé que prohibiciones que estaban en el *índice*^[106]. El caso fue que al rato salió el hombre y llamó al alguacil; yo estaba aterrorizada y ni osé entrar en el despacho. Aparecieron los corchetes y se llevaron al buen doctor; lo amanillaron con una sogá, cual si fuera un malhechor, y lo metieron en la galera. El de negro volvió para meter en un bolsón varios volúmenes de los anaqueles; luego montó en su caballo y partió al galope. Entonces me atreví a salir hasta la puerta; el carro aún no había arrancado, los corchetes se habían encaramado a la parte posterior de la galera y el alguacil daba órdenes al postillón indicándole la dirección a donde debía dirigirse.

—¿Pudisteis oír adónde lo llevaban?

—Entendí que a Astorga.

—¿Qué sucedió después?

—El doctor se asomó a la reja de la ventanilla y me dijo al verme descompuesta: «No lloréis, Laurencia. Dentro de dos o tres días estaré de vuelta. Esto no es más que un malentendido. Quedad tranquila y no vayáis a ver a nadie para relatarle este mal paso.» Es por lo que no me he atrevido a pedir auxilio a persona alguna.

—Es tan fiel y buen caballero que no ha querido comprometer a ninguno de sus amigos, pues cualquier movimiento que hagáis al punto será conocido por quien tanto mal le busca.

—Pues sabed que hoy mismo, que ya hace una semana del suceso, tenía intención de ir a ver a María Lujan, su comadrona, a que lo supiera y me aconsejara. Vienen a buscarlo gentes de todas partes y ya no sé qué decir ni qué inventarme, amén de que ya han pasado los tres días y no tiene visos de volver.

—Diréis a la partera que ha tenido que marchar a Toledo y que ella atienda, en lo que pueda, a las buenas gentes que lo soliciten... Y nada diréis, de momento, de todo este enredo hasta que yo os lo autorice. Sabéis que soy amigo del doctor desde hace muchos años y tengo autoridad moral para ordenaros lo que os digo.

—Descuidad, que seré muda hasta que me autoricéis. Y tal vez, si os parece, cerraré la casa y marcharé al domicilio de una hermana que tengo en Sueros; el doctor ya la conoce. Y si fuerais tan amable de escribirme una nota, se la dejaría en el despacho por si vuelve en mi ausencia y se inquieta al no saber mi paradero.

—Claro, Laurencia, pasemos donde mejor pueda escribir.

El hidalgo siguió a la mujer hasta el estudio del galeno, se sentó a la mesa de su amigo y tomando un cálamo que allí había lo mojó en el tintero y en un papel de lino se dispuso a dar noticia de la intención de la mucama, no fuera a ser que el doctor regresara, cosa que él creía hartamente improbable, y se intranquilizara por la ausencia de la sirvienta.

La mazmorra

El doctor Gómez de León yacía postrado en el banco de piedra de una de las mazmorras subterráneas que se ubicaban en los sótanos del palacio episcopal de Astorga, residencia habitual del secretario provincial del Santo Oficio, su excelencia reverendísima don Bartolomé Carrasco. La celda era lóbrega y la humedad hacía que los muros de la ergástula brillasen con reflejos acerados y amenazadores. Era aquélla una prisión de tránsito; únicamente tenía ocho calabozos a lo largo de un oscuro corredor iluminado sólo por un hachón de cuatro mechas encastrado en un soporte de hierro y situado a medio pasillo. Los desgraciados que allí paraban lo hacían por escaso tiempo, pues tras ser interrogados seguían su triste viaje hacia León, Valladolid o Toledo.

El viejo doctor maldecía su falta de previsión, aunque verdad era que aquella nimiedad no podía motivar el hecho de que lo detuvieran sin antes llamarlo a declarar. Su trabajo le absorbía y, viviendo en el campo, no había atendido con diligencia el hecho de expurgar su biblioteca ni parar atención sobre si alguno de sus volúmenes estaba, o no, incluido en el *índice* del Santo Oficio. Desde los tiempos en los que el famoso pensador de Carrión gozaba de absoluta libertad para divulgar sus escritos, una copia de los *Proverbios morales* de Sem Tob siempre había estado en poder de su familia; pero tras tantos años de no mediar una delación, cosa harto improbable, jamás hubiera pensado que persona alguna se desplazara hasta su casa para visitarle si, tras ello, no hubiera una segunda intención más oculta. Luego las charlas mantenidas con María Lujan habían despertado sus recelos, y sí se le ocurrió que tal vez debiera preocuparse de algunas cosas, pero jamás pensó que los tiros vinieran de donde habían venido y sí en cambio a través de la curiosidad e interés que, por lo visto, habían despertado en ciertas personas los hechos acaecidos aquella ya lejana noche de hacía catorce o quince años.

Sus viejos huesos le dolían y sus articulaciones crujían al menor movimiento. Lo habían conducido directamente allí desde su casa, sin una mísera parada para orinar, hasta el punto de que se había visto obligado a hacerlo manteniéndose en pie, en precario equilibrio; y sumados los vaivenes y los saltos del carricoche a que tenía las manos atadas con una soga, la operación había resultado harto dificultosa.

Tras un tiempo que le pareció una eternidad, llegaron ya anochecido a Astorga. En cuanto los corchetes lo bajaron de la galera, reconoció al punto la mole del palacio episcopal y supo al instante que su apresamiento no era un tema baladí. Estaba desfallecido y muerto de sed. La puerta posterior del imponente edificio se abrió, ante la demanda autoritaria del alguacil, y apareció un centinela con una antorcha encendida, iluminando la tenebrosa entrada. Apenas cruzaron tres palabras.

—Traigo un huésped distinguido. Avisad al carcelero y decidle que lo atienda como es debido. Su excelencia tiene un particular interés en él.

—Esperadme aquí; no tardo nada.

Partió el hombre tras cerrar el portón y poner en sus encajes un grueso travesaño de roble, y al hacerlo los dejó en una penumbra atenuada solamente por la mortecina luz de dos candiles de aceite que alumbraban, apenas, el frío corredor. Al poco, un ruido de llaves anunció la aparición de otro personaje que llegó hasta ellos en compañía del primero. Era el canchero de la prisión y su aspecto no desmerecía su cargo: grueso, sudoroso, con el pelo ralo y unos ojos porcinos y curiosos que denotaban una avaricia sin límites; en las manos un farol de mecha y a la cintura, pendiendo de su cinto, un aro de grueso alambre en el que iban un montón de llaves.

—¿Qué pescado me traéis esta noche? —preguntó al alguacil.

—Entrego a vuestro cuidado un caballero al que debéis tratar con celo. No es lo que acostumbra a caer por aquí; atendedlo bien y procurad que no se os debilite. —Ahora se dirigió al centinela que los había recibido—: Testigo sois de que el doctor se encuentra sano y fresco como hoja de lechuga.

—Y por mi vida que así ha de seguir. No os preocupéis lo más mínimo. Todo corre, ya, de mi cuenta.

—No, yo ya no me preocupo... preocupaos vos. He terminado mi trabajo y aquí os lo dejo. —Diciendo esto, el alguacil entregó al sebooso personaje el extremo de la cuerda que sujetaba las muñecas del prisionero y, dando media vuelta, seguido de los dos esbirros que lo acompañaban partió.

El gordo, tomando la sogá lo condujo a través de tenebrosos pasadizos y estrechas escaleras hasta el sótano de la fortaleza. El panorama era digno del infierno de Dante y, llegado a aquel punto, el firme ánimo del médico comenzó a flaquear.

—Ya hemos llegado a vuestro destino —dijo el atocinado individuo en tanto con una de las llaves que pendían de su cinto abría la herrumbrosa cerradura de una de las ocho celdas que se encontraban en aquel pasillo—. Sois mi único huésped esta noche. ¿Tenéis dinero?

El médico se rehizo e intentó que su voz no reflejara la angustia que le embargaba.

—Soltadme las manos, si es que os gusta el tintineo de las monedas.

El truhán, al advertir el tono del doctor pensó que aquel hombre no era la morralla común que acostumbraban enviarle y que tal vez hubiera negocio a la vista.

—Ya pensaba hacerlo... ¡excelencia! He visto de inmediato que vos sois un caballero y que todo este incidente se deberá a un mal entendido. —Y tras esto decir, desató la cuerda que sujetaba firmemente las muñecas del galeno. Éste se las masajeó para que la sangre volviera a fluir por ellas en tanto su mente trabajaba a toda velocidad para acertar en las decisiones que debería ir tomando a cada instante. A la fina percepción de Gómez de León no había pasado inadvertida la servil postura y el cambio de actitud del carcelero, y decidió continuar en la misma tesitura; se felicitó por su inveterada costumbre de esconder bajo el jubón una escarcela de monedas, fruto de su larga experiencia en tantos años de recorrer caminos y cañadas de día y de noche.

—Me vais a traer una manta, una almohada, comida y agua. Además, necesito desocupar mi vientre; por ello os daré diez maravedís.

Los ojillos del individuo brillaban como puntas de pedernal.

—Eso está hecho. Os voy a traer mi misma comida... y lo otro os lo proporcionaré al punto. Permitidme que en la espera os tenga que encerrar. Si por mí fuera no lo haría, pero las reglas son estrictas y yo no soy quien las ha promulgado.

Tras el discurso, el hombre indicó con un ademán al galeno que entrara en la mazmorra; éste así lo hizo. Luego de dar una vuelta de llave a la oxidada cerradura, el individuo se alejó con un paso inusitadamente ligero para persona de su peso y volumen.

En cuanto quedó solo buscó, no sin dificultad a causa de la torpeza de sus manos, la bolsa y procedió a extraer de ella el precio acordado, colocándola posteriormente en su primitivo escondrijo. No tuvo demasiado tiempo de autocompadecerse, ya que al poco regresaba su guardián con las manos ocupadas; en la diestra llevaba una bandeja de madera donde había un cuenco con una sopa de nabos y arroz, una hogaza de pan y una jarra de agua, y en la zurda portaba un cubo. En aquel instante, el médico tuvo conciencia de sus miserias. El individuo dejó el balde en el suelo e introduciendo la llave en la cerradura abrió la reja.

—Os cedo mi cena. No creáis que esto os lo van a servir todos los días; esta posada tiene mala cocina. Aquí os dejo el cubo... ¡servidumbre de los humanos! Todo lo que entra debe salir. ¡Ah!, os he traído una manta, gentileza de la casa. Ahora, si no os importa... —Con un ostentoso gesto, el hombre extendió su mano reclamando el dinero.

—Aquí tenéis. —Uniendo a la palabra el ademán, el médico depositó en ella los cuartos acordados, y el individuo los miró sin atreverse a creer en su buena estrella—. Yo cumplo siempre mis promesas y me acuerdo de las personas que cumplen las suyas.

—Os puedo asegurar que todo lo que esté en mi mano...

—Dejadme ahora. Lo que voy a hacer me gusta hacerlo solo.

—Os comprendo.

El carcelero se retiró, dejando al buen médico sumido en sus miedos y en sus incertidumbres. Pero tras desahogar el cuerpo y alimentarlo, su estoico carácter se sobrepuso y llegó a la conclusión de que nada ganaba adelantando acontecimientos, que estaba en las manos de Dios, que nada malo había hecho a lo largo de su vida y que cuanto más fuerte le hallaran las tribulaciones que le deparara el destino, mejor las enfrentaría. Y con esta disposición de ánimo se estiró en el banco y se dispuso a descansar.

La voz de su conciencia le hablaba clara y concisa. Don Martín de Rojo podía estar tranquilo; él no era de esos hombres que en la adversidad traicionan a sus amigos. Aunque los acontecimientos se sucedieran como él imaginaba, de su boca nada saldría que comprometiera al hidalgo.

Contradices

Muchas cosas habían ocurrido en la mansión de los Cárdenas, y no todas buenas ni inteligibles para Catalina. En primer lugar, aquella clase de danza que tanto la complacía al principio tenía trazas de convertirse en un suplicio para ella; cada mañana sus sentimientos iban cambiando según fuera una u otra su pareja de baile...

Diego se había convertido en el centro de su vida. Aquel sentimiento que se despertó en su corazón el mismo día que vio asomar su cabeza por el ventanillo del semisótano del convento había crecido dentro de su ser, por lo demás tan ayuno de afectos, y había adquirido la fuerza de un torrente. Soñaba de noche y pensaba de día, vivía por y para los momentos que estuviera cerca del muchacho. Cuando bailaba con Diego era la mujer más feliz del mundo, pero cuando era el francés el que enlazaba su cintura, para mostrar al joven cómo era un paso de la danza, en su interior y sin saber bien por qué resurgía el sentimiento percibido el día que en el campanario el padre Rivadeneira le puso las manos encima. Era extraño... En realidad nada había ocurrido, y su desconcierto iba en aumento al razonar y deducir de todo ello que, o bien el francés había intuido que ella era una mujer, o de no ser así... entonces nada comprendía. Un elemento más se sumaba y contribuía a aumentar su turbación: las sonrisas que entre sí intercambiaban los músicos cuando, tras un giro o una reverencia, el afectado maestro la adulaba e incluso le daba una palmada en la cara mientras con aquel acento horrible le decía: «¡Excelente, Alonso, excelente!»

Diego se sentía extraño. Su mente adolescente había hecho mil cabaladas de cómo sería aquello de yacer con mujer. La casa de su padre era un mundo especial; al haber muerto la marquesa, su madre, en tiempo que por su edad ni recordaba, allí jamás existió algo que se pareciera a una corte de las que en tiempos lejanos presidiera Leonor de Aquitania. Y por tanto, el universo que montó su padre en derredor suyo fue un mundo de hombres, de soldados, donde el elemento femenino no tuvo cabida. La única mujer con la que podía hablar confiadamente era su vieja ama, Tomasa, y le hubiera avergonzado enormemente tratar con ella según qué asuntos. Don Suero, las veces que él con cierto tacto había intentado tocar un tema sinuoso, se había apurado más que él mismo y le había respondido que «estas cosas» las debía hablar con su padre. Las demás mujeres que habitaban en la casa eran sirvientas, criadas, lavanderas o mujeres de servicios varios, y su rango y condición le impedían tener trato alguno con ellas que no fuera el por ello debido.

Una única vez recordaba haber intentado acercarse al mundo femenino... Tendría unos once años cuando, una mañana, bajando a la laguna oyó una algarabía de risas y agudos gritos. Se deslizó hasta la orilla y recostado sobre las matas, oculto por las altas yerbas del margen, pudo entrever a un grupo de muchachas procedentes de las pedanías circundantes, bañándose desnudas;

sus blancas y mojadas pieles brillaban y miles de pequeñas gotas de agua refulgían al impacto de los rayos del sol, y al retozar entre ellas, salpicándose y saltando, hacían que sus pechos brincaran alegres en una danza alucinante que por las noches le produjo oníricas poluciones. Cuando el sábado en la confesión habitual se lo dijo a fray Anselmo, éste lo apabulló con una reprimenda cual si hubiera matado a un hombre; lo amenazó con el fuego eterno y tras decirle que le había decepcionado, que su médula se resentiría y que podía quedarse paralítico, le advirtió sobre el peligro que ocultaba la mujer y que supiera que tras ella se escondía Satanás. Todo ello turbó su ánimo varios días hasta el punto de que don Suero, que tan bien lo conocía, notó algo y él algo le dijo. El escudero montó en cólera y tuvo un altercado con el fraile, y él cierto estaba aunque nadie le dijo nada, de que finalmente como tantas otras veces tuvo que intervenir su padre y mediar entre los dos. Las aguas regresaron a su cauce y las cosas no pasaron de allí. De todo esto había transcurrido mucho tiempo... Pero él, a sus casi diecinueve años, todavía no conocía mujer.

Un nuevo factor se había sumado para que la ceremonia de su confusión fuera total. Alonso, el paje, había entrado en su círculo y desde el primer día se había sentido responsable de él. Y, ya fuere porque le había salvado la vida o porque, al haber sido asignado a su servicio directo estaba siempre cerca de su persona, el caso fue que una corriente muy especial se estableció entre ambos y un nuevo sentimiento se apoderó de su espíritu, aumentando si cabe el caos que reinaba en su cabeza. Mientras el muchacho estuvo recuperándose de la paliza que le prodigaron aquellos desalmados, Diego se acostumbró a visitarlo en su cámara y a charlar con él en circunstancias que cada vez eran más frecuentes y en ratos que en cada ocasión se alargaban más; luego se dio cuenta de que esperaba con impaciencia la oportunidad de subir a hacerle compañía. Después vino lo del baño: el día que su ayuda de cámara se puso enfermo y el paje lo suplió, se dio la inoportuna circunstancia de que, al necesitar un masaje, notara sus manos sobre la piel; una desazón especial invadió su espíritu y desde aquel día buscó la ocasión de que aquello se repitiera más veces. Ya únicamente faltó aquella absurda idea de su padre, empeñado en que diera clases de danza, para que la turbación fuera absoluta. Y a ello se añadió el hecho de que al maldito francés se le ocurrió la peregrina idea de que danzaran juntos. La cabeza de Diego estaba a punto de estallar de tanto analizarse y quería atribuir aquella aberración de la naturaleza a que el muchacho era un adolescente bellísimo, que el bozo todavía no había irrumpido en su rostro y que sus sentimientos, que estaban a punto de florecer, no tenían ocasión de hacerlo en otras condiciones. Finalmente tuvo que reconocer que cuando veía que aquel francés melifluido y afectado le ponía las manos encima, un sentimiento muy parecido a lo que debían ser los celos invadía su alma. Ni a imaginar se atrevía que todo aquello, oculto en los arcanos más recónditos de su corazón, pudiera ser imaginado por su ayo. La vergüenza y el oprobio se hubieran abatido sobre él, matándolo.

Todo este cúmulo de circunstancias había servido de acicate para que se esforzara al máximo en aquel menester a fin de que su padre diera por acabado su aprendizaje y lo enviara a Madrid sabiendo que por un lado partiría feliz y por el otro destrozado. Pero su primigenia idea de que Alonso lo acompañara para que le sirviera como paje estaba absolutamente descartada; era consciente que perdía un servidor que se había convertido en un excelente y temible espadachín, cosa muy importante y muy a tener en cuenta en la capital de España, pero quería arrancarse como fuera aquel confuso sentimiento, aquel caos que atormentaba su alma y que en llegando a la Corte y frecuentando damas jóvenes y hermosas, estaba seguro de que remitiría.

Monsieur de Lagarteare estaba viviendo un hermoso momento. Había llegado a Madrid

integrado en el séquito de cortesanos que desde Francia acompañaron a la princesa Isabel de Borbón para convertirse en reina de España al contraer matrimonio con su alteza real el príncipe Felipe, el cual accedería al trono al deceso de su progenitor Felipe III.

Al principio se estableció en la capital como maestro de danza, pero la austera corte de los Austria no era la alegre corte de Luis XIV, y sus vestimentas negras y lúgubres chocaban frontalmente con los brillos, pelucas y afeites de la corte francesa. Pero por encima de todo existía algo que le obsesionaba y no le dejaba ser feliz: la Inquisición. Monsieur de Lagarteare era un libertino y a su condición le era indiferente el pelo o la pluma. Esto en la dulce Francia no representaba inconveniente alguno, pero en la España de Felipe IV, el Santo Oficio enviaba a la hoguera a los sodomitas y a todos los que de una forma u otra cayeran en el pecado nefando. La ocasión de alejarse de la Corte y marchar a provincias le vino pintiparada. Había tenido un amor mercenario y venal con un mancebo de quince años cuyo padre ejercía de mandil^[107] de una marca godeña^[108] muy conocida entre nobles y caballeros, y el villano le andaba amenazando con llevarlo ante el Santo Tribunal si no le daba periódicamente una cierta cantidad de dinero; ya le había sacado buenos cuartos un par de veces y aquello no tenía trazas de terminar, de modo que el francés estaba intranquilo y atemorizado. En éstas andaba cuando surgió la oportunidad de desaparecer de Madrid durante un tiempo y marchar a provincias a instruir en el noble arte de la danza a un rústico caballerete al que, por lo visto, su señor padre pretendía refinar para luego enviarlo a la Corte. Ni que decir tiene que recogió sus bártulos y con una recomendación de un noble amigo del señor de Cárdenas, monsieur de Lagarteare compareció en Benavente.

Su sorpresa fue mayúscula al encontrarse un palacete que para sí hubieran querido muchas de las familias donde había impartido sus enseñanzas, y su alegría se duplicó cuando conoció un doncel de los que a él agradaban y al que su instinto detectó de inmediato. El muchacho era un conjunto de contradicciones. Lo conoció en la sala de armas de la heredad y en un asalto encarnizado que en aquel momento libraba con el que luego sería su alumno, y se asombró de su agilidad así como de la maestría y facilidad de su esgrima, pese a los pocos años que, supuso, tendría. Y en este trance no escaparon a su fina percepción sus gráciles movimientos, su limpia mirada y un no se qué femenino, que desde el primer momento lo sedujo. El que era buen esgrimista era buen bailarín, y quien era buen bailarín, por experiencia sabía que era bueno en los ejercicios amatorios; a todo ello habría que añadir el acicate de la iniciación que él, pacientemente, tornaría en maestría tras unas cuantas lecciones de catre y el goce inenarrable de su desfloramiento.

El portugués y la visita

El de Fleitas, tras pasar por Madrid, donde había finalizado aquel asunto urgente que solamente a él competía, se dispuso a cumplir las órdenes que el doctor Carrasco le había impartido. En primer lugar hizo encerrar al doctor Gómez de León en las mazmorras del palacio del Santo Oficio, en Astorga, para un primer interrogatorio; luego se había dirigido a San Benito con el fin de entrevistarse con la priora, cosa que no pudo llevar a cabo pues ésta, acompañada del clérigo de las monjas, había partido en comisión de servicio con el fin de recolectar donativos de las casas de los protectores de la orden; finalmente, encaminó sus pasos a la mansión de los Rojo e Hinojosa.

En aquella encomienda debía ser muy cuidadoso; don Martín no era un timorato y a él le constaba que tenía buenos padrinos. Llegó a Quintanar del Castillo a media mañana y sin demora se dirigió a la residencia del hidalgo.

Todas las referencias que tenía del estado de sus finanzas se reflejaban en la deteriorada fachada de su casa solariega. Al escudo heráldico que adornaba la blasonada puerta principal le faltaba la piedra que correspondía a la celada del casco del guerrero, las paredes estaban llenas de desconchones, las maderas de las ventanas pedían a gritos una capa de barniz y afeaba la balconada del primer piso la falla de un balaustre, de modo que el conjunto asemejaba una boca a la que le faltara un diente, y finalmente dos de las gárgolas estaban descabezadas.

Dejó su equino atado a una de las anillas que a tal efecto se hallaban dispuestas en la pared y, tras componer la figura, golpeó con el aldabón la sólida puerta de roble que cerraba el deteriorado palacete. La respuesta no se hizo esperar y al cabo de unos momentos y tras el ruido de una falleba al ser retirada, el picaporte se abatió y un criado de raída librea apareció en el quicio de la puerta.

—¿Es la casa de don Martín de Rojo?

—Aquí es. ¿Qué deseáis?

—Obviamente, verle si es que está.

—¿Tenéis hora concertada? —preguntó el servidor mientras se hacía a un lado para que el extraño personaje entrara, cerrando a continuación la puerta.

—Decidle que desea verle don Sebastián Fleitas de Andrade y que me envía su excelencia el obispo de Astorga.

—Voy a ver.

Se fue el viejo servidor, renqueando, pasillo adelante y el portugués se quedó en el recibidor, algo confuso, ante lo desusado del recibimiento. Al rato regresó el hombre y le indicó que le

siguiera, no sin antes decirle que don Martín lo recibiría pero que, al no haberse anunciado, tendría que esperar un rato. El familiar nada dijo y se dejó conducir a una salita situada al lado del comedor de la vivienda que no ofrecía un aspecto precisamente lujoso ni ciertamente confortable. El silencioso sirviente cerró la puerta y se retiró.

Pasó el tiempo y el de Fleitas se iba malhumorado. El lugar era angosto y, aparte de una mesa camilla y tres sillones, nada más había. Cuando ya su reloj le dijo que llevaba treinta minutos esperando se puso en pie dispuesto a marchar, pero en aquel instante se abrió la puerta y apareció en el vano la figura recia y parsimoniosa del procer, al que no hizo falta el anuncio del nombre del visitante para reconocer al punto, por su catadura, la faz del tantas veces descrito esbirro del obispo Carrasco. Asimismo, éste pudo observar extrañado que el rostro del anfitrión no reflejaba temor alguno y sí, tal vez, un punto de cólera contenida y un desprecio infinito, cosa poco común entre sus visitados.

Las primeras palabras del hidalgo confirmaron la impresión recibida y no fueron, precisamente, un saludo:

—No acostumbro a recibir extraños en mi casa si no tienen la deferencia de concertar, previamente, una cita.

El portugués, fino conocedor del alma humana, entendió de inmediato que aquél no era el hombre que tiempo atrás, en San Benito, se excusaba vacilante ante el doctor Carrasco por haber emitido una opinión imprudente, y que diversas podían ser las causas que hubieran modificado su comportamiento. En primer lugar, poderosos e influyentes amigos lo amparaban en la Corte; en segundo, la muerte de su hermana, la priora, le podía haber afectado hasta el punto que su natural orgulloso, por otra parte muy común entre la pequeña nobleza rural, le obligaba a levantar la cerviz como avergonzándose de humillantes actitudes pasadas que quería remediar; y finalmente, el arresto de su amigo, el doctor Gómez de León, le servía de acicate para obligarle a mostrarse ofendido y soberbio a la vez que decidido, y si llegara el caso y fuera necesario, a vender cara su dignidad. Su actitud era la del que se plantea la cuestión y decide: «Si hemos de morir, hagámoslo de pie.»

Llegóse hasta el portugués altivo y tenso, y sin dedicarle el más mínimo saludo ni invitarlo a sentarse le espetó:

—Por una vez celebro que entre mis aficiones no se halle la de la lectura; caso de que así fuere, no os hubiera dejado huronear en mi librería sin una orden directa de un tribunal. Odio a las gentes que entran en las casas como amigos y actúan como ladrones. Si no estoy mal informado, fuisteis a visitar al doctor Gómez de León, viejo amigo y uno de las más nobles y desinteresadas personas que pueda haber en este perro mundo, y por una futilidad sin importancia lo habéis hecho encerrar para que sea interrogado.

El de Fleitas, sinuoso y experimentado, no consideró oportuno entrar al trapo al primer envite e hizo transcurrir el diálogo por otros derroteros simulando un repliegue:

—No está en mis manos juzgar a nadie. Mi misión es informar y os diré que mi escrupulosidad es tal que si hallara en mi hermano un comportamiento que no se ajustara a la ortodoxia de la Santa Madre Iglesia, mostraría el mismo celo que he mostrado con todas las personas a las que me he visto obligado a investigar. Además, abundo en la observación que habéis hecho y estoy cierto de que se tratará, sin duda, de un malentendido y que dentro de un mínimo tiempo vuestro galeno estará de nuevo visitando a sus pacientes.

Don Martín no cayó en el engaño.

—Fuisteis a su casa... llovía... y tuvieron la atención de permitiros pasar a su despacho en tanto él regresaba de sus visitas. Empleasteis muy bien vuestro tiempo, ¡a fe mía!, curioseando entre sus libros, y al no encontrar motivo de culpa alguna tras la entrevista que con él mantuvisteis, os llevasteis un tomo de su librería y con tan poco fundamento montasteis una causa. Me parece una postura deleznable que por un antiguo volumen que hace años y desde antes de que estuviera incluido en el *índice* estaba en poder de su familia, haya sido, aunque sea momentáneamente, privado de su libertad.

—Es una apreciación muy sesgada la que hacéis del tema, y os honra defender a vuestro amigo, pero sabed que, al igual que él no dejaría de ser médico en cualquier circunstancia, yo, desde mi responsabilidad de familiar, ejerzo siempre al servicio de las leyes que promulga el Santo Oficio y si bien es cierto que no acudí a su casa por este motivo, cuando lo conocí no pude ignorarlo; hubiera sido ir contra mi conciencia. Pienso, además, que si a los caballeros de su nivel y condición no se les exige el exacto cumplimiento de la ley y entramos en disquisiciones tales como «no recordaba» o «ni siquiera sabía que el libro estaba en el *índice*» entonces mal podremos actuar contra personas de menos cultura y por ende de menos responsabilidad. En cuestiones donde está en juego la pureza de la fe no tenemos más remedio que ser escrupulosos.

Al hidalgo no le hizo mella el discurso.

—Bien, en primer lugar mostradme algún documento que acredite quien decís ser. No quisiera caer en errores que luego me reporten consecuencias impensadas.

El portugués, extrayendo de su escarcela una arrugada cédula, se la entregó.

—Veo que sois desconfiado.

Don Martín se caló sus anteojos, leyó y luego dijo a la vez que se lo devolvía:

—Únicamente precavido. Bien, seamos breves. ¿Cuál es el motivo de vuestra inesperada visita?

—Veréis, me comunica su reverencia y primer protector de San Benito que, al parecer, una aspirante que estaba a punto de hacer sus primeros votos de postulanta ha desaparecido del convento.

—¿Y?

—Pues que al ser vuesa merced tutor de la susodicha, tal vez sepáis algo más de lo que de ella se dice.

—Y ¿qué es lo que de ella se dice? Para que yo sepa si sé o no sé algo más.

—Pues veréis, el doctor Carrasco recibió una epístola de la nueva priora en la que le ponía al corriente del extraño suceso y de las circunstancias que lo rodearon. Los hechos fueron los que a continuación paso a relataros.

El familiar explicó a don Martín todo lo que ya sabía a través de sor Gabriela de la Cruz, pero éste le dejó concluir y cuando ya lo hubo hecho señaló:

—Todo este asunto no es nuevo para mí. Cuando estuve en San Benito a mi vuelta de Madrid para visitar la tumba de mi querida hermana, me fue relatado punto por punto, tal y como vos lo habéis hecho ahora.

—Entonces, ¿qué podéis añadir que yo no sepa?

—¿En la carta que le enviaron al obispo no le relataban, a la vez, las extrañas circunstancias que concurrieron en la muerte de mi querida hermana?

—Nada me ha dicho a este respecto.

—Pues sabed que no me conformo con esa peregrina e insostenible teoría de que la muerte de la madre se debió al descuido de esa muchacha y, mucho menos, a las terribles insinuaciones que se han vertido al respecto sobre si la pobre fue la causante directa por no sé que posesiones diabólicas. Desde luego la historia no va a terminar de esta manera y no he de parar, caiga quien caiga, ya sea eclesiástico o seglar, hasta dar con el responsable, si no el culpable de este tristísimo asunto.

—No dudéis que la Iglesia no permanecerá indiferente ante la denuncia de tal hecho.

—¡Eso espero! De no ser así el poder civil entrará en el asunto, y triste es que los hombres del rey tengan que intervenir en un monasterio.

—Pero vuesa merced no ignora que existe un concordato y que de los temas de la Iglesia se ocupa la Iglesia.

—¡Y bien hará de ocuparse! Pero el que sin duda se ocupará será su hermano y éste, no lo dudéis, soy yo.

El portugués volvió sobre sus pasos:

—Entonces, ¿nada tenéis que ver con la aspirante huida, aparte de ejercer su tutoría?

Don Martín de Rojo vaciló un instante, cosa que no pasó inadvertida al investigador.

—Nada en absoluto. Pero tengo el máximo interés en que sea hallada y reintegrada al convento. Es una criatura inocente y no está preparada para la vida extramuros, amén de que me siento responsable de ella... no en balde me ocupo de su formación desde que mi hermana me pidió que fuera su tutor.

—¿Y la madre Teresa no os dijo nada sobre quiénes podían ser los progenitores de la criatura?

—La reverenda madre lo ignoraba. Un caballero embozado la dejó a su cuidado, una noche, en San Benito... y de haberlo sabido porque ese alguien le hubiera confiado el secreto, jamás habría revelado el origen del mismo ni siquiera a mí, que era su hermano y a quien tanto quería.

—Y ¿no os habló tampoco de quién cuidaba de su manutención?

—La priora era una mujer muy inteligente y nadie ignora que por el hilo se saca el ovillo. Catalina no nació en el convento como la hija de cualquier recogida, y por ello no fue dada en adopción; viendo su porte se podía adivinar fácilmente que el origen de su cuna era sin duda noble. Pero, os repito, jamás me insinuó nada sobre el alcurnia de la criatura... y yo, sabiendo cómo era, tampoco se lo pregunté.

—Y ¿tampoco os comentó en alguna ocasión si tenía alguna marca que la distinguiera y la pudiera identificar con alguna familia, sin decirnos, claro está, de que familia se trataba?

El hidalgo supo en aquel momento que todas las preguntas anteriores habían sido circunloquios y que aquélla constituía el meollo y motivo de su visita.

—Creo que me he explicado claramente acerca de la discreción absoluta de mi hermana; o sois muy torpe, cosa que no creo, o tal vez intentáis con rodeos y sutilezas que yo caiga en alguna contradicción.

—No tal... me limito a cumplir con mi trabajo. —Y prosiguió tenaz e incansable—: Me habéis dicho que estuvisteis en Madrid antes de ir a San Benito. ¿Tal vez me podríais explicar el motivo de vuestro viaje?

—Podría si me conviniera, pero no es así. ¿No os pagan para que investiguéis? Pues hacedlo.

Tal vez si lo descubris se os pasen las ganas de escudriñar mi entorno y de molestar a mis amigos.

El portugués entendió que frente a él se hallaba un duro, iracundo y amparado contrincante.

—El brazo de la Inquisición es largo e incansable. No dudéis que todo cuanto le interesa termina sabiéndolo. Y ahora, si me permitís. —El de Fleitas hizo el gesto de salir.

—No sólo os lo permito, sino que celebro dar por terminada la entrevista. Y sabed que prefiero que los juicios se celebren en los tribunales y no en mi propia casa. Ahora mi criado os acompañará hasta la salida.

La partida

Catalina estaba desolada. Andaba por el palacete como alma en pena y no comprendía lo que para ella había constituido una traición. Diego, tras demostrar a su padre que había aprovechado las clases de danza y que se podría defender en la Corte más que correctamente, había obtenido al fin el tan ansiado permiso para partir hacia Madrid en compañía de don Suero, que después de dejarlo instalado para que iniciara su instrucción en la Casa de los pajes regresaría a Benavente. Todo había sucedido de una forma súbita e imprevista. El marqués de Cárdenas había asistido, a instancia de su hijo, a la clase del sábado por la tarde, y por la noche Lorenzo le comunicó que la partida era inminente. Catalina al principio no lo creyó, y armándose de valor se dirigió a las habitaciones del joven y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —interrogó la voz amada desde dentro.

—Soy yo, Alonso. ¿Dais vuestro permiso?

—Pasad.

Catalina abrió la puerta y asomó su cabeza. Lo que vieron sus ojos la dejó perpleja y descolocada. Diego estaba en el dormitorio del fondo; la antesala aparecía llena de bultos, paquetes y baúles a medio hacer, desperdigados por doquier. Ella cerró la puerta y se quedó en medio de aquella barahúnda sin saber qué hacer ni qué decir, y de esta guisa estaba cuando la cabeza de Diego asomó entre los cortinajes que separaban ambas estancias. Contra lo habitual, no estaba sonriente ni distendido y la interpeló en un tono que le pareció algo desabrido e intemperante.

—¿Qué queréis?

A Catalina se le saltaban las lágrimas y apenas balbuceó:

—¿Os vais?

—A vos ¿qué os parece, que estoy haciendo mi equipaje para salir de caza? Sí, por fin me voy a la Corte.

—Habíais dicho que yo iría con vos.

—Tal vez más tarde. Debéis completar, por ahora, vuestra formación como paje. De momento seríais más una carga que una ayuda; me temo que deberéis esperar otra oportunidad.

—¡Pero vos me lo prometisteis!

—Como comprenderéis, no tengo por qué daros cuenta de mis decisiones. Creí que a estas alturas habríais progresado más en vuestros conocimientos; sin embargo, fray Anselmo opina que todavía no estáis preparado... no solamente cuenta la opinión de don Suero. Debo reconocer que vuestro nivel de esgrimista es prodigioso, sobre todo teniendo en cuenta que solamente lleváis dos

años en ello, aunque se ve claramente que anteriormente habíais practicado. Pero en la formación de un paje, que es el preámbulo de un caballero, no sólo cuenta el ejercicio físico, la monta y el manejo de las armas, sino también, y mucho, el conocimiento de las letras y las matemáticas, y en esto por lo visto todavía no dais la talla.

—¡Pero si fray Anselmo me ha dicho que podría llevar la contabilidad de la casa, caso de ser necesario!

—Pues lo habrá hecho para animaros en vuestros estudios. No es eso lo que ha dicho a mi señor padre... y es él quien ha decidido que permanezcáis en palacio...

—No lo comprendo. Permitidme aclarar este malentendido con fray Anselmo y hablar con el señor marqués.

—¡Os guarde Dios! No sois quién para forzar las circunstancias ni intentar enmendar la plana a personas de mucho más criterio que vos. Y ahora, dejadme que tengo muchas cosas que arreglar y poco tiempo.

La forma de tratarla, sin ser descortés, no era la habitual. Catalina no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Queréis que me quede a ayudaros? —La muchacha casi suplicaba.

—Decid mejor a mi ayuda de cámara que acuda. Él sabe mejor que vos dónde tengo todas las cosas, y tiene más oficio haciendo equipajes.

Catalina no fue capaz de contestar y, sin pedir permiso, se retiró. Ya no podía contener las lágrimas y su orgullo herido no le permitía llorar ante Diego.

Cuando salió del aposento, el joven marqués quedó pensativo. Su deseo, por una parte y sin quererlo reconocer, era permanecer en el solar paterno y seguir con la vida de todos los días; y sin duda el motivo era aquel oscuro sentimiento que albergaba en el último recoveco de su corazón y en el cual ni tan siquiera osaba pensar. Y por la otra parte, la vida en la Corte siempre fue un sueño para él y a esta circunstancia se sumaba un motivo importante: comprobar si la distancia y el trato con damas de su edad y alcurnia apartaban de su corazón aquella absurda sensación que le embargaba. Sin embargo, algo arañaba fuertemente su conciencia. Era la primera vez que faltaba a su palabra y reconocía que había alimentado en infinidad de ocasiones la ilusión que Alonso tenía por acompañarle a la Corte. Y en verdad que de no ser por «aquello», le hubiera venido a las mil maravillas contar con él; era un paje de una lealtad absoluta, trabajador y puntual como no había conocido otro, y sobre todo un espadachín formidable que en cualquier lance que le surgiera en las peligrosas calles de Madrid, contando con aquella su extraña facilidad de cambiar súbitamente el fierro a la zurda, hubiera dado una tremenda sorpresa al más avezado de los valentones.

Al amanecer del día siguiente y a la luz de los hachones, el séquito se puso en marcha; fue despedido desde la escalinata del palacio por casi todo el personal presidido por el marqués de Torres Claras, en cuyo rostro se reflejaba el orgullo entreverado con la pena. Por una parte su querido y único hijo ya era un hombre y marchaba a la Corte, y por la otra, el principal motivo de su existencia y la alegría de su casa se iba para un largo tiempo y, cuando regresara, ya nada volvería a ser igual.

La comitiva que acompañaba a Diego la formaban su ayo, don Suero, Lorenzo, el hijo del deudo del marqués que iba a hacer las labores de paje, dos lacayos, un palafrenero y un escudero; éste se sumaría al cuerpo de casa e iba a permanecer en Madrid cuando don Suero regresara a Benavente. Todos ellos iban magníficamente pertrechados y montaban excelentes animales; cinco

acémilas de carga completaban la expedición.

Dos personas veían la partida con diferentes ojos. Desde la ventana de su desván y por una rendija del ajustado postigo, Catalina, hecha un océano de lágrimas, no se perdía detalle de la triste despedida.

Monsieur de Lagarteare, desde el ventanal de la sala de armas observaba cómo se ponía en marcha la caravana y cómo se reunían todos en el exterior para despedirla. Todos menos Alonso, que no se hallaba entre los presentes; señal inequívoca, para sus expertos y taimados ojos, de que el paje tenía sus mismas tendencias y que sufría del mismo mal de amores por su joven amo que él sintió por el imberbe doncel que tuvo que abandonar en Madrid. «El tiempo lo cura todo», pensó. Mejor, así sería más fácil consolarlo.

Fuencisla

Nada de lo que había prometido el padre Rivadeneira a Fuencisla se había cumplido. Parió a su hijita una madrugada en la enfermería del monasterio, asistida por una partera y por sor Guillermina, que era la hermana enfermera del convento, y a las setenta y dos horas le retiraron a la niña y ya no la volvió a ver. Creyó volverse loca. Ni sus lágrimas ni sus ruegos consiguieron ablandar a sor Gabriela. Ella únicamente pedía que se la dejaran cuatro o cinco meses para poderla criar a sus pechos, pero su demanda fue denegada. La priora le respondió que, si quería a la criatura, debía abandonar el monasterio y alejarse de San Benito.

No tenía adónde ir ni familia ni a quién recurrir. Había entrado en el convento a los dieciséis años, violada por un carretero y embarazada de cuatro meses. Cuando tuvo a la criatura, se la arrebataron y jamás le dijeron adónde había ido a parar ni a qué familia había sido entregada. Sin embargo, sor Teresa de la Encarnación se apiadó de ella y le permitió quedarse en régimen de fámula. A sus dieciocho años recién cumplidos, su incultura le proporcionaba un temor atávico que le impedía enfrentarse al mundo exterior, y pensar siquiera en alejarse de los muros protectores del cenobio la aterrorizaba. Pero lo que no podía soportar era que de nuevo le robaran a su hija. Esta vez estaba dispuesta a luchar. Apenas reincorporada a sus tareas, fue en busca del fraile.

—¡Pero vuestra paternidad me prometió que ayudaría a mi pequeña y que yo sabría adónde iba a parar y que, de vez en cuando, le podría enviar algún regalo y vos me traeríais noticias!

—Tal vez fuera como decís, pero luego y tras mucha meditación el Señor me indicó el camino y yo, como padre responsable que soy de esta criatura, he decidido que mejor será para todos que os olvidéis de ella; si nada sabéis, menos sufriréis. Ella seguirá su camino, vos el vuestro y... yo el mío. Hora es ya de que vuestra incuria caiga sobre vos, que sois la responsable de guardar vuestra castidad, y no sobre mí de modo que se acrecienten mis ocupaciones, que ya son múltiples y variadas.

Y con esta respuesta soberbia y cínica, el fraile se sacó de encima a la muchacha y el problema de una sola vez. Fuencisla, que era una infeliz, salió del despacho anegada en llanto.

Desde aquel lejano día que avisó a Casilda sobre el peligro que acechaba a Catalina no había vuelto a hablar del tema. Cuando la voz que había dejado escapar una postulante se expandió por todo el convento, dio por sentado que su aviso había llegado a tiempo y el hecho tranquilizó su conciencia. Pensó que el Señor había hecho posible que escuchara la terrible conversación desde el altillo de la biblioteca con el fin de salvar a aquella criatura, pero con el paso del tiempo notó que en su pecho se incubaba un odio cerril hacia el causante de su pena y, fuere para descargar su

conciencia o para buscar consuelo, el caso es que buscó a Casilda de nuevo, iba ya para dos años, y le contó todo lo acaecido, y la estafa que con ella había cometido el fraile.

—¿Eso os dijo?

—Tal como os lo estoy contando. Algo he de hacer y ¡por mi hija os juro que no ha de quedar esto así!

—Pero, Fuencisla, ¿qué podéis hacer vos contra el cura y la priora?

—No lo sé, Casilda. Por eso es que recurro a vos.

—Dejadme pensar unos días. Cuando aclare mis ideas y se me ocurra alguna cosa, así como también la ocasión de llevarla a cabo, ya os diré algo.

Preguntas sutiles

Cinco meses habían transcurrido desde que al doctor Gómez de León lo encarcelaran. Al principio tuvo esperanzas de que aquel mal paso fuera una estratagema para que confesara lo que él intuía era el verdadero motivo de su detención; pero el hecho de que nadie se acercara a decirle cosa alguna en tanto tiempo le desmoralizaba y, pese a que su espíritu no flaqueaba fácilmente, comenzaba a perder la esperanza y a sentirse profundamente preocupado. Hacía tiempo que el carcelero había olvidado sus amabilidades, que duraron el tiempo que los dineros de su bolsa, y la situación se fue tornando infinitamente más amarga de lo que al principio había sido. El agua que le suministraban era escasa y corrompida, y la comida pura bazofia. Sin embargo, aunque muy mermado, resistía pensando en las miserias que había conocido en su larga vida de médico, y su bondad y resignación hacían que ofreciera aquella prueba al Cristo en la cruz, del que era muy devoto.

Su barba había crecido hirsuta y desordenada y su ropa estaba asquerosa; las ratas por la noche y los piojos y otros parásitos durante el día lo visitaban con asiduidad.

Una mañana del quinto mes y tras darle una gacha para el desayuno, el carcelero vino a decirle que se preparara pues dentro de una media hora a lo sumo el cuerpo de guardia lo vendría a buscar. Se levantó de la yacija en la que estaba recostado y acercándose a una palangana que le habían dejado la noche anterior hizo unas abluciones; tras secarse con un trapo, en el que el blanco primigenio ya no se distinguía por esquina alguna, se pasó las manos por sus ralos cabellos en un vano intento de acicalarse para estar presentable y poder mantener de esta manera su dignidad en la cita que, sin duda, se aproximaba.

Al cabo de un rato, unos pasos resonaron al fondo del corredor y, tras detenerse, unas voces se oyeron mezcladas con las de su guardián; los pasos arrancaron de nuevo y el ruido iba en aumento hasta que unas sombras proyectadas hacia delante fueron disminuyendo e indicaron al galeno que los hombres que venían a por él habían rebasado el centro del corredor y la luz del hachón que allí se encontraba quedaba ya a su espalda. Sus cansados ojos los avistaron: eran dos soldados de la guardia, acompañados de un clérigo y de su carcelero. Llegaron a la altura de su celda y el celador, introduciendo en la cerradura de la reja una de las llaves que portaba en el arillo de hierro de su cintura, abrió la cancela para que el clérigo y los armados entrasen. Nadie le dirigió la palabra ni él demandó explicación alguna. Los guardias procedieron a colocarle en las muñecas unos grilletes que estaban unidos entre sí por una corta cadena; luego, tirando de él lo sacaron de la mazmorra, siguiendo al clérigo pasillo adelante.

Las paredes del largo corredor rezumaban humedad y los hachones que lo alumbraban

crepitaban a su paso; de esta guisa arribaron a una puerta ubicada al final del pasillo, que daba paso a una estancia lóbrega y capaz, por su aspecto, de quebrar el ánimo del más esforzado. La estancia era cuadrada, los techos abovedados y sostenidos por arcos de medio punto; la luz provenía, como la del corredor, de unos hachones ubicados en jaulas de hierro y de una lámpara visigótica que colgaba del techo con ocho candelas encendidas. Contra la pared del fondo y al lado de una puerta se veía una tarima de dos alturas, más elevada en el centro que en los laterales, a la que se ascendía por una escalerilla; sobre ella, tres mesas cubiertas por unos damascos negros y cada una con su respectivo sillón tachonado, y en el muro de detrás un tapiz con el escudo del Santo Oficio. En fondo rojo, una cruz puesta sobre un montículo de tierra que estaba formada por dos troncos de árbol sin desbistar bajo el crucero corto; y a su izquierda una rama de olivo y a su derecha una espada invertida. Orlándolo todo, una leyenda en latín:

EXURGE DOMINE ET JUDICA CAUSAM TUAM^[109].

Al lado mismo del tribunal y a la vista del reo aparecían los instrumentos de convicción, según la nomenclatura que la Inquisición daba a los sistemas que empleaba para sugerir a los prisioneros que la mejor solución para ellos era que hablaran.

Un estremecimiento de horror recorrió la espina dorsal del viejo doctor a la vista de aquellos terribles hierros. En primer término se veía la mesa donde se descoyuntaban las articulaciones de los desgraciados que allí paraban; constaba ésta de unas argollas para sujetar manos y pies y un gran tornillo cuyo perno las iba separando, más y más, a cada vuelta de mancuera, estirando los miembros del prisionero hasta que las articulaciones se descoyuntaban y los cartílagos, músculos y tendones se desgarraban. En el techo, la polea donde se les colgaba por los pulgares hasta que su propio peso y la sangre, al no poder circular, producían unos dolores de agonía. Colgados de varios clavos en una de las paredes laterales se veían látigos, argollas, hierros con puntas y otras nada tranquilizadoras herramientas; por último, sobre tres patas de hierro, en un hornillo lleno de brasas al rojo se calentaban unas tenazas dentadas.

La puerta del fondo se abrió y compareció, precedido por un encapuchado verdugo y dos clérigos, su ilustrísima el reverendo don Bartolomé Carrasco y Maldonado, secretario provincial del Santo Oficio. El primero se dirigió al lugar donde tenía sus trebejos y los otros tres ocuparon los sillones ubicados tras las mesas, ocupando el del centro el señor secretario y los de los costados los dos dominicos con sus sotanas blancas y sus negras capuchas sobre las espaldas: el primero, orondo y sanguíneo, mostraba una tuberosa nariz veteada de venitas azules, y el segundo era longuilíneo y seco como un sarmiento. En pie y entre los dos armados, el doctor Gómez de León sudaba copiosamente.

Tras una oración en latín y luego de encender un cirio al lado de los Evangelios, uno de los dos clérigos, el que se hallaba a la derecha del prelado, comenzó la sesión.

—¿Sois, sin duda, el doctor don Andrés Gómez de León y de Urbina?

—Ése es mi nombre.

—¿Sabéis por qué estáis ante este tribunal?

—Intuyo el motivo, pero no entiendo la culpa.

En ese instante intervino el prelado con voz firme y rotunda:

—¡No olvidéis que estáis aquí en calidad de reo, no de juez! Limitaos a contestar escuetamente a las preguntas que se os demanden.

El doctor asintió con la cabeza.

El fraile prosiguió:

—¿Sois consciente de que se han hallado entre vuestros libros volúmenes que están incluidos en el *índice*?

—Ya expliqué a la persona que acudió a mi casa que esos libros se encontraban allí desde tiempos inmemoriales, cuando no eran libros prohibidos.

—De lo cual se infiere que no habíais cumplido con vuestra obligación de cristiano viejo siguiendo puntualmente los mandatos que emanan de la autoridad de la Santa Madre Iglesia de expurgar lo que en estos tiempos se considera perniciosa basura.

—Os repito que ignoraba tal requisito. Mis tareas, que consisten en atender un gran número de lugareños repartidos en muchas leguas a la redonda, pues la mayoría de mis pacientes residen en el campo, me impiden dedicar mi tiempo a otros menesteres. Salgo de mi casa antes de que el sol asome por el este y regreso, a veces, cuando la luna ya está muy alta. Mis jornadas son de doce o catorce horas, y mis fuerzas ya no son las de la juventud.

—Esto no es óbice para que no cumpláis con la principal tarea de un buen cristiano, que es preservar la ortodoxia de la fe.

—Os repito que ha sido un descuido.

—Yo más bien diría que un gravísimo descuido que os puede traer fatales consecuencias.

—Además de vos, ¿quién mora en vuestra casa? —intervino Carrasco.

—Tengo una vieja mucama que cuida mis necesidades.

—¿Y habéis puesto en peligro su alma inmortal dejando a su alcance materia tan peligrosa?

—Laurencia es incapaz de hurgar entre mis libros, amén de que sus luces no le alcanzan para poder leer.

—Y ¿en vuestro despacho no recibís, acaso, a vuestros pacientes?

—Cuando los recibo, estoy yo en ellos.

—¿Siempre?

—Invariablemente. Las gentes que acuden a mi consulta lo hacen para que las visite. Si yo no estoy en ella, regresan otro día o me esperan en la salita a ello destinada.

—No siempre. Sin ir más lejos, nuestro enviado fue introducido en vuestro despacho sin estar vos presente.

—Fue una deferencia de mi criada, cuyo instinto detectó a persona de calidad que no requería mi atención profesional.

—De lo cual se infiere que cuando algún pariente o amigo acude a veros, caso de que no estéis en vuestra casa cabe la posibilidad que lo hagan pasar donde están vuestros libros.

—Muy improbable es, pero cabe. Debería ser alguien muy allegado para que Laurencia lo introdujera en mi despacho.

—¿Tenéis muchos amigos que merezcan este grado de confianza?

El doctor Gómez de León intuyó que el real motivo de su apresamiento se iba a hacer patente en aquel momento.

—Para tener amigos íntimos hay que tener tiempo para cultivarlos y yo, reverencia, carezco

del mismo.

Ahora era el fraile gordo del otro lado el que preguntaba:

—Y ¿a quién consideraríais, de entre vuestros allegados, con condición suficiente para que le permitieran estar con vuestros libros sin hallaros vos presente?

El viejo galeno dudaba si incluir entre sus allegados a don Martín de Rojo o no hacerlo. Pensó finalmente que lo apropiado sería nombrarlo, ya que de todas maneras lo sabían y de no obrar así lo tacharían de embustero.

—Tal vez al doctor Solís, colega mío y antiguo médico de los Tercios; hasta su muerte lo hizo fray Gerundio, que fue confesor de las monjas de San Benito... A don Martín de Rojo, que tiene su casa solariega en Quintanar del Castillo... y cuando viene a visitar sus latifundios, el marqués de Yaguas.

—Ese don Martín de Rojo... ¿Decís que es amigo vuestro?

—Soy médico de su familia. Y sí, es un viejo amigo.

—¿Desde cuándo habéis cuidado de la salud de su familia?

—Era yo un joven médico que había pasado la prueba del tribunal examinador hacía escasos meses cuando tuve que cuidar la enfermedad de su señor padre.

El rostro del obispo se contrajo de un modo palmario. El fraile, al estar a su costado no se dio cuenta, pero sí el médico.

—Y ¿cuántos son los componentes de esa familia?

—No veo la relación que puede tener lo que me preguntáis, que por otra parte es público y notorio, con el fallo de albergar en mi librería y desconociéndolo un volumen prohibido.

La voz del prelado tronó inmisericorde:

—¿Sabéis que solamente por eso podéis pasaros años en una mazmorra de Toledo o de Valladolid! Os he dicho que sois un reo común que ha desafiado las leyes de la Santa Inquisición y al que acuso de desacato ante este tribunal. ¡Decidme cuáles y quiénes son los miembros de esa maldita familia! —Al obispo hablar de aquel tema le perdía la víscera, hasta el punto de que ambos frailes lo miraron algo extrañados.

—La componen don Martín, su esposa, doña Beatriz de Fontes, y cuatro hijos: un varón y tres hembras.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

El médico se mantuvo firme.

—Desde luego, reverencia.

—Habladme de la difunta priora de San Benito. ¿La atendisteis en su enfermedad?

—Sí, reverencia, tal hice.

—Según mis noticias, parece ser que la fórmula que le suministrasteis en vez de mejorarla acabó con su vida.

—Mi receta bien suministrada solamente podía ayudarla. Si se hizo mal uso de ella, no es mi responsabilidad. Su paternidad no ignora que no hay venenos, hay dosis.

—La priora era hermana de vuestro amigo don Martín de Rojo, ¿no es cierto?

—Así es, excelencia.

—Y ¿qué me podéis decir de una muchacha, una tal Catalina, que iba a hacer los votos de postulanta, que fue la que atendió a la priora en su última noche y a la que parece habérsela tragado la tierra?

Al galeno, que nada sabía del suceso, le pilló de nuevas la noticia y palideció visiblemente.

—Nada os puedo decir. Ni sé lo que ha ocurrido ni tienen por qué darme cuenta de ello. Mi humilde persona se limita a acudir al monasterio cuando soy reclamado porque alguien está enfermo.

—¡Estáis mintiendo y sus paternidades son testigos de vuestra lividez! ¡Por Dios vivo que sabremos refrescaros la memoria! —Entonces se dirigió a los frailes—: Proceded como es costumbre y que medite. Vamos a ver si la próxima vez recuerda mejor las cosas.

Y tras estas palabras, el doctor Carrasco apartó violentamente su sillón, y poniéndose en pie, se dispuso a bajar del estrado y a salir por la puerta.

El fraile más bajo, extrañado ante la insólita orden referida a un reo cuyo proceso acababa de comenzar, se levantó asimismo y aproximando su cabeza a la del obispo le sugirió al oído:

—Perdone su reverencia, ¿no creéis que debemos incoar el procedimiento... esperar a que se aporten las pruebas y dejar que los trámites sigan su curso antes de tomar una decisión tan drástica como la que habéis tomado?

—Su paternidad sabe que muchos tibios se escapan de la justicia de Dios porque nosotros nos aferramos demasiado a la legalidad, permitiendo que unos leguleyos distorsionen los hechos y una u otra influencia nos arrebatte de las manos el derecho que nos ha sido otorgado para castigar notables extravíos. Hora es ya que abreviemos los trámites. El maligno va ganando terreno y nosotros nos perdemos en vericuetos legales que no conducen a otra cosa que a demorar el castigo que debemos impartir. ¡Proceded tal como he ordenado y dejadme a mí la responsabilidad de decidir! Un susto vendrá bien a este insensato para que dentro de poco tiempo maduren sus recuerdos y pueda aportar más luz que ilumine este tenebroso asunto que apesta desde lejos. ¿Acaso no habéis visto cómo la sangre ha abandonado su rostro cuando se le ha interrogado sobre la huida de esta aspirante? ¡Obedeced y no entorpezcaís mis decisiones!

Todo este argumento lo vertió el doctor Carrasco silbando como una sierpe, más que hablando en voz baja, a la oreja del asombrado fraile. Éste no tuvo otro remedio que ratificar a su compañero la orden dada en tanto el obispo, que había bajado de la tarima, se dirigía con paso acelerado a la salida.

El otro entonces hizo una señal con la cabeza a los soldados que flanqueaban al médico. Éstos lo sujetaron por los brazos y lo acercaron al lugar donde se hallaba el verdugo...

—Extendedle las manos sobre el soporte —ordenó el más alto de los dos.

Uno de los soldados tiró de la cadena que sujetaba las muñecas del doctor y le obligó a poner sus manos sobre un yunque de hierro en tanto el otro procedía a atarle una cuerda alrededor del cuerpo para que éste quedara fijo sobre una columna.

—Por Dios, ¿qué vais a hacer?

—¡Lo que vamos a hacer es precisamente por Dios!

El esbirro aproximó unas afiladas tenazas a las manos del galeno.

—Mis manos... ¡Nooo! ¡Por lo que más queráis! ¡Si me dejáis impedido ya no podré curar a nadie!

—Mejor es que curemos vuestra alma. ¡Proceded!

El verdugo, con la afilada tenaza, procedió a arrancar una a una las uñas de las dos manos del anciano doctor. Cuando iba por la cuarta, éste se desmayó. Hecho un guiñapo y con las extremidades superiores envueltas en un par de trapos sanguinolentos, al cabo de una hora y tras

recuperarlo volcando el agua de un cubo sobre su cabeza, lo devolvieron a su celda.

Cabos sueltos

Álvaro de Rojo había terminado sus estudios en Salamanca y, gracias a él, también los había concluido Cristóbal López Dóriga. El primero sentía una admiración ilimitada por el segundo y éste era el motivo por el que inventaba sus virtudes y obviaba sus defectos. Álvaro vio el cielo abierto cuando el padre de Cristóbal, a instancias de éste y en prueba de gratitud, le ofreció la oportunidad de continuar su formación en la Corte.

Los dos se complementaban: Álvaro era profundo, reflexivo, estudioso, tenía un poderoso intelecto y era amante de las letras, en tanto que Cristóbal era alegre, burbujeante, ligero, mujeriego, embaucador, buen tañedor de guitarra y aficionado al naípe.

Regresó Álvaro a Quintanar del Castillo acompañado del viejo Matías a pasar los meses de la canícula de estío en compañía de los suyos y recabar el permiso paterno para preparar, si es que lo obtenía, su viaje a la Corte. Llevaba en el zurrón una carta del marqués de López Dóriga con la oferta recibida a fin de que la consultara con su padre y éste viera que la propuesta era seria.

Álvaro, que no por estar alejado era ajeno a las estrecheces de su casa, pudo observar las muestras de fatiga y el deterioro que el paso del tiempo y la falta de medios habían ocasionado tanto en el edificio como en su contenido. En todo estaba patente, ya fuere en el desgaste del mobiliario, en lo raído de los cortinajes y de la vestimenta de los criados o en la escasez de animales en las cuadras. Pero era su casa y allí se encontraba su madre, a la que tanto amaba y debía.

Estaba feliz y sumamente emocionado ante la ocasión que se le presentaba de marchar a Madrid, pero deseaba que aquel verano fuera inolvidable.

Ese año cumpliría los diecisiete y el mozalbete que había partido hacia Salamanca cuatro años antes se consideraba ya un hombre, y su título de bachiller le otorgaba el derecho al tratamiento de «don».

Se encontraba de pie ante su padre, quien sentado en su vetusto sillón procedía a leer la carta que le acababa de entregar, y su pensamiento analizaba las posibles reacciones del hidalgo ante lo que él creía no sólo una favorable coyuntura, sino también una oportunidad única. Pero temía su reacción, que vendría dictada sin duda por su ilimitado orgullo.

Recordaba los infinitos vericuetos que tuvo que inventar para justificar la altura de su nivel de vida durante la estancia en Salamanca que su peculio no hubiera podido soportar. Finalmente don Martín creyó, o simuló creer, que la retribución por las clases particulares que impartía a su amigo la pagaba éste en especias, y que el trato era bueno para ambos jóvenes. Solamente de esta manera le autorizó a vivir con la holgura que únicamente la generosidad de López Dóriga le había

proporcionado.

Su padre seguía con la lectura de la carta y Álvaro paseó la mirada por la estancia. Todo seguía igual, pero más viejo y le pareció que hasta más pequeño... Ni la apagada chimenea era tan grande ni el salón tan espacioso como lo recordaba de antes de su partida. Su madre bordaba un tapiz junto a la ventana donde su abuelo paterno, don Bernardo, había tenido el fatal ataque, y desde allí la vista del jardín continuaba siendo lo hermosa que siempre había evocado su memoria.

De Don Cristóbal de López Dóriga y Olid A Don Martín de Rojo e Hinojosa

Muy respetado señor:

La estima y consideración que mi hijo profesa al vuestro me mueven a escribir esta misiva con el fin de proponeros una cuestión que puede rendir, a ambos, mutuos beneficios.

No tengo duda de que conoceréis la profunda amistad que ha surgido entre los dos muchachos, y de la que estamos harto satisfechos. Creo que las cosas que redunden en beneficio de ambos nos deben satisfacer a todos.

Muchos son hoy los peligros que acechan a nuestros jóvenes y creo que una buena influencia que pasa, claro es, por una buena compañía, son fundamentales.

Esto es lo que me ha movido a, que si vuestra intención es que Álvaro acabe su formación en la Corte, invitarlo a que lo pueda hacer morando en mi palacio de Madrid, ya que así continuaría su benéfica influencia sobre mi hijo y sería la forma de que yo pudiera agradecersele de alguna manera.

Ni que decir tengo que mi casa es la vuestra y que me tenéis a vuestra entera disposición.

*Firmado y rubricado
Cristóbal López Dóriga*

—Bien, hijo mío, me llena de orgullo el alto concepto que de vos tienen los que os han tratado, porque de la fama de un hombre y de su honra dependerá su futuro, y yo quiero para vos el más preclaro de todos. Hablaré de ello con vuestra madre, ya que me consta la ilusión que tenía de que os reintegrarais a nuestra casa, y no me parece justo dejar de atender a sus siempre prudentes palabras. De momento tenemos todo un verano para meditar y no quiero precipitarme, pero no estaría de más que invitarais a vuestro amigo a pasar unos días con nosotros para que lo conozcamos y que él sepa quienes somos los de Rojo.

—Nada podría hacerme más feliz, padre mío —fue la jubilosa respuesta de Álvaro.

Entonces el hidalgo, tras dar su mano a besar a su hijo, salió de la estancia.

—Madre, ¿habéis oído?

El muchacho, apenas hubo partido su padre se acercó a la ventana.

—Hijo, aunque esté haciendo otra cosa, siempre me mantengo pendiente de aquello que os atañe.

—Y ¿qué os parece, madre?

—Los hijos, Álvaro, son un préstamo de Dios. Mala madre sería yo si no os dejara volar, me aferrara como una sanguijuela a vuestra vida y no os permitiera crecer. Vos habéis de vivirla, como cada humano tiene que hacerlo, y aunque tal vez ahora no lo comprendáis, cuando la vida os regale a vuestros hijos entonces os acordaréis de lo que hoy os digo.

—¡Sois la mejor madre del mundo! —Y al decir tal cosa, el muchacho se abalanzó a los brazos de su madre, tirándole por los suelos las hebras de lana de su trabajo.

—¿Qué hacéis, loco? ¡Me vais a estropear todo el trabajo!

—Es que vuestra generosidad y desprendimiento colman la mayor ilusión de mi vida, que es partir para la Corte.

Doña Beatriz había dejado su labor a un lado y correspondía al abrazo que le prodigaba Álvaro.

—Sentaos y atendedme.

Álvaro se sentó junto a su madre en la banqueta de la rueca.

—Soy todo oídos, madre.

—Mirad, Álvaro. Ahora que nadie nos puede oír... Sois lo que más quiero en el mundo. ¡Os deseé tanto que cuando nacisteis me costó creer que había dado a luz un varón! Mi mayor anhelo en este mundo es que seáis feliz. ¿Que desearía que os quedarais? Toda madre quiere tener a un hijo como vos a su vera, pero no dejaría de ser un egoísmo. Ya tengo a vuestras dos hermanas, ¡y bien sabe Dios que por su bien quisiera que partieran! Además, no me hacen compañía. Ya veis que nunca cosen conmigo; Sancha me ayuda en los pucheros y Violante está amargada, y bien que lo veo. Más compañía me hacía mi camarera Leonor; como sabéis, casó con un buen hombre, viudo y con un niño, y por lo que me contó vuestra ama Casilda, que me viene a ver con frecuencia, es muy feliz y no precisamente por tener mucha compañía, ya que él es posta del rey y correo del Santo Tribunal y casi siempre está en los caminos.

—Perdonad, madre, que os interrumpa. ¿Cómo está Casilda?

—Deseando veros, y este verano no ha de pasar sin que nos desplazemos vos y yo a San Benito para darle un abrazo y ponerla al corriente de tantas buenas nuevas como os atañen.

—Proseguid lo que me estabais diciendo.

—Es sobre vuestro gran deseo de partir hacia la Corte. Nada me extraña pues ése es el anhelo de todos los jóvenes del reino, pero no os confundáis y tened en cuenta la prelación de valores. Vuestro deseo es partir... partir a donde fuere, y si es a la Corte mejor que mejor. Y no por eso seréis un mal hijo; vuestra vida os urge y deseáis, como todo mozo, vivirla intensamente... y volar. Yo, que os amo tanto, no os cortaré las alas y no voy a ser un obstáculo ni un peso en vuestra conciencia. Pero lo dicho por vuestro padre me parece una sana medida: invitad a vuestro amigo, que me gustará mucho conocerlo.

—¡Mil mercedes, madre mía! No es posible conocer a Cristóbal sin sentirse subyugado por su galanura, sus ganas de vivir y su sonrisa. Al principio os parecerá algo loco y caprichoso, pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

—Si vos lo admiráis y queréis tanto, sin duda que yo lo voy a apreciar mucho.

Madre e hijo se fundieron en un tierno abrazo.

Limosnas y piones

Sor Gabriela y el padre Rivadeneira andaban en los caminos. Su misión consistía en visitar a los diversos protectores del convento en sucesivos viajes, a fin de recabar limosnas y ayudas para San Benito. La ruta no podía ser continuada, pues las mansiones de éstos no estaban en una misma dirección; así, de vez en cuando regresaban al monasterio para volver a partir al cabo de uno o varios días, tomando otro itinerario.

Su relación estaba muy deteriorada. El fraile no perdonaba a la priora el incumplimiento de su promesa y lo único que le mantenía en una actitud inoperante era la esperanza de que, finalmente, las gestiones que ella había llevado a cabo dando parte de la huida a quien correspondía, que era al obispo Carrasco, y subrepticamente y sin que éste lo supiera a la Santa Hermandad, dieran el fruto apetecido.

Hacía ya varios meses que realizaban estas salidas. Pernoctaban en diversos conventos donde, por las noches, los alojaban en justa reciprocidad a la hospitalidad que brindaba San Benito a los religiosos y religiosas de otras órdenes cuando, encontrándose en situación similar, solicitaban acogida.

Viajaban en esta ocasión, jinetes ambos, en dos muy distintas cabalgaduras: en el mejor caballo del monasterio el fraile, y la monja en una hacanea blanca muy mansa y enjaezada que le permitía cabalgar montada al uso y costumbre de las mujeres.

El día había amanecido encapotado y en la lejanía se iban formando nubes de tormenta. Habían seguido el cauce del Órbigo y pasando por Villaquejida estaban llegando a la laguna de Negrillos; el camino serpenteaba, y el fraile guiaba su cabalgadura siguiendo los pasos de la mula de la monja. En un momento dado y aprovechando que en aquel tramo la senda se ensanchaba, con un ligero roce de sus talones en los ijares del animal lo obligó a colocarse al trote y lo puso a la altura de la montura de la priora.

—¿Cree su maternidad que, al paso que vamos, llegaremos hoy a nuestro destino?

La monja, retirándose la capucha que le cubría la cabeza, oteó el horizonte y emitió su veredicto:

—Si la lluvia nos respeta y no tenemos que perder tiempo refugiándonos a cubierto en algún lugar, creo que cubriremos la etapa según el plan previsto.

—Lo malo es que los planes mejor trazados a veces fallan.

La monja captó al punto la indirecta.

—No volváis sobre lo mismo. Sabéis que se ha hecho, y se está haciendo, lo imposible para que este enojoso suceso se resuelva de la mejor manera posible para todos.

—Lo penoso es que si hubierais sido diligente en el cumplimiento de nuestro pacto y hubierais confiado en mí desde el principio, la situación que estamos padeciendo no se habría dado.

—Las cosas son como son y a veces los acontecimientos nos sobrepasan. ¿Quién hubiera imaginado que una criatura de apenas catorce años tuviera la capacidad de urdir un plan que, al día de hoy, nos tiene confusos y desorientados hasta el punto de no entender lo ocurrido si no creyéramos que el maligno anda en todo ello?

Rivadeneira murmuró por lo bajo alguna cosa que hizo que la monja añadiera:

—No rezonguéis ni os lamentéis tanto. No creo que en ningún convento a cuenta de vuestras increíbles teorías, que a mí en absoluto convencen, y a la lectura sesgada que hacéis de la sagrada Biblia, os permitieran lo que yo os tolero para compensar de momento la deuda que con vos tengo contraída.

—¿A qué os referís?

—Sabéis muy bien a lo que me refiero. ¿O creéis que vuestras maniobras acerca de algunas de las novicias del monasterio y que a veces tienen consecuencias, como en el caso de esa pobre Fuencisla, me pasan inadvertidas?

—Todo son sustitutos de mi frustrado embeleso. Si hubiera conseguido a Catalina, habría limitado mis afanes a ella como el buen esposo se limita a la esposa. Si ella hubiera sido mía, el resto del monasterio nada me habría importado.

—Bien, dejemos esto por el momento y vayamos a otras cuestiones que quiero relataros y que me bullen en la cabeza.

—¿Qué es ello?

—Su paternidad conoce tan bien como yo las necesidades y apreturas por las que está pasando el monasterio. Las caridades de las gentes, aunque sean tan generosas como las de alguno de nuestros protectores, nos resuelven el cotidiano vivir, pero con todo y con ello no conseguiremos hacer de San Benito lo que merece por su historia y lo que yo deseo que llegue a ser, emulando pasados esplendores.

—Me parece muy bien lo que decís, pero no se me ocurre otra manera, aparte de los donativos, las caridades y las mandas piadosas, de mejorar nuestra economía.

—Atended la idea que he ido madurando y para la que necesito vuestra ayuda.

El fraile retuvo con la rienda el paso de su caballo, al hacer ella lo propio con la mula, y se dispuso a atender con sumo interés las elucubraciones de la priora.

—Vos sois consciente del tremendo atractivo que despiertan hoy en día entre las gentes de cualquier clase y condición los milagros y las reliquias de los santos... ¿Es así?

—Ciertamente.

—Creo que si se juntaran todas las *Lignum crucis* de abadías, monasterios, conventos y particulares que, dicen sus poseedores, formaron parte de la cruz de Cristo, con la madera recogida se podría hacer un galeón.

El monje sonrió, asintiendo.

—Pues bien, pienso yo... ¿Por qué no puede San Benito tener sus reliquias y sus milagros?

—¡A fe mía que el Señor os ha dotado de una mente sinuosa!

—Prestad atención. Acaba de fallecer en olor de santidad una priora que fue ejemplo y auxilio en vida de una multitud de gentes, mayormente sencillas y fácilmente influenciables.

—¿Y?

—Recordad que el día de su fallecimiento corrió la voz de que las campanas de San Benito comenzaron a tocar sin que nadie tirara de su guindaleza. Recuerdo que era una noche muy ventosa y es muy posible que el badajo de la principal, a causa del cierzo, golpeará el bronce... Pero la imaginación popular y las ganas de presenciar un milagro hicieron el resto.

—¡Pasmoso! Ya intuyo por dónde queréis ir.

—Aquí es donde vos tenéis un papel destacado. Cada domingo o festivo, comenzaréis a inflamar con vuestro cálido verbo la fantasía de los lugareños a fin de que empiecen a presumir por las pedanías y los pueblos de los alrededores de que en «su» monasterio ocurren hechos milagrosos. Yo, en los rezos nocturnos de la comunidad, comenzaré a tener arrobos y éxtasis que aumentarán visiblemente cuando, en pleno arrebató místico, me deis a besar un trozo del hábito o de la cruz que llevaba sujeta al cingulo la madre Teresa...

—¡No he escuchado en toda mi vida idea más fascinante!

—Ahora viene lo más importante. Como quien no quiere la cosa, haremos correr la voz de que para incoar en Roma la causa de beatificación de la priora debemos presentar una serie de milagros... que serán más fácilmente alcanzables si las personas que le pidieren algo consiguieran tener en su poder alguna cosa que perteneció en vida a la reverenda madre.

—¡No tengo palabras suficientes!

—Ahora que ya hemos sacado el pastel del horno, vamos a ponerle la guinda. Vos, en el confesionario, haréis creer a la gente que es muy difícil conseguir alguna de estas reliquias, pero que a cambio de una limosna, tal vez... siempre, claro es, con el requisito indispensable de que guarden el más absoluto de los secretos. Os daréis cuenta rápidamente, conociendo como conocéis la condición de la naturaleza humana, que al cabo de poco tiempo nos veremos obligados a comprar sarga azul para suministrar trozos del hábito de la reverenda madre, y papiros, tinta y cálamos para anotar los milagros que las gentes habrán creído presenciar. Ya sabéis con cuan poco se estimula la imaginación de los lugareños.

—Realmente, no tengo palabras. Vuestra mente es un pozo de malicia.

En estos coloquios pasaron la jornada y de esta manera fueron haciendo el camino. Cuando ya caía la tarde detuvieron sus agotadas cabalgaduras ante la puerta principal del palacio del marqués de Torres Claras, en Benavente.

La astucia de Casilda

En la cabeza de Casilda bullían muchas ideas y en su corazón muchos sentimientos. Al conocimiento de que habían querido responsabilizar de la muerte de la madre Teresa a su querida Catalina, se unía la certeza de que los verdaderos culpables del desafuero eran sor Gabriela de la Cruz y el padre Rivadeneira. Para más iniquidad, estaba la injusticia cometida con el pobre Blas, al que habían cargado el muerto de la violación de Fuencisla y lo habían entregado a la justicia.

Su conciencia le remordía todas las noches y llegó a creer que si no hacía algo al respecto su alma ardería en el fuego del infierno, ya que estaba pecando gravemente por omisión.

Casilda Peribáñez era una mujer simple pero nada tonta, y su caletre ideó un plan. Con su letra primitiva, que debía a la madre Teresa, que el Señor tuviera en su gloria, redactó una misiva para su señora, doña Beatriz de Fontes, y se la dio a Antón Cifuentes para que en uno de los viajes que hiciera a Quintanar del Castillo se la hiciera llegar. La misiva decía así:

Para entregar a Dña. Beatriz de Fontes

Respetada señora:

Estoy pasando una prueba demasiado pesada para mis pobres fuerzas y necesito descargar mis penas en alguien como vos, que me conoce bien y sabe que soy persona de fiar y nada dada a las fantasías. Han pasado cosas terribles en San Benito y necesito vuestra ayuda. Hacedme llamar con cualquier motivo ya que de otra manera no me dejarán salir. ¡Por favor, no me dejéis en este trance!

Vuestra fiel Casilda

Antón Cifuentes, que apreciaba a la fámula, no tuvo inconveniente en hacerle el favor, y así fue que al cabo de pocos días y afortunadamente en ausencia de la madre Gabriela llegó la tan ansiada respuesta.

En tal circunstancia, sor Leocadia estaba al frente de la comunidad, y sabiendo que doña Beatriz de Fontes era la esposa de don Martín de Rojo, protector de San Benito y hermano de la difunta priora y que Casilda había sido el ama de cría de su hijo, pensó que algún problema doméstico urgiría a doña Beatriz y ello hacía que reclamara en su casa de Quintanar la presencia de la criada que amamantó a su hijo. De tal manera que no halló inconveniente alguno para otorgar

el permiso a la mucama a fin de que acudiera a la solicitud de su señora.

Y así, una madrugada tibia del mes de mayo salió Casilda en un carricoche del convento conducido por Antón Cifuentes, rumbo a Quintanar del Castillo.

El sol lucía mortecino iluminando la temprana mañana. Antón Cifuentes iba en el pescante del auriga arreando al tiro de mulas, que trotaban alegres estimuladas por el chasquido del látigo y los gritos y silbos del postillón. Casilda bajo la lona del carromato rumiaba los tristes sucesos que motivaban su viaje y meditaba las cosas que relataría a doña Beatriz y aquellas otras que pensaba sería mejor callar. Entre las primeras estaban la charla con Fuencisla; el nombre del auténtico responsable del embarazo de la chica, los culpables de la muerte de la priora y la burda pretensión de querer implicar a Catalina en el luctuoso suceso. En cambio, nada que supusiera una relación de ella con la huida de la muchacha, o que pudiera entenderse como que sabía algo de su paradero, le convenía.

La ruta que seguían les obligó a buscar un vado para atravesar el río, ya que desde la última crecida no se había restaurado el puente de madera que era necesario cruzar para subir hasta Benavides, por donde pasaron para dirigirse después a Quintanar del Castillo tras hacer una parada en Sueros. A pesar de que la mente de Casilda estaba ocupada por muchas cosas, no pudo dejar de admirar la belleza del paisaje y la hermosura de la jornada, que para ella era festiva ya que el mero hecho de salir del monasterio se convertía en un acontecimiento. La naturaleza se mostraba esplendorosa y los brotes de la primavera sembraban el aire de fragancias excitantes y hacían que mil insectos pulularan atareados en afanes que solamente ellos conocían en un ir y venir constante desde sus quehaceres a sus amores; sobre una balsa dos irisadas y casi transparentes libélulas realizaban su solemne e inmóvil cópula y Casilda pensó que cómo el Señor, que cuidaba hasta el límite a las pequeñas criaturas, parecía haberse olvidado de los acontecimientos y avatares que rodeaban las vidas de aquellas sus hijas del convento de San Benito. El camino era largo, pero Antón conocía atajos y pasos entre las montañas que, además de hacerlo más corto, le evitaban alguna que otra pronunciada pendiente. La mujer pasó el tiempo saturando su recuerdo de nuevos paisajes y dormitando a largos trechos bajo la lona de la carreta.

A eso de las nueve de la noche el mozo detuvo la galera ante la cancela de la casa solariega de los Rojo. Casilda, tras despedirse de él y agradecerle lo que por ella había hecho, se dispuso a recoger sus bártulos. Antón Cifuentes, que nunca renunciaba a su condición de veterano de los Tercios, bravucón, pinturero y cortejador nato de guardadas virtudes le respondió:

—Otra cosa quisiera yo de vos, que no buenas palabras... y solamente me ofrecéis «resina».

Casilda, que era una robusta moza de treinta y cuatro años aún llena de vida, cayó en la añagaza del trabalenguas.

—¿Qué queréis decir con que os ofrezco únicamente «resina»?

—«Resinación», Casilda, «resinación».

Sonrió ella en tanto reunía sus pertrechos del fondo del carromato y recordaba al carretero que la debía recoger al cabo de cuatro días.

Partió éste en tanto ella lo despedía con un amistoso gesto desde el quicio de la cancela, que ya habían abierto, y cuando la galera doblaba la esquina se introdujo en la antigua casona donde había pasado los años más felices de su vida.

Apenas tuvo noticia doña Beatriz de la llegada de la antigua ama, cuando ante lo alarmante de la misiva recibida la hizo llamar a su presencia.

Compareció la mujer, nerviosa y agradecida por la inmediata respuesta que su angustiada llamada, demandando auxilio, había merecido por parte de la castellana. Tras los correspondientes saludos y comentarios de las dos al respecto de cómo se encontraban mutuamente y las preguntas del ama sobre su prohijado y de las noticias que pudiera haber sobre el nuevo estado de Leonor, la criada de la señora, a quien después de contraer nupcias con Marcelo no había vuelto a ver desde los días de la feria de Carrizo, entraron en materia.

Doña Beatriz quedó prendida en el sencillo y, sin embargo, diáfano relato de la mucama. Ante la gravedad de los hechos denunciados hizo avisar a su esposo para que sus oídos escucharan aquello mismo a lo que los suyos no daban crédito. Compareció el hidalgo en los aposentos de su esposa y tras cederle ésta el sillón principal y cambiar con la mujer los saludos protocolarios de rigor, la instó a que comenzara de nuevo y desde el principio la narración que tanto había turbado a su esposa.

Casilda, en pie frente al hidalgo con un nerviosismo que delataban tanto el sudor de sus manos como el continuo refregarlas una contra la otra, fue desgranando cronológicamente el cúmulo de sucesos que tanto le habían angustiado, cuidando muy mucho de no equivocarse y explicar únicamente, a fin de no involucrarse, aquellas cosas que tras larga meditación durante su viaje había decidido que no le perjudicaban. Por tanto, guardó para ella todo lo referente a la jornada del campanario para que la huida de Catalina únicamente se achacara al hecho de verse falsamente acusada de la muerte de la priora.

—¿Y decís que esa tal Fuencisla pudo escuchar éste cúmulo de barbaridades oculta bajo la escalera que conduce al altillo de la biblioteca?

—Así es, señor.

—Y ¿cómo es que nada dijo entonces?

—Tal vez no encontró a quién. Además no quería perjudicar el futuro de la criatura que llevaba en sus entrañas; amén de que en aquella ocasión no se nombró directamente a persona alguna y ella no sabía a quién se referían los conspiradores. Tened en cuenta que las recogidas llevan una vida completamente apartada de las postulantes; las madres ven en ellas un peligro para la pureza de las más jóvenes y se preocupan con extremado celo de que jamás contacten ni se mezclen unas con otras.

—¿Y a qué circunstancia achacáis el hecho de que posteriormente os lo haya dicho a vos?

—Yo no soy ni una recogida ni una postulante; ella tiene ocasiones de hablar conmigo. Además, tras la escena en el entierro de la reverenda madre tuvo la evidencia de que la elegida para la terrible tarea no había sido otra que Catalina. Sume vuesa merced todo ello al desengaño sufrido por la muchacha al saber que el fraile le había negado cualquier ayuda, luego de haber abusado de su buena fe, que no iba a volver a ver a su hija y que todas sus esperanzas habían sido defraudadas.

—Y vos ¿qué relación teníais con la prófuga?

—La normal; mi edad y el hecho de haber servido en vuestra casa me otorga un lugar en el convento. De no ser así, a estas horas sería impensable que me hubieran autorizado a venir a veros.

—Y ¿por qué asumisteis este riesgo?

—Veréis, vucencia sabe el respeto y cariño que profeso a ésta familia. La priora era vuestra hermana, vos erais el tutor de la aspirante sobre la que se ha querido cargar la muerte de la madre

Teresa... e imagino que ésta fue la causa principal de su huida. Ésos y no otros han sido mis motivos.

—Os creo, Casilda, y os agradezco el riesgo que habéis asumido. Veamos lo que tenemos: en primer lugar la confesión de una pobre despechada, cuya palabra contra la del confesor de las monjas y la de la priora fácilmente puede atribuirse a resentimientos o a venganzas personales; podéis tener por seguro que no se tendrá en cuenta... eso en el supuesto que sea capaz de mantenerla y no enmendarla en el careo que, sin duda, propondrá la Santa Inquisición. Un pleito incoado sobre esta base no tiene la menor probabilidad de prosperar. La fórmula que receté a mi hermana mi querido amigo el doctor Gómez de León sin duda fue la apropiada, y como en estos momentos está pasando por un delicadísimo trance lo que menos conviene es remover el asunto, pues si hubiera sido mal interpretada o mal administrada, redundaría en su perjuicio y sólo haría que empeorara su situación. En el momento de la defunción únicamente estaban presentes tres personas: una de ellas ha huido y su testimonio es de capital importancia; las otras dos, ni que decir tiene que en sus declaraciones se apoyarán y ambas se complementarán perfectamente.

—Entonces ¿nada se puede hacer?

—Debemos obrar con cautela. Habría que recoger dentro de los muros del convento otros testimonios del libidinoso comportamiento de este iluminado y de los inicuos caminos que ha recorrido sor Gabriela para ocupar el lugar de mi querida hermana. Dejadme pensar despacio el cómo conviene manejar este repugnante asunto e id en paz y con mi bendición y gratitud por vuestro proceder, que os honra y no olvidaremos jamás ni mi querida esposa ni yo.

Tras estas palabras el hidalgo salió de la estancia y dejó a las dos mujeres, que siguieron hablando de sus cosas. Así se enteró Casilda de que doña Elvira, la hija casada en Sevilla, se encontraba en estado de buena esperanza y asimismo su amiga Leonor, que ahora vivía en Toledo, estaba embarazada de seis meses; Álvaro había terminado sus estudios en Salamanca aquel mismo año y partía hacia la Corte, donde ocuparía plaza de adelantado en una de las casas nobles de más rango de Madrid, la de los López Dóriga, uno de cuyos hijos había sido condiscípulo suyo durante cuatro años y había forjado con él una gran amistad. Finalmente, al preguntar a doña Beatriz qué había querido decir su esposo cuando al referirse al doctor Gómez de León insinuó que estaba pasando por una delicada situación, le respondió la castellana, ante la desolación de Casilda, que había sido apresado por el tribunal del Santo Oficio y que don Martín, su esposo, estaba recurriendo a sus más altas influencias para ayudarlo a salir de aquel mal paso. Por último, doña Beatriz, tras desearle una feliz estancia en su casa y decirle que no dudara en pedir cualquier cosa que necesitara, se despidió de ella, subrayando que había sido aposentada en la misma alcoba que ocupara cuando estaba criando a Álvaro. Casilda, cansada como estaba luego de aquella dura jornada, apenas probó bocado a la hora de la cena y se recluyó rápidamente en su antigua habitación. Contra lo esperado y de puro agotamiento, le costó conciliar el sueño. Cuando éste llegó la sorprendió, sin saber por qué, recordando el viaje en carreta con Antón Cifuentes. Cuando al cabo de cuatro días la vino a recoger, tal como habían acordado, y Casilda divisó desde su ventana al rudo carretero doblando la calle, encaramado al pescante de la voluminosa galera, sin saber por qué su corazón brincó de contento.

La Corte

Ni en su más lucubranste sueño imaginó Diego el impacto que causaría en su ánimo el descubrimiento de la Corte: los coches, las posadas, las plazas, los mercados, las caballerías y, sobre todo, el ruido. El tremendo barullo que levantaba la gente para hacerse entender, hablándose del uno al otro lado de la calle a puro grito, cautivó al punto el espíritu del joven.

Don Suero montaba a su altura y observaba divertido, de refilón, las expresiones de asombro y embeleso que iba trasluciendo el rostro de Diego. Ambos encabezaban la comitiva, tras ellos iban Lorenzo, los lacayos y cerraban la marcha las dos carretas.

—Qué, ¿qué os parece la Corte?

—Estoy realmente obnubilado, don Suero. ¡A fe mía que a pesar de haber pensado en ella infinidad de veces jamás hubiera imaginado que lo que ven mis ojos pudiera existir!

—¡Pues todavía no habéis visto nada! Ya veréis lo que son las fiestas, los corrales de comedia, los toros, las procesiones y la plaza Mayor... y dejad para el final el alcázar de los reyes.

—No me atosiguéis y dadme tiempo, que me siento como uno de los labriegos de mi señor padre cuando por vez primera nos visitaban en el palacio de Benavente y no se atrevían ni a pisar las alfombras. Por cierto, ayo, dijo mi señor padre que en llegando a la Corte me explicaríais cómo se ha organizado mi vida.

—Como sabéis, es deseo del señor marqués que ocupéis plaza de externo en la Casa de los Pajes que ha fundado su excelencia don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares, y que está ubicada junto a la Puerta de la Vega, tras la calle Santa Ana y muy cerca del palacio; allí acudiréis todas las mañanas y os formaréis en las disciplinas y los hábitos que después os permitirán desenvolveros en palacio como un caballero. Esto no es Benavente. La Corte es mucho más rígida y el protocolo mucho más estricto; equivocarse un «vuecencia» y cambiarlo por un «vos» os puede acarrear un disgusto... y nada digamos si el error lo cometéis con un «señoría» o un «excelencia». Si tal hacéis, podéis acabar en un duelo como don Antonio de Oquendo, que tal hizo al salir de una misa en el convento de las mercedarias y casi le cuesta un serio disgusto.

—Pero ¿cómo es nuestra casa de Madrid en la que voy a alojarme? Vos la conocéis, ¿no es verdad?

—Desde luego, yo acompañé a vuestro padre cuando al fallecer vuestra señora madre se instaló en Madrid porque los recuerdos le atosigaban en Benavente día y noche, y prefería pasar en la Corte largas temporadas. Se ubica en la esquina de la calle Barquillo con la de Las Infantas. Está frente a la del señor embajador de Inglaterra, que es la que el pueblo conoce como la de las

Siete Chimeneas. La reconoceréis fácilmente, amén de que es conocida por todo el mundo, más aún desde que el Príncipe de Gales acompañado por lord Buckingham se alojó en ella cuando pretendieron que éste desposara a la infanta doña María de Austria, unión que finalmente no se pudo llevar a cabo por las diferencias religiosas de los futuros contrayentes.

—Y ¿cómo es nuestra casa?

—No es el palacio de vuestro señor padre en Benavente, pero podréis alojaros en ella sin desdoro y con la dignidad y prosapia inherentes a vuestros apellidos. Tiene nueve dormitorios, dos salones, comedor de invierno y de verano, espacio para el personal y, si no recuerdo mal, una muy digna sala de armas ubicada en una galería que da sobre los jardines. Y desde luego toda la servidumbre que corresponde y que mantiene la mansión como es debido.

—¿Y las cuadras?

—Con lo que llevamos en la comitiva no las llenaremos. Además de las caballerías y de las carretas pueden caber fácilmente dos coches de los que usan los gentilhombres y las damas para acudir a la calle Mayor o al paseo del Retiro.

—¿Y ese maestro de armas del que tanto me habéis hablado?

—Luis de Narvárez, ése es su nombre. En cuanto estéis instalado lo iremos a visitar. Vuestro padre quiere que por las tardes practiquéis con él, y os aseguro que, aparte de Pedro Pacheco, no lo hay mejor ni en París ni en Roma. Yo ya os enseñé todo cuanto podía enseñaros, y me consta que os aceptará como alumno por ser quien sois y porque vuestro nivel es excelente; de no ser así no tendríais ninguna posibilidad. Está tan solicitado que, si fuera posible, compraría horas para satisfacer la demanda que tiene de gentes que quieren que les imparta sus lecciones. Por cierto, no me habéis comentado el motivo que os ha hecho tomar la decisión de dejar a Alonso en Benavente; el muchacho tiene una esgrima avanzadísima y diferente, y hubiera sido un rival de consideración para vuestras prácticas y una excelente ayuda como paje en Madrid.

—He creído que era un egoísmo por mi parte el traerlo, pues su formación académica quedaría interrumpida y no quiero responsabilizarme de esa ruindad.

Don Suero, que tan bien conocía a Diego, no dejó de advertir el cambio de expresión de su rostro y pensó que tal vez a su pupilo le molestara la soberbia destreza del paje que, con la espada y principalmente con la zurda, en más de una ocasión lo había puesto en evidencia.

A medida que avanzaban por las calles de la capital la muchedumbre se iba haciendo más densa y el abrirse paso entre ella resultaba cada vez más dificultoso. Entraron por el Puente de la Segoviana y se dirigieron a la plaza de la Villa atravesando la plazuela del Cordón para torcer luego por Platería, dejar atrás la Puerta de Guadalajara y desembocar en la calle Mayor. Eran las doce del mediodía y las gentes se detenían, pues todas las campanas de las iglesias y conventos de Madrid, que ocupaban el treinta y seis por ciento del terreno capitalino, sonaban a la vez tocando el Ángelus. Finalmente llegaron a la Puerta del Sol y al enfilar Alcalá pareció que la multitud se hacía menos densa; descendieron por ella para dirigirse a continuación a la calle de Las Infantas. Nada más tomar su embocadura, y a la izquierda, don Suero le indicó a Diego siete altas chimeneas que coronaban una casa y daban carácter al paisaje; a su vera, junto a Barquillo se alzaba airoso el palacete de los Cárdenas.

El encuentro indeseado

Siete meses hacía que Diego había marchado a la Corte y Catalina había dejado de ser la mujer más feliz de la creación para convertirse en un alma en pena que deambulaba silenciosa por los largos pasillos del palacio de Benavente. Todo aquello que hacía unos meses era un sinfín de alegrías, se había tornado como por arte de encantamiento en un tedio insoportable, en un no vivir de añoranzas y, a ratos, en un peligro indefinido y escabroso que ella percibía vagamente.

Don Suero, que había regresado de Madrid, le había relatado, sin ánimo de provocar su envidia sino más bien de hacerla partícipe de la nueva vida de Diego, todos los pormenores de las actividades que desarrollaba el joven ya fuera en la Casa de los Pajes, en la apasionante vida de la Corte o en su nueva residencia. Todo lo escuchaba ella no con la amargura de no poder gozar de aquellas maravillas, sino meramente de no estar junto a él y poder disfrutar de su amada presencia. Ni siquiera la nueva de que el valido del rey en persona había recibido a don Diego le causó el más mínimo resquemor. Lo único que despertó en ella un vago sentimiento de curiosidad fue el deseo de saber cómo eran las clases de esgrima que estaba recibiendo el joven. Le explicó don Suero que don Luis de Narváez era un maestro muy exigente y no admitía, cuando impartía sus lecciones, relajación alguna; manejaba toda clase de armas pero su preferida era la espada, y el viejo ayo se hizo lenguas de su nueva técnica, de la variedad de sus golpes y paradas y de la maestría y certeza de sus estocadas. Todo ello encrespó el ánimo de la joven y cuando practicaban en la sala de armas mostraba tal coraje y fiereza que más de una vez el preceptor tuvo que parar el asalto para reprenderle y hacerle cejar en su violenta actitud.

Otro asunto que la traía por la calle de la amargura era el raro comportamiento de monsieur de Lagarteare. Cuando Diego partió para la capital se empeñó, con la aquiescencia del marqués de Torres Claras y amparado en el argumento de que Alonso no podía desperdiciar aquel don especial que tenía para la danza, en enseñarle bailes nuevos y nuevos pasos, y de esta manera aprendió Catalina la gallarda, la españoleta y el turdón. Pero pronto volvieron sus sensaciones y reparos; su avisado instinto la puso en guardia ante los acosos y las formas de tocarla del francés que, intuyó, no eran las propias del baile... Porque o bien el maestro había descubierto su condición de mujer e intentaba los mismos avances que ya experimentara con Rivadeneira, o no comprendía nada.

Una tarde, hacia la anochecida, una circunstancia vino a aclarar todas sus dudas acerca del extraño comportamiento de aquel viscoso individuo. Faltaba vino de mesa del que acostumbraba a tomar don Benito de Cárdenas y el sumiller la envió a la bodega donde guardaban las barricas de los mejores caldos de la heredad a fin de que llenara una frasca, a tal uso destinada, del mosto

preferido del marqués. Catalina, siempre dispuesta a realizar actividades que le ayudaran a apartar de su mente aquello que tanto la obsesionaba, tomó la botella de cristal tallado de Bohemia y se dirigió a los sótanos del palacio, que al ser el lugar más fresco del mismo alojaba las bodegas. La escalera descendía en caracol, y al llegar al sótano encaminó sus pasos hacia el gran portón de haya que cerraba la entrada del subterráneo donde se guardaban los grandes toneles de roble cinchados con aros de metal en los que envejecía el vino joven.

Cuando ya se encontraba junto a él, le pareció oír a través de la gruesa madera unos agitados lamentos. Acercó su cabeza a la cancela y apartándose el pelo aplicó su oreja a la hoja: no había duda, alguien se quejaba allá adentro. Sigilosa como una sombra, su mano abatió el picaporte y con cuidado extremo asomó la cabeza. Los pulsos se le detuvieron y la sangre se le paralizó en las venas: allá al fondo, entre dos barricas y sobre una estera, estaba el francés sin las calzas, cubierto el torso hasta la cintura por una camisola y bajo él, en la postura en que se ponían los canes para copular, uno de los jóvenes mozos de bodega, Tomé era su nombre, al que sujetaba por la larga cabellera. Una leve corriente de aire que se formó al abrir la puerta hizo que el maestro de danza se diera cuenta de la presencia de Catalina; al punto soltó su presa y, volviéndose con su turgente y húmedo miembro en la mano, dijo:

—Alonso... ¿No quegueis pgobagg?

Salió la muchacha como alma que lleva el diablo, trompicando por la angosta escalera con tal premura que, sin querer, la valiosa vasija que llevaba en la mano golpeó contra un saliente de piedra del muro y se fracturó en mil pedazos. Catalina llegó descompuesta a la cocina, en donde se advertía una actividad inusitada hasta el punto que nadie se dio cuenta de su azoramiento. Tomó un escobón y un recogedor y acompañada de un mozo acudió donde se había producido el estropicio; tras limpiar el suelo de cristales rogó al otro que fuera a la bodega a por el vino, que «él» tenía una tarea urgente que realizar. Regresaron a las cocinas y el mozo, después de hacerse con otra botella, partió hacia el subterráneo y Catalina quedó a la espera de lo que pudiera suceder; al cabo de un rato prudencial regreso el lacayo con la damajuana llena del ambarino líquido, sin que en su rostro se reflejara anomalía alguna, de lo cual dedujo ella que el maestro y su penoso cómplice habían salido por la escalera que daba a los patios.

Cuando su ánimo se remansó, se enteró de lo que acontecía en el palacete y el porqué de la rara e inusual agitación de aquella noche: el señor de Cárdenas tenía invitados.

Todo el mundo parecía ir a lo suyo con diligencia. Los cocineros preparaban las viandas y el mayordomo daba las órdenes pertinentes para que la mesa se habilitara para tres comensales. La vajilla que se estaba limpiando era una de las mejores de la mansión y la cristalería fue, en tiempos, un regalo del cardenal primado de Toledo. A Catalina le encargaron, junto con otro paje, que limpiara el servicio de plata de los platos de cortesía y repasara toda la cubertería. El menú iba a ser sopa de albóndigas de lucio, diversas clases de curados, codornices al vino con zanahorias y cebollas tiernas, hojaldre de jabalí y postre de leche: todo ello regado con los mejores vinos de la bodega.

Intuyó Catalina que los huéspedes se habían presentado de improviso, pues cuando a ella la enviaron al sótano con el fin de buscar el vino favorito de don Benito de Cárdenas ninguna actividad extra se desarrollaba en las cocinas. En cambio, cuando regresó presa de la angustia por lo que acababa de presenciar, parecía que un cataclismo se había abatido sobre la mansión.

Cuando se distribuyeron las labores que cada uno debería llevar a cabo durante la cena, a ella

le asignaron la asistencia, desde el trinchante, del camarero mayor y del sumiller que debía abastecer de vinos la suntuosa mesa.

En el tiempo que todo estuvo listo y revisado, el jefe de pajes los envió a sus respectivas habitaciones para que se cambiaran de ropa y se acicalaran convenientemente.

Catalina, sin poder apartar de su cabeza el incidente habido en la bodega, se fue arreglando conforme a las órdenes recibidas. Vistió el juboncillo y las calzas gris y azul, que eran los colores de la casa de Cárdenas, y sobre las medias calzó borceguíes de piel negra con hebilla plateada; se compuso el pelo teniendo cuidado de que su corta melena terminara en un airoso bucle hacia adentro, a la usanza de los jóvenes pajes. Al bajar la escalera, en el gran espejo que una lejana noche subió a su altillo revisó el aspecto de su persona y, satisfecha de él, se dirigió al comedor para desempeñar su cometido.

Todo estaba ya colocado en su sitio y se daban los últimos toques. Ella ocupó su lugar junto al trinchante, donde sobre unos calentaplatos lucía parte de las viandas que se iban a servir. Los hachones de las paredes prodigaban una media luz sobre el conjunto en tanto dos forzudos lacayos procedían a encender las candelas de la lámpara central de dieciséis brazos que, mediante una polea, se colocaría luego sobre la gran mesa a fin de que iluminara profusamente a los comensales. A la muchacha siempre le había gustado presenciar aquella maniobra por lo que tenía de arriesgado: uno de los hombres sujetaba el inmenso candelabro en posición forzada, al costado de la gran mesa, en tanto el otro, luego de prender las bujías, iba tensando la maroma lentamente hasta que la lámpara ocupaba la vertical sobre ella y entonces ambos tiraban a la vez de la sogá que, mediante la polea, era obligada a subir hasta la altura conveniente; en este instante, y sin soltar el calabrote, se apartaban a un lado y ligaban su extremo a un hierro de dos brazos opuestos que estaba clavado en el muro, haciendo un nudo y dejando que la gran lámpara inundara la mesa de luz.

A Catalina siempre le había admirado, no solamente la operación, sino el efecto que se conseguía con ella; la intensidad de luz se concentraba sobre los comensales y dejaba en penumbra a los lacayos y servidores, que no entraban en su círculo.

Todo estaba ya preparado cuando la muchacha tuvo que agarrarse al borde del trinchante para no caer al suelo desmayada. Por la puerta opuesta al lugar donde ella se hallaba entraban, conversando animadamente, sor Gabriela de la Cruz y el padre Rivadeneira acompañando a don Benito de Cárdenas. Éste último ocupó la presidencia y a ambos lados se sentaron los dos invitados.

La velada se convirtió en una agonía. Ante las miradas furibundas del jefe de protocolo, Catalina se fue equivocando en casi todas las tareas que le encomendaron. Cuando ya se serenó su espíritu, se dio cuenta de que en la penumbra donde se desenvolvía difícilmente podrían distinguirla, y mucho menos reconocerla, teniendo en cuenta que en casi dos años su físico había cambiado de un modo notable y que el aspecto que ofrecía de aspirante a postulanta, entonces, y de paje, ahora, nada tenían que ver. De modo que intentó escuchar el diálogo que sostenían y que versó sobre distintos temas.

En primer lugar se habló sobre los males que aquejaban al país, poniendo énfasis en la interminable guerra de Flandes y en los descontentos del reino de Portugal y de las provincias de Cataluña y Aragón; luego se conversó sobre el nombramiento del nuevo inquisidor general, Diego Serrano de Silva, que sustituiría a don Andrés Valdivia; después el fraile explicó a don Benito de

Cárdenas la extraña huida, hacía ya dos años, de una aspirante a la que parecía haberse tragado la tierra y, ni qué decir había que caso de que tuviera conocimiento de algo sobre ella, lo debería comunicar de inmediato a la autoridad eclesiástica, ya que el Santo Oficio andaba tras sus pasos; y finalmente sor Gabriela tocó el tema que a ella preocupaba principalmente: la falta de recursos del convento y los proyectos que tenía para financiarlos.

Con el final de la charla llegó el postre, y el marqués les brindó su hospitalidad para el tiempo que necesitaran y les prometió su ayuda y una respuesta con la cantidad de ducados que destinaría a San Benito y que dependería de las noticias que le suministrare su banquero, a lo más tardar, en tres días.

Luego se levantaron de la mesa y Catalina se tuvo que colocar de espaldas, ya que salieron del comedor por la puerta que estaba situada exactamente al lado de donde ella se encontraba.

Una hora le costó reaccionar a Catalina luego de los traumas sufridos aquella jornada, y tras otra hora de reflexión llegó a la conclusión de que de nuevo una página de su vida se cerraba aquella noche y que su decisión no admitía espera. El riesgo que representaban los dos inoportunos visitantes era excesivo, máxime cuando supo que el Santo Oficio andaba sobre su huella, amén de que si se quedara un nuevo peligro se cerniría sobre ella: la insana pasión que leía en los ojos del maestro de danza y que, ¡estúpida de ella!, hasta ese momento no había sabido ver con claridad. Catalina creyó que el velo que le había impedido ver la exacta dimensión de las pasiones humanas se desvanecía ante sus ojos y desde aquel momento era adulta y como tal debía actuar.

Lo primero fue planificar su huida. En un pequeño cofre tenía las monedas que había ido guardando desde el primer día, de los sueldos que como paje le habían asignado y que, en previsión de posibles incidentes y al no tener gasto alguno, había ahorrado en su totalidad; las extrajo de su arquilla y las desparramó sobre su cama. La suma ascendía a casi cincuenta reales de vellón; los reunió todos y los guardó en una faltriquera de cuero, regalo de Diego. Luego se vistió con la ropa más recia y resistente que halló en su guardarropa; sin embargo, por el momento no se puso las botas, pues sus planes requerían mucho sigilo. Después, tomando un papel y un cálamo se sentó en un escabel junto a su mesilla y se dispuso a redactar una epístola para don Benito de Cárdenas. A continuación tomó las alforjas que usaba cuando salían al campo con don Suero y las llenó con todo aquello que creyó necesario para un largo viaje. Entonces, con un candil en la mano e intentando interpretar los ruidos nocturnos de la mansión y los crujidos de la madera, salió al corredor y desde el piso que ocupaba su alcoba ascendió a las golfas en una excursión que había realizado infinidad de veces en sus afanes y curiosidades por explorar el mundo que habitaba. Abrió la puerta, que gruñó como perro al que le pisan el rabo, y se dirigió a un gran arcón de tapa curva de madera de palo de rosa claveteado con remaches de latón dorado que, lleno de polvo, descansaba en un rincón. Lo abrió y extrajo de su interior ropas femeninas que, supuso, había guardado allí el mayordomo para vestir a las posibles criadas que entraran al servicio de la casa llegadas de los pueblos de alrededor y que su intuición le dijo que en un determinado momento podía necesitar; aunque viejas, una pobre mujer podría usarlas. Cerró la abombada tapa con sumo tiento y, con las ropas bajo un brazo y el candil en su otra mano, regresó a su estancia; examinó allí, con más calma y luz, su hurto y lo fue colocando todo en la alforja. Ahora y únicamente protegidos sus pies y piernas por las gruesas medias, volvió a salir y se colocó a caballo sobre el ancho pasamanos de la barandilla de la escalera principal, dejándose

deslizar hasta el vestíbulo a fin de que su peso no hiciera crujir exageradamente algún escalón. Luego se encaminó hacia la galería de armas y de una panoplia descolgó su estoque favorito, que exhibía la marca del perro^[110], tomó del anaquel una vizcayna y una pequeña pistola, y a continuación colocó la pólvora, el atascador y los plomos en el saquito correspondiente. Regresó luego por el mismo camino e intentando pasar sobre el sexto escalón sin pisarlo, pues sabía que era el que más crujía.

Cargó sobre su espalda la alforja con todas sus pertenencias y en la otra mano, tras ceñirse la espada y la vizcayna en el tahalí, tomó sus botas de viaje. Con todo ello e iluminada solamente por el reflejo de los rayos de la luna, su eterna compañera de fugas, que entraban por la cristalera, se dirigió al despacho del marqués. Abrió la carpeta de cuero y depositó en ella su misiva. Terminados todos sus trabajos, salió al patio por la puerta de las cocinas y tras sentarse en un escalón y calzarse las botas se encaminó a las cuadras.

Había en el establo una mula con la que siempre había congeniado; se trataba de un animal fuerte y noble que desdecía el arisco carácter de sus congéneres. A ella se dirigió la muchacha. Primeramente dejó en el suelo todos sus enseres y, acariciándole el cuello, la tranquilizó; las cabalgaduras que allí descansaban conocían bien a Catalina, pues se pasaba gran parte de su tiempo con ellas. No hubo un relincho a destiempo que la comprometiera y además, conociendo las costumbres de los palafreneros, estaba segura de que a esa hora dormitaban en el cuarto del fondo el mejor de los sueños. De modo que tomó de un asidero de la pared el cabezal con el bocado incluido y se lo colocó al animal, luego puso una recia manta sobre su grupa y sobre ella una silla especial que permitía montarlo y llevar peso; después procedió, sin dejar de hablarle con suavidad, a cincharlo. A continuación levantó con cuidado sus cascos, uno a uno, y los enfundó con una recia tela ligada con un cáñamo a modo de zapatos para que el ruido que pudiera hacer el mulo al golpear con ellos las losas del patio no despertara a nadie. Finalmente y tras dirigir una última mirada a aquella casa tan amada, el único hogar que habían conocido sus jóvenes años, montó en la hacanea y partió hacia lo desconocido.

La carta que al día siguiente encontró don Benito de Cárdenas en su escritorio decía así:

A su Excelencia el Sr. Marqués de Torres Claras

Muy respetado y poderoso señor:

Me atrevo a escribiros esta misiva, amparado en vuestra bondad que tan bien conozco y que a manos llenas habéis prodigado sobre mi persona.

Circunstancias personales que únicamente a mí atañen y una desazón terrible por conocer quién soy y de dónde vengo, me han hecho tomar esta decisión que, de otra forma, no hubiera sido capaz de tomar.

Me atrevería a pedir os que nada digáis de mi huida y que tengáis la caridad de decir que me habéis enviado en comisión de servicio a Madrid junto a don Diego o a donde os pluguiere. Sé que si no obro de esta manera no hubiera sido capaz de abandonar esta querida mansión.

Confiado en vuestra benevolencia tantas veces mostrada y sin olvidar jamás lo que por mí habéis hecho, se despide vuestro paje, que nunca os podrá pagar la deuda

contraída,

Alonso Díaz

P. D.: Me he atrevido a tomar una mula de vuestras cuadras, ni qué decir tiene que en cuanto pueda os enviaré su precio. Algún día tendréis constancia de mi gratitud.

Don Benito de Cárdenas dobló la carta y la guardó en un cajón del escritorio. Una sola persona tuvo conocimiento de aquel, para él, extraño suceso: don Suero de Atares.

—¿Qué explicación dais a este incidente?

—Lo ignoro, señor. Lo único que os puedo decir es que sus ganas de volar eran inmensas, más aún desde el día en que Diego partió para Madrid.

—Lo que no alcanzo a comprender es por qué no demandó mi venia para partir. Vos ¿daríais parte de su marcha a la Santa Hermandad o lavaríais la ropa sucia dentro de casa?

—Ya que me preguntáis, os responderé a lo primero que sabía que se lo ibais a denegar a causa de su juventud, y a lo segundo que, con ser Benavente una mansión importante, era jaula demasiado estrecha para sus ansias de aventuras. Y añadiré a lo dicho que, pese a su indiscutible bisonñez, el gavilán tiene las garras afiladas y el pico presto para el ataque. Creedme y no paséis pena por él; no quisiera estar en el pellejo del valentón que creyendo que se las va a tener con un doncel imberbe quiera medir con él su acero.

Don Benito restó unos instantes pensativo.

El ayo subrayó:

—Mirad bien que se pudo llevar un buen caballo de las cuadras y no lo hizo. Tened por cierto que os devolverá el precio de la mula.

—Como comprenderéis, la mula es lo que menos importa. Ha sido una lástima; Alonso será tan buen caballero que gustosamente le hubiera regalado el corcel que solía montar. Lo que sí quiero es que castigéis a los palafreneros que estaban anoche de servicio; nuestras cuadras no pueden ser un paseo para cuatreros y ladrones.

—Se hará como mandéis.

—Decid a quien convenga que ha partido para la Corte en comisión de servicio. Cuando pase el tiempo, si no regresa añadiréis que está sirviendo como paje en la casa de mi hijo.

—Entonces, si no tenéis a bien ordenar algo más...

—Nada. Id a vuestras cosas.

Y el fiel escudero, tras una reverencia adornada con el vuelo de su chambergo, salió de la estancia con una furtiva sonrisa en sus labios.

Más cartas

Don Jerónimo Villanueva, pronotario de Aragón y protector del convento de San Plácido, pero cuyo título más importante era el de amigo dilecto de su cristiana majestad Felipe IV, estaba en su despacho particular. Tenía entre las manos una carta urgente que había llegado en la posta del día anterior cuyo negociado manejaba el conde de Villamediana, recientemente nombrado correo mayor. La misiva provenía de don Martín de Rojo, el hidalgo recomendado por su amigo el duque de Alburquerque y a quien estaba intentando favorecer por complacer a tan importante personaje.

En la corte del cuarto Felipe bueno era crear vínculos de gratitud, pues era obligado pertenecer a una de las banderías que se disputaban los favores reales; los francotiradores solitarios estaban condenados de antemano al fracaso. De esta manera se creaba un entramado de intereses y favores que iban conformando los círculos de influencia donde se movían unos y otros.

La carta trataba de asuntos varios y el de Villanueva se dispuso a contestarla, pues ya hacía varios días que tenía noticias que transmitir al hidalgo y el conocimiento de las nuevas recibidas aconsejaban no demorar la respuesta.

Hizo sonar la campanilla que estaba sobre su escritorio y al punto compareció un secretario.

—Enviadme un amanuense. Debo despachar correspondencia.

El hombre, con una breve inclinación de cabeza se retiró, e instantes después aparecía en la puerta el demandado con una escribanía portátil bajo el brazo.

—¿Dais vuestro permiso, excelencia?

El pronotario alzó la mirada hacia el entrante.

—Pasad, Bernardo, e instalaos cómodamente. Tenemos correo por despachar.

Tras pasó el hombre el dintel de la puerta y fuese a sentar en un escabel frente a la mesa de su amo; abrió la tapa de una escribanía de madera de cedro con incrustaciones de nácar que se había colocado sobre sus rodillas y al hacerlo aparecieron los trebejos para la escritura, creándose una amplia superficie forrada en fieltro verde para apoyar el papel y bajo ella una abarquillado receptáculo para guardar las plumas, y el tintero correspondiente en la parte superior.

Cuando el hombre se consideró preparado, levantó la mirada interrogante.

—Cuando gustéis, excelencia.

Entonces el de Villanueva dictó la siguiente misiva:

A Don Martín de Rojo e Hinojosa, Señor de Quintanar del Castillo

Señor:

La estimación que profeso a vuestro estado y el deseo que tengo de aliviarle en lo que yo alcance, me pone en el camino de escribirle ésta.

He recibido vuestra carta del 12 del presente mes y os ruego no toméis mi demora como falta de interés o diligencia, sino más bien atribuidlo a que los días transcurren muy deprisa y jamás se terminan mis obligaciones. Amén debo deciros que, hasta que no he tenido auténticas nuevas sobre los asuntos que os atañen, no me he puesto a ello.

Procedamos por partes. En primer lugar os trasladaré los avances que he conseguido para intentar satisfacer, en lo que esté en mi mano, vuestras aspiraciones.

No ignoráis los complejos procedimientos que se siguen para examinar los méritos de los aspirantes a ocupar plaza en cualquiera de las órdenes de caballería, ya sea de Santiago, Calatrava, Montesa o Alcántara; como sabéis se abre un período de pruebas durante el cual se nombrarán dos informantes que se deberán desplazar al lugar del pretendiente e indagar sobre él y su familia, entre amigos y gentes que lo hayan conocido desde tiempos lejanos. Se verificará su limpieza de sangre^[111] y el que entre sus antepasados no haya ningún judío ni morisco, mucho menos un relapso o un converso, y si hubiere un escribano se debería buscar la dispensa correspondiente en Roma, que se daría mediante el adecuado juramento en rúbrica^[112]. Todos cuantos inconvenientes encontraren los deberán poner en conocimiento de los consejos de las órdenes, mediante los obstat^[113] oportunos. Imaginad por lo tanto si era importante que el nombramiento de informante cayera en persona adecuada o proclive a nos por haber recibido algún favor.

Por lo pronto he conseguido a través de don Gaspar de Guzmán, el valido del rey, que uno de los dos informantes sea don Francisco de Úbeda, al que controlo por un viejo asunto y, me consta, tendrá gran interés en complacerme; el segundo no he podido impedir que lo proponga el Santo Oficio aunque espero conseguir que sea individuo, por lo menos, no enemigo.

En cuanto sepa que la inspección va a comenzar os pondré al corriente para que estéis prevenido.

Vamos ahora a revisar los extraños sucesos que me explicáis en vuestra carta.

Conocía a través de vuestras noticias el fallecimiento de vuestra hermana, la priora de San Benito, y quedo perplejo ante la sospecha que incubáis de que su deceso no se haya producido por medios naturales. En estas cosas hay que andar con mucho tiento ya que además de presuponer que vuestro confidente, como decís, es persona de toda confianza, hemos de contar con fuerzas poderosas que actuarán en sentido contrario y que éstos son asuntos de difícil prueba.

De cualquier manera, como el tercer tema que tratáis en vuestra misiva es el apresamiento de vuestro dilecto amigo el doctor Gómez de León por una futilidad, como creo que es el tener una copia de los Proverbios morales de Sem Tob en sus anaqueles, llevado a cabo por parte del Santo Oficio y es materia delicada que deberé tratar a gran nivel, creo que la persona apropiada a la que deberé acudir es don Antonio de Sotomayor, confesor del rey. Ni que deciros tengo que aprovecharé la favorable coyuntura para traer a colación el tema de la madre Teresa, por ver si en la

investigación de lo uno cupiera lo otro.

Nada digáis de cuanto os expongo en esta carta, pues no conviene que asuntos tan delicados lleguen a oídos inconvenientes.

Tened confianza en mí, ya que jamás dejo a un amigo en la necesidad, y esperad mis noticias.

*Siempre vuestro, afectísimo,
Jerónimo Villanueva,
Pronotario de Aragón*

Milagros y éxtasis

Las voces corrían como el viento y las noticias sobre lo que ocurría tras los muros de San Benito se iban propagando por las cercanías como la onda que provoca el lanzamiento de una piedra en las tranquilas aguas de un estanque.

Desde su regreso de Benavente, la abadesa y el fraile se habían dedicado a poner en marcha su astuto plan.

Como no podía ser de otra manera, comenzaron su labor desde dentro. Así, una noche, en el rezo de maitines la priora quedó sumida en un trance y, con los ojos en blanco, comenzó a hablar como al dictado de la madre Teresa.

La voz parecía venir de ultratumba:

—Queridas hermanas, gracias a vuestras oraciones he llegado antes de lo que, por mis faltas, me correspondía a la presencia del Padre. Mi abogado ha sido san Benito, bajo cuya advocación está el monasterio. Perseverad y rezad. Se acercan tiempos difíciles... pero la orden emergerá de entre todos los peligros que la acechan y será como la luz del faro que salva a los navegantes. Orad y obedeced, ya que el Señor en su bondad me ha permitido inspirar a sor Gabriela lo que debéis hacer, y a través de ella os guiaré por las procelosas aguas del mundo y os conduciré a la salvación eterna. Recordad el Evangelio: «Sed prudentes como serpientes y candidas como palomas.»

Entonces el padre Rivadeneira bajó del hemicycleo y se acercó al banco donde estaba la arrebatada monja, portando en sus manos el rosario que había pertenecido a la madre Teresa. Poniendo ante sus labios el crucifijo del mismo, se lo dio a besar, invocándola.

—¡Gabriela de la Cruz! —dijo—. Yo te invocó a fin de que regreses a tu envoltura carnal y nos digas adónde te has ido y quién te ha dictado las palabras que nos acabas de decir. Te lo suplico por la divina sangre de nuestro Señor...

La monja, lentamente y apoyándose en sor Leocadia, que estaba a su costado, pareció volver de algún lugar y con una sonrisa beatífica como si acabara de regresar del Tabor, exclamó:

—¿Por qué habéis detenido los rezos, padre? ¿No sabéis que la oración es lo único que nos puede salvar?

—Reverenda madre... os habéis ido. Hace unos segundos no estabais con nosotros. La que nos hablaba era la madre Teresa... a través de vos, claro está.

—No digáis insensateces. ¿Cómo el Señor va a escoger a la última de sus siervas para manifestarse? Id, paternidad, recemos los maitines y no se hable más de este asunto. No quiero que nadie crea que en el convento ocurren sucesos extraordinarios. Estas cosas sólo acontecen a

través de almas escogidas, no de monjas que trabajo tienen para no desmerecer el cargo para el que han sido elegidas por sus hermanas. —Luego, dirigiéndose a la comunidad—: Recen, hermanas, y sean discretas. Estas cosas han de quedar siempre en familia.

Ni que decir tiene que el suceso se propagó a los cuatro vientos como las gotas del rocío.

El siguiente movimiento lo planificaron ambos cuidadosamente.

—Ved lo que he pensado —dijo el fraile—. Hay una postulante, nada agraciada por cierto, que siempre pide una señal que reafirme su vocación; es muchacha muy nerviosa y de pocas luces.

—Y... ¿qué se os ha ocurrido?

—Veréis. Vos, desde el día que huyó Catalina ordenasteis que en cada pasillo una de las postulantes hiciera la ronda cuidando de que ninguna anomalía aconteciera y que se mantuvieran encendidas las lamparillas que alumbran el Sagrado Corazón que está en la hornacina junto al lugar donde el muro se abre y desemboca el pasadizo que va desde la sacristía.

—¿Y bien?

—La noche que os parezca y que a ella corresponda tal menester, nos acercaremos hasta que oigamos sus pasos tras la pared y a través de ella y con la voz desfigurada, además de por el muro, por un trapo que os colocaréis junto a la boca, le hablaréis de modo que ella crea que es la madre Teresa quien a ella se dirige.

—Desde luego habéis interpretado mi idea. Pero ¿vos creéis que seré capaz de imitar la voz?

—Ciertamente. Tal como lo hacéis en la iglesia durante vuestros tránsitos; y sobre todo amparada por un muro, con un trapo sobre la boca y contando con los nervios de la muchacha.

—Sea. Cuando os parezca pondremos en marcha vuestro plan.

—Pues entonces únicamente espero vuestra orden.

Para dar más realismo a su proyecto, sor Gabriela no intervino en la designación del día que correspondía a Martina, que así se llamaba la muchacha, el turno de vigilancia. Se limitó a que la nueva prefecta de novicias le notificara que ella era la designada para velar aquella noche.

Luego de las vísperas y antes de las completas, cuando toda la comunidad se había retirado a sus celdas la priora y su cómplice, tras coger tres candelas y una mecha encendida, se desplazaron a través del secreto pasadizo hasta el límite donde se hallaba el mecanismo de apertura del muro, y allí esperaron a que los pasos que daba la muchacha les indicara cuál era el instante en el que se encontraba más cerca de la Sagrada Imagen. Prestaron gran atención para asegurar su proximidad, y cuando tras varios peripatéticos paseos intuyeron que la chica estaba junto a la hornacina, la monja, con la voz distorsionada por un trozo de paño que se colocó sobre sus labios, dijo:

—¡Querida Martina! Me has suplicado muchas veces una señal que reafirme tu vocación y te la voy a dar, porque tu corazón es sencillo y grato a los ojos del Señor. Lo único que te pido a cambio es una ciega obediencia a tu priora; ella sabe mejor que nadie lo que más conviene a tu alma. Ve hasta tu celda y reza ante la imagen de la Santísima Virgen diez avemarías; cuando lo hayas hecho regresa junto al Sagrado Corazón y te será dado ver la señal que tanto has demandado.

Al acabar el parlamento, oyeron ambos cómo los pies de la muchacha volaban más que corrían por el pasillo de las postulantes. Cuando tuvieron la certeza de que se había alejado, la madre Teresa oprimió el resorte que liberaba el muelle del pestillo del muro y éste se abrió. Entonces el fraile encendió las tres candelas que portaba consigo y las colocó en la peana de la imagen, inundándola de luz. Luego volvieron a cerrar el muro y esperaron. Al poco oyeron los

pasos de la muchacha que regresaban, después un fuerte golpe y... el silencio.

Cuando la comunidad fue a la iglesia del monasterio para el rezo de las completas, sor Leocadia, prefecta de novicias, comunicó a la priora que una de la postulantes se había desmayado y estaba inconsciente en la enfermería del monasterio, y que en su delirio la nombraba a ella.

Tarsicia, la gitana

Antes de que alguien la echara en falta transcurrirían cinco horas; éste era el tiempo de que disponía para alejarse del palacio de los Cárdenas.

Catalina conocía perfectamente aquellos andurriales, pues los había recorrido en infinidad de ocasiones acompañando a Diego en jornadas cinegéticas en las que la cetrería^[114] había ocupado un lugar preeminente.

Su idea era dirigirse a Valladolid pasando por Villalpando, para tras atravesar el Sequillo, que por aquellas fechas llevaría poca agua, bajar hasta la Mota del Marqués y después por la vega de Valdetronco hasta su destino prefijado. Allí valoraría las posibilidades de proseguir hasta Madrid. Entonces, instintivamente y casi sin darse cuenta, su mano zurda tanteó el bolsillo interior de su jubón buscando el papel que Casilda le había dado con las señas de aquel primo suyo que era carretero y que moraba en Valladolid.

La luna todavía estaba alojada en el vientre de la noche y la claridad de la madrugada hacía que mil gotas de rocío titilaran cual piedras preciosas engarzadas en una corona de hierba. En su mente se agolpaban mil recuerdos y en su corazón batallaban sentimientos encontrados que iban conformando lo que, hasta aquel momento, eran todas sus vivencias: su niñez, Blasillo, Casilda, la madre Teresa, cuya muerte, de haberse demorado unos segundos más tal vez le hubiera brindado la posibilidad de conocer el nombre de su progenitor; la gravísima culpa que sobre sus hombros había querido cargar sor Gabriela, Rivadeneira, el fraile libidinoso, su huida; y aquellos casi dos maravillosos años que habían reafirmado la certeza de que su vida no estaba hecha para el silencio de los claustros, empañados a última hora por la presencia de aquel francés degenerado en el palacio de Benavente y por la amargura que invadía su espíritu cuando recordaba las veces que Diego le había prometido que la llevaría a la Corte con él y, sin saber a ciencia cierta por qué, la había defraudado.

El día se iba asomando por un horizonte encapotado y triste como su atribulado espíritu, y su luz, además de cambiar el perfil del paisaje, le iba mostrando parajes y entornos que eran para ella cada vez más desconocidos.

Un largo camino la separaba de su destino final, que no podía ser otro que cualquier rincón de la Corte que le permitiera vivir a la sombra de Diego; el poder verlo y estar junto a él constituía lo que para ella representaba el paradigma de la felicidad. Su vida sin poder vivirla a su lado carecía de sentido, y por vez primera sabía para lo que había nacido; su finalidad sería siempre, y por encima de cualquier otra consideración, amarlo. Sería maravilloso que él, algún día, reparara en su amor, pero se conformaba con verlo pasar y colmar la insaciable vasija de su alma con su

sola presencia, sin contraprestación alguna por parte de él.

En el fondo, ahí subyacía el motivo por el que había sustraído ropas femeninas del arcón del desván del palacio. Su corazón ansiaba que algún día él la pudiera ver en su condición de mujer, y esperaba que pasado el tiempo, con su pelo crecido y vestida de tal guisa, no la asociara ni a la criatura por la que rompió una lanza en el convento ni al mozaibete al que salvó la vida, ni al paje que había tenido posteriormente en la casa de su padre.

Tales disgresiones la llevaban a despreocuparse del presente, que era de por sí harto complicado y peligroso.

Afrodita había adoptado un trote cochinerero que le era cómodo y en el que el animal podía instalarse horas sin acusar cansancio alguno, y calculó que de esta forma podría contabilizar una cantidad de leguas notable al final de cada jornada. Comenzaba a llover y, tras cubrirse con un capote que extrajo de su alforja, decidió que al llegar al Sequillo haría una parada para alimentarse y reponer fuerzas.

Unas cuatro horas llevaría de camino cuando advirtió que el paisaje anunciaba que el río estaba próximo; los chopos habían ido sustituyendo a los plateados abedules y un rumor de agua dominaba los otros sonidos de la floresta. La lluvia había ido en aumento y en un preciso instante creyó obligado detener su caminar pues el prudente animal había acertado su paso y sus orejas denotaban una actitud de alerta, amén de que la visibilidad era cada vez más deficiente. Entonces los vio. A menos de un centenar de metros y emboscados entre la arboleda se hallaban dos carrmatos de un extraño porte con las varas de amarre de las caballerías descansando en el suelo y sin rastro visible de los animales que tiraban de ellas. Su aspecto era el de dos galeras convencionales con el pescante fuera, de cuatro ruedas cada una pintadas de verde, y más grandes las posteriores que las anteriores, pero sus respectivas techumbres en lugar de ser redondeadas a la común usanza, eran cuadradas, algo combadas y mucho más altas, hasta el punto que Catalina sospechó que un hombre podía permanecer cómodamente en pie dentro de aquellos carrmatos. Del mayor, por un chato cilindro negro cubierto por un sombrerete salía un humillo, cual si fuera la chimenea de una choza; al acercarse más observó en su lateral un ventanuco y en su alféizar una maceta rectangular de madera con varias clases de hierbas del campo y florecillas silvestres. Un relincho le anunció que las caballerías de aquellas gentes habían detectado la presencia de *Afrodita*, y el ladrido agudo de un perrillo que apareció de entre las ruedas del segundo carricoche ratificó su sospecha. Entonces creyó oportuno hacerse notar claramente para que nadie pensara que su propósito abrigaba malas intenciones.

—¡Ah de las gentes! ¿Hay alguien en la casa?

A lo primero nadie contestó a su llamada y el chucho olisqueó amistoso las patas de la mula, que se mostraba intranquila y balanceaba sus orejas adelante y atrás como buscando nuevas referencias que le indicaran si por algún lado acechaba peligro. Cuando iba a repetir su llamada, se abrió la puerta de la carreta mayor y apareció en el quicio la silueta de una mujer cuya imprecisa edad no fue capaz de determinar. Vestía una saya negra floreada, cubría sus hombros con una toquilla de lana verde y calzaba zuecos sobre unas medias del mismo color, su pelo canoso estaba recogido en un moño, bajo un pañuelo rojo, y sus ojos de un verde intenso miraban fijamente a Catalina.

—Alabado sea Dios —saludó Catalina sin descender de la mula.

—Por siempre lo sea. ¿Qué queréis, muchacha?

Catalina se quedó de una pieza. Nadie a lo largo de aquellos dos años había siquiera intuido su secreto, y ella cuidaba muy mucho de impostar la voz a fin de que ésta no la delatara.

—¿Cómo sabéis lo que soy cubierta con este capote y sin haber tenido tiempo de observarme?

—Yo no uso los ojos de la cara. Para ciertas cosas soy ciega... y creedme que se conoce mucho mejor a las personas cuando se las mira con los ojos de dentro. Pero, decidme, ¿qué buscáis?

—Cobijo y un puesto a resguardo hasta que la lluvia escampe.

—Dejad vuestra cabalgadura junto a las otras, bajo la techumbre de ramas que veréis al costado de la otra carreta, y entrad.

Sin nada más añadir, la mujer se volvió a meter en la extraña galera.

Catalina no salía de su asombro. Echó pie a tierra y tirando de la brida de la mula la condujo al lugar indicado. Al instante divisó cuatro cabalgaduras que estaban instaladas en aquel refugio y que la observaban con curiosidad. Despojó a *Afrodita* de sus arreos y cargando la silla al hombro y luego de trabar al animal, se dirigió a la carreta. Para acceder a ella teníanse que subir dos peldaños de una escalerilla; así lo hizo y golpeó con los nudillos de la mano que le quedaba libre la madera de la puerta.

—Empujad, no está cerrada.

Catalina obedeció la indicación. La hoja cedió y se encontró ante un cuadro que jamás hubiera sospechado existiera. El espacio que se ofrecía ante ella estaba totalmente aprovechado y era alargado. Adosados a la pared opuesta a la puerta por la que había entrado se veían unos nichos con las cortinillas recogidas a un costado, en cuyo interior y en su parte baja aparecían unas colchonetas de paja que, sin duda, servían de camastros; allí fácilmente cabía recostada una persona, que al correr la cortinilla quedaba completamente aislada. Al fondo y bajo una ventana abierta en la parte posterior y cubierta por una lona encerada para que la lluvia no calase en el interior, y que desde el lugar por donde ella había llegado no se podía ver, estaba arrimada una mesa de pino con tres lugares para acomodarse; en el otro extremo, donde se hallaba la mujer, se ubicaba un ingenioso fogón causante del humo que Catalina observó a su arribada, y que salía al exterior embocado por una pequeña campana que se hallaba instalada sobre él, y a sus costados había dos pequeñas alacenas llenas de cacharros y utensilios varios.

—Dejad vuestras cosas sobre un catre y tomad asiento. La hospitalidad que me enseñaron mis mayores me obliga a daros agua caliente, sal y un puesto junto a la lumbre... igual que a un soldado. Pero haré algo más. Como os veo hambrienta, os serviré un plato del guiso que estaba cocinando para mi marido y para mi hijo, que están a punto de regresar.

—¿Me podéis decir como sabéis que estoy hambriento... hambrienta?

—Al entrar, las aletas de vuestras narices han venteado fuertemente el aroma que sale de mi cazuela. Aquí no hay otro efluvio que olfatear. Por cierto, de momento y hasta que partáis no hay por qué dar tres cuartos al pregonero sobre vuestra femenina condición.

Catalina no salía del asombro que le causaba aquella peculiar mujer.

—Pero dejad vuestros avíos y sentaos. ¿Cuál es vuestro nombre, de dónde venís y adónde os dirigís? Bueno, si os place decírmelo.

La muchacha se acomodó en una de las yacijas y, sin ser consciente de ello, relató parte de su verdadera historia.

—Veréis, me llamo Alonso Díaz. Bueno, en verdad mi nombre es Catalina. Soy hija de un

hidalgo sin fortuna, que toda la vida deseó un varón y que al no tenerlo vio peligrar la continuidad de su estirpe. Yo, en mi afán de complacerlo vestí ropas de hombre y aprendí el oficio de soldado, y hasta que mis hechos de armas no lo cubran de honores no revelaré a nadie mi condición de mujer. Ésta es la razón por la que me he puesto en camino con el fin de alistarme en cualquiera de los Tercios que vaya a Flandes y quiero que sepáis que, hasta el día de hoy, nadie había descubierto mi apaño.

—Bien está si así os complace. La historia es curiosa. Y ¿vuestro padre os permite correr tal aventura?

—He escapado de mi casa, pero me consta que cuando regrese y conozca la altura donde he colocado el lustre de su apellido, estará gozoso.

—Pues si tal queréis conseguir, lo primero que debéis hacer es alimentaros.

Y al esto decir la mujer se fue hasta el fogoncillo y con un cucharón escanció en una escudilla una generosa ración de un guiso de pescado y verduras que colocó frente a la muchacha, y que a Catalina le supo a gloria bendita pues desde el día anterior no había probado bocado. Cuando ya hubo saciado su apetito, fue ella la que comenzó a preguntar a la mujer:

—Y, decidme, ¿cómo tengo que llamaros y a qué os dedicáis? Jamás en toda mi vida había visto un carro acondicionado cual si fuera una vivienda.

—Mi nombre es Tarsicia. Los de la raza de mi marido son trashumantes; siempre hemos vivido en los caminos... somos pájaros de mal anidar. Sus antepasados provienen de la lejana India y el primer gitano del que se tiene noticia es originario de Egipto. Pero no es conveniente hablar muy alto de este tema en las Españas de su cristiana Majestad; soplan malos tiempos para los de mi pueblo adoptivo.

—Y si no cultiváis el campo, por qué no paráis en sitio fijo. ¿De qué vivís?

—Comerciamos.

—Y ¿qué mercáis?

—Según el lugar donde acampemos y las necesidades que nos urjan nos dedicamos a arreglar calderos y afilar dagas, espadas, cuchillos y todo aquel utensilio que tenga filo. Además, en las fiestas también ejercemos de volatineros y cómicos, que ésta fue la profesión que yo tenía cuando me casé.

—¿Y qué vendéis?

—Alegría. Hacemos que las gentes olviden por un rato sus miserias.

—¿Y cómo se hace tal?

—Seguimos la ruta que nos marcan las ferias de los lugares que visitamos y los santos patronos de los pueblos, y allí mi hombre y mi hijo con su tío y sus primos montan su tenderete y mostramos, por unas pocas monedas, nuestras habilidades.

—Y ¿cuáles son esas habilidades?

—Deberíais verlos manejar mazos, aros y pelotas y realizar toda suerte de saltos y cabriolas. Antes llevábamos con nosotros un mono y un loro, pero ahora el Santo Oficio lo ha prohibido y no conviene irritar a esos caballeros; únicamente el perrillo que habéis visto a vuestra llegada contribuye a nuestro espectáculo, y no os podéis llegar a imaginar la cantidad de cosas que mi hijo le obliga a hacer.

—¿Y vos?

—Yo canto, bailo, recito... eso sobre el escenario, y luego al terminar la función hago otras

cosas.

—¿Y qué cosas son esas?

—Preguntáis demasiado, pero vuestra cara no engaña. Os lo voy a decir: en según qué lugares y a clientes de confianza, pues es un don que heredé de mi suegra y se atribuye a brujería, aunque yo sólo hago que favorecer a los prójimos que demandan mis servicios y desde luego nada tengo que ver con los sucesos del valle de Zugarramundi^[115], preparo filtros que me demandan para remediar algunos males o para conseguir ciertos beneficios y predigo el futuro, en la mayoría de los casos con éxito. Los videntes alcanzamos a ver más allá de donde lo hace el común de los mortales, y por tanto podemos remediar males atribuibles a hechos que todavía no han sucedido.

—Me tenéis asombrada. Pero ¿cómo lo hacéis?

—Yo no hago nada. Meramente relato lo que ven mis ojos interiores, y para causar mayor impresión y porque a la gente le causa mayor impacto, poso mis manos sobre una bola de cristal. Vos misma os habéis extrañado cuando, al llegar, he adivinado vuestro sexo y no he necesitado artificio alguno.

—¿Y ahora adónde os dirigís?

—El itinerario no lo conozco, únicamente os puedo decir que pararemos en Valladolid.

La cabeza de Catalina iba pariendo ideas a la velocidad de un tiro de arcabuz, y recordó su afortunado viaje con los carreteros que la ayudaron a llegar sin novedad a Benavente.

—¿Tal vez permitiríais que hiciera el camino en vuestra compañía? Ya sabéis que hoy día el viajar solo entraña peligro, y no me importaría aplazar la arribada a mi destino a cambio de hacer el trayecto conjuntamente. Además, no soy lerda y aprendo fácilmente. Os aseguro que no sería una carga.

—Nada os puedo decir. El jefe de la *troupe* es Florencio, mi marido; si él lo autoriza no habrá inconveniente.

—¿Y si a alguno de los otros les pareciera improcedente?

—Entre los de nuestra raza, lo que dice el patriarca no admite discusión. Pronto regresarán. Además pertenecemos todos a una sola familia, los Ayamonte; mi hombre y el de la otra carreta son hermanos y mi hijo Manuel se casará con Violeta, que es su prima. En cuanto a las mujeres, no opinamos si no se nos pregunta, o sea que lo que yo o mi cuñada Magdalena dijéramos no influiría en la decisión que ellos adoptaran. Pero, os repito, tendréis que esperar. De todos modos pensadlo, porque caso que decidierais unir vuestra suerte a la nuestra, deberéis descubrir vuestra condición femenina a mi hombre para que él resuelva lo que crea más conveniente...

—¿Creéis que tardarán mucho en regresar? Porque según sea su respuesta deberé continuar mi viaje.

—Yo os diré lo que vais a hacer. Os quedaréis conmigo hasta que retornen. Sea cual sea su decisión, la hospitalidad es un deber entre nosotros, y lo que deduzco por vuestro aspecto es que os conviene dormir.

Catalina no se había dado cuenta hasta aquel momento del cansancio que acumulaba su cuerpo; no únicamente era físico, sino también moral, y se contabilizaba desde el instante que comenzó su vía crucis al descubrir los torpes manejos del francés, pasando por la sorpresiva e inoportuna arribada a Benavente de sor Gabriela y del fraile, y terminando por su complicada peripecia al tomar la decisión angustiosa de su huida y, posteriormente, llevándola a cabo.

—Realmente creo que tenéis razón, estoy agotada. —A ella misma le sonó extraño hablar en

términos femeninos, cosa que no había tenido ocasión de hacer desde su lejana despedida de Casilda la noche de su primera huida—. Si me decís dónde, me tumbaría un rato.

—No se hable más. En el mismo catre donde estáis sentada podéis hacerlo.

—Voy a colocar el cabezal a mi mula y a darle de comer, y regreso al punto...

—Encontraréis forraje en un pesebre que hallaréis junto al cobertizo, no tengáis reparo en tomarlo.

—Os doy de nuevo las gracias por vuestra hospitalidad. Regreso en un instante.



«Yo no hago nada. Meramente relato lo que ven mis ojos interiores.»

Partió la muchacha hacia el cobertizo y tras acondicionar a la acémila regresó a la carreta. La mujer estaba recogiendo los enseres de la cocina.

—Ya os he ahuecado el jergón. No perdáis tiempo y descansad.

Catalina no se demoró un instante. Colocó su alforja a los pies del camastro y tras colgar su talabarte en el palo de la cabecera, tomó de él su daga enfundada y la escondió bajo la almohada a fin de tenerla a mano; luego cerró la cortinilla y cayó en un profundo y reparador sueño.

No supo cuánto tiempo había transcurrido desde que se tumbara a dar una cabezada hasta que unas veladas voces la despertaron. Sus cinco sentidos se pusieron en guardia y se dispuso a escuchar la conversación desde detrás de la cortinilla.

La luz que hasta ella llegaba no era la diurna, y por el tono amarillento y la intensidad convino que debía proceder de un candil o de una palmatoria. Dado que ella había salido de madrugada de Benavente, había cabalgado unas cinco horas y se acostó luego de hablar con la gitana y de comer su apetitoso guiso, dedujo que había dormido toda la tarde y que la noche se había echado encima.

—¿Y me dices que es amable y respetuoso y que parece estar huyendo de algo?

—Eso os digo. Y es más, podéis estar seguro de que es cabal persona y que nos va a traer fortuna.

La que había hablado en primer lugar, tuteando a Tarsicia, era la voz autoritaria de un hombre mayor; la otra, entendió Catalina que correspondía a la gitana.

—¿Cómo dices, mujer, que un huido nos puede traer fortuna? ¿Es que no tenemos ya suficientes complicaciones?

—Ya sabéis que no acostumbro equivocarme en cuanto a catar a las personas. Os digo que sacaremos más beneficio que pesares si la permitís viajar en nuestra compañía.

—Si le permitís o si la permitís...

—Dadle la oportunidad de que se explique.

—Bien, despiértala y veamos qué aspecto tiene este mirlo blanco que ha dado en parar en nuestra jaula.

Catalina cerró inmediatamente los ojos y simulando estar profundamente dormida sintió cómo se descorrían las cortinillas de su estrecha concavidad.

—¡Alonso, despertad, Alonso!

Tarsicia, a la par que esto decía la sacudía por el hombro suavemente en tanto que la muchacha simulaba regresar lentamente del país de los sueños. Luego, cual si advirtiera de súbito que estaba en sitio extraño, se sentó en la yacija con los pies colgando, los sentidos alerta y completamente despejada. El aspecto del hombre que estaba en jarras ante ella era impactante: mediría casi dos varas y media, y su robustez iba pareja con su imponente estatura; vestía unos pantalones de velludo de color pardo y ajustados a las piernas, camisa blanca con chorreras y un chaleco adornado con sobrepuestos portugueses, faja roja de la que sobresalía la empuñadura de una faca y pañuelo en la cabeza del mismo color; calzaba botas de gamuza hasta la rodilla ajustadas en los laterales por cordones de cuero. Pero en sus ojos, más que otra cosa, se reflejaba simplemente curiosidad.

El gigante entró directamente en materia:

—Tengo entendido que pretendéis viajar con nosotros. Para ello me tendréis que explicar muchas cosas. Poneos cómodo, sentémonos en la mesa y contadme otra vez lo que le habéis

explicado a mi mujer.

Catalina obedeció la orden, pues aquello no era una mera invitación, y puso al hombre al corriente de sus andanzas, respetando el guión que había explicado anteriormente.

—Y ¿dónde se encuentra la casa de vuestro padre?

—Cerca de San Sebastián.

—¿Cuántos años tenéis?

—Dieciocho —mintió—. Recién cumplidos —añadió.

El hombre quedó pensativo.

—¿Sabéis manejar esa espada o es doncella^[116]? —preguntó el hombre señalando el acero que Catalina había dejado colgando en la cabecera de su cubículo.

—Si queréis probarlo... —respondió Catalina con altivez.

El hombre sonrió con sorna.

—Tiempo habrá y... tal vez ocasión. Me habéis caído bien y debo confesaros que la opinión de mi mujer es para mí fundamental. Podéis viajar con nosotros en tanto os convenga, pero antes de que decidáis debo deciros una cosa primordial: mientras estéis con nosotros haréis lo que yo disponga, y el día que no os convenga... sendero y manta. ¿Me he explicado con claridad?

—¡Absoluta, señor! Y os estaré eternamente agradecido... agradecida.

—De eso también quisiera hablaros. Desde luego, de no ser por mi mujer jamás hubiera adivinado vuestra condición y, ya que tenemos esta ventaja, la aprovecharemos en nuestro beneficio. Cuando haga falta que vistáis como un doncel, seréis lo que ahora representáis ser, y cuando por nuestro trabajo o necesidad nos convenga que seáis una muchacha, eso seréis. ¿Me habéis comprendido?

—Perfectamente.

—Tarsicia os proveerá de indumentaria femenina.

—Tengo alguna cosa en mis alforjas.

—Realmente sois una caja de sorpresas. Pero dudo que vuestras ropas encajen con nuestro tipo de vida y con nuestra identidad. Mejor será que os vistáis, cuando convenga, apropiadamente. Y ahora, dado que el tiempo ha aclarado y hace una magnífica noche, vamos a cenar junto a la hoguera; conoceréis a mi hijo Manuel, a mi hermano Tomé y a su familia. —Diciendo esto, el gigante se levantó del taburete en el que se había sentado a horcajadas y dio por terminada la charla.

Quedóse pensativa Catalina unos instantes sin atreverse a respirar, asombrada de su buena estrella. Aquella circunstancia le permitiría esconderse de sus perseguidores, en el supuesto de que alguien la buscara, ya que sor Gabriela y el fraile ocupaban sus afanes con una postulante, en cualquier caso con una mujer. Y si el peligro procediera de Benavente y hubieran dado parte a la Santa Hermandad por el robo de un mulo, cosa que creía muy improbable, a quien intentarían encontrar sería a un paje. En ninguno de los dos casos se fijarían en una joven gitana integrada en un grupo de trashumantes.

Catalina, al acostarse en el nicho que le fue asignado repasaba aquella noche la increíble concatenación de circunstancias que la habían conducido a cenar junto a una hoguera vestida al modo de los zingaros, con dos familias calés que la ayudarían a guardar su incógnito, y con las que iba a realizar su camino hasta Valladolid.

Los jesuitas

Los jesuitas Cosme Lancero, Javier Gallastegui y Orlando Juárez habían sido comisionados por el confesor del rey, el reverendo Antonio Sotomayor, a instancia de don Jerónimo Villanueva, a fin de que indagaran una serie de sucesos acaecidos y otros actuales que por lo visto se desarrollaban en el convento de San Benito, correspondiente a la diócesis de Astorga.

Una priora había muerto en, al parecer, extrañas circunstancias. La aspirante que le suministró su electuario había sido culpada ante toda la comunidad y estaba huida hacía un par de años. El médico que le recetó la medicina había sido apresado por el Santo Oficio y conducido primeramente a Astorga, para trasladarlo posteriormente a Toledo. La nueva priora parecía tener arrebatos místicos y éxtasis profundos, y el confesor de las monjas propalaba a los cuatro vientos una serie de milagros sin autentificar, y sin tener por tanto la correspondiente autorización para hablar de ellos, amén de que al parecer sus sermones no se ajustaban a la ortodoxia de la Santa Madre Iglesia. Y sobre todo este conjunto de irregularidades, se cernía además la sospecha de un tráfico de presuntas reliquias y la posible paternidad de una criatura, ambas cosas por otra parte bastante comunes en los tiempos que corrían.

Los tres clérigos eran unos auténticos cristianos, fieles seguidores del santo de Loyola y por lo tanto absolutos y obedientes soldados de la Santa Sede, pero sus indagaciones debían llevarlas con discreción y cuidado y reportar todo aquello que descubrieran directamente a Sotomayor. Tal era el interés del rey, que desde el duro enfrentamiento que sostuvo su abuelo Felipe II con los dominicos en el tema del arzobispo Carranza, primado de Toledo al que la Suprema persiguió y que el papa Gregorio VIII restituyó en sus derechos tras diecisiete años de terrible lucha, no quería enfrentamientos directos con el tribunal del Santo Oficio.

Cosme Lancero, al igual que el fundador de su orden, había pertenecido a la milicia. En una muy apurada ocasión y en el momento crucial de un combate había jurado que si salía de aquel trance con vida, consagraría el resto de sus días al servicio de Dios. Había ingresado en la orden ya maduro, pero su gran inteligencia y la absoluta obediencia a sus superiores, costumbre adquirida en el Tercio, le había hecho ascender rápidamente dentro de ella, y en aquellos momentos era uno de los hombres de confianza del confesor del rey.

El padre Javier Gallastegui era navarro, de Barasoain, fuerte como un levantador de piedras de los concursos de aquellas tierras, y el día de su santo patrón en el seminario deleitaba a sus compañeros dejándose hacer un torniquete con una soga en su antebrazo derecho extendido, para romperla a continuación al contraer el bíceps. Su talante era simple y pragmático, y nada que se apartara una tilde de sus fundamentales principios le parecía recto; era además el amanuense

perfecto.

Pocos clérigos tenían un conocimiento más profundo de la ortodoxia de la Iglesia que el padre Orlando Juárez; era éste, al respecto, íntegro, leal y escrupuloso. Natural de Badajoz, había acompañado a Roma al padre Sotomayor cuando se hablaba de que éste iba a ser nombrado preboste^[117] de la orden; hízole allí de secretario y se había forjado entre ambos un lazo de confianza y una devoción de éste hacia el confesor del rey que no había misión delicada ni embajada comprometida para la que no fuera designado el padre Juárez, caso de no tener otra misión puntual que realizar dentro de la compañía. Además, siendo extremeño se había dedicado a profundizar sobre la herética secta de los alumbrados surgida en Llerena, en el seno de su tierra.

Desde Madrid hasta el monasterio tenían varias jornadas de viaje, que habían realizado en sucesivas etapas; sus principales paradas las hicieron en Segovia y Valladolid, siendo las demás de menor importancia. Viajaban en un carruaje de la orden tirado por cuatro caballos que cambiaban en las diferentes postas y les permitía hacer su camino con relativa diligencia. Ya habían sobrepasado Santa María del Páramo y esperaban llegar a su destino en menos de un par de horas. Iban conversando sobre lo que esperaban encontrar en el convento.

—¿Y qué piensa su paternidad de todo este embrollo? —El que de esta manera hablaba era el padre Gallastegui.

—No quisiera hacer un juicio de valor antes de tener un cabal conocimiento de los hechos, pero en la mayoría de los casos de los que nos llegan noticia que tales cosas ocurren, se deben a monjas histéricas que piensan ser todas Teresa de Jesús; esto, claro es, referido a los éxtasis y arrebatos. Sobre lo otro, hasta que no investiguemos y hablemos con personas que estén tras los muros del convento prefiero no pronunciarme. El padre Antonio de Sotomayor ha sido muy claro al respecto. Recuerde su paternidad: «Obren sobre hechos probados y concretos, no lo hagan sobre conjeturas.» ¿Recuerda?

—Recuerdo, pero... «Cuando el río suena agua lleva», y como decía el sabio de Rotterdam: «Por el humo se sabe dónde está el fuego.» Con menos motivos de los que ahora nos traen a San Benito acudimos a Sevilla, y recuerde su paternidad lo que encontramos.

—Cada cosa es cada cosa y cada situación es distinta. —El que así se expresaba era el padre Juárez—. No debemos llegar albergando en nuestras mentes influencia alguna que nos mediatice para juzgar con justo criterio.

Los tres jesuitas llegaron a San Benito y fueron alojados en los aposentos destinados a ilustres visitantes.

En cuanto sor Gabriela tuvo noticia de su llegada, convocó al padre Rivadeneira con el fin de preparar una estrategia que contrarrestara la posible información que tuvieran los ilustres religiosos.

Los dos personajes se reunieron en el despacho de la priora.

—Creo, reverendo, que ha surgido un problema.

—Las noticias corren. Ya ha llegado a mis oídos que tenemos visitantes.

—Ése es el problema al que me refiero. Y bien, ¿qué pensáis?

—De momento se me ocurre que malo es preocuparse de cosas que todavía desconocemos. Muchos son los temas que puedan interesarles. Vos y yo sabíamos que un día u otro esto podría acontecer... mejor, tenía que acontecer. Bien, pues ese día ha llegado y debemos jugar bien nuestras cartas. Lo importante es que digamos ambos lo que tantas y tantas veces hemos planeado

para que nuestros relatos coincidan; que se enteren de lo que deseamos que sepan tal como deben saberlo, y que nada de lo que vos y yo conocemos y que ellos deben ignorar trascienda.

—Vos y yo, tal vez, pero ¿las demás?

—¿Qué importan las demás? Las demás contarán lo que han visto y lo que saben a través de vos y de mí, y como comprenderéis no he esperado la venida de estos comisionados para preparar la grey. Ellas saben muy bien qué deben decir y qué callar; les he imbuido el convencimiento de que el convento es un islote apartado de los peligros del mundo, siempre que sepamos resguardarlo... y tal cuidado corresponde a todos cuantos en él moramos. No os preocupéis, el gran día está a punto de llegar; los hechos milagrosos que aquí acontecen necesitan del aval de estos incómodos visitantes para que trasciendan. No desfallezcáis ahora y mostraos todo lo entera que os habéis mostrado en situaciones mucho más comprometidas.

—Espero y deseo con toda mi alma que acertéis en vuestras predicciones. Sería desolador que tras tantos trabajos todo nuestro esfuerzo hubiera sido vano.

—Tened fe... y esa fortaleza tan vuestra y de la que tantas veces habéis dado muestras.

—Y ¿no os preocupa Fuencisla?

—Como comprenderéis, me he ocupado de ella en particular. No dirá nada si es que es interrogada; me teme y tengo gran ascendiente sobre ella. Además he vuelto a alimentar sus esperanzas, no os preocupéis. El peligro no vendrá por ella.

Los jesuitas conocían su cometido. Instalaron su salón de sesiones en la sala capitular e iniciaron sus interrogatorios en días sucesivos, comenzando lógicamente por sor Gabriela.

Pese a dominarse, la priora estaba tensa.

—Prosigamos, reverenda. —Estaban ubicados detrás de una mesa presidida por un gran crucifijo, en sendos sillones, con todas sus carpetas y libros abiertos sobre la misma. El que interrogaba en aquel momento era el padre Landero, en tanto el padre Gallastegui tomaba notas en un cartapacio con un cálamo que iba mojando en un tintero y el padre Juárez, apoyado en el respaldo de su sillón con los ojos semicerrados, los codos sobre los reposabrazos y las manos juntas bajo la barbilla, parecía estar sumido en sus pensamientos—. Entonces decís que dejasteis a una futura postulante al cargo de la difunta priora, con la orden de que le suministrara su medicina a la hora en punto.

—Así es. Lo que es inimaginable es que ella decidiera suministrarle una dosis mayor, por su cuenta y riesgo, con evidente peligro para la vida de la madre Teresa.

—Y más inimaginable es que luego lo admitiera, ya que de no ser así vos no lo hubierais sabido jamás —replicó el jesuita.

—Testigo de su confesión fue el padre Rivadeneira.

—Es muy extraño; más aún que lo admitiera delante del padre. El que hace lo que no debe y de mala fe raramente lo reconoce. Una joven aspirante que, sin presión alguna según lo que me decís, admite algo así, es que tiene la conciencia tranquila... y nadie tiene la conciencia tranquila cuando por un descuido suyo fallece la priora de su convento.

—Era una muchacha ligera e irresponsable.

—Raro se me hace que encargerais la vela de una tan delicada enferma a una persona adornada con los defectos que argüís.

—La madre Teresa lo exigió. No era yo quién para discutir sus órdenes.

—Entonces, colijo que no sería tan disipada la susodicha cuando la reverenda quiso que fuera

ella quien la velara. —El que así intervino fue el padre Juárez.

—La reverenda madre siempre dispensó a esta muchacha una irrazonable protección.

—Y, decidme, ¿tenéis el electuario que le recetó el médico?

—Lo tiene sor Guillermina, la hermana enfermera.

—Luego diréis que nos lo entregue. Y decid, ¿cuáles son esas señales diabólicas a las que habéis aludido?

—Veréis, paternidades, era zurda; vos sabéis que los reprobos estarán a la izquierda del Señor. El padre Rivadeneira la sorprendió pretendiendo volar desde el campanario de la torre, cual si fuera un ave; intuimos que la causa fue que su espíritu se apropió, de muy joven, de la esencia de un gallo pacífico que otro, por su culpa, mató. El día que desapareció fue como si se hubiera hecho humo... Las celdas quedan cerradas por la noche entre rezo y rezo; cuando la prefecta de novicias fue a abrir la suya, nadie había en su interior. Lo que sí había era una gran mata de pelo negro cortado, como si hubiera habido un voto o un pago al maligno por la ayuda que le había prestado.

—¿Tenéis ese pelo?

—Desde luego, paternidad.

—También nos lo entregaráis.

—¿Qué relación había entre ella y la madre Teresa?

—Como os he dicho, la protegió desde el primer día. Ella fue quien la recibió la noche en la que un caballero embozado la trajo al convento.

—¿Entonces no es hija de alguna de las recogidas?

—De ser así hubiera sido entregada en adopción. Sabed que estaba destinada al claustro desde su nacimiento y que se han pagado puntualmente sus asignaciones. El mes de su marcha, al haber fallecido la reverenda madre hubiera tenido la ocasión de conocer a la persona que hacía los pagos; hasta entonces este asunto lo llevó personalmente la priora, y jamás explicó nada.

—¿Quién era la tornera entonces?

—Desde ese día han transcurrido diecisiete años. La madre Úrsula era entonces la tornera, y era ya muy mayor, hace dos que está alojada en un convento donde se recluyen las religiosas a las que su estado les impide seguir la regla de la orden. Sor Úrsula tiene ida la cabeza, no sabe quién es ella misma ni cómo se llama.

De nuevo intervino el padre Juárez:

—Reverenda madre, vamos ha tocar un tema en extremo delicado; muchas veces el maligno se vale de él para confundir a las almas buenas y hemos de hilar harto delgado, porque lo que pudiera parecer obra de Dios puede ser obra del diablo.

—Os escucho, paternidad.

—Obra información en nuestras manos de que vuestra maternidad, tiene, o cree tener, arrebatos místicos.

—Así es, paternidad.

—Y si no estamos mal informados, esto sucede desde el fallecimiento de la anterior priora...

¿No es así?

—Así es.

—Bien. Explicadnos detalladamente cómo, cuándo y de qué manera os suceden estos episodios: si sola o en compañía de vuestras hermanas, si en la iglesia o en vuestra celda, si de

día o de noche; en fin, todo aquello que pueda coadyuvar a aclarar esta situación.

Sor Gabriela quedó unos instantes pensativa. Sabía que de sus respuestas podía depender la consecución de todos sus afanes y se dispuso a hacer la mejor representación de su vida.

—Veréis, paternidades, desde hace un par de años y sin yo saber por qué, en ocasiones quedo en trance y no soy consciente de lo que pasa a mi alrededor cuando tal ocurre.

—¿Tenéis visiones?

—Ciertamente.

—Explicaos.

—Me invade una laxitud absoluta, sólo hago que ver visiones beatíficas y siento que la madre Teresa me indica el camino.

—¿Cómo sabéis quién os inspira estas visiones?

—Todas ellas son buenas. No tengo dudas de dónde provienen.

—No ignoráis que Luzbel o Belial toman sutiles formas para confundir a los incautos.

En este instante el soberbio talante de la monja salió a relucir:

—¡Creéis por un casual que soy una inexperta novicia!

El padre Landero contestó abruptamente:

—¡Lo que creamos sobre vos, no os compete! Estamos aquí para aclarar unos hechos y dar cuenta de nuestras conclusiones a quien corresponda. ¡Limitaos a responder!

—Perdonadme, paternidad, pero mis visiones son tan diáfanas que yo no tengo dudas sobre ellas.

—¡Nosotros somos los que no hemos de tener dudas y si no colaboráis abiertamente no podremos aclararlas!

De nuevo el padre Juárez intervino para tranquilizar los ánimos.

—Durante vuestro trance creemos que habláis en alta voz. ¿Os dais cuenta de ello?

—Luego me relatan cuanto he dicho; cuando ocurre, no soy consciente de nada.

—Sin embargo estáis convencida de que cuanto decís os lo inspira la madre Teresa.

—Oigo su amada voz.

—Y estas... visiones os acontecen desde su muerte.

—Así es.

—Y por lo tanto, desde que huyó la aspirante.

—Todo sucedió prácticamente al mismo tiempo.

—Hemos sabido que la voz que os inspira envía mensajes a la comunidad a través de vos, exhortándola a que os obedezcan y sigan todas aquellas directrices que vos impartáis.

—¿Acaso no es bueno que una comunidad obedezca a su priora?

—Sí lo es. Lo que no es común es que una priora, en el supuesto que esas visiones no procedieran de donde vos creéis, se autoalabe para ganar prestigio entre sus hermanas. El maligno sabe cómo lisonjear a los que escoge, para hacerlos pecar de soberbia.

—Caso que necesitara del voto de mis hermanas para obtener el inmerecido cargo que detento, cabría, pero siendo como soy ya la priora y no habiendo tenido ninguna inspiración de la madre Teresa antes de serlo, no veo por qué tengo que convencer de nada a mis hermanas en Cristo.

Los jesuitas se miraron entre ellos. Sin ninguna duda, sor Gabriela era una difícil antagonista.

Otra vez intervino el padre Juárez:

—Decidnos, ¿estáis tomando algún filtro, droga o fármaco que os pueda causar alucinación?

—¡No tal!

—¿Consumís algo de vino en vuestras comidas?

—El único vino que consumo es el de la sangre de Cristo cuando, en días muy especiales, comulgamos bajo las dos especies.

—Habladme ahora de los hechos que a vuesa maternidad le parezcan milagrosos y que hayan acontecido en el convento o en sus aledaños por causas que vos atribuyáis a la intercesión de la madre Teresa.

—Lo primero le ocurrió a una postulanta, Martina es su nombre, que pidió a la reverenda madre una señal que reafirmara su fe. En el pasillo de los dormitorios hay en una hornacina una imagen del Sagrado Corazón que siempre está iluminada por la luz de una lamparilla de aceite; una noche que ella velaba, pues desde la huida de Catalina he ordenado que a todas horas haya alguien en los pasillos de las celdas, pidió a la madre Teresa una señal. Martina nos relató después lo que sin duda os ratificará cuando tengáis a bien llamarla a fin de que comparezca ante vos: la reverenda madre le dijo que regresara a su celda y rezara diez avemarías pidiendo su intercesión y que luego regresara junto a la sagrada imagen y tendría la señal. Nosotros estábamos en la iglesia cuando tal sucedió. La prefecta de novicias la encontró desmayada junto a la hornacina del Sagrado Corazón, que estaba profusamente iluminado por tres candelas que nadie pudo poner allí sin que ella lo viera desde su celda, pues tenía la puerta abierta y las demás celdas estaban cerradas. Cuando subimos a la enfermería y nos comunicó el prodigio, el padre, esta humilde servidora y la prefecta bajamos al pasillo de las postulantas y, efectivamente, las tres candelas iluminaban la imagen; el padre las guardó y están en la sacristía de la iglesia. Como comprenderéis, de no haber visto con nuestros propios ojos la evidencia habríamos creído que eran alucinaciones de la mente de una joven que, en su ansia de hablar con la reverenda madre, había querido ver algo donde nada había.

Los jesuitas se miraron de nuevo.

—Mañana haréis comparecer ante nos a esta postulanta. ¿Martina habéis dicho que se llama?

—Eso he dicho.

—¿Y qué otras cosas extraordinarias creéis que han sucedido por intercesión de la priora?

—Las campanas de San Benito repicaron en el momento de su muerte sin que nadie tirara de sus cuerdas.

—¿No pensáis que el viento tiene algo que ver en estas cuestiones?

—Nada os puedo decir. Yo en aquellos momentos estaba con la reverenda madre.

—En qué quedamos. ¿No habéis dicho que cuando el padre le administró los santos óleos, la madre ya no alentaba? Luego, por lo tanto, si tal hubiera ocurrido en el momento de su muerte a vos os hubiera sorprendido en la capilla. ¿O acaso las campanas retrasaron su arrebató y esperaron a que vuesa merced estuviera con la difunta?

—Quiero referirme a que fue en aquella noche cuando sucedió el extraño repique.

—Es decir, según vuestro relato se podría argumentar que fue un milagro con retraso.

—A lo mejor para vos también fue una casualidad que la hija de Arsenio, uno de nuestros aparceros, que estaba postrada en la cama ya iba para dos años, solamente ponerle sobre el pecho el padre Rivadeneira el crucifijo de la reverenda madre, se alzó del lecho y está tan sana como podemos estar vos o yo.

—No opinamos sobre lo que relatáis. Nada tiene que ver este último suceso, que en su momento estudiaremos, con el relato de las campanas.

De nuevo el que habló fue el padre Juárez:

—Y ¿con qué autoridad impuso ese crucifijo el confesor de la comunidad a una enferma sin órdenes expresas de sus superiores?

—Cuando el peligro es inminente y se ha intentado todo, ¿no es malo probar cualquier cosa para salvar a un cristiano?

—Únicamente hemos oído que estaba postrada; nadie ha dicho aquí que su vida corriera peligro. Y la obligación de un clérigo es consultar tal cosa a la autoridad, y desde luego esperar que la causa de beatificación esté abierta. Pero todo esto lo aclararemos a su debido tiempo con quien corresponda, que no es otro que el padre Rivadeneira.

Los jesuitas estuvieron una semana en San Benito y desarrollaron sus trabajos metódicos y diligentes. Al tercer día llamaron al padre Rivadeneira, que se presentó ante ellos humilde y conciliador.

La escena se repetía todos los días y el orden en el que iban llamando a los interrogados era aleatorio y parecía no seguir una línea prefijada.

La mesa estaba revestida en esta ocasión por un damasco rojo que caía por delante cubriendo las torneadas patas. En ella, presidida por el negro crucifijo se veían dispersos los volúmenes a consultar y las hojas de apergaminado papel en el que anotaba las declaraciones el padre Gallastegui, que se sentaba a la derecha para, de esta manera, poder mejor escribir; en el centro se ubicaba el padre Cosme Landero y a la siniestra el padre Orlando Juárez. Ante ellos, en un pequeño escabel que obligaba a su ocupante a elevar la mirada para dirigirse a sus interrogadores, se hallaba el fraile.

—Y decidnos, padre, ¿en qué seminario cursasteis los estudios de teología?

—Primeramente estudié en la casa que tiene la orden en Liébana y después terminé mis estudios en Madrid.

El que estaba llevando el peso del interrogatorio era el padre Landero.

—Y ¿cuál fue el primer destino al terminar vuestra preparación?

—Mis superiores me enviaron al colegio que tenemos en Almendralejo y tras cinco años de formación pasé a ocupar plaza de coadjutor junto al párroco de San Martín de la Vega en Madrid. Allí estuve hasta que hará unos cinco años me enviaron a San Benito.

—¿Conocíais a la aspirante que, al parecer tan misteriosamente, desapareció? —Quien ahora preguntaba era Orlando Juárez.

—Obviamente, paternidad. Era una de mis ovejas, y además siempre me preocupó más que las otras por su carácter díscolo y errático.

—Explicaos.

—Veréis, paternidad. Cuando yo llegué a San Benito, enseguida me di cuenta de que, ya fuere por su origen, que yo desconocía, o fuere por su condición, el caso era que la priora hacía con ella raros distingos, ayudando de esta manera a formar una criatura cuyo carácter encajaba muy malamente con las demás.

—¿Qué edad tendría entonces?

—Más o menos unos trece años.

—Y ¿no advertisteis a la priora de estas anomalías?

—Mil veces. Pero ella, sin que yo supiera el motivo, la protegía de un modo anormal.

—¿Insinuáis, entonces, que la madre Teresa obraba mal?

—Más bien diría que equivocadamente. Quiero atribuirlo a que ya entonces estaba muy delicada y que pocas veces subía a la iglesia a escuchar mis sermones. La que llevaba el peso de la comunidad era sor Gabriela.

—Y de una priora que se equivoca y que por tanto no cumple con sus obligaciones, ¿creéis vos que sus reliquias pueden hacer milagros? —De nuevo era el padre Landero el que interrogaba.

Rivadeneira anduvo con cuidado:

—Yo no soy quién para opinar. Algunas personas han conseguido algunos trozos de ropas que a ella pertenecieron y se dice que ha sucedido algún que otro hecho extraordinario.

—Pero vos, en algún éxtasis de la madre Gabriela, le habéis acercado a los labios el crucifijo que a ella perteneció.

—La madre Teresa me lo regaló en vida cuando ya estaba muy enferma y yo, en aquella tribulación, se lo di a besar a sor Gabriela no por haber pertenecido a la madre, sino porque era el crucifijo que tenía más a mano.

—Hablemos de dos cuestiones que nos interesan. En primer lugar, de los aparentes milagros que vienen ocurriendo de un tiempo a esta parte en los alrededores del convento, y que según las voces que nos han llegado se atribuyen a la intercesión de la madre Teresa.

«Parece ser que usasteis el crucifijo con la hija de un tal Arsenio, aparcerero de San Benito.

—Os repito que era y es el crucifijo que siempre va conmigo. Me limité a acercárselo a los labios a fin de que lo besara y le diera fuerza en sus tribulaciones. Lo que ocurrió después escapa a mi responsabilidad.

—¿Cuál era la enfermedad que por lo visto la acuciaba?

—No soy médico e ignoro cuáles eran sus males. Lo único que puedo decir a vuestras mercedes es que hacía años que estaba postrada y que el galeno que siempre cuidó de ella, y que por lo tanto os podría aclarar lo que me preguntáis, fue el doctor Gómez de León. Lo que ocurre es que os será hartamente complicado, ya que la Suprema lo hizo detener por poseer libros incluidos en el *índice*.

—Y ¿a vos quién os ha dicho que ése fue el motivo?

—Las noticias corren como el viento. No olvidéis que el viejo doctor fue el médico de San Benito durante muchos años.

—Y ¿decís que sanó? —El que preguntaba ahora era el padre Juárez.

—Al domingo siguiente acudió a misa con sus padres y después de la comunión cayó postrada ante el altar mayor dando gracias a la madre Teresa por su curación.

—Y ¿a santo de qué atribuye ella el milagro a la priora?

—Con todo el respeto, paternidad, creo que es ella quien debe responder a esta pregunta.

—Bien, cambiemos de tema. Habladnos ahora de ese extraño suceso referido al día que encontrasteis a Catalina, así se llamaba, creo, queriendo volar desde lo alto del campanario.

—Veréis, paternidades, lo recuerdo cual si hubiera sido ayer mismo. Tengo la costumbre, algunas tardes, de subir a lo alto de la espadaña para leer mi breviario y rezar las oraciones de la tarde; la vista desde allí me acerca a Dios nuestro Señor y me hace ver su grandeza. Pues bien, una tarde, serían las cinco más o menos, allí dirigí mis pasos y cuál no sería mi sorpresa cuando al

llegar oí ruido de voces, como si dos personas estuvieran platicando; mi razón me decía que tal cosa era imposible, ya que únicamente sor Gabriela y yo mismo tenemos la llave de la puertecilla de la sacristía desde donde arranca la larguísima escalera que hasta allá arriba sube. Me asomé con cuidado y vi a la muchacha subida sobre el pretil del murete del campanario; se disponía, con los brazos extendidos, a lanzarse al vacío.

—Y las voces que os pareció oír... ¿Entendisteis algo de lo que decían?

—A lo primero no. Únicamente supe que una de las voces era la de ella, la distinguí claramente, y la otra era una voz rota y masculina, que al parecer le ordenaba algo.

—Y ¿qué sucedió después?

—Dijo una palabra e intentó lanzarse al vacío.

—¿Qué palabra era ésa?

Rivadeneira se persignó visiblemente alterado.

—Nombró al maligno.

Los tres jesuitas se miraron.

—Proseguid. ¿Qué ocurrió después?

—Sin pensar me abalancé con el fin de impedir tamaño dislate y cuando la pude retener, sujetándola por el hábito, se volvió hacia mí y me dirigió una mirada terrible que no olvidaré mientras viva. Sin embargo, pese a que hizo una fuerza descomunal, invocando el santo nombre de Jesús conseguí bajarla.

—¿Cuántos escalones tiene la escalera que conduce al campanario? —El que ahora preguntaba entre socarrón e incrédulo era el padre Gallastegui.

—No los he contado, pero imagino que más de trescientos.

—Y vos los subís para rezar.

—Eso he dicho. —Rivadeneira había palidecido levemente.

—¿Cuánto tiempo demoráis en subirla?

—No me he dedicado nunca a mirar mi reloj. Ese sacrificio se lo ofrezco a Dios.

—Me complacería y os quedaría sumamente agradecido si tuvierais a bien mañana mostrarme la hermosa vista que tanto os place, desde allá arriba.

—Si ése es vuestro deseo...

—Pasemos página. Y al descender ¿no explicasteis el extraño suceso a sor Gabriela?

—Desde luego, paternidad, y decidimos al punto dar cuenta a nuestros inmediatos superiores. Pero antes que se tomara medida alguna, desapareció.

—Explicad vuestra versión de la fuga.

Rivadeneira entonces repitió exactamente las palabras de sor Gabriela, hasta el punto que la propia precisión llamó la atención de los jesuitas.

—¿Y la respuesta de la carta que se envió al doctor Carrasco obra en vuestro poder?

—Imagino que la tendrá la reverenda madre.

—Bien, dejemos esto por el momento y hablemos ahora de los textos que habéis empleado en alguno de vuestros sermones.

El fraile sudaba copiosamente.

—Hemos sido informados de que usáis, referidos a vuestras novicias y postulantas, nombres... digamos poco apropiados.

—Perdónenme sus paternidades, después de tantos años creo conocer a mis monjas. Un

convento no es una parroquia abierta; mis feligresas siempre son las mismas. Bueno es crear un clima de absoluta confianza a fin de que no tengan reparos en abrimme sus almas en la confesión y bueno es que me tengan por su padre.

—Temo que ciertos apelativos no son propios del pulpito: «cedros del Líbano» y «rosiclers de Alejandría», «palomas blancas», etc.

El rostro de Rivadeneira estaba congestionado.

—Todos los nombres que aplico a mis feligresas aparecen en la sagrada Biblia.

—Vos sabéis perfectamente que no todo el libro sagrado puede ser revelado a almas candorosas.

—Yo no revelo nada. Me limito a usar expresiones que figuran en el *Cantar de los Cantares* de Salomón.

—Eso es revelar. ¿Qué diréis si alguna os pregunta el porqué de tales términos?

—Tal vez haya sido una imprudencia por mi parte. Ved en ello solamente el deseo de mejorar su confianza y atraer su atención cuando a ellas me dirijo. Son jóvenes muchas de ellas y poco dadas a concentrarse; de esta manera consigo que estén mas atentas en la iglesia.

—¿Conocéis las teorías de la secta de los iluminados o alumbrados?

—He oído hablar de ellos, pero ignoro cuáles pueden ser sus posiciones.

—Se nos ha dicho que, en ocasiones, habéis dado varias sagradas formas a la hora de comulgar a cada monja.

—Os han dicho verdad. Hemos sufrido en varias ocasiones robos sacrílegos en el convento y se ha avisado a la Santa Hermandad. No imaginéis que ésta se presente de inmediato; esto no es Madrid o Valladolid, donde el alguacil y los corchetes acuden a la llamada de un párroco en apuros. La Santa Hermandad comparece al cabo de unos días y yo, por prevención, cuando he temido algo las veces que esto ha ocurrido, no he querido dejar en el sagrario el cuerpo de Cristo y me ha parecido más oportuno que las hermanas comulgaran más de una vez para evitar un mal mayor. Siempre que tal se ha hecho, ha sido con motivo justificado. ¡Jamás gratuitamente! Tened en cuenta que en lugares tan solitarios y lejanos como el monasterio se deben tomar decisiones que en una ciudad parecerían extrañas y arriesgadas.

Intervino ahora Gallastegui:

—¿Lo que no ignoráis, sin duda, es que estáis bajo juramento?

—Desde luego, paternidad, eso no se me olvida jamás.

—Bien, resumamos... —intervino Landero—. Vuestra opinión personal acerca de Catalina, ya que vos sois la persona que mejor la conocía, ¿cuál es?

—Me duele el alma al tener que decir lo que voy a revelar, pero sin duda en algún momento de su vida tuvo que hacer un trato con el maligno y éste se posesionó de su espíritu, de por sí rebelde y proclive a libertades que la vida religiosa le prohibía, y a cambio de su alma le dio poderes sobrenaturales, que ella usó para desaparecer de San Benito. Creo que estamos ante un caso de brujería que debe juzgarse *in absentia*.

—Muy bien, padre, en su momento seréis llamado para que ratifiquéis esta opinión ante quien convenga. Ahora podéis retiraros.

Martina, la postulanta que creía haber presenciado un milagro, fue la que declaró a continuación. Su testimonio ratificó totalmente el aportado por sor Gabriela, y su énfasis y sus deseos de haber presenciado un hecho sobrenatural no pasaron inadvertidos a los experimentados

jesuitas.

Cuando los santos varones terminaron de interrogar a cuantas monjas, novicias y postulantas creyeron oportuno, comenzaron con las fámulas y las recogidas.

Al atardecer del sexto día le llegó el turno a Casilda. Entró ésta en la sala, prudente pero decidida. Jamás se había visto en otra igual, pero era una mujer recia y poco dada a atemorizarse, y en su cabeza tenía muy claro lo que debía decir y lo que debía callar. El ambiente era solemne, pero en su subconsciente algo le dijo que aquellos tres hombres rebasaban en autoridad a la priora y al fraile. Cuando llegó a la altura del escabel se quedó quieta, esperando que le indicaran lo que debía hacer.

El padre Cosme Landero habló:

—Acercaos.

Casilda se adelantó hasta la mesa adamascada.

—Colocad vuestra mano diestra sobre los Evangelios.

La mujer así lo hizo.

—Jurad que lo que vais a decir es la verdad absoluta y que no quedará en vuestra alma reserva alguna que debiéramos conocer y que nos pueda ayudar en el empeño de discernir lo que es verdad de lo que no lo es.

—Lo juro.

—Si así lo hacéis que el Señor os lo premie, y si no que os lo demande. Sentaos. Decid vuestro nombre y no olvidéis que lo que aquí digáis, aquí ha de quedar.

—Casilda Peribáñez, para serviros.

—¿Cuál es vuestra condición dentro de San Benito?

—Entré como recogida y hoy en día soy fámula.

—Explicad este cambio.

—Veréis, padre, vine aquí a dar a luz a los quince años y tras entregar a mi hija en adopción me reclamaron para amamantar al hijo de una noble familia cuya madre no podía hacerlo, y ésa fue mi suerte.

—¿Cuál es esa familia?

—Los Rojo de Hinojosa. Su casa solariega está en Quintanar del Castillo.

—Y ¿cuánto tiempo ha transcurrido desde esa fecha?

—Más o menos diecisiete años.

—¿Conocíais a la aspirante que parece haberse esfumado de la faz de la tierra?

—Desde luego, paternidad, prácticamente desde que nació, aunque dejé de verla cuatro años y medio.

—Explicaos.

—Veréis. Ella llegó al convento en tal día como hoy y yo partí para la casa de los Rojo a la semana de haber llegado ella. Cuando regresé, la niña ya tenía casi cinco años.

—Y ¿sabéis cuál fue la forma en la que la niña vino a San Benito?

—Como comprenderéis, a nosotras solamente nos llegaban los retazos de las conversaciones de las monjas. Lo que hasta a mí llegó es que un caballero embozado la había depositado a las puertas del monasterio con una carta donde se explicaban sus orígenes. Por lo demás, la priora la tomó personalmente bajo su férula, imagino que por la elevada condición de la criatura, y ya nada más puedo decir.

—Pero vos la conocisteis bien. ¿Qué persona era la que conocisteis?

—Os puedo asegurar que era una buena cristiana, respetuosa de Dios y observante de su santa ley.

—¿Tenéis conocimiento de que se atribuyó la muerte de la priora a su negligencia?

—Eso he oído.

—Y ¿qué opináis?

—Yo conocía bien a Catalina. Ella era una muchacha agradecida, responsable en sus cometidos y tenía por la reverenda madre una devoción justificada. No, no creo que tuviera nada que ver en tan triste suceso.

—¿Os parece que ella podía estar endemoniada?

—No tal. Si estar endemoniada consiste en tener un espíritu rebelde y una alma inquieta, entonces cabe; de no ser así, en forma alguna.

—Y ¿qué opináis de esta posible desaparición misteriosa que nadie se explica?

En este punto Casilda anduvo con cuidado.

—Yo no alcanzo a comprender cómo tal pudo ocurrir, ni entiendo la manera de poder escapar del convento de noche y sin que nadie lo advierta, desde el pasillo de postulantes, pero de eso a que haya algo sobrenatural en el asunto media un abismo.

—¿Y vos a qué circunstancia atribuís su huida?

—Imagino que su espíritu indomable no admitió la culpa que se pretendía cargar sobre sus hombros, y si algo tuvo que ver en el triste final de la madre Teresa fue que se utilizó su mano y su buena fe para las intenciones de otras personas.

El jesuita hizo una larga pausa.

—¿Qué queréis insinuar?

—Nada pretendo, reverencia. Pensad que aunque soy una pobre mujer sin cultura, tengo treinta y tres años y he vivido muchas cosas que me han avisado de la hipocresía y ambición del ser humano, de la que no están a salvo clérigos ni monjas.

El padre Juárez la miró con simpatía,

—A fe que sois osada. ¿No os da miedo emitir estos juicios?

—Más miedo me da condenar mi alma.

—Está bien, Casilda Peribáñez, nada temáis. Guardad silencio sobre lo que aquí se ha dicho y se os llamará de nuevo, caso de ser necesario.

Las dos personas que declararon a continuación fueron Antón Cifuentes y Fuencisla. El primero lo hizo por la tarde del día anterior a la marcha de los jesuitas, y afrontó el hecho con la actitud bizarra y displicente de quien ha sido soldado del Tercio y, como tal, se ha visto en situaciones mucho más comprometidas y apuradas que la presente.

La ceremonia y la puesta en escena fue la de siempre, con la diferencia de que a él nada le impresionó. Cuando ya hubo prestado el juramento y dicho su nombre y condición, empezaron las preguntas.

—¿Y decís, Antón Cifuentes, que ocurren cosas que antes no ocurrían? ¿A qué cosas os referís, y qué queréis decir con lo de «antes»?

—Con «antes» quiero decir en vida de la madre Teresa... y al referirme a «cosas», qué queréis que os diga, aquí adentro hay más intereses que en la Corte por medrar junto al rey, y más ambiciones por portar la bengala^[118] que ganas de rezos y de penitencias.

—¿Pensáis que otra cosa que no la virtud y la defensa de la fe inspiran actitudes dentro del convento?

—Pienso que el demonio de una disimulada lujuria anda suelto y que Luzbel era un aprendiz ambicioso al lado de alguna que otra monja.

—Sed más concreto.

—No puedo serlo. Vos me habéis preguntado y yo os respondo. Y pueden ser solamente impresiones mías... pero este fraile me parece a mí más tibio que el pater que entró con mi tercio en Malinas. Id, id y preguntad a tantaavecilla del Señor que mora tras las tapias de San Benito.

—Si no sois más explícito, de nada servirán vuestras ambigüedades y eufemismos. Os ruego que concretéis.

—Lo siento, paternidad. Antón Cifuentes no ha nacido para canario^[119]. Mi honra no me lo permite y dejadme con ella que poco más me queda, pero preguntad a una tal Fuencisla. Tal vez ella os diga algo relativo a lo que yo os apunto.

Y no hubo forma de sacarle nada más.

El temor atenazó el espíritu de Fuencisla. Pensó que los jesuitas marcharían y ella quedaría en el monasterio bajo el dominio de la priora y del fraile al que, si bien temía, un raro sentimiento entreverado de amor y odio profesaba; además, últimamente le había dado alguna esperanza al respecto de su hijita. Su ánimo flaqueó y, aunque los jesuitas porfiaron, nada dijo.

En días sucesivos los jesuitas se dedicaron a visitar las pedanías circundantes y llegaron a la conclusión de que eran más las ganas de tener una santa en propiedad que los hechos atribuibles a milagro. Finalmente, la pretendida curación de la hija de un labriego podía ser tanto cierta como atribuible a persona que padeciera alucinaciones. Por otra parte, tras subir al campanario el padre Lancero acompañando a Rivadeneira y al ver los resoplidos y fatigas de éste, comunicó a sus compañeros que en su opinión el gordo fraile no subía a aquellas alturas con frecuencia y que era muy raro que precisamente y sin saberlo hubiera llegado aquel día y justo en el momento oportuno para salvar a la pretendida endemoniada.

De cualquier manera, los padres partieron al día siguiente con las ideas bastante claras al respecto de los sucesos que acontecían tras los muros de San Benito.

Gitanos y titiriteros

Jamás olvidaría las jornadas pasadas en el campamento, a la orilla del Sequillo. A Catalina le costaba dar crédito a las peripecias que le venían sucediendo aquellos días. Había sido una afortunada decisión unir su destino al de aquellas buenas gentes. Nadie, absolutamente nadie, en el hipotético caso de que la persiguieran iba a suponer que andaba con unos gitanos que ejercían de cómicos de la legua, metida en una carreta haciendo los caminos.

Se sumaba a ello la ventaja de que, según lo requirieran las circunstancias, podía vestir ropa de hombre, de mujer o de comediante, lo cual aumentaba las dificultades a sus perseguidores, quienes buscarían sin duda a una monja o a un paje.

Su admiración hacia aquellas maravillosas personas crecía a tenor del tiempo que pasaba junto a ellos, y día a día aumentaba al descubrir la práctica filosofía que de la vida tenían.

Al levantarse por la mañana, ni ella misma reconoció a *Afrodita*. Su pelaje castaño era ahora de un negro reluciente, mas cuando la iba a acariciar la detuvieron, indicándole que no lo hiciera hasta que el colorante de yerbas con el que la habían tintado estuviera seco; hasta las mataduras habían desaparecido.

Durante aquellos quince días tuvo tiempo de conocer bien a todos los componentes de la familia de los Ayamonte y de comenzar a habituarse a aquel especial tipo de vida que a ella, por su natural curioso y aventurero, cada minuto que pasaba la complacía más y más.

Los moradores de las carretas eran dos familias. La de Florencio, el hombre de Tarsicia, y Manuel, su hijo, era la más espaciosa y en ella le habían habilitado un hueco, y la de Tomé, el hermano de Florencio, que habitaba la más pequeña junto a su mujer Magdalena y sus dos hijos: la mayor, Violeta, y el hijo pequeño, Curro.

Catalina aprendía rápidamente, y lo que no captaba al instante alguno de ellos la ayudaba a entenderlo. Enseguida hizo buenas migas con los jóvenes. Manuel era un muchacho de su misma edad, despierto como el hambre de un pobre y más que bronceado, cetrino; ágil y nervudo como un junco, poseía una ligereza pasmosa que le proporcionaba su físico. Violeta era una belleza morena y pecosa que siempre reía o cantaba, y Curro, qué decir de Curro, al tercer día ya era su amigo. En cuanto a los hermanos de Florencio, Tomé y Magdalena, fueron desde el primer momento cordiales y abiertos. Pero la calidad humana de Tarsicia, sus grandes conocimientos de la vida y su experiencia abrieron el sediento corazón de Catalina en cuanto al mundo femenino se refería, pues se había cerrado a cal y canto desde que Casilda desapareció de su vida, tanto que añadió a la historia contada el primer día fragmentos de su verdadera vida, de tal manera que la gitana conoció de su boca, punto por punto, todas las peripecias y acontecimientos que habían

jalonado su existencia.

Los días que pasaron junto al río fueron un caudal de nuevas vivencias y como es lógico unas la impactaron más que otras. Por las mañanas las mujeres preparaban el desayuno en una hoguera cuyas brasas no apagaban nunca, ya que si no llovía siempre hacían su vida al aire libre; normalmente asaban algún pescado de los que caían en la red que cada noche dejaban preparada en el remanso del río. Luego los dos hombres mayores y Manuel partían con los trebejos de afilar hacia los campos donde los labriegos trabajaban de sol a sol y donde pastoreaban los zagales; allí las hoces, las tijeras o cualquier faca o doladera que lo requiriera quedaba con un filo capaz de cortar un pelo en el aire.

Al mediodía regresaban y, tras el almuerzo y la sagrada siesta, comenzaban a ensayar sus trucos y ejercicios de volatineros.

Una de las cosas que más admiración despertaron en Catalina fue ver cómo Violeta recostaba su espalda en una tabla que a su vez estaba apoyada en un árbol y Florencio y Tomé, alternativamente, iban lanzando a su alrededor cuantos cuchillos fuera preciso, de tal manera que al retirarse la muchacha se podía ver su cuerpo silueteado en la madera.

El segundo día tras la siesta, Florencio la retó.

—¿Seríais capaz de ponerlos en el árbol?

Catalina ni siquiera contestó y dando unos pasos se situó exactamente dentro del hueco que había dejado Violeta.

—¡Pardiez que sois osada!

—Lo hago con una condición.

—¿Cuál?

—Que me enseñéis a lanzar los puñales.

—Si ése es vuestro gusto, sea. Pero además vais a aprender muchas otras cosas que en alguna ocasión a lo largo de vuestra vida os servirán luego que nos abandonéis.

Y tras decir esto y sin esperar que la muchacha se hubiera preparado, Florencio tomó uno de los cuchillos que estaban a su lado sobre una mesa y con un rápido movimiento de muñeca lo lanzó junto al cuello de Catalina; quedó clavado en la tabla, vibrando cual si fuera la hoja de un serrucho.

Los días pasaban y todos y cada uno de ellos le traían novedades, hasta tal punto que al llegar el crepúsculo caía rendida en su jergón y dormía como desde ya mucho tiempo no lo hacía.

Una de las ventajas de este aprendizaje vertiginoso era que no tenía tiempo para pensar y de esta manera el recuerdo de Diego, sin dejar de estar presente, se difuminaba en la nebulosa de los quehaceres diarios y la atormentaba menos; sabiendo, claro está, que cada minuto la acercaba a él.

La rutina de los cuchillos se tornó obsesión, y auspiciada por Florencio, que en cada sesión le exigía más, llegaba a lanzar un centenar de ellos cada día, de tal forma que se le llagaron ambas manos pues con las dos practicaba.

—¡No, así no conseguiréis la precisión que este ejercicio requiere! Antes de lanzar, respirad hondo. Imaginad que tenéis frente a vos a otro lanzador. Bien está tirar rápido, pero es más importante ser certero. El que lanza y falla no tiene otra oportunidad. Las prisas son malas consejeras; ser rápido no significa ser atolondrado.

Un día, al finalizar el almuerzo y tras más de quince días de prácticas, luego de colocarse en la tabla a fin de que Florencio y Tomé la dibujaran con sus puñales escuchó la voz del primero

decir a su hijo:

—Manuel, colócate en la tabla que quiero ver los redaños de esta dama. Si vuesa merced es tan amable, me gustaría ver los progresos que tras tantas lecciones habéis logrado.

Catalina creyó al principio haber oído mal. Los ruidos se detuvieron al igual que los gitanos, que pararon sus actividades y miraron hacia donde se encontraban los tres. Catalina se separó de la tabla y, en medio de la expectación de todos, avanzó hacia Florencio. Manuel, sin rechistar a su padre, se colocó en la madera.

—Fijaos si tengo confianza en vos. Hubiera sido muy fácil ponerme yo en su lugar, pero eso no hubiera sido confiar. El que está ahí es mi hijo; y tened en cuenta que es más difícil colocarse en el lugar del que lanza que en el del que se para en la tabla. Lo vais a hacer muy bien, tomad. — Y al decir esto el gitano entregó a Catalina un cuchillo para que lo asiera por el extremo de la hoja.

Nadie respiraba. Tomé iba a hacer una observación, pero su hermano lo detuvo con un gesto. El que más tranquilo estaba era Manuel, que miraba al grupo con una media sonrisa colgada de la comisura del labio, como si la cosa no fuera con él. Catalina se puso en posición; Florencio parecía quererla traspasar con sus ojillos negros y astutos. Respiró hondo, lanzó su brazo hacia atrás y el tiempo se detuvo. Igual que tantas otras veces, el cuchillo partió de su mano y como un relámpago plateado rasgó el aire y fue a clavarse junto al cuero cabelludo del muchacho; entonces le dio el azogamiento y, cuando todos aplaudieron, le entraron ganas de llorar.

La primera función fue en Medina de Río Seco. Habían llegado el día anterior por la mañana y tras recabar el consiguiente permiso del alguacil, al que Florencio conocía bien y sabía que no era insensible al tintineo de las monedas, y asignarles éste una explanada en la que se acostumbraba celebrar la feria de ganado, montaron allí su tenderete. Catalina se asombró del partido que sacaban a todos los elementos que les servían para la rutina del día a día y al mismo tiempo para desplazarse por los caminos.

Una vez llegados al lugar exacto y desenganchadas las caballerías, colocaron las carretas en paralelo de manera que sus enganches quedaran hacia atrás, falcando sus ruedas a fin de inmovilizarlas. Dejaron entre ellas un espacio de unas seis o siete varas, para luego colocar entre ambas cuatro travesaños de madera encajados en unos agujeros simétricos que tenían los dos carricoches... Cuando las vigas quedaron firmes, pusieron en su punto medio unos caballetes a fin de que, haciendo el mismo oficio que los pilares de un puente, impidieran que éstas se arquearan; luego las cubrieron con una plataforma de madera que durante el camino iba despiezada y sujeta con cuerdas a los techos de los carrromatos. De esta manera quedaba una superficie firme y plana entre los dos, cuyo fondo se cubría con una tela negra que colgaban de un listón sujeto a los pescantes mediante clavos doblados y que, yendo de lado a lado, hacía de cortina de fondo. De este modo el escenario quedaba establecido entre los dos carros, sirviendo sus respectivas puertas para entrar y salir de ellos a fin de que los cambios de vestuario para las sucesivas apariciones se hicieran sin interrupción.

Durante estos trabajos, ni que decir tiene que toda la chiquillería del pueblo estaba por las inmediaciones, ofreciéndose para hacer cualquier cosa que conviniera y que les permitiera estar cerca de las carretas y seguir las evoluciones de los cómicos de la legua que preparaban la función. Por la mañana Manuel, Curro, Violeta y ella la vocearon a los cuatro vientos para que el vecindario, que ya sabía que había llegado la farándula, conociera la hora en la que daría

comienzo la representación.

A las tres y media ya se había llenado la plaza. Las gentes se traían de sus casas banquetas, escabeles, sillas viejas y hasta almohadones y manteles que extendidos en el suelo permitían instalarse sobre ellos tres o cuatro personas, y mucho antes de la hora prevista el lleno estaba asegurado.

La función comenzó. Primeramente salía Tomé y con su voz poderosa saludaba al respetable, pidiendo perdón por los fallos que pudieran cometer. Luego se retiraba a su carreta y entraba Florencio desde la suya, vestido al uso de los antiguos trovadores, y colocando un atril sobre el entarimado iba desplegando unas láminas coloreadas mientras explicaba la triste historia de la bella Hermesinda. Ésta, habiendo sido raptada por unos villanos cuando iba en peregrinación a Santiago, conseguía huir, pero el conde don Julián, su padre, la repudiaba al creer que ya no era doncella; después la muchacha ingresaba en un convento de dominicas y moría en olor de santidad, haciendo tras su fallecimiento grandes milagros. Al retirarse Florencio comparecían en la escena desde sus respectivos carros Violeta y Manuel, disfrazados al modo de las damas y de los caballeros de la Corte; ambos entablaban una divertida disputa sobre las ventajas de nacer hombre o de ser mujer, y a continuación y en medio del jolgorio del público salía *Chula*, la perrilla, que tirando de la saya de Violeta se la llevaba hacia la carreta y ocupaba su lugar, contestando a las intencionadas preguntas de Manuel con uno o dos ladridos según fuera preciso un «sí» o un «no» para que la disputa tuviera un final jocoso. Como cierre de esta parte, Manuel hacía que *Chula* desarrollara una serie de ejercicios que no hubiera mejorado el mejor de los saltimbanquis. Entonces, en este intermedio pasaban los cuatro jóvenes entre el público con unos saquitos, recaudando los óbolos que los lugareños quisieran depositar en ellos y los pagos en especies que quisieran añadir; en aquella ocasión Curro recogió una gallina.

La segunda parte comenzaba con unos juegos malabares en los que participaban los dos hermanos y sus respectivos hijos vistiendo camisolas y chalecos de diversos colores y calzas apretadas que no les impedían realizar los acrobáticos ejercicios, los cuales terminaban con una torre humana cuyo último piso era el pequeño Curro. Luego venía el número fuerte; en él Catalina, vestida de muchacho, hizo de blanco humano colocándose en la tabla con los brazos extendidos y las piernas separadas en tanto Florencio la silueteaba lanzando los cuchillos, ejercicio que hizo que el respetable contuviera la respiración.

Para finalizar salía todo el grupo al escenario vestido al uso de los andaluces. Al fondo, junto a la cortina se colocaban los gitanos viejos, con guitarras ellos y con unas conchas de madera sujetas mediante una guita al dedo corazón Tarsicia y Magdalena, y con tan precarios instrumentos montaron una danza que al principio bailaron Manuel, Violeta y Curro, pero luego se fueron agregando uno a uno los cuatro componentes del cuadro, que bailaban a la vez que tocaban sus instrumentos; fue tal el ritmo y la alegría que adquirió el jaleo que contagió a todos los presentes y acabaron bailando a su son en medio de la plaza.

El acto había finalizado a las seis de la tarde. La plaza se fue despejando y cada oveja regresó a su redil, exceptuando a los niños que seguían las evoluciones de los cómicos. Entonces Catalina observó algo que llamó poderosamente su atención. Un grupo de mujeres y algún joven se quedaban junto a las carretas y Florencio los hacía pasar dentro de uno en uno. Manuel, que con Tomé y Curro había comenzado a desmontar el tenderete, estaba atento a cuanto sucedía, y cuando su padre de vez en cuando le interrogaba con la mirada él le hacía un disimulado signo, que

Catalina interpretó como un «sin novedad».

A las nueve todo había concluido. Los carromatos enganchados a sus respectivos tiros y con *Afrodita* atada a la cola del último, abandonaban el pueblo en busca de un lugar apartado donde pernoctar. La noche era clara y el cielo parecía un inmenso paño de terciopelo azul en el que la mano de un orfebre hubiera desparramado un puñado de brillantes gemas con el fin de mostrárselas a un poderoso Señor. Catalina y Manuel viajaban en el pescante de la segunda carreta, en tanto que en la primera lo hacían los dos hermanos; el resto de la *troupe* iba en los interiores, durmiendo Violeta y Curro en una mientras en la otra las dos cuñadas hablaban y comentaban los sucesos acaecidos durante la jornada.

Catalina iba recostada en el respaldo del asiento, contemplando el crepúsculo y con la mente ocupada en mil conjeturas. No creía que el marqués de Torres Claras la denunciara por el robo de una mula, que al fin y a la postre era lo único que le podía imputar ya que no pensaba que tan siquiera hubiera atinado en indagar si algo faltaba en los baúles de la buhardilla; otra cosa fuera que la tildara de desagradecido e ingrato. Con todo y con ello, no era probable que el peligro viniera por aquel lado. En cuanto al tema de su huida de San Benito, obviamente continuaba latente; prueba de ello era que éste fue uno de los asuntos que el fraile y la priora trataron con el señor de Cárdenas.

La suerte de haberse tropezado con los gitanos, amén de facilitarle el viaje le ofrecía un mucho más seguro escondrijo y la posibilidad de adquirir una personalidad absolutamente insospechada y asimismo acumular un retahíla de conocimientos que muy importantes podían llegar a ser, como era el caso del lanzamiento de cuchillos.

Súbitamente le vino a la cabeza una pregunta:

—Manuel, decidme por qué vigiláis cuando vuestro padre hace pasar a las gentes dentro de la carreta donde está vuestra madre.

—Mi madre adivina el futuro y, además, vende filtros de amor a las mozas casaderas y remedios para muchos males. Pero esto en algún lugar está perseguido, aunque no se haga mal a nadie; y en según qué localidades y según con qué alguaciles topemos tampoco puedo simular que *Chula* me entiende y me responde con ladridos, pues está prohibido que un animal haga cosas que hacen los humanos.

—Y ¿eso por qué?

—Cosas de la Suprema^[120].

—Y... ¿decís que vuestra madre puede hacer que una persona ame a otra?

—Si se le dan los elementos que precisa para que tal suceda, lo puede hacer.

—¿Aunque la otra persona esté distante?

—Las fórmulas son variadas, el filtro actúa de diversas maneras.

—Pero, a ver... ¿es un bebedizo? ¿Quién lo debe tomar, el enamorado o la persona a quien se quiere enamorar?

—A veces es una pócima, a veces es la imagen del sujeto con algo que le haya pertenecido. Ya os digo que estas cosas solamente las sabe ella. Pero lo que sí os puedo asegurar es que da resultado.

Catalina demostraba un interés inusitado.

—Pero decidme qué necesita para...

—Hablad con ella, ¡pardiez! Yo nada os puedo decir.

Habíase callado la muchacha al ver que realmente Manuel no iba a aclarar sus dudas cuando observó que el carromato delantero aflojaba el paso de las mulas y se arrimaba al borde del camino; con un tirón de riendas y un silbido, Manuel hizo lo mismo. Súbitamente la carreta delantera atravesó el margen de la calzada y se introdujo por una vereda que atravesaba un bosque en el que brillaban las cortezas plateadas de los abedules. Las copas de los árboles eran tan tupidas que la bóveda celeste se ocultó y entre la enramada, sólo de vez en cuando, Catalina podía entrever el guiño de una estrella. El avance se hizo más lento; las ruedas de los carros al clavarse en la húmeda tierra, obligaban a los animales a un esfuerzo añadido. El peculiar olor de los humedales y el ruido inconfundible del agua anunció a la muchacha que los avispados gitanos, que tan bien conocían aquellos andurriales, habían buscado para acampar el margen de algún otro riachuelo afluente del Sequillo. Su intuición no la engañó. Al poco el bosque se fue aclarando y llegaron a un punto desde el que la argétea sierpe del agua se divisaba claramente. Allí detuvieron las carretas.

Diego en Madrid

La vida había dado para Diego un giro de ciento ochenta grados. La fiebre de la Corte lo había engullido y cada cosa que iba descubriendo lo asombraba más y más. Los días transcurrían a un ritmo vertiginoso y casi no le daba tiempo de asimilar una novedad cuando ya otra nueva desbancaba a la anterior. Por las mañanas acudía a la Casa de los Pajes en compañía de Lorenzo, el encomendado que ocupó la plaza que él siempre creyó correspondería a Alonso, y al que su turbio sentimiento había hurtado.

Allí se reunían los hijos de los principales de la capital, incluidos el hijo de un virrey llegado de ultramar y dos hermanos, sobrinos del presidente del concejo de Italia y otros, como él mismo, venidos de provincias. Las lecciones eran diversas y todas se dirigían a la formación de los futuros gentilhombres que con el tiempo ocuparían lugares de privilegio cerca del rey; desde el protocolo de la Corte, pasando por las comidas, las cacerías, los juegos de cartas, las danzas, el manejo de armas y las normas de las buenas maneras y costumbres referidas, sobre todo, al tratamiento debido a los diferentes rangos y categorías de las personas, todo se trataba y todo se aprendía. El número de alumnos variaba según sus preferencias y cuál fuera el principal interés de sus poderosos progenitores, y por lo mismo los grupos eran distintos y heterogéneos en cuanto al número y participación de estudiantes. Los más nutridos eran aquellos en los que la disciplina que se impartía era sin duda común e importante para todos.

Una única cuestión hastiaba a Diego y era ésta la incómoda presencia de un joven alocado, bromista y ligero que perturbaba el normal desarrollo de cualquier actividad y perjudicaba el buen funcionamiento del grupo. Como todos, era hijo de un principal y acudía siempre acompañado de un muchacho tranquilo y apocado que le reía invariablemente sus insensatas gracias, cuyas consecuencias más de una vez habían recaído en el grupo al no cargar él con la responsabilidad de sus actos; su nombre era Cristóbal de López Dóriga y su compañero era el hijo de un modesto hidalgo de provincias, Álvaro de Rojo y de Fontes se llamaba.

Las clases duraban de ocho a doce por la mañana y tras un frugal refrigerio se prolongaban hasta las cuatro de la tarde; él a continuación acudía a la academia de don Luis Narváez, en la calle de la Paz junto a la plazuela de la Leña, a perfeccionar su esgrima.

Luego hacia las seis se acercaba a las gradas de San Felipe, auténtico mentidero de Madrid, acompañado por Lorenzo, a leer los avisos^[121] de la Corte y a rondar cerca de los corrillos que se formaban. Allí, aguzando el oído cualquier avisado se podía enterar de cuanto de importante aconteciera en la capital del mundo, que tal era el Madrid de entonces, y según a que camarilla, conciliábulo o grupo se aproximaran era factible enterarse del éxito o fracaso del último estreno

en el Corral del Príncipe, de cómo se desarrollaba la guerra de Flandes o de los amoríos y escándalos de cualquiera de las damas de la Corte.

Otra cosa que encandilaba a Diego era la posibilidad de ver de cerca a personajes que desde Benavente le habían parecido absolutamente irreales. De esta forma pudo acercarse en meses sucesivos a los grandes de las letras: un día fue Lope, otro Calderón, más allá topóse con el pintor y aposentador^[122] real Diego de Silva y Velázquez y en una para él afortunadísima ocasión pudo presenciar una polémica literaria entre don Luis de Argote y Góngora y el personaje por él más admirado, don Francisco de Quevedo y Villegas, cuyo mal genio, ocasionado en parte por su visible cojera, sus anteojos y su fama de espadachín eran legendarios.

Los sábados y domingos cumplía con su deber de cristiano asistiendo a la santa misa, casi siempre en el convento de la Encarnación, ubicado en la calle del mismo nombre frente a la calle de las Rejas. Luego, acompañado por su paje y amigo Lorenzo iban a caballo a la rúa de la calle Mayor o a la del Buen Retiro, donde los coches y enganches enjaezados rivalizaban en lujo y esplendor. Por la tarde, si es que había ocasión, acudían al Corral del Príncipe o al de la Cruz a presenciar una de las comedias de los dramaturgos de moda que representara la compañía contratada aquel año por la Junta de Hospitales y Casas de Caridad con objeto de recaudar fondos para la manutención de sus pías obras.

La primera vez que Diego tuvo ocasión de asistir a una de ellas fue en una curiosa circunstancia. Estaba anunciada la actuación de María de Córdoba, farsanta^[123] de gran renombre que iba a representar *La dama boba* del gran Lope, pero la inquina que le profesaba don Juan de Tasis, conde de Villamediana, cuya influencia en la Corte decíase era notoria por el interés que la reina mostraba en él, consiguió que sin previo aviso fuera sustituida por María Riquelme, esposa de Manuel Vallejo.

Diego y Lorenzo habían llegado con suficiente antelación y al no tener que comprar las boletas, pues las tenían retiradas desde la mañana, se entretuvieron en inspeccionar a las gentes que en coche, a caballo o a pie llegaban al corral. Las damas bajaban de los carruajes con dificultad a causa de los pomposos guardainfantes^[124] que casi les impedían pasar por las estrechas portezuelas; las capas, las espadas y los chambergos emplumados obstaculizaban de igual manera el paso a través de las entradas del teatro, de forma que las gentes se estorbaban y las imprecaciones y los «voto a...» estaban en boca de todos los hombres. Poco a poco cada uno fue ocupando su lugar y Diego pudo comprender la pasión que entre las gentes despertaba aquel tipo de representaciones no únicamente por la comedia en sí, sino por todo lo que de espectacular y atrayente tenía la puesta en escena del acontecimiento.

A través de los túneles que cruzaban los bloques de edificios que lo encuadraban se accedía a un rectángulo que era propiamente la corrala, tanto en lo referente al espacio escénico como al que correspondía al público, y se podía decir que eran los patios interiores unidos de las casas lo que lo constituían. Las dos partes más largas del paralelepípedo estaban delimitadas por los edificios en cuyos primeros pisos estaban ubicados los aposentos con balcones que hacían de palcos preferentes, destinados a las personas de más rango. El mismísimo aposento real se abría en el piso superior de la Casa de los Curtidores, y después estaban los aposentos correspondientes a la nobleza o a las órdenes religiosas, a los que se accedía a través de los portales de las pertinentes casas; el precio por aposento de los que se ponían a la venta era de

doce reales, pero el número de personas que allí se ubicarían quedaba limitado únicamente por la voluntad que tuvieran de estar más o menos apretadas. En el segundo piso de las mismas había una serie de habitaciones cuyas ventanas asimismo daban al rectángulo y se alquilaban a otra clase de personas, también de elevado poder adquisitivo aunque tal vez de menor prosapia. En los extremos de este cuadrado se instalaban, a un lado, el escenario sobre un tablado apoyado en la casa que le ofrecía las entradas y salidas que necesitare la obra a representar y por las que los cómicos iban y venían a sus camerinos para efectuar los cambios correspondientes, y en el otro la cazuela^[125]; como es lógico, bajo ese altillo quedaba un espacio cubierto donde se colocaban los alojeros, que suministraban bebidas y otros refrigerios a los posibles consumidores. Entre este bajo palco y el escenario podía considerarse que se instalaba la platea propiamente dicha; estaba compuesta por el patio de los mosqueteros, donde se apretujaban a pie firme todos los hombres del pueblo llano, soldados, mercaderes, comerciantes, valentones, ladronzuelos, sirleros cortadores de bolsas y amigos de lo ajeno, separados por el degolladero^[126] de la platea de siete bancos donde cada plaza costaba diez maravedís y que era, de esta parte baja, el auténtico lugar de preferencia.

Diego y su amigo tras tomarse los refrescos helados que había introducido en la Corte un tal Pablo de Charquías, el cual hizo los famosos pozos de nieve^[127], de aloja con canela, miel y nieve derretida el primero y chocolate el segundo, ocuparon sus plazas en el último de los siete bancos, cuya espalda daba justamente al degolladero, donde la turba, verdadero juez de paz de cuantos estrenos se llevaran a cabo en la Corte, se removía inquieta.

Tras la espera oportuna a fin de que el palco real se ocupara, comenzó el espectáculo. En primer lugar apareció un grupo de bailarines que empezaron a animar al respetable con sus danzas populares; primero fue el guirigay y luego la gorrón y la pipironda. El público se fue animando, mostrándose ruidoso y alegre. Al finalizar su actuación los bailarines se retiraron y apareció un individuo anunciando la sustitución de la comedianta María de Córdoba por la Riquelme a causa de enfermedad de esta última, y allí comenzó a liarse la bronca; más aún cuando el patio de mosqueteros advirtió que el cómico disfrazado y maquillado que acababa de anunciar la sustitución no era otro que el marido de esta última, al que la voz del pueblo tildaba de disimulador^[128]. Entonces se armó la de Troya.

Diego tuvo conciencia de lo que era la masa y se dio cuenta de que la auténtica autoridad no recaía en la testa coronada que observaba impertérrita el espectáculo, sino en aquella multitud encrespada, violenta y abigarrada que miraba indignada al aposento regio porque al lado de la reina se encontraba el conde de Villamediana, del que muchas cosas se murmuraban y al que señalaron con pulso firme y crédito certero como culpable de aquel desaguisado. Los lanzamientos de restos de comida al escenario comenzaron, los insultos fueron *in crescendo*, el ruido de las botas golpeando el entarimado parecía el rugido del mar en la tormenta; el tumulto iba en aumento. El cómico se había retirado de las tablas y por la Puerta de Herradores entraban bajo el mando de un alcalde de la Villa y Corte dos alguaciles al frente de dieciséis corchetes que al grito de «¡Ténganse al rey!» y «¡Favor a la justicia!» intentaba detener aquel pandemónium.

Diego y Lorenzo se encontraron encajonados entre la multitud por los costados, los bancos de la platea por delante y el degolladero por detrás, de tal manera que no tenían escapatoria; en algunas manos empezaron a aparecer espadas y otras armas. El aposento real se había vaciado y

solamente asomaba alguna que otra cabeza curiosa; parece ser que en la cazuela alguien soltó una carnada de ratoncillos... y comenzaron los gritos y el intento de las mujeres por subirse de pie en los bancos. Los guardias, tras los avisos de rigor ya habían comenzado a restablecer el orden de una forma práctica y contundente, a golpes con los mangos de madera de las que estaban hechas las astas de las alabardas y a cintarazos con los que se abrían paso o simplemente caían más próximos.

Cuando la barahúnda se fue aclarando y los corchetes se llevaron detenidos a los más revoltosos, las aguas volvieron a su cauce y tras dejar en medio del patio de mosqueteros un retén para evitar posibles altercados pudo comenzar la función sin que el palco real fuera ocupado de nuevo.

Por la noche, al regresar a su casa Diego se encontró sobre la mesa del despacho una carta de su padre; en ella le daba cuenta detallada de la huida de Alonso y de la rara misiva por él dejada. Cuando terminó de leer, y con la epístola todavía en la mano, dejó volar su pensamiento y se dio cuenta de que invariablemente desde su partida y todas las noches su pensamiento, sin quererlo, evocaba la sugerente figura del muchacho, y que aunque se negaba a reconocerlo un sentimiento confuso lo embargaba.

Cercando a la presa

El de Fleitas estaba en Toledo. Había llegado en misión de servicio para dos encomiendas principales. La primera, entrevistarse con el hidalgo al que la Suprema había designado como informante en el caso de las pesquisas que se debían llevar a cabo sobre la persona de don Martín de Rojo e Hinojosa para recomendar o no su ingreso en la orden de los caballeros de Montesa. La segunda, acudir a la casa de Marcelo Lacalle, correo del Santo Oficio que ahora residía allí, a fin de interrogar a su mujer, antigua doncella de doña Beatriz de Fontes, sobre los hechos acaecidos la noche del nacimiento del último vástago de doña Beatriz.

Las nueve en punto sonaban en el reloj de la plaza del Zocodover cuando don Sebastián caminaba bajo sus arcos evitando una lluvia fina y sin embargo persistente que, a poco que se descuidara, la persona sobre la que incidía terminaba calada hasta los huesos.

Doblaba ya casi la esquina de la antigua calle de la judería que bordeaba la antigua sinagoga del Tránsito cuando su fino instinto detectó unos pasos apresurados que le seguían. Su entrevista era para las nueve y media y nada le podía incomodar más que llegar tarde a una cita.

La casa de don Nuño Bastos estaba ubicada junto a la muralla vieja y se llegaba a ella luego de transitar la calle de los Arcos, dejar atrás la iglesia de Santo Tomé y el taller de damasquinados; desde allí se divisaba toda la curva del río, pero para llegar se debía pasar una zona oscura y arbolada, propicia para una emboscada.

El de Fleitas, embozado en su capa aceleró el paso y escuchó atentamente para distinguir si las pisadas que sonaban a su espalda se aceleraban a su vez. Su experto oído detectó que dos eran las personas que tras sus pasos venían y se dispuso a esperar acontecimientos; momentáneamente la distancia era siempre la misma y los individuos no parecían tener prisa. Una luz colocada en el dintel de una cancela de reja ubicada en un muro le anunció que la mansión a la cual se dirigía ya estaba cerca. De repente, entre la fina lluvia apareció la silueta de una recia casa de piedra con la entrada blasonada por un escudo heráldico cubierto por un tejadillo de pizarra, y en el momento que iba a salir de la arboleda para entrar en el pálido círculo de luz del farol surgió de las sombras un individuo que se interpuso en su camino.

—¿Adónde vais con tantas prisas, sire?

La catadura del tipo delataba su calaña. Todas las alarmas del portugués se dispararon y su astuta mente a la vez que analizaba la situación iba tomando decisiones. Los pasos se habían acelerado y él, en tanto colocaba su espalda a cubierto apoyándola contra el tronco de un frondoso árbol se desembarazó lentamente de su capa y la dejó caer tras su hombro diestro.

Al primero se habían sumado otros dos, y los tres no emularían precisamente a las tres

gracias: las caras vulgares con ese cariz que da el vino a los adoradores de Baco, la vestimenta raída y erosionada por las muchas intemperies; la apariencia del trío era la de una carnada de lobos que de ir en solitario eluden el ataque. El que parecía llevar la voz cantante era el que había hablado y los que venían tras él se colocaron a ambos costados. Fleitas sabía que el nervio del grupo era el que estaba frente a él, y que seccionado el nervio el miembro quedaría sin vida.

—¡Apartaos de mi camino, vive Dios, si no queréis contraer la enfermedad del cordel^[129] o que os deje a buenas noches^[130], partida de desmirlados^[131]!

Al ver la cara del portugués y observar que portaba los guantes descabezados, costumbre generalizada entre los espadachines de rango, el jefe del grupo pareció vacilar, pero al punto se rehizo.

—A vos os sobra y a nos, nos falta. Justo es que repartamos.

Y al decir esto los tres individuos avanzaron amenazantes, cada uno por un lado, sin echar mano todavía a sus respectivas filosas^[132].

Muchos pensamientos pasaron raudos por la mente del de Fleitas en aquel instante: el primero, que no era buen momento para morir, el segundo, que aquella cuadrilla de malandrines no le iba a vaciar la bolsa, y el tercero, que aún no había tenido ocasión de probar el invento de maese Pérez y aquélla podía ser una magnífica oportunidad.

En estos tráfgos andaba su magín cuando el más próximo echó mano a su espada. Ésta fue su perdición; aún no había desenvainado cuando el fierro del portugués ya se había clavado en su garganta. Cayó con una expresión de asombro más que de miedo en el rostro, dejó la empuñadura de su acero, que no había llegado a salir de la vaina, y con ambas manos se sujetó el gañote intentando contener los borbotones de sangre que manaban del inmenso costurón en tanto que, suplicando, gritaba: «¡Dios mío! ¡A mí! ¡Confesión!» Luego, tras dar un par de vueltas sobre sí mismo cayó al suelo. Los otros dos, cual si hubieran visto al mismísimo mago Merlín^[133] liquidar a su compadre, avanzaban hacia él irresolutos y vacilantes.

Fleitas aprovechó su desconcierto para cantar el triunfo a espadas^[134].

—¡Ah de la casa! ¡A mí las gentes de bien, que me atacan! —gritó con potente voz que venció el sonido de la lluvia y rasgando la noche rebotó en el muro de piedra.

Los rufianes titubeaban. Desde detrás de la reja asomaban, ladrando, dos mastines; unos arcos de luz vacilantes acuchillaban la lluviosa oscuridad anunciando que gentes de la mansión acudían al reclamo del de Fleitas. Súbitamente, tal que si se hubiesen puesto de acuerdo, los dos villanos pusieron pies en polvorosa. La reja ya se abría y los perros, como si supieran cuál era el extraño al que debían atacar, salieron raudos tras los malandrines. En tanto que los de las luces llegaban a su altura, el de Fleitas devolvió su acero a la vaina y con una ligera presión en la base de los gavilanes quedó en su primigenio estado. La lluvia había amainado; dos de los criados salieron tras los canes llamándolos, en tanto el otro atendía al portugués.

—¿Qué os ha ocurrido, señor? —indagó mientras alzaba su farol a la altura del rostro.

—He sido atacado por tres desalmados cuando acudía a la casa de don Nuño Bastos, con quien estaba citado a las nueve y media. Soy familiar del Santo Oficio.

—¿Os han herido?

—No tal... y no he tenido más remedio que defenderme. Mucho me temo que por mi culpa ese hombre no esté hoy, precisamente, en la gloria de Dios nuestro Señor. —El portugués se santiguó y

con un gesto vago indicó el bulto que yacía en el suelo unas varas más allá.

El criado movió el fanal de tal manera que el arco de luz, al incidir sobre el caído, descubrió al instante el inmenso costurón por donde se le había escapado la vida.

—¡Válgame la soledad! —Y al esto decir se arrodilló junto al hombre por ver si todavía alentaba—. Está bien muerto; habrá que avisar a la ronda. Pero entrad, señor, que mis compañeros y yo mismo nos ocuparemos de este contratiempo —dijo en tanto se incorporaba y sacudía las rodilleras de sus calzones para desprender la tierra mojada que había quedado adherida a ellos. En ese momento regresaban, con los mastines atraillados, los dos que habían perseguido a los maleantes.

El grupo partió hacia el interior, donde los gritos y las voces había hecho acudir al pabellón de la entrada al señor de Bastos y también aumentar la iluminación.

—Don Sebastián Fleitas, sin duda —saludó el anfitrión mientras avanzaba hacia el grupo que estaba atravesando el jardín con la alarma dibujada en el rostro.

—Ciertamente. Lo único que lamento es llegar con retraso.

El criado que portaba el farol estaba ya dando explicaciones a su amo sobre el suceso acaecido hacía pocos instantes en la misma puerta de su casa.

—Pasad, don Sebastián, y perdonad el recibimiento que Toledo os depara. Imagino que no estáis herido. ¡Estamos abandonados de la mano de Dios! ¡Mirad qué tiempos nos han tocado vivir! —Luego, volviéndose al sirviente—: ¡Enviad a alguien a avisar al corregidor, que mande a un alguacil! Antes estas cosas pasaban en los caminos; ahora es tal el desorden que ya no se puede vivir en los alrededores de la ciudad. Pero pasad, don Sebastián, no os quedéis ahí. De inmediato os acompañaran al cuarto de servidores a fin de que os aviéis y después os recibiré en mi despacho.

El portugués agradeció las atenciones del hidalgo y tras componerse en el servicio fue acompañado ante el señor de Bastos, que todavía estaba alterado por los sucesos acaecidos a la puerta de su casa. Ambos se acomodaron en sendos sillones, con dos copas de licor en la mano en una estancia cuya principal riqueza eran los libros.

—Dichoso aquel que puede dedicar sus horas a cultivar el espíritu. No sabéis cómo os envidio. Yo, triste de mí, siempre ando de la Ceca a la Meca^[135] en una u otra diligencia que me encomiende la Suprema.

—Los caminos de cada uno son diferentes. Todos intentamos servir donde mejor cuadran nuestras capacidades y según nuestras aptitudes. Pero decidme, don Sebastián, ¿cómo ha sido el incidente?

—No ha tenido más importancia. Ya os habrán contado. Al llegar a vuestra casa he observado que me seguían y cuando ya dejaba atrás la arboleda ha salido a mi encuentro el que parecía ser el jefe Jaque^[136] de la cuadrilla; han intentado asaltarme, pero he tenido más suerte que él y le he evitado seguir pecando en este mundo. ¡Que Satanás lo haya acogido en el averno!

—Veis, la ventaja de ser un hombre de acción. De haberme ocurrido a mí, a estas horas ya estaríanse celebrando mis exequias.

—Dejemos este lamentable incidente. ¿Habéis recibido la carta de presentación que os ha enviado su excelencia reverendísima el doctor Carrasco?

—Sin duda. Está sobre mi mesa. Pasemos a comentarla si os parece.

—Bien, ha interesado a su ilustrísima que fuerais nombrado informante en el proceso que se sigue para dilucidar cualquier duda que se suscitara respecto a los méritos o deméritos que

podieran coincidir en la persona de un hidalgo sobre el que os pondré en antecedentes a fin de que sepáis a lo que posiblemente os vais a enfrentar.

—Vuecencia me tiene a su entera disposición. Soy todo oídos. —El portugués se acomodó en su sillón en tanto su anfitrión le rellenaba la copa que había dejado en la mesa que estaba entre los dos.

—Pues veréis, don Martín de Rojo e Hinojosa, hidalgo de la pequeña nobleza con residencia en Quintanar del Castillo, a través de poderosas influencias ha recabado para sí el honor de pertenecer a una de las órdenes de caballería más importantes del reino, ya sea Santiago, Calatrava, Alcántara o Montesa. Al doctor Carrasco le consta que es persona de poca calidad, pues lo conoce bien y desde hace muchos años, ya que forma parte del consejo de protectores del convento de San Benito, cuya presidencia eclesiástica detenta su ilustrísima, y sabe que lo único que persigue a través del tal nombramiento es zafarse de una multitud de acreedores que le reclaman, en justicia, los bienes pignorados. Otrosí debo deciros que es cristiano tibio y que ha opinado en contra de la expulsión de herejes y judíos que llevó a cabo nuestro buen monarca el tercer Felipe, por considerar tal medida contraria a sus intereses. Todo ello nos hace sospechar que hay más y, como barrunta su ilustrísima, es posible que entre sus antepasados hubiere algún baldón, sea morisco, converso, etc. Entonces, ni que decir tiene que antes que los interventores de las respectivas órdenes se pongan a la tarea y descubran tal deshonor nos cabe a nos el impedir que tal ocurra y hemos de dificultar, por todos los medios, que su pretensión prospere; por el bien de la Iglesia y para preservar a tan insignes órdenes de la contaminación perversa que estas perniciosas gentes pretenden con el único fin de medrar.

—Descuidad, que pondré todo mi celo al servicio de la tarea que me ha sido encomendada para que tal no ocurra.

—Bien decís, «que os ha sido encomendada». Y no sabéis cuántos esfuerzos ha costado esta encomienda, pues altas influencia pretendían en la Corte que tal empeño lo prestara persona afín a la idea de que el tal Rojo consiguiera lo que con tanto interés pretende; ya sabéis que son dos los informantes que deben indagar toda cuestión relativa al solicitante. Pues bien, vuestro colega será don Francisco de Úbeda, que ya podéis colegir será proclive a los intereses del que lo ha patrocinado.

—Y ¿puedo saber quién apadrina tal peregrino empeño?

—Tal vez fuera mejor que lo ignorarais.

—Si cuento con la confianza del señor obispo, nada me arredra.

—Bien, si así lo preferís... os diré que se trata de don Jerónimo Villanueva.

Se hizo un espeso silencio entre los dos hombres.

—¿Vaciláis?

—En absoluto. Mas debo reconocer que será conveniente andar con pies de plomo y procurar que los pasos que dé sean medidos y pequeños.

—Entonces, si no tenéis nada que objetar... Una única cosa me queda por deciros.

El de Bastos interrogó con la mirada.

—Cuantas novedades tengáis me las reportaréis a mí, para lo cual contaréis con un correo de toda confianza que reside en la ciudad.

—¿Cuál es su nombre?

—Marcelo Lacalle y vive en la calle del Claustro, junto al convento de las benedictinas. Ése

es vuestro hombre.

—No tengáis la menor duda de que seréis puntualmente informado de cuantos avances haga sobre tan espinoso tema.

—Entonces, si nada más queréis añadir partiré hacia mi posada. Aún me quedan gestiones por hacer en Toledo y mañana a lo más tardar quisiera partir hacia Valladolid. —Al decir esto, ya el portugués se levantaba de su sillón y tomando del perchero su capa y su talabarte se dispuso a salir.

—Si no ofendo a vuesa merced, mis criados os acompañaran con luces hasta que por lo menos hayáis sobrepasado la arboleda. Me siento, en parte, responsable de que el percance que habéis sufrido os haya acaecido viniendo a mi casa.

—Si de esta manera os quedáis más tranquilo, sea.

Salieron ambos del despacho y tras llamar el de Bastos a dos criados y ordenarles que se proveyeran de hachones a fin de iluminar el camino al portugués, partió éste, en medio de ambos, en tanto su anfitrión le despedía agitando su mano desde el porche de la entrada.

Cuando pasó por el punto exacto donde había caído abatido el pobre diablo, un charco de oscura sangre coagulada era el mudo testigo del incidente.

A las diez de la mañana del siguiente día don Sebastián Fleitas de Andrade estaba en el aseado domicilio del correo, balanceándose suavemente en una mecedora en el modesto comedor de la pareja mientras degustaba un licor de fresas casero que le había servido Leonor. La estancia estaba encalada y olía a limpio, los muebles eran de humilde pino y de manufactura casera; un niño de un año aproximadamente dormía en un capazo y otro de unos tres o cuatro molestaba a su madre pidiéndole permiso para salir al pequeño huerto a jugar; bajo la campana de la chimenea humeaba un caldero de cobre. El matrimonio estaba de pie frente al portugués, en actitud atenta y respetuosa.

—Haced memoria, Leonor, porque cualquier detalle que os parezca irrelevante puede ser de capital importancia.

El tono del portugués era amable y conciliador, pero Marcelo estaba nervioso. Conocía de siempre la forma de actuar del Santo Oficio y, aunque a su llegada el de Fleitas le aseguró que no tenía por qué albergar temor alguno, conocía sobradamente el *modus operandi* de los familiares de la Suprema y no se le ocultaba que él era únicamente una baza a usar, ya que el peculiar trabajo y el áspero carácter del de Fleitas hacía que no tuviera amigos y que jamás un noble sentimiento lo apartara de la consecución final de su objetivo.

—Intento recordar, pero tened en cuenta que han pasado diecisiete años y que muchos detalles nimios se me han ido de la cabeza.

—Vamos a ver, retomemos la historia. Muchas veces lo que no se recuerda a la primera, sale de las tinieblas a la segunda, como cuando se enciende un farol en la oscuridad, ¿comprendéis? Cuando entrasteis al servicio de doña Beatriz de Fontes ¿qué edad teníais?

—Dejadme recordar. Yo estaba en el pueblo al cargo de la familia de mi hermano, pues a mi padre no lo conocí y mi madre había muerto; cuando una tía mía, que era la cocinera de don Martín de Rojo, me mandó llamar para que entrara al servicio de la familia en calidad de ayuda de cocina, sin sueldo claro es y únicamente por la comida, tendría doce años más o menos.

—Veis como del hilo se saca el ovillo. Haced memoria y decidme: ¿cuándo entrasteis al servicio directo de doña Beatriz?

—Habría cumplido ya los quince, más o menos.

—¿Estuvisteis siempre a su servicio directo?

—Así fue. Siempre estuve con ella.

—¿Recordáis la noche del último parto?

—Eso sí, de esas cosas no nos olvidamos las mujeres.

—¿Estabais vos presente?

—No ciertamente, era muy joven todavía.

—¿Quién la asistió?

—El doctor Gómez de León y su partera, María Lujan. Tengo entendido...

—Y ¿cuál fue el sexo del recién nacido?

—Doña Beatriz parió un varón, de eso no me cabe la menor duda.

—¿Cómo podéis estar tan cierta, si decís que en el momento del parto no estabais presente?

—Cuando don Martín se retiró de la estancia para irse a descansar, me mandó llamar para que velara al neonato y a la madre.

—Entonces ¿a qué atribuíis que hace años, en la feria de Carrizo, sostuvierais una pertinaz polémica con María Lujan acerca del sexo de la criatura?

Leonor comenzó a secarse las manos con un mandil que llevaba sujeto a la cintura en tanto Marcelo se rebullía nerviosamente.

—Lo recuerdo muy bien. Casilda, el ama, fue testigo...

—No me expliquéis lo que de sobra conozco. Limitaos a responder a mis preguntas.

—Bien. Pienso que María, al asistir a tantos partos, bien pudo confundirse. Pero la criatura que yo vi aquella noche en un moisés al costado de la cama de su madre era un niño.

—Y ¿me podéis decir si este niño o alguna de sus hermanas tuviera en su piel alguna mancha peculiar en forma de ojo lagrimeante?

Leonor vaciló un instante.

—No, que yo recuerde.

—¿Estáis segura de ello?

—Ciertamente. Ni las niñas ni Álvaro tenían sobre su piel ninguna mancha carmesí.

—Nadie os ha preguntado el color. ¿Por qué decís carmesí?

Leonor estaba francamente nerviosa.

—Todos los antojos, que yo sepa, son de ese color.

—¿Podéis jurar ante los Evangelios que ninguna de las cuatro criaturas tiene la mancha que os indico?

—Lo juro solemnemente. Ninguno de los hijos de doña Beatriz de Fontes tiene la tal mancha.

—Bien, dejémoslo por ahora. Y además del médico, la comadrona y don Martín, ¿había alguien más aquella noche?

—¿De fuera de la casa, queréis decir?

—Evidentemente.

—Yo pude ver un momento a la hermana de don Martín, la priora de San Benito.

—Pero cuando entrasteis en la estancia para velar a la parturienta, la priora no estaba.

—Cierto. Únicamente estaba don Martín.

—Luego, por tanto, ni el médico ni su partera estaban presentes.

—Exactamente.

—Proseguid ahora con lo que me decíais de la tal Casilda.

—Vucencia me perdonará la insistencia, pero que la criatura que yo crié fue sin duda un varón os lo confirmará el ama que lo amamantó, y ésa no fue otra que Casilda. Doña Beatriz no pudo hacerlo y a los pocos días de intentarlo y ante la pérdida de peso del infante, ella entró de ama.

—Y ¿sabéis dónde reside actualmente?

—Continúa de fámula en San Benito y cuando puede va a ver a doña Beatriz de Fontes.

En este instante Marcelo interrumpió.

—Con el debido respeto, si vucencia me permite...

—Os escucho.

—Me conocéis bien; os he servido, y lo sigo haciendo fiel y puntualmente. Conozco a Casilda desde que era una niña. Se fue del pueblo por una triste historia, pero es una buena y cabal persona y a ella debo mi felicidad; ella hizo posible que conociera a Leonor. Yo salgo fiador, si es que hace falta.

—Creedme, Marcelo, os tengo aprecio y no quisiera que sufrierais perjuicio alguno. No salgáis fiador de nadie, porque nadie esta dentro del alma de otra persona. Únicamente Dios nuestro Señor sabe cómo es cada uno y es juez justiciero. Y ahora dejemos esto y vamos a resumir. —El portugués se dirigió a Leonor—: Si algo de lo que digo no os cuadra, hacédmelo saber. En primer lugar, vos erais una criatura cuando entrasteis al servicio de los Rojo; la noche del último parto de la señora no estabais presente, pero os llamaron de madrugada para que velarais a la parturienta y al recién nacido, y éste era un varón; cuando entrasteis en la estancia únicamente estaba don Martín, ni el médico ni la partera se hallaban presentes; aquella noche estuvo un tiempo en la mansión la priora de San Benito, hermana de don Martín, pero se fue antes de que os llamaran. ¿Es así?

—Eso es exactamente lo que yo os puedo decir.

—Bien, pues por ahora es suficiente. Nada digáis de esta entrevista, que a nadie conciernen las cosas que nos suceden y cada uno debe cuidar de su huerto.

Y tras estas palabras el portugués tomó su capa y su chambergo y seguido de Marcelo, que lo acompañó hasta la puerta, salió de la casa.

Cuando su marido regresó, la interrogó:

—¿Por qué os habéis puesto tan nerviosa al ser interrogada sobre esa mancha?

—Marcelo, estas gentes me dan miedo.

—Pero hasta que ha surgido ese tema lo estabais haciendo muy bien.

—He recordado algo.

—¿Qué es ello?

—Cierta vez que don Martín, montando a caballo, se golpeó con la rama de un árbol, doña Beatriz me pidió que le ayudara aguantando la jofaina de agua caliente y láudano en la que ella empapaba el trapo con el que le hacía las friegas. Recuerdo perfectamente que en el hombro izquierdo el hidalgo tenía una mancha como la que ha descrito este hombre. Eso es lo que me ha puesto nerviosa, pues no sabía si decírselo o callarme.

—Habéis hecho lo correcto. Olvidaos y no lo comentéis con nadie.

Leonor miró a su pequeño y pensó que el Señor le perdonaría aquella piadosa mentira.

El jabalí

Catalina no tenía tiempo de asimilar tantas nuevas experiencias; cada día era una eternidad y cada nueva situación un manantial de conocimientos. A la salida de su primera feria quedaron acampados a la orilla de un arroyuelo, sin duda afluente del Sequillo, que les suministraba agua y pesca abundante.

Cuando al siguiente día se levantó la muchacha, ya las mujeres habían encendido la hoguera y el fuerte aroma de pescado a la brasa le recordó que desde el día anterior no había probado bocado. En la carreta no había nadie y como nada le urgía se dedicó a ordenar sus pensamientos.

Una luz matizada con reflejos dorados entraba por la ventana posterior del carronato, inundando el interior de pequeñas partículas que jugueteaban entre los rayos de sol y se posaban sobre las cosas. Súbitamente pasó su mano con rapidez entre dos de las doradas cintas y el fino polvillo se agitó suavemente como lo hacen los pececillos de colores cuando están en el agua de un estanque y alguien tira un guijarro; pensó que cualquiera de aquellas pequeñas motas de polvo, al cabo de unos días, podían posarse en el amado rostro de Diego y las envidió. Con el tiempo, a veces no lograba enfocar claramente las adoradas facciones, pero todo lo que perdía en claridad lo ganaba en intensidad y a veces el amor le dolía en el pecho y se ahogaba. Sus diecisiete años, puestos en pie, le reclamaban su ración de vida.

Sin saber cómo recordó un sermón que de niña siempre había llamado su atención, cuando fray Gerundio desde el pulpito se dirigía, amable, a las más pequeñas y les decía que ni una hoja se movía en los árboles sin que lo supiera Dios nuestro Señor y que ni la más pequeña e insignificante de sus criaturas quedaría desatendida si se dirigía a Él con confianza y le suplicaba algo. En aquel instante se arrodilló al costado de su yacija y rogó al Señor con todas sus fuerzas que le permitiera vivir a la vera de Diego sin nada más pedir; que le permitiera ser una sombra que anduviera cerca de su sombra y que con verlo y poderlo amar se conformaba, sin hablarle nunca y sin que él supiera jamás de su condición de mujer.

Cuando terminó su rezo se puso en pie y se dispuso a vestirse. Sus planes se iban cumpliendo con una precisión que le asustaba. Todo, cual si el Señor estuviera de su parte, le estaba saliendo como había planeado. La casualidad de encontrar a los gitanos había sido una bendición. Quizá la providencia los puso en su camino para mejor prepararla para lo que tenía que venir; lo de los cuchillos había sido como la primera piedra de un edificio de conocimientos que se iba levantando día a día. En las pequeñas pantomimas que ensayaban le tocaba indistintamente hacer de hombre o de mujer y el dominio que había adquirido para impostar la voz hacía que, en ocasiones, engañara hasta a Florencio; ya le habían anunciado que, en el próximo pueblo donde

actuaran, en el diálogo sobre las ventajas de pertenecer a uno u otro sexo iba a ser ella quien diera la réplica a Manuel.

Ya había terminado de vestirse, y cuando tomaba un trapo y un trozo de jabón del que hacía Magdalena mezclando grasa de animales con sales de potasio e hirviéndolo, a fin de llegarse al arroyo y lavarse la cara, los nudillos de Curro golpearon la puerta en tanto su vocecilla de ave canora la llamaba con sordina:

—¡Catalina, Catalina! ¿Estáis despierta?

—Pasad, Curro. Ya estoy lista.

El zagal abrió la puerta de la carreta y asomó su ensortijada cabeza por el hueco.

—Me prometisteis que me enseñaríais a manejar la espada. ¡Yo os enseñé a pescar! ¿Lo recordáis?

—Tenéis razón, estoy en deuda. ¿Dónde están los demás?

—Mi madre y mi tía están preparando la comida, los hombres han salido a afilar y Violeta está arreglando a los animales y me ha dicho que en cuanto os despertéis la avisemos.

—¿Por qué me habéis dejado dormir hasta tan tarde?

—Mi padre ha ordenado a mi madre que no os molestará. Ayer trabajasteis duro y no estáis acostumbrada; hoy tenéis asueto. Me imagino que os quiere conquistar para que permanezcáis entre nosotros.

—Sois unas gentes maravillosas y jamás olvidaré lo que habéis hecho por mí. Sin embargo tengo algo ineludible que hacer. Pero... aún falta mucho. Vivamos hoy, Curro. Hoy es hoy... mañana aún no ha llegado.

Catalina tomó el talabarte que pendía de un pomo de la cabecera del catre y mientras con una mano se lo colocaba con la otra despeinaba los rizos de Curro, que haciendo una cómica reverencia abría la puerta para que salieran de la carreta. Llegaron a la hoguera a la vez que lo hacía Violeta, que venía de sus trajines con las bestias, y los tres se dispusieron a yantar. Las cuñadas habían preparado un guiso de pescado y patatas con una pieza que había caído en la red colocada en el riachuelo la noche anterior, y entre risas y comentando el buen apetito de los jóvenes les sirvieron en unos platillos de loza tres cumplidas raciones del oloroso guiso, que desapareció en menos tiempo del que se tarda en contarlo.

—Parece que os habéis despertado con buen apetito —comentó Tarsicia ante la voracidad que mostraban, propia de los pocos años.

—Ayer llegué tan cansada que ni me acuerdo del momento que me eché en el catre para dormir. Cuando tal me ocurre, ni hambre tengo.

—Cuando os acostumbréis al trabajo —replicó Curro con la boca llena—, tendréis tiempo para todo. Si importante es dormir, más lo es comer. Yo, con el estómago vacío, no puedo conciliar el sueño.

—¿Trabajo? Vos no sabéis lo que es eso —terció Violeta—. ¿A quién sino a vos le tocaba hoy arreglar a los animales? Si no es por mí se hubieran muerto de hambre.

—No os preocupéis, hija mía, que ahora mismo os va a compensar. —La que así hablaba era Magdalena y dirigiéndose al muchacho añadió—: Iréis al encinar a hacer leña... y no como la última vez, que trajisteis cuatro astillas y un poco de hojarasca; tiene que durar cuatro días, que ha sido el tiempo que vuestro padre ha dicho que permaneceremos aquí, y la hoguera ha de mantenerse encendida todo el tiempo. O sea que reponed fuerzas, que vais a necesitar mucha.

—¿Decís que hasta dentro de cuatro días no partimos?

—Eso han acordado Florencio y mi hombre. ¿Tenéis prisa acaso, Catalina?

—No precisamente. Pero quisiera llegar a Madrid antes de terminar el estío.

—No sufráis por ello. Nosotros, cuando llega el mal tiempo, también nos hemos de recoger.

En estas charlas andaban cuando, terminado el refrigerio, partió Curro hacia el bosque a cumplir su cometido y las dos muchachas, tras recoger en un cesto todos los enseres sucios, lo hicieron hacia el riachuelo con el fin de lavarlos, sujetando el capazo una por cada asa.

—¿Por qué vais siempre vestida de hombre? —indagó Violeta.

—Mi señor padre quería un muchacho y nací yo. Me educaron como a un chico y es por eso que sé manejar la espada y montar a caballo. Las labores propias de mi sexo no me atraen lo más mínimo, ésa es la verdad.

—Y... ¿por qué os fuisteis de vuestra casa?

—Mi padre se casó tras enviudar y mi madrastra no me quería; me hacía la vida imposible y me tuve que escapar —mintió Catalina.

—¿Tenéis familia en Madrid?

—No.

—Entonces, ¿por qué tanto interés en llegar a la Corte?

—Es más fácil esconderse en un sitio donde haya mucha gente. Además, hay alguien a quien me gustaría volver a ver.

—¡Ésa es la razón! Estáis enamorada.

—Tal vez.

—¿Y de quién?

—¡Que más da! Es una vieja historia que a nadie interesa.

—Yo me casaré con Manuel, lo sé de siempre. Nosotras no escogemos, lo hacen nuestros padres.

—Pero ¿lo amáis?

—Eso qué importa. Lo conozco de siempre y de siempre sé que seré su mujer. Además, sí lo quiero.

—¿Y él a vos?

—Soy su prima y me ve pequeña, pero también sabe que un día seré su mujer.

Llegaron al río y ambas se disponían a vaciar el capazo cuando un ruido, a su espalda, las hizo volverse: saliendo de la floresta, un jabalí de respetable tamaño las observaba con sus ojos porcinos. Venía herido y furioso; el asta rota de una flecha corta lanzada por una ballesta sobresalía de su omoplato derecho. Violeta, sin pensarlo dos veces se echó a la corriente de agua pensando que hasta allí no se metería la bestia. Catalina se incorporó despacio. El animal vacilaba. Los gritos de Violeta advirtiéndola para que huyera excitaron al jabalí que, súbitamente, se arrancó primero con un trote cochinerero y después, agachando la cabeza, con un franco aunque cojitrancado galope. Catalina dudó un instante; luego, echando mano a la espalda tiró de vizcayna y esperó a que la bestia estuviera cerca. Sentía los pulsos en la vena del cuello, pero aguardó; sabía que, tal como le había explicado Florencio, solamente tendría una oportunidad. Su mente recordaba: «Niña, nada tiene que ver el apresuramiento con la diligencia.» Los gritos de Violeta la aturdían. Catalina con un rápido y automático movimiento había tomado la daga por el extremo afilado; el animal ya estaba encima de ella. Su muñeca hizo el giro tantas y tantas veces repetido y

el afilado puñal partió de su mano escribiendo en el aire su mensaje de muerte; la daga avanzó al encuentro del jabalí y el choque de las sumadas velocidades hicieron que ésta se clavara profundamente en la piel del porcino animal a la altura del codillo bajo el brazo izquierdo. ¡La bestia, pareció no enterarse! Estaba ya tan sobre la muchacha que ésta podía ver claramente las cuchillas de sus afiladísimos colmillos. El grito agudo de Violeta rasgó el aire. Apenas tuvo tiempo Catalina de lanzarse de cabeza sobre el limo de la orilla, que el animal pasó por su lado raudo y con el estruendo propio de una carroza de tiros largos^[137]; cuando se dio cuenta de que había fallado su embestida se reviró lanzándose de nuevo sobre Catalina, que intentaba en aquel momento alzarse, resbalando en el barro. Creyó llegada su última hora y su pensamiento voló desde Diego a la madre Teresa, pasando por Blasillo y por Casilda. ¡Mentira parecía que unos segundos pudieran ser tan largos! La realidad volvió sobre ella cuando al tiempo que una de las sucias cacerolas que habían bajado al río para lavar se estrellaba, lanzada por Violeta, en la testuz de la bestia, ésta rodaba muerta a los pies de Catalina. Violeta salía del agua; Curro y las mujeres, atraídos por los gritos de esta última, se asomaban por el límite del encinar y el animal daba sus últimos estertores.

A partir de aquel momento todo fue una fiesta. Transportaron entre los cinco, como pudieron, al jabalí que, como luego aseveraría Tomé, debía de pesar sobre unas veinte o veinticinco arrobas. Los hombres regresaron y la hazaña de Catalina llenó de orgullo a Florencio, amén de que un puerco salvaje de tamaño envergadura representaba comida y dinero que reforzaría la precaria economía de la familia.

—Cuando están heridos son muy peligrosos. La flecha le ha hecho mucho daño y al correr lo ha matado. Estaría refugiado en el encinar, porque al haber bellota tenía la comida asegurada. Habéis sido muy valiente; de no atinarle con el cuchillo en sitio tan puntual os habría herido sin duda y tal vez matado. Os habéis ganado con creces la estancia entre nosotros, Alonso, que hoy os habéis portado como un hombre.

Luego todo fue un ritual. Avivaron el fuego de la hoguera, degollaron al animal y recogieron en cuencos el resto de la sangre, poniéndola a cocer en la lumbre; después le cortaron las pezuñas y lo colocaron sobre una gran madera, plegado sobre sus patas. Entonces Florencio, con un afilado cuchillo, le hizo una incisión en el punto que la cabeza se une al tronco, y el animal se abrió por la espalda de arriba abajo debido al peso de su grasa. Así comenzaron unas largas operaciones destinadas a trocear el animal, embutir en sus propias y lavadas tripas trozos de su carne y de su grasa y proceder igual con su sangre adobada con pimienta; finalmente se salazonaron sus jamones y sus patas delanteras y casi todos sus despojos fueron aprovechados. Cuando ya terminaban, Catalina observó cómo Tarsicia guardaba en un paño el corazón, así como cerdas de las pezuñas y la verga del animal en sendos botes.

En todos estos trajines ocuparon el día y antes de cenar llevaron al río los despojos y los echaron en él. Florencio no quería que el olor de sangre atrajera a las alimañas que deambulan por la noche buscando su yantar.

Luego salió la luna y al resplandor de su pálida luz y al calor del fuego de la hoguera, tomaron sus guitarras y las conchas huecas de madera y danzaron como posesos hasta altas horas de la madrugada. Cuando se recogieron en las carretas, el astro rey ya empujaba desde el horizonte a su golfa compañera indicándole que el espacio de la bóveda celeste le pertenecía.

Valladolid

Las carretas avanzaban bajo un sol septembrino por el anchuroso camino que conducía desde Villanubla a Valladolid. Siete largos meses hacía que Catalina había huido de Benavente y le parecía que, por lo intenso de la experiencia vivida, hubieran transcurrido no menos de tres años.

Desde el día del jabalí, su interés se volcó en que Tarsicia le explicara las misteriosas maniobras que realizaba con filtros mágicos y misteriosas pócimas a demanda de las mozas y mozos de los pueblos con el fin de que sus amores fueran correspondidos.

La carreta traqueteaba por el camino y la vieja gitana y ella estaban solas en su interior. Manuel andaba en el otro carricoche y Florencio manejaba el tiro desde el pescante. Iban sentadas, una frente a la otra, junto a la ventana que se abría en la parte posterior del carronato, y el rubio sol del atardecer al atravesar las copas de los árboles que señalaban el borde del camino marcaba de luces y de sombras el ajado rostro de la gitana.

—Y ¿el mal de amores lo remediáis?

—Amores u otras cosas que no curan los físicos son las que yo remedio.

—Y ¿por qué andáis con tanto cuidado en según qué lugares?

—La Suprema no tiene la misma opinión que yo al respecto, y en cuanto algo se sale de sus normas es anatema, y confunde los remedios que yo suministro con brujería. Yo no mezclo al maligno en mis remedios.

—¿Y no tenéis miedo que vuestra actividad os reporte graves consecuencias?

—Hemos de vivir y mi ocupación, además de ayudar a muchos, nos socorre a nosotros. Los inviernos son largos y, con las nieves, nuestras ganancias merman.

—¿Y vuestros remedios son realmente eficaces?

—Depende de la fe que tengáis en ellos. Mal no harán a nadie y en mil oportunidades son efectivos. No hay ocasión que parando en un villorrio o en un pueblo no se me acerque alguien para agradecerme la consecución de un deseo cumplido o de un mal arreglado. Y además, si lo que me piden no tiene remedio, no les doy falsas esperanzas; no me gusta engañar a nadie.

—Y ¿qué es lo que, mayormente, arregláis?

—Cosas del cuerpo o males del espíritu, depende.

—¿Y tenéis remedio para despertar el amor en persona que ignora que la otra la ama?

—Depende.

—¿De qué depende?

—Entre otras cosas, del conocimiento y de la intimidad que se den entre las dos.

—Y ¿si ese conocimiento pasara porque el ser amado ignora el sexo del amador?

La vieja frunció el entrecejo.

—O sea que amáis a un muchacho que cree que vos sois un varón y os habéis escapado de vuestra casa porque él vive en la Corte.

Catalina, arrebolada, quedó perpleja unos segundos.

—Eso es lo que me ocurre. Pero ¿cómo habéis deducido todo ello?

—Las jovencitas tenéis para mí el pecho de cristal. Mejor será que comencéis por el principio. El remedio será tanto más eficaz cuantas más cosas me expliquéis. —Luego de esta reflexión, la vieja se levantó de su asiento y tomando de un anaquel dos vasos de metal y una botella en la que se veía un oscuro líquido con el cuerpo de un lagarto disecado flotando en él, los colocó en la mesa frente a las dos y escanció en ambos una generosa ración—. Tomad, esto os ayudará a soltar la lengua y a que el recato no os prive de ser sincera. —Acompañando la frase con la acción, se echó media ración al colete entre pecho y espalda.

Catalina, al verla, imitó el gesto. Una llamarada profunda descendió por su garganta y la tos le hizo dejar el cuenco precipitadamente sobre la mesa en tanto con la siniestra intentaba abanicarse la boca y las lágrimas inundaban sus hermosos ojos. Cuando ya pudo, demandó a la vieja gitana:

—¿Pero qué me habéis dado? ¿Fuego del infierno?

—Mi licor suelta la lengua mejor que el potro^[138] del Santo Oficio. Al principio abrasa un poco, pero luego... vais a ver lo bien que os encontráis. Bueno, a lo que íbamos, ponedme al corriente de esos contrariados amores.

Catalina se enjugó las lágrimas con el dorso de su mano y entendió que era el momento de abrir su corazón a Tarsicia. Entonces le fue relatando, punto por punto, los aconteceres que habían ido jalonando su corta pero intensa vida.

Al terminar la muchacha, la gitana habló:

—Niña, ¡por mi vida que vuestra historia es singular! Pero yo sé que sois de ley, porque sé leer en el fondo de los corazones de los hombres y el vuestro es oro molido. Nuestra raza hace de la amistad un culto; Tarsicia siempre será vuestra amiga. Y ahora imagino que vuestro deseo es llegar a Madrid, cuanto antes mejor, y hacer por encontrarlo. ¿Es así?

—Eso es lo que pretendo.

—Pero ¿os queréis presentar como paje o como doncella?

—Todavía no lo sé. Lo que sí tengo diáfano como la luz es que, si no lo veo, ¡moriré!

La gitana sonrió.

—Eso son palabras, niña. Nadie se muere de eso. De cualquier manera, lo que es indudable es que el filtro que os prepare necesita de la proximidad del amado para que surta efecto.

—Pero... ¿me amará?

—No vayáis tan deprisa y meditemos con calma. Si os presentáis como un hombre, mucho os tendréis que disfrazar para que tras dos años de haber convivido con él día a día no os reconozca, amén de que solamente serviría vuestro disfraz para poderle administrar el filtro que os dé. No pretenderéis que se enamore de vos bajo la condición masculina; para bardaje^[139] tenéis suficiente ración con el maestro de baile francés del que me habéis hablado.

—¡Callad, por Dios! Tal aberración ni cabe en mi cabeza referida a Diego. Me acercaré a él como mujer.

—No juguéis mal vuestra carta ni desperdiciéis bazas. En el amor y en la guerra todo vale: cuando convenga seréis una mujer y cuando sea oportuno os presentaréis a él como un muchacho.

—¡Explicaos, por Dios, que no os comprendo!

—Atended. Os presentáis en su casa con el fin de devolver la mula que hurtasteis a su padre. Tal como me habéis contado erais un siervo libre y nada le debíais; estabais a su servicio por mera gratitud y por vuestra libre voluntad, y un buen día decidisteis correr mundo ya que él tras romper su promesa os abandonó a vuestra suerte. Tal como dejasteis escrito en vuestra nota, tomasteis la mula de prestado y la queréis devolver. Bien, caso de que quisiera tomaros de nuevo como paje, por mucho que os atraiga la idea no debéis aceptar, pues de ser así difícilmente le podríais desvelar vuestra condición de mujer. ¿Me vais captando?

—Bastante hago con seguiros. Obnubilada me tenéis.

—Prosigamos. Cuando ya os sepa en la Corte, nada le puede extrañar si en cualquier ocasión o por cualquier motivo os vuelve a ver. De esta manera tendréis la oportunidad de usar el filtro que yo os enseñaré a preparar. Una parte de nuestro plan ya está pergeñado, vayamos ahora a la segunda parte: vuestro deseo es que se enamore apasionadamente de vos, ¿no es así?

Catalina, con los ojos abiertos como platos, asintió con la cabeza.

—Por lo que yo he entendido, no tenéis en la Corte dónde vivir.

—No conozco a nadie.

—Ni podéis alojaros en posada o albergue ya que me habéis dicho que el único papel que tenéis os asocia a la casa de Cárdenas, y eso por el momento no os conviene... amén de que os costaría un buen dinero que no os sobra, ya que excepto el que guardáis bajo la tabla desclavada de la pared donde se arrima vuestro catre no contáis con ningún otro. ¿No es cierto?

—¿Pero vos cómo sabéis eso?

—Mal iría si no conociera todos los rincones de mi casa —dijo la gitana sonriendo—. Prosigamos. Yo os daré dos cartas; la primera para una persona que os acogerá en su casa, ya que me debe un gran favor y es mi amiga, y allí, con certeza, nadie atinará en buscaros...

—Decidme cómo es eso.

—Ella es una pandorga^[140] que regenta un mesón de ofensas^[141] en la calle de los Francos. Entraréis a su servicio como mandil^[142]. Os ganaréis un buen dinero y la comida, amén de que avisada por mí os dejará salir y entrar cuando os convenga, y este oficio os servirá de mampara si acude la ronda, ella siempre tiene muy buenas relaciones con el médico de mancebas y con los alguaciles que cubren la calle; los acostumbra a pagar en especias. Vuestra condición de varón os tendrá a cubierto de cualquier veleidad. ¿Me vais siguiendo?

—Proseguid —dijo la muchacha tragando saliva dificultosamente.

—Vamos a por la segunda carta. Tenéis una gran facilidad para este oficio y llegada la ocasión haríais una buena cómica: habláis con desparpajo, cantáis y bailáis muy bien y, caso de requerirlo la comedia, podéis hacer un excelente esgrimidor. Además podéis actuar de hombre o mujer indistintamente; anteriormente no estaba permitido pero a partir de que Francisca Baltasara lo hiciera, hace ya dos años, ahora hay licencia.

—¿Adónde queréis ir a parar?

—Atended, que ya vamos llegando. Un lugar hay al que, a no dudarlo, tarde o temprano, acudirá Diego.

—¿Cuál es ese lugar?

—El Corral del Príncipe.

—¿Y?

—Pues que vos estaréis en él representando un entremés^[143], un baile o una comedia.

—¿Qué estáis diciendo?

—Lo que estáis oyendo. Si trabajáis en un papel de hombre y os ve, pensará que debíais de ganáros la vida en la Corte y que éste es un oficio como otro. Y si lo hicierais de mujer... las cómicas tienen un especial atractivo para los hombres; si no, mirad lo que ha sucedido con la Calderona. Si os ve en un escenario, muy mala hembra tendríais que ser para no lograr que, a la salida, os esté aguardando.

—Pero ¿estáis demente? ¿Cómo voy a conseguir que me contraten en una compañía de cómicos?

—La que está contratada esta temporada, y aprobada por el comisario de corrales de acuerdo con la cofradía de la Soledad, que es la propietaria del lugar, es la de Pedro de la Rosa, amigo mío y que me debe su feliz matrimonio, pues mediante uno de mis sortilegios conquistó a su mujer. No dudéis que cuando le deis la segunda carta que os entregaré os probará y, por poco que hagáis, estaréis contratada.

—Dejadme que me reponga, porque no soy capaz de asimilar todo cuanto decís.

—Esperad, no he terminado todavía. La de Pedro de la Rosa es la compañía de faranduleros que hace más particulares^[144]. Fácil es que en cualquier ocasión os encontréis con vuestro amado en el palacete de algún noble, y estando cerca de él será fácil conseguir vuestro propósito.

—Y decidme, Tarsicia, ¿cómo haré tal y qué es lo que debo hacer?

La farandulera se llegó hasta la alacena, retiró unos botes y apartando un disimulado doble fondo extrajo de él unas hojas de papel, que se llevó a la mesa.

—Veamos. —Del montoncillo, tras rebuscar, tomó una y la examinó; luego alzó la vista hasta la muchacha y explicó—: Deberéis hacer dos figurillas con la cera de una vela que haya estado anteriormente iluminando la ceremonia de una boda en una iglesia: una con formas de mujer y la otra de hombre.

—Y ¿de dónde saco yo una vela de estas características?

—De cualquier iglesia de Madrid. Es cuestión únicamente que tranquilicéis vuestra conciencia dejando una limosna en el cepillo de las ánimas del purgatorio. Y han de ser de un tamaño que podáis esconder en un bolsillo. ¿Tenéis algo que le haya pertenecido o por lo menos haya tocado?

—Dejadme pensar. ¡Sí!, el colete de piel de búfalo; me lo regaló y antes era él quien lo usaba... y también una faltriquera.

—Perfecto. Cortaréis unos hilillos del uno o del otro y los alojaréis en la muñeca cuando aún la cera esté blanda.

—¿Qué más?

—Luego incrustaréis un par de pelos de vuestro pubis en la figurilla masculina y, cuando os venga el período, mojaréis un trapo en la sangre de vuestra menstrua y lo pasaréis, de esta guisa, por ambas figuras.

Catalina enrojeció hasta las cejas, cosa que no pasó inadvertida a la gitana.

—¿Queréis ganar su amor o no queréis?

—¡Sí, sí, claro que quiero!

—Pues los remilgos son malos consejeros para tomar decisiones importantes. Cuando tengáis todo preparado, las dejaréis al aire libre una noche entera en la que la luna esté llena.

—Y cuando haya cumplido todo cuanto me decís, ¿qué debo hacer?

—Ahora viene el momento más delicado. Debéis hacer que la figura femenina quede cuanto más próxima a él mejor, a fin de que más poderoso sea el influjo del sortilegio; eso ya dependerá de vuestra habilidad. Y la masculina, tras rozarlo a él debéis colocarla bajo vuestro colchón y dormir sobre ella; si tal lográis, no dudéis que será vuestro.

—Mío... ¿para toda la vida?

—Esto la magia no lo puede garantizar... tiene un mal funcionamiento. Mejor será que recurráis a las armas que la natura da a la mujer.

—Y ¿cuáles son esas armas?

—Dos las tenéis bajo el corpiño y una entre las piernas. ¿No os habéis dado cuenta, todavía, adónde dirigen su mirada los hombres cuando estáis encima del tablado y lleváis un escote que deja entrever el canalillo que separa vuestros senos?

Catalina se volvió a ruborizar hasta la punta del cabello y para obviar el apuro cambió el tercio.

—Nunca os podré pagar lo que por mí habéis hecho. La divina providencia me protege. Siempre tropiezo con buenas gentes.

—No siempre. Vuestra vida está plagada de malos encuentros, pero el Señor quiso que vuestra alma fuera limpia y os dio una capacidad de olvido para los malos tragos: el cura del convento, la mala monja, el francés y los malandrines que casi os matan en Benavente.

El carromato avanzaba lentamente por el polvoriento camino y Catalina aprovechó la circunstancia para hacer mil preguntas a la gitana.

—Tarsicia, vos no sois morena como los demás. Vuestro origen, me dijisteis que era distinto. ¿Por qué no me lo contáis?

—Los jóvenes creen que los viejos nacimos viejos. Yo también tuve dieciocho años, y Florencio era el hombre más guapo que podáis imaginaros; lo conocí en la feria de Cáscales. Yo había llegado con los cómicos, pues siempre me dediqué a la farándula, y él había arribado con la familia de los Ayamonte, pues iban a vender y a comprar ganado a la feria. Lo recuerdo como si fuera ayer mismo.

«Cuando dimos la función no me quitaba los ojos de encima, y yo lo distinguía de entre todos pues llevaba un pañuelo rojo anudado a la cabeza. Por la noche dimos una vuelta y entramos en un figón a comer alguna cosa; los hombres se confunden y cuando ven a una farsanta^[145] creen que todas tienen que ser escalfulleros^[146], y un soldado se propasó conmigo. Florencio estaba allí. Hubo más que palabras, salieron a la calle y se citaron en un descampado; el otro desenvainó la espada y mi hombre lo mató de un navajazo. No se podía perder ni un minuto si no quería que le atraparan los corchetes y le dieran el *Deo gratias* de esparto^[147], así que tuvo que huir esa misma noche y yo, con la edad que vos podéis tener ahora, no lo pensé dos veces: la misma noche escapaba con él en la carreta de sus padres. Tuvimos a los pocos días una boda gitana y desde entonces vivo según sus costumbres.

—Y ¿os amoldasteis?

—Yo a él y él a mí. Cuando me conoció, solamente sabía manejar y lanzar los cuchillos como os ha enseñado; jamás había subido a un tablado. Yo le enseñé y, por otra parte, no ha habido en el mundo mujer con mejor hombre que yo. Su familia me aceptó desde el primer día y yo me adapte

perfectamente a su forma nómada de vida. Todo lo que sé me lo enseñó su madre. Los gitanos transmiten sus conocimientos de generación en generación y ella me trasladó los suyos.

—¿Los filtros y la magia, también?

—También. Estas cosas se pueden emplear para bien o para mal, y ella me enseñó a hacer siempre el bien.

—¿Por qué guardasteis partes del cerdo que matamos?

—Tengo escondidas en la carreta muchas cosas que me hacen falta para aliviar los pesares de las gentes que a mí acuden, y cuando tengo ocasión de proveerme de algo que en el futuro me pueda rendir servicio lo almaceno.

—Y ¿por qué lo tenéis escondido?

—La Suprema tiene ojos y oídos por todas partes. Se puede hacer mal uso de muchas de las cosas que yo guardo y el Santo Oficio no hace distinción. Si me descubrieran, tal vez tuviere problemas.

—Y si eso puede ocurrir, ¿por qué no lo lanzáis todo al río?

—Ya os lo he dicho, porque nos ayuda a vivir. ¿Queréis ver mis tesoros?

Catalina asintió con un gesto de cabeza. La gitana se levantó de su asiento y tras retirar una tabla del suelo descubrió un doble fondo. En él, alineados y en pequeños grupos había una ingente cantidad de potes, recipientes, alguna redoma, una retorta y un hornillo.

Catalina señaló con el dedo el recipiente que contenía la méntula^[148] del jabalí.

—Y esa asquerosidad, ¿para qué os sirve?

—Aún sois muy joven, niña. A cierta edad, muchos hombres no pueden yacer con mujer y eso les causa una profunda angustia; entonces, verga de jabalí triturada y mezclada con trementina produce un efecto afrodisíaco. Y no creáis que este remedio lo buscan únicamente los hombres. Mucha mujer llega a mí insatisfecha y me pide algo para que su marido la satisfaga. ¿Me comprendéis?

—No del todo.

—Con el tiempo ya lo entenderéis. —Tarsicia sonrió en tanto colocaba la tabla en su sitio y tapaba el escondrijo.

Ya anochecido entraban en Valladolid. Allí se iban a separar sus caminos.

Catalina se iba a dedicar en cuerpo y alma a encontrar al primo de Casilda y, a ser posible y a través de él, enviar a ésta un recado. Luego, a lomos de *Afrodita* partiría hacia Madrid, en tanto que los gitanos se detendrían en Tordesillas, Segovia y Ávila.

La carreta avanzaba lentamente, por una oscura calleja, cuando la muchacha, alzando la tela encerada que cubría la ventana lateral del carromato, divisó a un hombre que caminaba, cubierto su rostro por una negra capa. Súbitamente, bajo la incierta luz de un farol se retiró el embozo. El pálido rostro cruzado por una fea cicatriz no se le iba a olvidar mientras viviera y, en aquellos momentos, no podía imaginar siquiera la trágica influencia que tendría en su destino.

Cuestión de honra

El portugués estaba en Valladolid. La ciudad dormía acunada por el Pisuerga y el Esgueva, nostálgica de tiempos pasados.

Aunque la Corte se había trasladado a Madrid, conservaba todavía el estilo y rango de antiguos esplendores imperiales que únicamente los años y la pátina dan a las cosas, añorando todavía el lustre que Felipe III, padre del actual monarca, le había dado al hacerla de nuevo capital del reino durante más de un lustro.

El de Fleitas se había desplazado desde Toledo tras atender varios asuntos. En primer lugar, entrevistar a don Nuño Bastos e informarle sobre su cometido en relación a la investigación que debía llevar a cabo con el fin de que, siguiendo las pautas y deseos del doctor Carrasco, jamás lograra don Martín de Rojo ingresar en una de las órdenes de caballería, de forma que nadie salvo él mismo pudiera bucear en su pasado. En segundo lugar, intentar recoger información veraz sobre si el último fruto habido del matrimonio formado por don Martín y doña Beatriz de Fontes fue un varón o una hembra, pues tal como él había podido comprobar corrían diferentes versiones sobre este controvertido asunto, cosa que por lo visto preocupaba en grado sumo e interesaba sobremanera a su generoso protector.

La tercera cosa que había marcado su estancia en la imperial ciudad había sido la posibilidad de comprobar la asombrosa efectividad del ingenioso invento de maese Pérez. Ahora el de Fleitas sabía con certeza que, en cualquier lance en que se hallara gozaría de la ventaja de la sorpresa, materializada en unos segundos de tal importancia en situaciones comprometidas que la diferencia esencial transitaba de la vida a la muerte. ¿Que el momio no fuera digno de un hidalgo bien nacido? Tal vez... pero estos remilgos los había aparcado hacía ya muchos años en lo más recóndito de su poca escrupulosa conciencia; para él la vida era subsistencia y a tal fin todo valía.

Pasó frente al monasterio de las Huelgas Reales y se dirigió a la lonja de los curtidores, detrás de la cual se hallaba el tribunal del Santo Oficio.

Se ubicaba éste en un edificio influido por la sobriedad de líneas del ilustre Juan de Herrera, y visto por vez primera sobrecogía el ánimo. Nada sobraba; no había concesión alguna a lo florido y ninguna forma era redondeada. Se podían haber trazado sus planos con una regla y un cartabón. En su entrada y sobre el frontispicio del portalón exhibía el escudo de la Suprema labrado en piedra y rodeado por las letras que componían su leyenda:

Y a ambos lados de la entrada había sendas garitas de centinela. Don Sebastián se dirigió a la que más próxima de él se hallaba e interpelló al alabardero que en ella hacía guardia.

—Tened la amabilidad de avisar al oficial de puerta.

—¿A quién tengo el honor de anunciar?

—Soy don Sebastián Fleitas de Andrade, familiar de la Santa Inquisición, y a las órdenes directas del provincial del Santo Oficio, su excelencia reverendísima don Bartolomé Carrasco, deseo ver a la persona que esté al cuidado de la recepción de visitantes.

El centinela al escuchar tan pomposo título se puso rígido y tras recomendar a su compañero que atendiera la puerta partió hacia el interior, no sin antes suplicar al portugués que tuviera la bondad de esperar un momento. Fleitas de Andrade paseó unos instantes por la plaza y en el tiempo que dos extraños carrmatos pintados de verde enfilaban la bocacalle que desembocaba en la plaza de Curtidores, el alabardero regresaba acompañado por un chambelán y mediante signos indicaba a éste quién era el personaje que deseaba ser recibido. El portugués se aproximó a la pareja y se presentó de nuevo.

—Si tenéis la bondad de acompañarme.

Partieron ambos, el fraile abriendo paso, y se introdujeron en el interior del sobrio edificio. Tras caminar un dédalo de pasillos que atravesaban una infinidad de pequeños aposentos en los que trabajaba una multitud de escribientes consultando archivos y rellenando papeles, llegaron a una cámara amueblada sin ninguna clase de lujos. Entonces el fraile se detuvo sin atravesar la puerta, y acompañando la palabra con el gesto indicó al visitante que entrara en la estancia. Era ésta la propia de alguien dedicado en cuerpo y alma a su trabajo, y poco apta para recibir visitas. Todo el mobiliario era negro; la única nota de color era el morado paño que envolvía la cintura del Crucificado que desde la pared de detrás del despacho presidía la pieza. La mesa y los sillones eran de estilo veneciano y sus torneadas patas quedaban unidas entre sí mediante hierros retorcidos; las paredes desaparecían, prácticamente, tras las montañas de legajos que se amontonaban en los estantes de sus librerías, y sobre la mesa, junto a los utensilios propios de la escritura, se veía únicamente una campanilla de cobre.

—Si tenéis la bondad de esperar un instante, de inmediato os recibirá fray Crisóstomo.

El de Fleitas hizo una cortés reverencia y sin añadir palabra entró en la salita, acomodándose en uno de los dos sillones a la espera de que el tal fray Crisóstomo lo recibiera. Pasaron unos minutos y unos pasos ligeros y saltarines, como los de un ave, anunciaron, al avezado oído del portugués, que alguien de peso muy liviano se acercaba por el pasillo. Efectivamente, al momento entró por la puerta un frailecillo con el hábito blanco y negro de los dominicos y calzando unas sandalias de tiras, que no levantaría una cuarta del suelo. Era, más que enjuto, desmedrado y su calva adornada por una corona de pelo completamente blanco le proporcionaba una apariencia de pájaro exótico. El de Fleitas se puso en pie para recibirlo y el dominico le alargó la cruz que llevaba rematando el cordón de su cíngulo para que la besara.

—¿Don Sebastián Fleitas, sin duda?

—Para serviros.

—Por favor, acomodaos. —Y al decir esto, el fraile rodeó la mesa para ocupar su sillón en tanto su visitante hacía lo propio. Una vez sentado en él, cruzó sus manos sobre el escuálido pecho y habló—: Y ¿a qué debo el placer de tener nuevas de mi querido superior el doctor Carrasco?

—Veréis, paternidad, el doctor os envía saludos y me ruega os entregue esta carta. —

Tendiendo la mano, le alargó por encima de la mesa un lacrado sobre.

El fraile lo tomó en la diestra, mientras que con la zurda alcanzaba sus anteojos que estaban sobre la carpeta y se los colocaba, a caballo, sobre su picuda nariz. Luego rasgó el lacre con un abrecartas y aproximándose a la luz del candelabro que lucía en la mesa se dispuso a leer con atención en tanto el portugués esperaba. Cuando terminó, dejó con parsimonia la carta sobre el escritorio y se quitó los quevedos^[149], frotándose suavemente con el pulgar y el índice el puente de la nariz.

—Recuerdo perfectamente el caso. Ingresó hará unos dos años y se nos recomendó una discreción absoluta sobre el tema. Como es habitual, el régimen de silencio durante este tiempo ha sido absoluto y, si mal no recuerdo, está instalado en el segundo sótano.

—¿Sabéis si ha alegado algo sobre su encierro?

—Bien, es peculiar. Todos al principio dicen que ha habido una equivocación y que son inocentes de cualquier culpa; luego gritan y escandalizan, y finalmente se conforman y esperan. En honor a la verdad debo decir que el tal Gómez de León no ha causado el menor incidente. Se ha recluido en un silencio digno y no intenta hablar ni con los carceleros.

—¿Cuál es su estado físico?

—La cárcel no ayuda a nadie. Pero recuerdo perfectamente su caso porque, a diferencia de muchos otros, soporta su encierro con una entereza notable y su espíritu por ahora no flaquea.

—Bien, ya habéis leído la carta. Tengo que verlo.

—Y ¿dónde deseáis que ello sea? ¿En su celda o en una de las salas de interrogatorio que esté desocupada?

El de Fleitas meditó un instante.

—Si fuera posible me gustaría observarlo, sin que él me viera, para después entrevistarle en una de las salas que decís.

—Es posible. Lo podréis escudriñar desde la tronera abierta al efecto y, desde luego, sin que él sepa que es observado.

—Pues, si os parece, no perdamos el tiempo.

—Como gustéis.

Fray Crisóstomo se colocó nuevamente sus antiparras, luego se levantó y acercándose a la librería de su derecha extrajo de un anaquel un legajo. Tras examinarlo, consultó unos datos de uno de los pliegos e hizo sonar la campanilla que había sobre su escritorio. Al cabo de unos segundos compareció el secretario que había conducido al de Fleitas hasta el despacho.

—Acompañaréis al caballero hasta el corredor de vigilancia y le abriréis la trampilla correspondiente a la celda número nueve. Luego, cuando él lo disponga, lo conduciréis a la sala de juicios del sótano y comunicaréis al carcelero de turno que acompañe al ocupante de la celda que os he indicado hasta dicha sala. ¿Me habéis comprendido?

—Perfectamente, paternidad.

—Entonces, proceded. —Y dirigiéndose al de Fleitas añadió—: Excelencia, si sois tan amable, mi ayudante os conducirá.

Recogió el portugués su capa y su espada y, tras despedirse del frailecillo-pájaro, siguió al coadjutor a través de los intrincados corredores del edificio. Éste le condujo, dos pisos más abajo, hasta un aposento en una de cuyas paredes se veía una serie de pequeñas trampillas numeradas y cubiertas todas ellas por unas tapas de hierro. El hombre se acercó a la rotulada con

el número nueve y abriendo la ventanilla miró por ella, retirándose después e indicando al portugués que podía asomarse.

El de Fleitas se inclinó sobre el disimulado agujero en forma de embudo invertido y pudo contemplar una imagen poco común, aun para sus ojos acostumbrados a ver miserias humanas. La celda era lóbrega y oscura; la única luz que le llegaba era la que proporcionaba una antorcha colocada en un ambleo de hierro que estaba situado en la pared del corredor por donde circulaban los carceleros para llevar o traer algo a los presos, y un banco de piedra que soportaba una delgadísima colchoneta rellena de paja era todo su mobiliario. El viejo doctor yacía sobre ella con los ojos perdidos en la lejanía; su cuerpo, que siempre había sido delgado ahora era enteco y flotaba en sus deterioradas y raídas ropas, una barba hirsuta y desarreglada le llegaba a la cintura y sus manos aparecían vendadas con dos trapos sucios de un color indefinible. Su cuerpo parecía hallarse a punto de claudicar, pero no así su espíritu; de aquella estampa emanaba dignidad y se podía decir, sin temor a errar, que su aspecto no era el de un hombre vencido. Al portugués le sorprendió aquella imagen, pues no era la común entre los presos de la Suprema: la angustia que les acuciaba al no conocer quién los había denunciado ni por qué, ni lo que allí dentro les ocurriría ni cuándo serían llamados a declarar, unida al hecho de que debían acusarse ellos mismos de los delitos que creyeren haber cometido para no defraudar la curiosidad y el interés que el Santo Oficio había puesto en ellos, todo contribuía al desmoronamiento psicológico del detenido, sin hablar del miedo al sufrimiento físico que la posible aplicación de tormentos, por todos conocidos, implicaba.

El examen duró varios minutos y cuando el familiar satisfizo su interés se volvió hacia su acompañante:

—Conducidme a la sala de interrogatorios y que a continuación traigan al preso.

—Si tenéis la amabilidad de seguirme.

Desanduvo el portugués parte del camino andado y descendiendo una angosta escalera lo guiaron hasta una de las salas del tercer sótano donde se realizaban interrogatorios previos y, si bien su aspecto era solemne y amedrentador, no había en ella instrumentos o mecanismos de tormento.

—Tened la bondad de esperar, que al momento voy a dar la orden de que traigan al prisionero.

El de Fleitas asintió con un breve gesto y, en cuanto abandonó el doméstico la estancia, se sentó en uno de los tres sillones que se encontraban tras la mesa del tribunal alzada en una tarima. No fue larga la espera. Ya unos pasos anunciaban la llegada de más de una persona... la puerta giró sobre sus goznes y abriendo la marcha apareció el servidor, luego el preso, amanilladas con cadenas sus manos y pies, y por último, cerrando el desfile, un alabardero de la guardia.

—Aquí lo tenéis, excelencia. ¿Mandáis alguna cosa más?

—Podéis retiraros. —Y añadió dirigiéndose al soldado—: Y vos también. Deseo quedarme a solas con el prisionero, pero antes retiradle los grilletes. El doctor y yo somos viejos conocidos y me consta que es un hombre de honor y no va a intentar escapar.

—Sea como ordenáis.

Obedeciendo la indicación del portugués partieron el fámulo y el soldado, dejando al cazador frente a su presa. Ambos hombres se midieron con la mirada: en la del primero cabrilleaba el desdén, en la del segundo la serenidad.

—¡Cuánto tiempo sin saber de vos, querido amigo! Mi intención era venir a visitaros hace

muchas jornadas pero, ya sabéis, los trabajos se suceden sin interrupción y los días pasan casi sin sentir... luego un mes... luego un año. Pero sentaos, amigo mío, no os veo bien para estar de pie.

El doctor, que se estaba frotando las muñecas doloridas todavía por el roce de los hierros, vio sorprendido cómo el portugués descendía del estrado y tomándolo por el brazo lo acompañaba hasta un pequeño escabel que había algo más atrás y lo ayudaba a sentarse. Luego volvió a ocupar su lugar en lo alto de la tarima.

—Creo que estáis pasando una amarga prueba, que podría aliviarse si quisierais colaborar un poco.

Al viejo doctor le era muy dificultoso enlazar las palabras, de manera que comenzó su discurso torpe y vacilante:

—Ni sé por qué estoy aquí ni creo haya motivo para este castigo extremo, aplicado a alguien que solamente ha dedicado su vida a impartir el bien a sus semejantes y nada ha hecho para merecer tamaño desafuero. Y sabed que si un día resplandece la justicia, a vuestra cuenta cargaré esta deuda.

—Me alegra oíros hablar así, ya que veo no se ha quebrantado vuestro ánimo, pero debo recordaros que no fui yo quien puso entre vuestros libros un volumen incluido en el *índice* y también que mi trabajo consiste en denunciar las irregularidades que observo en las misiones que me encomiendan; a otros compete el legislar y el decir lo que está bien o lo que debe ser juzgado.

—Aunque se me ha otorgado un tiempo cumplido para pensar en ello, me sigue pareciendo absolutamente injusto que por tal motivo se pueda truncar la vida de un hombre que, en todo caso, habría podido merecer una advertencia y si me apuráis una multa o una amonestación, pero jamás el castigo que se me esta infligiendo encerrado e incomunicado, va ya para dos años, en este inmundo lugar. Y todavía me parece más inicuo lo que hicieron con mis manos.

—¿Qué es ello, doctor?

El médico se desprendió lentamente de los sucios trapos que las cubrían y mostró dos extremidades purulentas y amoratadas que ofrecían un aspecto horrible y despedían un olor nauseabundo.

—Como comprenderéis, estas manos poco pueden hacer ya para aliviar algún mal o para traer al mundo a cualquier cristiano.

Fleitas se llevó a su voluminosa nariz un perfumado pañuelo y compuso un exagerado gesto de deliberada repulsión.

—¡Que lamentable suceso, doctor! Ved a lo que os ha conducido vuestra terca actitud.

—No entiendo a qué os referís. A mí me enseñaron mis mayores a conducirme siempre dentro de las normas que me dictaran mi conciencia y mi honra.

—A veces el costo de ambas es excesivo. Debierais ser más flexible, por vuestro propio bien.

—Y... ¿cuál es esa flexibilidad que me recomendáis?

—Ved que estáis en esta triste condición por causa de un delito perfectamente tipificado por el Santo Tribunal. Pero, tal vez se me ocurre que si declararais sobre otro asunto que mucho interesa al excelentísimo secretario provincial quizá se podría obviar vuestro inexcusable fallo y pudierais, con la ayuda de vuestra partera, continuar vuestra humanitaria tarea.

—¿Y cuál es ese otro asunto sobre el que debiera hablar?

—¿No os habéis referido a que otra de vuestras tareas es traer criaturas a esta mundo?

—Tal he dicho.

—Pues parece ser que hay una confusión al respecto de un parto al que vos asististeis hace ya muchos años, en Quintanar del Castillo.

—En esa villa he asistido a todos los partos de la esposa de don Martín de Rojo y a alguno de las mujeres de sus pedanías.

—A la primera me refiero.

—¿Y qué es lo que deseáis saber? —El viejo galeno ya sospechaba por dónde llovían los chuzos.

—Es al respecto del último. Parece ser que hay opiniones controvertidas sobre si doña Beatriz trajo al mundo un varón o una hembra.

—Sin duda su último vástago fue un varón.

—Parecéis estar muy seguro. Vuestra partera sostuvo lo contrario...

—Debe de estar confundida. La mujer ha traído al mundo a tantos cristianos que su memoria ya flaquea.

—Y si yo os dijera que tuvo el cuidado de tomar notas sobre sus parturientas, ¿qué me diríais?

—Pues os diría que se equivocó aquel día.

—¿No tenéis dudas al respecto?

—La familia Rojo es amiga mía desde que, recién terminada mi recepción como médico, atendí a don Bernardo, el padre, que en gloria esté, y me consta, tras parir tres hembras, lo deseoso que estaba don Martín de que su esposa alumbrara un varón, como así fue.

—¿Y quién estaba, además de vos y de vuestra comadrona, aquella noche, en la casa de don Martín de Rojo?

El viejo doctor no cayó en la trampa.

—Su hermana, la priora de San Benito, que asistía siempre a los partos de su cuñada. Ella se retiró apenas estuvo en el mundo la criatura.

—¿Teníais idea de que aquella misma noche entregaron otra criatura a su cuidado en el monasterio?

—Mi cabeza no está para tantos laberintos; algo creo recordar.

—Haced memoria. Al convento llegan muchachas deshonoradas que van a parir y luego ceden el fruto de su pecado a las monjas para que ellas lo den en adopción a familias que puedan hacerse cargo de la criatura. Pero lo que ya no es tan común es que dejen en San Benito a recién nacidos.

—No es común, pero ha sucedido más de una vez.

—Vos erais médico de las monjas, ¿no es cierto?

—Cierto.

—¿Y la superiora no os puso al corriente de este extraño suceso?

—Yo únicamente acudía al convento cuando me avisaban que alguien requería mis humildes conocimientos. A lo mejor desde que tal hecho ocurrió hasta que acudí a visitar a alguna monja transcurrieron semanas, o tal vez meses, y si así fue el suceso ya no era una novedad y la madre Teresa no atinó a explicarme nada, amén de que no tenía por qué hacerlo.

—Bien, dejemos esto. ¿Vos conocisteis a una aspirante cuyo nombre era Catalina?

—Hasta ahí no llega mi cabeza. Como comprenderéis, no recuerdo los nombres de las treinta y tres monjas, las veinte y pico novicias, las postulantas y las aspirantes que moraban en San Benito.

—¿Tuvisteis noticia de que tras la muerte de la antigua priora una aspirante se escapó del convento?

—Algo llegó a mis oídos.

—¿Y cuál os dijeron que era la que había huido?

—No recuerdo su nombre, pero aunque me lo hubieran dicho difícilmente la habría recordado.

—¿E ignoráis, acaso, que su edad es la misma del hijo que tuvo don Martín de Rojo?

—Os repito que nada os puedo decir de todo este embrollo. Además, ¿qué tiene esto que ver?

—¿Ni tampoco que su huida coincidió con la muerte de la priora y que a ella se le achaca?

—Nada sé y por tanto, repito, nada os puedo decir.

—Es una lástima. El señor secretario provincial tiene la sospecha de que algo se oculta tras todo ello y que algo tiene que ver la familia Rojo que, por otra parte, no son cristianos viejos ni de confianza.

—Su ilustrísima se equivoca. —El concepto del honor se despertaba dentro del viejo físico y su vieja amistad con don Martín no flaqueaba ni siquiera en aquellas durísimas circunstancias en las que su existencia peligraba—. No hay mejor persona ni mejor hidalgo que don Martín.

—¿Vos recordáis haber visto alguna vez en la piel de alguno de vuestros pacientes una mancha escarlata que tuviera la forma de un ojo del que gotearan tres lágrimas?

El doctor vaciló un instante, cosa que no pasó inadvertida al portugués.

—Habré visto a lo largo de mi vida miles de lunares o pecas de las más variadas formas y tonalidades. Avicena^[150] dice en su *Libro de la curación*, en el apartado de «Señales exteriores y secreción de humores que anuncian enfermedades interiores del cuerpo», que si no son negras o pigmentadas y principalmente abultadas no son importantes, y por lo tanto no me fijo en ellas; amén de que si son de la clase que os describo nada se puede hacer cuando se desencadenan.

—¿De nuevo me habláis de un autor prohibido?

—Cuando yo lo estudié, no lo estaba.

—Está bien, doctor, ya veo que no queréis dejaros ayudar. Lo que ocurra a partir de este momento escapa a mis posibilidades. Me hubiera gustado poderos asistir, pero vuestra terquedad es cerrazón.

—Dios sabe que se está cometiendo conmigo un desafuero. Alguien cargará, en su conciencia, esta monstruosidad.

—Lamento lo que os suceda, pero no olvidéis que las cosas pueden iros mucho peor.

—Estoy en las manos de Dios.

—Pues, si os empeñáis, quedad con Él.

Luego de emitir su última y velada amenaza don Sebastián Fleitas de Andrade se puso en pie, dando por terminada la entrevista. Hizo sonar la campanilla que estaba sobre la mesa y cuando entraron los guardianes emitió una seca orden que restalló en los oídos del galeno cual si fuera un latigazo.

—¡Lleváoslo!

El viejo doctor, tras ser de nuevo esposado, se puso en pie penosamente y salió entre los guardianes arrastrando las cadenas de los pies, consciente de que acababa de firmar su sentencia de muerte.

Tres cartas

Querida amiga:

No podéis imaginaros cómo os recuerdo y cuánto ha sangrado mi corazón por vuestra ausencia. ¡Me gustaría tanto estar con vos y poderos relatar la cantidad de cosas increíbles que me han sucedido en este tiempo! Como podéis imaginaros ya he llegado a la ciudad donde vive vuestro primo, he acudido a la dirección que me disteis y allí estaba. Le he entregado la carta para que os la haga llegar y me ha dicho que, a lo más tardar, en quince días estará en vuestro poder.

Si pudierais verme no me reconoceríais. Sigo mi viaje y cuando llegue al destino definitivo os escribiré a través del mismo conducto, pues ya me he puesto de acuerdo con él.

La vida es mucho más atractiva de lo que yo me imaginaba, y todo lo que me contabais de lo que era enamorarse ya me ha sucedido. He conocido a un ser maravilloso, mejor dicho, lo he vuelto a encontrar; ha sido la casualidad más increíble que darse pueda y esto me asevera que la providencia divina existe, ya que de otra manera es imposible que sucediera. Ahora voy a su encuentro, y mi gozo es inenarrable. Creeréis que mi cabeza no rige, pero de momento no os puedo decir más.

Sigo de la misma manera y condición que vos sabéis del día que os vi por última vez y me he convertido en un hábil espadachín, amén de haber adquirido otras habilidades que me serán muy útiles en la nueva vida que voy a emprender.

Daría cualquier cosa para poder estar con vos, como tantas otras veces, y explicaros un sinfín de cosas que por carta son harto difíciles de explicar, pero mi corazón me dice que llegará el día que este deseo mío se verá cumplido.

Cuando recibáis ésta, envid la respuesta a vuestro primo, yo ya haré por hacer llegar hasta él mi dirección (cuando la tenga) y de esta forma recibir vuestras noticias. Contadme muchas cosas de vuestro mundo y de las gentes que lo habitan, ya me entendéis.

Os amo con todo mi corazón y os añoro. Recibid un fraternal abrazo de vuestro amigo,

Alonso Díaz

• • •

*A 16 de septiembre, 1618, Madrid
De Don Jerónimo Villanueva A Don Martín de Rojo*

Distinguido y dilecto amigo:

Pláceme dirigirme a vos con nuevas noticias de los asuntos que nos ocupan.

Gracias a los buenos oficios del padre Antonio de Sotomayor, confesor de Su Majestad, conseguimos que una comisión formada por tres padres de la Compañía de Jesús, de probada rectitud, se desplazaran a San Benito con el fin de indagar e informar acerca de varias cuestiones que nos interesaban sobremanera. No os cuento, por prolijas, sus conclusiones, pero al respecto de lo que a vos compete debo deciros que hay sospechas de que la muerte de la antigua priora, vuestra querida hermana, no fuera todo lo natural que debiera, y también parece ser que quisieron culpar de ella a una antigua aspirante de la que erais tutor y que iba a hacer sus votos menores en las fechas que desapareció.

Corre la voz, por aquellos predios, que por la intercesión de vuestra hermana se están produciendo hechos milagrosos que los reverendos padres han visto con recelo y más bien atribuyen a la candidez de aquellas buenas gentes y a las ganas de algunas personas de tener una santa en el convento.

Todo ello me da pie a intentar rescatar de su triste condición al amigo que con tanta insistencia me rogáis haga por él cuanto pueda, ya que al haber sido el doctor Gómez de León médico del convento, su testimonio sobre muchas de las cosas que allí han sucedido sería determinante. De momento mi gestión va encaminada a que su caso pase a la competencia de la autoridad del rey en lugar de la del Santo Oficio. Cuando consigamos esto ya nos moveremos para ver de resolver su situación. El empeño no es imposible, pero sí largo y proceloso. Otrosí, en relación de vuestro asunto referido a la posibilidad de que entréis en una de las órdenes de caballería, debo deciros que tras muchos esfuerzos se ha conseguido que uno de los dos informantes nos sea favorable. Se trata de don Francisco de Úbeda, hombre probo, de toda y probada fidelidad al monarca y que es, además, deudo de mi casa. No podemos decir lo mismo del otro, que ha sido impuesto por la Suprema y no ha sido posible el evitarlo; su nombre es don Nuño Bastos y debéis andar con mucho cuidado con él pues es taimado y enredador pero hábil y celoso de sus atribuciones.

Como podéis ver por mis noticias, vuestros asuntos no caen en el cajón de los olvidos. Tened la certeza de que haremos todo lo posible para satisfacer vuestros deseos.

Sin otro particular y rogando transmitáis nuestro más cordial saludo a nuestro común amigo, el señor duque de Alburquerque, recibid las muestras de mi más

distinguida consideración.

*Firmado y rubricado
Jerónimo Villanueva
Pronotario de Aragón*

• • •

*Madrid, 22 de septiembre, 1618
Excelentísimo Sr. D. Benito de Cárdenas,
Marqués de Torres Claras Benavente*

Querido padre:

Me dispongo a contestar la vuestra de agosto pasado, pues aun a riesgo de que me tildéis de mal hijo debo deciros que aquí en la Corte los días transcurren sin sentir, y que abrumado por mis obligaciones y por la cantidad de nuevas experiencias que se acumulan he ido dejando de un día para otro el hacerlo hasta que la conciencia me ha indicado que de esta noche no debía pasar.

Ni sé por dónde empezar de tantas cosas que quiero contaros. Primeramente deciros que mi formación en la Casa de los Pajes continúa caminando por los pasos que merecen los ilustres apellidos que me habéis dado; soy el primero en dos de las cinco materias que se imparten y de las otras tres puedo decir que marchó dignamente. Os adjunto las cartas de mis preceptores, que os prueban todo lo que os adelanto. Una única nube se cierne en mi horizonte al respecto, y pese a que ya os he hablado del problema otras veces, llega a ser tan incómodo que insisto en él pues está tomando un grave sesgo. Es la presencia, en mi grupo, de un estudiante ligero y fanfarrón cuyo nombre es Cristóbal López Dóriga; su talante y maneras de perjudicar al grupo me soliviantan y presumo que un día u otro tendré con él un incidente. Le ríe las gracias, cual bufón de Corte, un caballere, Álvaro de Rojo, al que las malas lenguas atribuyen los éxitos académicos del otro y así, de esta manera, pretende pagarle su protección y ayuda; ya he tenido, con él, un par de litigios y temo que el tercero esté próximo. En fin, seguiré los consejos de mi viejo ayo y procuraré evitar un mal lance. ¿Cómo está don Suero? ¿Y Tomasa, mi querida ama? ¿Y fray Anselmo, sigue tan quisquilloso como siempre?

En vuestra próxima carta dadme nuevas de todos aquellos que contribuyeron a mi formación y que ahora, que estoy lejos de ellos, entiendo cuánto y cuan bueno hicieron por mí.

Por las tardes ya sabéis que asisto a las clases que imparte el maestro de armas don

Luis de Narváez; dicen los mentideros de Madrid que, junto con Pacheco, es el más diestro de toda la Corte, aunque en honor a la verdad debo decir que entre el alumnado todavía no he encontrado un rival que se pueda equiparar en velocidad y maestría a mi antiguo paje Alonso Díaz. La otra tarde sin ir más lejos, hablé de él y de su facilidad para manejar la zurda a don Luis y me respondió que ello es gran ventaja en los lances para el que sabe hacerlo, ya que el hecho de que a medio ataque y cuando uno cree haber hallado el punto débil del contrincante éste cambie la guardia y te acose por el costado contrario es harto desorientador.

Por cierto, sigo sin explicarme, y eso que ya han pasado dos años, su forma de desaparecer de nuestra casa; cierto estoy que el día menos pensado nos dará cumplida explicación de sus actos y el porqué de su extraño comportamiento. Pienso a veces que tal vez el terrible golpe que le dieron en la cabeza, y que le ha impedido recordar cosas de su pasado, le puede haber afectado hasta este punto.

He de daros una gran noticia que guardaba para el final. La otra tarde asistí en el Corral del Príncipe al estreno de la obra de Antonio Hurtado de Mendoza Cada loco con su tema, y que protagonizaba en su papel femenino la cómica Elena Osorio, a la que llama Gala en sus poemas y, dicen las lenguas de Madrid, que es su amante. Pues bien, estaba junto con Lorenzo en la parte anterior del degolladero, que es donde acostumbramos a ubicarnos, cuando se llegó hasta nosotros don Antonio de Mendoza, compañero vuestro de armas y cuya bellísima hija pasea por la calle Mayor acompañada de su dueña en un hermoso coche tirado por cuatro alazanes, y me saludó afectuoso. Tras recordar vuestros tiempos de Italia me dijo que soy vuestra viva imagen cuando tenáis vos la edad que tengo ahora, y nos invitó a su palacio el sábado por la noche, donde en homenaje a un pariente suyo que ha sido virrey en Nueva España la compañía de la Osorio representará para un reducido número de invitados un fragmento de La dama boba y después en sus salones habrá un baile al que asistirá el todo Madrid. Ahora os comprendo cuando me decíais que era más importante el saberse manejar en una pavana o en un rugiero^[151] que tal vez adiestrarse con el estafermo. ¡Hasta tengo que recordar con gratitud las lecciones de aquel don Lindo^[152] que era monsieur de Lagarteare! En mi próxima carta ya os relataré cómo he salido de este comprometido lance.

Bueno, padre querido, ya he cumplido por esta vez con mi obligación. Espero quedar a la altura de nuestro apellido y dejar en buen lugar el blasón de Torres Claras, pero debo deciros que me preocuparía menos un duelo a espada que el compromiso a que me veré sometido el sábado próximo.

Beso vuestra mano y me despido con mi gratitud y respeto de siempre.

*Vuestro hijo, que os admira y quiere,
Diego*

P.D.: Estoy preocupado por Lucero, que está ya viejo. Ha venido el maestro veterinario y no sabe encontrar el mal que le aqueja. Si sigue así, me atrevería a rogaros que permitierais a don Suero desplazarse a la Corte. El es la persona, que yo sepa, que sabe

más de caballos y de remedios del mundo.

¡Al fin Madrid!

Llegado que hubo a Valladolid, se dedicó a buscar al primo de Casilda en la dirección que ella le había dado. Tuvo que aguardarlo pues éste, que empezó de mulero y a fuerza de trabajo había ascendido a carretero por cuenta propia, estaba de viaje repartiendo un cargamento de pellizas y otras prendas de abrigo que habían demandado los mayoristas burgaleses de cara al próximo invierno y no regresaría hasta al cabo de, por lo menos, dos días. Entretuvo la espera con los gitanos, acompañándolos en sus cotidianos negocios de afilar las hoces y demás instrumentos de corte y reconociendo la hermosa ciudad. Finalmente, al cabo de cinco días llegó el hombre, y tras presentarse a él y decir de parte de quién venía, le pudo entregar la carta que había escrito para Casilda y explicarle adónde y a quién la debía entregar. Tuvo buen cuidado de no poner en ella cosas que pudieran comprometer a su amiga o dejar rastro de dónde se hallaba o adónde iba a dirigir sus pasos. Rafael Peribáñez, que así se llamaba, tuvo gran contento de tener noticias de su prima y explicó a Alonso que fueron en su niñez más que hermanos, que de un día para otro la habían arrancado de su lado y nadie le dio razón de ella en muchos años. En la actualidad transportaba mercancías por cuenta propia por todos los reinos de su cristiana majestad; las cosas le habían ido muy bien y tenía cinco empleados que con carros y animales de su propiedad cubrían una amplia zona del transporte de la ciudad. Se había casado y tenía tres hijos, dos chicos y una niña que, a los ojos de Catalina, le pareció talmente la reencarnación de Casilda, e imaginó que ésta de cría debía de ser como ella.

La invitaron a comer y ella les obsequió con uno de los jamones del jabalí. Aquellas buenas gentes quisieron homenajear a Casilda en su persona y le prepararon un ágape que mejor parecía el festín de Baltasar; la hicieron comer tanto y tal cantidad de manjares y delicias que por la noche se encontró a morir y Tarsicia le tuvo que preparar un mejunje de yerbas y, al día siguiente, no tuvo otro remedio que guardar cama.

Pasó sus últimas noches con la familia de los Ayamonte, que habían acampado los carrmatos en las afueras de la ciudad, y cuando ya se rehizo, y al tener sus amigos que ponerse de nuevo en camino, se despidió de ellos con gran pesar y se dispuso asimismo a partir.

Antes del adiós, Tarsicia le dio la dirección de la amiga que tenía que buscar en la Corte y dos cartas, una para ella y la otra para el comediante Pedro de la Rosa, amén de unas notas en las que se especificaban las cantidades y las especies de cosas que debía mezclar a fin de obtener los resultados que apeteciera, con la especialísima recomendación de que tuviera con ellas mucho cuidado a fin de que no cayeran en manos indeseadas.

Florencio también le quiso hacer su regalo. Consistió éste en una daga muy peculiar que, a

causa de su forma y peso, tenía un vuelo mucho más seguro y largo que las convencionales, y le aconsejó que en Madrid la llevara siempre encima y oculta en la caña de su bota. Además, pese a la resistencia de la muchacha, añadió unos cuartos que consideró que ella se había ganado con su trabajo.

Cuando Catalina vio que las carretas partían, una sensación de soledad y desamparo acongojó su espíritu. Quedóse quieta agitando su mano y diciendo adiós a Curro, que desde la abertura trasera del segundo carromato lloraba inconsolable, hasta que su imagen se fue difuminando en la lejanía. Entonces se rehizo y se dispuso a ponerse en camino.

Nada tenía que ver la inexperta muchacha que había partido hacía ya casi tres años de San Benito con la que ahora iba a emprender la ruta hacia la Corte. Conocía la maldad de las gentes, no le asustaban las situaciones en las que se pudiera encontrar pues era harto capaz de defenderse y, lo más importante, conocía el valor del dinero; a los ahorros que Casilda le había entregado sumaba los sueldos de paje que se había ganado en casa de los Cárdenas y lo que Florencio se empeñó en entregarle, ascendiendo todo ello a nueve ducados, ocho reales de plata y treinta y seis maravedís, una pequeña fortuna. Reunió en las alforjas todas sus pertenencias y, ensillando la coloreada mula, partió.

Catalina había olvidado ya lo que era transitar los caminos a lomos de *Afrodita* y las primeras leguas dejaron su anatomía maltrecha y chirriante; no tenía prisa y ajustó su caminar al tranco natural del animal. Su plan era bajar hasta Segovia para después subir Navacerrada y, pasando por Manzanares del Real y Colmenar Viejo, arribar a Madrid. Como tenía buenos dineros fue parando donde más le convino y cuidando que el animal no sufriera cansancio innecesario ni percance alguno. Se detenía en los mesones y figones de mejor aspecto, procurando llevar los dineros suficientes en el bolsillo del jubón y así no mostrar a la hora de pagar las monedas que guardaba en su faltriquera; la experiencia vivida, a su llegada, en las afueras de Benavente estaba fresca en su memoria y no pretendía que se repitiera.

Para dormir se recogía en su capote cerca de la lumbre y descansaba sin quitarse el colete de piel de búfalo que le había regalado Diego, por un «si acaso», y desde luego su nueva daga descansaba escondida en la caña de su bota.

La noche del tercer día, vencida por el cansancio se animó a tomar cuarto en una posada, consciente de que el salvoconducto que le habían otorgado los Cárdenas para moverse por Benavente y los villorrios del entorno, y en el que se certificaba que era un paje de su casa, la ponía a cubierto de cualquier inesperado encuentro o insana curiosidad. Al atardecer del cuarto día y tocando a vísperas todas las campanas de la capital, entró jinete en una mula en la tan soñada Corte.

El impacto fue alucinante. Nada se podía comparar a la Corte del rey poeta. Un choque infinitamente más brutal que el percibido cuando llevó a cabo su fuga del convento le sacudió el alma.

Entró en Madrid por el puente de Segovia, pasó por Puerta Cerrada y, preguntando en la calle de Toledo le indicaron que debía dirigirse a la plazuela del Ángel para desde allí pasando por Mentidero salir a la calle de los Francos, donde se hallaban las mancebías de más prosapia de Madrid, presididas por la de la Solera, la más prestigiosa de todas ellas. El tiempo era bueno y los transeúntes iban y venían a sus trajines, ajenos al asombro que todo ello despertaba en su ánimo; hombres y mujeres de toda edad y condición se mezclaban en una barahúnda orquestada

que parecía de otro mundo. Jamás había visto tan grande y variopinta multitud: mercaderes, clérigos, estudiantes, hidalgos, lacayos, corchetes, lechuzas de medio ojo^[153], soldados, tapadas con dueña y sobre todo mendigos, una cantidad ingente de menesterosos tullidos, algunos de ellos viejos soldados con la tablilla de cuero sujeta al cuello en la que se podía leer la causa de su invalidez y el suceso más o menos glorioso que la había motivado, que invadían la calle tironeando insolentemente de las ropas de las transeúntes exigiendo altaneros^[154], más que pidiendo, el óbolo o la limosna; unos lo hacían siguiendo, con la mano extendida, el paso de las carrozas, y hasta en según qué ocasiones atreviéndose a encaramarse en los estribos de las mismas pese a algún que otro latigazo del postillón, y otros, cual si tuvieran puesta la parada lo demandaban desde el suelo, mostrando sus llagas purulentas y sus muñones a modo de trofeos gloriosos.

Súbitamente el apagado son de una campanilla se fue abriendo paso, y a su conjuro las gentes se detenían en el punto exacto donde en aquel momento se hallaban y muchos se arrodillaban en el barro de la calle sin tiempo a colocar en el suelo un pañuelo o siquiera un mal trapo que protegiera sus ropas de manchas y desperfectos. Catalina descabalgó de *Afrodita* y sujetándola por el ronzal, a fin de que el animal asustado no tomara las de Villadiego^[155], se arrodilló asimismo a la espera de ver qué era aquello que hacía que la muchedumbre se detuviera. Al observar que todos los hombres se descubrían, ella hizo lo propio destocándose de la gorra milanesa que había llevado durante el camino. El sonido de la campanilla se iba aproximando, y cuando ya dobló la esquina de la calle pudo ver a seis monaguillos que acompañaban a un clérigo que, vistiendo sobre la sotana el sobrepelliz, avanzaba portando el Santísimo, cubierto por un pequeño palio que sostenían cuatro de ellos en tanto que otro balanceaba un incensario de uno a otro costado y el sexto se encargaba de la susodicha campanilla; era evidente que iban o venían de asistir a un moribundo de calidad. Cuando ya todo pasó, la estampa cobró de nuevo vida y todo se puso otra vez en marcha. La muchacha pensó: «Raro pueblo aquel que se dedicaba a pecar sin recato ni medida y que, sin embargo, quedaba paralizado al paso del Santísimo.»

Catalina montó en la mula y, dando talones, arrancó de nuevo. Fue sorteando como pudo aquella marea humana y se encaminó a la dirección que Tarsicia le había escrito en la nota y que decía así: «María Cordero. Calle de las Ánimas del Purgatorio esquina a la de los Francos (al costado de la herrería).»

La casa era un edificio de dos pisos que desentonaba, quizá por lo peculiar de su construcción, en un barrio como aquél, cuyo entorno lo constituían casas bajas o meros almacenes sin altura ninguna y con una parcela de terreno en la parte posterior. En la puerta lucía un farol de pintados vidrios rojos y, anudado al aldabón, un trapo del mismo color que pregonaban la mercancía que allí se trajinaba.

La muchacha desmontó, y tras atar a *Afrodita* en una de las anillas colocadas en la pared a tal menester destinadas y cargar al hombro su alforja, se dirigió al interior. En medio de la puerta leyó una inscripción: «Aquí podréis descansar.» No lo pensó dos veces; levantó la mano, sujetó firmemente la aldaba y golpeó la puerta con decisión. Dentro se oían risas y jolgorio, y Catalina pensó que nadie atendería a su llamada, pero al cabo de un instante pudo escuchar a través del portón unos pasos que se acercaban y una voz que decía:

—¡Dorotea, están llamando! Que alguien vaya a la cancela.

Ésta se abrió y ante Catalina apareció una moza despeinada y alegre, de unos veinte y pocos años, con una bebida en la mano y un gran escote en su blusa que la saludaba mediante una graciosa reverencia al tiempo que decía con voz estropajosa:

—¿Quién por el jardín entró? Ésta es la casa de María Cordero, aquí podréis descansar^[156].

Catalina se sorprendió ante tal recibimiento, pero se rehizo al punto y replicó:

—¿Está ella en la casa?

—Como comprenderéis, bello doncel, dependerá de quién seáis vos y qué comisión portéis.

—Decidle que traigo nuevas de su amiga Tarsicia y una carta.

—Tened la bondad de dármela, que yo se la entregaré.

—No haré tal. He de entregársela en mano.

—Entonces, tened la bondad de esperar. Pero ¡pasad!, no os quedéis ahí, que el céfiro^[157] que baja de la sierra a estas horas es muy traicionero y levanta las miasmas. Sería un desperdicio que un mozo como vos cayese enfermo. Decidme de todos modos cuál es vuestro nombre.

—Nada dirá mi patronímico, pero decid que el que espera se llama Alonso Díaz.

—Bien me parece, gentil caballero. Ahora mismo os anuncio. —La descocada moza, con una festiva reverencia y en tanto se llevaba la copa a los labios, partió hacia el interior de la vivienda, algo vacilante mientras gritaba con sorna—: María, os busca el hidalgo Alonso Díaz. ¡Seguramente será un pariente lejano del mío Cid^[158]!

Al traspasar la cancela, el nivel del barullo aumentó considerablemente y las voces masculinas y femeninas llegaron nítidas a los oídos de la muchacha; el jolgorio se desarrollaba al fondo del largo pasillo que se abría a partir del recibidor donde la había dejado instalada la alegre moza. Catalina, dejando la alforja en el suelo a su alcance, se sentó en un banco de madera pintado de rojo que se hallaba arrimado a la pared, bajo un candil, y esperó. No había pasado mucho tiempo cuando vio venir por el corredor a una mujerona cuyo rostro despertó inmediatamente en ella un profundo sentimiento de cordialidad. Vestía, tal que si fuera disfrazada de dama de corte, un pomposo guardainfantes^[159] de color azul cobalto y de carísimo brocado que aumentaba, si eso hubiera sido posible, su rolliza figura; una basquiña^[160] bordada de alamares intentaba ceñir su descomunal pecho y unas abullonadas mangas hacían que sus cortos y gesticulantes brazos parecieran jamones de lechón; llevaba el pelo recogido en alto y por los lados descendían los largos tirabuzones que salían de su barroca peluca. Al ir los pies calzados por chapines^[161] de cinco corchos y quedar casi ocultos por la gran falda, parecía que aquella masa se deslizara sobre unas ocultas ruedecillas impulsada solamente por los recios golpes que sobre su pecho daba un inmenso abanico al igual que lo haría sobre la mar una galera al golpe de remo de los galeotes.

En dos bogadas llegó a su lado y sin tránsito ni presentación alguna le espetó:

—¿De verdad me traéis noticias de Tarsicia?

—Tan cierto como que estoy aquí.

—¡Que alegría tan grande! Tened entonces la bondad de seguirme, que en esta maldita casa no se puede ni siquiera hablar.

Se puso en pie Catalina recogiendo su alforja de nuevo, cuando la campanilla de la puerta sonó otra vez. Abrió la puerta María Cordero y en el dintel aparecieron tres caballeros, de elegante porte dos de ellos, y el tercero, digno, pero de más humilde aspecto: jubones de

terciopelo, calzas, valonas acuchilladas, botas altas de excelente cuero y manufactura, capas al hombro y chambergos emplumados, los primeros, y el otro más rancio pero no por eso menos digno o desaliñado.

—¡Bien venido, alférez y compañía! —saludó zalamera la dueña del mesón de ofensas^[162]—. ¡Qué caro sois de ver! Más de medio año hará que no habéis acudido a que os remedie vuestras soledades. ¿A qué se debe esta defección? ¿Habéis estado en el Palatinado^[163]?

El militar, en tanto se retorció sonriente el mostacho y apoyaba su mano en la cruz de su espada, respondió:

—Querida María, esclavo oficio es el de las armas. Me debo a quien me paga; digo mal, a quien me debería pagar, pero es tal la costumbre de obedecer que pocas veces nos paramos a pensar si nuestra bolsa está al día.

La Cordero sonrió.

—Pues sabed que en mi casa no se fía y si no traéis buenos maravedís no hay trato... que mi mercancía es cara y come carne todos los días.

—No os preocupéis que conozco bien la costumbre de la casa; mis pocos cuartos serán para vos. ¡Franco el paso para el alférez Matías Campuzano y sus amigos don Cristóbal de López Dóriga y don Álvaro de Rojo, a quienes he recomendado vuestra casa como la más reputada de Madrid! —Y al esto decir y en tanto remarcaba intencionadamente la palabra «reputada», abrió su capa y mostró, sujeta al cinto, una repleta bolsa que mediante un ligero movimiento de su mano hizo sonar alegremente y cuyo metálico tintineo arrancó alegres chiribitas a los ojos de María Cordero.

—¿Oís su trin tin, batín^[164]?

—¡Sabéis de sobra que ese sonido me enamora, mi buen alférez! ¡Pasad, pasad y tomad posesión de ésta, vuestra casa! —Y con una reverencia que hizo crujir los refajos de su guardainfantes, la Cordero se hizo a un lado para que pasaran los visitantes.

—¡Teresa, Eulalia, Enriqueta, llegaos a recibir a nuestros distinguidos huéspedes!

Desde el fondo acudieron tres bulliciosas muchachas que colgándose del brazo de los visitantes los obligaron a caminar pasillo adelante entre bromas procaces y risas contenidas.

Catalina no salía de su asombro, y sin tiempo para reaccionar la dueña del burdel le espetó:

—Ya sabréis perdonarme pero el negocio no admite espera, tened la bondad de seguirme.

Y la pandorga, deslizándose como un galeón sobre el proceloso mar se perdió por el corredor con mucha más ligereza de la que cabría esperar de una urca^[165] holandesa de su tonelaje. Catalina la siguió como pudo y súbitamente se encontró en la estancia más recargada del mundo; se podía decir que era como su dueña. Ésta, que la había precedido, se dedicaba a cerrar los postigos para que nadie desde la calle las pudiera observar. La habitación parecía un salón moruno: todo eran almohadones, pebeteros humeantes, cortinajes de damasco labrado y unos muebles bajos con incrustaciones de nácar y falsas piedras.

—Poneos cómodo, Alonso, y espero que no nos interrumpen. En esta casa hace ya mucho que no hay paz ni sosiego; los buenos tiempos de los grandes señores se terminaron y hoy la chusma invade las calles, y por mucho que una luche y se lo proponga los malos modos y sus ruidosas costumbres invaden las casas de bien, emponzoñándolo todo. ¡Pero voto a Satanás que si nos interrumpen, voy a cortar los atributos masculinos a más de uno!

Se instalaron las dos, la inmensa dueña en un sillón capaz de acoger sus voluminosas magras y Catalina en el suelo sobre un mullido conjunto de cojines.

—Y bien, querido, ¿qué nuevas me traéis de mi amiga a la que no veo hace muchísimo tiempo y a la que nunca olvido?

La muchacha metió la mano en su faltriquera y extrajo la carta, entregándosela al tiempo que decía:

—Leedla y luego os responderé a cuantas preguntas queráis hacerme.

María Cordero tomó en sus regordetas manos la misiva que le entregaba la muchacha y rasgando el sobre se dispuso a leer. Sus vivaces ojos recorrían las líneas de apretada escritura que le enviaba Tarsicia, y de vez en cuando levantaba la vista y observaba atentamente a Catalina.

—Vuestra historia es increíble. De cualquier manera debo deciros que habéis venido al lugar adecuado. Tarsicia es la persona a la que debo lo más grande de mi vida. ¿No os ha dicho ella cuál es mi deuda?

—Únicamente que sois su amiga y que puedo confiar en vos.

—Le debo la vida de mi único hijo; de no ser por ella, no estaría en el mundo. Pero esto ahora no importa, hablemos de lo que nos compete. O sea, que aunque vayáis vestida de varón sois una muchacha y andáis prófuga de un convento donde tuvisteis grandes problemas, por un lado, y por el otro a lo peor os buscan por haber huido de una noble casa donde habéis vivido los dos últimos años de vuestra vida. ¿Es esto así?

—Más o menos, pero dejadme que os explique.

Y Catalina, en una hora, puso al corriente a aquella buena mujer de su vida y andanzas.

—Os he abierto mi corazón porque Tarsicia me dijo que podía confiar en vos plenamente, y porque desde que os he visto he sabido que podía hacerlo.

—Antes me llevaría la Suprema que traicionar la confianza que Tarsicia ha depositado en mí, pero pensemos despacio lo que más os conviene. En primer lugar, huelga decir que ya tenéis donde vivir en la Corte; eso dadlo por descontado. Aquí no os buscará nadie y si alguien lo hiciera, tenemos amigos suficientemente influyentes para disuadir a cualquier mentecato que quisiera meter las narices donde no le importara. Como comprenderéis, lo que vende mi negocio es discreta mercancía que no interesa se sepa, a quien la consume; todo el que aquí viene queda en mis manos y todos me deben algún que otro favor. Madrid entero ha pasado por esta casa; mis chicas son tusionas de empaque, no andorras^[166] de medio pelo, y yo no soy una cimitarra^[167] cualquiera.

De momento y para evitar preguntas, pues mis protegidas son muy curiosas, seréis Alonso Díaz y entraréis a mi servicio en calidad de mandil, tal como recomienda Tarsicia en su carta; de esta manera podréis salir y entrar a vuestra conveniencia, ya que a nadie le importan los recados y encomiendas que yo os encargue. Cuando lo creamos oportuno ya daremos un cuarto al pregonero^[168] sobre vuestra condición de mujer. De cualquier manera, en esta casa existe una salida posterior que a veces es necesario usar por discreción, y que atravesando un almacén de mi propiedad da a la calle de los Francos, sin que el vecindario o algún curioso pueda colegir que el que por allí sale provenga, obligadamente, de esta vivienda; digo esto por si alguna noche necesitáis salir o entrar vistiendo ropas femeninas. Meditad, asimismo, si os conviene presentaros ante vuestro amado. Yo pienso, como Tarsicia, que con la excusa de devolver la mula lo podríais hacer. No es ningún pecado querer correr mundo e irse de una mansión; ya quedan en España

pocos ^[169] y si devolvéis el animal ya nada deberéis a nadie y, de esta manera, se verá vuestra buena fe. ¡No os van, por eso, a enviar a galeras^[170]! Aunque creo que mejor sería que antes os habituarais a la Corte, yendo y viniendo, y haciendo primeramente las gestiones que me habéis dicho deseáis hacer. En cuanto a lo que me decís de que os gustaría conocer a don Pedro Pacheco, dejadlo de mi cuenta. Yo sé quién puede llegar hasta él, y el maestro no podrá negaros una entrevista; eso sí, tendrá que ser el día que yo os diga.

De esta guisa siguió la conversación entre las dos mujeres hasta que llegó la hora de la cena. En ella aprovechó María Cordero para presentarla a las pupilas que no estaban ocupadas y decirles que a partir de aquella noche Alonso Díaz entraba a su servicio en calidad de mandil.

Por la noche y en la soledad del cubículo que le habían asignado provisionalmente, Catalina meditó el cúmulo de novedades que se habían producido en su vida.

En primer lugar llegó a la conclusión de que el hábito no hace al monje, y entre gentes sencillas cuyos oficios estaban estigmatizados había encontrado, últimamente, a personas mucho más dignas y caritativas con su prójimo que otras cuyos títulos de por sí parecían indicar probidad y buenos sentimientos. Una priora y un fraile eran sus malignos enemigos, en tanto que la dueña de un campo de pinos^[171] y una farsanta^[172] que practicaba la hechicería habían resultado excelentes personas; era un duro contraste. Luego procedió a poner orden en las cosas que había decidido llevar a cabo.

Primeramente se presentaría a don Pedro de la Rosa con la segunda carta de Tarsicia, para ver de conseguir que le hiciera una prueba a fin de saber si era capaz de subirse a un escenario; luego intentaría acceder a la sala de armas que regentaba don Pedro Pacheco, que junto con Luis Narváez, según el sabio criterio de don Suero de Atares, eran los mejores y más acreditados maestros de armas de Madrid, pues tenía muchas ganas de conocer el auténtico nivel de su esgrima; y finalmente, tras intentar destañirla para que volviera a lucir su primitiva capa, iba a devolver a *Afrodita*, que a aquellas horas gozaba de un merecido descanso en la cuadra donde guardaba sus animales María Cordero, a la mansión donde moraba Diego y de la que tantas veces había hablado con don Suero. De esta manera y con esta excusa, llegaría el tan ansiado momento de poder volver a posar sus ojos en el amado rostro... Ella conocía la dirección, ya que en más de una ocasión había llevado en mano a la posta^[173] las cartas que le enviaba frecuentemente su padre, el marqués de Torres Claras.

Por otra parte, en la cuadra donde había alojado a su mula había echado el ojo a un rincón donde podría, sin duda, practicar con los cuchillos. Ansiaba probar la nueva daga que antes de partir le regaló Florencio Ayamonte.

Malos sueños

Una luz mortecina anunciaba la mañana y los ruidos característicos de una población al despertar invadían la tibia oscuridad de su dormitorio. El traqueteo de las ruedas de la carretas al avanzar sobre el empedrado de la calle se mezclaban con las imprecaciones y gritos de los carreteros, el chasquear de sus látigos sobre los lomos de las caballerías y también con las voces de los buhoneros que se dedicaban al duro oficio de ir, casa por casa, pregonando sus mercancías. Todo llegaba a sus oídos sordo y amortiguado por los adamascados cortinajes que se cerraban, espesos, sobre los postigones de los ventanales. Los últimos rescoldos hechos pura brasa en la gran chimenea que cada noche, incluso en estío, antes de apagar el pábilo de su candelero hacía cargar hasta la boca, despedían reflejos rojizos en la oscuridad.

Su excelencia reverendísima el obispo don Bartolomé Carrasco, secretario provincial del Santo Oficio, se revolvía inquieto en la cama con dosel, acosado por la misma terrible pesadilla que se repetía invariablemente noche tras noche.

La Suprema tenía motivos para perseguir a una monja escapada del convento por intervención del maligno y, al desnudar su cuerpo para darle tormento, aparecía en él una mancha escarlata semejante a un lagrimeante ojo que, indagando en los archivos de la Santa Inquisición, aparecía asimismo en la espalda de un relapso quemado en Lisboa. No sabía el porqué, pero los inquisidores se volvían hacia donde él estaba y lo señalaban con el dedo. Alguien lo había denunciado. Allí mismo le arrancaban las vestiduras y todos señalaban su estigma. Entonces, colocándole la denigrante coraza^[174], lo empujaban hacia la humeante pira de leña en tanto el hijo del odiado violador de su madre, don Martín de Rojo, se reía y se reía lanzando al aire una carcajada sardónica mientras le mostraba la cruz de Montesa, que había conseguido arteramente pese a las precauciones por él tomadas, y le decía: «¿No decís que tenéis frío siempre? ¡Pues calentaos!» En este instante, invariablemente, se despertaba bañado en un sudor helado y pegajoso.

El prelado se incorporó como impelido por un resorte e intentó acompasar su agitada respiración. Cuando lo consiguió, se volvió hacia atrás y tiró del cordón que obligaba a una campanilla en la lejanía, y cuyo sonido avisaba a fray Valentín de que debía acudir inmediatamente a la cámara del prelado. Unos discretos golpes anunciaron la presencia del coadjutor, que al recibir el oportuno permiso asomó su orlada cabeza por el vano de la puerta.

—¿Permiso, paternidad?

—Pasad.

—¿Ha descansado su ilustrísima?

—Poco y mal.

—¿Y eso? —Mientras esto decía, el fraile iba descorriendo los cortinajes y la luz, lentamente, iba arrinconando a las tinieblas.

—El frío... el maldito frío de este aposento que tiene a mis pobres huesos ateridos. Atizad, atizad la chimenea mientras tomo el caldo en la cama, a ver si consigo entrar en calor antes de levantarme.

—¿Queréis también que os sirva en el lecho vuestro chocolate con picatostes?

—No, lo tomaré después, frente a la chimenea. Si no me alimento al levantarme, no sirvo para nada.

—Pues hoy, ilustrísima, tenéis una mañana muy ajetreada.

—Lo que más me interesa es la anunciada visita de don Sebastián Fleitas de Andrade.

—Ésa la tenéis para las once y media.

—¿A qué hora tengo la siguiente?

—A las doce, paternidad.

—Canceladla.

—Pero, paternidad, ya hemos aplazado dos veces la visita solicitada por don Clemente Salvatierra.

—¡Os he dicho que lo canceléis! La entrevista con mi familiar es muy delicada y durará lo que dure. No quiero que el reloj me presione.

—Como mande vuestra paternidad.

El fraile salió luego de cargar de leña la chimenea, para regresar al poco con una bandeja. Portaba un tazón de humeante caldo, que dejó sobre la mesilla de noche, y una jícara de chocolate acompañada de un platillo de picatostes, que instaló en una mesa de tijera que desplegó junto al sillón ubicado junto al fuego.

—¿Desea, su ilustrísima, que me quede para ayudarle a vestir?

—Id y regresad en media hora. Dejad que baje el aceite y que mis viejos huesos se engrasen.

—Como mande su paternidad.

El doctor Carrasco, tras su «frugal» refrigerio y ya revestido de los atributos de su cargo, esperaba de pie en su despacho, como era su costumbre, a que su dilecto amigo y familiar don Sebastián Fleitas de Andrade fuera introducido a su presencia.

Nada más traspasar la puerta de la estancia, acompañado por fray Valentín, pudo ver en la expresión de su rostro y en su agitada respiración que algo no andaba bien...

—¿Qué os ocurre, amigo mío, que en vuestra expresión adivino algún problema?

El portugués llegó hasta donde él estaba, precipitadamente, y doblando la rodilla besó su pastoral anillo.

—Mis nuevas, en esta ocasión, no son todo lo buenas que me gustaría transmitirlos.

—Alzaos y sentémonos. A nada conducen las premiosidades; proceded con calma.

Ocuparon los dos hombres el lugar de costumbre. Tras depositar el coadjutor en la mesa una frasca de vino y unas copas esmeriladas entre ambos personajes, se retiró discretamente, cerrando la puerta tras de sí. Entonces el familiar, luego de recuperar el resuello, comenzó a explicarse.

—Veréis, paternidad, el caso es... no sé por dónde empezar.

—Id al tema y resumid. Ya sabéis que no soy amigo de circunloquios.

—Pues bien, en primer lugar debo deciros que llevé a cabo todas las indagaciones que me encomendasteis, y que resumidas quedan de la siguiente manera.

—Proseguid.

—La primera visita fue la que realicé a la casa de don Nuño Bastos. Ha quedado claro vuestro deseo de que la progresión de la instancia de don Martín de Rojo para su ingreso en cualquiera de las órdenes de caballería sea muy lenta y farragosa y acabe en una vía muerta. Don Nuño entendió el mensaje y le previne, asimismo, de que el otro informante, don Francisco de Úbeda, quien no es precisamente un lego en estos lances, intentará por todos los medios lo contrario a fin de complacer a su valedor, que no es otro que don Jerónimo Villanueva; de modo que está avisado de que debe andar con pies de plomo.

La segunda la hice a la camarera que había sido de doña Beatriz de Fontes; su nombre es Leonor y está casada en la actualidad con nuestro correo, Marcelo Lacalle. Me pareció una mujer honesta y que dice verdad. Sostiene que el último fruto del matrimonio de doña Beatriz de Fontes y don Martín de Rojo fue un niño; el mismo que estudió en Salamanca y que ahora mora en Madrid y está allí en calidad de encomendado en la mansión de los López Dóriga. Asiste a la Casa de los Pajes y sigue la vida del primogénito de esta familia, que por cierto, según mis informes, es veleta, casquivano y algo crápula; una ejemplar compañía, desde luego, no es. Ahora viene un matiz que quiero haceros notar: parece ser que la noche del nacimiento de la criatura la madre Teresa, que fue en vida priora de San Benito y como sabéis hermana de don Martín de Rojo, estuvo presente en la casa y, por aquellas mismas fechas, una noche alguien dejó en el convento una niña que, andando el tiempo, tomó el velo de aspirante y que luego ha resultado ser la huida hace ahora dos años. Tened en cuenta que a San Benito llegan mujeres deshonradas a dar a luz, pero raramente dejan criatura alguna en estas condiciones, y raro es que la madre Teresa la distinguiera con sus preferencias y protección de no haber habido una causa importante para ello. Su edad coincide con la del hijo habido de doña Beatriz; otrosí, su tutor fue don Martín de Rojo, si bien es verdad que cada tutor tiene varias tuteladas y ésta no era la única que le correspondió. Todo me parece demasiado casual.

—¿Le habéis visitado?

—Ciertamente, y antes de ir a Toledo. Pero no se turbó y me pareció persona que se sabe apoyada por gentes notables. El fue quien me dijo que eran varias las postulantas que tutelaba; debo deciros, asimismo, que no está conforme con las razones que le han dado sobre la muerte de su hermana y que no admite, de ninguna manera, que a la fugitiva le quepa la menor responsabilidad en el deceso.

—¿Quién recibió la noche de autos a la criatura en la puerta del convento?

—La madre Úrsula.

—¿Le habéis consultado?

—Amén que su edad es muy avanzada, parece que su cabeza está ida... y no dice palabra coherente alguna.

—¿Y quién se ocupaba, dentro de San Benito, de lo relativo al mantenimiento de dicha criatura?

—Era asunto que llevaba personalmente la madre Teresa. Sor Gabriela de la Cruz pensaba que, al haber muerto la reverenda madre y ser ahora ella la priora, tendría ocasión de saber quién

era el encargado de la manutención de la muchacha, pero la muerte de la anterior priora ha coincidido con la huida de la monja de modo y manera que, como los pagos son anuales y las voces corren, la persona que debía ocuparse de tal menester no ha acudido a San Benito. Todo ello lo he sabido por la misiva que en respuesta a la mía me ha enviado sor Gabriela. Si queréis leerla. —El portugués extrajo de su bolsa la carta y se la entregó al prelado. Éste la dejó sobre la mesa para leerla posteriormente en la calma de su despacho.

—¿No habéis ido aún a San Benito?

—Desde luego que sí, excelencia, pero la reverenda madre y el fraile de las monjas estaban en los caminos recaudando donaciones para el monasterio. Sin embargo, antes de final de mes estaré en el convento. Dejadme retomar el hilo del relato: Leonor, la camarera de doña Beatriz de Fontes, asegura que ninguno de los hijos que trajo al mundo su ama tiene mancha alguna o antojo que se parezca a la que tanto interés tenéis en descubrir.

—Entonces, y ahora más que nunca, ¿debéis de encontrar a esa monja! La comadrona afirmó que la nacida fue una niña y en su libretilla, con una falaz excusa, dibujó esa mancha. Si hubo un intercambio de criaturas, debemos saberlo; ¡es un peligro que una persona de tal catadura moral ande suelta por los reinos de su cristiana Majestad! ¿Me he expresado con claridad?

El portugués palideció. Aún no había transmitido la peor noticia y parecía que el secretario provincial empezaba a mostrar su temible cólera. Decidió agarrar al toro por los cuernos.

—Paternidad, no es nada atribuible a mi persona pero me veo obligado a transmitir una mala nueva.

—¡Acabemos, hoy por lo visto no es mi día! ¡Desembuchad lo que sea!

—Hace escasamente cuarenta y ocho horas se presentaron en Valladolid hombres del rey y en su nombre se llevaron al doctor Gómez de León, parece ser que a una prisión de la Corte y por tanto fuera de nuestra jurisdicción.

El prelado dio un violento puntapié al velador que separaba a los dos hombres, y las copas y la botella que había dejado preparadas fray Valentín y la carta allí depositada salieron despedidas por los aires.

—¡Por las ánimas del purgatorio que alguien pagará este desafuero!

El portugués tragó saliva y su abultada nuez se movió, ostensiblemente, arriba y abajo.

Cruce de caminos

Álvaro de Rojo no era feliz. Agradecía profundamente todas las atenciones que con su persona tenía la familia de los López Dóriga, pero la Corte le abrumaba y las obligaciones inherentes al cargo de ser el guardián de Cristóbal le resultaban francamente gravosas.

Los plácidos días dedicados al estudio en Salamanca habían terminado y, si bien la asistencia a la Casa de los Pajes le complacía, la actitud que en ella adoptaba su amigo y la rivalidad de éste con otro de los educandos, Diego de Cárdenas, le violentaba y no le dejaba disfrutar del ventajoso puesto que allí ocupaba. Tenía la obligación moral de dar siempre la razón a su protector, pero su natural sentido de la equidad y su recto criterio hacían que ello, en infinidad de ocasiones, le resultara harto difícil.

Al igual que en Salamanca, los largos ratos de estudio y las clases en donde su brillante dialéctica tuviera ocasión de mostrarse le complacían mucho más que los lances de armas, las lecciones de equitación y los ejercicios físicos. De todos modos, asistía sin faltar ni un solo día a todas las disciplinas que se impartían, no sólo por complacer a su amigo, sino porque entendía que con aquella finalidad también le había enviado su padre a Madrid.

Lo que le agotaban eran las salidas nocturnas. Cristóbal, las veces que su anciano padre lo autorizaba salía por la puerta principal del palacete, y cuando el viejo conde les negaba su permiso entonces empleaba toda clase de subterfugios, desde salir por la puerta de las cuadras hasta descolgarse por un balconcillo cuya escasa altura permitía ganar fácilmente la calle.

Últimamente se había aficionado a la compañía de un tal alférez Matías Campuzano, expulsado del Tercio a causa de su indisciplinada conducta y dado a todos los malos vicios inherentes a la milicia. Si sus hazañas hubieran sido, solamente, la cuarta parte de las que pregonaba, García de Paredes^[175] a su lado hubiera sido meramente un aprendiz de soldado.

Presumía, a la sazón, de ser archimandrita de una cofradía de valentones que, según decía, estaban siempre dispuestos y a sus órdenes. Y en este particular tal vez hubiera algo de verdad, pues en un par de ocasiones que la situación requirió la presencia protectora de gente armada surgieron, como por ensalmo, dos tipos de mala catadura cuyo solo talante atemorizaba y que, poniéndose a su costado, mostraron claramente que habían venido para algo.

Dos virtudes tenía innegables: la primera era que sabía complacer a Cristóbal diciéndole siempre lo que éste deseaba oír, y la segunda que adivinaba lo que el primogénito de la casa de López Dóriga deseaba hacer cada noche.

Las rutas mayormente recorridas eran las que conducían desde los garitos donde se daba al naipe hasta las mancebías de más jerarquía de la Corte.

Partían invariablemente de un figón ubicado en la calle de la Merced que abría sus puertas al personal muy cerca de la fuente de los Relatores. Allí se reunía una heterogénea clientela de comerciantes, algún que otro disimulado clérigo, más de una mujer de manto tendido^[176] y, sobre todo, soldados en paro forzoso que alquilaban sus fierros al mejor postor para puntuales faenas y de esta manera remendaban las penurias de su bolsa provocadas por la falta de puntualidad del erario público al respecto de liquidar las deudas con ellos contraídas en sus campañas en Flandes o en Italia.

El nombre del figón era el Búho Rojo y lo regentaba una pareja muy capaz de desenvolverse en las más comprometidas situaciones sin necesidad de recurrir a la ronda^[177]. El hombre había desempeñado mil oficios hasta llegar al de tabernero: pastor, esquilador de ovejas, carretero y hasta cuatrero si la ocasión lo demandaba. Ella, hija de carnicero y de fregona, había ejercido de vendedora de pescado en el mercado de la Paja y tenía tras el mostrador una garrota que salía en aquellos lances en los que un perdedor de baraja se negaba a liquidar su deuda argumentando que pagaría cuando el conde duque le abonara lo que le debía y en alguna mesa se armaba un alboroto; entonces salía *la Gervasia*, que así llamaba a la tranca que guardaba en su escondite, y más de un chichón podía aseverar la eficacia del artillugio.

El local, que había sido una bodega de venta de especias, era un semisótano al que se accedía por una breve escalera que desembocaba en un espacio cuyo techo, formado por bóvedas, lo soportaban cuatro columnas unidas entre sí por arcos; todo el conjunto estaba hecho de ladrillo cocido. Al fondo se hallaba el mostrador y tras él se abría una puerta; los bancos y mesas ocupaban todo el espacio.

El alférez Campuzano tenía la costumbre de esperarlos cada noche en el mismo rincón, al lado del mostrador, con un cuenco de vino peleón sobre la mesa y una cínica sonrisa recortada bajo su fino bigote. Desde allí partían hacia un tugurio donde se daba al naípe, ubicado en la calle de los Abades, no sin antes pagar Cristóbal, invariablemente, las rondas del alférez; según fueran las ganancias o las pérdidas demoraban más o menos y finalmente, a eso de medianoche, partían para la mancebía de María Cordero. Allí Cristóbal se había encaprichado hacía meses de una trucha^[178] que atendía por Dorotea, a la que protegía y regalaba, cogiendo unos monumentales mosqueos cada vez que la moza estaba ocupada.

Hasta que regresaban al palacete, Álvaro tenía el alma en vilo; las calles de Madrid eran muy peligrosas y, a partir de ciertas horas, los asaltos se sucedían una noche sí y otra también. En los últimos meses habían tenido dos lances desafortunados. En el primero de ellos el alférez había herido a un villano que pretendió, en compañía de otros, quitarles las bolsas; a los gritos y ruidos de aceros chocando llegaron los corchetes y los detuvieron. Los buenos oficios del viejo conde los sacaron del atolladero al día siguiente. El otro fue una noche cuando Matías Campuzano, que por lo visto tenía una aventura con una casada cuyo marido solía viajar frecuentemente, pretendió visitarla sin que el farol que ella dejaba encendido para anunciar la ausencia de su cónyuge luciera en el lugar acostumbrado. Pensando que el viento lo habría apagado, pues ella por la mañana en la misa le había dado un billete anunciando que aquella noche iba estar sola, encaramóse Campuzano en el antepecho del balconcillo y cuando ya estaba dentro, el marido, que algo debía sospechar y había regresado de improviso, motivo por el cual la bella no había prendido el farol, salió alertado por el ruido, sonó un pistoletazo y el alférez saltó a la calle con

tan mala fortuna que se torció un tobillo. Los tres tuvieron que poner pies en polvorosa en tanto la calle se llenaba de luces titilantes y la ronda acudía al lugar.

Éste fue el trío que vio Catalina la noche de su llegada, en la casa de María Cordero, y éste era el tipo de vida que las circunstancias obligaban a llevar a Álvaro y que tanto le contrariaba.

La muchacha dejó pasar unos días antes de llevar a cabo su meditada decisión. En primer lugar quería habituarse a su nueva vida, la cual mostraba por cierto tantas facetas que, por el momento, se sentía abrumada.

Aunque su visión del mundo había variado totalmente desde sus tiempos de San Benito, el acostumbrarse a vivir rodeada de aquellas muchachas que comerciaban con su cuerpo como el que vende yerbas aromáticas era para ella un choque frontal; máxime al ser tratada como si fuera un muchacho y teniendo que aceptar las procaces bromas que le prodigaban. Aún recordaba con embarazo la noche del tercer día cuando, yendo por el pasillo hacia la cocina, Dorotea le intentó echar mano a la entepierna en tanto le decía: «¡Julandrón! ¿De quién va a ser esto algún día?» Menos mal que María Cordero se cuadró y ordenó a sus pupilas que la dejaran en paz: «De todos modos —le dijo—, mejor será que os pongáis bajo las calzas un relleno de ropa, no vaya ser que éstas, que son muy listas, crean que sois un castrato^[179]; observad que, digamos, la voz tampoco os ayuda.» A partir de aquel día, Catalina se colocaba en la bragadura un paquetillo logrado con un trozo de algodón a fin de que su aspecto pareciera talmente el de un muchacho, amén de que la segunda parte de la observación de María le dio que pensar y aclaró, si cupiera, el orden de sus prioridades.

Cuando ya hubo decolorado a la mula y ésta recuperó su color original, pensó que era mejor irse habituando a las costumbres de la Corte antes de acudir a la casa de Diego, que era sin duda el motivo primordial que la había llevado a Madrid. En primer lugar porque el mero hecho de volverlo a ver la abrumaba y la hacía dudar del éxito de su empresa y, en segundo, porque la observación de María le hizo comprender que debía jugar bien sus cartas. Al llegar a Benavente, su aflautada voz podía corresponder a la de un muchacho en la pubertad, pero ahora que ya caminaba hacia los diecinueve temía que su añagaza no diera resultado. Entonces decidió obrar con prudencia: extrajo, de entre sus tesoros, la carta que le había entregado Tarsicia para Pedro de la Rosa, se enteró de la dirección donde podía hallarlo y fuese a su encuentro.

Vivía el hombre en una casa modesta de la calle del Lobo cuyo patio trasero daba a la parte correspondiente a la cazuela del Corral del Príncipe, cosa para él muy práctica ya que aquel año su compañía estaba contratada para media temporada. Catalina dejó a *Afrodita* atada al lado de otras caballerías y dio una moneda a un mozalbete para que cuidara de ella, diciéndole que al regreso le daría otra; luego, tras comprobar que la dirección coincidía con la que la gitana le había escrito en el papel, buscó la aldaba del portón y al no haberla dio con los nudillos en él. Una voz, desde el interior, respondió un: «¡Ya voy!», y al poco la puerta se abrió, asomando la cabeza una mujer de unos treinta y pocos años que, colocándose en jarras, le espetó:

—¿Quién sois?

—Mi nombre es Alonso Díaz y traigo un recado para don Pedro de la Rosa.

—Dádmelo. Yo se lo entregaré.

Catalina dudó unos instantes y después, echando mano a la escarcela, sacó la carta y se la entregó a la mujer. Ésta la tomó y sin nada responder ajustó la puerta y partió hacia el interior. Entretuvo la espera observando cómo el zagal que guardaba a su mula le daba una algarroba y

súbitamente se dio cuenta de que alguien estaba a sus espaldas; ya se iba a dar la vuelta cuando una voz rotunda y armoniosa, como no había escuchado otra igual, la interpeló amablemente:

—¿Quién es el mensajero que me trae noticias de tan querida amiga?

Catalina acabó de darse la vuelta y se encontró frente a un hombre de estatura más que mediana, que la miraba con ojos amables y curiosos.

—Mi nombre, como ya os habrán dicho, es Alonso Díaz y mi pretensión, tal como reza la carta que os han entregado, es que me concedáis unos minutos de vuestro precioso tiempo.

—Bienvenido a mi casa, que siempre estará abierta para los amigos de Tarsicia. —Y diciendo esto, se hizo a un lado invitándola a entrar.

Catalina pasó al interior y esperó que el hombre la adelantara para conocer el camino y cuando éste así lo hizo, fue tras él.

La condujo el comediante a una galería acristalada desde la que se veía parte del corral, y llegado que hubieron la invitó a sentarse en una especie de diván en tanto él lo hacía en un canapé floreado que estaba frente al primero. A su lado se veían hojas sueltas, escritas con una apretada grafía y manchadas de tachaduras y correcciones.

—Perdonad este desbarajuste, pero estrenamos obra dentro de dos semanas y cualquier momento es bueno para memorizar tanto texto.

—Sois vos quien me ha de perdonar. Os estoy robando vuestro precioso tiempo.

—Antes de que me expliquéis el asunto que os ha traído hasta mí, contadme, si os parece, noticias de Tarsicia y de los suyos, cuándo y dónde la habéis visto y qué es de su vida; hace un montón de tiempo que no sé de ella.

Catalina se dispuso a explicar todas aquellas cosas que no pudieran posteriormente perjudicar a su amiga y, a la vez, le resultaran a ella oportunas para el logro de sus fines.

—Uní mi suerte a la de los Ayamonte más abajo de Benavente; deseaba correr mundo y llegar a Madrid. Mi pasión es la farsa^[180] y a ellos les convino mi persona y fueron tan buenos que me adoptaron, enseñándome todo lo que sé.

—¿Y cómo esta Tarsicia y su familia?

—Andando los caminos como siempre, pero estupendamente de salud y viviendo la vida que ha escogido.

—Bien decís. Tarsicia, que entonces se llamaba Francisca Arnedilio, hubiera hecho una gran carrera de cómica. Cuando yo empecé, ella podía dar el registro de cualquier papel que requiriera una dama joven, pero le llegó el mal que a todos ataca alguna vez en la vida, dejó la Corte y se metió en un carronato de gitanos siguiendo sus leyes y costumbres; el amor es así. —El hombre se quedó un momento en suspenso e hizo una pausa—. Yo debo a la familia Arnedillo el haber debutado en las tablas, y particularmente a Francisca el haber conocido a mi mujer. Pero eso sería hoy por hoy una larga historia, o sea que prosigamos. Y ¿cómo están su hijo y su hombre?

—Los dejé en Valladolid. Toda la familia está muy bien y sus parientes lo mismo. He aprendido muchas cosas de ellos, sobre todo de ella y de Florencio.

—Y ahora, decidme, ¿qué puedo hacer por vos?

Catalina hizo una pausa y reflexionó unos instantes. Le ocurrió con aquel hombre lo mismo que le había sucedido con María Cordero; su mirada era franca y su talante afectuoso, y como lo creyó oportuno para la consecución de sus planes y Tarsicia avalaba sus calidades, decidió abrir una parcela de su corazón y contarle lo justo para traer el agua a su molino^[181].

—Veréis, cuando empecé a actuar con los Ayamonte llegaron a la conclusión de que, al ser tan corto su elenco artístico, a fin de ampliar su repertorio era conveniente que en ocasiones yo hiciera papeles de mujer y en otras de hombre, para lo cual vestí indistintamente indumentaria masculina y femenina. Después, cuando me separé de ellos, creyó Tarsicia oportuno que siguiera mi viaje vestido de varón, pues si los caminos son siempre peligrosos más lo son todavía para una mujer joven y sola; de manera que siguiendo su consejo falseé mi verdadera condición y desde entonces, por la calle, acostumbro a vestir de hombre pese a que ya he llegado a Madrid.

El comediante la observó con ojos críticos detenidamente...

—Me parece una excelente argucia, digna de la agudeza de Francisca. Entonces ¿me decís que sois una muchacha?

—Así es. Lo que más me delata es la voz. ¿No lo habéis notado?

—Debo reconocer que he caído en el engaño. La carta de Tarsicia me ha mediatizado, pues en ella me presenta a un tal Alonso Díaz, y además, os vestís de una forma muy conveniente. Si en la escena sois capaz de metamorfosearos como en la vida, sin duda resultaréis una buena comedianta.

—Entonces ¿me vais a ayudar? —Los ojos de la muchacha suplicaban.

—Con las credenciales que presentáis, estoy obligado a ello. Vuestra aptitud dirá después si tal es posible. —Pedro de la Rosa, el insigne comediante, sonreía.

—El jueves a esta misma hora os espero. Iremos juntos al corral y allí os haré una prueba. Os la podría hacer aquí, pero las cosas son muy distintas desde un escenario; además, según me decís, son varias vuestras aptitudes y quiero ver en cuál encajáis mejor: os quiero ver declamar una loa^[182] y danzar una zarabanda^[183] o una chacona^[184] y también cantar, claro es.

—¿Queréis que acuda vestido de hombre o de mujer?

—Da lo mismo. Os voy a probar de las dos maneras y, en las dependencias de los sastres, tengo toda clase de disfraces.

—Entonces, no os quiero robar más tiempo y sabed que aunque no sirviera para cómica, podéis contar con mi eterna gratitud. —Catalina se levantó al tiempo que lo hacía el insigne comediante.

—Sed puntual.

—Contad que si llego tarde es que me han muerto.

Pedro de la Rosa acompañó a la exultante criatura hasta la puerta y tras despedirla con un amistoso gesto de mano regresó al interior de la casa sin albergar en su pecho, dada su inmensa experiencia, la menor duda de que en aquella muchacha latía la semilla de una futura farsanta.

Era su día de suerte, pensó Catalina: «Lo que bien empieza, bien acaba.» Siguiendo las indicaciones de María Cordero, que le había concertado la cita, tras recoger a *Afrodita* y darle al zagal lo prometido se encaminó a la academia de Pedro Pacheco, situada en los alrededores de la plaza Mayor y cerca de la Casa de la Panadería, en cuyo principal se instalaba los días de corrida o festejo el aposento de la casa real. Maniobró, como de costumbre, para dejar su mula a buen recaudo y se encontró, casi sin sentir, en el zaguán de la mansión donde el reputado maestro impartía sus lecciones. A ambos lados, sendos hachones en sus jaulas de hierro preparados para ser encendidos en cuanto oscureciera; al fondo y a la diestra, la garita de un portero que en aquel momento, para su fortuna, se veía desocupada, lo cual le hizo suponer que su buena estrella la seguía protegiendo, y más allá una amplia escalinata de madera que ascendía al primer piso y en

cuyo inicio de la balaustrada exhibía una estatua representando a un niño que sostenía un farol, y que Catalina imaginó que al anochecer alumbraba la escalera. No lo pensó dos veces, se sujetó el tahalí para que la contera de la funda de su espada no golpeará los escalones y subió rápidamente hasta encontrarse ante una puerta de cuarterones en la que lucía un cuadrado de metal esmaltado donde se podía leer:

«PEDRO PACHECO. MAESTRO DE ARMAS.»

Tras Catalina subían dos caballeretes, en animada conversación, que sin reparar en su presencia la adelantaron y sin llamar con la balda empujaron la puerta y entraron en la casa. La puerta que presionada por un muelle se volvió a cerrar, ya no fue obstáculo: Catalina a su vez hizo lo propio y se introdujo en un inmenso vestíbulo de paredes forradas de madera y techos artesonados. Allí demoró un instante en tanto su oído percibía a lo lejos el amado son de los aceros entrechocando, y su corazón recuperaba su ritmo. En ello estaba cuando un lacayo se acercó a ella.

—¿Qué deseáis?

—Buscó a don Pedro Pacheco.

—Y ¿quién le busca? —En el tono se percibía un punto de displicencia.

—Decidle que el hidalgo Alonso Díaz.

—Y ¿de dónde procede este hidalgo?

El aire del lacayo era totalmente socarrón al ver la indumentaria de Catalina, algo provinciana para los usos de la Corte, y acostumbrado como estaba a tratar con pisaverdes e hijos de nobles señores. Estaba ya a punto de mosquearse cuando tras ella pudo oír el chirriar de una puerta al abrirse mientras una voz decía:

—El hidalgo Alonso Díaz tiene una cita hoy conmigo. Además, alguien que porta al cinto una espada de tal marca ha de ser un gentilhomme.

Catalina recordó que la afamada marca de «El Perro» lucía en la base de la empuñadura de su espada, y admiró la extraordinaria perspicacia del propietario de la voz. Se dio la vuelta y descubrió a su espalda a un caballero de nobles facciones, perilla y bigote canosos y manos de larguísimos dedos, que cubría su torso con una abierta y empapada camisola con gorgueras, sus piernas con greguescos acuchillados, media negra y bota alta de piel y gamuza.

—Me comunicó María Cordero que deseabais verme. ¿Por qué me buscáis?

—Según me han dicho, sois uno de los mejores maestros de esgrima de Madrid.

—Os han informado mal: el mejor. Pero ¿quién os ha dicho tal cosa?

—Viniendo de provincias lo primero que hay que hacer, si se quiere estar al día en la Corte, es acercarse a los corros que se forman en las gradas de San Felipe.

—No hagáis caso, eso son lenguas de desocupados. Pero, decidme, jovencito, ¿quién sois y de dónde salís?

—He venido desde Valladolid a buscar plaza de encomendado en el Tercio, pertenezco a la casa de los Díaz Enríquez y quisiera practicar en vuestra escuela. Puedo pagar vuestras clases y como me consta que esto es harto difícil, he buscado padrinos que me introduzcan ante vuesa

merced.

El maestro la miraba con curiosidad no exenta de duda.

—Vuestra familia me suena, aunque no la conozco. Y no se trata de dinero, que aun siendo importante, no lo es todo.

—¿Entonces?

—El nivel que aquí se imparte es para avezados. Desconozco el vuestro.

—Probadme.

—¡Hete aquí un caballero seguro de sus capacidades! Daos cuenta Arnulfo que no debéis juzgar a nadie por su aspecto. —Esto último lo dijo mirando al criado que había recibido a Catalina—. Vamos a ver lo que sabéis hacer con una espada en la mano. Seguidme.

El maestro, a grandes zancadas, se dirigió a la sala de armas de donde salían los ruidos que habían despertado viejos recuerdos a la muchacha. Varias eran las parejas de esgrimistas que practicaban; al fondo distinguió Catalina a los dos jóvenes que la habían adelantado en el rellano cuando ella arribaba. Las paredes estaban llenas de panoplias que mostraban todo tipo de armas.

El maestro detuvo la clase.

—Señores, atiéndanme unos instantes si son tan amables. Tengo que probar la aptitud de un nuevo aspirante al ingreso en la academia; despejen la alfombra central y dejen espacio libre. —Entonces se dirigió a Catalina—: Desembarzaos de vuestras cosas y tomad, de aquella panoplia, una espada embotonada. Poneos un peto y una careta y calzaos un guantelete. —En tanto ella obedecía las órdenes, el maestro prosiguió—: A ver, ¡vos, Nicolás, preparaos! Vais a dar la réplica a nuestro joven aspirante y a la vez la medida de su destreza.

Catalina lo observó con el rabillo del ojo. Era el tal Nicolás uno de los dos jóvenes que la habían precedido en la entrada; tendría alrededor de unos veintidós años y la miraba con un punto entre curioso e insolente. Cuando ambos contrincantes estuvieron preparados, el maestro los llamó al centro de la alargada alfombra de combate, en tanto que los demás ocupaban unas pequeñas gradas ubicadas a uno de los costados de la larga galería. Hasta Catalina llegaban los rumores confusos de los que esperaban un desigual asalto, ya que el tal Nicolás era uno de los alumnos más aventajados de la clase.

La voz de Pedro Pacheco resonó en la amplia estancia:

—Caballeros, esto es un asalto de ensayo. Contiendan como tal; no se trata de un duelo ni de un desafío en la calle.

Todos los nervios que habían atenazado a Catalina hasta aquel momento desaparecieron como por ensalmo en el mismo instante que con dos rápidos movimientos probó la flexibilidad y nervio de su estoque, rasgando con él el aire. Se hallaba de nuevo en la galería de Benavente practicando con don Suero y teniendo la certeza de que su esgrima era de un altísimo nivel. Se hizo el silencio; un silencio hosco y expectante. Todo el público estaba a favor de su antagonista.

El espadín de don Pedro saludaba al de ambos alzado y a punto de dar la autorización para que el desafío comenzara. Súbitamente el florete de éste descendió y ambos contrincantes se retiraron unos pasos y se pusieron en guardia. Las puntas embotadas de los estoques se tantearon. Catalina tenía el brazo izquierdo flexionado hacia abajo y apoyaba su mano en la cintura, costumbre adquirida de don Suero ya que de esta manera tenía más a mano la daga que acostumbraba guardar a la espalda, aunque lógicamente en esta ocasión no fuera necesaria. Su rival alzaba, también, el mismo brazo, dejando caer su mano doblada lánguidamente por la

muñeca sobre su cabeza, con un leve deje de suficiencia, observando displicente a Catalina con ojos ligeramente entornados. De repente atacó; dio dos rápidos pasos hacia delante y buscó el pecho de la muchacha con el extremo de su embotado estoque. Ésta se retiró ágilmente en tanto desviaba la estocada hacia fuera y con una hábil finta recuperaba el terreno perdido. Luego atacó ella, tanteando al otro para estudiar sus puntos débiles y se dio cuenta de que por bajo y cuando tenía que parar a su izquierda flaqueaba; tomó buena nota de ello y prosiguió el asalto. A medida que pasaba el tiempo los murmullos cesaron y su contrincante, aguijoneado por la punta del acero de la muchacha, que actuaba como un abejorro, sudaba copiosamente.

Catalina desvió su mirada un momento hacia el maestro y se dio cuenta de que en su rostro se reflejaba la sorpresa. Habrían transcurrido unos tres o cuatro minutos cuando don Pedro Pacheco levantó su estoque con el fin de dar un descanso a los contendientes. Catalina iba a bajar su guardia, cuando el otro atacó; fue una acometida poco caballeresca, rozando los límites de lo incorrecto, que indignó a la muchacha. El maestro continuaba con el espadín levantado y sin embargo, su contrincante, cegado por la intensidad del momento, no cejaba en su ataque. Decidió hacer algo que no pensaba hacer desde un principio: con un habilísimo e imprevisible movimiento, cambió el estoque de mano a la vez que su pie izquierdo adelantaba al derecho variando de esta manera la guardia. El movimiento, como siempre que lo había practicado, tomó por sorpresa a su rival, que fue a partir de aquel instante un juguete en sus manos; con dos precisas fintas y tras un amago de falso ataque, lo tocó a la altura del corazón. El joven quedó un momento parado, instante que aprovechó el maestro para interponer su acero entre los dos a la vez que decía:

—¡Señores, abatan sus armas! Esto se ha terminado.

—¡Ha sido una sucia maniobra! —clamó Nicolás intentando proseguir.

—¡Prefiero no hablar! —respondió el maestro—. ¡Se acabó! ¡Salúdense y dejen los aceros! Y vos, tened la bondad de seguirme —añadió dirigiéndose a Catalina.

La muchacha, tras quitarse el *atrezzo* y sujetando el florete bajo su brazo, se adelantó a Nicolás.

—Os pido disculpas. Ha sido en el fragor de la pelea.

El muchacho reaccionó.

—Yo también me disculpo. Tendré mucho gusto en practicar con vos y aprender ese maravilloso golpe.

—Esto ya está mejor —añadió don Pedro—. Y ahora, caballeros, vuelvan a sus prácticas, y vos seguidme.

Catalina dejó precipitadamente la embotada espada, el guantelete, y la careta en una mesa y siguió a don Pedro tras recoger su tahalí, la capa y su gorra milanesa del perchero donde los había dejado.

El maestro de esgrima la condujo a un saloncito que hacía las veces de despacho y luego de sentarse en un diván le indicó con el gesto que hiciera lo propio.

—¡Por Dios vivo, os juro que en toda mi vida vi golpe igual! ¿Dónde lo aprendisteis?

—Veréis, señor, mi padre decidió, viendo mi zurda condición, que más era una ventaja que otra cosa, de tal manera que no sólo no corrigió este vicio, si lo queréis llamar así, sino que me lo fomentó desde muy pequeño; primeramente con los juegos de pelota y luego con las armas.

—Dad gracias por tener un progenitor tan inteligente. Sabed que os ha hecho un regalo

impagable. Tal habilidad es muy difícil de adquirir si no es de natura, y os voy a ofrecer un trato.

Catalina esperaba con la mirada atenta y sin mover un músculo de la cara.

—Alonso, os voy a tomar de ayudante. Vais a dar clase en mi academia. No enseñaréis a nadie este golpe, únicamente a mí; yo a cambio os daré un sueldo y os mostraré ataques y defensas que nadie conoce. ¿Os cuadra mi oferta?

La muchacha se había quedado sin habla.

—Me hacéis «la» muchacho más feliz del mundo. —Los nervios la hacían equivocar—. No hace falta que me paguéis. Únicamente tengo una duda: mis obligaciones me limitan y no sé si podré cumplir con un horario fijo.

—Nos adaptaremos a él. Me interesa sobremanera que aceptéis mi oferta; os pagaré por horas. Vos acudiréis cuando os sea posible y no tendréis un horario puntual.

—Siendo así no sólo acepto, sino que os quedo sumamente agradecido. Si os parece, por el momento podéis contar conmigo las mañanas de los lunes y miércoles.

—Excelente, espero que nuestra colaboración sea fructífera para ambos. Y para celebrarlo os voy a obsequiar con algo que únicamente entrego, en el último curso, a los más avezados de mis alumnos.

El maestro de armas se dirigió a un canterano que adornaba un rincón de la estancia y abriendo un cajón tomó de él algo que Catalina no podía ver desde donde estaba.

—Tomad. —Y al decirlo entregó a Catalina unos guantes descabezados^[185], propios de los grandes esgrimistas.

—Me hacéis un honor innmerecido.

—¡No tal! Alguien que lleva en el cinto una espada del perro y viene de parte de María Cordero merece esto y más.

Y con esta frase dio don Pedro Pacheco por concluida la entrevista ante el asombro de Catalina, que no acababa de creerse el cúmulo de sucesos favorables que iban jalonando su camino desde que llegara a la Corte.

La despedida

Don Martín de Rojo estaba en Madrid. Había acudido a uña de caballo tras recibir la maravillosa noticia que le envió por medio de la posta su protector, don Jerónimo Villanueva, anunciándole que su fiel amigo, el doctor Gómez de León, había sido rescatado de las garras del Santo Oficio y trasladado, a espera de la decisión real, a una habitación del hospital de Nuestra Señora del Amor de Dios, en Madrid; allí intentaba recuperarse de su depauperadísimo estado.

Ni tiempo tuvo de prepararse. Abandonó su hacienda y dejando todas las responsabilidades en manos de su esposa, partió para la capital. Era su intención, aprovechando su estancia visitar a Álvaro, y si ocasión hubiere pasar por el palacio del pronotario con el fin de agradecerle cuanto por él había hecho y estaba haciendo. Aunque esta posibilidad la consideraba un tanto remota, dada la conocida falta de tiempo que siempre agobiaba al ilustre procer.

Paró como de costumbre en la posada del Alabardero, sita en la plazuela del Ángel, y tras ocuparse de que su cabalgadura quedara bien atendida, cambiarse de ropa y sacudirse el polvo del camino hizo avisar a una silla de manos y partió hacia la dirección donde se hallaba el piadoso edificio.

Una hora duró el trayecto, ya que andar por Madrid a las cuatro de la tarde era tarea harto compleja aun para los viandantes.

Llegado que hubo a su destino, pagó el importe del viaje y tras despedir la litera se encontró frente a un vetusto edificio de ladrillo que abría sus puertas en la calle del Niño. Una monja estaba al cargo de la portería, y a ella se dirigió el hidalgo:

—Hermana, si sois tan amable, ¿me podéis dar razón de un recién ingresado en la institución?

—¿Podéis decirme su nombre?

—Don Andrés Gómez de León y Urbina.

La religiosa, calándose los anteojos, consultó un legajo que se hallaba sobre el mostrador que la separaba de don Martín.

—Efectivamente. Ingresó hace una semana y media y no se autorizan visitantes.

—Creo que este salvoconducto allanará cualquier inconveniente. —Y añadiendo el gesto a la palabra, el de Rojo, avanzó hacia la monja un documento que le había sido remitido por su poderoso patrocinador.

La mujer lo tomó en su mano y al ver el sello que avalaba su procedencia ablandó su negativa.

—¿Tenéis alguna cédula que acredite ser la persona cuya entrada autoriza este escrito?

El hidalgo rebuscó en su faltriquera y encontró el documento acreditativo del pago de su última aleábala.

—Tomad. ¿Sirve éste?

La hermana leyó atentamente el documento, y levantando la vista de él y al tiempo que hacía sonar una campanilla dijo:

—Ahora os acompañarán.

Con esta última frase la religiosa volvió a sus tareas, en tanto que el hidalgo paseaba nervioso por el vestíbulo a la espera de su lazarillo.

Llegó éste en la figura de una joven monja enfermera que vestía una bata de sarga gris y que en vez de toca llevaba el pelo recogido en un casquete del que no se escapaba ni una guedeja de su pelo, a tal punto que hubiera podido pasar por calva. Se aproximó al mostrador donde se ubicaba la monja portera y cruzó con ella unas palabras; luego se dirigió al hidalgo:

—Si hacéis la caridad de seguirme, os conduciré a la presencia del enfermo.

—A eso he venido y estoy ansioso por verlo.

Partieron ambos, recorriendo un laberinto de escaleras y pasillos del gran edificio. A don Martín trabajo le costaba seguir el rápido paso de la muchacha.

En las grandes naves se alineaban largas hileras de catres; un olor nauseabundo lo invadía todo a pesar de que los techos eran muy altos, y pese a los abundantes pebeteros en los que se quemaba rama de eucalipto mezclada con sasafrás y raíz de china^[186] que iban jalonando de trecho en trecho el camino que atravesaban. Los lamentos, los gemidos y también los reniegos y las jaculatorias se mezclaban en una barahúnda doliente y trepidante. La sola idea de pensar que su amigo pudiera encontrarse en algunas de aquellas miserables salas, horrorizaba al hidalgo. Finalmente la enfermera se detuvo ante la puerta cerrada de un cuarto ubicado en un bajo escalera. Hizo un gesto con su mano para que don Martín se detuviera y asomó su cabeza en el interior. Luego se volvió:

—Aquí es, podéis pasar. Está muy grave; ahora se encuentra adormilado. Tenéis media hora. Luego pasaré a recogeros.

Tras estas breves palabras, se alejó pasillo adelante ligera y sutil como un ángel alado.

Don Martín Rojo de Hinojosa, de probado valor y que había pasado en su vida militar por situaciones hartamente peligrosas, tuvo que reunir todos los arrestos que le quedaban para abrir aquella puerta.

La penumbra reinante le impidió al principio ver nada. Luego sus ojos fuéronse acostumbrando a la oscuridad y adivinó, más que vio, un catre de cuyas frazadas salía una cabeza que parecía no tener cuerpo; tal era la delgadez cadavérica del mismo. Sin hacer el menor ruido, se aproximó a su costado y a la cenital luz que se colaba por una abertura del techo y aprovechando que la testa flotante tenía los ojos cerrados, pudo observar con detenimiento el rostro del que había sido durante tantos años el médico de cabecera de su familia.

¡Dios, lo que habían hecho con él! El tiempo transcurrido y la miseria habían marcado con huellas indelebles la noble expresión de su querido amigo. La cabeza prácticamente calva, la frente arrugada, las orejas inmensas, la nariz afilada, la boca contraída en un rictus amargo, la barba raída e hirsuta y la piel apergaminada y blanca que parecía la de un cadáver; de repente los ojos se abrieron y parecieron mirarlo. Don Martín se espantó. Aquellos ojos antes inquietos y llenos de vida eran dos pozos profundos y muertos que le miraban sin reconocerlo. El hidalgo cambió su ubicación a fin de que la tenue claridad que entraba por el ventanuco le diera en el rostro. La mirada perdida y demente del viejo doctor lo siguió y en su fondo apareció una chispa

de luz. Una zarpa sarmentosa y vacilante salió de debajo del cobertor y se tendió hacia él; el hidalgo la tomó entre sus manos y la apretó suavemente, con la sensación de que tomaba la garra de un gran pájaro.

Entonces observó que los resecos labios se movían y un estertor sordo y casi inaudible llegó a sus oídos mezclado con un gorgoteo producido por el aire al abrirse paso penosamente para salir desde los pulmones:

—¿Sois vos? ¡El Señor, en su clemencia, ha escuchado mis oraciones!

—¡Y las mías, querido amigo, y las mías!

Entonces aquel despojo humano pareció cobrar vida e incluso su voz se hizo más audible.

—Habéis conseguido sacarme del infierno, aunque sea para morir en paz.

—No digáis inconveniencias. He puesto cuantos medios estaban a mi alcance para lograrlo, y espero no haya sido demasiado tarde.

La garra apretó la mano del hidalgo.

—¡Os buscan, querido amigo! Buscan vuestro deshonor, quieren hacer daño a vuestra familia; nada ha salido de mi boca que pueda perjudicaros. El obispo Carrasco es vuestro declarado enemigo. —El médico sudaba copiosamente—. Sospechan que vuestro hijo no es tal... y buscan probar que habéis mentido al inscribirlo como propio en el *Capítulo de la Nobleza*, no sé con qué finalidad. Nada saben de Catalina... aunque algo sospechan. ¡Guardaos!

Tras aquel supremo esfuerzo, que salió de su boca entre jadeos y gorgoteos espasmódicos, el viejo doctor se detuvo respirando agudamente. Don Martín no sabía qué hacer; una ligera presión en su mano le indicó que el enfermo quería añadir algo más, y aproximó su oreja a los labios del moribundo.

—El notario de Astorga tiene mi testamento. Cuidad que atiendan a Laurencia, mi vieja criada, y a María Lujan, mi partera. Vos sois mi albacea. —De nuevo se detuvo; la mano desungulada del médico oprimió con un supremo esfuerzo la de su amigo—. ¡Confesión! ¡No me dejéis morir en pecado!

—¡Qué decís! ¡No vais a morir ahora!

—El Señor en su bondad me ha concedido lo que tanto le pedí en la trena: poder avisaros y morir libre y en su gracia. ¡No me lo impidáis vos ahora! ¡Buscad un clérigo!

Don Martín soltó su mano y salió al pasillo gritando.

—¡Un fraile, por el amor de Dios! Un moribundo pide confesión. ¡Deprisa, un cura!

Ya por el pasillo venía la monjita que lo había acompañado, al escuchar sus gritos se detuvo y exclamó:

—¡Voy a por él! —Dio media vuelta y salió corriendo.



«Adivinó, más que vio, un catre de cuyas frazadas salía una cabeza que parecía no tener cuerpo.»

El hidalgo regresó de nuevo junto al lecho de su amigo y tomándole la mano le dijo suavemente:

—Os vais a curar. No os hace falta ningún confesor. Vos no habéis hecho daño a nadie en vuestra vida.

La respiración se había hecho aún más agitada e irregular. El costillar de su angosto pecho subía y bajaba descompasado.

—He pecado. Solamente la sangre de nuestro Señor me redimirá si confieso mis graves faltas. ¡Por favor, amigo mío, llamad a un fraile!

—Ya llega.

Nada más decir esto, la puerta se abría y entraba la hermanita precediendo a un franciscano, que sin demora se ubicó al costado del enfermo tomándole la mano amorosamente en tanto el hidalgo se retiraba a un rincón de la habitación. La cabeza del fraile, tras decir una oración, se inclinaba junto a los resechos labios del viejo doctor, cuyas palabras sólo fueron oídas por el monje. Al rato, éste se puso en pie y dándole la bendición absolvió de sus pecados al moribundo. De una cajita metálica extrajo una Sagrada Forma, se la puso en la entreabierto boca y después tomó los santos óleos y ungió al enfermo, ayudado por la hermana; seguidamente abandonó la estancia, pues ya otro enfermo demandaba su ayuda para el último viaje.

Cuando ambos se hubieron retirado, el hidalgo se sentó en el catre junto a su fiel amigo y le retuvo la sarmentosa mano; el rostro hasta hacía un instante crispado, respiraba paz. La luz del ventanuco parecía más matizada. Así pasó un buen rato. Luego los párpados de aquel rostro se abrieron y sus ojos parecieron esforzarse en enfocar la imagen del hidalgo; una ligera presión en la mano le obligó a prestar atención a lo que le quería transmitir el moribundo. Fue un susurro:

—Ahora ya puedo partir en paz. ¡Gracias por vuestra amistad durante todos estos años!

Y con estas palabras, el viejo galeno entregó su alma al Creador.

El teatro

Los acontecimientos se sucedían sin interrupción en la vida de Catalina. La prueba que le hizo don Pedro de la Rosa para calibrar sus aptitudes teatrales fue satisfactoria. Acudió la mañana acordada a la cita y, acompañada por él, se dirigió al Corral del Príncipe; allí estaban ensayando los cómicos de su compañía que al cabo de dos semanas debían estrenar una obra de Francisco de Rojas Zorrilla titulada *Cada cual lo que le toca*. Al llegar, Catalina fue presentada a todos ellos como una meritoria que iba a probar las armas integrada en el elenco y que podía representar, indistintamente, papeles de doncel o de muchacha, y que además cantaba y bailaba con un estilo y una gracia adquirida de gentes que llevan la esencia del arte en las venas. A Ana de Andrade, la primera actriz, le pareció de perlas aquella ayuda que la aliviaba de una parte del espectáculo que no le placía en demasía.

Nada más asomarse al escenario, Catalina comprendió que aquello era muy distinto de las representaciones que había llevado a cabo por los pueblos en compañía de los Ayamonte. El aspecto de la corrala vacía era apabullante; ni pensar quiso lo que supondría el verla llena.

Antes de comenzar la prueba don Pedro le explicó cómo era el funcionamiento de una sesión para que ella viera dónde se sentía mejor ubicada. Comenzaba con un grupo de músicos, entre ellos un tañedor de vihuela que animaban al respetable en tanto éste ocupaba sus localidades. Luego venía la loa que generalmente recitaba el cómico más veterano del grupo, donde se acostumbraba explicar el tema de la comedia que se iba a representar y pedir perdón por los errores que pudieran cometer; iba dirigida, preferentemente, al patio de mosqueteros y a la cazuela de mujeres, pues éste era el senado del que dependía el éxito o fracaso de la obra. Después se representaba la pieza principal, y en los entreactos se daba paso a una pieza corta llamada entremés o bien a danzas y bailes con castañuelas, que se repetían al finalizar el espectáculo.

Catalina dijo a su mentor que se veía capaz de hacer varias cosas de las que le había explicado, y éste la sometió al examen correspondiente. Primeramente leyó un texto, luego recitó un monólogo que le había enseñado Florencio y finalmente, acompañada por uno de los guitarristas, cantó el «Ay, ay, ay» llevando el ritmo con las tejoletas^[187], cuyo manejo le pareció mucho más efectivo, fácil y brillante que las conchas huecas que usaban Tarsicia y Magdalena.

—Bien está lo que está bien —le dijo don Pedro ante el gentil aplauso de los que iban a ser sus compañeros y el entusiasmo de Ana—. Debutaréis en nuestro próximo espectáculo. Ensayaréis quince días y haréis un pequeño papel en el entremés, y al finalizar cantaréis una chacona. ¿Sabéis alguna cuyo estribillo pueda corear el público?

—Me la enseñó Tarsicia, tal vez la conozcáis. Dice aquello de: «Andallo, Andallo, eres un pollo y quieres ser gallo^[188].»

—No, no la conozco. ¿Por qué no la interpretáis?

—Yo sé cómo es. —El que terció fue Juanito *el Lechuguilla*, guitarrista de la compañía que al esto decir comenzó a marcar un ritmo con la caja de la guitarra a la vez que rasgueaba las cuerdas.

Catalina se acompañó a él batiendo palmas y se puso a bailar con tal arte y alegría que aquella vez los aplausos no fueron, precisamente, de cortesía.

—¡Magnífico! Os imagino bailando con la ropa adecuada, vestida de mujer; os auguro un gran éxito —dijo al finalizar el famoso comediante.

Tras prolijos ensayos durante largas jornadas acostumbrándose a la nueva ropa, llegó el día del tan esperado debut.

Finalmente Pedro de la Rosa había decidido que únicamente interpretara un corto papel en el entremés y que saliera, al finalizar la obra, cantando y bailando la chacona que tan gran entusiasmo había despertado entre sus compañeros el día de la prueba.

Catalina temblaba como el azogue. La corrala se iba llenando y el ruido de la inquieta multitud llegaba hasta su camerino, matizado por la gruesa ropa que tapaba la embocadura del escenario de lado a lado. Cuando, ya vestida, vio su figura reflejada en la plata viva del gran espejo que había a la salida de los camerinos, no se reconoció. Ante sí veía a una bella mujer de largos tirabuzones y profundos ojos negros pintados con carboncillo y con los labios exageradamente rojos avivados con pasta aceitosa de encarnado corinto; una basquiña^[189] azul ceñía su precioso cuerpo y una pollera^[190] de tafetán verde cubría sus largas y torneadas piernas. Súbitamente quiso ver lo que rebullía al otro lado del telón y subiendo al cerrado escenario asomo un ojo por los pliegues del cortinaje^[191].

Al principio quedó tan impresionada que, por un momento, no se creyó capaz de salir a la escena. Era tal el cromatismo de la mosquetería que a lo primero no tuvo ojos para nada más. Allí, tras la cuerda del degolladero que marcaba la separación de los primeros bancos, se agolpaban de pie sastres, valentones, soldados, escribanos, zapateros, cirujanos, boticarios, entretenidos, gariteros, músicos, poetas y sobre todo estudiantes, un sinnúmero de estudiantes llevando sobre el brazo las cintas de colores que determinaban las diferentes ramas de las disciplinas que cursaban.

Al rato de mirar fue serenando su ánimo y se dispuso a observar, con más detenimiento, las distintas parcelas del corral. El aposento real^[192] estaba todavía cerrado y Catalina buscó a su amiga. En la cazuela de las mujeres, apoyando su exuberante busto en la primera barandilla y ocupando dos plazas ya que en una sola no cabía, pudo ver a la única persona que había invitado a su presentación: María Cordero, inmensa y oronda, más nerviosa que ella misma, esperaba la aparición de la muchacha sobre la escena para romperse las manos aplaudiendo. Bajó después la vista a los primeros bancos... a su corazón casi le da un síncope: entre un militar con el grado de alférez y dos jóvenes se hallaba su tutor de San Benito, don Martín de Rojo e Hinojosa. A lo primero pensó salir huyendo, mas luego se rehizo y pensó que tras más de tres años sin verla, con el cabello postizo, pintada como estaba que parecía una carroza y en lugar tan impensado era, prácticamente, imposible que la reconociera.

De repente sintió que tiraban de ella. Era Juanito *el Lechuguilla*, que la avisaba de que debía

retirarse porque iban a abrir la cortina a fin de que el pabilador^[193] pudiera encender las candilejas. Así lo hizo, y el público al observar que la función iba a comenzar, pues los pábilos de las pequeñas candelas reflejadas en pantallas de latón bruñido se prendían y los músicos iniciaban el airoso pasacalles, se fue callando.

Todo transcurría por los cauces normales. La primera parte se había desarrollado sin novedad y Catalina ya había debutado saliendo en el entremés y cumpliendo con dignidad su cometido. La segunda parte avanzaba. De repente el galán joven, que representaba a un hidalgo que iba a contraer matrimonio, dijo la frase terrible: su novia, a la que creía doncella, resultó que lo engañaba pues había sido violada, perdiendo su doncellez. Tal atrevimiento no fue aceptado por el patio de mosqueteros, ya que el honor de un caballero estaba en juego y su sentido de la moralidad había sido mancillado^[194]. Catalina, que estaba en su celda cambiándose para el número de la chacona, oyó como si el trueno de una tormenta lejana se fuera acercando. Al principio creyó que se había disparado un aguacero súbito, tan frecuentes en los días del fin del estío madrileño. Luego escuchó los gritos de sus compañeros y el ir y venir de gentes que iban desde el sótano a la planta del escenario; ella subió, asimismo, y por un lateral pudo observar como los hombres formaban aquel alboroto golpeando con sus bastones y con las conteras de las fundas de sus espadas sobre el entarimado de madera. El griterío era ensordecedor. Sus compañeros se retiraban cubriéndose como podían del diluvio de hortalizas, frutos secos y edificio^[195] que caía sobre ellos. Entre aquella batahola emergió la voz autoritaria de don Pedro de la Rosa, gritando: «¡Al final, vamos al final. Los músicos afuera!» A su lado apareció sin saber de dónde, demudado y con su guitarra en la mano, Juanillo *el Lechuguilla*, que salió empujado a la escena como quien sube al patíbulo, acompañado de tres músicos más, y todos juntos comenzaron a tocar el ritmo pegadizo de la chacona. «¡Salid ahora! ¡Son todos vuestros!», rugió la voz de don Pedro a su oído.

Catalina ni se dio cuenta de lo que hacía. Recordó la noche que los gitanos pusieron en pie a toda la plaza del pueblo y se tiró a la escena como quien se lanza a un río caudaloso, y comenzó a cantar y a bailar como no lo había hecho jamás. A lo primero la gente se sorprendió. Luego dejaron de caer objetos al escenario y desde la cazuela de mujeres la voz tonante y recia de María Cordero comenzó a corear el estribillo. El respetable fue entrando en la fiesta. Entonces el ensordecedor e incontrolado ruido que había formado el pateo se fue ordenando y fue golpeando el maderamen del suelo a ritmo de la guitarra del *Lechuguilla*. El milagro se había producido. La voz de Catalina, vibrante y emocionada, dominaba la situación al igual que la de Tarsicia aquella ya lejana noche. Luego de un cante vino otro y luego otro y otro más; después, una atronadora salva de aplausos hundió la corrala.

Catalina se atrevió a mirar hacia el aposento real y pudo ver cómo Su Majestad el rey Felipe IV con su mano enguantada golpeaba, desmayadamente, la barandilla de la balconada. Aquello acabó de encalabrinar todavía más al respetable. Luego acabó todo.

El público caliente y entregado iba abandonando lentamente el teatro, comentando los sucesos de aquella peculiar velada. La compañía la aplaudía y le daba golpes en la espalda. La voz grata de Ana de Andrade le dijo:

—Muchacha, vos no sabréis jamás lo que habéis conseguido esta noche.

De la puerta llegaba un portero con dos tarjetas en la mano. Los que tal habían hecho tenían un mérito considerable; no era fácil proveerse en aquellas circunstancias de un cálamo, tinta y papel

para escribir una nota. En la primera pudo leer: «¿Tendré el honor de veros a solas algún día?», y la firmaba un tal alferez Campuzano. Su memoria detectó al presuntuoso personaje que viera la noche que conoció a María Cordero.

La segunda hizo que Catalina tuviera que apoyarse en la pared de su camerino. Al rasgar el sobre leyó: «Hoy he sabido cómo son los ángeles del cielo. Tendréis noticias más», y la firmaba Diego de Cárdenas.

El reencuentro

Casi un mes había transcurrido desde el memorable día de su debut, y durante todo el tiempo Catalina había estado meditando qué era lo que debía hacer. Aunque su corazón desfallecía por volver a ver a Diego, su cabeza le aconsejaba prudencia, ya que de ese encuentro dependían muchas cosas.

Después de recibir la nota en el corral, todo el caudal de amor que durante tantos años había mantenido controlado se desbordó como una torrentera y sus ansias de volverlo a ver la consumían. Lo consultó con María Cordero, que tras presenciar su triunfo en la corrala la trataba, si ello fuera posible, con mayor deferencia. Su consejo fue que madurara su imagen de muchacho, pues no le convenía presentarse ante el joven marqués de Torres Claras bajo la apariencia del paje que dejó atrás en Benavente, y sobre todo que no cayera en la tentación de volver a aceptar la hospitalidad que sin duda le ofrecería. De ser así, no podría llevar la doble vida que ahora llevaba, simultaneando el teatro con la asistencia a las lecciones de esgrima, y no era tanto por la cuestión de poder disponer del tiempo a su antojo, sino por cuanto representaba el tener que acudir en según qué ocasiones vestida de mujer o de hombre; amén de que era mucho más disimulado salir de su casa que hacerlo de una mansión donde, sin duda, le pedirían cuentas de adonde, cuándo y por qué. Otra razón importante era que si aceptaba vivir en su palacio, contra la maravilla que para ella suponía el poder verlo a todas horas estaba la dificultad de no poder mostrarse como la mujer que era, que al fin y a la postre era lo que le interesaba.

—Mostraos esquivá y misteriosa, que no sepa dónde vivís ni quién está en vuestra vida. Esto espolea a los hombres. Jamás las conquistas fáciles sujetaron el amor por largo tiempo. Además, si así obráis y lo queréis ver, siempre os cabe la posibilidad de acudir donde él tenga costumbre vestida de hombre, y no dudéis que el vuestro es un buen disfraz. ¡Si habéis conseguido engañar a mis pupilas, cuánto más fácil no será hacerlo con un galán enamorado que no desea otra cosa que recibir noticias de su amada... si es que atinarais a constituíros en vuestro propio mensajero! ¿Me vais comprendiendo?

Ante la negativa de Catalina, prosiguió:

—Si Alonso Díaz le llevara recados de la cómica que está triunfando en la compañía de don Pedro de la Rosa y a la que él envió la nota el día de su triunfo, ¿cómo creéis que sería recibido?

Ante tan sabio razonamiento Catalina vio que se le abría un universo de posibilidades para aproximarse a su amado y tomó su decisión. Se vistió con sus mejores galas, se pegó en el labio superior un bigotillo y en la barba una perilla que le hacían parecer más maduro, recurso que había aprendido en el teatro cuando en la escena debía representar un galán, y estuvo un largo rato

impostando la voz como le había enseñado a hacerlo don Pedro de la Rosa. Entonces, nerviosa como testigo falso, jinete en *Afrodita*, se dirigió a la casa de las siete chimeneas, pues María Cordero la informó de que la dirección que ella buscaba estaba justo a su vera, tocando a la calle Barquillo.

Llegó allí a las cuatro de la tarde, ató la mula a la verja de hierro que circunvalaba el jardín del palacete y se acercó temblando a la cancela. Justamente cuando iba a tocar la aldaba se abrió la puerta y apareció Lorenzo, el encomendado que había ocupado su plaza al costado de Diego, y que al verla, si cabe, quedó más sorprendido que ella misma.

—¡Por todos los diablos! Si no me engañan mis ojos, estoy viendo al mismísimo Alonso Díaz.

—En efecto, no os engañan. ¿Está en la casa don Diego?

—Pero ¿de dónde salís? —inquirió el otro sin responder a la pregunta que le había hecho Catalina.

—He hecho, hasta llegar aquí, un largo camino. Hacedme la merced de avisar a don Diego y decidle que su paje, Alonso, ha venido a devolver una mula que pedí prestada a su señor padre hace ya algún tiempo.

Catalina no pudo por menos de replicar a Lorenzo con acritud, aunque él no tuviera ninguna culpa de lo que ella consideraba una usurpación de sus derechos.

—Pasad, si queréis, que voy al punto a anunciar vuestra visita.

—Estoy bien aquí. No sé si voy a ser bien recibido o me van a llevar preso.

—Pues esperad un momento.

Partió el joven hacia el interior de la mansión, quedándose Catalina bajo el templete de la entrada temiendo que los latidos de su corazón la delataran. Pasados pocos instantes pudo oír las voces de los dos muchachos que regresaban precipitadamente y a continuación vio aparecer ante sus asombrados ojos la adorada imagen, borrosa de puro recordada, de Diego, que se iba aproximando. ¡Cómo había cambiado! ¡Estaba mucho más hombre que cuando partió! Su porte era airoso, su cabello más oscuro y la perilla y el bigote le daban un aire mucho más maduro y varonil. ¡Dios, qué hermoso era!

—¡No es posible que seáis vos! —Su voz acariciadora y algo ronca era la misma de siempre.

Catalina tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse, pues pensó que antes de que él llegara a su lado se iba a desvanecer. Tras la última zancada, Diego la tomó en sus brazos apretándola firmemente.

—¡Por Jesucristo, cuánto nos habéis hecho sufrir! ¡Alonso, muchacho! ¿De dónde salís y dónde os habéis perdido durante este tiempo?

Catalina, que hubiera deseado que aquel momento se eternizara, sintió que Diego la tomaba por los hombros y la apartaba lentamente aflojando su abrazo y mirándola al rostro con atención.

—Me escapé de Benavente. He estado por ahí, por los cerros de Úbeda^[196]. Quería conocer mundo y sabía que si pedía permiso a vuestro señor padre a lo mejor me lo denegaba pretextando que todavía necesitaba de las lecciones de fray Anselmo.

Catalina aludió con segundas a la excusa que adujo Diego para no llevarla a la Corte con él.

Diego hizo como si no captara la indirecta.

—Cuan equivocado estáis. Nunca en mi casa fuisteis tratado como el siervo que está en deuda con su señor. Mi señor padre hubiera atendido a razones; máxime que entonces no se os reclamaba deuda alguna... ni ahora tampoco —añadió.

—Sé a lo que os referís. Soy consciente de que me llevé una mula, pero dejé bien claro que era mi intención devolverla. Y, en parte, éste ha sido el motivo de mi visita. Ahí, atada a la reja tenéis a *Afrodita*; si he de pagar algo por el uso, decídmelo. Ahora, si queréis que me lleven los corchetes, solamente tenéis que avisarlos.

—Estáis desbarrando, Alonso. Me consta que mi señor padre, cuando sepa que habéis vuelto, tendrá una alegría inmensa. Os consta que os quería bien y no sois justo hablando de esta manera. Pero pasemos al interior. Me gustaría saber algo de vuestras andanzas, vamos, si os place contárnoslas.

Catalina dudó un instante. Había planeado dejar la mula y mostrar su enojo por lo que ella consideraba una falta de palabra por parte de Diego, pero las ansias de estar cerca de él y conocer cosas de su vida pudieron más. Sin casi darse cuenta, se encontró sentada bajo la pérgola del jardín posterior de la mansión, contando la parte de sus aventuras que quería y podía explicar y ocultando otras, en animada charla con los dos jóvenes.

—Comprendo vuestro enojo y lamento vuestra decepción. Eráis muy joven y me pareció egoísta, por mi parte, apartaros de vuestros estudios para teneros a mi servicio sin acabar vuestra formación. Pero ya que habéis decidido vivir en la Corte, podemos reanudar lo que dejamos inconcluso y desde luego, si os conviene, ésta es vuestra casa.

¡Cuánto le costaba renunciar a aquel ofrecimiento! Pero las palabras de María Cordero martilleaban persistentes en su mente.

—Os lo agradezco infinito, pero hora es ya de que aprenda a volar solo y sin el amparo y protección de vuestro ilustre apellido. Además, pienso que si me muevo por la Corte y veo a muchas gentes, tal vez algún rayo de luz ilumine mi memoria y me ayude a recordar quién soy y de dónde vengo.

—Bien, si ése es vuestro gusto. Comprendo vuestro laudable propósito, pero sabed que si algo necesitáis podéis contar siempre conmigo. Y decidme, Alonso, ¿dónde moráis?

Catalina se puso en guardia.

—Provisionalmente en casa de un amigo, pero muy pronto cambiaré mi domicilio.

—Entonces ¿dónde os busco si quiero dar con vos?

—Los lunes y miércoles doy clase de esgrima en la academia de don Pedro Pacheco.

—No podéis imaginaros cuánto me place lo que me decís; yo lo hago por las tardes en la de don Luis Narváez. He añorado, desde Benavente, el tirar con vos; todavía no he encontrado en Madrid contrincante alguno que me ponga en aprietos como vos hacíais. Pienso que algún día podríamos tirar espada o florete en vuestra academia o en la mía.

—Será un placer.

Ahora Diego adquiría una postura amigable y confidente.

—Y decidme, Alonso, ¿qué os parecen las damas de la Corte? Ya no sois un mozalbete.

Catalina se encontró inerte ante tan inesperada pregunta.

—¿No me haréis creer que con las divinas criaturas que se ven en las rúas^[197] de la capital no le habéis echado el ojo a alguna palomita?

—La verdad es que no he tenido tiempo ni posibilidades. Como comprenderéis, jinete en una mula poco margen tenía para presumir.

—Eso lo vamos a arreglar ahora mismo, seguidme.

Diego se levantó acompañado de Lorenzo y atravesando el jardín hasta el fondo se dirigió a

una construcción de forma rectangular y cuyo tejado rojo se alzaba a dos aguas, haciendo mucho más ventilada la instalación.

Entraron en ella y Catalina pudo ver, recogidos en sus cajones y frente a sus pesebres, en los que en aquel instante un palafrenero iba depositando el correspondiente forraje, una serie de animales magníficos, dignos de las cuadras reales. A la entrada y a la derecha figuraban los tiros de carroza: cuatro alazanes y cuatro bayos con las colas y crines recortadas de la misma manera, luego los animales que usaba la servidumbre, y entre ellos vio colocada ya a su mula, que la miraba como preguntándose qué era lo que hacía entre tanto animal distinguido, y enfrente los caballos que usaba Diego para lancear los toros y los propios de monta. Al fondo, en un espacio apartado, Catalina reconoció a *Lucero*, «¿Tendría ya catorce años?», que al verla relinchó alegremente.

—Habéis trasladado a Madrid toda la caballeriza de Benavente.

—Casi toda. Mi ilusión será algún día torear en la Corte y ante Su Majestad. Mi padre me ha enviado mis caballos más algún otro que vos no conocíais.

—Y ¿qué hace allí apartado *Lucero*?

—Está malo. No me han sabido decir lo que tiene. He avisado para que acuda don Suero; es la persona del mundo que más sabe de caballos...

Catalina se acercó al animal y juntó su cabeza a la del noble bruto a la vez que le acariciaba el cuello, hasta que éste emitió un resoplido de gratitud.

—Daos cuenta como hasta él se alegra de volver a veros. Los animales son muy sabios; *Lucero* refleja todo el sentir de la casa. Pero vayamos a lo que hemos venido, que es intentar paliar en parte la decepción que os causé. ¡Bernabé! —llamó Diego.

El palafrenero dejó su cometido y se acercó respetuoso a su amo.

—Ensillad a *Boabdil* y ponedle arreos de paseo.

Catalina miraba sin comprender en tanto Lorenzo sonreía abiertamente.

El mozo desapareció, yendo a buscar todo lo necesario para embridar un caballo.

—Venid conmigo, acercaos.

La muchacha, inquieta, siguió al joven, que se detuvo ante el cajón de un hispanoárabe de capa totalmente negra y soberbia estampa.

—Éste, Alonso, es el animal que monto cuando no puedo utilizar a *Lucero*; tiene cinco años y fue el regalo que mi padre me hizo cuando pasé todas las disciplinas de la Casa de los Pajes el primer año de estancia en Madrid. Lo adquirió, tras seleccionarlo don Suero, de la cría caballar del conde de Los Tornos, uno de los mejores lidiadores de la Corte. Es mi regalo para celebrar nuestro encuentro, como muestra del aprecio que os tuvo desde siempre mi casa y para que olvidéis el disgusto que, sin quererlo, os causó mi torpe decisión de dejaros en Benavente. Tomadlo en mi propio nombre y en el de mi señor padre, que sin duda aplaudirá mi decisión.

Catalina se quedó sin habla y sin saber qué hacer.

—Señor, me es imposible aceptar este regalo, que de ninguna manera me corresponde. Lo siento y agradezco infinitamente vuestra intención, pero tras robaros una mula y haber huido de vuestra casa como un ladrón no merezco este trato...

—Dejaos de versallescos ademanes y tened en cuenta que si despreciáis mi obsequio querré entender que no habéis olvidado mi afrenta.

—Está bien —respondió—. En ese caso, sea. Jamás albergará mi pecho el menor rencor hacia

la casa que me acogió y a quien debo la vida.

—Vuestra mano, Alonso, cerremos nuestro pacto. —Y al decir esto, Diego de Cárdenas tendió su mano a la muchacha, que su vez tendió la suya—: Y ahora, Alonso, vamos a sellar nuestra paz. Os invito a ver a una de las más embrujadoras y deliciosas mujeres que jamás habréis conocido.

—Y ¿quién es tal maravilla?

—Os voy a ser sincero. Dos damas hay que me han marcado desde mi llegada a la Corte, y esto os lo digo de hombre a hombre: Elena de Mendoza, a cuya mansión he acudido en un par de ocasiones invitado por su señor padre, y Clara Arnedillo, la cómica a la que me he referido antes, que canta y baila en la compañía de Pedro de la Rosa y a la que quiero que acudáis a ver y aplaudir en mi compañía.

Catalina se quedó sin habla.

Luego, tras despedirse con gran sentimiento de *Afrodita* y ya al anochecer, la muchacha regresaba a la casa de María Cordero con la cabeza hecha un verdadero embrollo. En primer lugar había comprobado que su amor por Diego no sólo no había disminuido, sino que, al verlo, había estallado dentro de su pecho como un volcán en erupción; luego había aceptado el regalo del magnífico caballo que en aquellos momentos montaba y a cuyo paso los entendidos volvían la cabeza; tampoco sabía cómo salir de aquel mal paso en el que había caído al comprometerse a ir al teatro a «verse a sí misma» en compañía de Diego; finalmente, un sentimiento hasta entonces desconocido había atenazado sus entrañas al saber que una dama de calidad había entrado a formar parte del paisaje interior de su amado. ¿Quién sería aquella Elena de Mendoza de la que con tanto encomio había hablado él? Una idea había germinado en su cabeza e iba tomando cuerpo: debía aprovechar cualquier ocasión que le deparara el destino para poner en práctica el encantamiento que le había enseñado Tarsicia... y para ello, cuanto más cerca estuviera de Diego, mejor podría poner en marcha su plan.

De cualquier manera, lo que ignoraba en aquellos momentos era que su cupo de buena fortuna en la Corte se había agotado y que unos nubarrones de negra tormenta se cernían sobre ella. La borrasca que se avecinaba tenía un nombre: Sebastián Fleitas de Andrade.

Ironías del destino

Leonor, desde la visita del de Fleitas, vivía inquieta. Mucho había hablado de ello con Marcelo y, pese a que su marido le dijo que conocía al portugués hacía mucho tiempo y que no temiera, su instinto le avisaba de un peligro inconcreto. La vida había sido buena con ella y no deseaba que algo enturbiara la placidez de sus días. Hasta aquel momento todo su mundo se había reducido a cuidar de su hombre, cuando estaba en la casa de la calle del Claustro y no andaba por los caminos, y atender a sus hijos, que para ella lo eran por igual, ya que amaba tanto al propio como el habido de Marcelo en su anterior matrimonio. Los crios tenían uno y cinco años y medio respectivamente, y constituían la alegría de su existencia.

Su casa era un modesto hogar, como tantos otros, de aquella ciudad venida a menos desde que la Corte que fue con Carlos V se trasladara a Madrid. Tres cosas eran las fuerzas motrices que la impulsaban: la primera, su floreciente industria de pellizas forradas de la misma lana de la oveja y que últimamente estaban de moda entre las gentes distinguidas, aunque el forro entonces era sustituido por pieles de más alta calidad, como el zorro, la jineta y el castor; la segunda, que daba trabajo y vida a muchas familias con las herrerías, donde se fraguaba uno de los mejores aceros del mundo y no daban abasto para servir a la fábrica de armas; finalmente, la fabricación de damasquinados.

En cantidad innumerable de ocasiones había rogado a Marcelo que dejara aquel tan sacrificado y peligroso oficio de la posta e intentara entrar en alguna de aquellas cooperativas a fin de que estuviera más tiempo en casa y viera, de esta manera, crecer a sus hijos. Pero, por el momento, sus intentos habían resultado baldíos y su afán no parecía posible.

Leonor tenía pocas amigas y dedicaba sus horas a cuidar de los niños y a cultivar un pequeño huerto que se abría en la parte posterior de su vivienda y que le daba hortalizas, tomates y verdura no para vender, pero sí para ayudar a la economía familiar. Hacía poco había comenzado un pequeño negocio; como en el centro justo de su parcela tenía una morera se había decidido a criar gusanos de seda y con el tiempo soñaba poder comerciar con ellos y vender su seda a los artesanos que trabajaban los damasquinados.

La tarde era cálida y se había puesto a tender la colada en las cuerdas que para ello tenía tiradas al final del cultivo; por la noche esperaba la llegada de su hombre.

La falta de ruido en el interior de la casa la alarmó, ya que teniendo su hijo mayor un amiguito invitado la carencia de sonidos le inquietaba más que oírlos pelear o discutir. Su pequeño estaba en el capazo bajo la morera, tranquilo y feliz; por lo tanto el peligro no podía venir por ese lado. Pero su experiencia le decía que un largo silencio era preludio de que algo misterioso estaban

tramando. Dejó a la sombra del árbol el capazo de mimbre y tras secarse las manos en el delantal, entró en la casa. En el hogar no había nadie. Entonces los oyó cuchichear en su dormitorio; se acercó de puntillas y los sorprendió. Estaban sentados en el suelo y habían rasgado la cubierta de piel del único libro que tenían en la casa, y que era el orgullo de su marido ya que nadie en la vecindad tenía otro. Su grito los dejó helados y sin capacidad de reacción.

—¿Qué estáis haciendo, malandrines? ¿Es que no puedo dejaros solos sin que hagáis alguna fechoría?

Ya se iba a quitar la zapatilla para arrear una buena zurra a los conspiradores cuando ambos salieron pies para que os quiero, casi por debajo de sus sayas, ganando la puerta de la calle.

Leonor se agachó y tomando amorosamente el maltratado volumen entre sus manos, lo llevó a la mesa de la cocina por ver, en lo posible, de arreglar el desaguisado. ¡Qué disgusto iba a tener Marcelo! El tomo estaba en su poder desde antes de su matrimonio y la historia era harto curiosa: en uno de sus últimos viajes encontró a un fraile muy mal herido por unos bergantes al que, pese a sus protestas, tuvo que dejar a la puerta de un convento del Carmelo a fin de que los monjes lo recogieran y cuidaran, ya que su circunstancia no le permitía hacer otra cosa. Cuando ya hubo galopado muchas leguas, en el fondo de su alforja halló el volumen que, sin duda, había colocado allí el moribundo. Era absurdo intentar regresar, amén de que hubiera necesitado dar demasiadas explicaciones, cosa que por otra parte tampoco le convenía. Entonces decidió quedarse con el libro, ya que era prácticamente imposible devolvérselo a su dueño. Cuando ya fueron matrimonio, contó la extraña historia a su mujer y siempre tuvo el tomo como algo valioso y único.

Leonor calibró el estropicio. Habían despegado el cuero de la tapa, pero no parecía faltar hoja alguna. En la primera página podía leer aquella misteriosa leyenda que tantas veces había llamado su atención: «Bajo la piel residen las dos falsarias juntas, la vida y la muerte», y firmaba Yed-Amircal. Dejó sobre la mesa el volumen y salió al huerto para recoger a su hijo pequeño, pues la tarde ya se iba y el relente del río no era bueno. Su cabeza rumiaba la manera de hacer algo que aliviara el disgusto que iba a tener Marcelo y por asociación de ideas se dispuso a limpiar los tres objetos de plata que, junto con el códice, era lo más valioso que poseían: una hermosa bandeja, regalo de bodas de doña Beatriz de Fontes, que había acompañado a la generosa dote que le había asignado don Martín, una cajita de rapé y una palmatoria. Buscó los útiles apropiados para ello y se dispuso a trabajar. Comenzó por la bandeja y cuando la tuvo refulgente la colocó vertical sobre la mesa y apoyada en la pared y prosiguió con lo demás. A la media hora todo brillaba. Entonces tomó el códice y sin darse cuenta lo abrió por la tapa de cuero y lo vio reflejado en la bandeja; adherida al forro de piel, entre él y la tapa de cartón se veía una hoja escrita que al quedar las letras del revés era ilegible. Cuando ya se disponía a dar la vuelta al libro, observó que la firma era la misma que había en el exterior pero que colocada de aquella manera, además de poderse leer, decía otra cosa: «Yed-Amircal» se transformaba en «Lacrima-Dey.» Entonces dio la vuelta al libro y sus ojos recorrieron la siguiente inscripción: «Caminante: este manuscrito pertenece a la familia de los Yed-Amircal, librerías de Estambul, plaza de Solimán, núm. 13. Si eres una alma de Dios, házselo llegar. Si así lo haces, que el Dios de Israel bendiga los pasos que des en este mundo.»

Leonor se asustó e instintivamente cerró la puerta de su casa. Tenía todavía fresco en su mente el recuerdo de aquel desagradable individuo haciendo incómodas preguntas, y conocía las terribles consecuencias que podía reportar el menor trato con temas judaicos. Luego volvió a la

mesa y extrajo con sumo cuidado la hoja suelta que había entre la cubierta de piel que despegó su hijo y la tapa de cartoncillo.

Cuando la tuvo ante sus ojos, le dio la vuelta y vio una serie de nombres, y al lado de cada uno de ellos un dibujo hecho con suma maestría y cuidado: al lado del nombre de «Lacrima-Dey» se veía coloreada en escarlata una mancha que era talmente un ojo del que manaban tres lágrimas. Esta visión retrajo su recuerdo de aquel lejano día: tenía quince años y solamente sabía de la vida lo que había oído en las charlas de las mujeres de servicio de la casa; además, hasta aquella fecha don Martín había sido muy bueno con ella y a él debía el saber leer y escribir. Pero la mancha, sin duda, era la misma que él tenía en el hombro y que pudo ver claramente, a la luz del fuego de la chimenea, en tres ocasiones. Sin embargo, dadas las circunstancias en la que la pudo observar, jamás pudo hablar de ella a nadie ni admitir, cuando lo afirmó María Lujan en la feria de Carrizo, que ella había visto otra semejante en otra persona.

Cerró el libro con la hoja dentro y lo puso a buen recaudo en la alacena, dentro de una gran marmita. Luego tomó un mantón, se lo echó sobre los hombros y fue a buscar a su hijo mayor, que sin duda se había escondido en casa de su amiguito; eso sí, sin el menor ánimo de castigarlo y ni tan siquiera de reprenderlo. Su mente cavilaba, y de repente comprendió la frase de la primera página; si lo descubría alguien, bajo la cubierta de piel de aquel libro convivían la vida y la muerte.

Laberintos

Tras enterarse a través de sus informantes de que el doctor Gómez de León había fallecido, el portugués, siguiendo las tajantes órdenes de su ilustrísima el obispo Carrasco, había encaminado sus pasos a San Benito.

Había ya entrevistado a la partera y a la ex doncella de doña Beatriz de Fontes y le quedaba por visitar a Casilda Peribáñez. Luego debía encontrar a aquella maldita monja a la que la tierra parecía haberse tragado.

Fleitas había diseccionado la situación y había llegado a unas conclusiones irrefutables. Si la comadrona sostenía que el fruto del último parto de doña Beatriz de Fontes había sido una niña y la criada y el ama sostenían lo contrario, podían darse dos circunstancias: la primera que alguien mintiera, cosa poco probable ya que a ninguna favorecía tal embuste, y la segunda que las tres obraran de buena fe, es decir, que cada una se afirmara en lo que creía era la verdad.

En el momento del parto la comadrona era la única que estaba presente y en aquel instante lo que tuvo en sus brazos fue una hembra. Cuando la doncella entró a velar a la parturienta, es incuestionable que lo que dormía en el moisés era un varón, y de eso estaba segura la mujer de Marcelo Lacalle; por lo tanto su fino olfato de perro perdiguero le señalaba que en aquel breve lapso de tiempo habían cambiado a la criatura. ¿A quién convenía el cambio? Sin duda a don Martín de Rojo, que lo había permitido, y la evidencia era que el resultado final de todo aquel embrollo era que lo que había amamantado finalmente el ama fue un niño.

Para más evidencia, la única persona que había estado antes, durante y después, y que por tanto estaba al cabo de la calle de todo lo acaecido aquella noche, era el hidalgo. ¿Quiénes fueron sus cómplices? Sin duda su amigo, el recién fallecido doctor Gómez de León, y su querida hermana, la antigua priora.

Fleitas se preguntaba si alguna desavenencia entre ellos dos habría desencadenado la extraña muerte de la madre Teresa y estaba dispuesto a que ningún dato que pudiera hallarse en el convento le pasara inadvertido.

Había llegado al atardecer del día anterior y luego de presentar sus credenciales había sido invitado a pernoctar en la abadía. Por la mañana asistió a maitines y a laudes con la comunidad y tras conversar largamente con la priora, llegó a la conclusión de que la persona que más datos le podía facilitar sobre la evadida postulante era el fraile del convento, el reverendo Julián Rivadeneira.

Se habían citado en el huerto al lado del riachuelo después del refrigerio del mediodía y, tras cruzar unas pocas palabras, ambos supieron que eran lobos de la misma carnada.

El hábito pardo del fraile y los negros ropajes del portugués se reflejaban en la mansa corriente de agua mientras ambos paseaban por su ribera.

—Como comprenderéis, excelencia, desde el primer día alerté a sor Gabriela sobre la prioridad absoluta de dar con el paradero de esta descarriada no sólo por devolverla al redil, sino por el peligro que para la pureza de la fe representa que esté ahí fuera contaminando inocentes criaturas.

—Y ¿qué pasos se dieron para ello?

—Uno de los primeros fue avisar a su ilustrísima, pero pienso que al principio no se le dio el hecho la importancia que finalmente parece habersele dado. Ahora, si de mí hubiera dependido, habría puesto en pie cuantos medios se precisaran. Yo sé de sus facultades diabólicas, aunque entiendo que al principio se creyó que era la mera fuga de una monja, tal vez por amoríos u otras irrelevantes circunstancias que normalmente concurren cuando un hecho de esta índole acontece, por desgracia, en los días que corremos con demasiada frecuencia.

—Me consta que su excelencia reverendísima puso en marcha el procedimiento y comunicó inmediatamente a quien correspondía el triste suceso para que se tomaran las medidas pertinentes.

El de Fleitas no permitía que un ápice de culpa rozase el borde de la loba de su generoso protector.

Rivadeneira, que entendió que llevado por sus deseos quizás había sido demasiado vehemente, recogió velas.

—Entendedme, ¡por Dios!, nada he de decir de la probidad y celo del eminente protector de este convento. Pero vos y yo somos conscientes de la lentitud burocrática de estos procesos: entre que se emiten los informes oportunos, los correos hacen los caminos y se dan las correspondientes órdenes pasan los meses, éstos se convierten en años y los enemigos de la fe tienen tiempo de pertrecharse y ocultarse y luego todo es mucho más dificultoso.

—En este punto os tengo que dar la razón. Y decidme, paternidad, ¿cómo era la tal Catalina?

—¿Os referís a su físico o a su espíritu?

—A ambas cosas, que todo ayuda a conformar la idea que me debo hacer de su personalidad si pretendo encontrarla.

—En primer lugar os hablaré de su psique ya que, como sabéis, todos somos según la conciencia que nos motiva.

—Os escucho.

—Desde muy pequeña mostró un inconformismo y una rebeldía impropia de sus pocos años. Sor Gabriela podrá contaros anécdotas y facetas de su carácter que son impropias de una muchacha. Desde siempre fue zurda y, como sabéis, la izquierda es la mano de Lucifer. A veces su espíritu parecía abandonar su cuerpo y quedaba ida, como si no estuviera; su sola presencia era capaz de transformar el natural pacífico de las bestias domésticas de nuestro Señor en instinto maléfico. Y el día que desapareció, su huida no puede explicarse en términos humanos y la prenda que dejó en su celda no deja lugar a dudas: ya sabéis que una mata de su negro pelo fue el pago que ella entregó a Satanás a cambio de su ayuda.

Ambos hombres se persignaron.

—Y en cuanto a su físico, ¿qué me podéis decir?

Los ojos de Rivadeneira se iluminaron.

—Era más que esbelta, espigada. Sus ojos garzos le ocupaban la mitad del rostro, su pelo era

negro y sedoso... la sonrisa era hechicera y su piel era como el alabastro.

—Parece que su paternidad la conocía bien.

La boca del portugués, debido al costurón que le cruzaba la mejilla, presentaba una mueca torcida que pretendía ser una sonrisa. El otro comprendió que tal vez se había sobrepasado en su descripción.

—A todas mis ovejas describiría con igual pasión.

—Comprendo.

—¡Os la puedo dibujar!

El portugués lo miraba con desconfianza.

—¿Que pretendéis insinuar?

—¡No insinúo, excelencia, afirmo! Una de mis aficiones favoritas es la pintura. Los cuadros que habéis visto en el refectorio son obra mía.

—Y ¿seríais vos capaz de pintarla de memoria?

—No sería una pintura del aposentador^[198] real Diego de Silva y Velázquez, pero un boceto que reflejara la finura de sus facciones sí soy capaz de hacerlo.

—Pues poneos a la tarea de inmediato. Será de gran ayuda para mí y para los colaboradores que me auxilien en tal cometido el ver, por fin, el rostro de la persona que buscamos con tanto interés. Mas se me ocurre, al hilo de lo que os digo, otra cosa que puede ser definitiva.

—Os escucho.

—Siendo así que tan bien la conocéis y siendo vos la persona que mejor la puede identificar, se me ocurre que sería bueno que recabara de su ilustrísima el correspondiente *placet* para que os desplazéis conmigo a la Corte, que sin duda es el lugar donde todo el que pretenda ocultarse mejor se puede esconder. Es muy importante, en estas cuestiones, adelantarse a los pasos del cervatillo si queremos cobrar la pieza.

—Nada podría ser más de mi agrado.

—Entonces, paternidad, haced vuestro boceto y preparad el equipaje. Yo corro con la responsabilidad de la decisión. A la vez que partimos, enviaré a Astorga un correo demandando el permiso del prelado.

—¿Y si lo negare?

—Dejadlo de mi cuenta, y hablando de otra cosa, decidme, ¿cómo es esa tal Casilda a la que debo interrogar?

Los dos hombres habían llegado al final del huerto y estaban junto a la tapia del fondo al lado de los alambres del tendedero.

—Ahí la tenéis —dijo el fraile, señalando con el dedo a una mujer recia que, arremangada, en aquel instante estaba colgando en las cuerdas la colada de las monjas.

El portugués posó sobre ella su circunspecta mirada.

—Me refiero a su carácter.

—Como su físico, dura y decidida; no se asusta fácilmente. Notaréis, cuando la interroguéis, que aguantará vuestra mirada.

Al cabo de un cuarto de hora, Casilda era llamada a la presencia del familiar, que la esperaba en el locutorio.

El viento transportaba las noticias a través de las paredes de la abadía. Cuando la mujer fue reclamada por el portugués ya sabía que alguien del Santo Oficio había llegado el día anterior y

que recababa información sobre Catalina. Casilda siempre había supuesto que aquello ocurriría algún día, y mil veces se había preparado para la ocasión. Su confidente, desde la feria de Carrizo, era Antón Cifuentes. Por otra parte, en más de una oportunidad había intentado Fuencisla sonsacarla sobre la huida de la muchacha, sin que ella soltara prenda. Llegó al locutorio tranquila pero en guardia, tocó con los nudillos en la hoja de la puerta esperando la voz que autorizara su entrada y cuando escuchó el «¡Adelante!» se introdujo en la estancia.

Al fondo, sentado ante la mesa desde la cual la priora vigilaba a las novicias los días que eran visitadas por sus familiares, se hallaba sentado el lúgubre personaje. Su presencia imponía. Excepto su golilla rizada, que era blanca, todo el resto de su ropaje era absolutamente negro; la tez, pálida, los ojos glaucos se asemejaban a los de un ciego. De cualquier forma, lo más impresionante del conjunto era aquel costurón que le cruzaba la mejilla desde la oreja hasta la comisura de los labios.

—¡Sentaos!

Casilda se adelantó hasta la mesa y se acomodó en un pequeño asiento que estaba frente a ella.

—¿Vuestro nombre?

—Casilda Peribáñez, para serviros.

—¿Cuánto tiempo lleváis entre estos protectores muros?

—Unos catorce o quince años más o menos.

El portugués se acomodó sobre su inmensa nariz unos quevedos y consultó unos papeles que tenía ante él.

—Mis noticias son otras. Aquí dice dieciocho.

—Apenas entré y tras tener a mi hijo, salí cuatro años, si mal no recuerdo, para criar al hijo de don Martín de Rojo y de doña Beatriz de Fontes. Pensé que vucencia se refería a los años que llevo aquí dentro dijéramos que seguidos.

—Vamos a dar por buena vuestra aclaración. Y, decidme, ¿qué edad tenía el niño que amamantasteis al entrar al servicio de esa familia?

—Álvaro no tendría más allá de cinco o seis días.

—Y vos ¿qué edad teníais?

—Aún no había cumplido los dieciséis.

—¿Y quién fue la persona que os buscó acomodo en esta casa?

—La reverenda madre Teresa, que el Señor haya acogido en su gloria.

—¿Y no os extrañó tal circunstancia?

—La verdad es que no, excelencia. No soy la primera ni la última que deja San Benito para criar al hijo de otro y, siendo como era la reverenda madre hermana de don Martín, no me extrañó lo más mínimo.

—Vos, si mis noticias no me fallan, conocíais a la monja que huyó de San Benito, va para cuatro años.

—Todas conocíamos a Catalina.

—¡No andéis con subterfugios! Vos de una manera especial.

—Si por especial se entiende que ambas estábamos a las órdenes de sor Hildefonsa, en las cocinas, entonces tal vez tengáis razón. Admito que pasaba más horas con ella que con las demás.

—Y, lógicamente, hablaríais de muchas cosas.

—Desconocéis la regla del convento. Nos podíamos pasar horas una al lado de la otra

pelando patatas, pero no está permitido hablar durante el trabajo.

—Pero reconoceréis que del roce nace la confianza, y que por lo tanto era más fácil que un sentimiento de amistad naciera entre ambas que con otra persona de la abadía.

—Ella era aspirante y yo fámula. No teníamos otra dependencia común aparte de las cocinas, y mis problemas y vivencias eran muy diferentes a las suyas a causa de la edad; en aquel entonces, la mía casi doblaba a la suya.

—Vayamos a otra cuestión. Cuando regresasteis de casa de los Rojo y os reintegrasteis a la disciplina de San Benito, ¿no os extrañó encontraros tras los muros del convento a una criatura de cuatro años? Aquí sólo vienen pecadoras a dar a luz, pero jamás se queda en la abadía uno de estos pequeños; todos son dados a familias que se hacen cargo de ellos. ¿A qué atribuíis vos que Catalina se quedara?

—Yo soy una pobre fámula que bastante trabajo tiene ocupándose de sus asuntos. Os mentiría si os dijera que no llegó a mis oídos la historia de la noche que dejaron una criatura en la puerta de San Benito, pero poco tiempo tuve para ello ya que a los tres o cuatro días partía para casa de los Rojo con el fin de ejercer de ama de cría, y cuando regresé la niña ya tenía cuatro años y medio.

—Los mismos que vuestro amamantado. ¿No es una curiosa casualidad?

—Tal vez, pero todos los días nacen infantes y no por eso hay que buscar casualidades.

—Entonces ¿por qué anduvisteis porfiando con la partera del doctor Gómez de León y con la doncella de doña Beatriz en la feria de Carrizo de la Ribera, hará ya algunos años, sobre el sexo del hijo que tuvo la esposa de don Martín y que vos criasteis?

A Casilda le pilló desprevenida aquella pregunta, que no esperaba, pero reaccionó rápidamente y no le pareció prudente negar el hecho.

—No veo yo que tenga nada que ver esta discusión con el hecho de que una aspirante se fugara de este convento. No sé qué andará por la cabeza de María Lujan, pero os puedo asegurar que está equivocada. Como comprenderéis, tras cuatro años de darle mis pechos no me cabe la menor duda sobre el sexo de la criatura.

—Y ya que lo habéis nombrado... a vuestro juicio, ¿cómo es posible que la muchacha se escapara sin ninguna ayuda? Otrosí, ¿creéis que tuvo algo que ver el maligno en todo ello?

—Nada me hace suponer que tuviera relación alguna con los poderes del mal.

—Decidme... ¿alguna vez cuando regresasteis de vuestra misión en casa de los Rojo y esta criatura tenía cuatro años, por un casual la madre Teresa no os encargó que cuidarais de ella?

—No tal. Lo que sí os puedo decir es que su compañero de juegos infantiles con el que andaba siempre cuando era niña era el hijo del jardinero; lo llamaban Blasillo.

—Y ¿dónde está ese tal Blasillo?

—Lo ignoro. Solamente os puedo decir que mucho antes de que ella desapareciera del convento, a él lo habían echado.

—¿Y cuál fue el motivo de su expulsión?

Casilda pensó que ocultar aquello no conducía a parte alguna y que de todas formas aquel individuo se iba a enterar, amén de que aquello no iba a perjudicar a su amiga, estuviera donde estuviera.

—Se dijo que cierta vez que estaba castigada condujo hasta su encierro al hijo de uno de los nobles protectores del convento y que éste, por defenderla, creó un problema a la priora. Por eso

fue expulsado.

El portugués se quedó con la historia. Luego hablaría de ello con sor Gabriela.

—Y... ¿por un casual no oísteis algo sobre una marca escarlata que, parece ser, tenía en alguna parte de su cuerpo?

—Jamás oí tal cosa.

—Está bien. Por el momento podéis retiraros.

A los dos días y tras conocer a través de sor Gabriela de la Encarnación el incidente habido a raíz de la visita de Diego de Cárdenas y su ayo a San Benito, pertrechado con el boceto del rostro de Catalina que la habilidad del padre Rivadeneira había reproducido fielmente y tras indicarle a éste que se encontrarían en Madrid en cuanto le llegara el *placet* del obispo que él se iba a ocupar de solicitar, partió el de Fleitas hacia Benavente a fin de visitar al marqués de Torres Claras y comprobar si, por un casual, aquella maldita criatura había recalado en el palacete de los Cárdenas buscando protección y abrigo.

Correos secretos

Primera carta

*De su hijo, Don Diego de Cárdenas
Al Excelentísimo Señor Marqués de Torres Claras Benavente*

Querido padre:

Ésta se adelanta a la que tengo por costumbre enviaros mensualmente, ya que el suceso acaecido lo merece e imagino que, como a mí, cuando os lo explique os causará, además de la sorpresa consiguiente, una gran alegría.

Resulta ser que la otra tarde se disponía Lorenzo a acudir a recoger un florete que tenía encargado en la armería de Pedro Arnaldo, cuando al abrir la puerta ¿no diríais quién estaba en ella? Pues ni más ni menos que nuestro paje, Alonso Díaz, que me buscaba en la Corte con el fin de devolver la mula que se llevó de vuestras cuadras de Benavente cuando escapó.

Tanto Lorenzo como yo mismo nos llevamos un gran contento. Está, como os diría yo, mucho más maduro y más cuajado; hablando con él se da uno cuenta, fácilmente, de que ya no tiene enfrente al mozalbeta que era cuando vivía con nosotros. Se ofreció incluso a pagar lo que vos consideréis oportuno por el uso o alquiler del animal durante este tiempo. Como comprenderéis no solamente le condoné la deuda, sino que le regalé uno de mis caballos. No sé si lo aprobaréis, pero lo hice en nombre de ambos. Recordé los buenos servicios prestados, el afecto que le profesabais y sobre todo el hecho de que creo que, de alguna manera, estaba en deuda con él por la gran decepción que, sin quererlo, le ocasioné cuando, tras habérselo prometido en infinidad de ocasiones, no lo traje a la Corte entre las gentes de mi casa, causándole por lo visto un gran disgusto.

Aquí en Madrid si quiere tener alguna oportunidad de mejorar su condición, ya que está buscando sus raíces e intentando recobrar su pasado, no lo va a poder hacer jinete en una acémila.

Le ofrecí, como no podía ser de otra manera, hospitalidad y acomodo en mi casa pero quiere volar con alas propias, lo cual me parece justo. No me ha dicho dónde vive, pues aún no tiene acomodo fijo, pero sé que da lecciones de esgrima en la academia de Pedro Pacheco, que junto con la de Luis Narváez es donde acude lo más granado de la

Corte; no me extraña que así sea, pues en estos dos años transcurridos desde mi partida de Benavente aún es la hora de que encuentre un tirador más diestro e imprevisible que don Alonso. Pienso que a cada cual el Señor otorga sus dones, y sin duda a Alonso lo dotó de un sentido especial para este arte y de una agilidad y reflejos que sé que acá en Madrid van a causar sensación.

La semana próxima y coincidiendo con los festejos de Don Carnal y Doña Cuaresma vuelvo a estar invitado al sarao y baile de máscaras que ofrecerán los Mendoza. Como es costumbre, actuará durante la noche una compañía de cómicos en una de estas sesiones de particulares que tanto se estilan hoy en día; lo sé por la invitación que, tras la cena y antes del baile, así lo anuncia.

Por cierto, decidle a don Suero que me avise con antelación de su anunciado viaje a la Corte para ver de solucionar las fiebres que padece Lucero. Quiero agradecerle su ayuda y tengo interés en acompañarlo al Corral del Príncipe para que pueda observar la gracia y el talento de una mujer que ha revolucionado el arte de Terpsícore en la compañía de Pedro de la Rosa, Clara Arnedillo es su nombre, y caso de no tomarlos con anticipación es imposible encontrar boletos.

Bueno, querido padre, con mis mejores deseos para mi ayo, Tomasa, mi ama, y para fray Anselmo, por este orden, recibid el más respetuoso de los saludos de vuestro hijo que nunca olvida los apellidos que lleva y que tanto desea honrar.

Diego

Segunda carta

*De Don Nuño Bastos,
Informante del caso de Don Martín de Rojo
A Don Sebastián Fleitas de Andrade, Familiar del Santo Oficio
Remitido duplicado a Su Ilustrísima Don Bartolomé Carrasco*

Respetado señor:

A través del correo que tuvisteis a bien indicarme, Marcelo Lacalle, paso como es de rigor a daros cuenta de la gestiones realizadas hasta el momento sobre el asunto que me encomendasteis al respecto de don Martín de Rojo e Hinojosa, y en el que tanto interés ha puesto su excelencia reverendísima.

Como es obvio, me desplazé hacia la provincia donde se ha desarrollado desde siempre su actividad y me dediqué a recopilar datos sobre su vida, la de sus antepasados y la de cuantas personas pudieran tener o hubieran tenido relación con él o con sus ancestros.

He revisado parroquias, fuentes de libros bautismales, archivos de nobleza y cuanta documentación fidedigna o información oral pudiera influir en la investigación, para impedir que consiga sus propósitos, pero hasta el momento parece que ninguna sombra enturbia el lustre de sus apellidos.

Una circunstancia, sin embargo, favorece los deseos de su ilustrísima. Paso a explicarme: como sabéis hacen falta no menos de ocho apellidos que acrediten la limpieza de sangre^[199] de un hidalgo para que éste pueda preciarse de ser cristiano viejo. Tenemos la suerte de haber topado con una rama de los Rojo que, aunque nada tiene que ver con él, puede sernos de gran provecho y utilidad, ya que el bisabuelo, según tradiciones orales, fue alquilador de mulas y tuvo el negocio en la plaza del Conde de Fuensalida, en Segovia, con el agravante, y esto favorece mucho a las intenciones de su ilustrísima, de que lo apodaban el Moro, apelativo que sin duda se debía a algo.

Si conseguimos imbricar esta familia con la suya tendremos un obstáculo insalvable para que lleve a cabo sus intentos. De cualquier manera seguiré indagando y tendré por cierto que, cumpliendo los deseos de su ilustrísima, haré todo lo que esté en mi pobre mano para que don Martín de Rojo no consiga su pretensión.

Siempre a las órdenes de vucencia, se despide vuestro leal servidor,

Nuño Bastos

Marcelo Lacalle regresaba a su casa. Había recibido la orden de presentarse en la mansión de don Nuño Bastos con el fin de recoger dos misivas para don Sebastián Fleitas de Andrade y para su excelencia, el secretario provincial del Santo Oficio, el obispo Carrasco. La visita del portugués le había sumido en un estado de inquietud hasta entonces desconocido y el casual hallazgo de Leonor descubierto bajo la piel del encuadernado tomo que aquel monje moribundo había introducido en su alforja, colmó su desasosiego. Tenía dos hijos y una buena mujer; debía velar por su seguridad y él, aunque no quiso alarmar a su parienta, conocía perfectamente las complicaciones que podían derivarse de la visita de un familiar del Santo Oficio cuando éste comenzaba a husmear.

Don Nuño Bastos, el informante, selló con lacre ambos documentos y tras recomendarle que partiera en cuanto le fuera posible, lo despidió.

Llegó a su casa, atrancó la puerta y tras ordenar a su esposa que acostara a los niños se instaló en la mesa de la cocina dispuesto a llevar a cabo una operación que aprendió de un viejo correo. Hasta la fecha ni se le había pasado por las mientes que algún día tuviera que realizarla, y requería una diligencia y un tino fuera de lo común.

En primer lugar extrajo de su escarcela ambos pliegos y tomando el reseñado a nombre del portugués lo colocó sobre la superficie del tablero, luego se dirigió a su alacena y buscó una caja en la que guardaba sus tesoros, entre otras cosas una fina lámina de amianto, una navaja, hilo de tripa, laca y goma arábiga. Tomó la cuchilla y sujetándola por el mango la puso sobre el fuego del hogar para que adquiriera una elevada temperatura; entre tanto hizo con su navaja de Toledo un pequeño agujero en la lámina de amianto, que fue agrandando hasta que adquirió el tamaño del sello. Cuando lo tuvo dispuesto, colocó la lámina de amianto sobre el pergamino de forma que únicamente asomara por el agujero el rojo lacre; después, con mucho tiento fue atacando los bordes del sello con la caliente punta de la hoja, que se deslizaba apoyada en el amianto de forma que el pergamino no resultara perjudicado por el calor que desprendía. Cuando el canto del lacre se fue separando, tomó el sedal y pasándolo por debajo del borde despegado fue tironeándolo de

uno a otro lado, cual si fuera una pequeña sierra, hasta que finalmente el lacre, tierno todavía, se despegó sin cuartearse, dejando la cinta que lo sujetaba en libertad.

Entonces desplegó la misiva destinada al portugués y leyó. Luego llamó a su mujer e hizo que ella asimismo se enterara de lo que decía el documento. Decidieron hacer una copia y guardarlo bajo el forro de piel del viejo códice por si en alguna ocasión les pudiera ser útil para ganarse el favor de don Martín. A continuación Marcelo volvió a calentar la hoja de acero de su navaja y con ella mezcló la goma arábiga con la laca roja; cuando hubo terminado la operación, untó con la mezcla la parte posterior del despegado sello y lo volvió a colocar en su sitio, presionándolo firmemente con un trapo hasta que volvió a pegarse. Por último puso a buen recaudo ambos documentos y después de guardar su caja de utensilios, decidió partir al día siguiente. Aquella noche hicieron el amor, y tras el acto Marcelo durmió tranquilo.

Los particulares

Don Pedro de la Rosa se lo había comunicado la semana anterior.

—Catalina, el sábado próximo haremos unos particulares.

—¿Y eso qué es?

—Veréis, nos contratan fuera de horario en uno de los palacios de la alta nobleza de Madrid y por la noche representamos una obra corta, de fácil montaje, un entremés por ejemplo, luego se canta y se baila. A los nobles les gusta mucho jugar a plebeyos y en lugar de las danzas de cuenta^[200], como el turdón, el caballero o la gallarda, se atreven con las de cascabel^[201], el pollo, la gorróna o el rastrojo y finalmente me hacen declamar los fragmentos de las obras que más les placen y siempre, invariablemente, me piden el Segismundo de *La vida es sueño*. Después acostumbran a darnos de cenar, que eso a los cómicos siempre nos viene bien, y en según qué sitios incluso a veces nos hacen un regalo.

—¿Y yo tengo que ir?

—Desde luego, Catalina. El gran recurso es la zarabanda o la capona; no me perdonarían que no las bailarais. Además el montaje es de lo más fácil: cuatro sillas, dos mantones de fondo, las guitarras y la vihuela. Entre el *Lechuguilla* y vos los volveréis locos.

Y así fue como al terminar la función del corral los cómicos cargaron el *atrezzo*^[202] necesario en una galera y se dirigieron al palacete de los Mendoza, que ocupaba toda la manzana entre la calle de la Leche y el prado de San Jerónimo. Un muro de piedra rodeaba el opulento edificio y el lacayo que guardaba la portería los envió por la puerta de las cocinas, pues toda la casa se estaba engalanando; la cera que daban los criados al parqué de la escalera y de los pasillos hacía que el pisarlo fuera inviable hasta que se sacara brillo con las felpas a fin de que, al encenderse los cirios de los grandes candelabros y los candiles de aceite, la barnizada madera refulgiera como un espejo.

Cuando el carromato se detuvo en la entrada de servicio, ya lo estaban aguardando tres criados para acarrear los cestos grandes. Catalina tomó en sus manos un pequeño maletín de piel con sus maquillajes, que no soltaba jamás, y siguiendo a don Pedro y a la primera actriz, Ana de Andrade, se introdujo en el edificio. Las cocinas le recordaron por su tamaño las del convento, pero no tal por su empaque ni por el número de gente que las atendían, ni tampoco por la exhibición de viandas surtidas que allí se mostraban. Al cuidado de los fogones estaban cuatro cocineros, atendiendo las marmitas de las que salían inefables efluvios. Dos reposteros armados con sendas mangas pasteleras daban los últimos toques a un pastel gigante de cumpleaños que lucía colocado sobre un obrador, haciendo rizos y guirnaldas de nata y de crema y clavando en su

cima un uno y un ocho de guirlache. Un sinnúmero de pinches y ayudantes pululaban atareados, yendo y viniendo como laboriosas hormigas, entre las mesas de ayuda y la despensa de provisiones, transportando los más diversos manjares: faisanes asados con adornos de plumas, cochinillos con manzanas en la boca, langostas y bogavantes en inmensas bandejas de plata salpicadas de ostras y colocados en ritual danza.

A Catalina no le daba tiempo, al circular con tanta premura entre tan opulentos manjares, a fijarse en las maravillas culinarias que allí se mostraban. Al detenerse junto a la puerta para cambiar de mano su maletín, pudo observar en el atril donde se instalaba el jefe de cocinas el diccionario gastronómico de maese Ruperto de Nola, abierto en la página de los «Caldos oportunos para acompañar la caza».

Entre tanto los criados subían los grandes cestos de mimbre a las habitaciones a ellos destinadas, don Pedro, acompañado de Ana de Andrade, se dedicaba a inspeccionar el lugar donde se celebraría la representación, circunstancia que aprovechó Catalina, apoyada en el pasamanos de la escalera, para observar maravillada aquel marco. A su lado el palacio de Torres Claras era un túmulo triste y desangelado; fuere porque aquél era un mundo de hombres o fuere porque, al estar lejos de la Corte, las modas y las costumbres llegaban con mucho retraso, el caso era que al lado de aquel estallido de luz y de espejos recordó un Benavente ascético y duro como una cartuja.

Bajo una inmensa araña de más de doscientas bujías se abría un salón de mármol blanco y cristal que haría no menos de ochenta varas de largo y cuarenta de ancho. Las paredes eran de espejo para que en ellas pudieran reflejar su luz los más de cuarenta apliques que lucían sus bujías, todavía apagadas. En su extremo se ubicaba un templete, algo más elevado y enmarcado entre dos columnas, donde se iba a celebrar la representación y en el cual, en aquel mismo instante, se hallaba Ana de Andrade conversando con quien Catalina supuso sería el maestro de ceremonias, en tanto que Pedro de la Rosa, instalado en el centro del salón, daba dos fuertes palmadas a fin de comprobar el eco que el alto techo abovedado devolvía. Ante la preocupada mirada de su compañera, aclaró:

—No os intranquiliéis. Cuando esté lleno de gentes vestidas con espesos terciopelos y suntuosos brocados, disminuirá notablemente este incómodo reverbero.

Tras todas aquellas comprobaciones fueron conducidos a dos grandes habitaciones que, llegado el momento, les harían de vestuarios: las mujeres a un lado y los hombres al otro.

Catalina no podía disimular su nerviosismo. Ana de Andrade acudió en su ayuda.

—No os agobiéis, son una panda de engreídos. Nosotros somos la excusa; ellos vienen a verse los unos a los otros para luego poder despellejarse.

—Gracias por vuestra ayuda, pero jamás vi marco parecido y ni pensar quiero lo que debe de ser lleno de gente.

—Imaginaos que estáis en el corral.

—Allí están más alejados y el entarimado es más alto. Aquí pienso que si se desmandaran como en aquella ocasión, podrían asaltar la escena.

—No tengáis cuidado, estas gentes no se desmandan como el pueblo. Los ricos no hacen las revoluciones y ¿sabéis por qué?

—No tal.

—Porque no tienen hambre.

Ante tan sabia reflexión, Catalina se tranquilizó y se dispuso a maquillarse.

El tiempo transcurrió lentamente. Cuando ya estuvieron preparadas pasaron a la estancia de los hombres, donde templaron las guitarras y la vihuela; a lo lejos sonaba la música de cámara de un quinteto de cuerda y un chambelán tocó en la puerta avisándolos de que en unos diez minutos iban a actuar. En primer lugar representarían una pieza corta de Gabriel Téllez, que firmaba como Tirso de Molina, luego saldría el tañedor de vihuela para dar tiempo a que Ana de Andrade se cambiara de ropa para cantar las jácaras de Escarramán^[203], después don Pedro recitaría dos fragmentos de *La vida es sueño*, de Calderón, y finalmente saldría el cuadro musical al completo y Catalina cantaría y bailarían la chacona acompañada de guitarras, tejoletas, panderos y bandurrias.

Cuando comenzó la representación, la muchacha, acompañada del *Lechuguilla*, se ocultó entre los balaustres de la escalera desde donde podía divisar tanto la escena como el salón principal. Al verlo se quedó sin habla y le espetó a su compañero:

—¡Yo no salgo! Me tiemblan las piernas.

—No os preocupéis, que no muerden. Cuando empecéis, veréis qué pronto se calientan.

La representación transcurría sin novedad y Catalina se dedicó a observar con atención a las damas y caballeros que tras sus elegantes antifaces, que ocultaban a ellos los ojos y a ellas parte del rostro, llenaban el regio salón. ¡Jamás había visto reunida tanta riqueza y boato! Los pomposos guardainfantes se prodigaban junto a las lujosas basquiñas y las abullonadas mangas acuchilladas, desde cuyos cortes asomaban otras ricas telas de vistoso colorido; los jubones de los hombres, los greguescos, las calzas, las medias sujetas con adornadas ligas y las botas competían entre sí en riqueza y galanura. Entonces, junto a la pared creyó verlo. ¡Los pulsos se le detuvieron! Allí, en una postura harto conocida por ella, apoyado indolentemente en una pequeña columna dórica que sustentaba a una Diana cazadora se hallaba, oculta su mirada por un negro antifaz, apuesto cual dios del Olimpo, Diego de Cárdenas, futuro marqués de Torres Claras.

Súbitamente tres golpes dados por el chambelán con la contera de su alta vara sobre el parque detuvieron la representación; su voz resonó poderosa anunciando a los ilustres invitados. Todas las miradas convergieron en la entrada. Solemne, con la cara descubierta y con la templanza del que se sabe el más alto, acompañado por su hija María y por su yerno, el marqués de Toral, hacía su entrada el todopoderoso valido del rey, don Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde duque de Olivares.

Catalina salió de su trance. La representación prosiguió y ella tuvo tiempo para recomponer su ánimo y, de esta manera, proseguir su inspección. Al costado de Diego se hallaba una joven impecablemente vestida de blanco que, a través de su brillante antifaz plateado adornado de pedrería, se adivinaba preciosa. Pensó que era Elena de Mendoza, la hija del noble que daba la fiesta aprovechando la coyuntura de su cumpleaños para presentarla en sociedad.

El *Lechuguilla* la avisó. La obra había finalizado y la intervención del tañedor de vihuela era breve; el tiempo que tenían para repasar su maquillaje y prepararse era el que tardara Ana de Andrade en interpretar sus coplas. Sin casi darse cuenta se encontró frente a aquel encopetado auditorio; pensó que lo mejor era morir matando, y cantó y bailó acompañada por el cuadro, imaginándose que estaba con los Ayamonte en cualquier feria de cualquier pueblo e imitando los recursos que ellos tenían para entusiasmar al respetable. Los aplausos se repetían incansables al finalizar cada cante y no la dejaban irse del escenario. Finalmente, don Pedro de la Rosa les hizo una seña desde el lateral del improvisado tablado y, aprovechando una copla que se prestaba para

ello, se fueron bajando todos del entarimado a ritmo de las guitarras y de las panderetas.

La cabeza de Catalina, durante la actuación y cuando ya los supo entregados, trabajaba a toda máquina y una idea fue germinando poco a poco que, aunque arriesgada, le pareció factible.

Ana de Andrade se cambiaba de ropa a su lado en tanto Pedro de la Rosa cerraba el espectáculo, tal como había previsto, recitando el fragmento de Segismundo en la mazmorra y los versos inmortales de Calderón, que comenzaban con el «¡Ay! mísero de mí, ¡ay! infelice...», llegaban nítidos hasta donde ellas se hallaban. Su plan contaría, sin duda, con la complicidad de la gran cómica a la que Catalina, desde el primer día, había caído en gracia.

—Señora, me tenéis que ayudar.

Ana la miró sorprendida.

—¿Y qué ayuda precisáis de mí?

—Ahí abajo está el hombre por el que vine a la Corte y al que amo con toda mi alma. Quisiera quedarme en el baile, aprovechando la coyuntura de que podré estar cerca de él ocultando mi rostro.

La cómica, que había cumplido ya los cuarenta años, la miró con la simpatía con la que una mujer mayor que ya ha pasado por estos trances mira a una jovencita.

—Creo que vuestra presunción es imposible.

—¿Por qué decís tal cosa?

—Porque el valido del rey ha acudido a la fiesta.

—Y ¿eso qué tiene que ver?

—Vos sois nueva en la Corte. Hace más de un año se promulgó una pragmática que prohibía el uso de antifaces durante las cenas a las que asistiera su excelencia, el conde duque de Olivares.

—Y ¿por qué?

—Cuestión de seguridad. Se hablaba de un intento de asesinarlo por parte de los hombres del cardenal Richelieu, al servicio de Francia.

—¿Entonces?

—Cuando pasen los invitados al comedor tienen que tener, todos, el rostro descubierto. Solamente se permitirán las máscaras hasta que finalice el baile. Yo lo sé porque ya ha ocurrido en otras ocasiones en las que he estado presente.

—¡Por favor, señora, ayudadme! Frente a la entrada del salón hay un gran reloj. ¡Estaré vigilante! Antes de que pasen al comedor ya me habré escapado.

—Pensad que habrá mucha más vigilancia de la normal.

—¡Os lo suplico!

La mujer dudó.

—Sea. No sé qué dirá don Pedro, pero contad conmigo. Yo sé bien lo que es sufrir el mal de amores, aunque no alcanzo a comprender cómo llevaréis a cabo vuestro plan.

—¡Doña Ana, os amaré siempre! Atendedme, mi plan es bien sencillo. Si me lo prestáis, usaré uno de vuestros disfraces y una de vuestras pelucas; entre mis ropas traigo el antifaz que uso cuando, vestida de doncel, represento con vos la escena de la huida en *Los apuros de Fenisa*. Cuando marchéis esconderé mis ropas de varón bajo esta cama y bajaré al salón vestida con el traje que tengáis a bien prestarme; estaré en el baile cerca del hombre que amo. Luego subiré de nuevo a esta habitación, me cambiaré de vestimenta y, aprovechando el incógnito que me proporciona el antifaz, saldré por la puerta principal como cualquier invitado que abandona la

fiesta, dejando mis ropajes de mujer colgados en el armario. Mañana enviaré a un propio a recogerlos, alegando que la gran Ana de Andrade se olvidó uno de sus atavíos. ¿Qué os parece mi idea?

—¡A fe mía! Cuan osada es la juventud. Ya había olvidado de lo que es capaz una mujer enamorada. Contad con mi ayuda, pero nada vais a decir a don Pedro; yo me ocuparé de ello. Cuando suba le explicaré que os habéis encontrado indispueta y que habéis marchado a vuestra casa.

Catalina estaba exultante. Se abalanzó sobre Ana de Andrade y la abrazó fuertemente.

—¡Jamás os podré pagar este favor!

—Ni tenéis por qué. Yo también he tenido dieciocho años.

Las dos cómplices se pusieron a la tarea. En primer lugar Catalina sacó del baúl de mimbre sus avíos de hombre, incluidos su tahalí y su espada, maldiciéndose por no haber tenido preparado el sortilegio que Tarsicia le enseñó para cuando surgiera la ocasión de embrujar a su amado. Lo ocultó todo bajo la gran cama en tanto que Ana buscaba entre sus ropas la de más juvenil aspecto y la colocaba, junto con todos sus accesorios, sobre ella. Ambas mujeres eran de pareja compleción; la Andrade, que quería siempre parecer joven para poder de esta manera interpretar papeles de damisela, cuidaba al máximo su figura. Luego Catalina se vistió, ayudada por la otra, con los ropajes prestados, y la misma Andrade la ayudó a maquillarse de nuevo y a colocarse una altísima peluca. Cuando la tarea quedó completada, se apartó algo de la muchacha y la observó con ojos críticos.

—¡Estáis soberbia! ¡Miraos! —Y al decir esto la tomó por los hombros y la colocó frente al gran espejo.

Catalina, a lo primero no se reconoció; ante ella estaba una hermosa mujer, quizá de más edad de la que ella tenía, que la miraba perfectamente maquillada desde el plateado azogue de la luna.

—Los aplausos nos anunciarán cuando don Pedro finalice. Entonces yo pasaré a su cámara a comunicarle que vos habéis partido indispueta. Luego, en tanto os escondéis en el cuarto de servidores, haré recoger por los criados los cestos de mimbre. Cuando estemos a punto de partir, volveré a entrar como si me hubiera olvidado alguna cosa para advertiros que, tras diez minutos, ya podéis salir de vuestro escondrijo y bajar al baile. Y entonces... ¡que Dios os acompañe! Mañana ya me contaréis en qué ha parado vuestra aventura.

Fleitas versus Cárdenas

Sebastián Fleitas de Andrade estaba arribando a Benavente. Su intención era, tras entrevistarse con don Benito de Cárdenas, regresar a Braganza pasando por San Martín de Tabara y Alcañices.

Hacía muchos meses que no había puesto los pies en su casa y quería regresar para cuidar sus asuntos antes de partir de nuevo hacia la Corte en busca de aquella maldita monja.

Lo primero que hizo al acudir a Astorga tras su última gestión fue dar cuenta al doctor Carrasco de todas sus diligencias y viajes y mostrarle el fruto del palpito que había tenido en San Benito, el boceto que tan habilidosamente pintara Rivadeneira. El obispo, tras observarlo cuidadosamente a la luz que entraba por el vitral de su despacho, le ordenó que se desplazara de inmediato a la casa palacio del marqués de Torres Claras con la finalidad de mostrarle al procer el dibujo y evacuar consultas; luego tenía su permiso para descansar en Braganza hasta que aquel maldito dolor remitiera.

Y aquella maldita ciática era la causante de que, por una vez, realizara el viaje en el cómodo coche tirado por un tronco de seis caballos del que le había provisto su amigo y protector.

Se le ocurrió pensar que tal vez se estaría haciendo viejo. ¡Cuan distinto era viajar de aquella manera que hacerlo a lomos de un caballo! La tarde era soleada y el carromato era un cupé^[204] de lujo. Las triples ballestas amortiguaban los agujeros y baches del camino, la ligereza del vehículo, al ser su caja mucho más pequeña, hacía que el poderoso enganche tirara de él, haciéndolo caminar a la velocidad del viento, los acabados eran de lujo; frente al cómodo asiento forrado de terciopelo morado y relleno de crin de caballo se hallaba un armario horizontal de marquetería hecho con maderas de palisandro y ébano, donde se alojaban dos botellas de cristal de Bohemia que contenían un licor de cerezas y un jerez seco. El portugués se arrellanó en su asiento y dejó volar la imaginación.

¡Finalmente había podido conocer el rostro de aquella maldita criatura! En llegando a Madrid haría hacer varias copias a un pintor especializado en tal menester que le proporcionaría sin duda el Santo Oficio, y podría poner a sus lebreles sobre la huella de la fugitiva.

Intuía que aquel odio sarraceno que profesaba su protector hacia la familia Rojo tenía unas profundas raíces que se le escapaban y que se perdían en la noche de los tiempos. Si quería proporcionarle instrumentos para su venganza debía moverse en dos líneas: la primera, en hacer todo lo posible para que don Martín no consiguiera jamás entrar en alguna de las órdenes cuya pertenencia le eximiera de pagar gravámenes e impuestos, amén de hurtarlo de la jurisdicción de muchos tribunales; la segunda, hallar algún motivo que deshonrara su apellido. Si conseguía

demostrar que la monja huida tenía algo que ver con él y que, quizá, su hijo no fuera tal, eso supondría que había mentido al Archivo General de la Nobleza y sobre su nombre caería un baldón imborrable. Pero tras todo aquello intuía que había algo más.

Los gritos del postillón y el chirrido de las zapatas del freno, que obligadas por el trinquete que manejaba el auriga presionaban los aros metálicos de las ruedas, obligándolas a reducir el ritmo de la marcha, le indicaron que llegaban a su destino. Subió la cortinilla de lona de la ventanilla y se encontró ante un sobrio edificio cuyos nobles orígenes quedaban reflejados en los cuarteles del pétreo escudo de armas que ornaba la parte superior de su entrada. El portugués tomó el bastón de empuñadura de marfil que descansaba apoyado en el asiento y cuando el cochero abrió la portezuela y desdobló la peana de la estribera, con lentos y calculados movimientos descendió.

—Llevad los caballos a abreviar y ya os comunicaré si hacemos noche aquí o seguimos camino hasta la primera posada que hallemos en Benavente.

—Como mande vucencia.

Fleitas partió, renqueante, hacia la puerta de entrada, en tanto el lacayo, tomando por la brida al caballo guía lo hacía caminar, arrastrando a sus compañeros de tiro, hacia la entrada posterior, donde se hallaban ubicadas las cuadras.

Llamó a la puerta con el aldabón y tras una corta espera abrió la cancela un pulcro mayordomo vestido con la casaca gris y azul de los Torres Claras.

—¿Don Benito de Cárdenas?

—¿A quién tengo el honor de anunciar?

—Decid que ha llegado un emisario del Santo Oficio.

—Si hacéis el favor de seguirme. —El mayordomo lo condujo a una sala ricamente amueblada.

—Mi pierna os agradece la gentileza —dijo el portugués mientras se dejaba caer, derrengado, sobre un cómodo sofá.

—Ya he observado que teniais dificultades. Aquí esperaréis mejor. Voy a avisar al señor marqués.

Partió el hombre hacia el fondo de la mansión, dejando al destacado visitante acomodado en el salón donde aguardaban los principales.

Todo el entorno denotaba la calidad y riqueza del marquesado. Fleitas, que había visitado una ingente cantidad de nobles casas y distinguía rápidamente lo auténtico de lo artificial, se dio cuenta al punto de que allí no ocurría lo que en muchas de las mansiones de la Corte, que querían aparentar lo que no eran: las maderas, los objetos que ornaban los anaqueles, las armas de los plafones, todo rezumaba autenticidad, riqueza, austeridad y buen gusto. Ensayó la mejor de sus sonrisas, que no pasó de ser una torcida mueca, y se decidió a actuar con tiento, ya que sin duda el personaje lo merecía.

Ya los pasos resonaban en el pasillo anunciando que su introductor regresaba.

—Don Benito de Cárdenas os espera en su cámara. Si queréis acompañarme.

Se alzó el de Fleitas con dificultad y se dispuso a seguir al mayordomo, que acortó su paso para que el otro pudiera seguirle más fácilmente. Atravesaron de esta forma salones y pasillos hasta llegar a la estancia donde le esperaba el marqués acompañado de un hidalgo de duras facciones y apergaminada piel, que le fue presentado como don Suero de Atares, escudero y

hombre de confianza del de Cárdenas, y que al punto reconoció Fleitas.

—Bienvenido a esta vuestra casa, don Sebastián. Pero sentaos. Me han dicho que andáis en dificultad para caminar.

Don Benito lo había esperado de pie y solícito en medio del salón y ahora con un amplio gesto lo invitaba a sentarse a su costado en un cómodo diván que junto a dos butacas de cuero napolitano ocupaban uno de los laterales de la estancia. Don Suero y él se acomodaron en ellas y el portugués, en tanto se sentaba, explicaba sus males.

—Quisiera poder justificar mi torpeza relatando algún glorioso lance, pero en esta ocasión me ha apartado del servicio un miserable dolor propio de un viejo.

—No os lamentéis, os cambio mi pierna por la vuestra. Vuestro mal es pasajero, el mío en cambio es de por vida.

El que así había respondido era don Suero, que tras la aciaga jornada de Carrizo arrastraba su pierna con dificultad.

Al portugués le interesaba crear un clima cordial, acorde con el fin que le había traído a Benavente.

—Pero vuestra hazaña es para explicarla, al amor de la lumbre, a las generaciones venideras; en cambio lo mío es miserable.

—Y ¿cómo sabéis vos que el lance que proporcionó esta cojera que arrastra don Suero fue una hazaña gloriosa? —indagó don Benito.

—Yo estaba presente en Carrizo cuando el arrojó de don Suero salvó la vida de vuestro hijo.

—¡No me digáis! Qué casual circunstancia —comentó don Benito.

—Y cuando él salvó la mía —añadió el ayo.

Los tres se pusieron a glosar los avatares de aquella jornada ocurrida hacía ya cinco años, hasta que el ambiente fue distendiéndose a la lumbre del diálogo y del generoso licor que un criado escanció en las copas que sobre un velador y ante sí tenían los tres interlocutores.

—La conversación con vos nos es muy grata, pero decidme, don Sebastián, ¿qué os ha traído por estos lares?

—Veréis, excelencia, como sabéis, los familiares somos únicamente unos modestos subordinados del Santo Tribunal y no nos compete dilucidar las órdenes que recibimos de nuestros superiores.

—Nada intentamos juzgar; lo que la Suprema demande de nosotros siempre será obedecido.

—Pues bien, el caso es que desde hace tres años andamos tras la huella de una aspirante huida de San Benito en extrañas circunstancias y a la que se le atribuyen poderes maléficos. Creyendo que su caso entra dentro de la jurisdicción del Santo Oficio y que su relación con las gentes sencillas podría implicar peligro para sus almas, la Suprema, en cumplimiento de su sagrado deber, se ha lanzado en su búsqueda. Pero la chica es escurridiza cual anguila y al parecer se la ha tragado la tierra.

—Ya tuvimos ocasión de comentar este incidente cuando estuvieron aquí, hará ahora aproximadamente algo más de un año, su reverencia sor Gabriela, actual priora, y fray Julián Rivadeneira. Pero ¿por qué acudís a mí? ¿Qué podemos saber nos?

—Veréis, excelencia, en primer lugar mi comprobación es rutinaria: tengo obligación de visitar a todos los protectores de la Orden. Por otra parte, existen dudas razonables sobre las intenciones de la renegada, no fuera que malinterpretando la caritativa acción de vuestro hijo,

quien obrando dentro de las más elementales normas de la caridad cristiana y siendo entonces muy joven e inexperto abogó por ella ante sor Teresa de la Encarnación, hubiera intentado cobijarse cerca de vuestra casa. Asimismo, parece ser que mal pagó las bondades que la priora prodigó sobre ella a manos llenas, participando en su óbito, ya que fue la última persona que la vio con vida aquella noche, y creemos que tal incidente pudo ser el desencadenante de su fuga.

—Me dejáis atónito.

Ahora el que intervino fue don Suero, dirigiéndose al marqués:

—Recuerdo perfectamente el lance. ¿No recordáis que a la vuelta de San Benito os expliqué la circunstancia que rodeó el hecho? Una jovencita adolescente, que aún no era ni tan siquiera postulanta, había llevado a cabo una travesura al respecto de unos gallos por la que fue castigada y un zagal de las monjas condujo a don Diego hasta su encierro. Éste, creyéndose uno de los héroes de los libros de caballerías a los que tan aficionado era, rompió una lanza por la muchacha y se enfrentó a la priora.

Al portugués le venció la víscera:

—¡La tal jovencita, a la que tan misericordiosamente juzgáis, es un engendro de Satán!

Don Suero no se inmutó.

—Me parecen exageraciones y pláticas de monjas histéricas, y por lo que yo pude colegir más me pareció una travesura de chiquillos que un tema de endemoniados.

—¡Vos no tenéis elementos de juicio suficientes ni podéis pretender saber de estas cuestiones cual si fuerais un teólogo o uno de los padres que se dedican a los asuntos del maligno!

Don Benito intervino, pues no le gustó el cariz que estaba tomando lo que, hasta el momento, había sido una amable charla.

—Caballeros, haya paz. No dudéis, don Sebastián, que se os ayudará en todo lo que esté a nuestro alcance para que podáis llevar a cabo vuestro cometido. Y vos, don Suero, reportaos; no dejéis en mal lugar la proverbial hospitalidad que siempre tuvo a gala la casa de Cárdenas. Pero insisto, don Sebastián, no sé en que podamos ayudar.

El portugués entendió que se había propasado, lo cual no convenía a sus intereses.

—Perdonad que me acalore, pero en lo tocante a asuntos que solamente atañen al Santo Tribunal me enciendo como una tea.

Don Suero observaba circunspecto y decidió para sus adentros que aquel personaje no le cuadraba.

El otro prosiguió:

—Veréis, es muy dificultoso para mí buscar a alguien a quien jamás vi el rostro, y asimismo hacer que otros rastreen su pista. Sin embargo, la divina providencia ha acudido en mi ayuda, de tal manera que persona que la conocía muy bien y que tiene un don especial para el retrato me ha proporcionado un boceto en el cual se distinguen perfectamente sus rasgos. Ved.

El portugués extrajo de la escarcela que había dejado a su alcance, junto al bastón, el pequeño cuadro pintado por Rivadeneira y se lo entregó a don Benito. Éste se lo pasó a don Suero a la vez que se levantaba.

—Disculpad y permitidme alcanzar mis anteojos. La edad no perdona y sin ellos estoy más perdido que un ciego en una cueva.

Y en tanto el escudero observaba atentamente el dibujo, el marqués se dirigió a su escritorio en busca de sus impertinentes. Cuando ya regresaba escuchó la voz del ayo, que en un tono

diferente y algo afectado decía:

—Nadie parecido a esta persona ha parado por Benavente. ¿No es verdad, don Benito?

El marqués de Torres Claras tomó el boceto en sus manos y lo examinó con curiosidad. Entonces comprendió el porqué del tono empleado por su escudero, que por otra parte tampoco había pasado inadvertido al portugués.

Ya por la noche y tras la cena, cuando el de Fleitas se había retirado a las habitaciones que la hospitalidad del marqués le había ofrecido, se reunieron ambos hombres en la cámara privada de don Benito.

—¿Os habéis dado cuenta del extraordinario parecido?

—Desde luego. ¡Es asombroso! Pero ¿por qué me habéis indicado con vuestra expresión que ocultáramos tal circunstancia a este hombre?

—Perdonadme, pero hay algo en él que no me gusta: lo que pasó con la niña y con Diego fue cosa de muchachos, y este individuo se lo ha tomado cual si porfiáramos sobre la Inmaculada Concepción. No quisiera que ahora, que según nos relata en su última carta don Diego ha aparecido Alonso Díaz, a quien pienso ver cuando tengáis a bien enviarme a la Corte por ver de atajar esas fiebres que padece *Lucero*, le ocasionáramos problemas por comentar a este individuo tan increíble parecido, y sin pretenderlo ocasionáramos perjuicio a nuestro paje. Le conocí y traté dos años y, pese a su extraña partida, estoy en condiciones de afirmar que es un caballero; en dos años, comprenderá vucencia, se conoce bien a la gente.

—Pero ¿habéis observado que su marcha coincidió con la llegada a nuestra casa de sor Gabriela y del fraile?

Don Suero quedó pensativo.

A la mañana siguiente y tras el desayuno, partió el portugués hacia Braganza. La despedida fue correcta dentro de los límites de las buenas maneras, pero don Suero no pudo evitar un sentimiento de rechazo hacia aquel sinuoso personaje al que, desde el primer momento había recordado perfectamente en la antesala del obispado de Astorga cuando Diego dijo: «No me gustaría encontrarlo de noche en un callejón oscuro.» Y cuando su carricoche dobló la esquina de la tapia del patio y se perdió en la lejanía envuelto en una nube de polvo, supo que en aquel momento se alejaba un posible enemigo.

Las máscaras

Ana de Andrade ya había regresado anunciando que la partida de los cómicos era inminente y, tras volver a desear a Catalina la mejor de las fortunas, partió.

A la muchacha, en cuanto se quedó sola, le asaltaron las dudas y pensó que su plan era una locura inviable. Sin embargo ante ella se abrían dos caminos: o se vestía de hombre, se ponía el antifaz y se dirigía hacia la salida, o demoraba hasta más tarde su partida e intentaba bajar a la fiesta. Las consecuencias, si se descubría su añagaza, no iban a ser tan terribles; comenzaba a ser una cómica de cierto prestigio y tenía una caterva de admiradores que abogarían por ella si tal ocurría, así que decidió seguir adelante. Sí, en cambio, ante las nuevas que le había suministrado Ana, decidió modificar su plan. Rescató sus ropas de varón de debajo de la gran cama y las colocó en el armario; de esta manera, caso de ser encontradas, aquel hallazgo no sería más que un olvido de la Andrade, que para ciertas representaciones se vestía de hombre.

Cuando terminó todas sus maniobras se miró por última vez en el espejo y se dispuso a partir. Abrió la puerta sigilosamente y, en cuanto lo hizo, llegó a sus oídos, nítida y mucho más potente, la música que el quinteto de cuerda ejecutaba en el entarimado donde hacía unos instantes se había desarrollado la representación. Catalina se asomó a la escalera y observó el inmenso salón donde las parejas en alegres y variadas combinaciones iban siguiendo el ritmo que marcaban los músicos, intercambiándose entre ellas y haciéndose fugaces e historiadas reverencias. En un momento dado y tras un saludo, unían sus manos y recorrían el salón de lado a lado en tanto que, acercando sus cabezas, los caballeros requebraban a las damas y éstas, cubriéndose sus labios con el abanico que llevaban en la otra mano, respondían al galanteo con una sonrisa que asomaba bajo su máscara o incluso deslizaban una palabra de aliento al oído de su enamorado.

La audaz criatura trazó su plan. Se estiró cuanto pudo y componiendo el gesto descendió por la amplia escalinata de mármol blanco con la prestancia y el aplomo que le había inculcado don Pedro de la Rosa. El traje que le había prestado Ana de Andrade realzaba su figura y hacía que sus senos se asomaran provocadores al balcón de encaje que rematando el corpiño orillaba su profundo escótenla mano sobre la balaustrada y el abanico tapando con coquetería y misterio el asombro de su hermoso rostro. Veinte pares de ojos estaban sobre ella, y apenas llegó al último peldaño ya dos caballeros se precipitaban a su paso para suplicarle el baile entre mil requiebros y chicoleos.

Catalina esperó sonriente y misteriosa, vigilando, a través del espejo que se hallaba frente a ella, que la cola de danzantes fuera pasando hasta que la pareja de Diego se hallara en penúltimo lugar. Entonces, con un mohín insinuante y estudiado, invitó a un caballereito edulcorado y melifluido

a que la tomara de la mano y se incorporara a la larga sierpe de bailarines, justamente detrás de Diego y de su pareja; su emperifollado acompañante, en tanto avanzaban, le decía al oído mil y un halagos referentes a su hermosura y a que daría la vida por el mínimo hecho de poder ver sus ojos... Catalina ni lo oía, atenta como estaba al gran reloj y a que al llegar al final de la hilera y al hacer el cambio de parejas al tresbolillo le correspondiera regresar al principio de la fila de la mano de Diego. Los danzantes arribaban al extremo del salón en grupos de cuatro y allí realizaban la operación. Detrás de Catalina se había incorporado un grueso y sudoroso caballero de la mano de una dama que portaba un antifaz en forma de murciélago con las alas desplegadas. ¡Un escalofrío recorrió su espina dorsal! Ante ella se había retirado de la fila una de las parejas y, si Dios no lo remediaba, ella regresaría, desde el otro lado del salón, dando la mano al gordo personaje en tanto Diego lo haría emparejado con la dama del murciélago. Sus reflejos de farsanta salvaron la situación; con un hábil trastabilleo simuló que uno de sus chapines se le había salido y excusándose se apartó de la fila, recuperando el puesto tras perder un lugar. Y por fin, tras tantas peripecias y peligros, ¡el momento mágico llegó!

Diego, tras una grácil reverencia, soltó la mano de Elena de Mendoza y pasando por detrás de ella vino hacia Catalina, quien a su vez había dejado ir a su caballero, que se emparejaba con la dama del antifaz en forma de quiróptero. Apenas la tomó de la mano y notó su tibieza, su mente se retrotrajo a los felices días de Benavente. ¡Lo había conseguido! Estaba en la Corte y bailando con su amado.

—Cuando os he visto en la escalera, me he dicho: «¿De dónde ha salido tal beldad que hasta ahora no la he visto en la fiesta?» —Diego había hablado y su voz corroboró a Catalina que a pesar del antifaz su instinto no le había engañado.

—Pues me atrevería a deciros que, sin duda, he sido una de las primeras damas que han pisado esta noche el salón.

—No es posible que mi torpeza sea tan grande. Me engaños.

Nadie puede veros sin reparar en vos. Decidme, señora, ¿quién sois? Tengo la certeza de que vuestra voz no me es desconocida y la sensación de que vuestro aire ha estado cerca de mí en más de una ocasión.

—Tal vez, pero si es así me apena que un pequeño trozo de tela os difumine mi imagen hasta el punto de no reconocerme.

—No seáis cruel bella dama. Si me hacéis la merced de daros a conocer, yo asimismo os diré quién soy.

—No me interesa el cambio. Nunca pujo por lo que ya tengo.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que vuestro antifaz no me oculta nada. Sin duda sois don Diego de Cárdenas.

—¡Por mi vida! ¡Conocéis mi nombre y habéis adivinado quién soy!

—Un disfraz poco oculta cuando se conoce bien a una persona.

—Señora, jugáis con ventaja. Vos me conocéis y yo no atino a saber dónde he oído vuestra melodiosa voz. ¡Os ruego que no juguéis conmigo, tened piedad!

La hilera avanzaba y en un momento llegaron al extremo opuesto del salón. Entonces y con un gracioso movimiento de cabeza, Catalina se desasí de su mano y tomando la del caballero correspondiente se separó de Diego, que no salía de su asombro y al hacer la reverencia casi pierde el paso. El baile prosiguió y ella supo que los ojos del muchacho no la abandonaban. El

tiempo pasaba y el chambelán se colocó junto a la puerta para ir nombrando a las personas cuando pasaran al comedor.

Su cabeza comenzó a bullir a fin de encontrar la manera de poder desaparecer sin ser seguida. Al tercer giro ella andaba por la mitad de la fila y Diego y su pareja por el extremo de la misma. Entonces puso en marcha su proyecto. Esperó estar a su espalda y cuando no había probabilidad alguna de que la viera, se excusó gentilmente ante su pareja y aprovechando que había alcanzado el comienzo de la escalera se apartó de la fila y ascendió por ella teniendo en cuenta que Diego, al no haber llegado todavía al final, no tenía la menor posibilidad de verla. Tenía unos segundos; subió dignamente el tramo que la separaba del primer piso tal que si fuera una dama que se dirigiera al tocador a componerse el peinado o el maquillaje. Cuando coronó, se ocultó tras una columna y observó: Diego la buscaba con la mirada con auténtico desespero desatendiendo a Elena de Mendoza, que le reclamaba algo. Luego terminó la danza, y cuando comenzaba la siguiente lo vio atravesando el salón y apartando máscaras casi con violencia, para desaparecer por la puerta que daba al comedor.

Catalina se dirigió entonces a la habitación que le había servido de camerino antes de la función y pensó que la presencia del primer ministro obligaría a la guardia a ser más estricta. Esto le hizo alterar algo sus planes. En primer lugar se desmaquilló y se quitó la peluca, después se pegó el bigotillo y la perilla y finalmente se vistió con las ropas de hombre que había dejado en el armario. Pensó que sería más fácil desaparecer por la puerta de cocinas llevando el traje de la Andrade como si hubiera regresado a recogerlo, en vez de hacerlo por la principal dejando el vestido para volver a por él al día siguiente, circunstancia que la obligaba de nuevo a pasar por el salón. Pensado y hecho. Catalina abandonó la estancia y tomando el camino inverso se dirigió hacia las cocinas. La música había dejado de sonar y un sinfín de personas se cruzaban por los pasillos. Ella, con el bulto de las ropas, se encaminó a la escalera secundaria; realmente había mucha más vigilancia que a la llegada. En el rellano la detuvo un alabardero, que al verla diferente al resto de los invitados y llevando un paquete envuelto en un lienzo blanco bajo el brazo la interrogó.

—Perdonad, caballero, ¿qué lleváis y adónde os dirigís?

—Soy el paje de doña Ana de Andrade. Se ha olvidado uno de sus trajes y me ha enviado a recogerlo.

—¿Me lo podéis mostrar?

—Sin duda.

Y al decir esto, la muchacha retiró la tela que cubría la prenda y el guardia pudo ver que no mentía.

—Perdonad la molestia, podéis proseguir. No paséis por los salones, salid por las dependencias del servicio.

—Por ellas he entrado; es lo que iba a hacer. Que tengáis buena guardia. —Y tras despedirse, Catalina se dispuso a continuar su marcha.

Súbitamente la sangre se le heló en las venas. Desde la planta inferior ascendía por la escalera en la que ella se hallaba un desesperado Diego de Cárdenas oteando a uno y a otro lado cual náufrago en una balsa. El encuentro era irremediable.

—¡Por vida de! ¿De dónde salís, Alonso?

A la muchacha casi se le olvidaba imposter la voz de puros nervios. El alabardero miraba

desde el rellano con algo de desconfianza.

—Trabajo para doña Ana de Andrade. Se ha olvidado uno de sus trajes y me ha enviado a por él.

—¡Válgame Dios que afortunada coincidencia! ¿Conoceréis sin duda a Clara Arnedillo, que es la muchacha que tiene encalabrinado a todo Madrid?

—Claro que la conozco, aunque todavía no he tenido ocasión de hablar con ella. Hace poco que he entrado a trabajar en la compañía; únicamente me contratan cuando tienen acarreo porque han de acudir a hacer algún particular. Me gana algún dinero, pero no estoy fijo.

—¡Claro! ¿Cómo he podido ser tan estúpido? ¡Ésa era la voz!

—No os entiendo, don Diego.

—Alonso, cuando íbamos por la gallarda que han tocado luego del recitado de don Pedro de la Rosa, en uno de los cambios me ha correspondido de pareja la más increíble criatura que os podéis llegar a imaginar. Su voz me era conocida y ahora caigo; era muy parecida a la de Clara Arnedillo, aunque como casi siempre la he oído cantando, no lo puedo asegurar.

—Difícil lo veo. Cuando me han enviado a buscar el descuido de doña Ana de Andrade, estaban ambas en la entrada del corral; han partido en el coche con don Pedro en cuanto ha terminado la actuación.

—Tenéis razón. Mi cabeza flaquea por el impacto que el suceso me ha producido. ¿Cómo iba a reconocerme a mí, que no me ha visto jamás? Pero se me pasa por la cabeza que tal vez vos me podáis echar una mano.

—No se me ocurre cómo.

—Veréis, la noche de su triunfo en el Príncipe, al finalizar le envié una nota y en el próximo estreno iba enviarle un ramo de rosas. ¿Por qué no me hacéis de intermediario y me facilitáis su conocimiento? Alonso, amigo mío, os quedaré eternamente agradecido.

—Bueno, no sé que deciros. Dejadme pensar cómo lo puedo hacer y ya tendréis noticias mías.

—¿Tenéis ya vivienda fija?

—A punto estoy de ello. Todavía me alojo de precario, tal como os dije.

—¿Que tal se porta *Boabdil*?

—Os excedisteis, señor, yo no merezco tal cabalgadura.

—Bien, espero vuestras noticias. ¡Ah! por cierto, escribí a mi señor padre dándole cuenta de vuestra aparición. Se alegró infinito de ello y celebra que, en nombre de ambos, os regalara el caballo. La próxima semana acude a Madrid don Suero para ver si arregla a *Lucero*; venís cualquier tarde, estará feliz de reencontraros.

—Procuraré acudir. Yo también tengo muchas ganas de saludarlo.

—Bien, Alonso, os he robado vuestro tiempo. Excusadme.

—No os preocupéis, siempre me place veros. Quedad con Dios.

—Id con Él.

Partió Catalina creyendo que el tembleque de sus piernas la delataría; atravesó las cocinas, en las que el trájín en plena cena era, si cabe, más notable que a su llegada y ganó la puerta de la calle. Los alrededores del palacio estaban iluminados y empezó a caminar por ver si el aire de la noche despejaba su cabeza y sus pies volvían a tocar el suelo. La había llamado «increíble criatura», y ésa era ella.

Estrechando el círculo

El portugués se había reunido con Rivadeneira en la sede del Santo Oficio en Madrid. El fraile había llegado desde San Benito la tarde anterior, no sin antes dejar impuesto de sus obligaciones al dominico que le había remitido el obispo de Astorga a fin de que lo sustituyera al frente de la grey espiritual de la comunidad. Asimismo el portugués, tras arreglar sus asuntos en Braganza, había acudido dos semanas antes para poner en marcha sus planes y que los copistas que designara la Suprema comenzaran su delicada labor. El resultado fue notable y cuando llegó Rivadeneira tenía en su poder cinco bocetos que reproducían fielmente el rostro de la monja huida.

La reunión era por la mañana y Fleitas impartía instrucciones a un grupo de individuos que se iban a dedicar, desde aquel momento, a pasar por el cedazo los diferentes lugares, oficios y profesiones que pudieran tener algo que ver con personas que intentaran esconderse o cambiar su personalidad dentro del ámbito de la Corte.

—Irán vuestras mercedes por parejas y se dedicaran a inspeccionar cualquier rincón de los que les he indicado; principalmente la puerta de Guadalajara, el barrio bajo de Lavapiés, la plaza de Herradores y los barrios de los bodegones de San Gil y de Santo Domingo, la plaza Mayor, la puerta del Sol, la calle de Alcalá y las gradas de San Felipe. Si algo encontraran, persona o pista fiable, antes de proceder me lo reportarán a fin de que, previamente, hagamos las pertinentes comprobaciones. No quiero que nada quede sin controlar: posadas, figones, mesones, casas de huéspedes, hosterías etc. Además tengan en cuenta que quiero que siempre tengan los ojos muy abiertos y ante cualquier parecido me avisen. No descarten vuestras mercedes posibilidad alguna. El diablo toma mil formas diferentes para confundir, y no pretendan que la renegada se presente bajo la apariencia de una monja; esperen cualquier cosa menos eso. ¿Me han comprendido?

Todos los reunidos asintieron y tras recoger las pinturas en las que se reflejaba el rostro de la huida postulante partieron, repartiéndose la capital por zonas y encargándose de cada una de ellas una de las parejas designadas.

—Éstos son mis lebreles, reverendo, escogidos entre muchos y probados, su olfato y competencia, en infinidad de ocasiones. Si la monja existe y está en Madrid, tarde o temprano la hallaremos. Entre tanto vos y yo nos dedicaremos a visitar otros lugares menos lógicos y por ende más proclives a ocultar, por su misma falta de coherencia, a una huida que sabe se la tiene que buscar en otros sitios.

Catalina, luego de su fugaz encuentro, vivía sobre una nube. Tras tanto soñarlo había conseguido que Diego la conociera en su condición de mujer, para posteriormente referirse a ella como «increíble criatura». Su vida en la Corte había tomado cierta rutina y sus costumbres se habían afirmado. Las clases, dos días por semana, en la academia de don Pedro Pacheco se sucedían y su mayor premio era, por encima de los dineros que pudiera ganar, las horas que le destinaba el maestro. Don Pedro llegó a la conclusión de que aquella su aparente facilidad para manejar el fierro con ambas manos era más un don de la natura que algo que se pudiera adquirir con el ejercicio; asimismo sus prácticas con los cuchillos las realizaba en la cuadra donde la Cordero le había indicado que podía guardar antes a *Afrodita* y ahora a *Boabdil*.

Aquel su mundo estrecho, comprendido entre las paredes de San Benito, había ampliado sus horizontes y la evidencia de las miserias humanas que rodeaban la existencia de cuantas gentes se movieran por el Madrid de los Austrias hacía que fuera tolerante con personas y circunstancias que anteriormente jamás hubiera aceptado y que ni siquiera hubiera intentado comprender.

Las muchachas del burdel, como queriendo justificarse, le contaban las razones por las cuales habían devenido a su actual situación y ella llegó a la conclusión de que, en la mayoría de los casos, la miseria y la hipocresía humana que las condenaban para luego usarlas eran las causantes de que aquellas pobres mujeres se dedicaran al oficio más antiguo del mundo y cada una hubiera abierto la tienda^[205] en circunstancias en las que no les quedaba otro camino.

Dorotea, la muchacha que la recibiera la primera noche, se había hecho su amiga y, por las mañanas, en tanto se dedicaban entre todas a poner orden en la casa le explicaba las condiciones necesarias que debían darse en una muchacha para que fuera autorizada para ejercer de trucha. En primer lugar debía haber cumplido los doce años, circunstancia que era fácilmente salvable de cara al juez ante quien se debía presentar; luego no debía tener parientes ni quien pudiera hacerse cargo de ella y asimismo declarar que se presentaba para ejercer aquel oficio por propia voluntad y sin presión por parte de persona alguna. Entonces, y tras una corta y monocorde reflexión sobre los peligros que para su alma representaba aquel innoble oficio, era autorizada, tras una somera inspección de su cuerpo por parte de un galeno a fin de comprobar que no era portadora de catalinas^[206] u otras señales que indicaran que el mal francés u otra enfermedad de contagio había hecho presa en ella, a entrar en una manfla a cargo del padre^[207] o de la madre encargados de la misma. Eso sí, una vez al año se las obligaba a ir a unas prédicas en las que se las exhortaba a abandonar aquella vida bajo terribles augurios al respecto de la salvación de su alma; las que querían abandonar el oficio, que eran las menos, entraban en un convento con el fin de apuntalar su arrepentimiento, y las demás seguían con más entusiasmo, si cabe, su camino.

A Catalina, al principio, saliendo de un cenobio y habiéndose guardado del mundo y de sus miserias dos años en Benavente, le parecía imposible que algo así existiera, pero cuando pudo comprobar lo que era el vicio de los hombres y la indefensión de muchas mujeres llegó a comprender y a querer a aquellas pobres desgraciadas, por otra parte, y en muchas circunstancias, alegres y conformes con su profesión; claro está, desempeñada en una casa como aquella, que era de las más prestigiadas de la Corte y en la que el trato, a tenor de la belleza y juventud de sus pupilas y al carácter protector y abierto de María Cordero, era excelente.

—Y ¿no os da reparo encamaros cada día con personas que a lo mejor no os plazen o que incluso os dan repulsión? —La que de esta manera hablaba era Catalina, que instalada en la galería de la casa que daba al jardín había pegado la hebra, como cada mañana, con Dorotea.

—Tal casi nunca ocurre, y cuando así obramos siempre es por propia voluntad. A nada nos obliga María. Lo que ocurre es que conocemos lo que debemos pagar a final del mes para poder continuar en la casa, y si cuando llega el día veintisiete o veintiocho no hemos cubierto el cupo, entonces cada una ha de decidir a qué cliente menos grato acepta para que su hospedaje quede cubierto. Esto no es una institución de caridad, debéis comprender.

—Entonces ¿debo entender que os es dado escoger a los hombres que os visitan?

—A lo largo del tiempo vamos seleccionando a nuestro clientes y ellos mismos, cuando acuden a visitarnos, acostumbran siempre repetir a una o dos chicas.

—Y ¿no ocurre que en alguna ocasión alguna se ha enamorado?

—Mal asunto es ése, y es lo peor que le puede ocurrir a una mujer. Cuando tal ocurre, la desgraciada acaba por hacer lo mismo que aquí hace pero sin cobrar, para acabar finalmente ejerciendo el oficio de zurrapa^[208] en lugar del de tusona.

—Y ¿qué hacéis mientras esperáis y no estáis ocupadas?

—Tenemos libertad para estar en nuestra habitación hasta que María nos llame o bajar al salón a tomar un refresco o jugar a maese Lucas^[209].

—Y ¿ese vicio medra?

—¿Que si medra? Algunos clientes vienen para estar con una mujer y metiéndose en la partida se olvidan de todo, y hasta en alguna ocasión el asunto acaba en duelo^[210]. Pensad que a veces esto más parece una leonera^[211] que una mancebía. María los teme porque estos lances se sabe cómo empiezan pero jamás cómo terminan, y solamente permite jugar a gentes de confianza y con bolsa repleta. Malo es cuando, al reclamo del dinero que aquí se maneja, acuden macarenos^[212] profesionales de juntar encuentros^[213] o de dar el astillazo^[214] acompañados de adalid^[215] y pretenden sacar el dinero del reino^[216], ya que si el blanco^[217] entrevé la flor^[218] puede acabar la partida desabrigando el sobaco. Más de una vez ha finalizado la noche teniendo que avisar al alguacil.

—Y ¿no hay pendencia por celos u otras cuestiones?

—A veces. Ya sabéis, el vino mezclado con la honra forma una combinación explosiva. Ahora mismo puedo tener un incidente ya que padezco una situación incómoda.

—Y ¿cuál es ella?

—Veréis, se ha encaprichado de mí un gentil mozo que me agrada y desea retirarme del negocio. Pretende que sea su tronga^[219] y que abandone la casa; pero a mí ni me place la idea ni me fio de que cuando me tenga para él solo no me deje tirada. Eso sí, me agrada, es joven, hermoso y decididor de requiebros^[220], pero prefiero que me visite aquí, que estoy protegida por el poderoso brazo de María. Lo que ocurre es que es violento y no soporta que esté ocupada cuando él llega y temo que alguna noche se forme un altercado que acabe en pendencia.

—Y ¿cuál es su nombre?

—Cristóbal de López Dóriga se llama, y siempre acude en compañía de un alférez con fama de valentón y de lamedor^[221] y con otro discreto y joven caballero al que, desde una legua se puede ver, no le place la aventura.

—Los recuerdo perfectamente. Ellos llamaban a la puerta el día que llegué yo a esta casa.

Excelentísimo Señor Don Benito de Cárdenas, Marqués de Torres Claras, Benavente

Querido padre:

Celebro que al recibo de ésta os halléis repuesto de la afección que os ha retenido en cama durante la última semana y que, según me comunica don Suero, se ha debido a la mojadura que cogisteis el último día que salisteis ambos a volar halcones. Os agradezco infinito que me lo hayáis enviado, ya que de otra forma no veo cómo atacar las fiebres que acosan a Lucero y que, a causa de su edad, me tenían preocupado.

La vida de la Corte es el frenesí de siempre. Mis estudios, como podéis observar por las cédulas que os envían desde la escuela de pajes, transitan por caminos dignos de nuestros apellidos y creo que no tendréis queja de ello.

Paso a relataros puntos destacados de la maravillosa fiesta que dio vuestro amigo el señor de Mendoza, y en la que me ocurrió un hecho notable que os quiero relatar.

Corría la voz por los mentideros de la Corte de que podía presentarse en ella el valido del rey, don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares. Al ser el baile de disfraces, se había notificado a todos los invitados que, si tal ocurría, deberíamos pasar al salón donde se serviría la cena habiéndonos despojado de las máscaras, ya que desde hace un tiempo corre por Madrid, como reguero de pólvora, el rumor de que el largo brazo del cardenal de Richelieu podía atentar contra su vida.

El chambelán anunció la llegada a la mitad de la actuación de los cómicos y todo el mundo se dispuso a jugar con el incógnito de los antifaces hasta el momento de pasar a los comedores; la orquesta anunció el penúltimo baile, que por cierto era un rugiero (¡cómo me he acordado de vos cuando me decíais que la danza era más importante que la espada en infinidad de ocasiones!), y yo me dispuse a lucir las habilidades que aprendí de monsieur de Lagarteare. Danzaba con la anfitriona, que no era otra como podréis suponer que Elena de Mendoza, la cual aquel día se presentaba en sociedad, cuando en uno de los cruces de la danza paró a mi lado una dama cuya voz me era conocida y se dirigió a mí con palabras que indicaban que a su vez me conocía de tiempo y mucho. Por más que me esforcé no pude identificarla y en otro de los giros desapareció de mi lado como por ensalmo. La busqué con afán por todos los rincones de la casa que me fueron permitidos, y nada: había desaparecido como evaporada. Por si esta circunstancia fuera poco, en una de las escaleras que conducen al primer piso tropecé con nuestro Alonso Díaz, que por lo visto ayuda en los acarreos a la compañía de don Pedro de la Rosa. No vayáis a pensar por lo que os cuento que soy un picaflor^[222], pero entre las actrices que esta temporada se han puesto de moda en Madrid está una tal Clara Arnedillo que canta y baila que es maravilla y a la que tenía gran ilusión en conocer, y que pertenece a dicha compañía de cómicos. Pues bien, Alonso podrá ser mi introductor aunque, como recién ha empezado su trabajo, todavía no la conoce bien.

Le he dicho que este mes arribaba don Suero a Madrid y hemos quedado que

acudirá a nuestra casa, pues tiene gran ilusión en saludarlo; entonces quedaré de acuerdo con él para que en una de las futuras representaciones en el Corral del Príncipe, y al terminar la misma, me concierte una entrevista con la cómica. Ni imaginarme puedo lo que voy a presumir ante mis compañeros si tal consigo. No dudéis, padre mío, que mi admiración es puramente artística y que me portaré como un caballero.

Lo de la dama desconocida me tiene insomne y me tuvo tan desconcertado que ni caso hice a la bellissima Elena de Mendoza. Pensaréis que son sueños de juventud. Tal vez, pero... ¡qué hermosos son!

Bueno, padre mío, Lorenzo se asombra cuando le leo las cartas que os envío, pero sea porque siempre me criasteis con una gran naturalidad o sea consecuencia de que al no conocer a mi madre siempre estuve tan cercano a vos, el caso es que a veces me siento tan amigo y compañero vuestro como hijo. Espero no haberos abrumado con mis cosas, pero he sentido la necesidad de contaros todo lo que me pasa.

Recibid el afecto y la eterna gratitud de vuestro hijo que os adora,

Diego

Catalina había seguido puntualmente las instrucciones de Tarsicia. En primer lugar se hizo con todos los ingredientes que la gitana le había indicado para preparar su encantamiento. Una mañana asistió a la misa que se celebraba en la parroquia del Carmen y sin pensarlo se topó con una boda. Manióbró de manera que quedara cerca del altar y, cuando la comitiva se marchó y antes de que el sacristán retirara todas las velas para devolverlas a la cerería de la parroquia, ofició de Juan devoto^[223]: se hizo con una de las pequeñas que alumbraba un rincón y tras apagarla la ocultó en su alforja. Para aliviar su conciencia, se acercó al cepillo de las ánimas y depositó en él su óbolo. Cuando regresó a la casa de María Cordero se encerró en su cuarto y comenzó a preparar el sortilegio. En primer lugar en un platillo de estaño colocó la vela y, haciendo fuego con un par de astillas y la piedra de encender que guardaba en el recado de la pequeña pistola hurtada en Benavente, la derritió para hacerla maleable y retirándole el pábilo la dejó que se enfriara un poco para mejor poder trabajar con ella. Cuando pudo moldear la cera fabricó hábilmente dos muñecos de distinto sexo y del tamaño de un dedo; a la altura del pecho de la mujer incrustó unos hilillos entresacados del colete de ante que en su día le había regalado Diego, y en el hombre colocó un pelo que se arrancó del pubis. Luego ya solamente cabía esperar que hubiera luna llena y que ella tuviera su período. En cuanto tales circunstancias acontecieron, siguió puntualmente las instrucciones de la gitana y se pertrechó para acudir con sus figurillas a la casa de Diego con la excusa y el placer de saludar a don Suero.

La hora era la indicada y ensillando a *Boabdil* se dispuso a atravesar Madrid para dirigirse a la casa de las siete chimeneas, junto a la cual se hallaba el palacete de Cárdenas. Su cabeza ya había fraguado un plan y el ponerlo en práctica únicamente dependía de su habilidad e intrepidez.

Llegó a la verja que rodeaba la mansión y junto a la cancela de hierro ató a *Boabdil*, que relinchó inquieto al reconocer la cercanía de su antigua cuadra; luego, atravesando por el camino de grava junto a los arriates que rodeaban el edificio llegó hasta la puerta y golpeó con el aldabón la base metálica, que expandió su ruido por todo el entorno. Esperó un tiempo que se le hizo

eterno y el portón se abrió, apareciendo en el quicio un mayordomo que lucía en la casaca los colores gris y azul del marquesado de Torres Claras.

Catalina sacó su mejor voz y con empaque y autoridad, en tanto sacudía sus guantes golpeándolos contra su muslo, exclamó:

—Buena tarde tengáis. Tened la gentileza de comunicar a don Diego de Cárdenas que don Alonso Díaz, tal como quedamos en casa de los Mendoza, ha llegado.

El criado al ver el aplomo del visitante no se atrevió a dejarlo en la entrada.

—Si me hacéis la merced, mejor esperaréis a mi señor en la sala que aquí a la intemperie.

—Sea como queráis.

Partió el hombre seguido por Catalina y la condujo éste a una estancia posterior que daba al jardín y que se encontraba separada de la que ella conocía por una biblioteca intermedia.

—Aquí estaréis mejor. Voy a anunciaros.

Desapareció el lacayo hacia el interior y esperó Catalina con el corazón acelerado a que sus pasos se perdieran al fondo del pasillo. Cuando estuvo cierta de que se había quedado sola extrajo de su escarcela una de las figurillas y la colocó en el bolsillo de su jubón en tanto se aproximaba, como quien quiere buscar un tomo o curiosar los volúmenes en ellos alojados, a los anaqueles de la librería. Miró a ambos lados y también, a través de la cristalera, al jardín... nadie a la vista. Procedió con celeridad. Echó mano al bolsillo y tomando el muñeco lo colocó, subiendo una escalerilla móvil, en el último estante de la librería detrás de un grueso volumen de la *Suma Teológica* de san Agustín; luego descendió rápidamente, se alisó las ropas y se dispuso a aguardar la llegada de los anfitriones de la casa.

Ya las voces se acercaban por el pasillo; los pulsos se le aceleraron. La amada voz de Diego dominaba a la más profunda de don Suero, que avanzaba al ritmo de una marcada cojera, y antes que adoptara una postura o planeara cómo debía afrontar el saludo del viejo ayo ya asomaban los dos por la puerta de la biblioteca.

—¡Por Belcebú, muchacho, que me habéis proporcionado la mayor alegría de este invierno!

—El escudero se llegó hasta donde Catalina aguardaba en pie y la apretó con un abrazo de oso—. ¡Por mi vida que la vuestra fue una curiosa manera de despedirse!

Catalina se rehizo y no pudo sustraerse al magnetismo de aquella figura paternal que despertaba en ella viejos sentimientos adormecidos; impostó la voz y quiso dar a su respuesta un tono maduro y reposado, pero le vencieron sus sentimientos.

—¡Cuánto os he añorado y cuánto debo agradeceros, don Suero! —Y mezclando verdad con mentira, añadió—: Dado que mis recuerdos aún permanecen en la penumbra, lo que más se aproxima a la figura del padre que no recuerdo o no he tenido es vuestra imagen.

—Me honráis, Alonso, pero se hizo con vos todo lo que las gentes bien nacidas deben hacer, como buenos samaritanos que siguen las enseñanzas del Evangelio, con aquellos con los que se tropiezan en los caminos y se encuentran en una apurada situación. Todo lo que aconteció después os lo ganasteis con vuestra galanura y vuestro trabajo, nada se os otorgó gratuitamente.

—Sois, como siempre, excesivo conmigo. Pero yo sé que os debo lo que soy, además de la vida.

—Dejaos ya de gentilezas y acomodémonos. Nada ganamos platicando en pie.

Se fueron los tres hacia el tresillo y en tanto se sentaban don Suero comentó:

—Si os encuentro fuera de esta casa y no me hubieran advertido de vuestra presencia, dudo de

si os habría reconocido en la calle. Estáis asaz cambiado, Alonso, y este bigote y la perilla os hace mucho mayor; por cierto, quiero relataros un suceso acaecido en Benavente poco antes de mi partida hacia la Corte, que creo despertará vuestra curiosidad.

—¿Os referís a la anécdota del boceto? —intervino Diego.

—Ciertamente.

—Contádsela a Alonso, ya que tanto os llamó la atención y a él atañe.

—¿Qué es ello?

—Veréis, pocos días antes de mi partida compareció por Benavente un familiar de la Suprema de tan peculiares características físicas que solamente hacer mención de él Diego lo ha recordado perfectamente. Lo vimos por vez primera en la antesala del obispado de Astorga antes de los malhadados sucesos de la feria de Carrizo de la Ribera y luego, aunque indirectamente, fue el causante de que casi perdiera mi pierna.

—Me tenéis sobre ascuas, pero ¿qué tengo yo que ver con ello?

—Veréis. Por lo visto, hace unos años escapó una aspirante del monasterio de San Benito, del cual es protector eminentísimo el señor marqués de Torres Claras, y el Santo Oficio va tras sus pasos por no sé que historias de posesiones diabólicas que tienen algo que ver, según sostienen, con la defunción de la antigua priora.

Pese a su disfraz y al bigote que disimulaba su expresión, Catalina fue consciente que la sangre huía de su rostro.

—No veo por qué esa historia me tiene que interesar a mí.

—Dejad proseguir a don Suero, y ya veréis —apostillo Diego—. Reanudad vuestro relato, ayo.

—El caso es parece ser que el individuo visita las mansiones de todos los protectores por ver si la monja se hubiere refugiado a la sombra de alguno de ellos. Y, siendo así que es cosa difícil que se tenga en la memoria una faz que tal vez se haya visto, con suerte, una vez al año, es portador de un boceto que refleja claramente el semblante de la huida, y que la facilidad con los pinceles y la memoria del fraile del convento, el reverendo Rivadeneira, ha facilitado.

—Sigo sin comprender —se oyó a sí misma decir con un hilo de voz.

—Ahora llego. En cuanto lo observé, caí en la cuenta que el parecido con vos, en la época que llegasteis a Benavente, era notable... aunque debo reconocer que en la actualidad mucho ha cambiado vuestro aspecto al haceros más hombre.

Catalina no sabía qué decir ni casi adónde dirigir la vista.

—Son cosas que ocurren a veces; los rostros y las expresiones se repiten —murmuró.

—De cualquier manera, debo deciros que el tal personaje nada sacó en claro de su visita a Benavente; su aspecto y su acritud no nos plació ni a don Benito ni a mí, que de él tengo un ingrato recuerdo. —Al decir esto último se golpeó la rodilla de su pierna herida con la diestra—. De modo que, aunque hubiéramos podido hacer algún comentario al respecto de ese extraordinario parecido, nada objetamos; había llegado ya la carta de Diego dando noticias de vuestra reaparición y pensamos que, al haber perdido la memoria a causa del golpe que sufristeis y del que Diego y yo fuimos testigos, por aquellas mismas fechas, tal vez relacionaros con el parecido de una monja huida podía parar en perjuicio para vos, de modo que el individuo se fue de vacío.

—Si su talante se parece en algo a su rostro, comprendo que os lo sacarais de encima —comentó Diego, y volviéndose hacia Catalina añadió—: Yo lo vi de cerca una tarde en el palacio

episcopal de Astorga y no lo he olvidado: la cicatriz que le cruzaba el rostro me tiró del caballo en la feria de Carrizo y desencadenó una serie de acontecimientos que afectaron gravemente a mi familia.

Catalina decidió intentar salir de aquel tema que podía traerle complicaciones y, con un esfuerzo supremo, cambió el tercio:

—Hablemos de vos, don Suero, os veo magnífico.

—La procesión va por dentro, no me puedo quejar; lo único, esta maldita pierna que me trae a la miseria en cuanto el ambiente es húmedo.

—No os lamentéis, ayo, que lo vuestro es manía.

—Decid que sí, don Diego. Ya quisiera yo haber vivido lo que habéis vivido vos y hallarme en las condiciones que estáis.

Hablaron una hora larga y Catalina volvió a explicar los motivos que le habían inducido a partir de Benavente cual si fuera un altanero^[224], de noche y a hurtadillas.

—En eso os equivocasteis, Alonso. Don Benito hubiera atendido a vuestras razones y os hubiera permitido partir, sin duda alguna.

—Ya os lo dije —remachó Diego, y añadió cual si fuera un viejo—: La juventud comete errores y hace muchas tonterías de las que luego se arrepiente. Pero dejemos esto. Lo pasado, pasado está; vivamos el presente. Alonso, quiero llevar a mi ayo al Corral del Príncipe en el próximo estreno y tenéis que conseguir que conozca a la Arnedillo.

—Ya me habéis hablado de ella. Os la dejo para vos. Acudid con Lorenzo; yo ya conozco a mucha gente y si no tengo tiempo ni ocasión de cumplir con los que quiero cómo pretendéis que amplíe el espectro de mis amigos. No, Diego no, os lo agradezco pero estos manjares son para muelas que puedan masticarlos; las mías están ya muy deterioradas.

Catalina, que antes de acudir a la cita ya había supuesto que tal circunstancia tarde o temprano se daría, había concebido un plan.

—El sábado próximo se representará una comedia de don Juan Ruiz de Alarcón, *El tejedor de Segovia* es su título. Si os place, ya he hallado la manera de que habléis con ella.

—¿Qué es lo que me estáis diciendo, Alonso?

—Lo que estáis oyendo. La he conocido y me he ganado su confianza y, aunque es mujer recatada que no acostumbra ver a nadie al terminar la función, lo arreglaré de manera que a la salida podáis charlar unos momentos con ella.

—¡Si tal conseguís jamás terminaré de pagar la deuda que estoy a punto de contraer con vos!

—¡Pardiez que no es para tanto! Mozas en esta tierra de nuestro Señor abundan más que conejos, y cuidado que los hay en España —terció don Suero.

—¡Os juro que otra como ésa no la hay!

El gozo de la muchacha al oír hablar de ella misma en términos tan encomiásticos la obnubilaba.

—Pues no se hable más. Al terminar la función me esperaréis en el puesto de alojeros que hay bajo la cazuela y os diré en qué lugar y a qué hora la tendréis que aguardar.

La tarde había caído y Catalina pensó que era el momento de culminar la misión principal que la había traído hasta Diego.

—Entonces, don Suero, ya que no queréis ir al teatro haré por veros antes de que partáis para Benavente. Se ha hecho tarde y me he de marchar. —Catalina se puso en pie.

—Os acompañamos.

—¿Me permitiríais ver a *Afrodita* antes de partir?

—Eso está hecho, Alonso.

—Yo, con vuestro permiso, me voy a retirar. Hasta siempre, Alonso, ¡cuidaos! Que Madrid no es Benavente —dijo el ayo en tanto se alejaba renqueante, arrastrando las piernas y renegando por lo bajo.

—Por aquí acortamos el camino. —Diego se había llegado a la puerta que daba al jardín y abriéndola invitaba a Catalina a pasar.

—Adelante, Alonso.

—Luego de vos.

—Como gustéis.

Y en el momento que Diego se adelantaba para traspasar el quicio de la acristalada puerta, la muchacha sacando con mucho tiento la figurilla de cera de su faltriquera la pasaba suavemente por la espalda de su amado.

Luego, cuando a lomos de *Boabdil* se encaminaba a la casa de María Cordero, su mente cavilaba, preocupada, sabiendo que un enemigo inconcreto pero terrible se cernía sobre su futuro.

Buenos propósitos

Sor Gabriela de la Cruz había recibido una urgente misiva de doña Beatriz de Fontes con una petición que no consideró oportuno desatender, reclamando la presencia de Casilda en su casa. Desde la visita de los jesuitas las aguas bajaban turbias y no convenía granjearse enemigos. El padre Rivadeneira había partido para la capital del reino, requerido por el señor de Fleitas, y estaba al cuidado de la grey un dominico que se limitaba a cubrir el expediente, pero la tanda de arrobos y de éxtasis que entre los dos manejaban se había suspendido por el momento, ya que no convenía dar un cuarto al pregonero sobre los pactos acordados con el fraile a terceras personas. Las buenas gentes de alrededor creían a pies juntillas que los imaginarios milagros que atribuían a la intercesión de la madre Teresa se debían a los objetos que Rivadeneira les proporcionaba en el confesionario a cambio de buenos dineros y que habían pertenecido en vida a la priora.

La orden que recibió la fámula era que se presentase sin tardanza en la casa solariega de los Rojo. Partió la moza en la galera del convento y al cabo de dos horas la dejaba Antón Cifuentes en la misma puerta.

El motivo que la bondadosa dama tenía para recabar su presencia era que su antigua doncella se había desplazado desde Toledo hasta su casa con la finalidad de visitarla y había rogado a su ama que, de ser posible, reuniera a las dos amigas.

Leonor, que había llegado el día anterior, ya la estaba esperando. Transcurrió la tarde entre el saludo a la señora y la charla con los pocos criados que quedaban al servicio de aquella familia venida a menos, y tras la cena y ya anochecido se hallaban ambas instaladas en el dormitorio que compartían y que fue, anteriormente, el de Leonor. Estaba ubicado en el último piso de la casa y las mujeres solamente se podían poner en pie en su parte central ya que al bajar el tejado a dos aguas, por los laterales descendía bruscamente y hacía que, arrimados a la pared, únicamente cupieran los dos catres desde los cuales ambas habían pegado la hebra.

—Me alegra mucho el veros, Leonor. ¿Cómo van vuestras cosas? Me siento responsable de vuestra felicidad. ¿Qué tal se porta con vos Marcelo? ¿A qué se debe esta premura por verme?

Casilda acosó a Leonor con una batahola de preguntas fruto del aprecio que le profesaba y de las pocas ocasiones que tenían ambas mujeres de verse.

—Todo marcha bien. Gracias a vos, tengo por marido a un buen hombre, responsable y amante de sus hijos; nada nos sobra, pero tampoco nada nos falta y eso en los tiempos que corren ya es mucho. Y ¿cómo os va a vos?

—Mi vida, como podéis suponer, transcurre siempre por la misma vía. El salir del monasterio con cualquier motivo es para mí un acontecimiento y venir a esta querida casa mucho más aún. Los

mejores años de mi existencia los pasé aquí, con vos, criando a Álvaro, y la única persona que alegró mis días en San Benito ya no está en el convento.

—¿Os referís a la madre Teresa, sin duda?

—No, Leonor, la antigua priora era una excelente mujer, dura eso sí, pero siempre dispuesta a hacer la vida fácil a las personas que habitamos entre aquellas cuatro paredes, pero como comprenderéis ni por edad ni por condición repartía sus asuetos y confianzas conmigo.

—¿Entonces?

Casilda se dispuso a decir lo justo para satisfacer la curiosidad de su amiga pero sin involucrarse demasiado en el tema de su desaparición.

—¿Llegó a vuestros oídos la huida de una de las aspirantes del monasterio?

—De algo me enteré. Creo que era una de las tuteladas por don Martín.

—Pues ésa era mi amiga y confidente dentro de San Benito y con quien, aparte de vos, más horas de conversación he compartido.

—Hasta se dijo que su fuga tuvo algo que ver con la muerte de la reverenda madre, creo recordar.

—¡Infundios y mentiras! Os puedo asegurar que era la criatura más limpia y más inocente que he conocido; lo que ocurre es que en una comunidad de tantas mujeres se suscitan envidias y rencores. Esa y no otra fue la causa de su marcha.

—Y vos, ¿no supisteis el motivo? ¿No os advirtió de sus planes?

—Únicamente os puedo decir que sus ansias de volar eran infinitas y que no había nacido para el claustro; desapareció un buen día y nadie se explica cómo lo pudo hacer. Pero dejemos esto y decidme cuál ha sido el motivo de vuestra llamada.

Leonor se acodó en su catre y miró fijamente a su amiga:

—Han ocurrido sucesos que me turban y la única persona a la que puedo recurrir es a vos, por varios motivos.

Casilda intuyó que hasta aquel momento todo habían sido preámbulos y la cara de su amiga la preocupó.

—¿Qué es lo que ocurre, Leonor?

La otra se rebulló inquieta.

—No sé por dónde empezar.

—Soy vuestra amiga, hablad con toda libertad. —Casilda se había incorporado y, como la cabeza le tocaba el bajante del tejado, tomó un almohadón y colocándolo en el suelo se sentó en él apoyando su espalda en la yacija mientras se sujetaba las rodillas con los brazos enlazados bajo el mentón.

—Pues veréis, el caso es que tengo miedo. Ha visitado mi casa la Suprema.

—¿Qué me estáis diciendo? ¿Vuestra casa? Y ¿por qué?

—Eso mismo me pregunté yo y como creo que la única persona sobre la que puedo descargar mis cuitas sois vos, es por eso que os he llamado.

—Adelante, amiga mía, soy toda oídos.

—¿Recordáis a aquel personaje siniestro que vimos en Carrizo de la Ribera en la tribuna del Santo Oficio, cuando con María Lujan fuimos a ver correr los toros?

—¿El de la cara cortada, queréis decir?

—El mismo. Pues ése fue el que me vino a visitar.

—También estuvo en San Benito indagando.

—¿También habló con vos?

Ambas mujeres pormenorizaron mutuamente cuantas preguntas les había hecho el portugués y compararon en qué coincidían. Entonces Leonor se explayó:

—El caso es que, según parece, lo que más le interesa es cierta señal de la que María Lujan ya nos habló en Carrizo, y de la que yo hubiera podido decir algo. Pero me iba a casar y el momento era tan vital para mí que entonces no me atreví.

—Me tenéis sobre ascuas. ¿Qué es eso tan importante que podía afectar hasta vuestro matrimonio?

—Veréis, este hombre nos ha hablado a ambas de una señal en forma de ojo lagrimeante y de color escarlata. ¿No es así?

—Así es.

—Pues bien, yo sí he visto la susodicha marca y, debo deciros, es tan peculiar que es imposible confundirla con otra.

Casilda todavía no quiso manifestar que ella también la conocía, si bien es verdad que por aquellas fechas aún no la había visto.

Leonor prosiguió:

—Y es por eso que comprendí perfectamente el desmayo que afectó a doña Beatriz cuando le relatasteis el suceso. Luego he ido atando cabos sueltos.

—Me tenéis sobre ascuas. Habladme de una vez.

—Lo que ahora voy a confesaros es lo más secreto e importante de mi vida. Confío en vos y en vuestra amistad. Pero me remuerde la conciencia y quiero descargar el peso que me agobia; por otra parte, si no os lo explico no entenderíais el porqué de mis temores. Casilda, yo amo profundamente a esta familia y aunque os va a parecer extraño siento una ternura especial por don Martín.

—Es de bien nacidos el ser agradecidos, ¿por qué me ha de parecer extraño que améis a la familia que os recogió y os dio de comer?

—Os estoy hablando de don Martín, en particular.

—No sé adónde queréis ir a parar.

—Tened paciencia. Sin duda habréis observado el peculiar énfasis que puso el familiar en averiguar el sexo de la criatura que parió doña Beatriz aquella famosa noche y la certeza con la que se expresó María Lujan al respecto.

—Soy consciente de ello, pero precisamente a nosotras no nos cabe la menor duda de que fue un varón.

—Cierto, pero debo de deciros algo.

Casilda interrogó con la mirada.

—Yo he visto la mancha de la que habla ese portugués, su acento lo delata nítidamente, amén de que Marcelo es correo, como no ignoráis, del Santo Oficio y le ha llevado correspondencia algunas veces a su mansión en Braganza. Y la he visto en otra persona y con absoluta claridad.

Casilda recordó en aquel instante la imagen de la camisola de Catalina abierta a la altura de su estómago y mostrando, bajo la banda que cubría su pecho y al lado de la llave que pendía en su cuello, la señal escarlata.

—Y ¿quién tiene tal marca?

—Don Martín.

—¿Don Martín? ¿Y cómo lo sabéis vos?

—Os podría mentir como lo hice con mi marido, que me vio descompuesta ante las preguntas del familiar, y al que dije que en cierta ocasión ayudé a doña Beatriz a dar unas friegas a su esposo que se había golpeado con una rama, en una galopada a caballo. Pero el peso de la culpa pesa sobre mi conciencia, me quema, y necesito hablar de algo que ocurrió hace mucho años; y solamente puedo hacerlo con vos.

—Franqueaos de una vez, ¡por Dios Santo!

—Veréis, yo era una criatura y gracias a la insistencia de doña Beatriz, que por aquellas fechas estaba embarazada, don Martín se comprometió a enseñarme a leer y a escribir.

—¿Y bien?

—Veréis, una tarde había ella ido a San Benito a ver a su cuñada, la monja, con sus tres hijas, y a la hora de costumbre subí yo a su despacho a dar mis lecciones; hacía frío y estaba la gran chimenea encendida. Mi ilustración había comenzado hacía un par de meses, y nadie iba a acudir sin una llamada expresa del amo; me hizo sentar a su lado y cuando me quise dar cuenta me estaba desabotonando mi basquiña por la espalda.

—¿Qué me estáis contando?

—Me quedé quieta como un pajarillo hipnotizado por una sierpe. Después, sin casi saber cómo, me encontré tumbada en la alcatifa ante el fuego de la chimenea, desnuda y abrazada a él; me poseyó, Casilda. Pero no fue experiencia traumática ni violenta, ni siquiera sangré. Sentía por él un cariño filial y era totalmente inexperta. Aquello se repitió un par de veces; al terminar, cada vez lloraba y me pedía perdón maldiciendo su carne débil. Me dijo que estando como estaba su mujer no podía tener con ella ayuntamiento carnal, y cuando nació Álvaro el suceso ya no se volvió a repetir. Pero...

—Pero ¿qué?

—Que a la luz temblorosa de las llamas de la chimenea divisé claramente en su piel, inconfundible, la señal escarlata. Por eso fue que cuando a doña Beatriz casi le da un vahído, al comentar que María Lujan sostenía que había parido a una niña con dicha señal, a mí nada me extrañó.

—Y ¿nunca sentisteis aversión hacia quien os hizo una desgraciada?

—Las cosas son diferentes, según sean las personas y las circunstancias. Aquello fue una debilidad por su parte, pero se mostró bueno y generoso conmigo. Él, por aquel entonces, era un hombre en la plenitud de su vigor; no fue el viejo que desflora a una doncella. Además no fue maldad, lo hizo por debilidad y la tentación fue más fuerte que él, de modo que de aquel asunto no guardo ningún rencor en mi corazón y sigo teniendo el mismo afecto filial que sentía antes que el hecho sucediera. Pero como nada dije entonces ni luego jamás a nadie, tenía la necesidad imperiosa de contároslo sin engaño para que entendáis lo que os he de relatar a continuación.

La mente de Casilda iba como una devanadera de un sitio a otro, de forma que mil preguntas se agolpaban a un tiempo.

—Pero, antes de que prosigáis, decidme: ¿los hechos que me relatáis habían sucedido hacía poco cuando yo vine a esta casa a amamantar a Álvaro?

—La última vez que ocurrió fue dos meses antes del nacimiento del niño, y después me respetó siempre y fue amable y bueno conmigo hasta la exageración. Incluso, teniendo en cuenta

cómo andaban las cosas entonces, y ahora, al respecto de su hacienda, al casarme fue en extremo generoso con mi dote, amén de brindarse a ser mi padrino.

—Y en vuestra noche de bodas, ¿nada advirtió Marcelo?

—Veréis, habían transcurrido ya muchos años y además de no haber vuelto a conocer varón, y ante el miedo de perderlo, una vieja mujer que residía por entonces en la casa me recomendó a una gitana que paraba cada año por las fiestas en Benavente y que era diestra en reconstruir virgos; a ella me dirigí en cuanto los carromatos de los gitanos aparecieron por el pueblo. Tarsicia era su nombre y me tranquilizó diciendo que aquello le pasaba a la mayoría de las novias, indicándome que debía volver al día siguiente. Entonces me dio un unguento que debía aplicarme en mi interior todas las noches y al cabo de un mes o mes y medio el himen se habría cerrado; me dijo que no podía causarme mal alguno y que estaba hecho con yerbas del campo astringentes y que ni alguien muy corrido se daría cuenta. Ésa es la única vez que engañé a Marcelo, y lo hice porque lo amaba y no quería perderlo por nada del mundo, amén de que creo que poca culpa puede tener una moza de catorce años a la que algo así le sucede.

—Realmente vuestro caso no es común. Muchos hombres deshonran en este país a sencillas muchachas, pero pocos tienen la conciencia que les remuerda y la decencia de obrar, después, como lo hizo don Martín. Y luego de descargar vuestra historia sobre mis hombros decidme, Leonor, ¿qué ha acontecido para que lo hayáis hecho ahora?

—Antes de ello quiero saber si me juzgáis mala o vos hubierais hecho lo mismo.

—Tened por cierto que mala no sois. ¿Si hubiera hecho lo mismo?, no os lo puedo decir. Las personas somos diferentes y las semillas iguales no fructifican igual en distintas tierras. Pero estad tranquila, que os comprendo y sé perfectamente cuál es vuestra condición. Marcelo tiene una excelente esposa; ahora, si os parece bien, proseguid con vuestro relato.

—Veréis, una casualidad o la divina providencia han hecho posible que ante mis ojos se hayan abierto dos evidencias: la primera es que alguien muy poderoso busca la ruina de los Rojo, y la segunda, que haya descubierto el origen de la mancha escarlata que tanto parece preocupar al familiar.

—¡Me tenéis sobre ascuas!

Entonces Leonor le explicó la historia completa del volumen que se encontró Marcelo en su alforja tras aquel viaje en el que socorrió a un carmelita, la casualidad de su descubrimiento a raíz del estropicio que había hecho su hijo mayor jugando con su amiguito y el puro milagro que se había producido al quedar reflejada la imagen de la cubierta rota en la bandeja de plata recién brillantada.

—Y entonces apareció ante mis asombrados ojos la mancha que tiene don Martín, y que perteneció a un judío relapso quemado por la Inquisición hace un montón de años en Lisboa. Por eso es que lo persiguen y le quieren buscar la ruina. Y la demostración palpable de lo que os digo son las cartas que Marcelo, que es como sabéis correo de posta del Santo Oficio, ha debido llevar a Braganza y a Astorga y de las que tuvo buen cuidado de hacer una copia; las envía un tal Nuño Bastos, al que han nombrado informante de la causa abierta con el fin de que el deseo de don Martín de ingresar en una orden de caballería no progrese.

Casilda quedó pensativa unos momentos. En su cabeza se iban juntando datos y ella sacaba conclusiones.

Leonor interrumpió su meditación:

—Ved lo que os digo. —La mujer se levantó del catre teniendo buen cuidado de no golpearse la cabeza y se llegó hasta su alforja de viaje, de la que extrajo un libro con el que regresó junto a Casilda—. En primer lugar, la familia judía propietaria de este volumen vive en Estambul y posiblemente fueron, según Marcelo, sefardíes expulsados de Portugal; según podéis leer, su nombre es Yed-Amircal. Pero ved ahora.

Leonor le entregó a continuación la hoja arrancada del códice en la que se veía perfectamente definida y coloreada la mancha que aseguraba tenía don Martín, y que Casilda reconoció al momento como la que descubrió en el cuerpo de Catalina. A su lado figuraba la historia del judío quemado en la hoguera y sus apellidos: «Lacrima-Dei.»

—Observad, Casilda, leed al revés «Yed-Amircal».

—«La-cri-ma-Dei» —deletreó lentamente la fámula.

—¿Comprendéis ahora lo que os he querido decir?

—Entiendo que un antepasado de don Martín fue quemado en la hoguera y que el Santo Oficio está sobre su huella.

—Yo voy más lejos. Por algo que desconozco, sospechan que Álvaro no es hijo de don Martín y que en algún lugar hay alguien que lo puede ser, y no llego a imaginarme por qué buscan la maldita evidencia de este estigma que, desde luego, no tienen ni Elvira ni Sancha ni Violante ni Álvaro.

—Pero aquella noche nació un varón —dijo Casilda, vacilante.

—Cuando yo entré en la cámara obedeciendo la llamada de don Martín, en el moisés había un niño, que es el que después vos amamantasteis, pero... yo no estuve presente en el parto y María sí.

—¿Qué insinuáis?

—No insinúo. Deduzco que alguien pudo cambiar, no llego a entender por qué, a las criaturas, y por otra parte la evidencia de que con alevosía y engaño quieren el mal de esta familia consta en el escrito que pudo copiar Marcelo, en el que pretenden atribuir a don Martín un parentesco que no tiene con gentes indignas. Eso, por otra parte, es la evidencia de que todavía no han hallado de qué culparle.

Una idea se iba abriendo paso lentamente en la cabeza de Casilda: la auténtica hija de don Martín de Rojo era Catalina, huida del convento de San Benito. Pero de esto nada dijo a Leonor.

—Y entonces, querida amiga, qué es lo que pretendéis que yo haga.

—Marcelo os tiene toda la confianza del mundo. Nuestra casa es muy pequeña y le da miedo guardar en ella documentos comprometedores tan importantes de los que, por otra parte, no quiere deshacerse; nunca se sabe, dice, por dónde puede soplar el viento. Me ha pedido que os ruegue los guardéis vos en San Benito y que si algo nos ocurriera, hagáis con ellos lo que creáis conveniente.

Casilda aceptó, pensando que tal vez algún día todo aquello pudiera ser útil y asimismo favorecer a Catalina.

Una campana se escuchó a lo lejos y su oído acostumbrado supo que tocaban las tercias.

La cita

Catalina no pegó ojo en toda la noche. Los nervios la atenazaban y podían más que cualquier razonamiento, y el saber que aquel día iba a hablar con Diego, desde su condición de mujer, sin subterfugios, antifaces ni cosa que pudiera disimular su físico, le preocupaba a la vez que emocionaba enormemente. ¿Y si la reconocía? ¿Y si la encontraba flaca y desmedrada? ¿Y si su voz al natural le disgustaba o le recordaba la impostada de Alonso? ¿Le habría hecho efecto el sortilegio del muñeco de cera colocado en su librería?

Este último interrogante le recordó que, asimismo, bajo su colchón había guardado la otra figurita, y como cada día saltó de la cama y comprobó que seguía allí. A sus vacilaciones se unía el temor, que a todas horas le rondaba, de saber que el Santo Oficio andaba sobre su huella; era una sombra difusa y amenazante y más de una madrugada se despertó empapada en sudor creyendo que unos sicarios llamaban a su puerta. Había comunicado su secreto a María Cordero y ésta, como de costumbre, desde su experiencia y conocimiento de los hombres emitió su sabio consejo: prudencia y, sobre todo, que no cayera en la tentación de desbrozar el aura de misterio que rodeaba a su persona.

—Debéis arreglaros de forma que no haya la menor posibilidad de que os reconozca; no olvidéis que siempre os ha visto como hombre y él no tiene la menor sospecha de otra cosa. Os diré más, el día que decidáis que esto suceda debéis hacerlo de forma que «Alonso» y «Clara» comparezcan ante él de forma que tenga la certeza de que a uno le debe la presencia de la otra; eso, sin que se dé cuenta, marcará en su mente que son dos personas. Si queréis, ese día os acompañaré al teatro para daros tiempo y ayudaros a hacer el cambio.

—Seréis para mí de gran ayuda no únicamente para asegurarme de que mi aspecto es impecable, sino para darme la seguridad que siempre siento a vuestro lado.

—Y ¿cuándo va a ser el evento?

—El sábado próximo estrenamos una pieza de Juan Ruiz de Alarcón. Yo aparezco únicamente en el primer acto; prepararemos la ropa y la peluca que me vaya a poner. En cuanto termine bajaré al puesto de la aloja que está bajo la cazuela, allí me entrevistaré con Diego anunciándole el lugar y la hora del encuentro con Clara Arnedillo.

—Entonces regresaréis a vuestro camerino y en menos que tardo en contarle prepararemos vuestro cambio.

—¡Quiera Dios que mi encantamiento le haya hecho efecto!

—El mejor encantamiento será vuestra belleza. Si me dejáis a mí, os aseguro que no habréis estado más hermosa en toda vuestra vida.

Y llegó el sábado.

La Cordero y Alonso partieron para el corral con gran antelación. En el carricoche de la mujer y, atravesando Madrid, se hicieron conducir justamente hasta la puerta posterior del teatro y allí desencharon. Como de costumbre, una bandada de arrapiezos pugnaba por llevar los bultos con el fin de ganar algunas monedas.

—¡Estaos quietos, ganapanes, vais a conseguir que bese el suelo! ¡Dejadme en paz! —Así clamaba María en tanto que para defenderse de aquella patulea lanzaba a distancia un puñado de monedas, sobre las que se abalanzaron los rapaces como las moscas a la miel.

Cuando el paso quedó franco, se escabulleron ambas por la entrada posterior del corral sujetando firmemente las bolsas donde portaban el disfraz y los aditamentos que debía usar Catalina y ascendieron por la estrecha escalera que conducía a la parte posterior del tablado. La mujer gemía ruidosamente intentando seguir el ágil paso de la muchacha por los angostos peldaños, que crujían dolientes a su paso y por los que apenas cabía su amplia pollera. Finalmente coronaron la ascensión y la Cordero, dejando en el suelo los bultos que llevaba, intentó recobrar el aliento en tanto esparcía su curiosa mirada por el entorno inspeccionando un mundo que le era ajeno. Ante ella se abría un pasillo en el que, a ambos lados, se podían ver las puertas de unas celdas que hacían de camerinos para todos los componentes de la compañía y al fondo, más historiadas e importantes, las de don Pedro de la Rosa y Ana de Andrade; estaban todas pintadas de verde y en ellas rotuladas, en unos cartoncillos, aparecían los nombres de sus ocupantes.

—¡No os detengáis ahí, María! Mi vestidor está al final. Parecéis una lugareña asombrada.

—No es que lo parezca; lo soy respecto de todo esto, que es nuevo para mí.

—Venid. Dejemos los bultos en mi taquilla y acompañadme, que os mostraré el escenario por dentro y os podréis asomar al patio antes de que abran las puertas y entre el personal.

La gruesa mujer se precipitó pasillo adelante, ansiosa de conocer aquel mundo mágico y, hasta aquel momento, totalmente extraño a ella. Dejó las alforjas y los paquetes en el lugar que le indicó Catalina y antes de abandonar el cuchitril tuvo tiempo de echar un ojo a la estancia: medía el recinto unas cuatro varas y media de largo por tres y pico de ancho, un azogado espejo lucía sobre una madera que hacía de estante bajo para poner en él las pelucas y los afeites y en un perchero de cuatro brazos se podían colgar la ropas necesarias para realizar los cambios que los distintos personajes requirieran; colgado en la pared de madera, un candil de aceite que potenciaba la llama con un espejuelo cóncavo de latón bruñido esparcía su pálida luz por todo el espacio.

—¡No os quedéis parada, María! Si no espabiláis, no me va a dar tiempo a mostrároslo todo.

—Tened un poco de calma. Esto es apasionante. Nunca soñé poder estar en un corral de comedias, tan cerca de cómicos a los que he admirado desde siempre.

Partió Catalina hacia el escenario, que vacío como estaba le pareció a María inmenso, hasta el punto que la mujer se quedó clavada junto al cortinón que tapaba el fondo.

—¡Acercaos, María, desde donde estáis no podéis haceros cargo de lo que es esto!

La mujer se llegó hasta su altura con el paso pequeño y retraído como el de quien camina por una cornisa y teme despeñarse.

—Y ¿desde aquí es de donde habláis y cantáis?

—¿Desde dónde si no?

—Yo quedaría muda. Ni imaginarme puedo lo que debe ser esto lleno.

La mujer lo observaba todo: el patio, la cazuela, la grada, los aposentos.

—Ved. Allí al fondo, bajo el lugar reservado a las mujeres es donde venden las bebidas; allí me esperará Diego.

—Regresemos a vuestro camerino. Allí podremos hablar mejor.

Los cómicos iban ya llegando y al cruzarse por los pasillos saludaban a Catalina y observaban extrañados a la voluminosa acompañante. Llegado que hubieron a su cubículo atrancaron la puerta para mejor poder conversar; una hora y media, si no más, faltaba para que la representación diera comienzo.

—Vamos a ver, Catalina. —La Cordero se había desparramado en una banqueta y se abanicaba el rostro con el vuelo alborotado de su enagua—. Quedamos en que Alonso, al terminar la obra, bajará a buscar a Diego para indicarle la hora y el lugar donde deberá encontrarse con Clara Arnedillo. ¿No es así?

—Así quedamos.

—Bien, entonces le diréis que ella acudirá a la cita acompañada de su dueña. Esto no solamente no le va a extrañar, sino que os dará prestigio y buena fama. El lugar será un figón que se halla ubicado en el pasaje del Gato; su nombre, que se halla bien visible en la puerta, es el de El Rincón del Ermitaño. El punto es discreto, poco concurrido por lo excesivo de los precios, y sé y me consta que es lugar de encuentro de damas en apuros y galantes caballeros; la hora será al cabo de una a partir de aquel momento. Nos acudiremos a la cita en calidad de dueña y entraremos en primer lugar con el chal sobre el rostro, como aquella que revisa si hay algún peligro a la vista; luego nos llegaremos hasta el caballero y, como es costumbre, haremos como que nos dejamos sobornar por un rato y acordaremos que dejaremos a la dama en su compañía para recogerla al cabo del tiempo pactado. Vos, entre tanto, esperaréis dentro de la litera de mano que habremos alquilado y con las cortinillas echadas. Después entraréis, y ahí ya no os puedo aconsejar lo que debéis hacer; únicamente os diré que tendréis para ello no más de una hora y que cuando el reloj más próximo toque avisando que el tiempo ha pasado, entraré a recogeros.

—¿Solamente una hora?

—No es bueno que os vea fácil y asequible el primer día. Dejadme a mí, que si de algo entiendo es de encelar a los hombres.

Diego desde el jueves anterior no vivía, ni atendía en las clases de la Casa de los Pajes, lo que le valió una dura reprimenda por parte de su tutor; tampoco en la lección de esgrima de la tarde dio una a derechas. El billete de Alonso había llegado la mañana anterior y las instrucciones eran claras y precisas: debía estar, al finalizar la función del estreno de Juan Ruiz de Alarcón, en el puesto de aloja que había tras el patio de mosqueteros, bajo la cazuela de las mujeres.

El sábado se compuso con cuidado extremo y, arreglado y compuesto, se acercó por la mañana a la garita de venta de boletos a fin de poder comprar el que correspondía al último asiento de la grada^[225] que circunvalaba el corral bajo los aposentos; pagó por su localidad quince maravedís. De esta manera estaría ubicado durante toda la función junto al lugar en donde, según el billete de Alonso, debía encontrarse con él a fin de recibir instrucciones de cuándo, dónde y cómo era la cita. Lorenzo se ofreció a acompañarlo, pero él desechando la oferta prefirió acudir solo.

Una hora y media antes del comienzo de la función los alrededores estaban invadidos por una abigarrada multitud que pretendía entrar en el corral o hacer su agosto a cuenta de los incautos que no andaban atentos a sus bolsas. Los coches iban llegando y los lacayos se las veían y deseaban para desdoblar los peldaños de las estriberas a fin de que las damas y caballeros que en ellos

iban pudieran descender; la impaciencia de los aurigas que se veían obligados a tascar el freno de sus coches se manifestaba con gritos e improperios; los mendigos mostraban sus miserias invitando a los presentes a que pudieran ejercer su caridad con ellos y en su mirada había un cierto orgullo de aquel que sabe que está facilitando la entrada en el reino a un cristiano. Todo eran voces e imprecaciones. Los aposentos costaban la elevada suma de cinco reales de vellón, pero acogían en su interior a cuantos quisieran compartir incomodidades y apreturas y la reventa funcionaba a toda presión, hasta el punto que una entrada de a pie en el patio de mosqueteros, que en verdad costaba ocho maravedís, se estaba vendiendo a trece.

Diego había dejado su cabalgadura en una de las cuadras a ello destinadas, cuyo negocio consistía en acogerlas durante la función por el módico precio de dos maravedís, y se había dirigido a su localidad ubicada en el extremo de la herradura de la grada, a cuyo lado se hallaba el puesto de aloja en el que Alonso había tenido a bien citarle al acabar la función a fin de comunicarle el lugar donde Clara Arnedillo lo esperaría. Andaba más nervioso que testigo falso porque admiraba a aquella belleza desde el día que la vio actuar por vez primera, y no se le había pasado por las mientes que a un aspirante a gentilhombre le cupiera el honor de poder acompañar, aunque fuera por un breve tiempo, a una de aquellas tan solicitadas cómicas. Desde que su majestad amancebara a María Calderón, la moda había cuajado entre la nobleza, y no se era nadie si no se tenían amores con alguna de aquellas ilustres comediantas; y él, al fin y a la postre, era únicamente el vástago recién llegado a la Corte de una, eso sí, ilustre familia de provincias.

Se colocó en la cola de los que entraban en el patio y fue avanzando despacio sin apartar la mano de su escarcela. Dos corchetes a cuyo mando figuraba un alguacil cuidaban que la entrada fuera ordenada y que nadie pretendiera abusar de su condición e intentara pasar primero atropellando honras y usurpando derechos. Tras una paciente espera coronó el túnel de la entrada y pudo asomarse al recinto donde ya el gentío se removía y formaba una respetable algarabía; circunvaló el patio y se dirigió al extremo de la grada donde se hallaba su localidad. La gentes que antes del comienzo de la función pretendían tomar un refresco se agolpaban junto al mostrador, formado por unos tablones colocados sobre un soporte, y pugnaban porque el hombre que despachaba les hiciera caso; los empujones y los «Voto a» estaban a la orden. Sonó una campanilla anunciando que en breve comenzaría la función y lentamente fueron despejando el espacio. Diego, cuya localidad estaba justamente en aquella esquina, pudo al fin colocarse y disponerse a pasar una de las tardes más emocionantes de su vida desde que había recalado en la Corte.

En tanto las gentes esperaban que diera comienzo la representación, su mente comenzó a elucubrar. Parecíale mentira lo veloz que llegaba a ser el pensamiento y la de situaciones que rememoraba ante aquella cita tan casualmente conseguida y, por otra parte, tan deseada. Había llegado a Madrid huyendo de aquel lance que tan incómoda le había hecho la vida en Benavente y, aunque no fue fácil arrancarlo de su pensamiento, comprendió que sus limitaciones en el campo del conocimiento de las mujeres, su misma juventud y, por qué no decirlo, la belleza adolescente de su paje le habían conducido a aquella errada circunstancia. Él no buscó las situaciones, pero sucedieron, y si bien dos de ellas le dejaron un regusto amargo, no por ello dejaron de ser esclarecedoras.

La primera acaeció en un coche en la rúa del retiro: una dama de la Corte, famosa por sus devaneos y con un marido notablemente consentidor^[226], le envió un billete a la Casa de los Pajes,

de la que su pariente era abastecedor, citándolo a una hora y en un lugar determinado; él acudió con reparos y un carruaje se detuvo a su lado y se abrió la portezuela. Ésta fue su primera experiencia, que se repitió un par de veces. En tanto el cochero hacía caminar al tiro a paso lento, la dama tomó, ante su palpable impericia, el mando de las operaciones y lo desfloró entre divertida y didáctica. Otra vez sucedió en su casa; fue con una moza pizpireta y juguetona, hija de uno de los jardineros, que de noche y por la puerta de la galería que daba al jardín se introdujo en su alcoba conociendo perfectamente lo que buscaba y a lo que iba. En esta ocasión practicó las enseñanzas recibidas de la cortesana y la moza quedó satisfecha; pero no él, que entendió que aquello no era amor, sino un simple desahogo de la carne, y que aunque satisfactorio nada tenía que ver con lo que esperaba de la vida. La tercera fue otra cosa: en una de las fiestas en casa de los Mendoza, Elena lo tomó de la mano y escabullándose del lugar donde se hallaban los invitados lo condujo al invernadero del jardín y allí estuvieron ambos jóvenes retozando dedicados a escarceos amatorios, besándose hasta que la prudencia los obligó a regresar antes que su ausencia fuera notoria e inexcusable. Él entró por la puerta por donde habían salido y ella, al poco rato, compareció en el arranque de la escalera que daba al primer piso tal que si regresara de acicalarse y componerse el atuendo después del baile. De ese día sí guardaba un agradable recuerdo.

La función había comenzado. La loa había sido hecha y el primer acto iba mediado. Entonces compareció ella en escena. A Diego se le pegó la lengua al paladar y no pudo tragar saliva; que al cabo de un par de horas pudiera estar charlando con aquella divina criatura en solitario no le cabía en la cabeza. Cuando ya se le pasó el sobresalto, se dedicó a observarla con detenimiento: era alta, espigada y hermosísima, los ojos garzos, la nariz recta, el aire insolente y la gentil apostura, todo denunciaba en ella sin duda a una mujer de clase noble.

En aquel mismo instante y en uno de los aposentos que pertenecían al Santo Oficio, un hombre tosco de mirada astuta extraía de su faltriquera un pequeño boceto en el que se veía un rostro tocado con una cofia, y lo observaba con atención.

Finalizó *El tejedor de Segovia* y, tal como estaba previsto, Catalina en aquella ocasión no volvió a pisar el escenario, ya que la Andrade había montado unos bailes en los que únicamente actuaría ella, de tal manera que pudo la muchacha desmaquillarse con calma, retirarse la peluca y transformarse en Alonso, acicalándose y colocándose el bigote y la perilla con sumo esmero.

María Cordero intentaba en vano calmarla:

—Si no tenéis la cabeza en su sitio, lo más probable es que os equivoquéis en algo y ¡vuestro gozo en un pozo! Hacedme el favor de calmaros y obrad tal como os he aconsejado.

—No os preocupéis. En cuanto comience voy a estar más convincente que en la escena.

—A ver, poneos en pie que os vea yo.

La muchacha obedeció la orden y María le dio un repaso de arriba abajo.

—Talmente sois un bello doncel. El guión no me preocupa, ya que si habéis conseguido durante este tiempo engañar a mis chicas, es que domináis a la perfección vuestro papel. De cualquier manera, no olvidéis simular vuestra voz. Hoy será la prueba de fuego, jamás habéis representado vuestros dos personajes ante la misma persona y uno a continuación del otro. Bueno será que os esmeréis, ya que de hoy dependen muchas cosas. ¡Ah!, no olvidéis decirle que su espera será algo dilatada; habéis de vestiros de mujer, y entre él y vos no habrá la distancia que os separa del público cuando estáis actuando, sino que vais a estar a su mismo lado. Por lo tanto,

hemos de ser sumamente cuidadosas. —La mujer vivía hasta tal punto aquella circunstancia que hablaba empleando el plural—. Ahora en cuanto esto termine y vayáis a vuestra cita yo aprovecharé para hacer de mi aspecto el de una respetable dueña... aunque un poco alcahueta... como casi todas —añadió.

Los aplausos del respetable anunciaban que la obra había finalizado, y el ruido de muchos pies transitando por los pasillos corroboraban el hecho. Alonso se dispuso a actuar. Su atento oído detectó que las puertas de los cubículos, que hacían las veces de vestidores, se iban cerrando. Aunque el hecho no le preocupara, ya que sus compañeros tenían muy asumido el que a veces vistiera de mujer y otras de hombre, prefirió en aquella circunstancia, en la que quizás alguien la viera partir sucesivamente vestida de ambas maneras, ser cuidadosa. Se asomó por la entrecaja al patio y comprobó que en un par de minutos la vía estaría expedita. Al fondo y junto al puesto de la aloja, cuyo encargado estaba recogiendo, pudo divisar la adorada silueta, y el corazón le dio un vuelco.

Diego, en cuanto terminó la función y el público fue abandonando el local, se instaló, siguiendo las instrucciones de Alonso, junto al alojero. Los minutos transcurrían y su reloj parecía haberse detenido; súbitamente divisó en el contraluz del apagado palco escénico la imagen de su ex paje que en aquel momento descendía por la escalerilla que daba a los primeros bancos y pasando bajo el degolladero se dirigía hacia donde él estaba.

—Os guarde Dios, Alonso. Ya pensaba que no acudiríais, tan grande es mi ansia de saber si habéis podido arreglar mi encuentro.

Catalina lo miraba disfrutando del momento tantas veces soñado en el que Diego ansiaba verla y cuidó mucho su voz a fin de no cometer error alguno, tal como le había aconsejado María Cordero.

—Tengo que daros buenas noticias.

—¡Estoy sobre una hoguera! ¡Decidme!

—Aguardaréis a Clara Arnedillo en El Rincón del Ermitaño, que se halla en el pasaje del Gato, junto a la plaza de Santa Cecilia.

—¿Cuándo?

—Dentro de hora y media; a lo sumo, dos.

—¡Gracias, amigo mío, si no he muerto allí estaré!

—Debo aclararos algo.

—¿Qué es ello?

—Clara siempre acude a todas partes con su dueña, como corresponde a una dama de su rango. Os aconsejo que seáis generoso con ella; ya sabéis cómo son este tipo de mujeres...

—Descuidad, que no ha de quedar descontenta.

—Pues entonces ya nada tengo que deciros, únicamente deseáros buena suerte.

—Alonso, sabed que contáis con mi eterna gratitud.

—Estoy siempre a vuestras órdenes. Ya me contaréis cómo os ha ido.

—Pasaos por mi casa cuando gustéis y os pondré al corriente de mi entrevista.

—Entonces, adiós y que Cupido os ayude.

—¡Gracias de nuevo, amigo!

Partió Alonso hacia el interior del corral e hizo lo propio Diego, tras calarse el chambergo y tomar su capa, en dirección al túnel que daba a la calle.

Catalina llegó al primer piso desabotonándose el jubón y sacándose el talabarte por la cabeza. María la esperaba con la ropa preparada en la puerta misma de su camerino.

—¿Cómo ha ido? ¿Le habéis dado el recado?

—Ya todo está en marcha... y no puedo volverme atrás. ¡Estoy asustada, María!

—Conservad la calma, que ésta va a ser vuestra gran noche. Vamos a vestiros.

La ropa que había elegido Catalina no era extremada, sino que podía pasar por la que vestía una elegante dama acostumbrada a los lances de la Corte. Una basquiña ajustada y escotada, con mangas abullonadas de color tabaco por cuyas aberturas asomaba una tela interior adamascada de un marrón más claro, cubría su cuerpo; su escote permitía que sus altos senos se asomaran atrevidos y sugerentes y la falda se ensanchaba en la cintura obligada por el armazón de mimbre de su miriñaque, que no llegaba a tener el volumen del guardainfantes; en los pies, unos chapines de cinco suelas de corcho forrados de cordobán la hacían parecer mucho más alta. Cuando ya estuvo totalmente vestida, la Cordero procedió a colocarle la peluca. Eligieron, de entre tres, una maravilla que le prestó Ana de Andrade: los tirabuzones caían por los costados, haciendo imposible el adivinar sus bordes, y sobre la frente desparramaba un flequillo que disimulaba su arranque; estaba rematada con cintas de colores. Cuando la tuvo colocada y antes de permitirle mirarse en el espejo, María procedió a maquillarla y puso en el empeño todo su arte: las cejas, los ojos, las mejillas, todo fue tratado. Cuando dio por finalizado su trabajo, se separó de ella y la observó con detenimiento.

—Daos la vuelta y miraos en el espejo. Decidme, ¿os reconocéis?

Catalina estuvo a punto de volverse, creyendo que la imagen que reflejaba el plateado azogue era la de otra persona que estaba a su espalda.

—¡Dios! ¡Qué grande sois! Ni yo misma me reconozco. ¿Cómo va a reconocerme alguien que únicamente me ha visto una vez y bajo un antifaz?

—Vale. No os entretengáis, que ya ha pasado casi una hora; colocaos sobre la cabeza el mantón y partamos, que luego es tarde.

Se colocó sobre la cabeza Catalina la mantilla, y tapada como estaba tomó el manguito que reposaba sobre el estante. Salieron ambas por la puerta posterior, la misma que habían utilizado a su llegada, alquilaron una litera de manos para dos personas y, agitadas como estaban, no observaron que a poca distancia alguien a caballo las seguía.

Los cuatro lacayos portadores se turnaban para transportar a las dos mujeres, y lo hacían frecuentemente a causa del peso de la dueña. Frente a ellos, abriendo paso y destocado el sombrero como era costumbre, marchaba el guía. El trayecto duró media hora larga y cayendo la tarde llegaron al pasaje del Gato. No hizo falta que María indicara a los hombres el lugar exacto; a una distancia que no llegaría a diez varas castellanas, una banderola de madera pintada de verde anunciaba con letras góticas destacadas en negro: «El rincón del Ermitaño.»

Se detuvo la silla y tras colocar uno de los lacayos los calces bajo las varas a fin de que la gestatoria, al descargar el peso, no se bamboleara, bajó la dueña. Tal cosa no extrañó a los lacayos pues era costumbre que estas mujeres iniciaran las maniobras de aproximación, y eso en el Madrid de Felipe IV era el pan de todos los días.

La dueña, ya en la calzada, alzó la cortinilla de lona encerada que ocultaba el rostro de la bella y dijo:

—No os mováis hasta que yo regrese.

Ninguna voz salió del interior, y la gruesa mujer se dirigió a la puerta del establecimiento moviendo ostentosamente sus importantísimas posaderas.

—¡Voto a briones! Si este nalgatorio fueran un barco, me metía a marinero —comentó con sorna y por lo bajo uno de los hombres en tanto se limpiaba, con un sucio pañuelo, el copioso sudor que perlaba su frente.

La dueña traspasó la cancela y al principio tuvo que esperar a que sus ojos, acostumbrados a la claridad diurna, se acomodaran a aquella oscuridad, ya que no divisaba bien a la clientela que en aquel momento concurría al establecimiento; así que se quedó en medio de la estancia mirando a uno y otro lado. Luego, cuando ya sus ojillos se acostumbraron a la penumbra reinante, pudo divisar a un caballero que desde un rincón le hacía una señal con su diestra.

La mujer se acercó y el joven se puso en pie, deferente y atento.

—Sois sin duda la dueña de Clara Arnedillo.

—Y vos sois don Diego de Cárdenas.

—Sentaos, por favor, gentil señora y tomad lo que os cumpla, que mucha es la calor de Madrid esta tarde. ¡A ver, mesonero!

A la llamada del muchacho acudió obsequioso un hombre que vestía, sobre sus ropajes, un mandil de indefinido color y en el que se andaba secando unas manos que parecían, talmente, un manojo de morcillas de Burgos.

—¿Qué deseáis, señora?

La Cordero, viendo que Diego estaba tomando un vaso de anisado con nieve:

—Lo mismo que el caballero.

—Al punto seréis servida.

Partió el hombre para traer el pedido y la dueña habló:

—No vayáis a creer que soy dada a consumir estos brebajes, pero es que hoy el calor es agobiante y con los nervios de saber que estoy haciendo algo que me puede costar el empleo, mi sed es inaguantable.

—Por mí no tengáis cuidado, podéis contar con mi discreción. Si vos no os vais de la lengua, no es fácil que alguien sepa algo de lo que aquí suceda. Además, ¿a quién le importa que dos personas se vean en un local público siendo así que nadie las fuerza y que ambas son mayores de edad?

—Don Pedro de la Rosa tiene absolutamente prohibido a las actrices de su compañía que se citen en locales públicos con personas desconocidas. Dice que es bueno que sean inasequibles a sus admiradores; de esta manera las idealizan y un aura de misterio las rodea. Ved que las estrellas del firmamento son inaccesibles y, por ende, más misteriosas.

—Pero cualquier persona es libre de escoger sus compañías y sus amistades. La esclavitud hay que dejarla para otras razas y otras latitudes.

—En fin, vayamos a lo nuestro. Únicamente he querido dejar constancia de lo mucho que me juego.

Diego recordó las palabras de Alonso y decidió aplicar a la mujer la mejor de las medicinas: echó mano a la cintura y colocó sobre la mesa una bolsa de piel suave que, al ser depositada, sonó con el inconfundible tintineo de las buenas monedas. En los ojillos de la dueña destellaron chiribitas.

—Creo que este remedio os ayudará a calmar vuestra angustia. Caso que perdierais vuestro

trabajo, lo que aquí hay os ayudaría a paliar vuestros problemas durante un largo tiempo hasta que encontrarais un nuevo empleo.

La mujer con un rápido movimiento hizo desaparecer la bolsa en el hondo bolsillo de su saya y pareció respirar aliviada.

—Sois muy generoso, caballero, y me complace ver cómo habéis valorado mi esfuerzo. Doña Clara va a conoceros, pero sabed que dentro de una hora la pasaré a recoger. No puedo concederos ni un minuto más.

—Cualquier tiempo que me concedierais me parecería escaso, aunque éste fuera la eternidad.

—Sois un galante y gentil hidalgo, que en los tiempos actuales ya no abundan. ¡Ay si una tuviera dieciocho años! ¡Qué cosas no haría por una cita como la de hoy!

—Señora, desde que vi por vez primera a Clara no he conocido el descanso ni la paz. Sabed que el día de hoy es para mí la culminación de un sueño; decidle que incluso hablé de ella a mi señor padre en una carta.

—Pues vamos a ver si os ayudo a despertar; la voy a buscar. Cuando entre por esa puerta ya le habré indicado dónde os hayáis ubicado. No os mováis, ella os buscará.

El mesonero había llegado con la copa de nieve y el licor que había encargado la dueña. De la botella escanció una generosa ración, que desapareció entre el pecho y la espalda de la mujer más rápidamente de lo que lo hiciera la bolsa de las monedas.

—Perdonad, ya sé que no es forma de degustar un licor por parte de una dama, pero el tiempo apremia y si no me avió se nos va a echar la tarde encima.

—Os comprendo, y no os preocupéis. Sé distinguir al momento una dama de calidad, y vos sin duda lo sois —dijo Diego poniéndose en pie para acelerar la marcha de la inmensa mujer.

La Cordero se deshizo, como un azucarillo, ante el halago del joven y se dispuso a partir, constituyéndose desde aquel instante en la celestina de la pareja.

—Recordad, una hora. —Y soltando amarras, el inmenso galeón partió rumbo a la calle.

La doble litera descansaba sobre sus calces y los lacayos aguardaban hablando en un grupo al costado de una de las varas. María llegó hasta ellos y alzando la cortinilla del vehículo bajó la voz para dar la novedad a Catalina.

—¡Por mi vida que tenéis buen gusto! Hace muchos años que no conocía a un joven tan galán como vuestro enamorado.

—Ya os lo dije. Hace mucho tiempo que lo conozco y desde el primer día se portó conmigo como un gentilhomme. Decidme, no perdáis tiempo, ¿qué debo hacer?

—Vais a entrar y el lugar, como observaréis, tiene su calidad: todos sus pasteles y licores los compran en Botín y no veréis gentes zafias ni perdularios; el precio selecciona al personal. Vuestro enamorado está sentado bajo el ventanal que hay a la derecha y os espera como los campos al agua de mayo. Yo daré una vuelta por Madrid aprovechando que tenemos alquilada esta litera aunque estos malandrines se deslomen. —Al decir esto con el gesto indicó a los lacayos—. Al cabo de una hora os recogeré; no es bueno que a la primera cita os mostréis asequible ni fácil. En este tiempo tenéis que hacer lo que vuestro instinto de mujer os dicte; esto, desde que el mundo es mundo, no es menester enseñarlo. Y ahora id, no perdáis vuestro tiempo ya que tanto os ha costado llegar a este momento.

Descendió Catalina de la litera ayudada por la mujer y recogió el chal y metiendo sus manos en el manguito, de forma que ni un centímetro de su piel quedara al descubierto, se

introdujo en El Rincón del Ermitaño. Al principio le ocurrió lo que le había sucedido a la dueña, pero cuando ya sus ojos se habituaron a la media luz, avisada como estaba, al punto distinguió la silueta del joven que, bajo el ventanal, la aguardaba ansioso.

Con el paso contenido y el corazón en la boca, Catalina se acercó.

En aquel mismo instante un hombre abría la puerta de la confitería y se ubicaba en un alejado rincón, frente a ellos.

Diego se había puesto en pie. Al llegar a su altura la muchacha sacó la diestra del manguito y se la dio a besar, tapado el rostro todavía con el pañolón que cubría su cabeza; el muchacho tomó su mano y sin dejar de intentar adivinar el perfil de su semblante la acercó a sus labios. Ambos parecieron quedarse prendidos en el tiempo, y éste se detuvo.

—¿Es posible que el cielo haya bajado esta tarde a la tierra, señora?

—Tal será si así os parece.

Diego, sin soltarle su mano, hizo que se sentara a su vera en el banco de la pared. Ella, con un mohín de coquetería y con la excusa de apartar el mantón de su faz, se soltó. Catalina casi no podía articular palabra, tal era el estado de nervios que la embargaba. Pero cuando él observó su cara sin el disimulo de la mantilla, creyó que un ángel le había visitado aquella tarde.

—No creáis que porque sea una cómica acostumbre hacer caso de los billetes y citas que me dejan todos los días en el teatro. Sin embargo, os he de confesar que el vuestro de mi primer día en el corral, amén de halagar mi vanidad de mujer, despertó mi curiosidad, y ello refrendado por las frases elogiosas que para vuestra persona tuvo el bueno de Alonso Díaz y la historia que me contó al respecto de cómo os portasteis con él, todo ha coadyuvado para que aceptara vuestra invitación.

—El motivo es lo que menos me importa. El hecho es que estáis aquí y siento que soy uno de los hombres más afortunados de la Corte; os he seguido desde que debutasteis en el Príncipe y creedme si os digo que no hay en Madrid admirador de vuestro arte más entusiasta, ferviente y rendido que yo.

—¡Cuan avisado sois y cómo sabéis tratar a las mujeres! Cómo sabéis que una mujer puede estar sin comer un mes, quince días sin beber y una hora sin ser halagada. Las zalemas siempre son gratas al oído de una mujer, pero lo que más me place es que admiréis mi arte.

Diego escuchaba aquella voz cantarina y su memoria pugnaba por abrirse paso entre la maraña de sus recuerdos.

—Vuestra voz, señora... no es la misma que surge desde el escenario. Tengo la sensación de haberla oído anteriormente y... muy cerca de mí.

—Tal vez.

Catalina, poco a poco, iba adquiriendo seguridad. El calor del local y la intensidad del momento hacían que el arrebol hubiera coloreado sus mejillas y estaba realmente bellísima.

El mesonero acudió solícito, inquiriendo si la señora deseaba tomar alguna cosa.

—¿Tenéis chocolate?

—¡El mejor de Madrid!

—Pues entonces, tomaré una jícara.

—Al instante seréis servida.

En cuanto partió el hombre, Diego reemprendió el diálogo en el punto donde había quedado interrumpido.

—¿Qué insinuáis con ese «tal vez»?

Catalina disfrutaba del momento y del desconcierto del joven.

—Quiero decir que, a lo mejor, he estado cerca de vos y os he hablado, pero vos, en mi pequeñez, no habéis reparado en mi persona.

—¡Tal es imposible! Solamente os he visto en lo alto del escenario.

—A lo mejor no.

—¡Por lo que más queráis, señora, no juguéis conmigo!

Diego la observaba con una fijeza solamente comparable a la que empleaba el hombre de negro que había entrado tras ella: el rostro, el ángulo de la barbilla, el perfil de sus pómulos y la finura de su garganta le eran vagamente familiares.

—¡Apiadaos de mí!

—Tal vez en un baile. Haced memoria.

—Perdonadme, pero yo tan sólo... ¡Pero sí! ¡Vos erais la dama que me nombró en la mascarada en casa de los Mendoza y a la que luego busqué como un desesperado! Pero ¿cómo supisteis mi nombre?

Catalina sonreía condescendiente, gozando del momento casi mágico.

—Ciertamente oí hablar de vos a Alonso con don Pedro de la Rosa y vi cómo os señalaba desde lo alto de la escalera. Al punto asocié vuestro nombre al billete que me enviasteis el primer día. Vuestra historia despertó mi curiosidad de mujer, pero al anunciar el chambelán la presencia del conde duque y obligar a todos los invitados a tener que desenmascararse para pasar a los comedores, y al ver que mi estratagema quedaría al descubierto, tuve que marcharme. Salí por la puerta que usé al entrar en la mansión y que, por lo general, es la que emplean los cómicos de la legua^[227], la de las cocinas.

—No digáis barbaridades cuando sabéis de sobra que tenéis a todo Madrid rendido a vuestros pies.

—Pues, aunque no lo creáis, he gastado muchas suelas en el polvo de los caminos del reino.

En estas pláticas andaban y el tiempo pasó volando, y cuando más entusiasmados estaban ambos María Cordero ya regresaba.

—Perdonadme, señora, pero es la hora. Ya sabéis que no podemos demorarnos; si alguien sospecha que os he facilitado esta cita, muy poco dinero valdrá mi empleo.

—Ya nos vamos, María. La verdad es que la compañía de don Diego ha resultado muy estimulante. —Tras estas palabras, la muchacha se puso en pie dispuesta a partir.

—¿Puedo abrigar la esperanza de volveros a ver? —Diego asimismo se había levantado.

—Tal vez... intentadlo. A las cómicas nos encanta el tesón y el empeño de nuestros admiradores.

—Entonces, contad con que no os podréis librar de mí.

—¿Vais a dejar aquí este chocolate? —La dueña se refería a la intocada taza que, totalmente fría, obraba sobre la mesa.

—Con tanta charla no la he probado.

—Es una lástima desperdiciar tan maravilloso néctar. —Y ni corta ni perezosa, la Cordero vació de dos tragos la jícara.

—Entonces, adiós, don Diego. Ha sido una tarde muy grata.

—Clara, vuestro más rendido admirador esperará la ocasión de veros otra vez y no vivirá

hasta que tal ocurra.

—Tendréis noticias mías a través de Alonso.

—Imagino que no dejáis que os acompañe.

Catalina iba a hablar de nuevo, pero lo hizo la otra.

—De ninguna manera. Es mejor y más seguro que partamos solas.

Besó Diego la mano que le tendía la muchacha y ésta, tras ponerse el mantón y tomar su manguito, salió del establecimiento seguida por los pasos pequeños y deslizantes de la Cordero. Al punto y en tanto Diego estaba de espaldas pagando lo consumido, el hombre del rincón salía a la calle anochecida, tras ellas.

La litera avanzaba dificultosamente, abriéndose paso entre las gentes que todavía a aquellas horas andaban por las calles, unos regresando a sus casas y los otros comenzando la noche. En su camino tropezaba con viandantes, coches, sillas de mano, otras literas y gentes a caballo; algunos con doble jinete, ya que era costumbre que al caer el crepúsculo aquellos caballeros que esperaban tener dificultades en los lances que acometieran llevaran a la grupa algún criado de confianza armado hasta los dientes que ejerciera de escudero y les guardara las espaldas en caso de que durante el trámite de su aventura alguien, a traición y por un descuido, intentara atacarlos alevosamente o en cuadrilla.

El lacayo que abría la marcha portaba un farol encendido e iba dando voces y pidiendo paso en tanto que dentro de la litera y protegida su intimidad por las cortinillas bajadas que las aislaban del mundo exterior, ambas mujeres comentaban acaloradas los sucesos acaecidos en aquella, para Catalina, inolvidable tarde. A medida que se alejaban del centro, la densidad del trajín disminuía y el paso se avivaba.

De cualquier manera, el embozado husmeador del Santo Oficio no tenía dificultad alguna en seguir la litera y lo hacía a pie, ya que a caballo y teniendo que retener el tranco del animal su seguimiento hubiera sido más evidente y menos subrepticio.

Catalina no cabía en sí de gozo y explicaba a la Cordero atropelladamente todos los pormenores de la entrevista de aquella tarde.

—Y tened por cierto que vuestro disfraz ha sido tan perfecto que ni por un momento ha dado señales de reconocer a Alonso.

—Un hombre, cuando se entrevista por primera vez con su amada, no ve nada más que lo que quiere ver.

—Antes imaginaba yo que era un gentil caballero, pero siempre lo había tratado desde mi falsa condición masculina. Ahora puedo deciros que es el ser más maravilloso que existe bajo la bóveda celeste.

—Os podría decir que el amor es ciego por ambas partes, pero creo que vais a tener suerte. Yo, que soy una experta en la interpretación de los hombres, puedo deciros que creo habéis encontrado un ser excepcional.

—Pero ¿qué será de este amor tan hermoso, María? Él jamás reparará en mí como otra cosa que no sea una cómica para pasar el rato.

—La vida es muy larga, niña, y más vale ser el amor oculto de un hombre que no una aburrida y obligada esposa impuesta por las conveniencias sociales. ¿O creéis que la reina no se cambiaría por María Calderón?

—Pero ¡María, yo quiero tener hijos del hombre que amo!

—Para esto no es necesario papel alguno ni bendición de páter; la natura obra siempre.

En estas disquisiciones andaban ambas cuando la litera se detuvo en la calle Cantarranas, que era la dirección que había dado al lacayo guía la Cordero; no era otra que la del pasaje que se abría en la parte posterior de su casa, ubicada en la calle de los Francos y aún a más de veinte varas de la puerta trasera por donde Catalina acostumbraba arribar, y al lado de donde se recogía *Boabdil*. En tanto la dueña pagaba el importe del servicio aclaraba a Catalina que, yendo como iba vestida con ropas femeninas, lo mejor era entrar por aquella puerta y que la muchacha fuera directamente a su cuarto sin pasar por el piso inferior. De esta manera no era fácil que alguna de las pupilas la viera y en caso de que así fuera no le extrañaría, ya que no sería la primera vez que alguna dama de alcurnia acudiera embozada a la mancebía para entrevistarse discretamente con algún caballero, pues la discreción de la Cordero ejerciendo de celestina era legendaria en todo Madrid.

Cuando ya la litera vacía había comenzado a alejarse, la dueña retuvo por el brazo a la muchacha.

—Dejad que se vayan. No conviene que nadie sepa por dónde entramos ni adónde nos dirigimos.

Comenzaron a caminar las dos, la gruesa dama sujetándose al brazo de la muchacha y maldiciendo el empedrado y los charcos de la calle. Entre donde ellas se hallaban y la entrada de la cuadra, lucía un raquíico farol que cada noche prendía el encargado de tal menester y que pugnaba por disipar las tinieblas de aquel trozo de callejón.

Súbitamente, llegando a él, una voz destemplada las detuvo:

—¡Teneos ahí, señoras!

—¿Quién lo dice?

—La Suprema. ¡Ea, daos presas!

Entró el individuo en el mezquino círculo de luz y, al divisarlo, Catalina reconoció al instante al hombre que estaba frente a ellos en El Rincón del Ermitaño; a la dueña le atacó un tembleque imparable. En su diestra sostenía la espada y en la zurda portaba un cuadrito en el que, a aquella distancia, nada se veía. El hombre miraba alternativamente el rostro de Catalina y la pintura que sujetaba en la mano.

—¡No deis un paso más! No creemos que seáis un probo servidor del Santo Oficio. A estas horas y con nocturnidad, la Santa Inquisición no se dedica a detener a dos pobres mujeres que regresan a su casa. ¡No os creemos!

—Tendréis ocasión de comprobarlo cuando os encierren en una mazmorra.

—¡Os digo que no os acerquéis!

El hombre, haciendo caso omiso de la voz de la muchacha, avanzaba inexorable hacia ellas. María Cordero estaba a punto de desmayo. Súbitamente en la mano de Catalina apareció, sujeta por el extremo de la hoja, una daga corta de forma muy peculiar que hasta aquel instante había dormido oculta en el manguito de la bella. La voz, esta vez conminatoria, de la muchacha advirtió:

—¡Si dais un solo paso, sois hombre muerto!

El hombre, sorprendido, al principio se detuvo un instante, pero después no sólo avanzó sino que apretó el paso. Entonces todo transcurrió en un segundo. Cuando María quiso darse cuenta, ya el peculiar cuchillo había partido, tras un ligero movimiento de muñeca, de Catalina y asomaba su nacarada empuñadura en el cuello del hombre, que, soltando su espada y el cuadro que llevaba en

la otra mano intentaba con ambas extraérselo en tanto que sus ojos reflejaban la sorpresa de alguien que no termina de creerse lo que está sucediendo; luego trastabilló un par de veces y vino a desmoronarse a los pies de la dueña, que por poco no se derrumba sobre él. La mujer estaba pálida y tuvo que sujetarse en Catalina. Ésta, con una decisión impropia de sus años, comenzó a impartir órdenes:

—¡Por Dios, María, no os atoréis! ¡Ayudadme!

Diciendo esto se acuclilló y extrajo su daga del gáznate del individuo; al hacerlo un borbotón de sangre oscura manó de la herida, manchándole el colete y el jubón, en tanto un jadeo silbante llegó a sus oídos. Luego, el silencio. Catalina tomó en sus manos el boceto y lo acercó a la luz. María lo miraba por encima de su hombro.

—¡Sois vos! ¡El señor nos valga!

—Motivo de más para no dejarnos ganar por el pánico. ¡Ayudadme!

En un instante Catalina envolvió con su propia capa el cuello del hombre para contener la hemorragia y que, de esta manera, el reguero de sangre manchara mínimamente el empedrado de la calle. Luego ambas mujeres sujetaron al individuo por las piernas y tirando de él lo alejaron cuanto pudieron, dejándolo tirado en la confluencia de dos callejones que se encontraban a cuatro casas de distancia. Afortunadamente no se toparon con nadie. María resoplaba como un fuelle roto y al terminar tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

—¡Vamos, María! hemos tenido mucha suerte. Antes de que alguien nos descubra hemos de desaparecer.

Las dos, como sombras furtivas y buscando la protección de las paredes, se dirigieron con las ropas desajustadas y manchadas de sangre a la entrada posterior de la mancebía. Una vez allí no cruzaron ni una palabra; cada una se fue a su habitación.

Catalina cerró la puerta tras de sí y se apoyó, ahora sí, temblorosa en la pared. ¡Había matado a un hombre! Esto nada tenía que ver con una clase de esgrima ni con un simulacro de combate; un individuo había partido de este mundo por su mano y ella era la responsable. Luego, lentamente acercó el boceto a la luz de la palmatoria y lo observó detenidamente: era ella, algo más joven, tocada su cabeza con el casquete de las aspirantes de San Benito. Como una sonámbula y casi sin saber lo que hacía se desvistió, llenó la jofaina de agua y comenzó a restregarse para borrar de sus manos y brazos la sangre de aquel esbirro. Después recogió las manchadas ropas y las metió en un cesto, ocultándolas bajo su cama. No era probable que nada ocurriera, por lo menos durante unos días; el hombre había quedado tendido a más de dos cuadras de allí, y a lo mejor la ronda no lo hallaba hasta el día siguiente.

Alonso se vistió, se colocó el bigote y la perilla y sin hacer el menor ruido salió a la calle por la puerta de la cuadra; allí tomó unos trapos, un escobón y un cubo pequeño que llenó de agua, a la que añadió los polvos que usaba para limpiar el suelo. Entonces se asomó al callejón donde el individuo había pasado a peor vida y oteó el horizonte; nadie a la vista. Salió a la calle y dirigiéndose al lugar donde había ocurrido el incidente se dedicó, con eficacia y rapidez, a limpiar el rastro de sangre que había, luego siguió el camino hasta el muerto y borró las pocas huellas que había dejado; todo seguía igual y el hombre yacía frío e inmóvil en la misma postura. Cuando todo quedó a su gusto, regresó a la casa por el mismo camino y tras dejar todos los trebejos en su sitio se dirigió a su cámara; luego de desnudarse se acostó.

El sueño tardó en llegar. Eran muchos los lances acaecidos aquel día, y una y otra vez volvía a

su memoria el suceso terrible de aquella noche y el peligro latente que ello implicaba. Al día siguiente pensaría lo que convenía hacer. Después su corazón enamorado recordó todas y cada una de las frases que había pronunciado Diego; finalmente la venció el sueño y cayó en una pesadilla negra y húmeda que la hizo despertarse varias veces durante la noche.

Antón y Casilda

Casilda y Antón habían contraído matrimonio al finalizar el verano anterior. Ambos eran buenos trabajadores y además él era un recomendado del marqués de Torres Claras, primer benefactor del convento, de tal manera que las monjas consideraron que sería bueno que ocuparan plaza de guardeses. Les asignaron de forma oficial la casa que ocupaba Antón a modo de precario y que, en su día, había sido la vivienda de Blasillo y de su padre, el sordomudo, y que estaba ubicada al final del huerto bajo, junto a las cuadras.

La cosa comenzó porque a ella le hacían gracia las bromas y el desparpajo del antiguo soldado, y al cabo de varios viajes y muchas charlas en las largas horas compartidas en el pescante de la galera de las monjas y después de escuchar todas sus batallas y hechos de armas, llegó a la conclusión de que, pese a sus fábulas y quimeras, tras aquella fachada de valentón y camorrista se encontraba un corazón franco y una buena persona. Casilda había cumplido ya los treinta y cinco, su reloj biológico le indicaba que dentro de poco tiempo ya no podría engendrar y deseaba tener otro hijo. Todo se decidió en el último viaje de regreso al convento. Los trámites fueron rápidos y una mañana el dominico que había sustituido momentáneamente a Rivadeneira los casó sin más diligencias, en la capilla del monasterio.

No bien fueron marido y mujer Casilda le puso al corriente de sus secretos, que iban desde la huida de su amiga y las ansias de ésta por conocer sus orígenes, pasando por la muerte de la madre Teresa, hasta los descubrimientos realizados por Leonor. Antón, que entrevió el peligro que implicaba la conservación de aquella carta y el códice, hizo una trampilla al fondo del armario donde guardaba sus herramientas de carpintería y, tras envolverlo todo en una lona que resguardara de humedades y de mordeduras de ratas el comprometido envoltorio, lo puso allí, cubriendo con un par de cajas de cartón llenas de clavos la tapa del escondrijo, hasta que llegara el momento de enviar aquel peligroso material a la persona que creía debía de ser su destinataria. Luego decidió acercarse, en la primera ocasión que cualquiera de sus viajes a Valladolid le brindara, a la casa del primo de Casilda y dejar abierto el conducto directo con Catalina, si es que volvía a llegar alguna carta de ésta para su mujer, alegando que él en cada periplo que le acercara por aquellos andurriales se llegaría por ver si había nueva misiva y si por ella podía saberse dónde era posible localizar a la muchacha. Antón, que tenía una especial inquina al fraile y a la priora, y había observado los turbios manejos del primero más de una vez cerca de la pobre Fuencisla, creyó a pie juntillas todo lo que Casilda le relató y se dispuso, consecuente con su recio carácter, a hacer frente a cualquier contingencia que amenazara a su nueva familia y, por extensión, a todo aquello que su mujer amara.

El cadáver lo encontró, a las seis de la mañana, un panadero que regresaba a su casa a aquellas horas y que tenía la tahona en la calle de los Francos. Rápidamente dio cuenta de ello a la ronda y los corchetes se desplazaron al lugar sin demora en un carromato que era simplemente una plataforma con cuatro ruedas tirada por un mulo, donde cargaron al muerto y lo llevaron, tras una somera inspección, a la alcaldía del barrio. Allí lo dejaron instalado sobre una mesa a fin de que el alguacil diera parte al galeno y al juez, y ambos testificaran su defunción y abrieran las oportunas diligencias por ver de averiguar las causas de muerte del interfecto.

Todo ello se hacía con notable celeridad ya que no menos de cinco a seis cadáveres se juntaban cada noche en las dependencias policiales, fruto de asaltos nocturnos, duelos o pendencias. Al juez le pareció que aquel hombre no había perdido la vida en una vulgar reyerta ni tampoco había sido asaltado por unos malandrines, ya que en su bolsa se halló una cantidad de dinero que de ser así, sin duda, hubiera desaparecido; pero nada parecía faltar de su escarcela en la que, por cierto, halló una cédula que identificaba al cadáver como hombre dependiente del Santo Oficio. Y siendo así que estas cosas acostumbraban a ocasionar serios disgustos si no eran tratadas con una delicadeza exquisita, decidió dar parte a la Suprema, ya que era consciente de que lo del César era del César y lo de Dios era de Dios.

Envió un emisario a la sede central llevando el documento hallado en la faltriquera del difunto y antes de que el médico y él se retiraran, un coche cerrado paraba en la puerta del edificio. En tanto el auriga pugnaba por detener completamente el tronco de caballos, del coche descendían tres personas: un individuo alto con la cara cortada por una inmensa cicatriz, un fraile y un instructor adjunto del Santo Oficio al que ya conocía de otras veces. Entraron los tres, con gran estrépito, en las dependencias y pareció tomar el mando y llevar la voz cantante el de la cicatriz.

—Mi nombre es Sebastián Fleitas de Andrade y mi cargo es el de familiar del Santo Oficio. Quien me acompaña es el padre Rivadeneira y al adjunto creo que lo conocéis. ¿Sois el magistrado encargado de esta investigación?

—En efecto, y al ver que el difunto tenía algo que ver con la Santa Inquisición me ha parecido oportuno enviar al punto un emisario.

—Habéis hecho lo que procedía, y esto habla en favor de vuestra probidad y competencia. ¿Podemos ver al extinto?

—Naturalmente, seguidme.

Avanzaron los tres recién llegados por un estrecho pasillo siguiendo al juez y al médico, quien por cierto no había abierto la boca durante el prólogo que mantuvieron el magistrado y el de la cicatriz. De esta guisa pasaron ante varias puertas y frente a la cuarta el juez se detuvo.

—Si alguien no tiene el ánimo muy firme, mejor será que se espere fuera. El espectáculo, para quien no está acostumbrado, no es precisamente grato.

—Yo, si no os importa preferiría... —Rivadeneira había hablado.

—Vos entraréis conmigo. Cuatro ojos conocedores del asunto ven más que dos; no me hagáis creer que estas cosas os amedrentan.

—Sea como mandéis —dijo el fraile resignadamente.

El adjunto permanecía mudo. Precedidos por el galeno entraron los cuatro hombres. La estancia exhalaba un fuerte olor a desinfectante, y techos y paredes estaban encalados; siete mesas

de mármol se alineaban en la pared de enfrente y sobre cinco de ellas yacían sendos cadáveres, cuatro hombres y una mujer, completamente desnudos. El magistrado se dirigió a la segunda de las mesas y los demás se acercaron, rodeándola; la cara del fraile estaba más blanca que la cal de la pared.

—¿Lo conocíais? —preguntó el juez.

—Desde luego. Habéis obrado con gran criterio. Es uno de los hombres de la Suprema y estaba sobre la huella de un asunto importante. ¿Dónde lo habéis hallado?

—Lo ha encontrado un panadero que regresaba de su trabajo, y ha avisado a la ronda.

—Os he preguntado dónde. —El tono del portugués era desabrido e inquietante, como siempre que algo se le torcía, y el otro así lo entendió.

—Enfrente del portal número nueve del pasaje de las Acacias, junto al mentidero; allí estaba tirado.

—¿Nadie ha oído nada?

—El alguacil ha interrogado a la vecindad y nadie parece haber oído ruido alguno.

—Y ¿a qué es debida su muerte? —Ahora el que se había arrimado a la mesa era el galeno.

—Le han partido la yugular de una cuchillada tremenda y al parecer dada con navaja que tuviera muy ancha la hoja. No es común una tal herida; al menos yo no he visto otra semejante. Murió al instante y alguien tuvo un desmedido interés en que no sangrara, lo cual me lleva a deducir que quien lo mató lo hizo en otro lugar y al trasladarlo no quería dejar un rastro de sangre, y por tanto lo acarreó hasta ese sitio con el cuello envuelto en su propio ferreruelo. Este dato avala mi teoría.

Ahora el que intervino de nuevo fue el juez:

—La zona es pródiga en burdeles y casas de mala nota; bien pudiérase tratar de una reyerta entre clientes por causa de alguna de las mujeres.

—En este caso, no es probable. ¿Habéis examinado sus pertenencias?

—Sí, excelencia. Todo está aquí, nada se ha tocado excepto la cédula que os he enviado.

Todas las cosas del muerto estaban sobre otra mesa y Fleitas las revisó detenidamente, observando que el boceto que, sin duda, debía de llevar con él había desaparecido.

El portugués se volvió hacia el adjunto:

—¡Dejé muy claro que quería a los seguidores por parejas! ¡Me deberéis aclarar dónde se hallaba el que, con el difunto, debía hacer esta vigilancia! ¡Necesito saber si se separaron porque seguían a dos personas y dónde estuvieron antes! Daos cuenta de que únicamente falta, de entre sus enseres, aquello que podía interesar únicamente al perseguido; por tanto es muy probable que hubiera dado con la pieza buscada. Si esta anomalía se debe a una necesidad del servicio, lo comprenderé; si ha sido desidia o suficiencia, ¡que el responsable se atenga a las consecuencias, porque os juro que tendrá tiempo de meditar en una mazmorra!

Súbitamente el regurgitar de Rivadeneira hizo volverse al portugués; el fraile no pudo contener la náusea y vomitaba en un rincón.

—Y no podéis imaginaros, Lorenzo, la clase de mujer que es Clara Arnedillo.

Diego y Lorenzo platicaban en el patio principal de la Casa de los Pajes, paseando arriba y abajo en el tiempo de descanso que había entre dos clases.

—Y ¿decís que no la acompañasteis hasta su casa y que la dejasteis partir sin averiguar dónde vive?

—No era conveniente. Era comprometido para su dueña y además sé que la encontraré en el corral. Cuando vea a Alonso le voy a dar un abrazo de oso; soy el hombre más feliz de todo Madrid.

—Parece que estáis obnubilado por esa mujer.

—Es una dama, Lorenzo. Su forma de expresarse, su natural elegancia y, sobre todo, la dignidad que emana de su persona hacen de ella un ser especial. Ya os conté lo que sentí cuando, sin sospecharlo, bailé con ella en casa de los Mendoza.

—¿Y habéis quedado en verla de nuevo?

—No precisamente, pero sé que la volveré a ver.

—No os toméis demasiado en serio este lance, no vaya ser que después salgáis malparado.

—Mi corazón late y vive para ella desde el momento en que le he hablado.

—No seáis insensato, vuestro padre no toleraría jamás algo así.

—Mi señor padre se tendrá que avenir a razones; en caso contrario me perderá.

—Estáis diciendo insensateces y os ofusca el encuentro. No vais a tirar vuestra vida por la borda por una mujer del teatro.

Se habían detenido en medio del patio y Diego enfrentó a Lorenzo de un modo que a éste le extrañó.

—Os ruego que no habléis de ella en ese tono. Lo que sí os digo es que mi vida sin ella no tiene sentido, y si mi señor padre se opusiera y ella me despreciara, me alistaría de soldado en el Tercio y marcharía a Flandes.

—Estáis loco. Hace unas semanas me decíais que doña Elena de Mendoza era una criatura encantadora.

—Y sigo creyendo que será una gran mujer, pero todavía es una niña y mi sentimiento hacia ella estaba entreverado de ternura y de admiración. Lo que anida mi corazón hacia Clara Arnedillo no puedo explicarlo con palabras. El día que os suceda a vos entonces lo entenderéis.

La campana que anunciaba la reanudación de las clases había comenzado a sonar y ambos jóvenes se dirigieron hacia el aula donde se impartía la asignatura de latín. Cuando ya entraban en el recinto, Diego añadió:

—Voy a esperar hasta que el jueves Alonso comparezca en casa y me traiga noticias. De cualquier manera el próximo sábado os invito a verla en el corral; luego os la presentaré y entonces comprenderéis todo cuanto os estoy diciendo.

Cambios de vida

Catalina había pasado la semana meditando. Habló hasta la saciedad con María Cordero, que no levantaba el ánimo del susto que la embargaba, y llegaron ambas a varias conclusiones. En primer lugar aquel esbirro la había localizado, con toda seguridad, en el corral y la había identificado sin duda cuando actuaba vestida de mujer; de ello se infería que al no tener la certeza de que fuera él únicamente quien la había descubierto, podía perfectamente haber la posibilidad de que hubiera más lebreles sobre su pista. Convenía, por tanto, que se despidiera de don Pedro de la Rosa y de Ana de Andrade y que no volviera a vestir por el momento ropas femeninas, ni mucho menos subirse al tablado y ni tan siquiera acercarse al corral. Ahora tenía el convencimiento de que la podrían reconocer mediante aquel boceto y que podían ser varios los que lo poseyeran y supieran cuál era su imagen. Por tanto, lo que la situación requería, por el momento, era que siempre vistiera ropa de varón, llevara bigote y perilla y que para todo el mundo fuera Alonso, el paje mandil de María Cordero, y que Clara Arnedillo hiciera mutis por el foro.

Otra preocupación que la embargaba era la de saber cuántos secuaces del Santo Oficio la habían seguido hasta El Rincón del Ermitaño, ya que si hubiera habido un segundo perseguidor Diego podría ser investigado e incomodado, más aún tras el trágico final del primero, cuya muerte desencadenaría sin duda una terrible persecución.

Todo ello le creaba un problema, por el momento, insoluble; tras el primer encuentro su corazón deseaba, por encima de todo, volver a ver a Diego bajo su auténtica condición de mujer, y para ello se sentía capaz de arrostrar cualquier peligro y cometer cualquier imprudencia.

Todas estas dudas las comentaría con María apenas terminara la redacción de la carta que aquella tarde había decidido enviar a Casilda, a la que jamás olvidaba y a la que por fin le iba a poder dar una dirección para que ella, a su vez, le enviara noticias de todo lo que le había ocurrido desde que se habían separado.

*Señor Rafael Peribáñez
Calle de las Ánimas del Purgatorio, s/n
Valladolid*

Muy respetado amigo y de mi mayor consideración: Deseo que al recibir ésta, tanto vos como vuestra familia gocéis de buena salud y que todas vuestras cosas marchen en la dirección correcta y con vientos propicios. Os ruego industriéis los oportunos medios

para hacer llegar ésta a vuestra prima Casilda a la mayor brevedad posible, ya que hasta ahora no he tenido ocasión de escribir ni de darle unas señas fijas para que ella lo haga. Dándoos gracias anticipadas y pidiéndoos perdón por causaros tanta incomodidad, recibid mis más afectuosos saludos.

Alonso Díaz

Dentro de este pliego iba lacrada la carta para su amiga.

A Casilda Peribáñez

Queridísima e inolvidable amiga:

¡Por fin puedo ponerme en contacto con vos y daros unas señas a las que podéis enviar vuestras cartas, que serán recogidas y me serán entregadas!

Tantas cosas han acaecido en este tiempo que, creed, no sé por dónde comenzar.

Por fin he llegado a Madrid y me he establecido en la Corte. Vivo en una posada frecuentada por multitud de gentes que van y vienen, y donde prefiero no me escribáis ya que vuestras epístolas se podrían extraviar y caer en manos menos convenientes. La diligencia principal que vine a hacer a Madrid la he realizado esta semana pasada y he visto a mi soñado amor y la cita ha sido inolvidable. ¡Cómo entiendo ahora alguna de vuestras frases! Solamente os diré que cuando estaba esperando y sabía que el encuentro se avecinaba parecía que en mi estómago revolotearan un millar de mariposas. ¡Si pudierais venir a Madrid y buscarme, os lo agradecería toda mi vida! Es imposible volcar en una escueta misiva todos los sucesos increíbles que me han acontecido en este tiempo y, por otra parte, están tan encadenados que no es posible relataros uno si anteriormente no os he puesto al corriente de los otros. Nada hay en el mundo que desee tanto como volver a veros.

Cuando me escribáis o busquéis, hacedlo en la dirección que os doy, ya que aunque no es mi domicilio voy a ella frecuentemente y me guardarán vuestras cartas: Escuela de esgrima de don Pedro Pacheco. Calle de la Santa Cruz, núm. 13, junto a la plaza Mayor, Madrid. Es sitio harto conocido y simplemente preguntando por él, en los alrededores, os sabrán dar razón.

Recibid todo el afecto de vuestro incondicional amigo,

Alonso Díaz

En cuanto terminó la carta ensilló a *Boabdil* y se dirigió a la casa de la posta, a fin de que su misiva saliera en el primer correo hacia Valladolid. Se hallaba ésta ubicada en la esquina de la plaza del Sol con la calle de los Areneros y el nombramiento de correo mayor del reino había recaído en el conde de Villamediana, del que se decía que unía a su condición de autor teatral el honorable título de ser el amante de la reina y que ésta, por favorecerlo, había intrigado para que le otorgaran tan remunerado cargo.

Una vez hubo pagado el franqueo, se llegó a las gradas de San Felipe por ver lo que se decía en el más importante mentidero de Madrid. Dejó al caballo en una cuadra cercana donde por el módico precio de medio cuarto se lo guardarían durante una hora y se acercó caminando hasta el pórtico de la iglesia. A medida que se aproximaba, los grupos se iban haciendo más numerosos y frecuentes, y Alonso remoloneó cerca de ellos a fin de oír retazos de conversaciones. Aquellas improvisadas tertulias se ubicaban siempre en los mismos lugares, de forma y manera que el que quería escuchar los últimos chismes sobre galanteos acudía a un rincón diferente del que era aficionado a los toros y cañas^[228], y a su vez distinto al que se aproximaban quienes deseaban intervenir y pontificar sobre el último estreno teatral o de cómo iba la guerra de Flandes.

Ya se iba a retirar cuando a sus oídos llegó un fragmento de conversación que la obligó a calarse el chambergo y aproximarse al grupo que de tal tema hablaba. Desde su infausto encuentro le asediaba la idea que en cualquier lugar y momento alguien la miraba fijamente y, tras extraer de su escarcela un dibujo como el que ella tenía escondido y cotejarlo con su cara, la conminaba a darse por presa.

—Y os aseguro que la Suprema está en pie de guerra y no me gustaría estar en la piel del insensato que ha cometido tal desaguisado.

—Y ¿decís que fue cerca de la calle de los Francos?

—A unas varas de allí, y sé de buena tinta y por autorizada fuente que van a empezar los registros y los interrogatorios. Ya sabéis que todo lo soportan mientras no se toque a uno de ellos, pero cuando eso ocurre son inasequibles al desmayo y no han de parar hasta descubrir al imprudente que se ha atrevido a desafiarlos.

—Difícil tarea es. Aquél es un barrio muy transitado, ya sabéis que al caer la tarde se dan cita en él una cantidad ingente de pecadores que a acuden a aliviar su carne y no son los menos los que presumen, durante el día, de devotos y recatados. Mas creo que tal historia se deba a algún ajuste de cuentas y que al final de toda ella se encuentre la pollera^[229] de alguna tronga.

—¿Olvidáis que el muerto era un servidor del Santo Oficio?

—Vano argumento es ése, o ignoráis el número de devotas que lo son de gentes de la iglesia.

—¿Ajuste de cuentas decís u os referís a un duelo? —intervino un tercero.

—Podría ser como decís, pues ese callejón es sin duda lo único poco frecuentado de todo el barrio, pero se comenta que la herida del cuello que presentaba el muerto no puede hacerla una espada, sino una hoja mucho más ancha y corta.

—Y vos ¿cómo es que estáis tan bien informado?

—El médico que certificó la defunción está casado con una prima de mi parienta y me dijo que en los años que lleva ejerciendo la profesión jamás había visto tamaña cuchillada.

Catalina no necesitó oír nada más. Se escabulló entre los grupos de charlatanes con el chapeo hundido hasta las orejas y partió en busca de *Boabdil*, que la recibió con un alegre relincho. Tras pagar lo estipulado por la guarda del animal, se dirigió a la casa de la Cordero para pensar con calma y hablar con la mujer a la que, por ningún concepto, quería perjudicar.

Llegó cuando el reloj de las Terciarias de San Francisco daba ocho campanadas y se dirigió, por la parte posterior como era su costumbre, a la cuadra a fin de desembridar a su caballo y dejarlo acondicionado para que descansara.

Cuando, subiendo la escalera interior llegó al vestíbulo de la casa, intuyó que aquella iba a ser una noche movida; pese a lo temprano de la hora, los salones ya estaban atestados, el volumen de

la voces era grande y la gente se arremolinaba en la puerta sin atender a razones ni esperar que salieran los que estaban dentro. Alonso evitó el barullo y se dirigió a las habitaciones de María, situadas en el primer piso, y que desde el lance de la noche del muerto había perdido aquel su extrovertido carácter y estaba algo atemorizada; de no ser así, en tal día como aquél, hubiera estado, sin duda, en el recibidor poniendo orden entre los clientes que acudían a su casa. Llamó con los nudillos a su puerta en tanto que, en voz queda, demandaba venia para entrar.

—¿María, soy Alonso! ¿Dais vuestro permiso?

Al cabo de un instante la puerta se abrió y asomó timorata la cabeza de la mujer, que tras comprobar que nadie más había en el pasillo se retiró invitándola a pasar.

Catalina jamás se acostumbraba al embrujo de aquella recargada estancia; en esta ocasión un singular olor a incienso, que emanaba de un pebetero, mezclado con algo que a ella se le escapaba, lo invadía todo. María se sentó en su poltrona y dejó que ella lo hiciera en los almohadones.

—¿A qué huele esto, María?

—Es bueno para los nervios; tranquiliza y ahuyenta los malos espíritus.

—¿Os encontráis bien? ¿Cómo es que no habéis bajado siendo así que la velada se presenta movida?

—Ahora iba a hacerlo. No os preocupéis, estoy bien. ¿Traéis noticias? ¿Sabéis algo nuevo?

—Por eso quería veros.

—Os escucho.

—Veréis, me he acercado a San Felipe tras llevar una carta a la posta, que como sabéis es lonja y mercado de las más dispares conversaciones, y allí he escuchado algo que quiero sepáis; no me gustaría que, con lo buena que habéis sido conmigo, por mi causa os viniera perjuicio.

María comenzó a abanicarse ostentadamente con un ampuloso abanico de plumas de marabú que al esparcir por la habitación su peculiar perfume de gardenia y mezclarse éste con las emanaciones del pebetero hacía el ambiente cargado e irrespirable.

—¿Qué es lo que habéis oído?

—No viene al caso. Lo realmente importante es que la Suprema va a entrevistar a los habitantes de la zona por ver si encuentran algún rastro de lo ocurrido la otra noche, y pienso que tal vez sería mejor que cogiera mis bártulos y desapareciera por el momento.

La mujer quedó unos instantes pensativa.

—No lo creo oportuno por varias razones. La primera es que María Cordero, aunque esté cagada de miedo, no deja en la estacada a sus amigos y la segunda es que, sin duda, se sabría y sería sospechoso y difícil de explicar que ahora precisamente desaparecierais. O sea que quitaos esta idea de la cabeza, ya que no procede.

—María, creo que mi obligación era decíroslo.

—Habéis cumplido con ella, pero olvidad el asunto. No procede. Eso sí, andad con más cuidado que nunca y sobre todo que ninguna de mis pupilas sospeche algo. Sería fatal que a estas alturas alguna maliciara que hay gato encerrado y fuera con el cuento a oídos poco convenientes, pues las almohadas hacen comunicativas a las personas, explicando que aquí ha vivido durante muchos días alguien que ocultaba, sin motivo aparente, su condición de mujer. ¿Me habéis comprendido?

—No temáis, pero ¿quién os va a denunciar causándoos perjuicio siendo como sois una madre

para todas ellas?

—Vos sois muy joven y desconocéis los arcanos del alma femenina: los celos, las envidias y las malaventuranzas acuden cíclicamente a ella, al igual que la menstruación, y lo que hoy les parece una aberración mañana lo encuentran digno y justificable. Os repito, andad con mucho tiento y no contéis nuestro secreto a nadie.

—No tengáis cuidado, nada saldrá de mi boca que os pueda perjudicar.

En estos diálogos andaban las dos cuando un alboroto estentóreo subió de la parte de detrás de la planta baja; las dos mujeres se dispusieron a bajar de inmediato. Catalina tal como había llegado de la calle y la Cordero colocándose sobre los hombros un chal de lana, se precipitaron a la escalera.

La barahúnda en la planta baja era inenarrable, los de afuera pretendían entrar y los de adentro parecían querer huir de algo. Súbitamente Eulalia y Enriqueta se llegaron hasta donde estaban ambas y medio histéricas intentaban explicar lo sucedido.

—¡Doña María, Alonso, por el amor de Dios, acudid o la va a matar!

Catalina sujetó por los hombros a Enriqueta y la conminó:

—¿A quién van a matar?

—¡A Dorotea! ¡Si no la apartáis de sus manos, es muerta!

—¿De las manos de quién? ¡Vive Dios!

—¡De ese energúmeno de don Cristóbal López Dóriga!

Catalina no necesitó oír nada más. Se precipitó, contra corriente, abriéndose paso hacia el interior del salón principal y cuando, a empujones, se sacó de encima a la gente que pretendía huir de la confusión, se pudo hacer cargo de lo que allí estaba ocurriendo. La sala era circular y bordeando la pared se veían grupos de sofás y sillones formando tresillos, separados por motivos escultóricos dedicados a temas grecorromanos, dispuestos de tal forma que cada uno de los allí ubicados pudiera mantener una conversación sin molestar ni ser molestado por el inmediato; la mayoría de ellos se habían desocupado a causa de la batahola que se desarrollaba en el del centro.

Catalina observó a un caballero de espaldas que estaba golpeando cruelmente, a cintarazo limpio, a un bulto acurrucado a sus pies que gemía e intentaba cubrirse el rostro con los brazos en tanto otro individuo, apoyado en una columna griega que momentos antes había soportado un estatua dedicada al rapto de las Sabinas, se atusaba el bigote sonriente y un tercero asistía pálido al estallido de furor de su compañero. Catalina, cuando cayó en la cuenta de que el bulto gimiente era Dorotea, no lo pensó dos veces; justo en el momento que la rechoncha figura de la Cordero se asomaba por la puerta del salón y se llevaba ambas manos al rostro horrorizada ante lo que veían sus ojos, Alonso se abalanzó sobre el desprevenido agresor y de un tremendo empujón lo apartó de la pobre muchacha, cuyos sollozos hubieran estremecido a un sayón, lanzándolo al entarimado con gran violencia. En tanto el de López Dóriga se reponía de la sorpresa, el alférez Campuzano tiraba de tizona y el tercero restaba quieto sin saber qué hacer, Catalina ayudaba a incorporarse a Dorotea, que corría trastabillando a refugiarse en los brazos de María Cordero. Todo sucedió muy deprisa. Cristóbal se puso en pie y asimismo desenvainaba, y cuando Catalina se disponía a hacer lo propio la recia voz de un capitán de cazadores de Montesa que allí se hallaba interrumpió la escena.

—¡Ténganse quietos los fierros! ¡Señores, compórtense como deben hacerlo los hidalgos bien

nacidos! No es lugar un burdel ni hora propicia para duelos. ¿Qué es lo que aquí ha sucedido?

Los cazadores de Montesa eran, junto con los tudescos, uno de los cuerpos de guardia del rey más respetados, de modo que la voz del capitán fue atendida y los aceros regresaron a sus vainas.

—¿Cuando un caballero es vilmente burlado por una rabiza^[230], justo es que le dé una lección sin que se entrometa un redentor de honras ajenas!

—El que de esta manera habló fue Cristóbal López Dóriga.

—¿Poco caballero será el que se atreve con una pobre mujer en publico! —El genio de Catalina ante cualquier injusticia salía rápidamente a flote.

—¿Eso tendréis que mantenerlo o enmendarlo! —El que intervenía era el alférez.

—¿Cuando queráis y donde queráis!

El capitán apuntó conciliador:

—Señores, creo que el lance no vale la pena y puede solventarse con una explicación.

—¿La explicación os la voy a dar el domingo a las once de la noche, si os cuadra, junto a la tapia de la ermita del Ángel de la Guardia, al lado del Manzanares!

Catalina se oyó decir a sí misma:

—¿Descuidad, que no faltaré!

—¿Cuál es vuestra gracia?

—Mi nombre es Alonso Díaz. ¿Y el vuestro?

—Cristóbal López Dóriga.

—Y el mío, alférez Matías Campuzano. Llevad padrino; yo lo seré de don Cristóbal.

—¿Señores, haya calma! —volvió a intervenir el capitán.

—Os agradezco vuestra intervención, pero no podéis evitar lo inevitable.

—Entonces os sugiero que sea a primera sangre —insistió el de Montesa.

—Vuestra intención es buena capitán, pero yo no me presto a supercherías grotescas ni admito palinodias^[231] a destiempo —replicó Cristóbal, y dirigiéndose a Catalina añadió—: Imagino que el gentil caballero desfacedor de entuertos estará conforme y no le faltarán hígados para el lance.

—Sin duda, y veremos a quién le sobran o le faltan asaduras.

—Pues no hablemos más, que las palabras huelgan. Hasta el domingo.

Y tras tomar su chambergo y su capa, salió el de López Dóriga del salón y enfiló el pasillo como una furia, lanzando sapos y culebras por la boca, seguido del alférez y de un aterrorizado Álvaro de Rojo, en tanto las filas de los curiosos se abrían, dejando paso franco como la cera ante un cuchillo caliente.

Cuando hubieron partido las aguas volvieron a su cauce y las gentes fueron a sus carnales negocios comentando lo que allí había ocurrido.

Catalina quedóse parada en el rincón tomando conciencia de lo sucedido, cuando un ligero golpe en el hombro la devolvió al mundo.

—Caballero, soy el capitán Contreras y quiero deciros que habéis obrado justamente. Una mujer, aunque se dedique a este menester, es siempre un ser indefenso; y también añadir que si mi oficio y mi rango no me lo impidieran sería con gusto, de quererlo vos, vuestro padrino.

—Os agradezco, señor, vuestras frases y vuestra intención, pero ya tengo quien me apadrine. De todos modos os doy de nuevo las gracias.

Catalina con un ligero golpe de tacones partió hacia el piso superior, adónde habían llevado a Dorotea y a la que estaban curando las heridas recibidas en el infortunado lance. La muchacha,

todavía asustada, estaba hecha un ecce homo: los moretones y las rozaduras invadían su rostro y casi no podía abrir el ojo izquierdo. María Cordero y Enriqueta le pasaban por las heridas unos trapos de hilo que empapaban en el agua mezclada con desinfectante que había en una palangana que sujetaba Eulalia.

—¡Santa Madre de Dios, cómo os han puesto! —clamaba la Cordero—. Pero ¿qué es lo que ha desencadenado tal desbarajuste?

Dorotea casi no podía abrir los tumefactos labios para explicarse.

—Estaba saludando al comerciante de vinos que viene a ver a Teresa una vez al mes, y que acostumbra pasar por mi pueblo en cada viaje que realiza; en la última ocasión, medio en broma, le pedí que me trajera unos polvorones y él se lo tomó en serio, y cuando me entregaba el paquete me ha acariciado la barbilla sin malicia alguna. Entonces el alférez ése que va con él se ha reído y lo ha llamado consentidor, y cuando he regresado a su lado ha comenzado a atizarme delante de todo el mundo que si no es por Alonso me hubiera matado. ¡Uy!, me hacéis daño.

—Aguantad, que es necesario desinfectar estas heridas. Si no estuvierais siempre jugando con los hombres, no os ocurrirían estas cosas.

—Os puedo asegurar que en esta ocasión no ha hecho nada para merecer lo que le ha ocurrido. Pero ¡mirad la cara que le ha puesto! —intervino Enriqueta.

—Alonso, gracias por haberme salvado la vida.

Catalina, que estaba callada escuchando, habló:

—Me ha retado en duelo... el domingo.

Las dos mujeres que estaban realizando las curas se detuvieron, y las tres se volvieron hacia Catalina:

—¿Qué estáis diciendo?

—Lo qué estáis oyendo.

—Pero ¡qué barbaridad! Imagino que no acudiréis —exclamó María.

—Eso no tiene remedio. Es lunes; tengo cuatro días para buscarme un padrino. Jamás me he batido en duelo. No ha querido que fuera a primera sangre; si Dios no lo remedia, el domingo habré matado estúpidamente a un hombre o me habrán matado a mí.

Dorotea se puso a gimotear:

—¡Virgen María, lo que he hecho!

—No es vuestra culpa; siempre fue un engreído y un bravucón —exclamó la Cordero—. Pero estamos ante un problema de difícil solución. Bueno, esto ya está.

Dorotea se levantó con la cara llena de una pomada blancuzca y Enriqueta la sujetó por el brazo, ya que al ponerse en pie vaciló como si estuviera mareada.

—Tengan la bondad de dejarnos solos, que Alonso y yo hemos de conversar.

—Alonso, os amo.

Dorotea, que era muy menuda, se alzó sobre la punta de sus chapines y plantó un beso en el rostro de Catalina, dejándole la cara cual si le hubieran dado un brochazo de albayalde. Partieron las dos y María, cuando lo hubieron hecho, cerró la puerta con la falleba.

—Os agradezco lo que habéis hecho por esta muchacha, que en esta ocasión no ha tenido culpa, pero tarde o temprano sabía yo que algo iba a ocurrir; es muy alocada y coqueta, y a los hombres no se les puede encelar. Pienso que lo mejor será que desaparezcáis durante una temporada; yo diré que...

—No diréis nada. Me voy a batir.

La Cordero se sentó en su poltrona, abanicándose ruidosamente.

—¿Pero estáis loca? ¿Sabéis que os va la vida en este envite?

—Soy consciente de ello, pero así son las cosas.

—¡Os puede matar! O deberéis matarlo vos a él; amén de que sabéis que los duelos están prohibidos.

—Cada uno tiene escrito su destino, pero lo que no cabe es que huya como un cobarde. Eso, olvidadlo.

—Pero, atendedme. Tengo amigos influyentes, puedo recurrir a ellos y...

—Dejadlo, de veras, María, mejor quiero que hablemos de otra cosa. Me hace falta vuestro consejo.

—Os escucho —respondió la mujer, al borde de un ataque de nervios.

—Sé que no debiera volverme a vestir de mujer, pero no me resigno a correr el albur de irme de este mundo sin ver una vez más a Diego, y quiero consultaros el plan que voy pensando.

La mujer la contempló con mirada interrogante.

—Alonso va a acudir a su casa a rogarle que le haga de padrino del duelo. Es obligado; no conozco a nadie en Madrid con la confianza suficiente para pedirle tal cosa.

—¿Habéis pensado en Pacheco?

—Eso es imposible, es un conocidísimo maestro de armas; él no puede apadrinar a nadie. — Catalina prosiguió—: Entonces aprovecharé la ocasión para decirle que sé dónde vive Clara Arnedillo y que su dueña, mediante una generosa propina, desaparecerá en el instante que él la visite. Si consigo conocer sus sentimientos y lo vuelvo a ver, aunque solamente sea una vez más, si el domingo la parca me lleva moriré satisfecha.

—Todo esto me parece una auténtica locura, pero... ¿qué es lo que deseáis de mí?

—Veréis, María, aparte de que volváis a ser mi dueña, necesito un lugar discreto y honorable que pueda pasar por mi domicilio. Vos que conocéis a tanta gente, ¿me lo podéis facilitar?

La mujer quedó en silencio unos instantes.

—Dejadme pensar. Tengo una amiga viuda de intachable moral y que me debe algún favor. Su cotidie^[232] murió en mi casa de un ataque al corazón mientras copulaba con una trucha mulata muy fogosa que había venido de las Américas en el séquito de un virrey que al llegar a España la emancipó para pagarle, imagino, sus buenos servicios; yo lo cargué en un coche, tras vestirlo y acondicionarlo, y lo transporté, cual si estuviera bebido, a su morada. Ella pudo salvar la faz ante sus hijos y cada año por la Natividad del Señor me envía algún obsequio; su domicilio está en un barrio discreto, en la calle de la Flor, entre Promostense y los convalecientes de San Bernardo, y el vecindario es intachable: gentes del comercio. Cierta estoy de que me dará sus llaves y tendrá algo que hacer, fuera de su morada, todo el tiempo que os sea necesario.

—Es lo único que os pido. Y no sufráis por mí, que sabré salir de este lance; siempre estaré en deuda con vos, María, otra vez gracias. Ved si tal cosa pudiera ser para el jueves; mañana seguiremos perfilando mi plan. Que descanséis.

—Buenas noches.

María Cordero contactó, con alguna que otra dificultad, con la agradecida viuda, quien por cierto había encontrado nuevo marido y no solamente le prestó la casa para una tarde, sino que lo hizo para cuanto tiempo la hubiera menester pues la tenía deshabitada al morar ella en la de su

recién estrenado esposo. Esto hizo cambiar los planes de Catalina.

El doctor Carrasco recibe una carta

*Para su Excelencia Reverendísima Señor Don Bartolomé Carrasco,
Secretario Provincial del Santo Oficio
Astorga, Palacio Episcopal*

Excelencia Reverendísima:

He demorado hasta el día de hoy mi respuesta a vuestra última, pues he esperado el poder transmitir lo que espero interpretéis como buenas noticias.

Nuestro cerco se va cerrando y creo que a la presa le queda cada vez menos margen de maniobra; el jabalí se va adentrando en el laberinto de los lienzos^[233] y dentro de nada ya no sabrá hallar la salida. ¿Recordáis que en una ocasión os comenté que las piezas del rompecabezas, en alguna circunstancia, se colocan ellas solas en su lugar? Pues bien, he aquí que un yerro de nuestra gente, en esta ocasión, ha sido parte fundamental para poder seguir avanzando en nuestro empeño en un momento que, os debo confesar, estábamos harto desorientados. Como os comuniqué en mi última, puse sobre la pista de la renegada diez de mis mejores sabuesos para que, por parejas, siguieran cualquier rastro que tuviera que ver con el boceto de su rostro que, con tan buena mano, pintó nuestro dilecto hermano el padre Rivadeneira, y que entregué a cada una de ellos.

*Hete aquí que uno de estos hombres apareció muerto una madrugada, en un callejón, con un tajo en su garganta realmente espeluznante. En cuanto tuve noticia del suceso hice las pertinentes averiguaciones para conocer el motivo, si lo hubiere, que justificara el que el interfecto estuviera solo en el momento de su óbito. El que era su pareja, eficazmente interrogado, confesó que aquella tarde el occiso le había rogado que hicieran una pausa en su empeño, ya que había obtenido una entrada para el Corral del Príncipe y era su intención asistir al estreno de la obra de Juan Ruiz de Alarcón *El tejedor de Segovia*. Éste era el único lugar en el que, con certeza, nuestro hombre había estado aquella tarde, y desde él iniciamos nuestras pesquisas. Tengamos en cuenta que junto a su cadáver encontramos entre sus pertenencias la boleta de la entrada y únicamente faltaba el boceto que del rostro de la huida hizo el reverendo Rivadeneira. Y siendo así que, por más que buscamos no lo hallamos, colegimos que esto era únicamente lo que interesaba al que le dio muerte, que no podía ser otra que la monja o persona afecta a ella.*

Resumamos: sabíamos que era buscar una aguja en un pajar, pero la constancia y el método nos han proporcionado grandes logros. Las mujeres que asisten al corral se ubican en la cazuela y la luz que a ella llega es pobre y deteriorada por la distancia que de ella hay al balcón donde, nos consta (por el boleto que hallamos en su escarcela), estaba ubicada la localidad de nuestro hombre, por lo tanto no era lógico que éste buscara algo allí. De las mujeres que ven la función desde los aposentos apenas pueden distinguirse los rostros; ¿adónde dirige su mirada alguien que tan interesado está en una representación y que deja su obligación para asistir a ella? Sin duda al palco escénico. Y ¿quién tiene toda la información que a tal espacio compete, si no es el empresario de la compañía de los cómicos? De esta forma me llegué a visitar a don Pedro de la Rosa, que me recibió con la prevención y el miedo que la imagen de la Suprema despierta en los cómicos y otras gentes de mal vivir que no tienen la conciencia del todo tranquila; y es aquí donde la mano de la divina providencia vino en nuestra ayuda. Resulta que al día siguiente de dicha representación dio en despedirse, sin causa aparente alguna, una de las actrices de la compañía y, ¡rara casualidad!, desempeñaba con igual eficacia y perfección papeles de mujer y de hombre y, según indagué entre sus compañeros, salía del teatro indistintamente vestida con ropajes de uno u otro sexo. No me quedó otro remedio que interrogar exhaustivamente durante tres días y por separado a don Pedro de la Rosa y a la primera actriz, Ana de Andrade, y entonces, ilustrísima, comprobaréis que vuestro humilde servidor se gana con creces los favores que con tanta prodigalidad le dispensáis. Ana de Andrade confesó que los nombres que usa la interfecta son el de Clara Arnedillo y Alonso Díaz, respectivamente, cuando viste de mujer y de hombre, y aunque con certeza nadie conocía su domicilio lo que sí pude saber fue que su enamorado se encontraba en la fiesta que hace poco más de un mes dio la casa de Mendoza, y a la que asistió el valido del rey. En ella la de Andrade la ayudó, según confesó la misma, a acercarse a su galán (cuyo nombre no le fue revelado) vestida de mujer, y para ello le prestó ropa suya y aderezos.

Lo que a continuación voy a detallaros son los pasos que me dispongo a realizar para dar con el paradero y los posibles socios de la renegada. Mi deseo es ir con pies de plomo, ya que seguramente molestaremos a algún poderoso, y no deseo que la precipitación nos haga errar el tiro y dejemos fuera de la red a algún pececillo asociado a esta historia.

Tengo demandada a persona de confianza asignada al concejo^[234] de interior, y por cierto bien gratificada, la lista de invitados a esa fiesta. Forzosamente se debió de entregar copia para que dicho concejo diera la venia a los nombres de los asistentes, sabiendo que iba a acudir el primer ministro; entre ellos, sin duda, estará la persona a la que la monja llama su enamorado y a la que ha venido a ver a Madrid, vínculo como podéis ver pecaminoso, que denuncia claramente la catadura moral de la renegada. Cuando me sea entregada la relación, la cribaré por familias, edades y condiciones hasta dar con el interfecto que pudiera ser el socio de la huida o su enamorado. Y por el hilo se saca el ovillo... Puestos tras su huella los consiguiéramos, tarde o temprano él nos conducirá a ella. Ved que el plan dentro de su sencillez es impecable, y tengo la certeza de que si somos pacientes y no asustamos a la presa dará los resultados

apetecidos.

Sin otro particular, besa su pastoral anillo,

Sebastián Fleitas de Andrade Familiar del Santo Oficio

Preparativos (miércoles)

Alonso estaba sentado en un cómodo sillón de mimbre frente a Diego de Cárdenas, en la glorieta del jardín de su mansión y sorbiendo, con un canutillo, una deliciosa y refrescante naranjada. Llevaba a cabo una delicadísima doble misión.

—Os puedo decir dónde vive Clara Arnedillo, y añadiré por mi cuenta que mañana por la tarde estará en casa ya que por el momento ha dejado la compañía del Corral del Príncipe por motivos que a mí se me escapan, y también os diré que vuestra presencia sería gustosamente aceptada.

—Me hacéis el más feliz de los mortales, pero ¿cómo podéis aseverar lo que decís?

—Al día siguiente de vuestra cita hablé con su dueña y, concedora de la parte que yo había tenido en ella, vino a mi encuentro y me dijo que erais un gentil caballero y añadió que generoso. Tal aseveración no sería de esta naturaleza si su ama no opinara lo mismo y, como dejándolo caer, añadió que estos días no iban a salir de casa debido a pequeños problemas de su garganta que le impedían actuar; sin venir a cuento me comunicó que moraban en la calle de la Flor, número 24, al lado mismo de una famosa casa de conversación^[235] que allí se ubica, y que ella acostumbraba dar una vuelta por el barrio de cinco a ocho de la noche. Como podéis observar las indicaciones no pudieron ser más claras; es evidente que vuestros dineros le causaron un explicable entusiasmo.

—No sé si voy a ser capaz de reaccionar, Alonso, amigo; siempre estaré en deuda con vos. ¿Creéis que este mensaje parte de la dueña o de la misma Clara?

—Qué queréis que os diga yo, ¡pobre de mí! Lo que sí es palmario es que si a su ama no le complaciera vuestra compañía, creo yo que la dueña no iba a atreverse a citaros de una forma tan evidente.

—¿Eso quiere decir que cabe la posibilidad de que esta añagaza haya partido de ella?

—Interpretadlo como creáis más conveniente.

—Alonso, ¡soy el más venturoso de los mortales! No viviré hasta el jueves.

—Pues es posible que yo no lo haga a partir del domingo.

Diego cambió de cara.

—No os comprendo. ¿Qué queréis decir?

—Don Diego, la otra noche, por defender a una dama fui retado a duelo por un caballero, y temo que el hecho sea irreversible.

—Pero, contadme. ¿Cómo fue tal cosa?

Catalina tuvo que variar la escena y la dama:

—Veréis, señor, fue a la salida del teatro cuando el tal ofendió a una dama conocida mía que vive en el barrio y no tuve otro remedio que salir en su defensa.

—¿Y entonces?

—Me desafió ante testigos y no pude evitar el envite.

—Imagino que por una nimiedad semejante sería a primera sangre.

—Tal parecería que debiera ser, pero el acompañante que iba a ejercer de padrino dijo que él no se prestaba a gedeonadas y que debía ser a muerte.

—Me dejáis atónito. Y ¿dónde va a ser el duelo?

—Junto a la tapia del cementerio que hay lindante a la ermita del Ángel de la Guardia, en la ribera derecha del Manzanares; el domingo al anochecer.

—Me parece un dislate. ¿Creéis que una gestión por mi parte sería inútil?

—No perdáis el tiempo. Se sintió humillado en público y esto no se perdona.

—Y ¿se puede saber quién es tan quisquilloso caballero?

—No lo conoceréis; su nombre es Cristóbal López Dóriga y su acompañante se llama Matías Campuzano; y tengo entendido que fue expulsado del Tercio siendo alférez, por un feo asunto.

La expresión del rostro de Diego cambió de repente.

—Los conozco bien a ambos; son pendencieros y enredadores, y desde este momento os digo que sin duda tuvisteis buenas razones para pararles los pies. Y decidme, ¿no iba con ellos un joven discreto y timorato que sin duda nada tuvo que ver con el asunto?

—En efecto, pero ignoro su nombre —mintió Catalina.

—Yo os lo diré, se llama Álvaro de Rojo y es hijo de un hidalgo de provincias que mora en Quintanar del Castillo; su nombre es Martín de Rojo.

Catalina quedóse en silencio un instante. La primera vez que vio a Álvaro la noche que ella llegó a casa de María Cordero no lo asoció a su tutor en San Benito, y ahora resultaba que era su hijo. La voz de Diego la sacó de su ensimismamiento.

—Acuden a mi curso en la Casa de los Pajes y son la única piedra que tengo en mi bota aquí en la Corte. Y decidme, Alonso, ¿quién va a ser vuestro padrino en este lance?

—Nadie. No tengo ni conozco lo suficiente a nadie para pedírselo.

—Pues desde este momento ya lo tenéis, y por muchas razones. En primer lugar, porque os lo debo; en segundo, porque siendo quien es vuestro oponente me consta que la razón está de vuestra parte, y en tercero porque me pagáis lo mal que me porté con vos siendo mensajero de mi felicidad. Creo que son suficientes motivos.

—No sé qué deciros. Os lo agradezco infinitamente. Me humillaba comparecer en trance tan comprometido sin los requisitos que exigen estas situaciones.

—No me deis las gracias. Sé que no es grato el asunto y os sugiero que lo dejéis a la primera sangre. Pero la lección que va a recibir ese insolente no me la perdería por nada del mundo.

La semana trascendental

Era miércoles noche y Catalina acudía a la dirección que le había dado María en la calle de la Flor, directamente desde la mansión de Cárdenas. Su cabeza iba a explotar de tantos acontecimientos pasados y probablemente futuros que en ella se amontonaban. Al día siguiente sin duda acudiría Diego, y ella estaba dispuesta a consumir los más íntimos deseos que su enamorado corazón guardaba desde que vio su amado rostro aparecer en el tragaluz de la celda donde la madre Teresa la había recluido tras la aventura de los gallos en los lejanos días de San Benito, que aparecían en su memoria envueltos en las lejanas brumas del pasado y sin embargo nítidos y presentes. Si el domingo la suerte le era adversa y recibía una herida mortal en el duelo que la aguardaba, podría partir de este mundo pensando que su paso por él había valido la pena.

La casa de la calle de la Flor no se diferenciaba de sus vecinas. Era de un solo piso y tenía a su costado una pequeña cuadra para alojar a las cabalgaduras, dos puertas de color verde daban al exterior, la primera para las personas y la segunda para los animales; el tejado era plano y una balaustrada lo rodeaba; a él se ascendía por una escalera interior y servía, además de para tender la ropa de la colada, también en las noches de calor del estío para ligar el hilorio^[236] después de la cena bajo un cañizo que se ubicaba en una de las esquinas que daban a la calle. Catalina echó pie a tierra y llevando a *Boabdil* de la brida, empujó la puerta de la cuadra y se introdujo en ella teniendo que vencer la ligera reluctancia del animal, que al desconocer el lugar se resistía a entrar y arrimarse a un pesebre que no era el suyo. La muchacha palmeó su cuello con la enguantada mano y hablándole cariñosa y susurrante consiguió colocarlo en su sitio. Luego procedió a retirarle los arreos y tras fregotearlo con montones de paja seca y cepillarlo con una bruza de cerdas duras llenó el pesebre de forraje; recordó a *Afrodita*, que pese a ser una mula era de carácter mucho más acomodaticio y conforme, y partió para la casa a través de una puertecilla que se abría en la pared del costado.

María Cordero trajinaba en la cocina y al oír el ruido de la falleba de la puerta de la cuadra salió al salón, restregando sus regordetas manos en un amplio delantal que se había colocado para proteger sus recargadas ropas de las posibles salpicaduras que el prosaico oficio de las cazuelas llevaba consigo.

—¡Bienvenida a casa, Catalina! Decidme, ¿tenéis ya padrino?

—Estad tranquila. El domingo no estaré sola, Diego será mi valedor.

—¡Mi vela a san Pascual Bailón ha tenido respuesta! ¡Loado sea Dios! —Y la mujer, señalando el entorno con un amplio gesto, indagó—: ¿Qué os parece vuestra nueva morada?

—Ni tiempo me dais para que me ubique, pero sin duda me parecerá maravillosa.

Y adelantándose estampó dos besos en los rellenos mofletes de la dueña, que al olería arrugó la nariz.

—¡Por Dios, apestaís a mozo de cuadra! En cuanto os muestre vuestras posesiones os meteré en la bañera y os voy a arrancar la piel a tiras, a ver si consigo que oláis como una dama; nada hay que asuste más a un caballero que el tufo de una moza de taberna.

La buena mujer enseñó a la muchacha las habitaciones de la casa con el mismo orgullo que hubiera mostrado caso de ser ella la propietaria; un despacho, el comedor y un saloncito adjunto constituían las piezas principales, que daban a la calle de la Flor, y tres dormitorios, el cuarto de servidores y la cocina abrían sus ventanas a un jardincillo posterior desde el que asimismo se podía acceder a la cuadra y en cuyo fondo se adivinaba un lavadero. Todo el mobiliario era de buena calidad, sin lujo ni ostentaciones pero denotaba que la persona que la decoró amaba las comodidades y gozaba de una desahogada posición económica.

—Sois un amor de amiga y pienso que os voy a deber, además de lo que ya os debo, algo muy importante. Pero mientras me arreglo y me acicalo para cenar quiero consultaros cosas que vuestra experiencia y conocimiento de la vida hace que seáis la persona indicada para aconsejarme.

—Contad con ello si está en mi mano, pero que en asuntos tan personales cada mujer debe resolver por sí misma. Y ahora vamos a prepararos un baño en cuya agua verteré un aceite cuyo aroma atrae a los hombres igual que la bosta de caballo al escarabajo pelotero.

—No me acaba vuestra comparación, y además ya puedo sola.

—Pues como las moscas a la miel, si es que os place más... pero os voy a preparar la piel, que os quedará perfumada como el jazmín en noche de verano y suave como la seda misma, y no seáis pacata, que si algo ha abundado en mi vida han sido mozas en cueros vivos; que no ha entrado ni una en mi casa que no haya revisado, ni el físico ha hecho una inspección de mis chicas en la que yo no haya estado presente. O sea que no se hable más. Pasad al cuarto de servidores, que ya estoy calentando el agua para llenar la bañera de asiento.

Catalina recordó en aquel instante la vez que ella ayudó a Diego sustituyendo a su ayuda de cámara, y le pareció que había transcurrido un siglo. Se adelantó hacia el dormitorio grande y comenzó, no sin cierta aprensión, a desvestirse; María trajinaba yendo y viniendo, llenando la bañera de cinc de agua caliente que transportaba desde la cocina. Cuando se halló desnuda, se echó sobre los hombros una gran toalla de un tejido suave y esponjoso que la Cordero había dejado sobre la cama y se sentó en ella pensativa y ensimismada, esperando. María, al ver que no acudía, entró en el dormitorio.

—¿Qué esperáis? Se va a enfriar el agua.

—María, vos sois una mujer de experiencia y conocéis todos los avatares de mi vida desde que he llegado a la Corte. Sé que jamás podré aspirar a que Diego se fije en mí si no es como su mantenida. ¿Creéis que me debo entregar a él sabiendo que el domingo tal vez sea el último día de mi vida? ¿Debo decirle quién soy realmente? ¿Debo explicarle quién es Alonso Díaz?

La mujer se sentó a su lado y le pasó por los hombros su amercillado brazo.

—Catalina, soy una mujer de pocas luces y todos mis conocimientos se deben a la vida. Me preguntáis muchas cosas a la vez y voy a tratar de responderos. Una mujer sabe a qué hombre ha de entregar su doncella cuando tiene la merced de poder escoger, cosa que es un auténtico privilegio hartamente improbable en esta España de nuestros días. Únicamente os debo decir que ese

instante es el último pensamiento que vendrá a vuestra mente el día que abandonéis este mundo, que quiera Dios sea dentro de muchos años.

Vuestra intuición de mujer os dirá mañana qué es lo que debéis hacer. Mi único consejo es que os hagáis con el más maravilloso de los recuerdos y que ése sea el instante más hermoso de vuestra vida. En cuanto a decirle quién sois realmente y teniendo en cuenta que os va a apadrinar en un duelo el domingo por la noche, creo que realmente no debéis meterle en la cabeza una confusión de tal envergadura, que pueda influir negativamente en situación tan peligrosa y comprometida. Dejad que Catalina sea Catalina y Alonso Díaz sea Alonso Díaz.

La muchacha quedó ensimismada. La Cordero retirando de su cuerpo la toalla, añadió:

—Vamos a bañaros. Se va a enfriar el agua.

La luz del candelabro que estaba colocado sobre la cómoda iluminó la tersa piel de Catalina cuando ésta se puso en pie. La mujer la tomó de la mano para conducirla, ya que en aquel instante estaba como ida, y al ir hacia la puerta que daba al baño la acercó a la luz.

—¡Válgame la soledad! ¿Qué es lo que ven mis ojos?

Catalina pareció volver en sí y al darse cuenta de su desnudez intentó taparse los senos y el vientre con sus brazos.

—¡Dejaos de vergüenzas, criatura! —Y al esto decir le retiró el antebrazo que le cubría el pecho—. ¡Acercaos a la luz, dejadme ver!

—¿Qué es lo que tanta curiosidad despierta en vos?

—¡Por los cuernos de Belcebú! ¡Esta mancha, Catalina! Es inconfundible; yo la he visto hace muchos años.

La buena mujer indicaba con su índice la señal que la muchacha tenía bajo el seno.

—Ved que es como un ojo diminuto del que lloran tres lágrimas.

—Toda la vida estuvo ahí y creció conmigo.

—¡Pero no es un lunar común y yo lo tengo presentísimo en mi memoria!

—¿Qué me estáis diciendo? ¿Insinuáis que ya habíais visto una marca así?

—Efectivamente. Dejadme que os cuente.

—Soy toda oídos.

Catalina se volvió a cubrir con la gran toalla y se sentó en un banco que había en el cuarto en tanto la dueña metía su mano en el agua de la bañera para tentar la temperatura.

—No importa, luego añadiré agua caliente. Atendedme.

La mujer se sentó a su lado y comenzó su historia.

—Era yo muy joven, no tendría más de dieciséis años cuando me autorizó el alguacil para ejercer de iza^[237] en casa de una tundidora de gustos^[238] que se iba a ocupar de mí a cambio de que yo le rindiera cuenta de mis ganancias y le diera parte de ellas. Después de Corpus era costumbre que todas aquellas que nos dedicábamos a tan antiguo oficio acudiéramos a la iglesia de la Encarnación, donde un dominico nos fustigaría desde el púlpito con el fin de reconducirnos al buen camino. Ni que decir tiene que no lograba grandes éxitos y por tanto las conversiones no eran muchas; casi todas habíamos cogido gusto al oficio y era menos trabajoso abrir las piernas que mendigar por las calles con incierto final y arriesgándonos a salir mal paradas en cualquier episodio. De cualquier manera, algunas, rememorando los consejos y enseñanzas de sus madres, y otras por aquello de que era bien visto el hacerlo, el caso es que era costumbre en aquellos días el acercarse a la rejilla del confesionario y expiar las culpas para dejar la página en blanco y, claro

es, comenzar de nuevo partiendo de cero.

Yo, con dieciséis abriles, hice lo que todas y esperé mi turno frente a una de las garitas de cuya celosía y tras arrodillarme salió una profunda y melodiosa voz que me cautivó. ¿Cómo empezó todo? Ni lo sé. Solamente os puedo decir que comencé a frecuentar al fraile como una atacacandiles yéndome a confesar un día sí y otro también, y terminé siendo su devota. Estuve con él tres años hasta que lo ascendieron, y debo decir que siempre fue generoso conmigo aunque cruel y caprichoso. Cierta vez que conocí a un hombre que me quiso desposar a pesar de conocer mi oficio, me dio tal paliza que aún guardo señales de ella.

—Pero ¿qué tiene que ver lo que me contáis con la marca que yo tengo?

—Ya llegó, tened paciencia. Como comprenderéis, en tres años me acosté con él en infinidad de ocasiones y lugares, a la luz del día y de la noche, en su casa y en el campo de pinos donde yo ejercía mi oficio; el caso es que tuve oportunidad de conocer su cuerpo a fondo y sin restricciones. Pues bien, en su espalda y a la altura del hombro pude ver su marca, la misma que vos tenéis, un sinnúmero de veces y, por cierto, pese a que me decía que lloraba por mi extravío con tres ojos en vez de con los dos que podía llorar otro hombre, lo cierto era que me recomendaba, mejor, me exigía discreción absoluta al respecto y que no comentara jamás con nadie aquel su secreto.

—¿Qué me estáis contando? Y ¿estáis cierta de que era como la mía?

La mujer, sin ningún protocolo, le apartó la toalla y agachándose ante ella observó con sumo cuidado la peculiar marca que lucía brillante bajo su seno.

—Era exacta; tanto en su tamaño como en su color escarlata y su forma de ojo lagrimeante. — La mujer se incorporó—. Os podría asegurar que es la misma.

—¿Y dónde está ese fraile al día de hoy?

—¡Uy! ¡Voló muy alto! Estuvo en Roma de secretario de alguien muy importante. A su vuelta aún me visitó un tiempo; luego desapareció de mi vida y supe de él, claro está, preguntando discretamente. Ahora es obispo de Astorga y secretario provincial de la Suprema.

—¿Qué me estáis diciendo?

—Lo que estáis oyendo.

Jueves por la mañana

Catalina aquella noche no pegó ojo, tal era la cantidad de emociones y de novedades que se agolpaban en su corazón. Por un lado estaba el hecho de que aquella tarde se hallaría a solas con su amado por vez primera y de ella dependía lo que sucediera.

Luego estaba el abrupto y repentino conocimiento del secreto revelado por María Cordero, y que le aseveraba que el obispo de Astorga y secretario de la junta de protectores de San Benito tenía un cierto tipo de parentesco con ella que no se atrevía a calificar. Y, por fin, la certeza de que la estúpida fecha de un duelo que no había pretendido y al que su impetuoso corazón la había abocado se aproximaba, y que el domingo a la noche habría muerto o, en el mejor de los casos, habría matado a un hombre.

Se despertó y al agitar su cobertor una rara fragancia proveniente de su cuerpo salió del embozo y le recordó el baño al que la había sometido María la noche anterior; entonces se dio cuenta de que estaba en una estancia nueva y en una cama que no era la suya. El ruido que salía de la cocina le indicó que su dueña ya traficaba en los fogones. Se puso en pie y tras lavarse y componerse de Alonso, se dirigió a la cocina.

—¿Qué tal habéis descansado?

—Mal y poco, María. Son demasiadas sensaciones y novedades las que estoy intentando asimilar.

—Pues relajaos, no hay cosa que perjudique más a la belleza que la falta de descanso y la angustia del espíritu. ¿Adónde vais así vestida?

—He decidido refrescar mi esgrima y me voy a acercar a la academia de don Pedro Pacheco a practicar con él. Dentro de tres días voy a saber de verdad cuál es mi nivel y me gustaría poder contarlo.

—Bien me parece, pero no olvidéis que esta tarde tenéis otra cita que cumplimentar y que Catalina ha de estar muy hermosa.

—Descuidad, que ésa será la circunstancia que más presente estará en mi cabeza.

—Sentaos, que os he preparado un pisolabis especial.

—No tengo hambre, María, no me apetece.

—Vais a comer. Yo no madrugo para trabajar en este menester para que luego despreciéis mi esfuerzo.

—Sea, pero no me atiborréis de comida que luego no podré sostener la espada para hacer un asalto.

Se sentó la muchacha en la mesa de la cocina y María puso ante ella los manjares que había

preparado. Catalina, por no discutir ni despreciarla, tomó un poco de todo y con la excusa de que no era bueno que tuviera el buche lleno para hacer ejercicio se excusó; tras darle dos besos que le impidieron discutir, partió por la puerta del jardincillo hacia la cuadra donde la aguardaba *Boabdil*.

El Madrid de aquella mañana le pareció distinto. Las calles, como siempre, estaban atestadas de gentes que iban y venían a sus trajines, ruidosas y atareadas, pero en su cabeza reinaba un silencio ominoso y pesado que le auguraba un sinfín de complicaciones y le impedía oír, siquiera, el tañido de las campanas que a esa hora atronaba el espacio. *Boabdil* se abrió camino lentamente entre el barullo y Catalina aprovechaba el paso de alguna carroza importante que fuera en su misma dirección para, colocándose tras ella, avanzar a mayor ritmo. El trayecto desde la casa de la viuda hasta la academia de esgrima de Pacheco no era corto. Descendió por San Bernardo hasta la Fuente de Santo Domingo para coger la calle de los Ángeles y, atravesando la plazuela de las Descalzas Reales, continuar por San Ginés, llegar a la Puerta de Guadalajara y de allí por la calle Nueva hasta la plaza Mayor.

En el largo trayecto Catalina fue colgada de sus pensamientos. En primer lugar su encuentro de aquella tarde le obsesionaba; jamás había estado, como mujer, con un hombre a solas en una habitación, y mucho menos con aquel que desde niña había presidido sus sueños. ¿Qué pasaría? ¿Cabía la posibilidad de que la reconociera? ¿Cómo se comportaría? ¿Estaría a la altura de sus fantasías? Todo la obsesionaba y le impedía pensar con claridad en las otras cuestiones importantísimas que compartían sus pensamientos. El secreto que le había confiado María le creaba un mar de confusiones y de dudas... ¿Qué tenía que ver con ella el obispo de Astorga? ¿Era aquel hombre grueso y sudoroso algo de ella? ¿Quién había puesto sobre sus pasos a aquel esbirro que llevaba en su escarcela un dibujo con su imagen, y que se vio obligada a enviar al otro mundo? Y, finalmente y arrastrado por la figura de aquel hombre, le acudía a la mente el pensamiento de que el domingo, si no moría, era seguro que habría enviado a purgar sus culpas a otro cristiano.

En todo ello andaba su cabeza cuando ya su caballo, reconociendo la cuadra donde acostumbraba dejarlo cuando allí acudía, pisaba las losas de un patio en el que se abrían varias puertas y donde se alquilaban espacios para que los jinetes dejaran sus cabalgaduras. Catalina descabalgó en tanto que un mozo sujetaba al noble bruto por la brida; buscó la muchacha una moneda y la depositó en la mano del otro, recomendándole que cuidara de su caballo. Luego partió para la academia de don Pedro Pacheco, que distaba de allí una cuadra. Cuando abrió la puerta del rellano un familiar ruido de aceros chocando entre sí le asaltó el oído. Don Pedro acudía a su encuentro, presuroso, con una espada bajo el brazo y sacándose el guante de su diestra.

—¡Pardiez que sois caro de ver, Alonso! ¿Dónde diablos os habíais escondido? Creí que ya no compareceríais más por esta casa.

—He estado muy ocupado cambiándome de domicilio, y esta y otras cuestiones han acaparado mi tiempo.

—Siempre sois necesario en la academia, pero en esta ocasión mi interés era el vuestro. Hace unos días llegó para vos un pequeño paquete sujeto con cordeles y lacrado; el mensajero me indicó que era de capital importancia para vos.

Los ojos de la muchacha despidieron chiribitas de contento al concluir que algo así

únicamente podía venir de una persona.

—¿Podéis entregármelo?

—Cómo no. Acudid al despacho.

Partió Catalina tras el maestro y llegado que hubo éste al estudio, extrajo un atadizo que guardaba en una arquilla de cuero marrón que se hallaba a un costado de la mesa y se lo alargó a la muchacha.

—Tomaos el tiempo que preciséis; aquí no os molestará nadie. Cuando terminéis os espero en la sala de armas. —El maestro salió de la estancia, cerrando la puerta tras él.

Catalina miró el paquete con incredulidad y gozó del momento de conocer nuevas de su amiga, cuyo recuerdo permanecía intacto en su corazón resistiendo el paso y las vicisitudes del tiempo. Se apoltronó en uno de los dos grandes sillones que estaban frente a la mesa y procedió, con gran cuidado, a retirar el lacre del envoltorio con un abrecartas de marfileño mango y forma de florete que tenía el maestro sobre la mesa; cuando apartó el cartoncillo que envolvía atadizo, apareció un pequeño volumen con las tapas de cuero y sobre él, doblado, el papel de una carta.

La misiva decía así:

Querido Alonso:

Imagino que al recibir la presente, vuestras cosas marcharan según los deseos tantas veces expresados y por los que tanto luchasteis. Siempre me congratula recibir nuevas vuestras aunque comprendo que sean escasas dadas las dificultades que entraña el hacerlo.

Muchos son los días pasados sin poder contestar vuestras noticias, ya que hasta ahora no he tenido adónde dirigirme; mi tiempo es escaso y los medios para haceros llegar ésta, que luego veréis entrañaba mucho compromiso, debían ser de toda confianza.

En primer lugar, deciros que me he casado con Antón Cifuentes. Es buena persona y para mí ha sido una ventura ya que, además de compartir mi vida con alguien, si Dios quiere aún podré tener el hijo que no pude criar y además he salido de la férula férrea de sor Gabriela, cuya manera de llevar el convento tanto difiere de la de la madre Teresa, que en paz descanse. Ahora vivo en la casa de atrás junto a la salida del huerto bajo, y aunque trabajo para las monjas no necesito estar en las cocinas ni recibo órdenes de nadie; en tanto la lavandería funcione y las cosas estén a tiempo, ninguna persona me dice cómo debo hacerlas.

Paso ahora a informaros de los sucesos acaecidos y que creo serán de vuestro interés.

Leonor casó finalmente con aquel correo del que os hablé tras la jornada de Carrizo de la Ribera, y que hacía la posta casi siempre hacia Portugal, recorriendo en muchas ocasiones los caminos desde Astorga hasta Braganza. Hace un tiempo me hizo llamar y fui a visitarla a su antigua casa, vos ya me comprendéis, y allí compartimos durante la estancia nuevas y noticias. Voy directamente a lo que creo os atañe.

Resulta ser que en una ocasión antes de su boda, su marido socorrió a un moribundo al que unos malhechores habían apalizado, dejándolo tirado en el claro de un bosque

junto a una vereda. El fraile, pues tal era la condición del individuo, era un carmelita que al decirle Marcelo, que así se llama el marido de Leonor, que lo iba a trasladar a un convento del Carmelo que estaba próximo y cuya ubicación conocía, intentó rebelarse, cosa que él atribuyó a las guerras de los calzados y los descalzos tan comunes en estos días. El caso fue que atravesándolo en el arzón de su caballo, pues estaba con un pie aquí y otro allá, lo dejó en la puerta de dicho convento, en medio de la noche, tras tocar la campana para que alguien se hiciera cargo de él y cuidar, desde un escondrijo, que el hombre fuera recogido; Marcelo iba a su avío y no le convenía dar explicaciones sobre el suceso que le pudieran acarrear problemas o retrasos.

Cuando llegó a su destino y al vaciar sus alforjas, observó que en una de ellas le habían depositado un códice antiguo que parecía haber pertenecido a un copista o miniador que trabajaba para la Suprema y que, sin duda, había pasado a manos del fraile. Tened paciencia porque entiendo que por el momento no os explicaréis en que os atañe todo lo que os estoy relatando. El códice estuvo mucho tiempo guardado en poder de Marcelo como una de las pocas cosas valiosas, dada su antigüedad, que podía poseer; no viene al caso cómo ocurrió, pero en cierta ocasión la fortuna hizo que fuera desencuadrada, en parte, una de sus tapas de cuero, y así observó Leonor que, oculto en ella, se hallaba una página de papiro egipcio arrancada de otro libro en la que se podían observar, perfectamente dibujadas y coloreadas, las manchas halladas en la piel de judíos que fueron condenados por el Santo Oficio. (Ahora viene el tema que os interesa.) Una de esas manchas, como podéis observar por el documento que os adjunto, es exactamente igual a la que vos tenéis y perteneció a un rabino apellidado Lacrima-Dei que fue quemado en Lisboa hace más de doscientos años y cuyo nombre leído al revés se convierte en: «Yed-Amircal», y que es el que figura en la primera página del códice.

Catalina transpiraba copiosamente.

Atended ahora, no os puedo decir de dónde sale mi información, pero os puedo aseverar que don Martín de Rojo, cuyo cargo en San Benito de sobra conocéis, también tiene la tal señal en un hombro, que por cierto es inconfundible ya que no se parece a ninguna otra y, como la vuestra, es un ojo de color escarlata del que manan tres pequeñas lágrimas. Atad cabos y ved las circunstancias que os atañen en tan extraordinaria historia y que confluyen, de alguna manera, a aclarar los orígenes que tan desesperadamente andabais buscando.

Otra extraña circunstancia que viene al caso es la que os relato a continuación, y cuya validez avala la carta que también os envío. En ella podréis ver el interés y empeño que, al parecer, mueve al secretario provincial de la Suprema, don Bartolomé Carrasco, por impedir que don Martín de Rojo consiga ingresar en una de las órdenes de caballería. Dicha misiva iba duplicada: la primera dirigida al obispo y la otra a aquel caballero de la cara cortada cuya sola presencia en la corrida de Carrizo de la Ribera hizo que don Diego de Cárdenas cayera de su caballo y su ayo tuviera un grave

percance. No llego a comprender la inquina que mueve los hilos de tantas intrigas, pero me consta que el bueno del doctor Gómez de León murió, tras un encierro de dos años, en las mazmorras de la Inquisición y que el de la cara cortada estuvo en San Benito haciendo preguntas sobre «aquella aspirante» que huyó, tildándola de endemoniada y achacándole la muerte de la madre Teresa.

Marcelo es correo de posta del Santo Oficio y Leonor teme ser visitada de nuevo por la Suprema. Como sus dos hijos constituyen para ella su motivo de vida, me rogó que guardara yo todos estos documentos por si algún día pudiéranle servir para defenderse de cualquier insidia o pudieren ayudar, caso de ser necesario, a la familia que tanto hizo por ella. Es por este motivo que me los entregó para que yo los conservara, pero opina Antón que son demasiado comprometedores para guardarlos en San Benito y, por otra parte, creo que os interesan más a vos que a cualquier otra persona.

No sé si he hecho bien en cargar sobre vos tanta inquietud pero se me ocurre que todo ello os puede ayudar en vuestros empeños; si no fuera así, perdonadme y deshacedos de todo cuanto os envío. De cualquier manera no dudéis de mi buena fe ni del cariño que os profeso.

Sin otro particular, recibid un abrazo de vuestra buena amiga.

Casilda Peribáñez

P.D.: Rivadeneira está en la Corte hace ya un mes y fuese a ella tras hacer unos dibujos de persona harto conocida por vos. (Esto último lo sé por Fuencisla, que es la que hace la limpieza de sus habitaciones y cuya relación de amor y odio continua.)

Catalina leyó tres veces la carta y la depositó en su regazo. Luego abrió el pequeño códice y observó la nota que ponía en su encabezamiento y la gratitud que expresaba su propietario caso de que el libro fuera reintegrado a su familia en Estambul. Y efectivamente y tal como explicaba Casilda, su apellido leído al revés: «Yed-Amircal», se convertía en «Lacrima-Dey». Después examinó cuidadosamente la hoja en la que se veían claramente dibujadas el conjunto de las referidas manchas y al costado de cada una el nombre de aquellos a los que pertenecieron. Allí estaba, perfectamente dibujada, su misma marca: un pequeño ojo escarlata del que manaban tres lágrimas. Extravió su mirada por los tejados de Madrid a través del ventanal del despacho de don Pedro Pacheco y comenzó a atar cabos que, poco a poco, iban conformando una idea. En todos los años de su vida no había recibido la cantidad de información que acumuló aquellos días, y parecía que desde el domingo anterior y tras la reyerta con el de López Dóriga el firmamento, para bien o para mal, se estuviera desplomando sobre ella.

Tres personas tenían la señal escarlata, y una de ellas perseguía implacablemente a las otras dos. En su cabeza comenzó a plasmarse la imagen de aquel que podría ser su progenitor, pero un problema se presentaba a la misma vez. El hijo de don Martín de Rojo que amamantó Casilda tenía exactamente sus años, y no cabía por tanto la posibilidad de que el hidalgo fuera su padre... de no ser que doña Beatriz de Fontes hubiera parido gemelos, cosa totalmente imposible ya que Casilda o Leonor hubieran tenido noticia de ello.

Súbitamente una luz pareció abrirse paso lenta y pertinaz en su mente. Ella podía haber sido

una hija natural del hidalgo y, como tal, la habían depositado en San Benito al cuidado de la priora que tantas deferencias tuvo con ella; la misma madrugada que venía al mundo el hijo del hidalgo, un caballero embozado la depositaba en el monasterio sin explicar su origen. La única persona que conocía el secreto se fue con él a la tumba. Todo era muy extraño; lo único cierto era que debía tomar medidas por si el domingo al anochecer su destino se truncaba. Otrosí, recordaba infinidad de ocasiones en las que Rivadeneira instalaba su caballete en cualquier rincón del monasterio y con sus pinceles se dedicaba a pintar, por cierto con mucha habilidad. En consecuencia, el artífice del dibujo que rescató de la escarcela del esbirro que enviaron tras ella no podía ser otro que el fraile, ya que nadie más hubiera sido capaz de pintarla de memoria, y el hecho de que la Suprema lo tuviera en su poder demostraba que el instigador de todo ello era el obispo Carrasco, sin cuya aprobación y consenso jamás el fraile hubiera dedicado sus ocios a tal menester. Todo ello lo ratificaba la posdata de la carta de Casilda.

Lentamente su cabeza comenzó a urdir un plan. Volvió a empaquetar el códice con la hoja correspondiente a las señales que habían figurado en la piel de los judíos quemados en la hoguera en Lisboa hacía más de siete u ocho generaciones y se fue a buscar a don Pedro, que estaba dirigiendo la clase de los alumnos más aventajados. Éste, al verla, dejó la dirección de la misma al más adelantado y se aproximó donde ella estaba.

Al ver su expresión traspuesta, indagó:

—Qué pasa, Alonso, ¿malas nuevas?

—Más bien desconcertantes. Me hace falta vuestra ayuda.

—Contad con ella. Pero mejor será que me lo expliquéis en el despacho.

Partió el maestro pasillo adelante y tras él fue Catalina. Cuando hubieron llegado, se sentaron ambos y don Pedro habló en tanto se quitaba los guantes de piel de cabritilla con los que invariablemente daba sus lecciones.

—Pues vos me diréis, querido amigo.

—Veréis, maestro, el caso es que las nuevas que me han llegado son para mí como un seguro de supervivencia caso que en mi vida las cañas se tornaran lanzas^[239].

—Y ¿cuál es mi papel en este envite?

—Mi deseo es que guardéis en lugar seguro el paquete que me habéis entregado; caso de que por cualquier circunstancia no pudiera yo recogerlo, entonces vendría a por él persona por mí enviada y os diría lo que debéis hacer.

—¿Y cómo reconoceré a vuestro enviado?

—Estableceremos una contraseña.

—Y ¿cuál será ésta?

—¿Recordáis que el primer día os llamó la atención la marca de mi espada?

—Perfectamente. La marca del perro pertenece a una estirpe de grandes armeros toledanos.

—Pues bien, la persona que venga en mi nombre os dará mis instrucciones diciendo: «Vengo de parte de alguien que está interesado en la marca del perro.» Entonces os ruego hagáis lo que él o ella os digan.

—Podéis estar tranquilo, que así se hará. Pero ¿por qué os asaltan estos temores?

—No era mi intención hablaros de ello, pero ya que los huesos del muerto^[240] han caído de esta manera voy a abriros mi corazón.

—Me preocupáis, Alonso, ¿qué es lo que pasa?

—Maestro, hoy he venido a practicar porque el domingo al anochecer tengo un duelo.

—¿Qué me estáis diciendo?

—Lo que estáis oyendo, y... no es a primera sangre.

A don Pedro Pacheco se le ensombreció el semblante.

—¿Sabéis lo que decís?

—Bien que lo siento, pero no estuvo en mi mano el evitarlo.

—Pero ¿intentasteis que fuera a primera sangre?

—Lo intenté, maestro, pero no fue posible.

—Lo peor de todo es que os pueden matar, aunque ello no será fácil. Pero ¿vos no sabéis lo que es matar a un cristiano de cerca y cara a cara!

Catalina demoró un instante la respuesta y a punto estuvo de decirle que sí sabía lo que era matar a un hombre.

—Cualquier consideración que tengáis a bien hacerme la entenderé, pero no estuvo en mi mano el impedirlo.

El maestro enarcó las cejas, invitándola a proseguir.

—Ofendieron gravemente en mi presencia a una dama amiga mía que no merecía semejante trato.

—Entonces lo comprendo. ¿Y quién es vuestro retador?

—Don Cristóbal López Dóriga. ¿Lo conocéis?

—Su apellido me es conocido, pero no lo tengo presente. ¿Y su padrino?

—Creo que fue alférez del Tercio; Matías Campuzano es su nombre.

La expresión del maestro cambió súbitamente.

—Andaos con mucho tiento; es un áspid. Lo tuve que echar de mi academia. Y vos, ¿tenéis padrino?

—Lo tengo, pero prefiero guardar su nombre en secreto.

—¿Se van a batir los padrinos?

—No lo creo, pero cabe la posibilidad.

—Si no lo tenéis perfectamente claro puedo apadrinaros.

—Gracias, maestro, pero sé que vuestro oficio os impide tal menester. Perderíais alumnos y, de correr la voz, os podría traer consecuencias funestas e incluso los hombres del rey podrían llevaros preso.

—Una buena capa que proporcione un buen embozo, y asunto resuelto. ¿Dónde será el encuentro?

—El domingo, en la ribera del Manzanares junto a la tapia del cementerio viejo que se halla al lado de la ermita del Ángel de la Guardia, a las once en punto de la noche.

—Permitidme que insista. No sé quién os apadrina, pero del venado que tendréis enfrente cabe esperar cualquier vileza.

—No, gracias, don Pedro, mil mercedes pero no. Lo que preciso de vos es el favor que os he pedido.

—Contad con él, pero el lunes por la mañana os quiero aquí vivo y explicándome el lance.

—Descuidad, que por lo que a mí respecta intentaré por todos los medios complaceros; tengo demasiado aprecio a Alonso Díaz para permitir que le pase algo desagradable.

—Alonso, si os veis apurado usad la zurda; no tengáis reparo. —Al maestro se le veía

preocupado—.Y ahora, si os parece, vamos a practicar un rato.

—A eso he venido.

—Pues vamos a ello.

Don Pedro Pacheco se puso en pie y tras guardar el paquete en la caja de hierro de su despacho que estaba oculta tras un cuadro que representaba un lance de esgrima, salió de la estancia seguido de Alonso.

Jueves noche

Diego llegó al número veinticuatro de la calle de la Flor y tras dejar su caballo atado en una de las anillas de la pared que se hallaban sobre el abrevadero municipal, se dirigió a una puerta pintada de verde que, según había dicho Alonso, pertenecía a la casa. Su mano nerviosa alcanzó la aldaba y tras obligarla a golpear la claveteada puerta aguardó, con el oído atento, los pasos que anunciarían sin duda a la persona que se aproximaba. La espera no fue excesiva y al instante, al abrirse la cancela, apareció la figura oronda y exuberante de María Cordero.

—¿Cómo vos por aquí, buen caballero? ¿A qué se debe la sorpresa de esta inesperada visita?

El volumen de la voz era excesivo, cual si fuera dedicado a que otra persona más alejada la oyera. Diego se dispuso a seguir el juego.

—Cupido es un tenaz lebel y no he parado hasta que he descubierto la casa donde se aloja doña Clara Arnedillo, y a riesgo de parecer descortés me he atrevido a presentarme aquí ya que en el Corral nadie me ha sabido dar razón de su paradero. Don Pedro de la Rosa parece ser que estará ausente de Madrid por un tiempo y me preocupaba que algo malo le hubiera ocurrido a la dama; en este Madrid suceden cada día cosas desagradables y todos estamos expuestos a ellas.

—No sufráis, Clara se encuentra perfectamente y os agradecerá vuestros desvelos. ¡Pero pasad, no os quedéis en el zaguán!

Se retiró la oronda humanidad de la dueña y el quicio de la puerta quedó libre, dejando el paso franco a Diego, que chambergo en mano se introdujo en la estancia.

—Tomad posesión de vuestra casa. Si me permitís, voy a anunciar vuestra presencia a mi señora.

—Pedidle perdón por mi intromisión y decidle que si cree inoportuna mi visita me retiraré al punto.

—No os preocupéis. Hoy no pensaba salir de casa, pues tiene la garganta inflamada, y estará encantada de que tan buen caballero se haya acordado de nosotras. —Al decir esto sus ojos pergeñaron un guiño cómplice.

Salió la dueña de la pieza y desapareció por la puerta del fondo dejando a Diego nervioso y feliz ante la inminente aparición del motivo de sus desvelos; el chapeo rodaba, incesante, entre sus manos y para apaciguar su espíritu paseaba la cámara arriba y abajo con pasos breves y contenidos.

Catalina había cuidado al máximo su aparición. Perfumada la noche anterior con esencia de jazmín, afinada su piel con aceite de almendras y rodajas de pepino, depilada con goma arábica y maquillada, resaltando sus pómulos con bermellón y arrebol, por la Cordero, se había colocado

una sobria y fácil peluca que le quedaba firmemente asentada; una crencha partía en dos su cabellera tratada con alheña a fin de que cogiera una tonalidad caoba, manteniéndola lisa en ambos lados hasta las sienes para, desde allí, desencadenarse en bucles cortos que enmarcaban su bellissimo rostro. Un apretado corpiño negro ceñía su cuerpo hasta la cintura, resaltando su escote cuadrado el esplendor de los senos, y una amplia saya floreada ornada con un sobredelantal de color cereza descendía cubriéndola hasta los chapines.

La presencia de aquella criatura en el quicio de la puerta dejó sin aliento al joven, que se precipitó hacia ella haciendo una gentil reverencia y, en tanto que su chambergo dibujaba en el aire un airoso vuelo, besó la mano que ella le tendía.

—¡Don Diego, qué grata sorpresa! ¿Cómo habéis dado con mi casa si casi nadie en Madrid conoce dónde vivo?

—Señora, las ganas de volver a veros han sido el incentivo de mis averiguaciones y el ingenio que ha guiado mi osadía hasta atreverme a venir a visitaros.

En aquel instante la Cordero asomó su rechoncha figura por la puerta de la cocina y con voz meliflua preguntó a su ama:

—¿Se quedará don Diego a cenar con nosotras, o tiene otros compromisos?

—Si os place y no os requieren en otra parte, será un placer el compartir con vos nuestra humilde mesa —dijo Catalina.

—Yo venía únicamente a enterarme de vuestro estado, ya que nadie me sabía dar razón de vuestras mercedes.

—¿Quiere esto decir que no podéis aceptar nuestra invitación?

—¡Por Dios, señora! Ni me atrevo a pensar que merezco tal atención y, desde luego, nada mejor podría hacer esta noche que acompañaros. Ni el estar invitado a la mesa del rey sería obstáculo para quedarme con vos ésta... y todas las noches.

—Sois muy gentil, pero algo me dice que debéis de tratar así a todas las damas.

Cuando Diego iba a responder, la Cordero interrumpió:

—Si os parece, señora, pondré la cena en el velador del jardín ya que la noche invita a ello; faltan tres días para la luna llena y hoy va a hacer una noche estrellada.

—Bien me parece, María. Nuestro señor don Diego podrá darse cuenta de que, si bien nuestra hospitalidad es humilde, en ningún lugar lo recibirán con más afecto y cuidado.

Diego estaba abrumado y no sabía ni qué decir.

—Señora, para mí cenar en vuestra compañía es el más hermoso de los regalos.

—Entonces, doña Clara, en tanto lo preparo todo os serviré un tentempié en la salita de la biblioteca.

—Bien me parece, María. —Y dirigiéndose a Diego—: Si me hacéis la merced...

Partió Catalina hacia la pequeña estancia, invitando al muchacho a seguirla. Iba en una nube; se daba cuenta de que tal vez fuera aquella la única vez en su vida que tendría ocasión de estar a solas con él y que el momento tan ardientemente soñado se avecinaba... Después lo que le deparara la vida, si es que le ofrecía algo más, lo consideraría un regalo; ella había nacido para amar a Diego y, dado que no tenía un apellido ilustre que ofrecerle, nada más se planteaba. Si tras la noche del domingo seguía con vida, todos los minutos que él le dedicara como amiga, manceba o mantenida, los consideraría un regalo del destino.

Diego no se acababa de creer su buena estrella. Aquella divina criatura le obnubilaba; una de

las mujeres más admiradas de Madrid estaba allí e iba a compartir con él la velada. Su juventud no conocía obstáculos, y si su amor era correspondido estaba dispuesto a seguirla a cualquier parte y a comenzar una nueva vida con ella en otra ciudad y si falta hiciera en otro país, aun a riesgo de disgustar a su querido padre, que sin duda al conocerla comprendería su decisión y sabría perdonarle.

Una vez instalados en la salita, ambos jóvenes comenzaron a charlar de cuantos sucesos y rumores corrían por la Corte. Diego quiso saber cosas de la vida de Catalina que se refirieran a su familia y a su vida anterior antes de dedicarse al arte del teatro.

—¡Ay, don Diego! Mi vida es intrascendente. Nada me ha sucedido de especial relieve y no tengo aventuras que contar. Mis padres ya eran cómicos y como es lógico las tablas eran sin duda mi destino. Lo único que puedo decir es que tuve la suerte de que un buen maestro me enseñara las letras y me aficionara a leer, que vos sabéis es una rara condición en las mujeres de esta época.

María Cordero entró portando dos refrescos y les comunicó que la cena estaría a punto dentro de una hora y que la serviría, tal como habían quedado anteriormente, en el velador.

El tiempo transcurrió para ambos como un soplo y a Diego le pareció imposible que, en tan breve espacio, hablaran de tantas y tan diversas cosas y la confianza entre ellos se hiciera tan palpable hasta el punto que al levantarse para pasar al jardín le parecía que conocía a aquella hermosa mujer desde siempre. La mesa estaba instalada al fondo bajo el emparrado de buganvilla y un macizo de galán de noche perfumaba el ambiente. Un candelabro de cuatro brazos colocado sobre un elevado trípode iluminaba la escena; la mesa era para dos comensales y estaba preparada con un gusto austero, tal como había ordenado Catalina a la dueña.

Diego ayudó a la muchacha a sentarse y él hizo lo propio frente a ella. Ninguno de los dos creía lo que estaba viviendo. La cena fue frugal pero exquisita. María había hecho como entrante una sopa de verduras en la que flotaban unas sazonadas albóndigas de carne; después sacó un hojaldre relleno de salmón y finalizó con unas perdices en salsa cazadora; de postre hubo helado de canela y sirope de fresas de Aranjuez, todo ello regado con caldos de la vega del Duero. Al finalizar, entre el vino y la charla ambos se hallaban relajados y algo achispados.

—Clara, ¿queréis creer que siento como si os conociera y tratara desde hace un montón de años?

—A mí, Diego, me ocurre lo mismo.

Al fondo del pequeño jardín había un banco mecedor al costado de una rosaleda. Frente a él y sobre una mesa plegable, la Cordero había instalado sendas infusiones y la damajuana con el licor de cerezas.

—Si no os importa, niña, me voy a retirar; tengo un insoportable dolor de cabeza. No recojáis nada; mañana lo haré yo. Si me excusáis, don Diego.

—No tengáis reparo; yo cuidaré a vuestra ama, y que os aliviéis.

Partió la mujer y Catalina invitó a su enamorado a trasladarse al rincón de los rosales. Una luna rojiza casi llena iluminaba la noche con un prelude de sangre y el jardín exhalaba unos efluvios de rosas que hechizaban el ambiente. Diego se hallaba en el séptimo cielo; al principio se mantuvieron en silencio sin atreverse a romper la magia del momento. Luego Diego habló.

—Clara, no sé cómo comenzar lo que os quiero decir sin que penséis que me he vuelto loco o que soy un irresponsable.

La muchacha ni respiraba.

—Hablad, amigo mío, no tengáis pena ni cuidado. Hoy por lo visto es una noche singular por muchos conceptos.

Diego tomó la botella del licor de cerezas y tras servir un dedal en la copa de Catalina llenó la suya y la vació de un trago.

—Clara, no soy un cortesano ni tengo experiencia en estos lances. Hasta hace tres años no había salido de Benavente y para mí la Corte era un campo desconocido. Lo que os voy a decir quizás os inclinará a tener un frívolo concepto de mi persona, pero ¡os juro por lo que más quiero, que es la vida de mi padre, que es la verdad!

Catalina gozaba de aquel maravilloso instante por el que tanto había porfiado.

—Os escucho, Diego. No os preocupéis, no voy a hacer ningún juicio precipitado sobre vuestras palabras. Hablad sin reparo.

—¡Os amo, Clara! Desde que os vi por vez primera y os envié la nota, no he dejado de pensar en vos; sois mi motivo y mi tormento y si no correspondéis a este sentimiento tan hermoso que ha nacido en mi corazón, creo que me quitaré la vida.

Catalina deseó que aquel minuto se eternizara, que el reloj del tiempo se parara y los astros del firmamento detuvieran el curso de sus órbitas.

—Me halaga lo que decís, pero no sabéis quién soy y apenas habéis cruzado conmigo un montón de palabras. ¿Cómo podéis estar seguro de vuestros sentimientos?

—¿Creéis en el destino, Clara? Yo sí creo, y el mío y el vuestro están juntos en las estrellas del firmamento. —Diego se había acercado a ella y en tanto le pasaba el brazo derecho por detrás rodeando sus hombros, con la mano izquierda le señalaba la bóveda celeste—. Ved, aquella constelación es Pegaso y la de su lado es Andrómeda; desde que el universo existe están ahí, destinadas a permanecer juntas desde la noche de los tiempos hasta el fin de los días. Con nuestros destinos ocurre lo mismo.

Catalina no se atrevía a moverse por no romper el encanto. Diego bajó la mano que señalaba las estrellas y tomando a Catalina por la barbilla la obligó a volver su cara hacia él; entonces la besó. Fue un instante infinito, la culminación de algo trascendental. Luego Diego se apartó un poco y la miró intensamente.

—¡Casaos conmigo, Clara! Conozco un fraile que, por la mañana, nos unirá para siempre. — Ahora había retirado el brazo de sus hombros y le tomaba las manos.

Catalina tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano.

—Diego, ¡yo también os amo y no sabéis de qué forma! Mi familia no pertenece a la nobleza y sería un egoísmo por mi parte el indisponeros con vuestro padre, al que tanto amáis, y aprovecharme de la locura de esta noche.

—¡Si me amáis estoy dispuesto a todo!

—Os voy a demostrar cuánto os amo, pero no estoy dispuesta a que sacrificéis vuestra vida en aras de un hermoso sueño del que luego podríais arrepentiros. Aunque soy una mujer del teatro, soy digna y hasta la fecha me he mantenido honrada; esta noche, si la queréis, os ofreceré mi virginidad... sin ningún compromiso por vuestra parte. Es el presente más importante que una mujer puede hacer a un hombre. Esta semana, para mí, es de capital importancia; si el jueves que viene seguís pensando lo mismo después de haberme tenido, entonces os responderé.

Diego se había quedado sin habla.

—¡Clara, ni me atrevo a pensar lo que habéis dicho! ¿Tanto me amáis?

—Ahora lo veréis, venid Diego.

La muchacha se levantó, decidida, del banco y tomó a Diego de la mano. Él la seguía como si estuviera bajo el efecto de una pócima. Fueron hasta el saloncillo; ella señaló el reloj de agua que había sobre la repisa de la chimenea.

—Cuando el agua de la clepsidra haya cambiado diez veces de vasija, entrad en mi cámara.

Diego no daba crédito a lo que estaba viviendo. Catalina desapareció tras la puerta de la estancia que se abría a la derecha.

Al cabo del tiempo señalado, él tocó con los nudillos en la hoja de la puerta. No obtuvo respuesta; bajó el picaporte y empujó suavemente. Sobre el lecho, en su maravillosa desnudez, estaba Catalina, sonriente, tímida y expectante. Diego se fue quitando las ropas en tanto se aproximaba al tálamo; cuando ya estuvo acostado a su lado, habló susurrante.

—Me casaré con vos, ¡lo juro!

Ella puso su índice sobre los labios de él.

—¡Chist! No habléis ahora.

Se amaron como dos locos hasta la madrugada, mendigando cada uno las caricias del otro. La noche se rompió en mil pedazos y fueron uno muchas veces.

Luego, al alba, Catalina salió a despedirlo y ya en el quicio de la puerta Diego, tras besarla de nuevo en los labios, dijo:

—Sea como queráis. El jueves, Clara, os volveré a rogar que os caséis conmigo.

—No os podéis imaginar lo lejos que está el jueves. Vivamos recordando esta noche...

Diego montó en *Lucero*.

—¡Adiós, amada mía! No creo que llegue vivo al jueves.

—A lo mejor yo tampoco, Diego.

Y en tanto que montado en su caballo fruncía el entrecejo sin comprender lo que la muchacha había querido decirle, alzó su mano para despedirla.

Catalina dio media vuelta y se introdujo en la casa, cerrando tras de sí la puerta. Apoyando su espalda en ella, lloró lágrimas de un gozo inefable y de una angustia sin límites.

El duelo

Pese a las pragmáticas publicadas por el conde duque de Olivares en nombre del rey, la costumbre de batirse en duelo por el más nimio de los motivos no había sido desterrada de la Corte: fuere mirar a una dama o no mirarla, emplear un «vos» en vez de un «vuecencia», hacer un desprecio en público a alguien, maltratar a un criado de otro, cualquier motivo era suficiente para enviar los padrinos al ofensor.

Los lances podían ser a primera sangre o a muerte; los primeros se detenían cuando uno de los dos contendientes era herido y los segundos cuando uno era muerto por el otro. El retado escogía la clase de armas con las que se iban a batir y en ciertos casos de ofensas muy graves también los padrinos se desafiaban. Los lugares destinados a estos menesteres eran varios y todos conocidos por los alcaldes de la Villa y Corte, pero la ronda, si no era avisada expresamente, jamás acudía y dejaba que los poderosos resolvieran a su manera sus diferencias de aquella expedita forma, sin molestas intervenciones oficiales.

Uno de los lugares predilecto para tales menesteres era el claro que se abría junto a la tapia del cementerio que se hallaba a continuación del muro de la ermita del Ángel de la Guardia, en la orilla derecha del Manzanares. La ventaja del lugar consistía, primeramente, en que estaba alejado del centro urbano y después, que dos personas colocadas en los ángulos de la tapia y ocultas por el alcornocal dominaban los caminos por los que podía acudir la ronda, y tenían tiempo suficiente para avisar a los contendientes caso que ésta se presentara.

La noche era cerrada y la luna apenas se dejaba entrever entre los huecos ocasionales que unas nubes panzudas cargadas de lluvia y desflecadas en estratos dejaban, de vez en cuando, entre ellas.

Alonso y Diego acudían a la cita jinetes en sus caballos, a paso medido. Catalina, viendo al muchacho, no podía sustraerse del recuerdo de la noche del jueves anterior y, aunque comprendía que todo podía terminar en un corto lapso de tiempo, no por ello podía dejar de recordar, con toda intensidad, lo sucedido hacía tres días, cuando por primera y tal vez última vez había conocido el amor que tan vividamente, hacía algunos años, le describiera Casilda; su frase le martilleaba la memoria: «Es como si un arco iris os estallara en el vientre.»

Venían ambos charlando durante el camino del inminente duelo y Diego, aparte de insistirle para que desistiera de tan incierto lance presentando sus disculpas, le iba explicando la calidad e intensidad de sus sentimientos por Clara Arnedillo; para su íntimo gozo, le confesó que llegaría hasta donde hiciera falta con tal de conseguir su amor y, si tal decisión le acarrearía el tener que renunciar a su herencia, dispuesto estaba a arrostrar tal contingencia por el amor de la dama e

incluso a enfrentarse a su padre y partir para Nápoles.

Catalina, ante tales palabras, se hallaba exultante y pensaba que ciertamente no era una ocasión apropiada para morir la de aquella noche.

—Mañana, cuando todo esto haya pasado, os vendréis a vivir a palacio. Quiero teneros cerca, Alonso, y agradeceros día a día mi felicidad.

—Suponiendo que haya un mañana para mí. Estoy ciertamente asustado.

—¿Me permitís que dé yo explicaciones por vos e intente impedir que este desastre se consuma? Estoy dispuesto a humillarme ante ese bellaco para evitaros este mal paso.

—Es tarde, Diego, la suerte está echada: lo que tenga que ser, será.

Los caballos habían cruzado ya el río y a lo lejos se adivinaban las sombras de tres personas.

—Mirad, parece ser que se nos han adelantado.

A Catalina le costaba en aquellas circunstancias recordar que debía impostar la voz y emplear la que tenía por costumbre cuando quien hablaba era Alonso. No era una noche apropiada para el lance que iba a protagonizar; la emoción la embargaba y unos pensamientos ajenos al momento, y sin embargo maravillosos, la perturbaban en unos instantes en los que su concentración debía ser máxima: se iba a jugar la vida en un triste lance y en un abrir y cerrar de ojos.

Dejaron sus caballos atados a las ramas de un árbol en la espesura del bosque y se acercaron al claro del alcornocal donde la láctea luz de la luna iluminaba la escena.

Cristóbal López Dóriga y el alférez Matías Campuzano aguardaban embozados en el centro del escenario donde se iba a desarrollar el drama; algo apartada y con la capucha colocada sobre su cara, se adivinaba la presencia de un eclesiástico.

—Bienvenidos, caballeros —comenzó Campuzano—. Si os parece, vamos a proceder para acabar con este lamentable asunto lo más rápidamente posible.

Entonces ambos contendientes desembozaron sus rostros y se desembarazaron de sus capas a la vez que lo hacían los padrinos. Cristóbal se sorprendió al reconocer a su compañero de estudios de la Casa de los Pajes.

—Desconocía, señor, que tuvierais estas amistades —espetó señalando a Alonso.

—No solamente las tengo, sino que me honro en ellas. Pero permitidme, en nombre de nuestro compañerismo de estudios, sugerir que tal vez una explicación evitaría este lance.

—Perdéis vuestro tiempo. La ofensa fue en público y mi honra únicamente podrá lavarla la sangre.

—Entonces, permitid que sea la primera sangre la que la restaure y deje las cosas como estaban.

—Mucha sangre se habrá de verter para que todo quede como estaba. ¡Dijimos en público que este encuentro sería a muerte, y a muerte ha de ser! ¡O sea que no perdamos más tiempo y procedamos! A no ser que vuestro pupilo tenga la cola de paja^[241]... —añadió con sorna.

—Vuestra boca, como siempre, es una cloaca. Dentro de un instante os enseñaran modales, si así lo queréis —respondió Diego.

—Compongamos, señores, el lugar del encuentro para evitar que la ronda irrumpa en la escena —intervino Campuzano.

—¿Qué sugerís? —indagó Diego.

—Si os cuadra, vos y yo, tras que vuestro apadrinado escoja el arma, partiremos hasta colocarnos en las esquinas de la tapia del cementerio; en ambas hay dos faroles y desde lejos nos

divisaremos. Si viniera la ronda, un silbido del que primero la vea será suficiente para que el otro acuda a interrumpir el duelo y nos dé tiempo a montar en nuestros caballos y salir de naja, ¿os parece?

—Me parece. —Diego se dirigió a los futuros contendientes—: El que quede en pie de los dos, que emita dos silbos y ambos —se refería a Campuzano y a él mismo— acudiremos presto para intentar socorrer al herido, sea cual sea.

Ahora el alférez se dirigía al silencioso fraile:

—Cuando alguno de los dos haya caído, os acercaréis a él y sin demora le impartiréis el perdón de sus pecados. ¿Me habéis comprendido?

El fraile inclinó su cabeza en señal de asentimiento.

—Entretanto, hacedos a un lado hasta que vuestros servicios sean requeridos. Y ahora procedamos a escoger las armas. ¿Qué decís? —indagó volviéndose hacia Alonso.

—Espada.

—Me parece que la vuestra es doncella^[242] —ofendió de nuevo el de López Dóriga.

—Ahora tendréis ocasión de comprobarlo —replicó Alonso.

—¡Ténganse, caballeros, y comiencen a arreglar sus diferencias cuando nosotros nos hayamos colocado en nuestros puestos!, no vaya a ser que la ronda nos estropee el estofado. Si os parece, don Diego, podemos partir.

Diego dio un abrazo a Catalina y tras desearle suerte partió en compañía de Campuzano a ocupar, cada uno de ellos, el extremo de la tapia que rodeaba el cementerio. Llegaron ambos al farol de la esquina que correspondía al primero y en él quedó Diego; continuó el alférez bordeando el muro del camposanto y llegando al otro dobló el ángulo de la tapia. Diego observó cómo la sombra de su chambergo se proyectaba en el suelo. La luna se iba asomando por los entresijos de las nubes y un céfiro blando que se había levantando anunciando lluvia y soplando en sentido inverso de donde estaban los duelistas iba a impedir, si no cambiaba, que el ruido de los aceros, al entrechocar, llegara hasta él.

Frente a Diego y separando la arboleda que rodeaba la necrópolis se hallaba un espacio vacío en el que desembocaba el camino que atravesando el hayedo conducía a Madrid; era imposible que persona alguna se acercara sin ser descubierta. La sombra del chapeo del alférez se agrandaba y se empequeñecía según éste, en su peripatética espera, se acercara o alejara de la luz del farol.

—¿Estáis presto? Vamos a acabar esta maldita historia cuanto antes. —La voz de Cristóbal rasgó la noche.

—Creo que es una insensatez que por una nimiedad tengamos que morir uno de los dos, o quedar mal heridos.

—Si ante testigos confesáis vuestro temor y me pedís excusas, lo puedo considerar.

—Presentaros disculpas no me importa, pero confesar un miedo que no tengo... eso olvidadlo.

—Pues entonces... ¡en guardia!

Desenvainaron los aceros y tras saludarse comenzaron a girar en aquel claro de luna la danza argentada de la muerte, que arrojaba al encalado muro del camposanto una alegoría de sombras chinescas. La adrenalina recorría el cuerpo de Alonso, que no por ello dejaba de estar tranquilo con la seguridad que le proporcionaba su esgrima. Ambos contendientes giraban tentando los fierros como dos bailarines que puntearan los pasos de una pavana fúnebre. Catalina estaba dispuesta a batirse limpiamente sin recurrir al casi infalible recurso de su hábil zurda.

Su mente transitaba, en aquella circunstancia límite, por extraños vericuetos, y su vida pasaba ante los ojos de su memoria con una nitidez y una pormenorización extraordinarias. Sus fantasmas particulares iban compareciendo: Blasillo, Casilda, la madre Teresa, Rivadeneira, sor Gabriela, Tarsicia, don Suero, don Pedro de la Rosa, Ana de Andrade, don Pedro Pacheco, María Cordero... todos se mezclaban en su cabeza en una enloquecida zarabanda, exigiendo su lugar. Pero sobre todos ellos se alzaba Diego, cuya noche de amor presidiría, tal como dijo la Cordero, si éste llegaba, su último instante. La muchacha se había desdoblado en dos personajes diferentes: Alonso, que en aquel momento se estaba batiendo a muerte extrañamente tranquilo, y Catalina, que soñaba pensando todos los acontecimientos deslumbrantes acaecidos la última semana.

Diego dirigía su mirada alternativamente desde el hayedo hasta la errante sombra del chambergo que pasaba una y otra vez frente al farol; por el lado que a él le había correspondido vigilar, no era fácil que se acercaran hombres a pie o a caballo que él no divisara a tiempo para dar el aviso, e imaginó que por lo que al alférez atañía ocurriría lo mismo.

Ambos rivales habían tentado sus aceros y giraban como dos marionetas colocadas en un ti vivo. Cristóbal no era manco pero Catalina, tras varios ataques y defensas, encontró sus puntos débiles y supo que ella era muy superior. En un momento dado en que ambos estaban frente a frente, tras haber desviado Alonso con una parada en cuarta el ataque a fondo que le había lanzado López Dóriga y en tanto éste jadeaba, le espetó:

—Si queréis, dejamos este absurdo asunto y os pediré excusas ante vuestro padrino y el fraile que os acompaña.

—¡Defendeos! —clamó el otro mientras intentaba hacer una finta en alza por la derecha dando un paso lateral.

Alonso trabó su hoja en primera y ambos rostros se encontraron juntos, con las puntas de los aceros mirando a la luna. López Dóriga saltó hacia atrás y a la vez emitió un tenue silbido que sorprendió a Catalina. De la espesura del alcornocal partió un puñal que fue a clavarse en el hombro de la muchacha, por encima del colete de piel de búfalo que en su día le regaló Diego y del que faltaba la tirilla de cuero, que con tan buen resultado había empleado; tras él apareció el fraile con la sotana arremangada, la capucha retirada del rostro y el acero desenvainado. El individuo era uno de los malandrines que siempre acompañaban a Campuzano y acosó a la muchacha por la izquierda.

Al principio Catalina se sorprendió, pero se rehizo al punto y se dispuso a vender cara su vida; la sangre empezaba a manar por la herida, pero por el momento y en caliente no había perdido la movilidad del brazo. Entonces, en un lance de la reyerta se retiró felina y agachándose extrajo de la caña de su bota la daga que le había regalado Florencio y, en menos tiempo del empleado por el relámpago en alumbrar la noche, la lanzó con la velocidad y precisión que emplea la cobra para atacar a sus presas; ya su mango afloraba de la garganta del sicario, que trastabillando se arrodillaba ahogado en la sangre que salía a borbotones de la herida.

—¡Sois un bellaco, vive Dios, y no sois digno de batiros con un caballero!

En ese instante sucedieron dos cosas: en primer lugar la espada de Catalina apareció por arte de birbiloque en su zurda y también, como por ensalmo, el alférez Campuzano se asomó acero en mano por el ángulo sur de la tapia del cementerio. Catalina vaciló unos instantes y a punto estuvo de pedir auxilio; la sangre iba empapando lentamente su colete. Su mente trabajaba como galeote en boga de ariete y antes de que el nuevo inquilino se incorporara al duelo actuó: fintó abajo y el

de López Dóriga, sorprendido por la traza que tomaban las cosas, bajó su acero al tiempo que el de Catalina, haciendo un semicírculo evitaba el embroque y lo atacaba al nivel del corazón, tirándose a fondo. Cuando Campuzano llegaba a su altura, el de López Dóriga caía muerto.

Los ojos de Diego intentaban taladrar la oscuridad que se cerraba frente a él, difuminada en aquel instante por la luz de un relámpago de la tormenta seca que no acababa de decidirse en lluvia, en tanto que con el rabillo continuaba vigilando el lento pasear, arriba y abajo, de la negra sombra del chambergo cuyo propietario, a su vez, cautelaba la otra esquina. Sus nervios estaban a flor de piel; confiaba ciegamente en Alonso, pero era consciente de que era muy diferente un asalto en la sala de armas de Benavente que un duelo a muerte. En aquel instante creyó que sus sentidos lo confundían, pues el viento le trajo el grito desgarrado de una voz que, angustiada, evocaba su nombre y un patético «¡Diego, a mí!» fue rebotando por la tapia del camposanto. Pero... ¡la voz era de Clara Arnedillo!

Las gotas de sudor perlaban copiosamente la frente de Catalina; había matado a dos hombres y notaba que la pérdida de sangre afectaba profundamente su vitalidad. Un sorprendido pero hábil Campuzano la atacaba inmisericorde, y ella no podía emplear su diestra ni tan siquiera para nivelar el cuerpo y se estaba batiendo a la defensiva con la zurda, cosa que desorientaba al alférez; en este instante observó que el valentón llevaba la mano izquierda a la espalda y tiraba de vizcayna. Entonces, a punto de desmayo y olvidándose en aquel lance de impostar su voz, emitió un grito prolongado que rasgó la noche, demandando auxilio.

Diego creyó que su mente, de tanto evocarla, le gastaba una broma cruel y en un segundo hizo varias cosas. Primeramente su instinto le llevó a observar la sombra de la otra esquina de la tapia, que como siempre estaba allí y en aquel momento se detenía junto al farol; luego, como alma que lleva el diablo, partió hacia el lugar en el que se estaba desarrollando el drama. Cuando dobló el ángulo del muro sus ojos no dieron crédito a lo que veían y rápidamente hizo la composición de lugar: Alonso yacía de espaldas en el suelo, al lado de la gran raíz de un árbol que sobresalía de la tierra, y con los gavilanes de la cazoleta de su acero que sostenía en la zurda paraba, en aquella incomoda postura, la furiosa acometida del alférez. A poca distancia estaban postradas dos personas: una era López Dóriga y la otra, un desconocido de cuya garganta asomaba la empuñadura de una extraña daga mientras del boquete abierto manaba un chorreón de sangre que empapaba la yerba; su rostro quedaba oculto, al escorzo, por una parda capucha y la espada se hallaba tirada a unos metros. Diego no lo pensó un segundo; echó mano a su tizona y se abalanzó sobre Campuzano, que en tanto se defendía emitió un agudo silbido. Ambos hombres se batieron con fiereza. Súbitamente un caballero embozado irrumpió en la escena montado a caballo y portando por la brida otro animal, que metió entre los dos contendientes. El alférez se encaramó de un brinco en la silla del cuartago y, todavía con la espada en la mano, metió espuela en tanto su iracunda voz profería un:

—¡Tendremos ocasión de vernos, señor de Cárdenas! ¡Vamos, don Álvaro! —A continuación partieron ambos a galope.

Diego dejó caer su espada y se inclinó ante Alonso, que yacía desmayado sobre la yerba. El bigote y la perilla, del sudor del lance, se habían despegado de su cara y ésta aparecía lampiña, igual que recordaba era en Benavente, y asimismo su corta melena aparecía mojada y adherida a su rostro; obvió estos detalles y se dedicó a desabrocharle el jubón y soltarle el colete de ante por ver de restañar la sangre de su herida. La luz de la luna apareció entre las nubes, despejando la

tormenta que no había llegado a desencadenarse. Un seno joven y turgente presidido por una rosa oscura apareció ante sus asombrados ojos; volvió a mirar el rostro de la desmayada criatura y acabó de apartar con cuidado los aditamentos vellosos que lo desfiguraban.

Lentamente un recuerdo se abrió paso entre las brumas de su memoria: la carita de la postulanta por la que él rompió, hacía muchos años, una lanza en San Benito era la que, en aquel momento, yacía como dormida frente a él. ¡Era Alonso! ¡Era el paje por el que creía haber sentido una insana pasión! Pero... la voz que lo había llamado aquella noche ¿no era la de Clara Arnedillo? Hizo un esfuerzo para imaginarse, orlada con el cabello largo de una peluca, aquella faz y entonces un estallido de luz inundó su mente y súbitamente lo comprendió todo.

¡Las tres personas eran la misma! Su veloz pensamiento analizó al completo todas las piezas del rompecabezas y las colocó en su sitio. La postulanta huida de San Benito, según le relató don Suero, al llegar a Benavente se había transformado en Alonso, su paje, y éste a su vez, llegando a Madrid, había sido alternativamente Alonso y Clara Arnedillo, de la que él se había enamorado perdidamente. En tanto le acababa de abrir el jubón y le apartaba el colete de piel de búfalo a fin de restañar la sangre y ver si convenía o no retirarle la daga, la observó detenidamente. Catalina abrió lentamente los ojos.

—Diego, habéis acudido a tiempo. —La voz, en aquel momento trascendental, era la de ella —. Me han atacado tres hombres; si no es por vos hubiera muerto.

—No os preocupéis de ello ahora; lo que importa es que podáis montar por ver de hallar un cirujano que os cure la herida.

En ese momento la muchacha fue consciente de su desnudez y con el brazo bueno trató de cubrirse.

—Dejadlo, Catalina, ya que si no recuerdo mal éste es vuestro nombre. Todo lo que os dije el jueves por la noche vale para hoy, os llaméis Clara Arnedillo, Catalina o incluso Alonso Díaz. Os amo por encima de cualquier condición. Tendréis toda una vida para explicarme un montón de cosas, lo que urge ahora es curaros.

Diego la cubrió de nuevo y tras depositar un suave beso sobre sus labios, la dejó delicadamente apoyada en la raíz del árbol con la que había tropezado; en la faz de la muchacha se reflejaba una paz inmensa y la expresión de la felicidad más absoluta. Partió Diego, tras envainar su acero, hacia el interior del alcornocal a fin de recoger las cabalgaduras, y cuando ya había recorrido un trecho un galope de caballos le hizo regresar.

Fleitas y Rivadeneira, adelantándose al grupo de corchetes comandados por un alguacil, habían descabalgado en el claro donde habían ocurrido los hechos. Cuando Diego volvió a asomarse a la escena, estaban acucillados junto a Catalina e inspeccionaban la herida de su pecho en tanto el portugués decía:

—¿Veis, querido amigo, cómo por el hilo se saca el ovillo? Aquí tenéis a vuestra monja y su excelencia reverendísima el obispo de Astorga, la señal tan procelosamente buscada. —Y al esto decir señalaba bajo el seno de la muchacha el pequeño ojo con las tres lágrimas escarlatas.

Catalina, vuelta en sí, oía perfectamente cuanto se estaba diciendo pero era incapaz de mover un solo músculo, tal era su espanto ante la presencia de la chirrada cara del portugués y del fraile del convento del que venía huyendo tantos años.

—¡Ténganse, si no quieren vuestras mercedes tener un incidente! —La voz de Diego restalló como un látigo en el silencio de la noche.

El portugués se puso lentamente en pie y replicó con sorna:

—Qué inesperada sorpresa. Don Diego de Cárdenas apareciendo como un alma en pena salida del camposanto, imagino que casualmente, en medio de la noche.

—Nada tiene de casual mi presencia aquí y no sois quién para intervenir en un lance entre caballeros, cuyo juicio corresponde al rey.

—Os equivocáis, señor. Tal vez lo ignoráis, pero estabais protegiendo a una huida del Santo Oficio y por demás endemoniada, como hicisteis ya una vez... aunque entonces erais muy niño.

Rivadeneira se había acuclillado y observaba con detenimiento la mancha bajo el seno de Catalina.

—¡Fraile, cubridla y no la toquéis!

—¡No os metáis en esto! El padre debe cumplir con su obligación.

Catalina había perdido mucha sangre; oyó todo cuanto se decía pero veía la escena como si ella no fuera el personaje central de la misma. A lo lejos se comenzaban a divisar puntos de luz provenientes de antorchas que se acercaban portadas, seguramente, por gentes del rey. Diego también las había divisado.

—Ahora mismo voy a cargar al herido en un caballo y partiré.

—No es herido, señor, es herida y no vais a hacer tal.

—Y ¿quién lo va a impedir?

—No me obliguéis, don Diego. La cosa no va con vos. —La mano del portugués estaba sobre la guarda de su espada.

Entonces Catalina desde el suelo emitió un terrible grito que perforó la noche. Apenas la espada de Diego había recorrido la mitad del trayecto necesario para salir de su vaina cuando ya la punta del acero del de Fleitas se había clavado en su pecho, partiéndole el corazón.

El alférez Campuzano dirigió los pasos de su caballo al Búho Rojo, seguido por un demudado Álvaro que casi no se tenía en la silla; desmontaron en la calle Amor de Dios, frente a la barra de madera que se utilizaba para sujetar las cabalgaduras, y sacudiéndose el alférez el polvo de la galopada entraron en el figón. El ambiente era el de costumbre y Campuzano, siempre seguido de Álvaro, se dirigió a la mesa del rincón donde tenían por hábito ubicarse; el tabernero se acercó solícito y tras poner frente a ellos dos vasos de un vino peleón que siempre solicitaba el alférez se retiró.

—Ya veis cómo ha acabado todo. Y vos sois testigo de que se lo advertí.

—Pero ¿tenéis la certeza de que Cristóbal estaba muerto?

—La estocada fue mortal de necesidad; nada habría ocurrido si hubiera aceptado las excusas del tal Alonso Díaz, del que mis informantes me advirtieron era un terrible espadachín. En este Madrid de mis pecados todas las noticias vuelan; tengo amigos que se instruyen en la academia de don Pedro Pacheco, donde yo había practicado, y me consta que cuando éste escoge a uno de sus alumnos para tirar con él eso quiere decir que su nivel es extraordinario; además era ambidiestro y eso complica mucho las cosas.

—Estoy desolado y en parte me culpo de lo sucedido.

—No tenéis por qué hacerlo. Vos cumplisteis escrupulosamente la parte del plan que os correspondía y no dejasteis, ni un momento, el puesto de vigilancia, supliéndome bajo el farol para que yo pudiera regresar al lugar del duelo y ayudar a Cristóbal sin que el padrino de Alonso Díaz se diera cuenta del cambio. El que se demoró demasiado en dar la señal fue él, y le ha costado la vida; lo mismo que al bellaco que presumía de lanzar el cuchillo y su impericia hizo que la daga de Alonso acabara en su gaznate. Vos, os repito, no tenéis por qué culparos de nada.

—No me consoláis, Campuzano; Cristóbal era mi mejor amigo y la persona que más me ha ayudado a lo largo y ancho de mi vida.

—Pues en vuestra mano está vengar su muerte.

Los ojos de Álvaro de Rojo se iluminaron.

—¿Qué es lo que debo hacer?

El alférez, que conocía bien el carácter timorato e influenciabile de Álvaro, se metió entre pecho y espalda un gran trago de vino y tras secarse los mostachos con el dorso de su enguantada mano prosiguió:

—Cristóbal era hijo único del viejo marqués de López Dóriga, que en su tiempo fue intendente mayor del Concejo de Justicia del Reino, donde conserva aún grandes amigos, y aunque sus calaveradas y ligerezas, de las cuales vos y yo somos algo responsables, le desagradaban, es innegable que sentía una pasión desahogada por su hijo.

—¿Y bien?

—Vais a volver a vuestra casa y vais a decir al viejo marqués que le infirió una afrenta imperdonable un tal Alonso Díaz, amigo de don Diego de Cárdenas, que se atrevió en público a poner en tela de juicio la limpieza de su sangre y el lustre de su apellido, y que no tuvo más remedio que batirse. Para no preocuparle, nada le dije, pero en vez de un duelo lo que le prepararon, por lo visto, fue una celada; hubo una lucha de tres contra él y aunque dio cuenta de uno y dejó herido a otro, fue muerto a traición y con alevosía por el tercero, que se dio a la fuga en el momento que vos arribabais, ya que conociendo vuestra escasa aptitud para las armas os citó para una hora más tarde con el fin de no perjudicaros, creyendo que iba a ser un duelo entre caballeros; cuando llegasteis todo había concluido y solamente os fue dado presenciar el final. Entonces, al ver el estado de Cristóbal, que aún tuvo tiempo para relataros lo sucedido, partisteis para buscar un galeno a fin de socorrerlo e intentar salvar su vida y a la vez dar cuenta a la ronda de la emboscada para, de esta manera, poder remediar el desaguisado.

Esto hará que el marqués, en su ira, busque venganza y que vaya tras los pasos de Alonso Díaz, que quedó herido, y de Diego de Cárdenas. De esta manera podéis hacer el último servicio a vuestro amigo y vengar su muerte.

Álvaro de Rojo quedó un instante pensativo; luego, con los ojos arrasados por las lágrimas, respondió:

—Haré lo que me decís, y si mi testimonio sirve para colgar al que le infirió la ofensa en público y a su amigo, no me importará desvirtuar la verdad, porque el origen de esta desgracia parte del que se metió a defensor de aquellos escalfalleros^[243].

Campuzano, que por evitarse cualquier problema era capaz de vender su alma al diablo, replicó:

—Sois un caballero y un verdadero amigo. Contad con mi ayuda. Si el viejo marqués pone en duda vuestra palabra, yo diré que Cristóbal me explicó lo mismo al respecto de la ofensa que le

infligieron; no conviene que me nombréis, ya que mi fama podría perjudicar a Cristóbal.

Tras esto último partieron cada uno a lo suyo: Campuzano a matar la noche y Álvaro, imagen de la desolación y el desamparo, a cumplir lo que él creía era su obligación hacia el amigo muerto.

*De D. Sebastián Fleitas de Andrade
A Su Ilustrísima D. Bartolomé Carrasco,
Secretario Provincial del Santo Oficio. Astorga*

Mi muy dilecto protector y amigo:

Me es muy grato comunicaros que la tarea que me encomendasteis, y en la que he puesto tanto celo y dedicado tanto tiempo, casi ha sido coronada.

Tal como os expuse en mi anterior carta, demandé a persona amiga y afecta al Concejo de Interior la lista de asistentes a la fiesta que con motivo del cumpleaños de su hija dio el señor de Mendoza, a la cual acudieron más de un millar de invitados, y que al asistir a ella el valido del rey era preceptivo el presentarla al concejo a fin de obtener la venia.

Tras repasar los nombres una y mil veces, y clasificarlos por familias y edades, di con la persona que, en palabras de la Andrade, podía ser el «enamorado» de nuestra monja, y que no podía ser otro que el hijo del marqués de Cárdenas que figuraba en la tal relación. No me cabe la menor duda de que, bajo el falso nombre de Alonso Díaz, la aspirante Catalina Gómez se alojó en su casa de Benavente por más de dos años bajo la figura de un paje. Ése y no otro fue el motivo de la extraña reacción de don Suero de Atares al ver el boceto que el padre Rivadeneira hizo de su rostro y en el que reconoció, sin duda, la cara del susodicho.

Todo este embrollo lo deduje el viernes y desde ese día puse disimulada vigilancia cerca del domicilio de los Cárdenas esperando que la pieza se acercara por las inmediaciones, o bien que éste acudiera a alguna cita con su amada y nos condujera a ella; ya sabéis que, en la juventud, tira más el sexo que una yunta de bueyes.

El caso fue que hasta el domingo a la noche nada ocurrió, pero ese día al atardecer se reunieron ambos, y ella bajo el disfraz de Alonso Díaz. Cuando me dijeron hacia dónde encaminaban sus pasos supuse al punto que el lance iba de duelo, ya que el lugar no admitía dudas. En cuanto me fue posible y tras enviar un parte que llegaría a la ronda con el conveniente retraso, allá me dirigí en compañía de Rivadeneira, que puede testificar lo que convenga.

Cuando llegamos, todo había terminado. La luna iluminaba un espectáculo dantesco: Catalina, o Alonso, como queráis llamarla, yacía en el suelo con un cuchillo clavado a la altura del hombro. A su alrededor todo era sangre y desolación: aparecían muertos dos hombres, el primero con una daga clavada en su garganta que puedo asegurar, por el tipo de herida, era la misma que mató a nuestro hombre cerca de la calle de los Francos, y el otro que resultó ser el unigénito del marqués de López Dóriga con una estocada certera en medio del pecho. La interfecta tenía el jubón abierto, lo

que reveló su condición femenina, y os puedo asegurar que bajo el seno derecho tenía la señal que con tanto denuedo hemos buscado. Cuando estábamos en ello surgió de la espesura don Diego de Cárdenas intentando llevársela consigo, cosa a la que lógicamente nos tuvimos que oponer; y al hacerlo y desenvainar él su acero, me vi obligado a hacer lo propio y, en un desgraciado lance, darle muerte.

Las luces de las antorchas de la ronda ya se veían en lontananza y tuve que obrar con rapidez. Busqué en la escarcela de la herida, que estaba desmayada, y hallé en ella un billete con una dirección que, por cierto, estaba muy próxima al lugar donde fue muerto nuestro hombre. Cuando llegó el alguacil con los corchetes me presenté diciendo quién era y que era yo la persona que había dado el aviso de aquel duelo al que, por desgracia, habíamos llegado tarde; las pisadas de caballos por el suelo delataban que los contendientes había sido más pero que la estocada que había matado al hombre y la daga que había muerto al otro eran sin duda de la mujer que estaba en el suelo ya que, aunque de lejos, el padre Rivadeneira y yo lo habíamos presenciado todo gracias a la claridad de la luna. En cuanto a la muerte de Diego de Cárdenas, la justifiqué diciendo la verdad, y ésta fue que no tuve más remedio que repeler su ataque porque quiso hurtar el cuerpo de la herida, intentando que ésta escapara así del brazo de la justicia.

En este instante quiero deciros algo que creo interesante. La ronda se llevó a la interfecta al hospital de las Ánimas, que como sabéis está vigilado cual si fuera una prisión, con la amenaza latente por mi parte, para que se la transmitieran a los cirujanos que tuvieran que extraer el puñal de la herida, de que con su vida responderían de que nada le sucediera a la monja, ya que siendo una huída del Santo Oficio y habiendo incurrido en varios delitos que atañían a la Corona, todavía no se sabía a qué jurisdicción correspondería el juzgarla.

Os explico todo esto por si creéis conveniente que el trabajo sucio lo realicen los hombres del rey. De esta manera nos libraremos, sin mancharnos las manos, de tan engorroso asunto, ya que al haber muerto don Diego de Cárdenas es posible que su padre busque venganza y pienso será mejor permanecer alejados de todo el embrollo. Nuestro interés está en la monja y figurará que cuando nos presentamos en el lugar, la ronda había tenido ya que intervenir. Como comprenderéis, su palabra, al ser encausada, carece de valor, y un generoso dinero repartido entre el alguacil y los corchetes nos asegura que en el juicio, si lo hubiere, no tendrán inconveniente en afirmar que se vieron obligados a dar muerte al de Cárdenas al resistirse a la autoridad del rey y desenvainar la espada.

Otrosí, al dejar suelto el caballo que pertenecía a la monja éste nos condujo sin dudar a la cuadra adyacente a una mancebía muy conocida en Madrid, cuya dueña ya está presa por encubridora. El callejón posterior es el lugar donde fue muerto nuestro hombre, os repito, con una herida en la garganta proporcionada por la misma daga que mató al individuo fenecido en el lugar del duelo, y al registrar su aposento tuvimos la evidencia de sus tratos con el maligno: oculta bajo su colchoneta, hallamos una figurilla de las que tan comúnmente se emplean para hacer sortilegios y encantamientos.

Espero por tanto, excelencia, vuestras oportunas decisiones, que podréis tomar

teniendo en cuenta los datos que os he proporcionado.

Os tendré al corriente de la salud de la monja, por si decidís acudir a visitarla ya que tantos quebraderos de cabeza os ha proporcionado.

Se despide besando vuestro pastoral anillo, vuestro seguro servidor,

Sebastián Fleitas de Andrade

El dolor de los padres

Don Benito de Cárdenas había envejecido de repente diez años. Aquel hombre recio y lleno de vida se había convertido en un anciano al que nada parecía importar salvo lavar la honra de su casa y descubrir todo lo referente a lo sucedido en aquel triste lance que se había llevado la vida de su único hijo.

Don Suero de Atares había llegado a Benavente presidiendo la comitiva que conducía el cuerpo sin vida de su pupilo. Estaba ésta compuesta por el furgón fúnebre tirado por cuatro caballos y conducido por dos cocheros y dos palafreneros, que se alternaban en la tarea y lo, acompañaban, amén de cinco jinetes de la casa de Cárdenas, el capellán y Lorenzo *el Encomendado*. Habían salido de Madrid cinco días antes y tuvieron que hacer varias paradas para despachar, con las parroquias por las que iban pasando, los correspondientes trámites y gastos de los cánones eclesiásticos referidos a los derechos de entierro que correspondían a cada una de ellas. Don Benito, que había recibido la noticia de lo ocurrido mediante un correo que llegó a los dos días del triste suceso, había salido al encuentro de su hijo bajando hasta Villalpando; allí se refugió en la posada y no salió de su aposento hasta que le notificaron que la comitiva arribaba. Entonces montó en su caballo y fue a su encuentro.

El momento fue terrible. El anciano se abrazó al cajón que transportaba los despojos del joven y a duras penas, entre el capellán y don Suero, consiguieron arrancarlo. Al día siguiente, en el pequeño cementerio de la casa palacio de Benavente eran inhumados y depositados al costado de su madre, la difunta marquesa de Torres Claras, en una sencilla y recogida ceremonia a la que el marqués convocó únicamente a sus más próximos allegados y a sus más fieles vasallos, ya que el marquesado de Dos Torres era de horca y puchero^[244], los restos mortales de Diego de Cárdenas, muerto en la flor de la vida.

Luego de la ceremonia, en la biblioteca del palacio el marqués y el ayo se hallaban reunidos: ambos personajes de negro absoluto en lo exterior, con la única salvedad de la roja cruz de Calatrava sobre el pecho del marqués, y en lo interior negros pensamientos, de justicia los de don Benito de Cárdenas y de venganza los de don Suero de Atares.

—Como os decía, señor, la carta me la encontré sobre la escribanía del despacho el lunes por la mañana.

Sobre la mesa yacía abierta una misiva y el marqués, tras calarse los anteojos, la volvió a releer por enésima vez. Decía así:

Querido ayo:

Las circunstancias me han deparado la ocasión de poner en práctica las enseñanzas de hidalguía y caballerosidad que durante tantos años me habéis inculcado.

Alonso Díaz tuvo que salir en defensa de una dama gravemente ofendida por un caballero que por su comportamiento no merece el calificativo de tal. El caso es que me pidió si tenía a bien el apadrinarle en tan grave lance; como comprenderéis no pude negarme y, por más que los conocéis, os repetiré los motivos. En primer lugar creo que siempre estuve en deuda con él desde que lo dejé en Benavente tras asegurarle, en mil ocasiones, que vendría con nosotros a Madrid; y en segundo, a él debo mi felicidad pues ha sido quien me ha facilitado el encuentro con la dama de mis sueños y por la que mi corazón late de amor día y noche desde que la conocí. No es tiempo de deciros todavía su nombre, pero en cuanto ello sea posible vos y mi señor padre seréis los primeros en saberlo. Únicamente os diré que el jueves por la noche conocí el auténtico amor y que si muriera, habría valido la pena el tránsito por este mundo.

Os diré que el lugar del lance será la tapia del cementerio que se halla junto a la ermita del Ángel de la Guardia, a la vera del Manzanares, y el encuentro será esta noche. Os tengo que aclarar que el duelo entre ambos contendientes será a muerte; no así el de los padrinos, que si lo hubiere, como es costumbre, sería a primera sangre.

Espero que jamás leáis esta carta, ya que cuando regrese esta madrugada yo mismo me encargaré de destruirla; de no ser así, es que algo malo ha ocurrido. Si tal fuera, os agradezco cuanto hicisteis siempre por mí y os encargo que digáis a mi señor padre que jamás lo tuvo mejor hidalgo alguno... y que lo amo.

Recibid en este instante la expresión de todo mi respeto y afecto,

Diego

El marqués, tras retirarse los quevedos, con un pañuelo de batista se enjugó una lágrima furtiva.

—Y ahora, don Suero, habládme como si todo fuera nuevo y no os saltéis detalle alguno, ya que cualquier pequeño olvido pudiera ser trascendental. Como os he dicho, pienso ir a la Corte e indagar todas aquellas cosas que permanecen oscuras, y no he de parar hasta que se haga justicia y pienso agotar todas aquellas vías de amigos e influencias a las que jamás molesté y que están en deuda conmigo.

—Comenzaré de nuevo por el principio. El jueves de madrugada llegó Diego a casa en un estado de euforia jamás visto por mí anteriormente. Indagué qué era lo que tan feliz le hacía y me respondió que no era tiempo de hablar todavía, pero que pronto me podría revelar su secreto; pensé que era cosa de amoríos de juventud y no le di más importancia, intuyendo que a lo mejor algo tenía que ver la belleza de doña Elena de Mendoza, de la que alguna vez me había hablado.

Transcurrieron el viernes y el sábado y don Diego los pasó en un estado de inquietud y desasosiego fuera de lo común que me obligó a indagar, de nuevo, qué era lo que le pasaba; me respondió que se avecinaban sucesos importantes y que su auténtica mayoría de edad estaba próxima, y que el lunes por la mañana se consideraría un auténtico caballero. Por la noche interrogué a Lorenzo por descubrir algún dato que me diera alguna pista, pero el muchacho, os puedo asegurar, nada sabía. Lo siguiente fue la carta que ya habéis leído.

—Explicadme de nuevo todos los pasos que realizasteis el lunes tras enteraros del contenido del escrito.

—Lo primero fue subir a la cámara de Diego por ver si se hallaba descansando; el lecho estaba sin tocar y era evidente que no había dormido allí. Luego me dirigí al encuentro de Lorenzo por ver si éste me podía aclarar algo que yo no supiera o tal vez quisiera ocultar algún lance amoroso de vuestro hijo... Pero el papel me quemaba las manos. Al asegurarme que nada sabía de todo aquello ordené ensillar los caballos y acudir al lugar del encuentro. Me dirigí con Lorenzo a la ermita del Ángel de la Guardia, junto a la ribera del río, y tras la tapia del cementerio pude observar las huellas del lance. Allí más que un duelo se había desarrollado una escaramuza: las pisadas de los cascos de caballos eran muchas y variadas y en tres lugares concretos se veían rastros de sangre.

—¿Entonces?

—Entonces me dirigí, siempre acompañado por Lorenzo, a la alcaldía mayor de la Villa y Corte, y tras pasar por cuarenta negociados y decir quién era me recibió el alguacil encargado de tramitar los sucesos acaecidos durante la noche. Allí me enteré del terrible episodio, con las extrañas connotaciones que en él concurren y de las que ya os he dado cuenta.

—No os importe; repetidme, de nuevo, todo otra vez.

—Hubo un duelo parece ser entre Alonso Díaz y Cristóbal López Dóriga, del que Diego ya os habló en varias ocasiones y, ciertamente, no era santo de su devoción, y el cual resultó muerto; otro individuo, por lo visto de condición inferior, murió asimismo de una cuchillada lanzada desde lejos y un tercero, intuyo que el padrino de López Dóriga, partió tras atacar a ambos y avisó a la ronda, aunque esto último son suposiciones mías. Tal como os expliqué, Alonso Díaz cayó herido y vuestro hijo pretendió, enfrentándose a los hombres del rey, llevárselo, imagino que para que fuera atendido por un galeno; en esta reyerta mataron a Diego.

Cuando el alguacil examinó la herida de Alonso resultó no ser tal y allí mismo, y a causa de descubrir su pecho para intentar restañarle la sangre, supieron que era mujer. Luego, ya apresada, se supo que era la aspirante escapada de San Benito y a la que aquí en Benavente dimos cobijo durante dos años o más en calidad de paje, y que nos visitaba en Madrid con asiduidad siempre bajo la apariencia de Alonso y a la que Diego regaló a *Boabdil*; o sea que el extraordinario parecido que vos y yo hallamos en el boceto que trajo aquel portugués, de ingrato recuerdo para mí, no era tal parecido, sino que era la misma persona.

Si vuestro hijo acudió a apadrinar el duelo sabiendo que Alonso era mujer o de buena fe creía que era Alonso Díaz, esto no lo sabremos hasta que podamos hablar con esta criatura. La empresa es harto difícil ya que, habiéndose metido por el medio el Santo Oficio, os consta que en tanto esté bajo su jurisdicción harán lo imposible para que siga incomunicada hasta que acaben sus averiguaciones, y la tienen en el hospital de la Ánimas vigilada y custodiada cual si se tratara del mismo Rodrigo Calderón^[245] antes de ejecutarlo.

—Me parece todo tan extraordinario que si no fuera porque aquí lo vivimos, no daría crédito al asunto. —Aquí el viejo marqués hizo una pausa—. Hemos de hacer por ver a esa muchacha, porque es la única persona que sabe a ciencia cierta lo que allí ocurrió y, tanto si es una monja como si fuera Alonso Díaz, me consta que no nos engañó a ambos durante tanto tiempo en cuanto a la nobleza de su corazón y que es una cabal persona incapaz de mentir en asunto tan grave; máxime si sabe que mi hijo ha muerto por su causa, ya que está claro que el pleito, ya fuere hombre o

mujer, era con ella y Diego fue a ayudarla.

Por lo tanto, don Suero, preparad el coche de viaje que partiremos sin demora hacia Madrid; y no he de parar hasta que halle al culpable, si lo hubiere, de la muerte de mi hijo, y que si él en su juventud e inexperiencia hubiere cometido la insensatez de enfrentarse a la ronda y hubiere en este lance hallado la muerte, quiero saberlo a ciencia cierta pues si no, no moriré en paz.

El escudero se levantó lentamente.

—Voy a cumplir vuestras órdenes. Pero ¡por Dios vivo juro que el que ha dado muerte a Diego, sea quien sea, pagará con su vida! Y no sé cómo lo lograré, pero tened por seguro que nada ni nadie me impedirá entrevistarme con Alonso.

Lo seguía llamando así.

Un intendente real había acudido el martes por la mañana a dar el pésame en nombre del gabinete privado del conde duque de Olivares al señor de López Dóriga, lamentando el triste suceso y asegurando que el brazo de la justicia llegaría hasta donde hubiere lugar y no pararía hasta que el único culpable que estaba preso fuera castigado, pues los otros dos estaban muertos: uno allí mismo, de una cuchillada en la garganta, y el otro al intentar hacer frente a la ronda a fin de proteger a su compañero herido, que además resultó *ser* persona de mala índole ya que estaba asimismo requerida por el tribunal del Santo Oficio; si bien su hijo Cristóbal había cometido la falta de acudir a un duelo, cosa prohibida por varias pragmáticas reales, más lo estaba una vil emboscada planificada con nocturnidad y alevosía.

Como las noticias corrían por Madrid, Álvaro se enteró de las últimas novedades y adecuó su relato a las circunstancias.

El miércoles, tras la ceremonia del entierro, en casa de los López Dóriga se desarrollaba la siguiente escena.

Álvaro de Rojo y de Fontes, abrumado por los remordimientos y tembloroso, estaba en pie ante el anciano señor de López Dóriga dando, de nuevo, la versión planeada por el alférez Campuzano. Este, abusando del carácter retraído e inseguro del muchacho, lo había usado para quitarse de en medio y de esta manera no tener problemas con la autoridad de los alcaldes de la Villa y Corte, reformando sin embargo la versión posteriormente al saber que Diego de Cárdenas había muerto al hacer frente a la ronda.

—Y os aseguro, señor, que nada más se pudo hacer; fue una maldita celada que tendieron el tal Alonso Díaz, otro individuo y Diego de Cárdenas, compañero nuestro este último en la Casa de los Pajes. Cristóbal fue a mantener con la espada el buen nombre y el lustre de vuestro apellido, manchado públicamente, en un duelo que él supuso iba a ser entre caballeros, pero los otros se anticiparon y se topó con una emboscada.

Yo acudí a la hora que el me indicó para asistirle en calidad de padrino, pero cuando llegué era ya tarde y sólo me cupo ver el desastre; partí a caballo porque Cristóbal yacía muerto y a nada conducía que me dejara matar luchando, en inferioridad de condiciones, contra los dos traidores que aún restaban en pie. Vuestro hijo, por lo visto, se había defendido como un león, había herido a uno y dado cuenta del tercero lanzándole a la garganta su vizcayna; era tarde para hacer algo por Cristóbal, y solamente me restaba ir a buscar auxilio y ser el mensajero que, aunque portador de malas nuevas, os transmitiera la verdad.

El de López Dóriga escuchaba la explicación de Álvaro en la glorieta de verano de su palacete con la pierna extendida y apoyado el pie en un taburete a causa de sus gotosos padecimientos. El noble, con pausado gesto, se mesó la barba cana y habló luego:

—Vengo dándole vueltas a esto desde el lunes a la mañana. No se me alcanza que un caballero deje a su compañero abandonado porque está caído, sin tener la certeza de que está muerto, y ni aun así; y vos no podíais tenerla. Me habéis defraudado, Álvaro; de haber aguantado allí, quizás hubierais salvado la vida de mi hijo, quien al llegar la ronda parece ser que aún alentaba.

—Soy ya muy anciano y, por qué no decirlo, temía un final de esta guisa. La vida de crápulas que llevabais y las compañías, que de todo se entera quien quiere enterarse, que frecuentabais, auguraban algo parecido. "Aquellos vientos trajeron estos lodos." Siento un dolor lacerante en mi viejo corazón, que no comprendo cómo todavía no se ha rendido. Marcharéis de esta casa; se me hace imposible soportar vuestra presencia. Cuando sea el momento del juicio se os convocará, pero, aun a riesgo de manchar mi apellido, os ruego que no mintáis. Y ahora dejad dicho al mayordomo las señas donde pensáis alojaros, ya sea en Madrid o en la casa de vuestros padres en Quintanar, y ahorradme la carga de vuestra presencia —y con el gesto desmayado de su mano, el viejo hidalgo dio por concluida la entrevista.

Y nació otra Catalina

Las brumas de su cerebro no se disipaban y Catalina no sabía si vivía o si soñaba; la realidad y la ensoñación se mezclaban en su mente y su duermevela era sudoroso y agitado. Echada en un jergón, yacía en una celda del hospital de las Ánimas, que más que hospital era una cárcel, y su puerta, además de la guardia del rey, la custodiaban dos familiares del Santo Oficio con orden expresa de que nadie que no fuera el físico que la había intervenido a fin de extraerle la hoja del puñal que había traído alojado en su hombro o las monjas que lo ayudaban la traspasara. De vez en cuando entraba una hermana que le revisaba el vendaje y le cambiaba la torunda del emplasto, dándole a beber un cocimiento amargo que la sumía, todavía más, en su letargo. Su mente transitaba, cual péndulo, de uno a otro recuerdo. Por una parte se negaba a admitir la última secuencia del drama y se bloqueaba ante la imagen del pecho de Diego atravesado por la espada del portugués sin que él hubiera tenido siquiera tiempo de desenvainar la suya y, por otra, gozaba y se recreaba en los recuerdos de los sucesos acaecidos en la casa de la viuda, en la calle de la Flor, la noche del último encuentro. Todos los detalles de aquella jornada desfilaban lentos y diáfanos ante los ojos de su atormentado espíritu.

Había perdido mucha sangre y se encontraba muy debilitada. Súbitamente su oído creyó percibir un ruido de pasos y las voces de varias personas que se aproximaban a su cubículo. Cuando la puerta ya se abría, mantuvo los ojos cerrados simulando que seguía sin conocimiento; Fleitas, Rivadeneira y un galeno irrumpieron en el espacio y se acercaron a su yacija.

—Vivirá. Ha perdido mucha sangre, pero vivirá. —La voz neutra del físico daba su pronóstico.

—Más os vale. La interfecta tiene que vivir; es necesario que pueda tener un juicio y que luego cumpla la sentencia. Lo más fácil es que muera, pero no ahora; al Santo Oficio le gusta que las normas se cumplan. —La voz dominante era la del portugués.

—Abridle la camisa, es preciso que veamos algo. —Ahora era Rivadeneira el que se dirigía al físico.

Catalina sintió que alguien le desabotonaba el vasto camisón de rústica sarga y una mano fría y húmeda le sobaba el seno izquierdo, oprimiéndolo hacia arriba; de nuevo la voz del portugués resonó en el cerrado espacio.

—La señal es evidente; su excelencia reverendísima estará satisfecho. Esta historia está a punto de concluir, pero a los argumentos que ya conocéis no añadiremos éste. La orden de su ilustrísima es taxativa; la prohibición de que alguien la visite sigue en pie. Me notificaréis si alguna persona no autorizada intentara tomar contacto con la reclusa, ¿me habéis entendido?

—Ciertamente.

—Y recordad, debe recobrar la salud. Sin un buen reo no hay un buen juicio, y éste debe ser ejemplo de monjas y frailes que se desvían de la senda de la obediencia y transitan por vericuetos de brujería y caminos mundanos. Esta mujer tiene cuentas pendientes con la Iglesia y con el rey; los cargos contra ella son abrumadores.

Ha asesinado a un servidor de la Suprema y a dos hombres en duelo, que como sabéis es costumbre prohibida por Su Majestad, amén de que lo hizo con malas artes ya que enceló hasta tal punto a un socio que éste por defenderla atacó a traición a la ronda, la cual no tuvo más remedio que repeler el ataque; esto le costó la vida al infeliz, un muchacho de la nobleza de provincias, Diego de Cárdenas era su nombre. El padre Rivadeneira puede aseverar cuanto os digo; don Álvaro de Rojo fue testigo del lance y asimismo los hombres del alguacil que la fueron a detener. Todavía no sabemos bajo que jurisdicción caerá, pero tened por seguro que una monja huida y con este historial tiene poca o ninguna defensa. Y ahora, partamos.

El galeno abotonó la blusa de Catalina y los tres hombres salieron de la estancia.

Cuando la puerta se cerró y el ruido de la llave le aseguró que estaba de nuevo sola, Catalina abrió los ojos; una lágrima pugnaba por desbordarse, pero intentó contenerla ya que el llanto le impediría pensar y a nada le conduciría. Su mente continuaba teniendo lagunas importantes, pero las últimas palabras oídas la centraban y la ayudaban a hacerse cargo de todas las desgracias que le habían acontecido y de las que, por lo visto, todavía le iba a deparar el destino. Lo que estaba muy claro era que el secretario provincial del Santo Oficio y obispo de Astorga no deseaba que la señal escarlata viera la luz. Nada ya le importaba de cuanto le ocurriera. Diego había muerto; aquello había sido un vil y cobarde asesinato del que ella, al igual que sucediera la jornada de la muerte de la madre Teresa, había sido impotente testigo. ¡Triste y cruel destino aquel que la condenaba a presenciar el fin de los que más amó sin poder hacer nada para evitarlo!

La amargura invadía su espíritu. Estaba dispuesta a morir la noche aquella y se había hecho a la idea de que aquello podía acontecer, pero que algo le sucediera a Diego y por su culpa, eso ni le cabía en la cabeza ni se lo iba a perdonar mientras su corazón tuviera un hálito de vida. A su mente volvieron las imágenes de la noche del jueves y, tal como le anunciara Casilda, solamente por aquellos momentos había valido la pena vivir. ¡Vivir! Esa era la mágica palabra a la que se agarraba con uñas y dientes para cumplir los designios que se había propuesto antes de abandonar este perro mundo. Dos cosas la obsesionaban: reivindicar el buen nombre de su amado y vengar su muerte, por un lado, y por el otro provocar el castigo de aquellos que con sus malas artes, sus acciones o sus influencias, habían hecho que su vida fuera una búsqueda incesante y un cúmulo de desgracias. ¡Esto debía darle ánimos para seguir viviendo! Luego ya nada importaba.

La condena

Cada una de las partes movió sus influencias. El de López Dóriga, ya retirado, conservaba grandes amigos en las audiencias de justicia al haber desempeñado hasta su jubilación altos cargos en dicho concejo. La muerte de su hijo le había trastornado y los testimonios del alguacil y de tres de los corchetes de la ronda a él, tan legalista, habían acabado por convencerlo; entonces se aferró a la versión dada por Álvaro de Rojo, aun intuyendo que no era cierta, y en su lacerado corazón se asentó la venganza antes que la justicia.

Por su parte, el marqués de Torres Claras y don Suero de Atares se instalaron en Madrid y empezaron su particular vía crucis de visitas a deudos y amigos a fin de aclarar las circunstancias de la muerte de Diego y así lavar el baldón que sobre su nombre había caído; pese a intentarlo por todos los medios, les fue imposible entrevistarse con Alonso o Catalina, que lo mismo daba y que era la única voz que podía esclarecer los sucesos acaecidos aquella terrible noche.

Finalmente las influencias del secretario provincial del Santo Oficio, el poderoso doctor Carrasco, y los hechos de la vida de Catalina inclinaron la balanza en su contra y el peso de la ley cayó sobre ella. Era una monja huida de un convento y a la que se acusaba de la muerte de una priora; siendo una religiosa había debutado de farsanta en un corral de comedias, y a la acusación de haber dado muerte a un hombre de la Suprema y, ante el desespero de su joven e inexperto abogado al que habían designado de oficio, ni siquiera se había dignado defenderse; se la había encontrado, además, reo de brujería y acusada de fabricar sortilegios y encantamientos, y como colofón había vivido en un mesón de ofensas vestida de hombre y en convivencia con todas las pupilas, por lo que además se la acusó de desviaciones sexuales y de pecado nefando contra natura y finalmente de la muerte de dos hombres en un falso duelo. Las sesiones del juicio duraron varios meses, pero finalmente la carga de la prueba fue excesiva y Catalina Gómez, alias Alonso Díaz, fue condenada a morir en el patíbulo por orden del rey y, por ende, su cómplice Diego de Cárdenas quedó deshonrado.

El proceso, mientras duró, fue la comidilla de la Corte. Luego, en tanto se esperaba la sentencia, la gente se olvidó y otras cuestiones fueron tema principal de foros y plazas, ya que en el Madrid del Rey Poeta sucedían cosas todos los días y la condena de un preso no era noticia que perdurara mucho tiempo.

Cuando se restableció de su herida, fue encerrada en los calabozos de la cárcel de la Corte y exceptuando a su joven abogado, que había presentado al rey la petición de indulto, nadie podía acceder a ella.

Catalina estaba repuesta y animosa pese a los meses transcurridos allí encerrada, pues al

parecer alguien tenía sumo interés que llegara al día de la prueba con la salud en perfectas condiciones; así que su comida no era la común de los presos y su celda, que era la del extremo, tenía una ración de media hora de sol todos los días, que si no salía nublado le entraba a través de los barrotes por el ventanuco. Su mente, invariablemente, la transportaba a otro lugar y a otro tiempo, y siempre esperaba que cualquier día apareciera en aquel tragaluz el amado rostro de Diego, e invariablemente también las lágrimas inundaban sus ojos.

Su tiempo pasaba entre la meditación y la lectura, pues el joven letrado que la había asistido le suministró una *Vida de Santa Teresa de Jesús* y, a petición suya, un ejemplar de la *Historia de los leales amantes Teágenes y Clariquea*, de Heliodoro; este último ocultó entre sus ropas y con la aquiescencia del carcelero al que una bolsa de maravedís había sobornado, pues era consciente de que en aquellas circunstancias no cabía más que esperar y rezar; estaba en las manos del Altísimo y él proveería.

Y el temido día llegó.

Por la mañana se presentó en su celda un secretario del Concejo de Justicia acompañado de un notario real y dos escribanos.

Cuando la comisión llegó al extremo del pasillo donde se encontraba su ergástula, tuvo la certeza de que venían por ella. Fue al atardecer; la luz de las antorchas fue abortando las tinieblas y el ruido de los pasos se fue aproximando. Cuando llegaron a su altura y antes de que hubieran abierto su puerta, Catalina ocultó el libro bajo su yacija y se sentó en ella. El ruido de los cerrojos al descorrerse le pareció, en aquella ocasión, más siniestro que nunca; la puerta giró sobre sus goznes y precedidos por dos armados y dos portadores de antorchas entraron los representantes del tribunal. Todos ocuparon la reducida estancia en semicírculo, y cuando lo hubieron hecho el notario la conminó a que se pusiera en pie. Catalina obedeció y entonces el secretario de Justicia desplegó un rollo de papiro que portaba.

—Vamos a dar lectura a la sentencia dictada en el caso de la Corona contra la que dice llamarse Catalina Gómez juzgada en Madrid el nueve de mayo del año del Señor 1620.

Yo, Pedro del Corral, oidor del Concejo de Castilla, juez principal del Tribunal de delitos contra la Corona asistido por los magistrados Rafael de la Virgen y Matías Montañés:

Debo leer y leo la sentencia dictada en este proceso contra la que dice llamarse Catalina Gómez, aspirante a postulante que lo fue del convento de San Benito, adscrito al distrito eclesiástico de Astorga, por los siguientes delitos.

Primero: La interfecta, al ser acusada por su superiora sor Gabriela de la Cruz y por el capellán del convento, fray Julián Rivadeneira, de la muerte de la antigua priora, Sor Teresa de la Encarnación, huyó del mismo vistiendo ropajes de hombre y se dedicó en la corte de su cristiana Majestad al oficio de cómica, llegando a engañar durante largo tiempo a personas de buena fe.

Segundo: Habiendo aprendido el arte de la esgrima en la academia de don Pedro Pacheco, quien jamás tuvo conocimiento de su condición femenina, y aprovechando la circunstancia de ser hábil con la mano del maligno, dio muerte a un servidor de la Suprema propinándole, con su daga, un tajo de más de catorce puntos.

Tercero: Asimismo, junto con don Diego de Cárdenas y Enríquez, hijo del marqués de

Torres Claras, al que convenció para que fuera su padrino en un supuesto duelo que ambos convirtieron en emboscada, fue muerto don Cristóbal de López Dóriga, que al defenderse tuvo que matar asimismo a uno de los secuaces que la acompañó en la aventura y de lo que es indirectamente responsable.

Cuarto: La interfecta, y esto es lo más grave, cometió pecado nefando con otras mujeres en la mancebía de una tal María Cordero, ubicada en la calle de los Francos, quien asimismo ha sido condenada por ocultación y encubrimiento a cinco años de prisión que cumplirá en la cárcel de Alcalá de Henares.

Por el tercer delito, la interfecta, Catalina Gómez, es condenada a morir en la horca; por los dos primeros, a quince años de prisión y destierro de la Corte y, por el cuarto, a que su cuerpo sea quemado y sus cenizas esparcidas a los cuatro vientos, a fin de que no pueda reposar en sagrado.

La sentencia se cumplirá en plazo y forma previstos sin que quepa, ante ella, recurso de alzada ni de súplica alguno. Seréis conducida portando un pie de amigo^[246] hasta el patíbulo que se instalará en la plaza Mayor el día y a la hora que se señale, y tendréis derecho, antes de que se cumpla la sentencia, a una sola petición.

Dado en Madrid el día...

Catalina quedó muda. Los componentes del siniestro cortejo, sin añadir una sola palabra, se retiraron y un silencio terrible y ominoso se apoderó de la mazmorra.

El patíbulo

Las gentes se apretujaban a ambos lados de las calles por donde iba a pasar el cortejo.

El ajusticiamiento de reos en Madrid era una fiesta en la que participaba todo el pueblo; los puestos de puntapié, que servían comida y bebida a los viandantes, las mesas de trileros, que tentaban a los incautos, y las de vendedores de baratijas se sucedían una al lado de las otras. La muchedumbre estaba de fiesta y todo lo que sirviera para romper la monotonía de los días y para ganar un sueldo de más era bien recibido. Una ejecución triple como aquélla se equiparaba a una buena procesión de la Semana Santa, a una corrida de toros o a un buen juego de cañas. Los comerciantes voceaban sus mercancías y grupos de niños correteaban entre los puestos derribando alguno de ellos y aprovechando el tumulto para hurtar lo que se les ponía a tiro. Los cortadores de bolsas hacían su agosto y un ambiente de fiesta lo invadía todo. El pueblo de Madrid se divertía.

La comitiva salió por la puerta principal de la cárcel de la Corte a las nueve en punto de la mañana.

Abría la marcha una compañía de cazadores de Montesa armados con las picas reglamentarias y ballestas, que se ocuparía, caso que lo hubiera, de reprimir cualquier altercado promovido por la multitud y que se colocaría, llegada a la plaza Mayor, circunvalando el patíbulo; a continuación, y en literas descubiertas portadas por lacayos que vestían la libreas ajedrezadas en rojo y negro propias del Concejo de Justicia, iban los nueve magistrados, cubiertos con negras hopalandas y tocados con los preceptivos birretes, que habían sido los jueces de los correspondientes procesos. Después, y tirada por un tronco de cuatro mulas, la galera prisión, tras cuyos recios barrotes se podían ver los tres condenados, cubierta su cabeza con la coraza^[247] infamante de la ignominia, para oprobio y burla del populacho, y con las manos atadas a la espalda; tras ella desfilaba un grupo de frailes con una cruz alzada, precedidos por los tres confesores asignados a los reos para administrarles los sacramentos en la última hora caso de que los demandaran y, cerrando la comitiva, veinte corchetes de la alcaldía de Madrid armados con largos garrotes, al mando de los cuales marchaban dos alguaciles.

Catalina iba de pie, con el pie de amigo colocado en su cuello, apoyada su espalda en los barrotes de la parte posterior del carro y abstraída y ajena a todo aquello como si fuera una mera espectadora del acto y no su principal protagonista. Sus dos compañeros de desgracia iban sentados en el suelo, encogidos e intentando ocultar el rostro entre las rodillas mientras lloraban y renegaban. La turba vociferante lanzaba pullas, huevos y frutas podridas a los ocupantes del carromato y comentaba a su paso las incidencias y características de cada uno de los condenados.

La comitiva, tras el largo recorrido, desembarcó en la plaza Mayor.

Estaba el rectángulo preparado para el magno acontecimiento. En el centro se levantaba el elevado patíbulo al que se accedía por unas escaleras verticales y en él, equidistantes, se alzaban tres horcas con las respectivas y terroríficas cuerdas y sus correspondientes nudos; pendientes de ellas y a su lado, tres cortas escaleras. Todo el perímetro del recinto se hallaba rodeado por una recia maroma que servía de límite para contener a la vociferante masa, y cada cinco varas un corpulento guardia de la compañía Tudesca del rey vigilaba que la turba no se desmandase.

En el centro de la parte larga del rectángulo que daba a la Casa de la Panadería se levantaba el palco de la presidencia bajo un dosel con los colores de la casa de Austria, blanco y amarillo, y en él se distinguían tres alturas: la más elevada correspondía al rey, la segunda a los gentilhombres de cámara asignados a la casa del monarca y a los grandes de España que hubieran sido invitados a presenciar la ejecución y que asistieran al evento, y la tercera a la Iglesia, representada en aquella ocasión por el nuncio de su Santidad; al costado de este tablado y a menor altura se alzaba la tribuna de los tres magistrados cubierta con un baldaquino negro, desde la cual el juez principal daría la señal oportuna para que se llevara a cumplimiento la sentencia. La tribuna real estaba custodiada por la guardia privada del rey, los Monteros de Espinosa, jubón trencillado, greguescos rojos y mangas aterciopeladas, lanza, adarga y pistola.

Todos los balcones de las casas que daban a la plaza aparecían engalanados con tapices, banderas y gallardetes para festejar la justicia del rey, y hasta en los tejados se veían gentes encaramadas a fin de no perderse el acontecimiento.

Tras las tres horcas se distinguían tres encapuchados con los brazos cruzados sobre el pecho; uno de ellos, el correspondiente a la horca central, de impresionante apariencia física. El ritual siempre era el mismo: el verdugo obligaba al condenado, luego de destocarlo y retirarle si lo hubiere el pie de amigo, a subir los primeros escalones de la escala y él se ubicaba detrás del mismo; después de colocarle el nudo corredizo al cuello y tras la señal del juez principal, que consistía en sacar un pañuelo negro y dejarlo colgado en la barandilla de su palco, empujaba con el pie la escalerilla, dejando al reo pendiendo de la cuerda, y en el acto se montaba a caballo sobre la espalda del infeliz de modo y manera que el peso fuera mucho mayor y de esta forma la muerte, por el descoyuntamiento de las vértebras, era mucho más rápida. Esta manera de cumplir con el ritual se llamaba «hacer el jinete»^[248], y el pueblo correspondía con aplausos y gritos al que mejor desempeñara su cometido.

Catalina, hasta que llegó frente al patíbulo y la galera se detuvo no fue consciente de que iba a morir. La multitud bramaba y la guardia se colocó alrededor del tablado para impedir que algún exaltado saltara el obstáculo que representaba la gruesa cuerda y se precipitara sobre los condenados, arrastrando a los demás. Los infelices debían morir según mandaban las leyes, no atropellados por la turba. La puerta posterior del carricoche se abrió y los reos descendieron ayudados por los guardias; al lado de cada uno de ellos se colocó un fraile que hasta el último momento estaría presto a asistirles. Catalina empujada hacia la escalerilla que ascendía al tablado ni oía los bramidos de la multitud; se había recogido dentro de sí y aislado de aquel acontecimiento como si nada de todo aquello fuera con ella. Sus compañeros de desgracia lloraban, se orinaban, renegaban, maldecían y se dejaban arrastrar entre dos guardias que sujetándolos por los sobacos los conducían en volandas, pues eran incapaces de ascender por sí solos los cinco escalones que los conducirían al otro mundo. Un redoble de tambores y atabales y el son de añfiles y trompetas anunciaron que en aquel momento el palco real se iba llenando a la

vez que lo hacía el patíbulo; en el primero, los grandes del Reino, y en el segundo la escoria del mismo.

La multitud dejó de mirar a los condenados durante unos segundos y, centrando su atención en el monarca, cambió los denuestos y abucheos en aplausos y ovaciones dedicados a Felipe IV, que de negro vestido y con la hierática majestad que le caracterizaba saludó, impertérrito, a su pueblo con un ligero movimiento de su diestra; todos los nobles esperaron a que ocupara su trono y tras hacerlo él, se fueron acomodando los demás.

La escena del cadalso, que se había detenido, tomó vida de nuevo y cada uno se dedicó a llevar a cabo su cometido. Los reos que lo eran del rey, no del Santo Oficio, antes de acudir al encuentro de la muerte habían tenido la oportunidad de arreglar sus cuentas con Dios, pero los dos compañeros de infortunio de la muchacha habían despreciado la ocasión y se revolvían furiosos contra su triste destino. A Catalina todo le era indiferente, sabía que iba a morir y esperaba que el Creador le hiciera, en donde fuere, un hueco junto a Diego; éste era su único pensamiento en aquellos terribles momentos. El populacho seguía rugiendo y las cosas se desenvolvían como si todo aquello fuera un ensayo general para la muerte.

Cada verdugo se ocupaba de un reo y ella sintió que el suyo trajinaba tras de sí; el fraile a ella asignado rezaba a su costado en voz baja.

A Catalina ya nada le importaba; había conseguido aislarse de todo.

Súbitamente la sangre comenzó a fluir por sus venas como impulsada por un molino. Junto a su oído, el inmenso verdugo había emitido, nítido y sutil, el canto del búho: dos silbos largos y uno corto. ¡Por la Santísima Virgen María! Aquel gigante era Blasillo, su querido compañero de juegos en San Benito. ¿Por qué caminos habría transcurrido su vida para que, en aquel trágico momento, apareciera allí cual si fuera su ángel de la guarda? Hubiera dado cualquier cosa por darse la vuelta y poder ver su rostro, pero era imposible, ya que aunque lo hiciera estaba oculto tras la negra caperuza propia de su oficio.

¡Blasillo, su amigo de la infancia, era el verdugo que en aquel instante vertía unas cortas y diáfanas frases junto a su oreja, mientras con un afilado estilete cortaba, con disimulo, las tiras de cuero que le sujetaban las muñecas! Sus palabras llegaban hasta ella rápidas y precisas, perforando sus tímpanos y abriéndose paso, lentamente, a través de las brumas de su cerebro; tras escucharlas, se dispuso a jugar su última carta.

Hasta ella se llegó un magistrado que con voz tonante recitó su monótona y obligada letanía:

—Catalina Gómez, por los delitos que os han sido probados, vais a morir. Es clemencia del rey que, antes de que el verdugo cumpla la sentencia, tengáis derecho a emitir vuestra última voluntad y, si es posible complacerla, que así se haga.

Catalina oyó su propia voz, fuerte y extrañamente templada:

—Deseo morir dentro de la Iglesia a la que pertenezco por bautismo y de la que jamás quise salir. Pido que me sea impartida la sagrada comunión y poder recibir el cuerpo de Cristo, como me enseñaron de niña a hacerlo; mi confesor es testigo de que esta madrugada he puesto mi alma en paz con su Creador...

El magistrado miró hacia el fraile que a su lado estaba y éste asintió con un breve movimiento de cabeza; luego volvió su mirada al palco donde se ubicaban los tres jueces y a la vez, el juez principal dirigió la suya hacia el palco del rey. Éste, con un signo casi imperceptible, inclinó ligeramente su augusta testa.

En esos momentos era costumbre que la muchedumbre atendiera muda al último diálogo del reo con sus jueces; el silencio era imponente.

—Sea —dijo el magistrado dirigiéndose al verdugo—. Proceded. Y vos, fraile, impartidle la comunión.

Catalina sintió cómo Blasillo se acercaba y le retiraba, junto con la argolla que rodeaba su cuello, la coraza, ya que aquel signo denigrante no era apropiado para recibir el Cuerpo místico. Luego se arrodilló, expectante. Un murmullo fue ganando presencia entre la multitud:

—¡Es la Arnedillo! ¡Es Clara Arnedillo! —La voz iba pasando de las primeras filas a las posteriores y el murmullo iba *in crescendo*, derramándose entre la multitud, incontenible como el agua de un torrente.

El fraile, con el copón en las manos, subía ya la escalerilla acompañado de dos acólitos que portaban, el uno una campanilla y el otro una patena de dorado metal; el silencio estaba roto y el dominico, algo desorientado, procedió a dar la sagrada comunión a la condenada, retirándose a continuación. Luego todo fue como una explosión. Catalina se puso en pie, y en tanto las ligaduras caían de sus muñecas, en un instante extraído de su boca la sagrada forma; tomándola entre sus manos y elevándola, la mostró a la muchedumbre y volviéndose hacia el palco del rey gritó:

—¡Nadie ose tocarme ni hacerme mal alguno! ¡Soy Iglesia!^[249]

El barullo fue inmenso. Las gentes chillaban, arremolinándose y pidiendo que soltaran a una de sus cómicas predilectas a la que, al retirar la caperuza y pese a que habían cortado al rape sus cabellos, habían reconocido. La guardia Tudesca rodeaba el palco real; los cazadores de Montesa se las veían y deseaban para contener a la turbamulta desbocada.

Felipe IV se iba a retirar en aquel instante del trono que ocupaba cuando la voz de la inculpada dominó la barahúnda y clamó:

—¡No pido clemencia, señor, pido justicia!

Un palio de seis varales portado por sendos monjes se acercaba a la escalera del patíbulo mientras un grupo de corchetes hacía lo propio a fin de rodear a la portadora del Cuerpo místico; la multitud se desbordaba.

La voz de Catalina se hizo oír entre aquel pandemónium hasta donde estaba el magistrado que le había leído las disposiciones autorizándola a expresar sus últimas voluntades.

—¡Conducidme inmediatamente a sagrado!^[250]

—¡Habéis enloquecido! ¿Qué pretendéis?

—¡A vos no os incumbe! ¡El cuello que iban a cortar era el mío! ¡Haced que me conduzcan a la iglesia de los jesuitas o lanzo al suelo el Cuerpo místico y caiga sobre vuestra conciencia!

—¡No hagáis tal! —Entonces, dirigiéndose a un capitán de los cazadores de Montesa, le conminó—: Vos me responderéis con vuestra vida si esta criatura no llega, sana y salva, al colegio de los jesuitas. ¡Que nadie ose tocarla!

Catalina, descendiendo la escalerilla se colocó bajo el palio. La gente se fue apartando a su paso; unos se arrodillaban y los otros se persignaban, al igual que ocurriera la primera vez que llegó a la Corte y vio el paso de un viático. Catalina hubiera deseado volverse hacia Blasillo y besarlo. No podía ser; de todas formas, no pudo impedir dirigirle una contenida y corta mirada. Él permanecía impassible al fondo del cadalso, con los poderosos brazos cruzados sobre el pecho; pero a través de los agujeros de su caperuza a Catalina le pareció ver el brillo de una lágrima.

Un teniente de la guardia Tudesca se dio cuenta de que el verdugo era el que había urdido

aquel plan, ya que era el único que había podido acercarse a la condenada en aquel trance y desatarla; subió presto la escalerilla y se dirigió hacia Blasillo. Éste obró con rapidez. Levantó la vista hacia Catalina, que se alejaba del patíbulo bajo el improvisado palio, y pensó que su misión había concluido; su única esperanza era saltar del cadalso e intentar ganar la cuerda que separaba al populacho de los guardias y perderse entre la turba vociferante. El problema era el espacio abierto que mediaba entre la plataforma del entarimado y la rugiente plebe. No tenía tiempo para pensar, así que tomó carrerilla y saltó al vacío. La altura era de dos varas y media; la fortuna le abandonó y en su caída el tobillo izquierdo se le fracturó lastimosamente. Se levantó del suelo como pudo y, cojeando, comenzó a caminar aquella tierra de nadie saltando como una grulla sobre su pierna buena; ya alcanzaba la cuerda que le separaba de la salvación...

Los guardias, atendiendo unos a lo que ocurría en la parte anterior del patíbulo, donde ya el palio alcanzaba el perímetro exterior de la plaza, y no fijándose en otra cosa que no fuera la figura de Catalina portando en sus manos alzadas la sagrada forma, y los otros vueltos hacia la multitud para controlarla y dando por tanto la espalda al patíbulo, no repararon en el hombre que atravesaba cojeando el espacio abierto. El teniente que había subido al cadalso a detenerle no perdía detalle de su huida; entonces se inclinó sobre el borde de la plataforma y arrebató violentamente el arma a un balletero de los cazadores de Montesa que, a pie firme, estaba junto a los negros faldones que ocultaban los caballetes sobre los que se apoyaba el maderamen del patíbulo. Procedió con profesional frialdad: tomó la ballesta y la tensó accionando el mecanismo previsto para tal fin. Blasillo había alcanzado la maroma y había conseguido pasar la pierna lesionada al otro lado. La ballesta firmemente asentada en el hombro del teniente soltó su mortífero mensaje; la saeta vino a alojarse entre los omoplatos de Blasillo y le partió el esternón, asomando la punta de la flecha por su pecho.

Cuando el corpachón del leal amigo de Catalina llegó al suelo, un inmenso borbotón de sangre salió de su boca, manchando el empedrado de la plaza.

En sagrado

En el siglo del Rey Poeta, la autoridad real y la del Papa estaban completamente separadas. Ambos poderes, celosos de sus prerrogativas, no cedían un ápice de terreno y la sentencia evangélica de «Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» estaba más vigente que nunca.

La costumbre de refugiarse en sagrado era un recurso bastante común y lo empleaban valentones, duelistas y otros huidos de la justicia, que si conseguían refugiarse en el claustro de cualquier cenobio o iglesia, podían considerarse a salvo. Nadie, absolutamente nadie, osaría entrar a detenerlos, bajo pena de excomunión, y los correos entre Roma y el rey cristiano en cuanto acontecía algo notorio comenzaban a ir y venir regularmente. En tanto se dilucidaba la culpa del refugiado y se discutía a qué fuero correspondía el juzgarlo, podían transcurrir meses y hasta años suficientes para que el asunto dejara de ser tema de corrillos y mentideros y perdiera actualidad.

La situación había llegado a un entente curioso. Durante el día, los allí refugiados permanecían recibiendo visitas, dándole al naipe y pasando el tiempo como mejor les pluguiera, pero al caer la noche y mediante oscuros contubernios con la ronda, salían a la calle y paseaban el Madrid nocturno sin ser molestados, recogiendo de nuevo en su refugio al asomar el alba.

La llegada de Catalina al colegio de los jesuitas que quedaba a pocas manzanas del Alcázar transcurrió accidentada, pero sin novedad. El palio, rodeado por los guardias, fue transitando por calles y plazas entre una compacta muchedumbre que la vitoreaba y aclamaba, y que a medida que la muchacha llegaba portando la sagrada forma caía, arrodillada y silenciosa, a sus pies. Un emisario había partido de la plaza Mayor a fin de notificar al provincial de la Compañía de Jesús lo que estaba a punto de ocurrir, a fin de que los clérigos estuvieran preparados. El padre Cosme Landero aguardaba a la puerta de la iglesia del Sagrado Corazón, vestido con los ornamentos propios de la ocasión y acompañado por un grupo de jesuitas, la llegada de la comitiva.

A Catalina le fallaban las fuerzas y creía que no iba a ser capaz de llegar a la iglesia. Toda la parafernalia de aquella aciaga jornada pasaba ante sus ojos con el colofón final de la saeta entrando por la espalda de Blasillo.

El palio dobló la esquina y rodeado por la guardia Tudesca llegó a la puerta del templo, deteniéndose frente a la escalinata. Catalina, apenas se hubieron parado, comenzó a ascender los gastados escalones de piedra al tiempo que el jesuita salía a su encuentro con las manos tendidas hacia ella.

—Lo siento, padre, no entregaré la hostia consagrada hasta que nos hallemos en el interior de

la iglesia.

—Como queráis, hija mía. Adelante, pasad, la casa de Dios está abierta siempre para los que sufren persecución por la justicia. Nuestro Señor honró a todos los presos del mundo con su pasión y muerte. Sólo Dios puede juzgar el corazón que guía los actos de los hombres.

Tras esta perorata, el padre se hizo a un lado para que Catalina entrara en la iglesia.

Dos guardias al mando de un alférez subían en aquel momento la escalinata, pero el jesuita, con un gesto autoritario, los detuvo.

—¡Ténganse, caballeros! Han cumplido con creces su obligación. ¡Que nadie ose pasar el quicio de esta puerta! ¡Aquí termina la autoridad del rey y, según el Concordato, comienza la del pontífice!

Detuviéronse los militares y el sacerdote se dirigió hacia el interior, siguiendo a la muchacha.

Una vez dentro del templo, Catalina entregó el pan consagrado al padre Landero y cayó de rodillas, desfallecida, ante el altar mayor al tiempo que el jesuita abría la portezuela del sagrario, extraía de él un vaso sagrado y depositaba en su interior el Cuerpo místico; luego se arrodilló al costado de la muchacha y oró en alta voz.

El templo se fue llenando de gentes curiosas que, atraídas por el suceso, querían ver de cerca a la protagonista del mismo. Los jesuitas que habían respondido a las invocaciones de su superior hicieron un corro a su alrededor y se la llevaron hacia el interior del convento para evitar posibles incidentes.

La Compañía de Jesús concitaba un enorme poder y una gran envidia: el primero provenía del Vaticano, ya que la compañía añadía a los votos de otras órdenes el de obediencia absoluta al santo Padre, por lo que a través del nuncio se enfrentaba en infinidad de ocasiones a los dominicos, que constituían la espina dorsal del Santo Oficio. Y la segunda, porque la orden fundada por Iñigo López de Loyola tenía una estructura militar, semejante a la de los Tercios, y por ello gozaba de gran predicamento entre la nobleza y cada vez más a menudo hijos segundones de grandes familias ingresaban en ella, con la consiguiente influencia de sus parientes y amigos en la Corte y cerca del monarca. Su colegio ocupaba toda una manzana y en él se aglutinaban, además de su iglesia, los dormitorios de la comunidad, el refectorio, las salas de estudio, la librería, las cocinas, el seminario de jóvenes, la enfermería y los claustros.

Catalina seguía por los pasillos al padre Landero, que la había invitado a pasar a su despacho para hablar largo y tendido de aquel acontecimiento que había soliviantado al todo Madrid. La estancia era magnífica y en ella se podía advertir la riqueza y pujanza de la orden. Por detrás del despacho del padre Landero y a través de un inmenso vitral emplomado, en el que se podía ver la silueta de un jesuita bautizando en un riachuelo a un indígena, entraba a raudales la luz; los muebles eran de excelente factura y de maderas de extraordinaria calidad, y jamás había visto Catalina tal cantidad de libros alineados en unos anaqueles.

En las paredes laterales se distinguían cuatro grandes lienzos de Pacheco el Viejo: a la derecha, san Ignacio de Loyola, el fundador, y Diego Laínez, segundo general de la Compañía, y a la izquierda Francisco Javier, el apóstol de Japón, y Francisco de Borja; éste, de ser la mano derecha del emperador Carlos V, había pasado a ingresar en la orden tras acompañar por mandato de su señor a la emperatriz Isabel, ya muerta, en su último viaje hasta Sevilla para cumplir con la obligación preceptiva de abrir el féretro y cerciorarse de que el cadáver que se iba a inhumar era el que correspondía a la reina, y al ver aquella belleza comida por los gusanos entró en religión

diciendo la inmortal frase que pasó a la hagiografía del santo: «Jamás serviré a señor alguno que pueda morir.»

Los techos eran artesonados y de impresionante magnificencia, y todo el conjunto constituía un alarde de sobriedad y buen gusto. El padre Cosme Landero se ubicó en su sitio e indicó a Catalina que tomara asiento frente a él.

—Querida mía, habéis pasado un trance amarguísimo y si no estáis en condiciones de hablar ahora, ya lo haremos en otro momento. Sois en verdad una esforzada criatura, y pocos hombres en vuestro lugar hubieran mostrado tal entereza y hubieran sido capaces de hacer lo que vos habéis hecho.

—No, padre, ya pasó todo. Ahora me encuentro en paz. Os debo decir que me era indiferente perder la vida, pero antes de partir tengo una tarea que cumplir y ¡por Dios juro que la cumpliré!

—¡Sosegaos! Y si antes de proseguir aplaca vuestra angustia la confesión, estoy dispuesto a escucharos en este mismo instante.

—Me he confesado la pasada madrugada pensando que iba a morir. Pero no me ha servido de nada; por más que me esfuerzo, el odio anida en mi corazón.

—Dios nos envía pruebas que no entendemos y que nos parecen injustas. Pero él sabe por qué lo hace; sus caminos nos parecen, a veces, incomprensibles.

—Un Dios que permite que prevalezcan los indignos y que los buenos sean destruidos no entra en mi cabeza.

—Estáis alterada, hija mía, y lo comprendo. Pero ¿por qué no os remansáis y me contáis la historia desde su origen?

Catalina, lentamente al principio y con voz queda, fue descargando poco a poco la hiel de su angustia en la paciencia de aquel santo varón: su niñez, la exagerada protección de la madre Teresa, sus inquietudes por descubrir sus orígenes, el encono de la prefecta de novicias, la libidinosa persecución del padre Rivadeneira, la historia de Blas el sordomudo, Blasillo, Casilda, Fuencisla, la muerte de su protectora provocada por los dos conspiradores y cargada sobre sus jóvenes hombros, su huida vestida de muchacho, su vida de paje en Benavente, su gran pasión por Diego, y el aprendizaje del arte de la esgrima, su nueva escapada ante el temor a ser descubierta por la priora y el fraile, los titiriteros, su llegada a Madrid en busca de su enamorado y su alojamiento en casa de la Cordero, su aparición en el Corral del Príncipe auspiciada por don Pedro de la Rosa, sus horas en la sala de armas de don Pedro Pacheco, la muerte del esbirro que quiso apresarla y sobre todo su gran amor perdido recién descubierto, el día del duelo y la muerte de los que a traición la quisieron matar, y finalmente su prendimiento y la sarta de mentiras urdidas sobre ella y que habían dado con su persona en el patíbulo; y, presidiendo todas estas imágenes, la tétrica figura de aquel familiar de la Suprema que se había constituido en su mortal enemigo y cuyo rostro cruzado de arriba abajo por un inmenso costurón se le aparecía, en sus pesadillas, todas las noches.

Tuvo, de todas formas, buen cuidado en obviar la historia de la señal escarlata, motivo por el cual con tanta saña e interés había ordenado don Bartolomé Carrasco, obispo de Astorga, perseguirla con el fin de acabar con ella. Durante tres largas horas desgranó su vida desde donde su memoria alcanzaba; todo salió con la fuerza incontenible de un río desbordado de aquella su alma atribulada, que volcó sus amarguras y sus soledades en el cálido recipiente de la humanidad de aquel hombre. Al finalizar se sintió más liviana, un peso enorme pareció desaparecer de sus

hombros y una torrentera de lágrimas se desbordaba desde sus ojos.

—Lo que me habéis relatado es terrible. Ahora arrodillaos, os voy a dar la absolución. Todo lo que me habéis contado lo asumo bajo el secreto de confesión; de otra manera me vería obligado a actuar y os podría perjudicar. Es mi obligación dar cuenta de aquellas cosas que atentan contra las leyes; solamente el secreto, inviolable, de la penitencia me evita el hacerlo.

—Pero, padre, no tengo propósito de enmienda. No he de parar hasta que dé cumplimiento a lo que me he propuesto. Se lo debo a cuantas personas sufrieron por mí: Diego de Cárdenas y Blasillo han muerto por mi causa, he matado a tres hombres, de lo cual no puedo arrepentirme ya que era su vida o la mía, y tres personas sufren prisión por mi culpa.

—Está bien, hija mía. Si no tenéis propósito de enmienda y no os arrepentís de vuestros pecados, de momento no puedo absolveros. Pero quede claro que yo os he oído en confesión.

La sutileza del jesuita había quedado patente y, desde aquel instante, comenzó a mover sus hilos para intentar deshacer aquel entuerto, para lo cual pidió audiencia al confesor del rey, fray Antonio de Sotomayor.

Tan clamoroso fue el suceso que la autoridad reforzó la vigilancia en los alrededores de la iglesia de los jesuitas, creando incomodidades a los que en ella estaban refugiados; ante el temor de que alguno de aquellos desalmados atentara contra la vida de la muchacha, el padre Cosme Landero la autorizó a alojarse en un pequeño cubículo que se hallaba junto a la leñera.

Por otra parte la vida seguía y al cabo de unos meses la atención del pueblo llano se había desplazado hacia otros horizontes, ya fueran éstos el próximo estreno del gran Lope, la presentación del nuevo paso de la Semana Santa de la cofradía del Santo Sepulcro y, sobre todo, la muerte de Juan de Tasis y Peralta, conde de Villamediana, asesinado el veintiuno de agosto a las ocho de la tarde cuando se dirigía a San Ginés con don Luis de Haro y desde el estribo de su propio coche. Dicha felonía fue llevada a cabo por un esbirro en la esquina de la calle de Boteros con la calle Mayor por orden del rey, celoso de sus amores con la joven reina según decían libelos pegados en las paredes y sobre todo unos versos atribuidos a Francisco de Quevedo y Villegas:

*Mentidero de Madrid,
Decidme, ¿quién mató al conde?
Ni se sabe ni se esconde
sin discurso discurrid.
Dicen que lo mató el Cid
por ser el conde lozano,
disparate sobrehumano.
La verdad del caso ha sido
que el matador fue Bellido
y el impulso, soberano*

Catalina pasaba los días meditando sus cuitas y remansando su espíritu en aquel ambiente

sereno y tranquilo en donde por vez primera en mucho tiempo se notaba a salvo de cualquier contratiempo o intriga. La vida seguía y la congoja por su perdido amor era sustituida poco a poco por un deseo irrefrenable de justicia. Ya nada importaba lo que le aconteciera, y el recuerdo de Diego era tan fuerte que a veces, en sus noches, se le hacía presente de tal manera que un dolor agudo parecía atravesarle el costado al creer que de nuevo yacía con él. Su mente ataba cabos y lentamente la luz se abría paso entre las tinieblas de las dudas que hasta aquel momento habían atenazado su espíritu. El gran problema era que, para poder llevar a cabo su empresa, era necesario que consiguiera salir de aquel encierro, y ello por el momento era imposible.

Otra angustia añadida que la acosaba era la muerte de Blasillo, y una inmensa gratitud hacia aquel ser simple y primitivo cuyo hermoso corazón le había impelido a sacrificar su vida por la lealtad debida a su amiga de la infancia invadía su alma. ¿Cómo habría llegado hasta allí? ¿Por qué raros vericuetos habría caminado su existencia para cruzarse, en el último momento, en su camino e intercambiar su vida por la de ella?

Su mente iba de un pensamiento a otro sin relación de continuidad ni nexos alguno. El estigma escarlata, por lo visto, lo tenían tres personas: don Martín de Rojo, ella misma y el obispo de Astorga y secretario provincial del Santo Oficio, don Bartolomé Carrasco. Y a éste último parecía obsesionarle el hecho de descender de un judío quemado en la hoguera hasta el punto que la persecución desencadenada contra ella y contra don Martín de Rojo era evidente. Por otra parte la idea de que éste último era su progenitor se iba abriendo paso en su cabeza, ya que el hecho de que su difunta hermana la priora la hubiera, a su manera, protegido tanto, era incuestionable. ¿Quién fue su madre?, eso se le escapaba, ya que la esposa, doña Beatriz de Fontes, había dado a luz por aquellos días un varón, que era don Álvaro de Rojo, el cual mintió y testificó en falso contra ella el día de su juicio. ¡Era imprescindible salir de su cómoda prisión! ¡Tenía demasiadas cosas que aclarar!

Uno de los lugares predilectos de Catalina para recogerse a meditar era el banco que había junto al surtidor del claustro. Una tarde, cuando ya hacía cuatro meses que se había refugiado en el convento, vio venir por el ambulacro de los tilos la inconfundible figura del padre Landero, acompañado de un caballero de negro porte cuya imagen le era vagamente familiar. Al principio dudó, pero cuando ya estuvieron más cerca su corazón dio un brinco al reconocer la austera figura de don Suero de Atares, ayo, que lo había sido, de Diego. La muchacha se puso en pie para recibirlo, pero cuando ambos hombres llegaron hasta ella se hizo un embarazoso silencio. Don Suero la había tratado siempre como Alonso Díaz y su nueva imagen lo cohibía y no sabía qué tratamiento darle.

—Catalina, tenéis un distinguido visitante —dijo el padre.

—¿Cómo estáis, Alonso?

—¡Qué inmensa alegría tengo, don Suero! La única que he tenido desde que su paternidad tuvo a bien acogirme.

—Yo les voy a dejar. Mis obligaciones me reclaman y creo que vuestras mercedes tiene una cantidad inmensa de cuestiones que aclarar.

Tras esta introducción el jesuita se retiró, dejando al viejo ayo y a Catalina frente a frente.

—Perdonadme, pero no sé cómo debo llamaros. —Don Suero había roto el hielo.

—Llamadme como gustéis. Estoy tan feliz de veros de nuevo que lo de menos son las formas. Pero sentémonos, don Suero, ¡tenemos tanto de qué hablar!

Sin dejar de mirarse, ambos tomaron asiento en el banco de madera.

—A pesar del alto precio que todos hemos pagado, me alegro infinito de veros con vida... Catalina.

—¿Cómo se encuentra el señor marqués de Torres Claras?

—Podéis imaginarlo, transido de dolor; su cabeza va desde la razón al desvarío y cada día empeora. Diego era lo que más amaba en este mundo y su muerte le ha envejecido diez años, pero estoy aquí cumpliendo un mandato suyo y, pese a lo ocurrido, jamás dudó de vos y nunca aceptó que fuerais lo que se ha querido hacer creer a la gente. Contádmelo todo, Catalina, ahora ya todo da igual y lo único que nos queda es intentar que la justicia repare tanto desafuero.

Y de nuevo la muchacha comenzó a desgranar su historia, interrumpida a veces por don Suero, que deseaba aclarar ciertos puntos.

—... Fue por eso que huí de San Benito. Querían que cargara con la culpa de la muerte de la priora, cuando lo cierto fue que yo la amé siempre.

—Pero cuando Diego y yo os salvamos de la paliza que os dieron aquellos malandrines, ya andabais vestida de muchacho.

—¿Cómo queréis que anduviera los caminos? ¿Tal vez vestida de monja?

—Ya os comprendo, pero cuando os recogimos ¿por qué no declarasteis vuestra auténtica condición?

—El golpe me dejó varios días sin capacidad de raciocinio; luego, la verdad es que tuve miedo. En el palacio no podía entrar al servicio de ninguna dama, porque no la había; a mí no me placían las tareas de las mujeres en las cocinas, lo que me apasionaba era la esgrima y las armas y la manera de aprender todo aquello era hacerme pasar por un muchacho con el fin de que me aceptaran de paje y, como mi voz aún no tenía que cambiar, continué con el engaño. Además, no era probable que nadie me buscara de aquella guisa vestida, ya que lo que buscaban era a una aspirante.

—Pero parece una tarea imposible.

—De haber tenido que tratar con mujeres, tal vez; pero mi trato era generalmente con hombres y nadie sospechó de mi condición. Por lo demás, creo que fui un buen aprendiz de todas las artes de la guerra. ¿No es verdad?

—Proseguid.

—De cualquier manera, no os mentí al deciros que no conocía mis orígenes; ni aún hoy los conozco. Temí que si lo confesaba, tal vez no me quisierais en el palacio, y no tenía adónde ir.

—Comprendo.

—Entonces, don Suero, mi corazón me jugó una mala partida y me enamoré como una novicia de don Diego; ahí empezaron todos mis males. Y cuando él decidió dejarme en Benavente, tras haber prometido que me llevaría consigo a Madrid, creí volverme loca.

—Ahora veo la luz en muchas cosas.

—Pensad que yo con verlo era feliz y el summum fue cuando el marqués contrató aquel petimetre de maestro de baile; el que Diego enlazara mi cintura colmaba el más lucubante de mis deseos y me trasladaba al séptimo cielo, pero entonces sucedió lo impensable. Tras habérmelo prometido en varias ocasiones partisteis, un mal día, hacia la Corte y me dejasteis abandonada. Entonces fue cuando llegaron a Benavente sor Gabriela y el fraile de San Benito y temí ser descubierta; esto fue el desencadenante de mi partida y hurtando a *Afrodita* me escapé una noche

hacia Madrid. Viajé durante meses en una compañía de titiriteros y aprendí con ellos muchas cosas, entre otras a hablar con la voz impostada para representar papeles de hombre y a lanzar los cuchillos, como sabéis, con bastante acierto.

—La luz se abre paso en mi cabeza, Catalina.

—Entonces me dediqué a buscar a Diego y por todos los medios intenté que me conociera como mujer.

—¡Y a fe mía que lo conseguisteis!

—Dejadme proseguir. Hice una prueba con don Pedro de la Rosa y tuve la suerte de triunfar en el Corral del Príncipe. Diego estaba aquella noche allí y me envió una nota que aún conservo.

Luego explicó Catalina el encuentro en casa de los Mendoza y la cita a la salida del teatro, la muerte del esbirro que la reconoció por el boceto e intentó apresarla y el estúpido lance del duelo tras su cita amorosa del jueves anterior al triste suceso, cómo les prepararon una emboscada y cómo Diego dio su vida por ella.

El viejo maestro bajó su mirada y habló:

—Creo que os debo algo, Catalina. —Y al decir esto entregó a la muchacha la carta que el joven dejó a su ayo por si algo le ocurriera aquella negra noche.

La muchacha tomó devotamente en sus manos el papel que le tendía el ayo y leyó; al terminar, sus bellos ojos estaban arrasados por las lágrimas. Don Suero respetó su dolor y no quiso interrumpir el largo silencio.

—La vida es así de cruel: a nos, nos ha llevado a un hijo y a vos a vuestro amado. Ya nada se puede hacer.

Catalina, con un pañuelo que extrajo de su manga, secó sus lágrimas e interrumpió a don Suero.

—No solamente se puede, sino que se debe. Yo por lo menos he contraído dos deudas y las voy a pagar.

—Os comprendo: una con Diego y ¿la otra?

—La otra con quien me salvó la vida.

—Como comprenderéis no tuve redaños suficientes para acudir a ver vuestra ejecución, pero todo Madrid habló del suceso.

—¿Vos conocéis la historia de la vida de mi salvador?

—Ciertamente. La historia corrió de boca en boca. Por lo visto, el verdugo al que debéis el estar todavía en este mundo aprendió el oficio en el Tercio de Lombardía. De muy joven se alistó en la compañía del capitán Contreras, en calidad de timbalero, cuando éste hizo su leva^[251] en Santa María del Páramo, y falseó su edad para que los veedores^[252] lo aceptaran, ya que no había cumplido los dieciocho; estuvo en el Palatinado y en Flandes y recaló en Madrid con una carta del marqués de Leiva reclamando para él, si la hubiere, plaza de verdugo, ofició que había desempeñado en Breda con singular acierto. La plaza estaba libre y fue para él; ésta era la primera vez que iba a colgar a alguien. Y ésta es la historia que ha corrido por los mentideros de la Corte, aunque nadie se explica por qué os quiso salvar la vida a riesgo, como así fue, de perder la suya.

—Yo os lo diré. Su nombre era Blasillo y fue en San Benito mi compañero de juegos infantiles; a instancias de sor Gabriela, la priora lo tuvo que echar cuando don Diego rompió una lanza por mí y puso en aprietos a la madre Teresa al descubrirme encerrada en una de las celdas

del sótano donde estaba purgando mi hazaña de los gallos. Daos cuenta de qué raros caminos les deparó el destino para que tuvieran esta triste relación al final de sus vidas. Y todo fue por mí. Como comprenderéis tengo una deuda con ambos, ¡y a fe mía que la voy a cumplir!

—Recuerdo aquel día como si hubiera sido ayer mismo y, pese a que Diego me proporcionó un problema con la priora, recuerdo asimismo que me sentí profundamente orgulloso de él.

—Aquel día, don Suero, los caminos de nuestras vidas se cruzaron, en mala hora, para acabar de esta manera.

—Y ¿qué queréis hacer, Catalina?

—Lo primero salir de aquí, y si vos me ayudáis lo conseguiré. He tenido muchas horas para meditar, y después quiero arreglar algunas cuentas pendientes con algunas personas.

—La vigilancia no cesa pese a que ya han pasado varios meses desde el suceso. Vuestra acción fue demasiado sonada y aún hay por la noche dos turnos de la ronda dedicados a vigilar las puertas de la iglesia de los jesuitas.

—Mi plan es sencillo, don Suero, y si hacéis lo que os digo, la próxima semana estaré fuera de estas paredes.

—Contad conmigo, Catalina, sea lo que sea. Se lo debo a Diego.

Conspiradores

Cuando Catalina le expuso su plan, lo primero que hizo don Suero fue enviar un correo a Benavente, que llegó a revienta caballo, con el fin de recabar la autorización de don Benito de Cárdenas, y en cuanto ésta llegó a Madrid se puso en marcha.

Don Suero de Atares subía las escaleras de la sala de armas de don Pedro Pacheco rumiando el santo y seña que tenía que darle para que éste supiera que venía de parte de Catalina. Llamó a la dorada aldaba de bronce que anunciaría su presencia y esperó, chambergo en mano, a que el criado abriera la puerta; transcurrieron unos largos segundos y los pasos del lacayo se acercaron.

—¿Está en casa don Pedro Pacheco? —El porte de don Suero indicó al hombre que el visitante era alguien de peso.

—¿A quién tengo el honor de anunciar?

—A don Suero de Atares, de la casa del marqués de Torres Claras.

—Tened la bondad de aguardar un momento.

Desapareció el criado tras la gruesa cortina que cerraba la embocadura del pasillo y al rato regresó seguido del maestro, cuya imagen era de sobra conocida por don Suero. El maestro de esgrima, pese a sus sesenta años, podía competir en hidalguía y prestancia con cualquier jovenzuelo. La práctica diaria de tan dura disciplina había moldeado su cuerpo, de por sí enjuto, que presentaba un aspecto magnífico. Compareció ante el ayo vestido con unos pantalones ajustados, botas de fina gamuza, una holgada camisa blanca con chorreras que le permitía una absoluta libertad de movimientos y, como de costumbre, un florete debajo del brazo.

—Perdonadme, caballero, mi atuendo no es el debido, pero cuando estoy dando clase no tengo tiempo de cambiarme si me anuncian alguna visita.

—El que debe excusarse soy yo. No es de caballeros presentarse en casa de otro sin el debido anuncio y la obligada cita, pero el asunto no admitía dilación. —Entonces don Suero procuró hablar lento y claro—: Vengo de parte de alguien que está interesado en la marca del perro.

Don Pedro Pacheco miró atentamente a uno y otro lado y al ver que nadie estaba en las inmediaciones respondió.

—¿Por Santiago, qué ganas tenía de saber noticias de primera mano de Alonso! Son tantos los bulos que corren por Madrid que es difícil distinguir lo cierto de las fantasías de la gente. ¿Cómo se encuentra y que hay de cierto en lo que se dice?

—A mí los hechos me han sorprendido tanto como a vos. Lo cierto es que Alonso ha vivido una doble vida obligado por las circunstancias; su verdadero nombre es el de Catalina y, por lógica, su condición es la de mujer.

—Vayamos a mi despacho, allí estaremos mejor. Seguidme.

Partió el maestro de armas seguido por don Suero hasta su cámara privada.

—Poneos cómodo y contadme.

Se aposentó el ayo en uno de los dos sillones que se hallaban frente a la mesa en tanto su anfitrión se llegaba a un canterano de roble que adornaba un rincón de la estancia, extraía de él dos copas y una botella de orujo, que instaló entre los dos, y luego de ocupar el sillón de enfrente sirvió dos generosas raciones.

—No tengo otra cosa que hacer que escucharos. Os ruego que comencéis por el principio.

El ayo se retrepó en su sillón y comenzó la historia increíble; el maestro bebía sus palabras.

La tarde fue cayendo y cuando ambos se quisieron dar cuenta la luz natural que entraba por la ventana había cedido el paso a la oscuridad. El maestro rellenó la copa de don Suero hasta que éste hizo una señal con su mano para que desistiera, luego se levantó y tras prender el candil de aceite que estaba sobre la repisa de la chimenea volvió a sentarse, indicándole que prosiguiera. Cuando al cabo de otra hora y media el ayo dio por finalizada su explicación, ambos quedaron un tiempo silenciosos y pensativos.

Luego el maestro habló:

—Cualquier petición que me hagáis en nombre de Alonso o Catalina o Clara Arnedillo, como queráis llamarle, estoy obligado a atenderla. Me siento muy culpable.

—¿Culpable vos? ¿Por qué decís esto?

—Veréis, don Suero. Alonso, bueno, Catalina me explicó las condiciones de ese duelo. Yo conocía el lugar, el día y la hora y también sabía que ese tal alférez Campuzano era un venado de muchas puntas. En el fondo no creí que la sangre llegara al río; «cosas de jóvenes y de estudiantes», pensé. Jamás creí en la gravedad del encuentro.

Yo debí acercarme allí y ocultarme para ver por dónde iban los tiros y, caso de ser necesario, salir en defensa de Alonso, pero él mostró tal seguridad en sí mismo y yo tenía tal fe en su esgrima que pensé que tal vez lo que debiera hacer fuera defender al otro; jamás se me ocurrió que los hechos se desarrollaran como lo hicieron. Creedme, don Suero, estoy en deuda con la muchacha. Explicadme, ¿qué es lo que queréis que haga?

Instintivamente, como si fueran dos conspiradores, ambos hombres juntaron sus cabezas y don Suero comenzó a relatar a don Pedro, pormenorizando, el plan que había urdido Catalina.

Al finalizar, salió de la casa y dirigió sus pasos a una famosa mancebía de la calle de los Francos. Llegó y llamó a la puerta como un cliente más, y una mujer de mediana edad salió a recibirle.

—¿Está Dorotea? —preguntó.

El plan

La noche era cerrada. Los alrededores del convento de los jesuitas estaban vigilados por dos rondas de cuatro hombres cada una, a cuyo mando figuraba un sargento y que cubrían las dos puertas del edificio. En cada una de sus esquinas se veía en lo alto un cestillo de hierro que contenía un cuenco con un aceite en el que flotaba una mecha de algodón torcida y empapada que, encendida, apenas disipaba las tinieblas de la noche. Esta inusual medida se debía a que dentro de la iglesia se refugiaba el reo que, con tanto escándalo como sangre fría, había conseguido varios meses atrás eludir el patíbulo ante las mismísimas barbas del rey y con el regocijo de todo el pueblo de Madrid.

Un monje pequeño y desmedrado de los llamados del silencio^[253], con el cingulo morado que los distinguía, la capucha marrón sobre la cara y las manos metidas dentro de las mangas, se acercaba a la puerta principal con paso lento y mesurado.

El sargento que mandaba la ronda de la puerta principal le salió al paso:

—Hemos entrado ya en hora menguada, padre. Si entráis en el convento, no podréis salir hasta el alba.

El menudo fraile, descruzando sus brazos, metió su diestra en las profundidades del bolsillo de su sayal y extrajo un papel, que entregó al soldado. Éste se acercó al círculo iluminado y leyó:

El hermano Crescencio, de la congregación de San Bruno, acude esta noche al colegio de los jesuitas en demanda de los santos óleos, pues nuestra comunidad tiene un moribundo que, si Dios no lo remedia, entregará su alma antes del alba.

Y para que conste a cualquier autoridad que lo requiera, yo lo autorizo.
El abad Emilio de la Cruz

El sargento leyó la misiva y, tras devolver el papel al fraile, hizo un gesto con la cabeza autorizando el paso.

El frailecillo, tras una somera inclinación de su capucha en respuesta a la deferencia, desapareció por la puerta de la iglesia.

Dos calles más allá, luego de desmontar de sus cabalgaduras y dejarlas apartadas, tres caballeros embozados y con el rostro, dos de ellos, oculto tras sendos antifaces, celebraban un pequeño conciliábulo.

—Repasemos lo hablado. A las doce en punto don Pedro y yo iniciaremos nuestro duelo y el

ruido de nuestras espadas será notorio; entonces vos os llegaréis, a buen paso, a la puerta posterior de la iglesia en demanda de ayuda pues habéis visto a dos caballeros batiéndose. ¿Estáis en lo que os digo, Lorenzo?

Lorenzo, el encomendado de la casa de Cárdenas que había sido paje de Diego asintió, prosiguiendo:

—Reclamo ayuda de la ronda y los conduzco hasta aquí; no serán más de cuatro guardias adormilados y con pocas ganas de meterse en batallas.

Ahora el que habló fue don Pedro Pacheco:

—Entonces, o los reducimos o los entretenemos un tiempo antes de montar en nuestros caballos y poner pies en polvorosa.

Prosiguió don Suero:

—Los cuatro de la ronda restante se habrán repartido entre las dos puertas y el que se halle al mando estará más pendiente de lo que suceda a sus compañeros que de atender a la vigilancia de los refugiados en sagrado. En el Ínterin, Catalina ya se habrá cambiado por Dorotea y saldrá vestida de fraile por la puerta principal. Entonces, don Pedro, todos nos reuniremos en vuestra casa.

Dorotea, ya en el interior de la iglesia se dirigió, siguiendo las instrucciones que le había impartido don Suero, hacia una de las capillas laterales donde se ubicaba el altar del Sagrado Corazón. Allí se hincó de rodillas en un confesionario sumido en la penumbra; una voz desde el interior la saludó.

—Ave María Purísima, Dorotea.

—Sin pecado concebida, Alonso... perdón, Catalina.

Las dos muchachas comenzaron a hablar sin freno y Dorotea lloriqueaba.

—Cuánto he sufrido por vos. Cuando supe que os iban a colgar por mi culpa, creí volverme loca. Todo me lo ha contado don Suero; he sido la causante de todas vuestras desventuras.

Dorotea se había retirado algo la capucha del rostro y Catalina pudo ver, a través de la celosía, sus ojos arrasados en lágrimas.

—El destino está escrito en las estrellas y nada nos sucede la víspera: lo que tenía que pasar, pasó, no os culpéis por ello. He tenido que recurrir a esta estratagema porque esta iglesia tiene ojos y oídos; aquí podremos hablar sin que nos molesten y, de esta manera, terminaré de ponerlos al corriente de mi plan. Veréis, Dorotea, esto es el refugio de mucho bellaco y es conveniente tomar precauciones.

Los sollozos y los hipos de Dorotea se escuchaban a través de la rejilla del confesionario.

—Si de algo fuerais culpable, yo ya os he perdonado.

—¡Pero, Catalina, he desencadenado un auténtica tragedia! ¡Un cataclismo siniestro!

—Nada podíais hacer. No fue vuestra culpa que aquel mal caballero se ensañase con vos, y no me pareció digno el permitirlo.

—Pero, Catalina, han muerto varios hombres, entre ellos el vuestro, a vos casi os cuelgan, María Cordero está presa.

—Las cosas fueron como fueron. Si en verdad queréis ayudarme, no lloréis más y haced lo que os digo.

La voz de la mujer sonó ahora clara y ansiosa:

—Haré cualquier cosa que me pidáis.

—Vais a cambiaros por mí. Entraréis en la garita y os quitaréis el sayal de hermano mínimo de San Bruno que lleváis sobre vuestras ropas y lo dejaréis dentro del confesionario. Cuando lo hayáis hecho me avisaréis y entonces intercambiaremos de nuevo nuestras posiciones: yo entraré en él y vos haréis como si estuvierais cumpliendo una penitencia; en más de una ocasión he visto aquí a alguna que otra adúltera arreglando sus cuentas con Dios a altas horas de la noche. Luego me pondré yo el disfraz y a las doce en punto afuera se armara un gran alboroto; en ese instante saldré a la calle y me perderé en la oscuridad. Vos pasaréis aquí la noche y mañana, tras la primera misa, partiréis hacia casa, sin que nadie os moleste. ¿Me habéis comprendido?

—Os he comprendido. Cuando digáis, estoy dispuesta.

—Pues proceded.

En tanto Dorotea se desembarazaba del sayal de fraile en aquel estrecho lugar, continuaba hablando a través de la celosía:

—¿Sabéis quién vino a verme y se ofreció a declarar a favor vuestro para aseverar que fuisteis retada en duelo y que vos no tuvisteis ninguna culpa ni cometisteis provocación alguna?

—¿Quién?

—El capitán Contreras, viejo amigo de María Cordero y que aquella infausta noche se encontraba allí y presenció todo el suceso; y, por cierto, tuvo a vuestro verdugo en su compañía en Flandes y sostiene que era un hombre de bien.

—Eso me consta y es en su memoria que también quiero hacer lo que voy a hacer. Agradecédselo en mi nombre, si tenéis ocasión, y enteraos de dónde vive; a lo mejor requiero su oferta en el futuro. ¿Estáis lista?

—Ya podéis entrar; os dejo el sayal sobre el banco.

El ruido de roce de ropas se oyó dentro de la garita y tras salir de ella Dorotea vistiendo sus ropas de mujer, entró Catalina en el confesionario para transformarse en un insignificante religioso.

Casi al instante, las doce sonaron en el reloj de la torre de la iglesia de los jesuitas.

Matizado por el grosor de los muros llegó hasta ellas un ruido de espadas y los gritos de alguien que pedía ayuda corriendo por la calle y acercándose a la iglesia.

Lorenzo avanzaba hacia la ronda que guardaba la entrada posterior del templo, gritando:

—¡Favor, aquí, se están matando dos caballeros! ¡A mí la ronda!

El sargento que mandaba el grupo de la otra puerta dio una seca orden a sus hombres para que acompañaran al que demandaba auxilio. Los cuatro corchetes partieron tras él.

—¿Dónde es el encuentro? —preguntó el que corría en cabeza al costado de Lorenzo.

—Aquí mismo, en el callejón de San Ginés.

Desembocó la guardia donde indicó Lorenzo y, a la pobre luz del farol de la esquina, divisaron a dos hombres que se estaban batiendo con fiereza.

—¡Ténganse, caballeros, en nombre del rey!

Los espadachines hicieron caso omiso de la advertencia y la guardia fue hacia ellos espada en mano.

En aquel instante ambos hombres volvieron sus aceros contra los cuatro y éstos se vieron sorprendidos por dos espadas muchísimo más diestras que las suyas y en un instante se estaban batiendo a la defensiva.

El maestro de armas acosó a los dos que le habían correspondido y con hábiles movimientos

acorraló al primero contra un cubo de basura y mediante un par de fintas lo dejó sentado en él y sin posibilidad de salir de tan poco airosa situación. Entonces se revolvió contra el otro; era éste un viejo guardia cuyos años de agilidad hacía mucho que habían ya pasado. Lo hostigó junto a la esquina del callejón y cuando lo tuvo junto a la estrecha puerta de una casa, que estaba abierta, cargó contra él y cubriéndole el rostro con su propia capa le suministró un seco golpe en la cabeza con el pomo de su espada dejándolo fuera de combate.

Don Suero por su parte se las tenía tiesas con los otros dos: uno yacía ya en el suelo con la espada a su costado y, cogiéndose una mano con la otra, intentaba restañar la sangre que manaba de una pequeña herida; cuando vio que el otro caballero enmascarado se iba hacia su compañero, que aún estaba en pie, comenzó a pedir a gritos auxilio. Coincidió su demanda con la llegada de Lorenzo a donde estaba el otro retén, en demanda de más ayuda. Vaciló un instante el sargento y tras un corto cruce de palabra con el alguacil enviaron a un par de los hombres que aún les quedaban, a reforzar a sus compañeros.

Catalina se asomó, vestida con el hábito pardo, a la puerta de la iglesia, y tras mirar a uno y a otro lado se dispuso a atravesar la plaza a paso lento. Cuando ya había caminado la mitad del trayecto, una voz conminatoria detuvo sus pasos:

—¡Téngase en nombre del rey!

La sangre se detuvo en sus venas en tanto los pasos de alguien se acercaban. ¡Si la descubrían, esta vez se podía dar por muerta!

—A ver, fraile, ¡santo y seña!

A punto estaba de sacar la daga que llevaba oculta en sus ropas y que le había suministrado su amiga, cuando la voz del sargento que había visto entrar a Dorotea sonó a sus espaldas:

—Dejadlo marchar; es un fraile al que anteriormente he permitido la entrada. Se está muriendo alguien de su convento y ha venido a buscar los santos óleos. Su orden es de hermanos mínimos; ellos no pueden consagrar.

—Está bien, fraile, podéis marcharos.

Catalina prosiguió su camino y tras doblar la esquina se dirigió a la casa de don Pedro Pacheco.

Cuando los guardias de refuerzo llegaron, se encontraron una sorpresa: el caballero que los había ido a buscar en demanda de auxilio, había también desenvainado su fierro y los atacaba inmisericorde. La lucha fue corta y desigual. En un momento estaban los hombres de la ronda en inferioridad de condiciones y cuando los tres atacantes se dirigieron a sus caballos, en retirada, decidieron desistir; recuperaron al compañero herido y ayudaron a salir del cubo al que había caído en él, y del portal salió, maltrecho y seminconsciente, aquel que don Pedro Pacheco había golpeado con los gavilanes de su tizona. Entonces la tropa, humillada y vencida, regresó a sus cuarteles de invierno junto a la puerta de la iglesia llevando en sus ropas las muestras de la deshonrosa retirada y las huellas del combate.

Descubriendo las cartas

Cuando los conspiradores llegaron a la casa de don Pedro Pacheco Catalina estaba amagada en el portal, esperando, a resguardo de curiosas e inconvenientes miradas. Nada más llegar, los cuatro se fundieron en un apretado abrazo, congratulándose de que su empresa hubiera arribado a buen puerto.

La serena voz de Suero de Atares los trajo de nuevo a la realidad del momento:

—¡Dejémonos de efusiones, señores! Tiempo habrá para los abrazos. Subamos a vuestra morada, don Pedro, y sentémonos a preparar la segunda parte del plan que, por cierto, me parece mucho más incierta que la primera.

Los cuatro marcharon escaleras arriba, siguiendo en procesión al dueño de la casa. Llegados al rellano, abrió la puerta del piso don Pedro, y al tiempo que los conjurados se desembarazaban de sus capas lo hacía Catalina del sayal de cartujo.

—Pasemos a mi despacho, dejadme prender un candil y seguidme.

Don Pedro se adelantó a proporcionar luz al resto de los conjurados y éstos, en cuanto vieron alumbrado el despacho, echaron a andar pasillo adelante hacia la habitación del fondo. Todos buscaron acomodo: don Pedro tras la mesa y Catalina y don Suero en los sillones de delante; Lorenzo lo hizo en un escabel que tomó del fondo de la estancia.

—Primeramente, señores, quiero agradecer lo que por mí han hecho con riesgo de sus vidas.

—Dejad esto, Alonso... perdonad, pero me cuesta llamaros Catalina —interrumpió don Pedro.

—Creo que don Suero y yo lo hemos hecho, además de por vos, en memoria de don Diego. Ayudaros a recuperar su buen nombre, descarga nuestra conciencia. —El que de esta manera se expresaba era Lorenzo, el encomendado, que se rebelaba ante la muerte que los jueces habían tildado de deshonrosa, de su amigo.

—Vayamos, pues, al asunto. ¿Cuándo queréis partir, Catalina?

—Creo, don Suero, que me conviene viajar de noche y descansar de día. O sea que, si el tiempo lo permite, lo haré de esta manera.

—Hemos acordado los tres que Lorenzo os acompañe; los caminos son peligrosos y más aún de noche. Él os hará de escudero en este lance, y se ocupará de vos y de las cabalgaduras. Yo me quedaré en Benavente, pero hasta allí haré el camino con vos; luego, tras ver a don Benito de Cárdenas e intentar explicarle algo de todo esto, regresaré a Madrid y esperaré ansioso vuestras noticias.

—Bien me parece y os agradezco la compañía, aunque este asunto, llegados a Astorga, lo

debo resolver yo sola. Es, cómo os diría, una cuestión personal.

—¿No dejáis que os acompañe? —Quien ahora preguntaba era don Pedro.

—Vos tenéis aquí una delicada tarea. Ya sabéis; si en diez días no tenéis noticias nuestras, el padre Cosme Landero, rector de los jesuitas, espera que le entreguéis el paquete que os dejé para que lo guardarais en vuestra caja fuerte, y él lo hará llegar, junto con una carta esclarecedora, a las manos de fray Antonio de Sotomayor, confesor del rey. Aquí reside, don Pedro, el meollo de nuestro plan, y éste y no otro será nuestro seguro de vida si las cosas se torcieran.

—Descuidad, que así se hará. ¿Cuándo queréis partir?

—Ahora mismo; el tiempo de cambiar mis ropas y ponerme en camino.

Los tres hombres se miraron.

—Pues vamos allá, y que la suerte os acompañe.

Todos se levantaron y en tanto Catalina se vestía con ropas masculinas Lorenzo bajó a la cuadra a preparar las cabalgaduras.

Tras la noche del duelo el ayo, alegando que los caballos que allí se habían encontrado pertenecían a la casa de Cárdenas, había recuperado a *Lucero* y *Boabdil* y los había guardado en las cuadras del palacete de la calle Barquillo. Y aquella noche, tras meter a *Boabdil* en la cuadra de don Pedro Pacheco, habían partido al rescate de Catalina montados, Lorenzo en *Lucero*, el caballo de Diego, y él en *Laureado*, que había sustituido en sus afectos a *Primoroso*, su viejo y fiel caballo.

Antes de la partida Catalina pidió a don Pedro los trebejos de la escritura y, con sumo cuidado y a dos tintas, copió del papiro guardado en el forro del antiguo códice la mancha escarlata del ojo y las tres lágrimas. Todo lo puso luego a buen recaudo en su escarcela y, ya pertrechados los tres, se dispusieron a partir.

Don Pedro Pacheco había decidido acompañarles hasta los límites de la ciudad, no fuera caso que antes de la salida al camino real por el puente de Segovia tuvieran un mal encuentro.

Partieron los cuatro cómplices, montados y pertrechados los tres para el camino, llevando Lorenzo sujeta al arzón de la silla de su cabalgadura a *Afrodita* cargada con el ligero equipaje de los tres viajeros; tras cinco años de vagar por el mundo, regresaba a su cuadra en Benavente.

Al llegar a la cruz de madera que marcaba el límite de la ciudad y de la que partía la calzada que conducía a Segovia, don Pedro Pacheco detuvo su caballo.

—Que Dios os acompañe, Catalina.

—Que él os escuche. Es hora ya de que ayude a los buenos. Gracias por todo, don Pedro. ¡Estoy en deuda con vos!

—Nada me debéis. Lo que quiero es volver a veros, Alonso; no me defraudéis.

—Descuidad, tengo yo tanto interés como vos. Adiós, buen amigo, hasta pronto.

Y tras un saludo con la mano, los tres viajeros dieron espuela a sus cabalgaduras y se metieron en la noche.

Reencuentro con el pasado

El viaje fue lento. Cabalgaban de noche y de día se refugiaban en bosques y espesuras procurando, sin desviarse de la ruta preestablecida, andar por caminos alternativos y veredas secundarias. No era probable que la Santa Hermandad se metiera con ellos, ya que no habiendo delinquido en campo abierto era difícil que las autoridades de la Villa y Corte hubieran dado parte, si es que ya lo supieran, de la huida de Catalina de la iglesia de los jesuitas.

El itinerario escogido hasta Benavente pasaba por Arévalo, Medina del Campo, Tordesillas y Medina de Río Seco. A Catalina cada tramo del camino le traía recuerdos imborrables. En su mente se amontonaban las experiencias vividas con los titiriteros y sobre todo la inmensa ilusión alimentada en su corazón de muchacha enamorada durante aquellos días felices en los que pensaba que pronto iba a estar cerca de Diego. Jamás hubiera imaginado que la vida la trataría de aquella manera cruel y despiadada. Le parecía como si de golpe hubiera envejecido cien años, y ya nada de lo que le sucediera le importaba. Tenía algo que hacer y lo iba a hacer; luego ya pensaría cómo manejar su vida. Entre sus planes estaba el parar en Benavente para ver al señor de Cárdenas y pedirle perdón por todo el daño que, involuntariamente, le había causado; luego seguiría hasta La Bañeza y llegaría a Astorga. Entonces, si todo transcurría como había planeado, quedaría en paz consigo misma y habría cumplido su destino.

Catalina se dio cuenta durante la marcha del pozo de ciencia práctica que albergaba la mente de don Suero e imaginó mil veces lo que debió ser el primer viaje al mundo exterior de Diego, le parecía que hacía ya mil años, cuando fue con su ayo hasta San Benito.

Procuraban hacer etapas de no más de diez leguas para no reventar a los caballos, ya que no querían acercarse a ninguna posta para cambiar a los animales. Acampaban en lugares propicios, procurando que hubiera en las cercanías algún arroyo o por lo menos algún regatillo de agua en el que abrevar a las cabalgaduras, beber y lavarse ellos, así como pescar alguna trucha o algún barbo si lo hubiere; cazaban, de igual manera, algún que otro conejo o liebre y en una ocasión don Suero acertó con su ballesta a un ánade que se retrasó respecto de sus compañeros al iniciar la bandada el vuelo. Cuando salía al paso alguna solitaria casa de campo, don Suero o Lorenzo se adelantaban y compraban comida o lo que hubiere menester.

De esta manera, al atardecer del quinto día llegaron a Benavente. La impresión que le produjo a Catalina verse de nuevo ante la mansión de los Cárdenas fue excesiva; a su mente acudieron, desordenados, un cúmulo de recuerdos imborrables que en su memoria habían adquirido categoría de trascendentales, y su corazón sangró porque presidiendo todos ellos estaba la figura de su amado.

A su llegada lo primero que hicieron fue dirigirse a las cocheras y dejar en las caballerizas a los cansados animales para que recibieran los cuidados y desvelos a los que se habían hecho acreedores. Luego, dos lacayos recogieron todo su equipaje y, atravesando el patio posterior del palacio que Catalina recordaba de cuando de madrugada lo cruzó, hacía un siglo, montada en la calzada y sigilosa *Afrodita*, se dirigieron al interior por una de las puertas que utilizaban los criados.

Todos habían oído hablar de los hechos acaecidos y miraban a Alonso con un respeto especial. Conociendo la historia y sabiendo que tras su apariencia se ocultaba una mujer, los ecos de su valor que hasta allí habían llegado todavía los asombraban más, despertando su admiración y un sentimiento de solidaridad y orgullo por saber que ésta, al igual que ellos, pertenecía a la casa de Cárdenas.

Don Suero se adelantó a saludar al marqués y al poco compareció en la biblioteca donde aguardaban Catalina y Lorenzo para anunciarles que don Benito de Cárdenas los esperaba en la galería que daba a la sala de armas. El corazón de la muchacha comenzó a batir como si de nuevo fuera a ser juzgada por el tribunal. Caminaron pasillos y salones y cada rincón, cuadro o escultura trajo a la muchacha algún perdido recuerdo que, hasta aquel día, había vivido, sin saberlo ella, archivado y oculto en el desván de su memoria. Al final de la acristalada galería se hallaba instalado en un sillón frailuno, con las piernas envueltas en una manta y los pies apoyados en un escabel bajo, don Benito de Cárdenas, marqués de Torres Claras.

El impacto que su visión causó en Catalina fue extraordinario. Aquel hombre, que ella recordaba poderoso y lleno de vida, se había convertido tras la irreparable pérdida y la injusta sentencia en un anciano de extraviada mirada, cuya mano, cuando ella dobló la rodilla para besarla, temblaba visiblemente. Luego del homenaje, Lorenzo y ella quedaron de pie a prudente distancia esperando que el marqués les dirigiera la palabra.

Al principio el noble pareció no entender lo que estaba pasando, mas luego convergió su mirada sobre ellos y pareció darse cuenta de su presencia.

—¿Por qué me engañasteis, Alonso? ¿No os ofrecí mi hospitalidad incondicional cuando llegasteis a esta casa?

Catalina, sorprendida, no encontraba las palabras oportunas para responder.

—Estaba asustada y desvalida, señor. Era muy joven, no sabía quién era y, sin embargo, me sabía perseguida.

El viejo marqués cambió erráticamente de tercio:

—¿Amáis mucho a mi hijo?

Catalina comprendió que la mente del anciano se negaba a percibir la realidad y se aferraba al pasado.

—¡Con todo mi corazón, señor!

—Él no está ahora y tardará algunos días en volver... pero sé que me agradecerá que os trate como si estuviera con nosotros. Me enseñaron una carta suya y he hablado con don Suero, y me consta que os corresponde. Sed bienvenida. Id a descansar hasta la cena, que será dentro de una hora, y hacedlo en la alcoba central del primer piso; os están aguardando. —El señor de Cárdenas mezclaba el pasado con el presente y con los hechos acaecidos, y aunaba en una sola persona a Alonso, a Catalina y a Clara Arnedillo.

El marqués regresó de nuevo a su mundo interior e hizo caso omiso de la presencia de

Lorenzo, con quien no cruzó ni una palabra.

Cuando salieron de la estancia, Catalina interpeló a don Suero.

—¿Cómo es que no me previnisteis de esta situación?

—La ignoraba, Catalina. Cuando yo le notifiqué la desgracia se hundió en el dolor, pero su cabeza regía igual que la mía; ha sido después. Me ha dicho el físico que lo trata que al ir pasando los días su mente se ha negado a aceptar la realidad y vive en un mundo falso que él se ha montado y del que se niega a salir; dice que lo conveniente es seguirle la corriente y que al pasar los días, aunque no es seguro, tal vez vuelva a recuperarse, aunque tendrá lagunas y a veces creará que Diego vive y otras aceptará que ha muerto. La medida de los tiempos en que crea una u otra cosa es lo que dará la pauta de su recuperación.

Catalina estaba desolada.

—¿Por qué, don Suero, causo tanto dolor a aquellos que me han querido?

—La vida es como es, Catalina; está hecha de luces y de sombras. Nada podemos hacer para evitar nuestro destino y ¡a fe mía que el vuestro es harto complicado! Comprendo vuestra angustia, pero consolaos; tras la tempestad viene invariablemente la calma, y el tiempo de vuestro reposo está cercano. Ahora subid a las habitaciones del primer piso que dan a la rosaleda del jardín de invierno, que es donde han llevado vuestras cosas; allí os aguardan para ayudaros a componeros.

Se separaron los tres y Catalina se dirigió, extrañada, adónde el ayo le había indicado. La puerta daba a una habitación desconocida para ella pues, durante los años que permaneció en Benavente, siempre estuvo cerrada. Empujó el vano y entró. La estancia era recogida, pero al punto notó la mano femenina que la había habitado; del fondo salió una vieja que, sollozando, cayó en sus brazos.

—¡Que inmensa desgracia, Alonso! ¡Preferiría mil veces haber muerto yo! ¿Qué hace en el mundo todavía este viejo pellejo en tanto que la fatalidad se lleva a un doncel como Diego a la edad que la vida le debía todo?

Tomasa, la anciana ama de Diego, era la que, desolada, se había abrazado a la muchacha.

Catalina la tomó tiernamente por los hombros y la acompañó hasta sentarse ambas a los pies de la cama.

—Tomasa, ¡cómo me alegra el reencontraros! Yo ya no puedo llorar; en estos meses se me han secado las lágrimas.

—Yo también me alegro de vuestra vuelta. Por aquí todo se comenta y las noticias las trae y lleva el viento; habéis demostrado un valor y una entereza fuera de lo común, que honra a esta casa. Pero ¿queréis que os diga algo? —El ama, tras secarse los ojos con el borde de su delantal encaraba a Catalina.

—¿Qué es ello, ama?

—Siempre supe que algo raro ocurría con Alonso. Y también me di cuenta, como asimismo lo hizo aquel libertino de monsieur de Lagarteare, de que Diego alojaba en su corazón un sentimiento controvertido hacia vos; por eso, creyendo que erais un muchacho y que lo que sentía era inconfesable, marchó a Madrid dejándoos aquí.

En la mente de Catalina se hizo la luz y súbitamente entendió muchas cosas.

—Ama, no podéis imaginaros el bien que me habéis hecho y cuánto os agradezco lo que me habéis dicho. ¿Tal vez Diego os dijo algo?

—Jamás hablamos de este asunto, pero no olvidéis que lo críe a mis pechos, y que para saber

lo que sentía su corazón no necesitaba que me dijera nada.

Catalina abrazó fuertemente a la mujer.

—¡Os quiero, ama!

Cuando se separaron, la anciana servidora se hizo explicar todo lo acontecido, pues dijo quererlo saber de primera mano para, de esta manera, cortar la sarta de rumores que corrían por las cocinas. Cuando todo terminó, comenzaron las preguntas de Catalina.

—Y, por cierto, ¿qué fue del francés?

—¿No os lo dijeron?

—¿Qué es lo que me tenían que decir?

—¿Recordáis a Cosme, aquel mozo taciturno que se ocupaba de las bodegas?

—Claro que lo recuerdo, perfectamente.

—Pues bien, una mañana, al ir el sumiller a escoger el vino de la comida del marqués lo halló desnudo y muerto junto al lagar donde macera el mosto.

—¿Qué me estáis diciendo?

—Ello no es todo. Al cabo de dos días el cuerpo del francés apareció colgado de una cuerda en una rama de uno de los alcornoques del arbolado que hay tras el huerto.

—Me dejáis de piedra.

Por la mente de Catalina pasó la imagen de la brutal escena vivida en la bodega del palacio, pero nada dijo al ama y cambió de conversación.

—¿Y cómo está realmente don Benito?

—Tiene altibajos. Hay días que hace poner otro cubierto en la mesa porque dice que espera a Diego que ha salido de cacería, y otros se los pasa en la galería donde os ha recibido, mirando hacia el fondo del caminal de los tilos. Don Suero le explicó, tras la muerte de Diego, que vos fuisteis el amor de su hijo y que os conoció en San Benito cuando erais una chiquilla, que en Madrid os vio sin reconocer, bajo la apariencia de otra persona llamada Clara... A veces cuando se refiere a vos habla de Alonso, y a veces de Catalina. ¡Ya nunca volverá a ser el que fue!

—¿Cuántas penas he traído a esta casa, ama!

—No habéis sido vos. La vida es como es y nada podemos hacer para cambiar los designios del de arriba. —Se habían acercado al ventanal—. ¿Creéis que aquellas hojas que se arremolinan allá abajo pueden hacer otra cosa que girar siguiendo la fuerza del viento que las impulsa?

—Ya os comprendo, ama. Vuestras palabras, aunque no lo creáis, me confortan y apaciguan mi espíritu.

—Pues a mí me parece que lo que desea el señor marqués que hagáis le va a servir a él de consuelo.

—¿Y qué es ello?

—Seguidme.

Al cabo de una hora hacía su entrada Catalina en el gran comedor de palacio. Una peluca adornada cubría su cabeza; iba ataviada con un bello vestido rojo cereza, algo pasado de moda, y ornado su cuello con un hermosísimo collar de rubíes que había pertenecido a la madre de Diego. Al verla entrar, a don Benito de Cárdenas se le iluminó la cara y se puso en pie para, aun cojeando, ofrecerle su brazo y conducirla al lugar, en la gran mesa, en el que, cinco años antes había servido a sor Gabriela.

Cuatro cubiertos se veían preparados. La cabecera la ocupó don Benito, a su derecha se sentó

Catalina y a su izquierda don Suero; al costado de la muchacha se hallaba otra plaza para un cuarto comensal, y que no ocupó nadie. Al comenzar la cena el marqués alzó su copa ofreciendo un brindis por el feliz regreso de su hijo a casa; Catalina, al ver que el ayo le seguía el juego, hizo lo propio. Luego todo fue un caos. Don Benito hablaba simultáneamente del presente y del pasado y con frecuencia se dirigía al lugar donde él imaginaba que se ubicaba Diego; asimismo, se dirigía a Catalina como si fuera Alonso. La velada fue atormentada y triste; los sirvientes seguían la corriente cuando se les ordenaba llenar de nuevo las copas o servir más comida en el plato de Diego, «ya que aquel manjar siempre había sido uno de sus predilectos». El remate fue cuando, al finalizar la cena, don Benito se dirigió a ella cual si fuera la marquesa y le comunicó que podía retirarse; Diego, don Suero y él pasarían a la biblioteca a fumar unos cigarros y a tomar una copa de licor pues tenían que hablar de cosas que solamente atañían a los caballeros.

Catalina se retiró con el corazón atormentado por la angustia y casi no pegó ojo en toda la noche. Ya de madrugada, únicamente despedida por don Suero partió camino de Astorga, acompañada por Lorenzo, montando a *Boabdil*, que ya había recuperado su vigor.

Cara a cara

Dos jornadas tardaron en llegar a la sede episcopal. El primer día hicieron noche cerca de La Bañeza y el segundo, a la hora de la comida, estaban ya en los alrededores de la muy noble y antigua ciudad de Astúrica. Durante el camino Catalina fue perfilando sus planes y al llegar al mesón, durante la comida, le comunicó a Lorenzo cuáles eran sus propósitos, pero únicamente al respecto de lo que a él atañía.

—Nadie sabe que he venido ni que lo he hecho acompañada, por tanto nadie se interesará por vos y, por ende, persona alguna os importunará. Mañana por la mañana iré a ver a quien debo ver. La entrevista puede ser larga, pero dentro de unos límites; si al anochecer no he regresado, recogéis los bártulos y los dos caballos y partís para Madrid. Allí le diréis a don Suero que me han retenido, él ya sabe dónde y también lo que debe hacer. ¿Me habéis comprendido?, vos estabais presente la noche que se ajustó el plan en la casa de don Pedro Pacheco.

—Sin duda, Catalina, pero quedaría más conforme si me dierais más explicaciones.

—No os hacen falta. Cuanto menos sepáis menos peligro corréis, y bajo el tormento se dice menos cuanto menos se sabe. Lo que os ruego es que no os demoréis a la vuelta; si no he vuelto al anochecer, ya no me haréis falta como escudero en el regreso, porque no habrá regreso.

—Pero...

—Dejadlo, Lorenzo, es mejor así.

Catalina durmió mal; su vida estaba en el filo de una navaja. Al día siguiente iba a dar el paso más trascendental de su corta y, sin embargo, atormentada existencia. Se levantó al amanecer, pues los nervios no le permitieron descansar en toda la noche, y al sonar las campanas anunciando la primera misa algo en su interior la hizo acudir a la iglesia más cercana a intentar poner un poco de paz en su alma. Las gentes iban entrando y ella se recogió en el último banco; tras rezar unos instantes pasó revista a cuantos momentos y personas habían jalonado sus pasos por este mundo. Su intención era pedir perdón a Dios por sus muchos yerros pero pensó que, pese a sus buenos propósitos, no era capaz de olvidar las ofensas y los agravios recibidos y si por ella fuera, todavía... Sin embargo, a lo que no renunciaba era a lavar el baldón que sobre el nombre de su amado había caído y vengar su alevosa muerte, y hasta que no lo consiguiera, no había de parar.

Las nueve sonaban en el reloj del campanario de San Marcial y, sencillamente vestida con ropajes que respondían a un joven caballero de cualquier casa noble y de los que don Suero le había provisto en Benavente, encaminó sus pasos al palacio del secretario provincial del Santo Oficio, ubicado en el centro de Astorga. Poca gente transitaba en aquel momento por la plaza y Catalina se acercó a la puerta principal, donde como de costumbre hacía guardia un alabardero.

Al aproximarse, detuvo el hombre su cadencioso paseo y se plantó frente a ella, descargando la alabarda de su hombro.

—¿Qué deseáis?

—Ver a su ilustrísima, el señor Secretario del Santo Oficio.

—¿Tenéis día y hora concertada?

—No en realidad.

—Entonces, ¿cómo pensáis que os pueda recibir?

—Eso no es cosa vuestra. —Y metiendo la mano en su faltriquera tendió al hombre una carta lacrada.

Éste, al ver el gesto y ante el aplomo que mostraba el jovenzuelo desconfió, y dirigiéndose a la puerta compareció de nuevo, acompañado de un clérigo.

—¿Qué es lo que deseáis?

—Ver a su excelencia reverendísima don Bartolomé Carrasco.

—¿Estáis citado?

—No tengo cita concertada.

—Y ¿quién es la persona que desea verlo? —La voz del monje sonó cáustica y burlona.

—No os incumbe. Lo único que debéis hacer es entregarle esta carta.

El monje dudaba.

—A no ser que deseéis que os destinen a las misiones de ultramar, donde, según tengo entendido, los indios ofrecen a sus dioses los corazones de sus enemigos.

—Dadme esa carta y esperad en la puerta.

Desapareció el hombre dentro del edificio y Catalina tuvo que reprimir sus nervios paseando, junto a la entrada, arriba y abajo.

Apenas había iniciado septiembre sus días cuando ya las chimeneas del palacio episcopal estaban caldeando los salones. El fraile atravesó las estancias que mediaban entre la entrada y el despacho del doctor Carrasco, situado en el primer piso, y llamó quedamente a su puerta.

Una voz interior sonó profunda.

—Adelante, pase.

Abrió la hoja el fraile y asomó su tonsurada cabeza por el quicio.

—¿Puedo, paternidad?

El doctor Carrasco levantó los ojos del escrito que estaba revisando y exclamó:

—¡Ya os he dado mi venia!

El fraile se adelantó hacia el prelado y a través de la gran mesa le alargó el sobre lacrado.

—¿Qué es lo que me dais?

—En la entrada, ilustrísima, hay un joven de aspecto distinguido que quiere veros sin tener cita. Le he dicho que eso era imposible y me ha rogado que os entregue este escrito y que espera respuesta.

En tanto el secretario provincial abría con un abrecartas el lacrado sobre, respondió:

—Ya sabéis que eso es imposible. Despedidlo sin más dilación... ¡Esperad!

El prelado había desdoblado el papiro y comenzaba a transpirar copiosamente.

—¿Se encuentra mal su ilustrísima?

El obispo tenía clavada su mirada en el pergamino y respiraba agitado.

—¡Hacedlo pasar! ¡Acompañadlo hasta aquí!

Abandonó la estancia el sorprendido fraile y don Bartolomé Carrasco se quedó solo. Su mirada seguía prendida en el pliego que tenía delante; ante sus asombrados ojos, que no daban crédito a lo que estaban viendo, aparecía diáfana y perfecta la señal escarlata, la misma que él tenía en su espalda a la altura del hombro.

De nuevo unos discretos golpes le anunciaron que el coadjutor había regresado.

Catalina atravesaba los salones del palacio episcopal siguiendo al fraile, cuyo tono había cambiado desde el momento que el prelado había dado su venia para verla sin tener cita concertada. Un sinfín de pensamientos se agolpaban en su mente y las dudas atormentaban su espíritu: ¿saldría viva de aquel lugar? ¿Dormiría aquella noche en las mazmorras del palacio? ¿Cedería el obispo a sus pretensiones?

No hubo tiempo para más. Sin casi darse cuenta, se encontró frente a la inmensa puerta claveteada que daba acceso al despacho del prelado.

—Si no os importa, esperaos aquí un momento.

Tras unos discretos golpes, se introdujo el coadjutor en la estancia y casi al instante volvió a salir.

—Podéis pasar, su ilustrísima os espera.

Catalina respiró hondo, colocó su mano izquierda sobre el pomo de su espada y, pensando que su suerte estaba echada, dio un paso hacia delante.

En medio de la estancia, orondo y apoplético se hallaba el obispo, con el rostro congestionado por el calor y por la angustia. La puerta se cerró tras Catalina y el personaje habló:

—Si sois quien imagino, vuestra osadía es más grande que mi paciencia.

—No sé quién imagináis que soy, pero para que no tengáis dudas os aclararé que estáis ante la persona que habéis perseguido con saña desde que intenté salvar mi vida huyendo de San Benito.

—¿Y vuestra soberbia os impide pensar que, si tanto os he perseguido, tendré poderosas razones para ello y que si venís por propia voluntad a meteros en la boca del lobo lo inmediato será que llame a la guardia y os haga encerrar en mis mazmorras a la espera que os pueda entregar, de nuevo, a la custodia de las gentes del rey con más cargos de los que antes teníais de venir?

—No haréis tal.

—¿Y qué os hace presumir tal cosa?

—La astucia del zorro le hace respetar a sus posibles presas. No creeréis que soy una estúpida para venir a visitaros, sabiendo el daño que habéis intentado inferirme, sin tener cubiertas mis espaldas.

—Despertáis mi curiosidad. No vendrá de unos minutos el demorar vuestro final; vamos a aposentarnos junto a la chimenea.

Partió el obispo a grandes zancadas hacia el extremo del salón y Catalina lo siguió. Sentáronse frente a frente en los dos sillones de suave cuero que cerraban el tresillo, y cuando el obispo hubo colocado su inmensa humanidad en el más cercano al ventanal preguntó:

—¿Me queréis decir qué majadería es ésta que hace que me entreguéis un papiro con un cabalístico dibujo en él?

—Con todo el respeto, ilustrísima, no creo que sea tan necio el hecho cuando, sin cita previa, me habéis recibido.

Unos golpes breves sonaron en la puerta y el fraile volvió a asomar su cabeza por ella.

La voz del prelado sonó iracunda.

—¡No quiero ser interrumpido hasta que yo os llame! ¿Me habéis comprendido, estúpido?

El hombrecillo se retiró al punto y Catalina comprendió que el obispo, pese a su simulada seguridad, tenía el gusano de la zozobra metido en el cuerpo.

—Os escucho. Decid lo que tengáis que decir y acabemos de una vez esta pantomima.

—Pues, veréis, la historia es muy larga y farragosa y no quiero cansaros. Parece ser que vos y yo partimos de un tronco común y de una familia muy peculiar.

El obispo se rebulló inquieto.

—Proseguid, no sé adónde pretendéis ir a parar.

—Vos y yo tenemos en nuestro cuerpo una peculiar señal, un pequeño ojo que llora tres lágrimas escarlatas, la cual avala lo que digo y cuyos orígenes son poco convenientes en los tiempos que corren.

—No sé a qué os referís. —Mares de sudor bajaban por la frente del prelado.

—Tal vez preferís alejaros de la chimenea...

—¡Proseguid, he dicho!

—¡No levantéis la voz, que no soporto que me hablen alto!

El doctor Carrasco quedó desconcertado.

—Os escucho —dijo quedamente.

Catalina intuyó que la partida se decantaba a su favor.

—Dicha señal corresponde a un judío quemado en la hoguera en Lisboa en tiempos del rey Juan, hace ahora más de doscientos años.

—Y ¿qué tiene que ver esto conmigo?

—Con vos y conmigo. Esta misma marca es la que llevamos vos y yo grabada en nuestra piel.

—Vos conoceréis vuestro cuerpo, pero no el mío. ¿Qué os hace aseverar tal despropósito?

—Si creéis, por un casual, que he venido a veros sin tener la certeza de lo que afirmo es que estoy ida, y no es el caso. Vos tenéis esta marca infamante y existen personas que lo atestiguan... con una diferencia respecto a mí.

—¿Y cuál es esa diferencia? —La voz del obispo sonaba insegura y apagada.

—A vos os importa lo que os pueda ocurrir y a mí me es indiferente; mi vida está perdida y no tiene sentido. Yo ya me he visto en un patíbulo y no me importa volver, y en cambio a vos la vuestra os importa en demasía y el castigo para un prelado que durante tantos años ha engañado al Santo Oficio imagino que sería terrible. La Suprema es implacable con los suyos cuando éstos la traicionan.

El secretario provincial estaba blanco como la cera.

—Vamos a suponer que así fuera. ¿Qué me impide encerraros en una mazmorra y no dejar que volváis a ver la luz?

—Estáis despreciando mi intelecto y eso no os conviene. Si en un plazo de días que no vienen al caso ciertas personas de la Corte no tienen nuevas mías, un códice perfectamente iluminado en el que consta la historia de la familia de los Lacrima-Dei irá a parar a las manos del confesor del rey, el reverendo Antonio de Sotomayor, junto con una carta explicativa de todo lo que tenga relación con dicha familia y con la señal que los llevó a la hoguera y que distingue a sus descendientes, entre los cuales evidentemente nos encontramos vos y yo, amén de otras personas de las que luego os hablaré.

—Y ¿dónde os hicisteis con dicho códice?

—Eso, a su reverencia, no le incumbe.

—¡Sois Satanás!

—Por eso me condenaron ya una vez.

—Y ¿cuál es vuestro trato?

—Ahora me parecéis más razonable. El día que me digáis, y a la hora que me digáis, yo regresaré a vuestra sede y vos habréis convocado a un personaje con el que tengo que dirimir algunas cuestiones.

—Y ¿quién es él?

—Vuestro familiar don Sebastián Fleitas de Andrade; eso es lo primero. Luego daréis los pasos necesarios para que mi caso sea revisado y yo aportaré las pruebas oportunas para restablecer mi inocencia y el buen nombre de don Diego de Cárdenas.

—¿Hay más?

—Sí, todavía quedan algunos cabos sueltos. Dejaréis en paz a la familia de don Martín de Rojo, el cual, por la edad que tiene, intuyo es mi verdadero padre, aunque yo sea hija ilegítima pues es evidente que me tuvo fuera de su matrimonio, a la que habéis perseguido con saña... cosa que de ser vos mi progenitor no hubierais hecho.

El obispo estaba totalmente destrozado.

—Si hago todo lo que me pedís y consigo vuestro perdón, ¿me entregaréis ese códice?

—No he hablado de perdón, he hablado de reabrir mi caso y de un juicio justo.

—De acuerdo. ¿Me lo entregaréis?

—El penderá cual espada de Damocles sobre vuestra cabeza y la mía durante toda la vida. Pero si vos no me agredís, no tenéis por qué preocuparos; yo sí tengo honor.

—Y ¿cómo me puedo fiar de vos?

—No tenéis otra...

El obispo meditó largo rato.

—De acuerdo. El próximo martes a las cuatro de la tarde, venid a esta casa; don Sebastián os estará esperando.

—No faltaré, excelencia.

Catalina se puso en pie y el prelado hizo el gesto de acompañarla hasta la puerta.

—No os molestéis, conozco el camino.

Remordimientos

La escena se desarrollaba en el salón de la casa de los Rojo, en Quintanar del Castillo. Álvaro se hallaba sentado en un escabel, frente a su padre, con el rostro compungido y la mirada perdida en la lejanía. Los hechos acaecidos en Madrid, hacía unos meses, se habían ido esparciendo por todo el reino como reguero de pólvora, y las gentes hablaban y no paraban del insólito suceso protagonizado por la monja huida de San Benito.

El episodio había afectado en grado sumo a don Martín, hasta el punto que doña Beatriz de Fontes, su esposa, había llegado a temer por su salud. El hijo de ambos, don Álvaro, había regresado a la casa solariega después de testificar en el juicio contra la monja y andaba como alma en pena por los pasillos de la vieja casona. La llegada el día anterior de su antigua nodriza, Casilda Peribáñez, había desencadenado una serie de acontecimientos.

La mujer llegó por la mañana, desde San Benito, a visitar a su antigua señora y se encontró con la sorpresa, siempre grata, de hallar en la casa a su querido hijo de leche. La alegría fue mutua, ya que Álvaro tenía en gran estima a su nodriza y sus opiniones y juicios le afectaban en grado sumo.

El caso fue que, tras la comida, se encontraron ambos en el banco del pequeño jardín donde la castellana cultivaba sus rosales, y allí Álvaro le abrió su corazón: los remordimientos le estaban matando y la verdad era que no sabía qué hacer con su vida. Casilda lo intentó consolar, como hacía cuando de pequeño le contaba sus travesuras, y le sugirió que le confiara sus cuitas. Álvaro, cuyo corazón desde que diera el falso testimonio rezumaba amargura, le contó punto por punto todos los detalles del suceso, y Casilda quedó consternada.

—Yo conocía bien a esa muchacha que resultó ser el tal Alonso Díaz desde sus días en el convento, y os puedo asegurar, diga lo que diga ese miserable de alférez Campuzano, que es incapaz de obrar con deslealtad y de cometer el desafuero de la que la habéis acusado.

—Sé que he obrado muy mal y, creedme, ama, los remordimientos no me dejan vivir. Pero es que hay más.

—Contádmelo todo, Álvaro. Si no lo hacéis, no puedo ayudaros.

—Ama, la vida que a mi señor padre le place que yo lleve, a mí nada me dice. Quiero ingresar en los mínimos de San Francisco y dedicar mi tiempo a la oración, el estudio y a ayudar al prójimo; y, la verdad, no sé cómo decírselo.

—¿Habéis hablado con vuestra madre?

—Está tan preocupada por el estado de mi padre que aún no me he atrevido a hablar con ella.

—Si me lo permitís, yo lo haré. Pero debéis decir la verdad e intentar reparar el mal que

habéis causado a otras personas, ¿me entendéis? Mal podréis comenzar una vida en religión en tanto no aligeréis vuestra conciencia del peso de sus culpas; yo os prepararé el camino, pero, creedme, debéis hablar con vuestra madre y ella, a su vez, lo hará con vuestro padre. ¡Dejadme ayudaros!

—Sea como decís, Casilda. Como siempre, seguís siendo mi paño de lágrimas.

Y así fue como Álvaro se encontró al día siguiente de esta charla frente a don Martín de Rojo dando la explicación verdadera de todo lo ocurrido, y que se contradecía con la que había dado a su llegada.

Don Martín pasaba los días en el mismo sillón que antes ocupara su progenitor, don Bernardo de Rojo, y frente al mismo ventanal. La muerte de su amigo el doctor Gómez de León le había sumido en una dolorosa situación, rematada ahora por los sucesos acaecidos en Madrid cerca de Catalina, y de los que se consideraba responsable.

Cuando su hijo le explicó la verdad de lo sucedido, un cúmulo de sentimientos contradictorios invadió su espíritu: por un lado la necesidad de reivindicar la inocencia de Catalina por el principal delito por el que la justicia del rey la perseguía, y que no era otro que la muerte con alevosía y engaño de Cristóbal López Dóriga; lo demás era rebatible y subsanable. Por el otro, la certeza absoluta de que su querido Álvaro, con su falso testimonio había sido la piedra angular sobre la que se había sostenido el arco de la acusación que llevó a la horca a su verdadera hija. Sobre los hombros del buen hidalgo se había desencadenado una auténtica tragedia griega, que no desmerecería a las de Edipo, Electra o Antígona.

Al mismo tiempo, una mano negra parecía obstaculizar cualquier intento que aliviara su economía y su situación. Podría decirse que había tocado fondo.

—Escribiré al señor de Villanueva. Regresaréis conmigo a Madrid en cuanto tenga noticias tuyas y desharéis el entuerto diciendo la verdad, cual corresponde a un caballero. Luego, cuando hayáis arreglado esta cuenta, si queréis entrar en religión tenéis mi permiso.

La hora suprema

Y el martes llegó. Catalina durante el desayuno dio las últimas instrucciones a Lorenzo.

—Hoy es el día; a las cuatro de la tarde es mi cita. Si mañana a la mañana no he regresado, ya sabéis lo que debéis hacer. Viajad de día, ya que vais solo, y llegando a Benavente dejad mi caballo y a *Afrodita* y pedid una escolta que os acompañe hasta Madrid; es demasiado importante vuestra llegada y tendrá demasiadas consecuencias para que os vaya a ocurrir un tropiezo durante el camino.

Lorenzo, que ya había suplicado a Catalina, sin conseguirlo, que le ampliara más la información, no insistió.

A las tres Catalina subió a su habitación y se pertrechó apropiadamente para la empresa que iba a acometer. Vistió pantalón negro acuchillado, medias color corinto que se embutían en sus altas botas y sobre la camisola se puso un colete de piel de búfalo que le había entregado don Suero y que quedó cubierto por el jubón, también negro, que se colocó sobre él, rematándolo con un cuello de valona de encaje y unos puños de igual calidad; luego calzó los guantes descabezados que le permitían un sensible tacto de la empuñadura de su espada y, tomando el tahalí, se lo puso en bandolera con la funda de su fierro pendiendo por el lado izquierdo. Finalmente envainó su toledana, postrer regalo de Pedro Pacheco, y luego de despedirse de Lorenzo tomó su asimismo negro chambergo, orlado con un cintillo de raso y una pluma verde, y dirigió sus pasos al palacio episcopal.

En la puerta, a la que llegó cuando sonaban las campanadas de las cuatro, estaba aguardándola el mismo fraile que la atendió el primer día y cuya actitud, en esta ocasión, fue mucho más respetuosa y comedida que la última vez.

—Su ilustrísima os aguarda en sus dependencias y me ha ordenado que, en cuanto lleguéis, os haga pasar sin dilación.

—El obispo es muy amable.

Partieron hacia el interior y a Catalina se le encogió el corazón, en tanto seguía al clérigo, pensando que aquella osadía suya le podía costar la vida. Pero así lo había decidido, pues el honor de Diego de Cárdenas estaba por encima de todo y su amor clamaba venganza.

Fueron atravesando salones y tras subir la gran escalera central de mármol blanco, cuyas paredes se hallaban ornamentadas por las pinturas de aquellos que, antes que el actual, habían ocupado la sede episcopal de la ciudad, llegaron frente a la gran puerta que cerraba el despacho de don Bartolomé Carrasco. Después de golpear con los nudillos en ella y recibir el correspondiente permiso desde dentro, el coadjutor entró, dejando a Catalina un segundo

esperando en la antesala.

El corazón de la muchacha galopaba desaforado, hasta el punto que dirigió una mirada a ambos lados temiendo que alguien pudiera oír sus latidos. No tuvo tiempo de que tal ocurriera, ya que la puerta se abrió de nuevo y el frailecillo, sujetando una de las hojas por el picaporte, la invitó a entrar. Catalina tomó aire y de una zancada se introdujo en la estancia.

El obispo, en pie, la esperaba en el centro de la estancia, imponente, embutido en un ropón morado y cubierta su cabeza con un solideo del mismo color. Su rostro no reflejaba expresión alguna y, desde luego, se había repuesto de la desencajada expresión que mostrara la última jornada.

—Veo que sois puntual.

—Mucho en cuanto a lavar mi honra se refiere.

El fraile había cerrado la puerta y se hallaban los dos solos.

—No veo a vuestro huésped.

—No os alteréis, me consta que ya ha llegado a Astorga y que está a punto de aparecer.

—Pocas cosas hay, tras esperar la muerte en un patíbulo, que me alteren. Por lo demás, vos debéis estar más interesado que yo en que esta entrevista se lleve a cabo.

—En efecto. Voy a cumplir mi parte en este trato y espero que vos hagáis lo propio. No olvidéis que don Sebastián es un mandado que no ha hecho más que cumplir con su obligación; el tiempo lo borra todo.

—Casi todo. El recuerdo de la traición y de la vesania nada lo cura.

—El Evangelio nos manda perdonar a nuestros enemigos hasta setenta veces siete.

—Excelencia, no añadáis el cinismo a vuestras virtudes.

Tocaron de nuevo a la puerta.

—¡Esperad un momento! —dijo el obispo—. Pasad a mi biblioteca particular. Nadie os molestará, ya que únicamente tiene acceso por este despacho; allí podréis conversar tranquilamente. —Al decir esto, Bartolomé Carrasco indicó a Catalina una puertecilla que se abría al fondo, en el extremo opuesto de la estancia—. Tened en cuenta que don Sebastián no sabe que le estáis esperando.

—No me creáis tan candida. Tiempo os faltará cuando entre por la puerta para notificarle que le espero, si no es que ya se lo habéis comunicado, pero no me importa.

—¿Qué sabéis vos de las complicadas decisiones a las que la diplomacia de la Iglesia obliga en algunas circunstancias?

El obispo acompañó a Catalina hasta la estancia contigua y, tras entrar ella, cerró la puerta.

El lugar era amplio, el techo artesonado y las paredes se hallaban atestadas de volúmenes y de documentos. Una gran mesa central con sillones a su alrededor ocupaba una gran parte de la estancia y una amplia cristalera proporcionaba luz diurna; la chimenea del fondo, como todas las del palacio, estaba encendida y unos grandes leños ardían en ella. Entre la mesa y el ventanal se extendía una larga y estrecha alfombra y en el extremo más próximo a la chimenea se hallaba un atril de lectura montado sobre un trípode de hierro con amplias patas, sobre el que se veía abierto un pesado tomo, y a su costado un ambleo con un gran cirio apagado que supuestamente servía para iluminar la lectura del monje que se dedicara a tal menester.

La puerta se abrió y apareció en su quicio la figura impresionante del portugués, acompañado por el obispo.

—Ésta, don Sebastián, es la visita inesperada de la que os he hablado y por la que os he hecho acudir desde Braganza. Espero que la entrevista sea provechosa para todos y que dirimáis vuestras diferencias como caballeros. Cuando vuestras mercedes estén de acuerdo en las medidas a adoptar en el futuro, entren en mi despacho; les estaré esperando.

El rostro que compuso Fleitas no engañaba, y su expresión era de sorpresa; saltaba a primera vista que el obispo nada le había dicho al respecto de la persona que le aguardaba. El prelado se retiró, cerrando la puerta, y los dejó frente a frente.

El momento era de una indescriptible tensión. Allí, frente a frente, mirándose a la cara se hallaban el cazador y su pieza. Catalina observaba la torcida sonrisa de aquel hombre, el inmenso costurón de su mejilla, sus ojos glaucos, y le parecía que sus fuerzas iban a flaquear; algo le decía que ante ella se hallaba un terrible adversario. Su momento había llegado y ahora no cabía echarse atrás.

El que rompió el fuego fue el portugués. Recobrado de la sorpresa, se fue quitando los guantes lentamente y se acercó a la mesa.

—Me alegro de volver a veros, Alonso Díaz o Catalina Gómez, como demonios os llaméis.

—Yo no puedo decir lo mismo, pero era necesario.

—El lugar que os corresponde es una mazmorra, pero parece ser que antes de que la ocupéis de nuevo tenéis algo que decirme.

—Ciertamente. Puedo haber cometido, a lo largo de mi vida, muchos errores y dispuesta estoy a pagar por ellos, pero lo que no admito es la mentira, el engaño y que hayáis querido manchar la honra de otros con falsos testimonios y felonías.

—No sé a qué os referís.

—¡Lo sabéis muy bien! Fui retada en duelo y me prepararon una emboscada. Yo no acudí con esbirro alguno, sino al contrario: fui sorprendida y atacada a traición por más de un enemigo y vos montasteis, con unos guardias venales y corruptos, una parodia de juicio en el que fui condenada con pruebas falsas. Pero no estáis aquí por todo ello.

El portugués sonreía.

—Decid lo que tengáis que decir, si es que aún hay más, porque os queda poco tiempo.

—Ciertamente queda lo principal: no solamente matasteis a traición a un caballero intachable, sino que quisisteis manchar su memoria acusándole de infamias que era incapaz de cometer.

—Os estáis refiriendo, sin duda, a don Diego de Cárdenas.

—Exactamente.

—Sabéis que las pruebas que se aportaron en vuestro juicio las adujeron gentes del rey, con las que no tengo trato alguno; el Santo Oficio nada tuvo que ver. No os acusaron de brujería, tampoco de ser zurda ni de cómo os escapasteis de San Benito, pero fueron concluyentes en cuanto a la actuación de vuestro socio; vos estabais herida y tal vez algo inconsciente, pero fui atacado y no tuve más remedio que defenderme. Era su vida o la mía, y como comprenderéis, no me fue dado elegir.

—¡Estáis mintiendo como el bellaco que sois!

El rostro del portugués adquirió una palidez pareja a la de la cicatriz que lo atravesaba.

—¡Tendréis que mantener con la espada lo que habéis dicho!

—¡A eso he venido!

—¡Pues cuando queráis y donde queráis!

—¡Que sea aquí y ahora!

Catalina se apartó para que el de Fleitas ocupara el extremo de la alfombra opuesto a la chimenea y ella se colocó, en tanto se ajustaba los guantes, en el otro extremo. El de Fleitas, lentamente, como regodeándose, se despojó del jubón y se quedó en camisa.

—Habéis elegido un lugar apropiado, Alonso; parece la sala de armas de cualquier academia. ¿Qué arma elegís?

—Espada.

—Sea, vamos a batirnos como caballeros respetando las reglas de un duelo y...

—No pretendáis sorprenderme, porque conozco vuestra artimaña.

Sebastián Fleitas, que ya había llevado su mano a la guarda de su espada, acusó el golpe.

—¡Para apalear a un bellaco como vos no me hace falta ningún ardid!

—¿Reconocéis entonces que sí lo empleasteis para asesinar a Diego de Cárdenas?

—¡Poneos en guardia y acabemos esta mascarada!

El familiar sacó su espada de la vaina y Catalina hizo lo propio; ambos contendientes se midieron tras colocarse en postura de combate, sobre la larga alfombra, y tantearon sus aceros. La sensación que causaba el portugués era terrible; a su imagen imponente se unía la longitud desmesurada de su brazo, que se complementaba con una espada acorde con su envergadura. La muchacha empezó a intuir que se había metido en un mal paso y que la aventura era superior a sus fuerzas. El primer ataque llegó. Fleitas tiró abajo y en rápida transición se perfiló, doblando su rodilla derecha, y se lanzó a fondo. Catalina con un hábil escorzo evitó el ataque y respondió con una finta marca Pedro Pacheco que obligó al otro a retroceder tres pasos y a volver a componer su figura.

En aquel instante, atraído por el ruido de las espadas apareció el doctor Carrasco, que silenciosamente había abierto la puerta; los contendientes luego de dirigirle de reojo una breve mirada continuaron concentrados en su pelea. El obispo cerró la puerta y apoyó su espalda en ella, siguiendo atento las evoluciones de los rivales. Únicamente se escuchaba el ruido de los aceros al chocar entre ellos y el fuerte resoplar del familiar. Catalina se dio cuenta al punto de que si no entraba bajo la guardia del portugués y éste conseguía mantenerla a distancia estaba perdida. Entonces apeló a su infalible recurso; con una rápida transición cambió de mano su espada y tras hacer un amago atacó a su contrincante por el lado inverso. Fleitas se desconcertó y retrocedió de forma atropellada. Ella aprovechó la circunstancia y alargando su zurda por debajo de la guardia del otro se tiró a fondo y sintió claramente que la punta de su estoque había hecho carne; retrocedió un paso para reiniciar su ataque y en una fracción de segundo observó que su rival se había llevado la mano zurda al hombro contrario y al retirarla la miraba asombrado: estaba llena de sangre.

El portugués lanzó una maldición:

—¡Voto a bríos que pagaréis cara esta afrenta! —En su mano izquierda había aparecido, como por ensalmo, una vizcayna.

—¡Sois un villano! Nuestro duelo era a espada.

Había retrocedido y estaba junto al gran atril de lectura cuando adivinó las aviesas intenciones de su enemigo. Éste se le vino encima, atacándola con las dos armas. La daga iba a herirla cuando, en rápido quiebro, hurtó medio cuerpo tras el grueso volumen allí depositado; la hoja tropezó en la madera del recio facistol y salió rebotada de la mano del portugués, cayendo bajo la mesa y

lejos del alcance de ambos contendientes. Catalina, tras un amago se vio obligada a retroceder, pues el familiar, como un toro herido, se le venía encima; fintó y fue a hacer un molinete cuando la hoja de su espada se partió al chocar violentamente contra el hierro del ambleo a la vez que ella tropezaba en una de las patas del trípode del atril y caía de espaldas contra el marco de la chimenea.

Catalina pensó que su última hora había llegado. Miró su mano y vio la guarda de su espada sin hoja; luego levantó la vista hacia el portugués y pudo observar que una torva sonrisa curvaba su boca en un guiño fúnebre. Todo iba a terminar en un momento. Desde donde estaba la perspectiva de la estancia había cambiado; veía las torneadas patas de la mesa y el tablero le impedía ver en su totalidad la figura del obispo, que estaba al otro lado.

El de Fleitas se preparaba a ejecutarla cuando, súbitamente, por el rabillo del ojo Catalina observó cómo un pie calzado con un borceguí morado salía de debajo de una sotana del mismo color y empujaba hasta ponerla a su alcance la daga caída del familiar, que había resbalado hasta el otro lado de la gran mesa. Fueron fracciones de segundo. Fleitas, como impelido por una catapulta, se venía sobre ella a la vez que la daga que ya tenía en su mano volaba a su encuentro; el embroque fue a medio camino. Cuando el portugués cayó sobre ella, estaba muerto.

Catalina, tras sacarse aquel peso de encima, se puso en pie. El doctor Carrasco la observaba con ojos cínicos.

—¡Por vida de... que no os comprendo!

—Son cuestiones de alta política. A mí, y por lo tanto al Santo Oficio, nos conviene que podáis llegar a Madrid antes de cinco días.



«Súbitamente, por el rabillo del ojo Catalina observó cómo un pie calzado con un borceguí morado salía de debajo de una sotana del mismo color y empujaba hasta ponerla a su alcance la daga caída.»

Yo ya he empezado a cumplir nuestro pacto; esto es la prueba de mi buena fe. Cumplid vuestra parte ahora. —Luego señaló al muerto—. Soy testigo de que habéis discutido en mi presencia y él ha sido el primero en desenvainar; éstas son nimiedades, cosas que a veces ocurren pero que en nada os afectarán. Además, dado nuestro acuerdo, él —señaló al muerto— constituía un incómodo testigo.

El final del túnel

Cuando ya hubo cumplido el juramento que se hizo a sí misma tras la muerte de Diego, Catalina se sintió vacía, Regresó a la Corte acompañada de Lorenzo y percibió que otros acontecimientos habían ocupado la atención de las gentes y su caso había pasado a segundo término. Las tropas españolas estaban pasando un mal momento; además de la sempiterna guerra de Flandes, en Cataluña soplaban aires de revuelta, y de esto era de lo que se hablaba en los mentideros de las gradas de San Felipe. Únicamente faltaban dos cosas para redondear su plan. Los valimientos de gentes importantes como el señor de Villanueva, pronotario de Aragón y protector de San Plácido, el duque de Alburquerque y, sobre todo, las influencias del obispo Carrasco, consiguieron que la revisión de su proceso se pusiera en marcha y tras la declaración de Álvaro de Rojo desdiciéndose de lo testificado anteriormente, el apoyo del capitán Contreras, que fue testigo del incidente en la casa de María Cordero y la confesión del alférez Campuzano, denunciado por el señor de López Dóriga a instancias de don Martín de Rojo, que acompañó a su «hijo» a Madrid y al que la mancuera del potro soltó la lengua, fueron determinantes para que el indulto del rey se sumara a la revisión de la sentencia. Catalina quedó libre y el honor de Diego de Cárdenas fue restituido. Luego se dispuso a visitar a María Cordero en la prisión de mujeres de la Trinidad, allí pudo abrazarla y prometerle que haría cuanto estuviera en su mano para intentar que el caso fuera reabierto y poder sacarla de allí. Después acudió a ver a don Pedro de la Rosa, al que encontró muy quebrantado y a quien agradeció todas las penurias que por ella había sufrido. Intentó ver a la Andrade, pero ésta, arropada por un protector, había salido de Madrid, y después fue a despedirse de uno de sus grandes amigos, don Pedro Pacheco; por último se llegó a la calle de los Francos a dar un abrazo a Dorotea.

Finalizadas las gestiones que le habían retenido en la Corte, dirigió sus pasos, acompañada en esta ocasión por don Suero, a Quintanar del Castillo. Al acudir a aquellos lares la proximidad de San Benito le trajo tristes recuerdos. No podía apartar de su mente a Blasillo, al que debía la vida y que había pagado con la suya, rindiendo culto a la amistad que habían forjado desde niños. Luego pensó en Casilda y se prometió que pronto la vería.

Llegaron una mañana y tras buscar acomodo en una posada Catalina se dirigió a la casa solariega del hidalgo. Rogó a don Suero que la aguardara allí, ya que esta última visita la quería hacer sola.

Cuando dijo al lacayo que le abrió la puerta quién era, al instante, tras consultar en el interior, la hicieron pasar a la pequeña estancia que se encontraba junto al gabinete de trabajo de don Martín. Catalina traspuso el arco que separaba ambas habitaciones y encontró ante sí un hombre

envejecido. Su tutor de San Benito parecía otra persona. Cuando ella se acercó, vestida como iba de hombre, se adelantó y sin nada decir la acogió en sus brazos; luego la apartó y la miró fijamente... No hicieron falta muchas palabras.

—¡Qué inmerecidamente orgulloso me siento de vos, hija mía!

Catalina observó aquellos ojos grises rodeados de un sinfín de finas arrugas, que la miraban con ternura, y tuvo la certeza de que el hidalgo era su padre.

Se sentaron ambos en el sofá del fondo. A lo primero ninguno de los dos habló; luego un torrente de preguntas y respuestas se cruzaron entre los dos. El hidalgo no consideró oportuno encontrar a Álvaro con su hija, ya que nada bueno podía aportar, y le dijo una media verdad.

—Sí, Catalina, sois hija mía. Os tuve fuera del matrimonio y vuestra madre murió en el parto, pese a los cuidados de mi médico, el doctor Gómez de León. ¿Qué podía hacer yo sino entregaros a mi querida hermana, la priora de San Benito, para que cuidara de vos? De esta manera entraríais en religión a vuestra mayoría de edad y yo podría seguir atendiendo vuestras necesidades, como siempre hice, y, aunque en pocas ocasiones, seguir asimismo viéndoos cada año.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes? ¡Tenía tanta necesidad de saber quién era y de dónde venía!

—Pensaba decíroslo cuando tomarais el velo, pero la muerte de mi hermana y vuestra huida trastocaron todos mis planes.

—¿Por qué me quiso hacer tanto daño vuestro hijo?

—No se lo tengáis en cuenta, A mi pesar, es un ser débil y muy influenciabile; los favores y la personalidad de don Cristóbal López Dóriga lo obnubilaron. ¡Perdonadlo! ¡Os lo suplico! Su arrepentimiento y posterior declaración desdiciéndose de todo cuanto había afirmado anteriormente le hacen acreedor de vuestro perdón; guiado por sus remordimientos ha ingresado en los frailes menores de San Francisco.

Catalina quedó unos instantes pensativa.

—Pero contadme. ¡Tenéis tanto que explicar!

Entonces ella relató a don Martín todos los detalles de su vida. Fue como dejar la página en blanco; jamás había hallado en su interior tanta paz.

—... Y no os preocupéis, que a los culpables de la muerte de mi tía y hermana vuestra les ha llegado la hora del castigo. Es uno de los pactos a los que he llegado con el obispo.

Ciertamente una comisión mixta de los jesuitas, que envió fray Antonio de Sotomayor, confesor del rey, y del Santo Oficio entró a fondo en las interioridades de San Benito y del mismo modo que anteriormente todas las monjas y novicias parecían hipnotizadas por el fraile, ahora la corriente transcurrió en sentido contrario y fue pasando de unas a otras. Las acusaciones se sucedieron en cadena, siendo la de Fuencisla, a la que Rivadeneira había hurtado su hija, la más virulenta; determinante fue el descubrimiento del pasadizo de la sacristía, al igual que la declaración de Antón Cifuentes, marido de Casilda, que había observado en mil ocasiones los viles manejos del fraile. Todo salió: la muerte de la madre Teresa, la incuria que se cometió con Blas, el sordomudo, los falsos milagros, los sermones de los alumbrados. Sor Gabriela y el fraile, al verse presionados, arremetieron el uno contra el otro como basiliscos; desde lejos el obispo Carrasco avivó los vientos del odio para que ambos se acusaran mutuamente. La sentencia fue ejemplar para que la mala simiente no fructificara en otros conventos. Casi todas las monjas fueron repartidas entre las comunidades de otras abadías de la orden y un nuevo grupo de mujeres

habitó San Benito. Rivadeneira fue suspendido *a divinis* y recluido en la prisión que en Zamora tenía el Santo Oficio y sor Gabriela, reducida a monja llana, fue enviada a otro convento del que no podría salir sin una expresa orden del obispo y confinada allí de por vida.

Catalina, cumpliendo la promesa hecha y condicionada a que el buen nombre de Diego fuera restituido, entró en religión; su dote la ofreció el señor de Cárdenas, que ya más recuperado fue su padrino. Allí estuvieron don Martín y su esposa, doña Beatriz de Fontes, sus hermanas, Sancha, Violante y Elvira llegada de Sevilla con su marido y con su hijito, don Suero de Atares y don Pedro Pacheco, Leonor y Casilda con sus respectivos maridos e hijos.

Cuando le llegó el turno a Catalina, a la que arrodillada ante el altar el padre Arriaga preguntó qué nombres escogía para ser reconocida en su nuevo estado, su voz sonó clara y rotunda:

—A partir de hoy y hasta el fin de mis días quiero ser conocida como sor Santiago de San Blas, ya que ambos son los nombres que más he amado.

Los ojos de don Martín de Rojo brillaban pensando en lo feliz que hubiera sido su hermana, de haber vivido para presenciar aquella ceremonia, y pensó que su familia, al transcurrir los años, tal vez diera a la orden otra priora.

Prefacio y final

La reverenda madre Santiago de San Blas agonizaba. Todo el monasterio de San Benito parecía intuir el inminente desenlace, y tanto las personas como los animales y aun las cosas permanecían expectantes; un ruidoso silencio lo presidía todo, y los sonidos eran los justos y necesarios para cada circunstancia. Lo que era y representaba la reverenda madre lo demostraba la pequeña multitud de lugareños que, en cualquier medio de transporte, habían acudido a las puertas del convento a la espera de no se sabía concretamente qué cosa; caballos, acémilas, burros, carricoches, alguna que otra galera, todo servía para que hombres, mujeres, niños, campesinos, algún pequeño hidalgo, criados, escuderos, lacayos de casas solariegas, arrieros, allí hubieran coincidido sin ser avisados por nadie y traídos, únicamente, por las noticias que lleva el viento y que las gentes sencillas, agradecidas y de corazón limpio perciben al punto.

Los alrededores del lugar estaban atestados y ni tan siquiera los niños se atrevían a organizar sus ruidosos juegos. Las gentes esperaban. En circunstancia tan especial, la iglesia del convento permanecía abierta y veinticinco monjas de las treinta y tres que formaban la comunidad, más todas las novicias y postulantas y asimismo las dieciséis recogidas, rezaban sin cesar los quince misterios del santo rosario.

En la celda de la moribunda, el resto de la comunidad oraba a los pies de la cama en tanto la prefecta de novicias y el muy anciano padre Javier Arriaga, sacerdote jesuita, confesor de la monja y cura del monasterio, lo hacían atentos a la enferma, junto a un costado de la cabecera, mientras en el otro el doctor Ruy Pablos acercaba una astilla encendida que sostenía en su diestra a la pupila del ojo derecho de la moribunda, cuyo párpado superior mantenía abierto con la yema del dedo pulgar de su otra mano, para ver si dilataba. Una aspiración más profunda que las demás, una parada, otra aspiración y la expiración total del aire de los pulmones, que al salir emitió un gorgoteo especial... La monja y el sacerdote se miraron y después dirigieron su mirada al físico.

—La reverenda madre ha dejado de sufrir—dijo éste.

La madre Santiago de San Blas había exhalado el último suspiro, y sin embargo había oído perfectamente la última frase del doctor Ruy Pablos. Su corazón había dejado de latir, pero su cerebro seguía emitiendo una leve corriente, suficiente para que su pensamiento aún no remitiera; tenía segundos, a lo mejor ni tan siquiera enteros, quizás fracciones, para revisar en un instante su vida y pedir por última vez perdón a Dios a través de su Santísima Madre, de la que fue siempre muy devota. Como en un caleidoscopio gigante, pasaron ante ella todas las situaciones y momentos en los que tuvo que tomar decisiones terribles que afectaron tanto a ella como a personas cuya trayectoria vital hizo que estuvieran próximas a ella. Pensó que obró bien y mal,

pero que sin embargo el Señor, al que tanto deseaba ver, sabría, en su misericordia infinita, hacer balance de sus actos; jamás creyó que nadie se condenara o salvara por una sola acción... Allá arriba sumarían y restarían y el saldo final sería lo importante. El carácter forjaba el destino de las personas y nadie nacía escogiendo el suyo. ¡Y a fe que a ella le había correspondido uno harto singular! Lejos, muy lejos, una campana tocó a difuntos; su curiosidad y su esperanza, por un igual, vencían una vez más a su angustia, segura como estaba de que sus santos patronos Santiago y Blas la conducirían ante la presencia del Altísimo y de toda la corte celestial. El gran momento se aproximaba, su alma iba a encontrarse con el Gran Hacedor... y no sentía temor alguno. De nuevo en San Benito redoblaron las campanas. La anciana madre ya no pudo escuchar el último tañido. La gran campana tocó a difuntos toda la noche...

Corolario

A los veinticuatro días de la muerte de la reverenda madre, el viejo judío Elías Yed-Amircal recibía en su casa de Estambul un paquete sellado y lacrado, proveniente de Madrid.

Tomó unas tijeras y rompió los sellos de los lacres... Ante sus asombrados ojos apareció el códice que su hermano Josué, que había marchado a Lisboa hacía más de cuarenta años, había llevado consigo. Además de una leyenda en su primera página bendiciendo a la persona que lo encontrara y lo remitiera a sus dueños rubricada de su puño y letra, apareció la página que faltaba antes de partir con la señal escarlata que él, su abuelo ya difunto y dos de sus hijos tenían en la espalda, y a su lado un nombre: LACRIMA DEY.

Barcelona, 8 de junio de 2000

Notas

[1] Eran la policía del S. O. Persegúan como lebreles a los inculpados y tenían grandes ventajas; pagaban muchos menos impuestos y no podían ser juzgados por los tribunales ordinarios.<<

[2] Sopa que se repartía en según qué conventos, adonde acudían ciertas damas a ayudar a los frailes o monjas en tal menester.<<

[3] Redoble de tambor que indicaba al Tercio que debía retirarse con orden y pausa, sin perder la cara al enemigo y recogiendo a sus heridos y muertos.<<

[4] Se decía por «sacar la espada».<<

[5] Grupo de hombres armados que, reunidos por el alguacil, recorrían los caminos y eran el terror de los delincuentes.<<

[6] Capa imprescindible en la época.<<

[7] Daga corta.<<

[8] Bolsa donde se llevaban todos los artilugios necesarios para el buen funcionamiento del arma.

<<

[9] Intendente mercantil de los Tercios.<<

[10] En las posadas, cuando no había sitio, se ofrecía esta modalidad. Únicamente se exigía que el compañero no tuviera «enfermedad infecciosa ni tampoco liendres u otros parásitos».<<

[11] Pequeña pistola apta para corta distancia.<<

[12] Maleantes.<<

[13] En lenguaje de germanías, dar muerte a alguien.<<

[14] El castigo habitual era cortar las orejas a los ladrones. En lenguaje de germanías, a las orejas se les llama «mirlas».<<

[15] Socio para delinquir.<<

[16] Guardián de las puertas del infierno.<<

[17] Castigo que se aplicaba a los ladrones.<<

[18] Soplo, chivatazo.<<

[19] Uno de los muchos nombres que se daba a la espada.<<

[20] Caballeros de la Tabla Redonda en la corte del rey Arturo.<<

[21] Espadachines especializados en cicatrices en el rostro.<<

[22] Decíase por el que ya está bajo tierra.<<

[23] Especie de jabalí africano.<<

[24] Artilugio que ocultaba el recipiente donde las gentes importantes evacuaban, cosa que no era obstáculo para que durante este tiempo recibieran visitas.<<

[25] Danzas cortesanas, que nada tenían que ver con los bailes del pueblo.<<

[26] Los que se valían de la sirla para sajar un saco y vaciarlo.<<

[27] Descuideros; generalmente actuaban con un socio.<<

[28] Permiso dado por el superior de una orden.<<

[29] Barullo con pelea.<<

[30] Al igual que «aliviador de sobacos», significa ladrón de bolsas.<<

[31] Compinchado con otro, hurtaba algo ligero e incitaba al propietario del puesto a que lo persiguiera, dejando así el campo libre a su compañero para que lo vaciara.<<

[32] Los toros llevaban unas divisas por las que se podía distinguir la carnada y la madre.<<

[33] El motivo principal de los toros era que el pueblo participara. Si la multitud no acababa con la vida del animal entonces intervenían los de a pie, jamás un caballero.<<

[³⁴] Se alude a las prostitutas que ejercían su profesión en las esquinas. De ahí su nombre y que por pragmática real debían llevar el manto recortado y un ojo cubierto por el mismo.<<

[35] De ahí, el dicho que pasó a posteriores generaciones: «Mostró más valor que don Rodrigo en la horca.»<<

[36] Coche de alquiler, llamado de esta manera por ser éste el nombre del primero que se dedicó a este oficio en Madrid.<<

[37] En los Tercios se admitían al lado de los mandos principales dos o tres hijos de familias nobles, que hacían vida con los capitanes, aprendían el oficio de las armas y ganaban honores.<<

[38] Honor que consistía en asistir a la reina durante las comidas.<<

[39] Organismo que se ocupaba de designar los pasos y caminos que debían seguir las ovejas y pastores hasta llegar a Madrid.<<

[40] Camino de paso, para llegar a Madrid, de los ganados.<<

[41] Churras y merinas son dos de las mejores razas de ovejas de Castilla.<<

[42] Nombre que se daba a las mancebías.<<

[43] Si el toisón era la máxima condecoración que se podía otorgar, «toisona» o «tusona» era la máxima categoría entre le prostitutas.<<

[44] Amiga o manceba fija. Contracción de «aquella otra».<<

[45] Así se denominaba la sífilis.<<

[46] Por pragmática real las prostitutas tenían obligación de llevar el manto recortado; de ahí su nombre.<<

[47] Decíase cuando algo presentaba un mal cariz.<<

[48] Decíase de las prostitutas que prodigaban sus favores a los clérigos menores.<<

[49] Mancebía.<<

[50] Las prostitutas acostumbraban a ejercer su oficio descolgando una hamaca sujeta al techo; de ahí la expresión.<<

[51] Decíase de las amancebadas fijas.<<

[52] Nombre genérico de la prostituta según el diccionario de Juan Hidalgo.<<

[53] Sífilis.<<

[54] Prostitutas que se vendían por un plato de comida.<<

[55] Prostitutas viejas.<<

[56] Irse con engaño y sin pagar el servicio.<<

[57] Vestidura larga parecida a una sotana que vestían los clérigos y que era de diversos colores según el cargo eclesiástico.<<

[58] Nombre de los judíos conversos o cristianos nuevos que, habiendo sido sorprendidos realizando actos de su antiguo culto, eran condenados a la hoguera; pero antes se les aplicaba el garrote vil para ahorrarles el suplicio del fuego por haberse arrepentido.<<

[59] Decíase del monje que se dedicaba a hacer las primeras letras de los libros sagrados.<<

[60] Confesar bajo tormento.<<

[61] Influjo divino.<<

[62] Judíos obligados a convertirse al cristianismo.<<

[63] Judíos provenientes de Europa central.<<

[64] La celebración hebrea más importante.<<

[65] Diseminación del pueblo judío por todo el mundo.<<

[66] Fiesta judía que conmemora la victoria de los macabeos.<<

[67] Justicia divina.<<

[68] «El otro lado», dominio de los poderes del mal.<<

[69] Sujeción de la carga de un buque.<<

[70] Distribución de pesos.<<

[71] Madera que cierra, tras el timón del barco, y une las aletas de babor y de estribor.<<

[72] Costeando.<<

[73] Una de las acepciones del nombre de Dios en hebreo.<<

[74] Manifestación de Dios hacia los hombres.<<

[75] María Calderón, *la Calderona*, amante de Felipe IV y madre de don Juan José de Austria.

<<

[76] Jefe de un grupo de valentones; está tomado el nombre, en sentido burlesco, del principal de la iglesia bizantina.<<

[77] Dar muerte.<<

[78] Prostituta a domicilio que recorría muchos aposentos.<<

[79] Sinónimo de mancebía.<<

[80] Judío que tras su conversión recaía en su antigua herejía.<<

[81] Judío que para quedarse en España simulaba su conversión y a escondidas seguía practicando su culto.<<

[82] Huido que era condenado y quemado simbólicamente hasta que se lograba apresarlo.<<

[83] Decíase de las prostitutas dedicadas a los clérigos, pero en este caso con tono peyorativo.<<

[84] Mancebía.<<

[85] Alcahueta vieja.<<

[86] Prostituta muy joven y de cierta clase<<

[87] Tramposos profesionales.<<

[88] El nombre de «naipe» procede de las iniciales de su inventor, Nicola Pasoto.<<

[89] Señal que se hacían entre ellos los profesionales de la trampa y el engaño.<<

[90] Primeros votos de las postulantes.<<

[91] Juego de cartas.<<

[92] Nombre que se daba a uno de los dos compadres que se asociaban para dejar sin blanca a los incautos.<<

[93] Incauto, mirlo blanco.<<

[94] Trampa.<<

[95] Curvar el naipe para reconocerlo.<<

[96] Hacer una marca en el ángulo de una carta para reconocerla.<<

[97] Nombre que se daba a los maleantes que se dedicaban a marcar la cara de los asaltados con el fin de atemorizarlos.<<

[98] Puestos volantes en los que se despachaban diversas clases de alimentos y bebidas.<<

[99] Los informantes se dedicaban a encontrar posibles impedimentos sobre los candidatos. Lógicamente, podían favorecerlos o perjudicarlos.<<

[100] Así se denominaban las horas en las que estaba permitido lanzar a la calle desde las ventanas desperdicios y excrementos. Incluso se llegó a decir que éstos, mezclados con el barro, eliminaban las miasmas y protegían de epidemias a los habitantes de Madrid.<<

[101] Grito obligado que debía lanzarse antes de echar por las ventanas orines y excrementos. No hace falta decir que esto era motivo de pendencias y discusiones sin límite.<<

[102] Orinal.<<

[103] Asociación de villanos que se entendían por medio de una jerga especial y cambiante.<<

[104] Nombre del traidor que asesinó al rey don Sancho a las puertas de Zamora, y que fue el causante indirecto de que el Cid exigiera en Santa Gadea el juramento del futuro Alfonso VI respecto de que nada había tenido que ver en el asesinato de su hermano.<<

[105] Bandolera de tela o cuero que, con el cinto, servía para llevar la espada u otras armas que convinieran.<<

[106] Relación de libros prohibidos por la Iglesia de Roma.<<

[107] Criado de mujer pública.<<

[108] Ramera principal que ganaba hasta cuatro o cinco ducados al día.<<

[109] «Levántate, Señor, y juzga tu causa.» Esta invocación del Libro de los Salmos destila el consciente orgullo del Santo Tribunal de la Inquisición por la justicia de su causa.<<

[110] Afamada marca de espadas de la época.<<

[111] Ser cristiano viejo suponía no tener lacra alguna en las ocho últimas generaciones. Era importantísimo, para según qué cargos, esta condición.<<

[112] Juramento que se hacía colocando la mano diestra sobre la cruz de la orden.<<

[113] Relación de los impedimentos hallados.<<

[114] Arte de cazar con aves, principalmente halcones.<<

[115] Famoso proceso contra las brujas de un pueblo de Navarra ubicado en el valle de Zugarramundi.<<

[116] Espada de cobarde, que nunca sale de la vaina.<<

[117] Título con el que se designaba al General de los jesuitas y que llegó a acumular tal poder que se le conocía como «El Papa Negro».<<

[118] Bastón de mando que distinguía a los maestros de campo de los Tercios de Flandes.<<

[119] Soplón, chivato.<<

[120] Nombre con el que se designa al más alto tribunal de la Inquisición.<<

[121] Eran las noticias de la época. Se escribían en los tablones de anuncios y se colocaban en lugares muy concurridos.<<

[122] Cargo muy importante cuyo cometido era preocuparse del acomodo del rey, su familia y los cortesanos principales, cuando la Corte partía de viaje. Velázquez lo ambicionó pues estaba muy bien remunerado, aunque este oficio le impidió dedicarse en muchas ocasiones a pintar. Los desplazamientos de la época duraban meses, y la cantidad de carros y caballerías que se precisaban por el equipaje que la dignidad real implicaba fueron siempre desafortunados. En este sentido es famosa la ida de la Corte a la isla de los Faisanes (Fuenterrabía) con motivo de la boda de la infanta María Teresa con Luis XIV de Francia.<<

[123] Así se llamaba a los comediantes. Su nombre viene de los que representan la farsa.<<

[124] Tipo de falda ampliada lateralmente por un bastidor de alambre que aumentaba su volumen hasta el punto que Felipe IV la prohibió mediante la publicación de una pragmática que la primera en incumplir fue la reina.<<

[125] Lugar destinado a las mujeres. Entre ellas y por conseguir mejor lugar se cometía cualquier clase de desaguisados, desde pincharse con una aguja larga hasta soltar ratones para que se armara un revuelo y de esta manera conseguir mejor sitio.<<

[126] Viga de separación entre el patio de mosqueteros y la platea de los siete bancos.<<

[127] El tal Pablo de Charquías «inventó» los pozos de nieve, donde en sótanos muy fríos conservaba la nieve del Guadarrama con el fin de hacer helados. Llegó a tener más de veinte establecimientos en Madrid.<<

[128] Decíase del marido consentidor que sacaba fruto de las callosidades córneas que le endilgaba su mujer.<<

[129] Morir ahorcado.<<

[130] Matar.<<

[131] Ladrones desorejados.<<

[132] Espadas.<<

[133] Encantador de la corte del rey Arturo.<<

[134] Pedir auxilio al ser atacado por alguien (germania).<<

[135] De lo mundano a lo espiritual. La «Ceca» era la casa de moneda y la «Meca» es la ciudad santa del islam.<<

[136] Nombre que se daba al jefe de una cuadrilla en el lenguaje de germanías.<<

[137] Decíase de los coches arrastrados por seis caballerías. En el perímetro de Madrid únicamente lo podía usar el rey.<<

[138] Tormento usado por la Inquisición, con el que se descoyuntaban los huesos de brazos y piernas.<<

[139] Sodomita.<<

[140] Prostituta de edad madura y por lo general bondadosa.<<

[141] Burdel o mancebía.<<

[142] Criado de rufián o de mujer pública.<<

[143] Pieza corta que se representaba antes de la principal.<<

[144] Las compañías tenían licencia, siempre que no fuera durante la Cuaresma, para contratarse en las casas importantes de Madrid, donde trabajaban por las noches.<<

[145] Los que se dedicaban a la farsa eran farsantes y estaban mal considerados en la escala social.

<<

[146] Prostituta de baja estofa que se dedicaba a excitar fulleros y a encandilar rufianes.<<

[147] La cofradía de la buena muerte consolaba con la frase «Deo gratias» a los que iban a ser ahorcados. De ahí la poco respetuosa frase.<<

[148] Verga, órgano masculino.<<

[149] Anteojos que se encaballaban en el puente de la nariz, llamados así porque los usaba el famoso literato.<<

[150]Famosísimo médico árabe, que escribió: *Libro de la curación* y *Canon de la medicina*.<<

[151] Bailes de corte, no populares.<<

[152] Decíase de los caballeros demasiado pendientes de las modas y por tanto muy pagados de sí mismos.<<

[153] Nombre que se daba a las prostitutas callejeras que iban tapadas por el manto de forma que solamente mostraban un ojo. Lo de lechuzas era porque acostumbraban salir al anochecer.<<

[154] Era notoria la desfachatez de los mendigos de la Corte, que entendían que su presencia ayudaba a descargar muchas conciencias y exigían, más que suplicaban, la ayuda de las gentes.<<

[155] Salir corriendo.<<

[156] Dorotea juega con las frases de moda de la obra de Calderón, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, sustituyendo el nombre de Laura por el de María Cordero.<<

[157] Dice céfiro por viento.<<

[158] Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador.<<

[159] Falda usada por las damas de la Corte y armada con círculos de alambre de tal complicación y volumen que posteriormente fue prohibida por una pragmática real, que no surtió efecto ya que la segunda esposa de Felipe IV, su sobrina Mariana de Austria, fue la primera en desobedecerla.

<<

[160] corpiño cerrado. Si era abierto recibía el nombre de «saboyana».<<

[161] Calzado femenino que realizaba la estatura de la mujer y que llegó, en alguna ocasión, a tener ocho suelas de corcho.<<

[162] Mancebía o burdel.<<

[163] España guerreaba en media Europa; el Palatinado era uno de los lugares donde se desarrollaba la contienda.<<

[164] Alude así el capitán al nombre que también se daba a las prostitutas que cobraban con dinero contante y sonante. «Trin tin» por onomatopeya del sonido del metal y «batín» por la ganancia del comercio carnal.<<

[165] Embarcación holandesa de carga, cuya característica principal era su panzudo casco.<<

[166] Es la prostituta que gusta de callejear.<<

[167] Vieja alhueta.<<

[168] Hacer público algo.<<

[169] Esclavos marcados que trabajaban lejos de sus amos y que podían comprar su libertad.<<

[170] Por deudas, en la época, se podía condenar al deudor a estar amarrado al remo de una galera un número determinado de años.<<

[171] Otro de los muchos nombres que en aquel tiempo se daba a las mancebías.<<

[172] Nombre que asimismo se daba a los que se dedicaban a la «Farsa» (los cómicos).<<

[173] El correo real. Su concesionario, el conde de Villamediana, se dice que fue asesinado por orden del rey.<<

[174] Caperuza puntiaguda semejante a la que llevan en Semana Santa los cofrades de las diversas cofradías, que con el san Benito completaba la imagen del que iba a ser sometido a un auto de fe.

<<

[175] García de Paredes fue el soldado más fuerte de los tercios del Gran Capitán, en Italia.<<

[176] Mujer joven de costumbres livianas que se prostituye por su cuenta y cubre esta actividad con la tapadera de otros oficios.<<

[177] Un alguacil al mando de cuatro o seis corchetes vigilaba los barrios de Madrid para velar por el orden nocturno.<<

[178] Prostituta muy joven y de cierta clase.<<

[179] Cantantes a los que, a fin de que conservaran la voz aguda de los niños, se les castraba.<<

[180] Dícese «farsa» por «comedia». Los comediantes eran los farsantes.<<

[181] Conseguir el fin perseguido.<<

[182] Antes de la pieza principal, uno de los actores pedía la benevolencia del público, principalmente la del patio de mosqueteros y de la cazuela de las mujeres.<<

[183] Baile y cante popular andaluz de tal ritmo y erotismo que llegó a estar prohibido por la Inquisición. Ana de Andrade fue su principal representante, y de su cruce con las jácaras de Escaramán nació, según Quevedo, el «Ay, ay, ay».<<

[184] Ésta se bailaba con castañuelas o tejoletas, panderos y guitarras. Los jesuitas cargaban contra ella desde los pulpitos.<<

[185] Ya hemos comentado en otra nota lo que eran este tipo de guantes. Aquí queremos resaltar que era costumbre extendida obsequiar en cualquier ocasión con guantes a las personas. Eran famosos en el mundo los guantes españoles. La infanta María de Austria, hermana de Felipe IV, regaló cien pares de ellos al príncipe de Gales futuro Carlos II de Inglaterra, cuando éste vino a Madrid a pedir su mano.<<

[186] Todos estos saumerios respondían a la creencia de los médicos en que los sudores que provocaban eran buenos para los enfermos de sífilis.<<

[187] Se pueden considerar la madre de las actuales castañas.<<

[188] En los bailes (no en las danzas) se movían manos y pies, y llegaron a ser tan atrevidas que desde el pulpito fueron denunciadas por el clero.<<

[189] Corpiño abierto que mostraba un generoso escote.<<

[190] Nombre de la falda que se colocaba con un armazón de mimbre en su interior, tal que si fuera una cesta invertida de las que se usaban para llevar pollos.<<

[191] En la época a la que nos referimos el telón de embocadura no existía. Aquí ha sido colocado por conveniencia del autor.<<

[192] Era la ventana o balcón de una de las casa laterales y que estaba destinada al rey.<<

[193] Encargado de encender las lamparillas de pantalla de latón que montadas al pie de la corbata del escenario ayudaban a iluminar la escena.<<

[194] Basado en un hecho real.<<

[195] Así se llamaba el *hecho* de lanzar al escenario algún cascote que otro.<<

[196] Frase que puso de moda en el cerco de Granada Gonzalo Fernández de Córdoba, que al ser requerido por el rey, que indagaba por qué se había «perdido» con una bella mora y no lo hallaban, contestó dicha frase queriendo decir: «No os puedo explicar dónde he estado.»<<

[197] Era costumbre entre los nobles pasear en coche por la calle Mayor y por los jardines del Buen Retiro, compitiendo en suntuosidad y lujo tanto en las carrozas como en los tiros de las caballerías y en los uniformes de los lacayos y postillones. En estas ocasiones se pasaban billetes y se concertaban encuentros sobornando dueñas o ganándose otras voluntades.<<

[198] A fin de ganarse el sustento, el pintor real Diego de Silva y Velázquez fue nombrado aposentador. El cargo implicaba la obligación de ocuparse, en los viajes, de aposentar a la familia real y a su séquito. Ni que decir tiene que dado al volumen de equipaje y al tiempo que duraban entonces los desplazamientos, este oficio privó al gran pintor de legar a la posteridad un número mucho mayor de obras.<<

[199] Era importantísimo no tener entre los antepasados ninguna mácula que pudiera relacionar al solicitante con judíos, moriscos o con profesiones denigrantes. Incluso el ser escribano exigía una dispensa especial.<<

[200] Son las danzas de palacio.<<

[201] Son las populares.<<

[202] Útiles necesarios para dar una función teatral.<<

[203] Coplas populares, que siempre tenían un estribillo.<<

[204] Llamado así por ser un coche de origen francés que estaba «cortado», permitiendo únicamente el transporte de dos pasajeros.<<

[205] Dedicarse a la prostitución.<<

[206] Bubas sífilíticas.<<

[207] Decíase de la persona, hombre o mujer, que estaba al frente de la casa. Ambos incluso recibían el nombre de suegros por parte de la clientela.<<

[208] Prostituta de baja calidad.<<

[209] Jugar a las cartas.<<

[210] El conjunto de notas que he colocado a continuación explican un poco los términos que se empleaban en aquellos tiempos y pienso que, amén de instructivas, son curiosas y divertidas para el lector.<<

[211] Casa de juego.<<

[212] Fullero que juega en compañía de otro para limpiar al contrincante.<<

[213] Trampa que consiste en colocar las cartas de suerte que al repartirlas vengan de dos en dos y que al recibir uno se sepa ya cuál es la otra que ha recibido el contrario.<<

[214] Meter solapadamente una carta entre las demás para quitar la suerte que derechamente venía a un contrario.<<

[215] El que, de acuerdo con un fullero, se coloca detrás de los jugadores mirando las cartas por encima del hombro y se las comunicaba a su cómplice mediante una serie de señas acordadas.<<

[216] Retirar un tahúr el dinero que ha ganado en la rueda y no volver a jugar más.<<

[217] El incauto.<<

[218] Se da cuenta de la trampa.<<

[219] Manceba, querida.<<

[220] Piropeador.<<

[221] Adulador, cobista.<<

[222] Veleidoso, veleta.<<

[223] Así se llamaban a los que robaban en los cepillos de las iglesias.<<

[224] Los ladrones que se introducían en las casas a través de una ventana o balcón que estuviera en la altura.<<

[225] Esta localidad costaba menos que la de los bancos colocados delante del degolladero, pero estaban sus ocupantes sentados; generalmente se ubicaban en ella pequeños comerciantes y gentes pudientes del pueblo llano que no querían situarse en pie, junto a la mosquetería.<<

[226] Así se llamaba a los cornudos que lo eran a conciencia.<<

[227] Connotación peyorativa, referida a los que andaban por los caminos.<<

[228] Las cañas consistía en un juego donde grupos de caballeros se perseguían alternativamente lanzando unos venablos cortos en tanto los otros los intentaban esquivar cubriéndose con los escudos.<<

[229] Falda.<<

[230] Mujer de la mancebía tenida en poco; así llamada en referencia a la punta de la caña de pescar por donde pasa el sedal, y significaba «pescadora» o «buscona».<<

[231] Canto griego de arrepentimiento y retractación.<<

[232] Nombre que daba la mujer al marido y éste a su mujer. Lo podemos traducir como «el cotidiano», «el de cada día».<<

[233] Sistema de caza que consistía en preparar un laberinto de ropa colgada y hacer que la pieza se fuera adentrando en él y no pudiera escapar, dándole muerte al final. Se importó de Flandes en tiempos del emperador Carlos V.<<

[234] Los concejos equivalían a los ministerios actuales. Los presidía un alto cargo y el conde duque hizo hacer unas ventanillas disimuladas para que el monarca pudiera espiar desde ellas a los consejeros para así ver al que le era favorable y al que no lo era.<<

[235] Eran lugares dedicados a cambiar impresiones y a discutir de los más variados temas. Se podrían comparar a los actuales casinos.<<

[236] Pesar la hebra, charlar amablemente.<<

[237] Mujer pública (C. J. Cela).<<

[238] Alcahueta.<<

[239] Se refiere la frase al juego de las cañas, en el que grupos de caballeros se perseguían, alternativamente, en una plaza o espacio cerrado, lanzándose venablos de madera que se partían sobre los escudos.<<

[240] Dados.<<

[241] Ser cobarde y estar poseído por el miedo.<<

[242] Véase nota 116.<<

[243] Véase nota 146.<<

[244] Los títulos nobiliarios a los que se unía la condición de horca y puchero tenían el privilegio de poder hacer, en caso de guerra, levas de hombres para ponerlos al servicio de la Corona, con la condición de armarlos y alimentarlos y el derecho de ahorcarlos en caso de faltas o delitos tipificados en el código militar.<<

[245] Valido del duque de Lerma cuyo valor en el patíbulo originó la frase: «Más valor que don Rodrigo en la horca», y cuyo proceso fue la comidilla de todo Madrid.<<

[246] Pieza de hierro sujeta a una argolla, que colocada en el cuello del reo le obligaba a acudir hasta el patíbulo con la cabeza erguida para vergüenza y oprobio del mismo y para que el público pudiera ver su rostro.<<

[247] Especie de capirote de papel engrudado que se sujetaba en la cabeza del condenado para su escarnio e ignominia.<<

[248] Hecho histórico.<<

[²⁴⁹] Se refería Catalina que al tener la sagrada forma en las manos era ella la custodia sagrada y, por lo tanto, intocable. (Es éste un hecho histórico.)<<

[250] Cuando cualquier delincuente o huido de la justicia conseguía entrar en una iglesia, se consideraba intocable y nada ni nadie podía acceder a él.<<

[251] Los capitanes recorrían ciudades y pueblos alistando a cuantos hombres lo desearan.<<

[252] Los veedores eran los encargados de contabilizar a las gentes que alistaban en sus levas los capitanes, a fin de que la Corona no pagara por un inútil o por alguno que no hubiera cumplido dieciocho años o tuviera más de cincuenta.<<

[253] Los cartujos que autorizados por el superior cumplían cualquier misión fuera de los muros del convento debían llevar escritas todas sus peticiones para, de esta manera, no romper el voto del silencio.<<